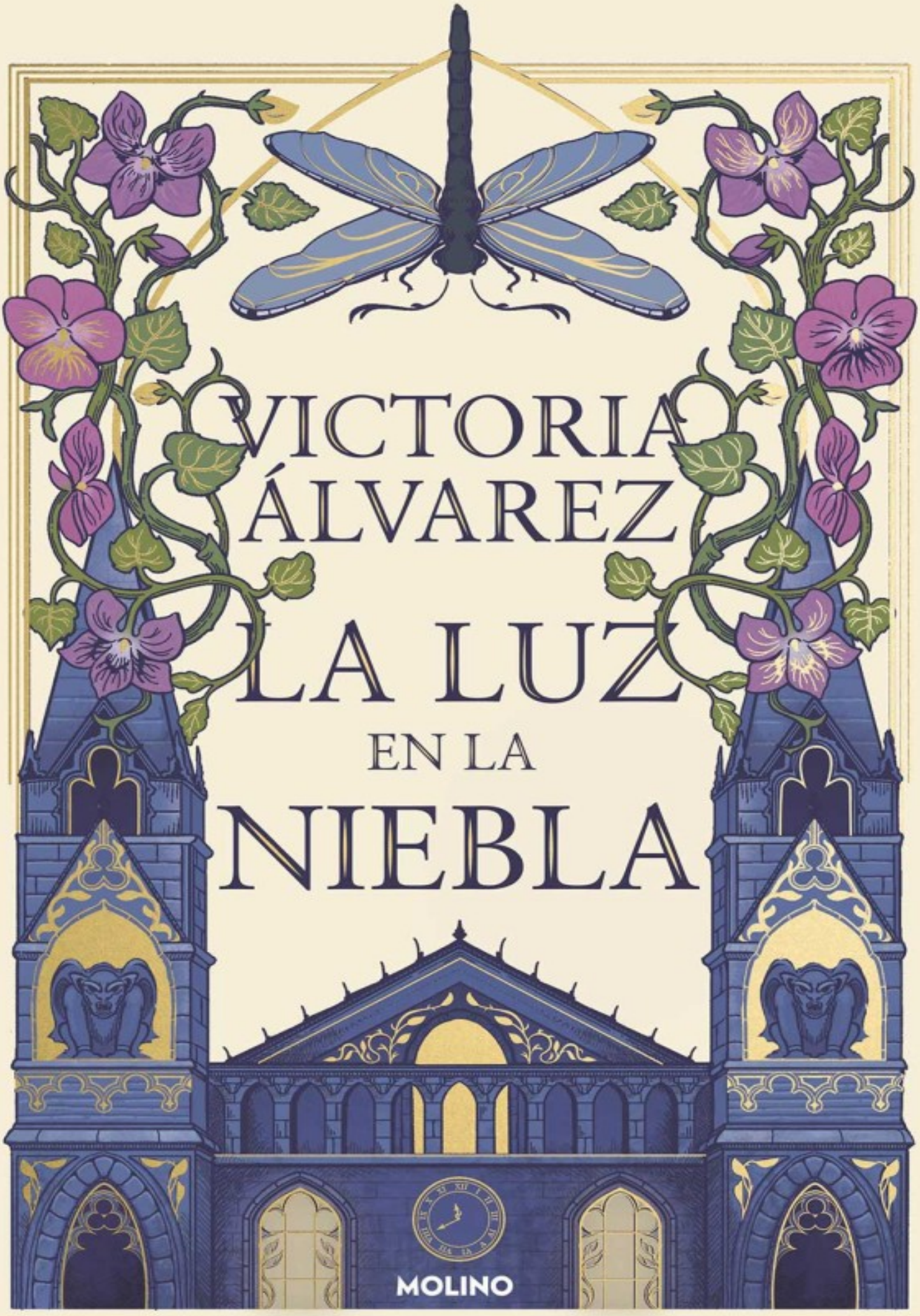

VICTORIA ÁLVAREZ
LA LUZ EN LA NIEBLA
MOLINO

VICTORIA
ÁLVAREZ

LA LUZ EN LA NIEBLA

MOLINO

Esta tenía que ser para Gema Bonnín

I imagine death so much it feels more
like a memory.

LIN-MANUEL MIRANDA,
«My Shot», *Hamilton*

Era el infierno que tanto temía uno durante la infancia y que había llegado para devorar a los niños. Era pisar los cadáveres de tus amigos para que quizá te mataran a ti también. Era la encarnación del mal de todo un siglo.

ALICE WINN, *In memoriam*

El camarote olía a agua salada, madera recién barnizada y violetas de Devonshire.

Mientras cenaba en el comedor, una de las doncellas, Kate, lo había ordenado con tanto mimo que parecía un museo. Flores frescas en el jarrón de la ventana. Unos ejemplares de *Vogue* y *La Vie Parisienne* sobre el sofá de crin de caballo. Ni una arruga en el cobertor de la cama. Su batín de jazmines en el perchero de la puerta.

La misma puerta que, de repente, se estampó contra la pared.

—Si esos criados lo cuentan —consiguió articular entre beso y beso, mientras entraban a trompicones—, me moriré de la vergüenza.

Con el topetazo, el batín cayó al suelo y casi resbalaron con él.

—No hará falta. —Después de cerrar la puerta, su acompañante la arrinconó contra ella—. Todos saben lo que estamos a punto de hacer.

—¿En serio? —La chica tiró de su pajarita—. ¿Tan indiscretos hemos sido?

Sus bocas devorándose sin piedad, tan hambrientas como sus manos.

—Me temo que sí. —El chico le quitó el chal—. Me temo que todo el barco lo ha visto venir desde la cena. —Ella le arrancó, sin dejar de besarlo, la chaqueta del esmoquin—. Puede que desde la primera vez que bailamos juntos. —Él forcejeó con los cierres de su vestido—. Seguramente, desde que cruzamos la primera palabra en la escalera.

Cuando la seda verde con abalorios abandonó su cuerpo, la brisa que se colaba por la ventana, impregnada de un curioso olor metálico, hizo que se le erizara la piel.

—Pero nunca sabrán que fui yo quien te invitó a venir.

—Un comportamiento de lo más indecoroso —dijo él, dejando caer el vestido.

—Ni que decidí que lo haría mientras bailábamos delante de todos.

—*Quel scandale.* —Con un amplio barrido del brazo, el muchacho tiró sobre la alfombra los objetos colocados en el tocador—. Casi tanto como lo que pienso hacerte ahora.

Antes de que pudiera decir nada, la había agarrado de las caderas para subirla encima.

—No me extrañaría que el *Atlantic Daily Bulletin* hablara de esto.

—Es ridículo que tengamos un periódico a bordo. ¿Qué contaría?

—«Recientemente, ha llegado a oídos de esta redacción —cuando sus dedos descendieron por su corsé, largo hasta la mitad del muslo, ella se tensó entera— que una de nuestras *socialités* de primera clase ha sido vista en actitud inapropiada…».

Sus pulgares alcanzaron la parte inferior del corsé. La joven apoyó las manos en el tocador, arqueando la espalda, mientras las de él se sumergían bajo las ballenas.

—«… con uno de los solteros más codiciados de Manchester».

—Presumido —murmuró reclinándose contra el espejo.

—«Mientras el resto de los caballeros se dirigían al salón de fumadores…».

Clic: le había desabrochado uno de los ligueros.

—«… para dedicarse a actividades respetables como la lectura, las cartas y el billar…».

Con un segundo clic, el otro liguero también se soltó. Ella tragó saliva.

—«… el héroe de la noche se escabulló con su compañera a uno de los camarotes de la cubierta A. —La caricia con la que una media abandonó su pierna la hizo estremecerse—. En el que, probablemente, no pasaron la velada hablando de política, negocios ni acciones».

La otra media, tras correr la misma suerte, acabó también sobre la alfombra. «Estoy perdida —pensó mientras la boca de él descendía por su garganta—. Estoy… al borde del abismo».

—«Algunos testigos aseguran incluso —continuó con sus labios en su escote, en su camisola de satén, en los cierres delanteros del corsé— haberlos oído desde sus

camarotes».

No había sido consciente de los suspiros que se le escapaban.

—¿Y después? —dijo en tono entrecortado—. ¿Qué dirán que pasó después?

Él levantó la cabeza hacia ella, agachado entre sus piernas, y los ojos le relucieron.

—¿Qué quieres tú que pase? —contestó en voz baja.

Su expresión seguía siendo la misma, tan traviesa como siempre, pero la pregunta muda que latía en ella la conmovió. Era una provocación, sí…, pero también una petición.

Y, por Dios, que no iba a hacer que se la formulara una segunda vez.

—Todo, señor Arlington —susurró—. Absolutamente todo.

Entonces él la besó en el interior del muslo y la joven tuvo que agarrarse al espejo para no perder el equilibrio. Esta vez no fue un suspiro lo que se le escapó, sino un gemido imposible de ahogar; y, al sentir cómo deslizaba la boca por su ropa interior, mordisqueando suavemente el satén, pensó que no le daría tiempo a descubrir nada más. Su cuerpo se desintegraría sin remedio.

Fue entonces, abandonada a sus caricias, cuando lo sintió.

—¿Qué…? —El sobresalto la hizo enderezarse—. ¿Has notado eso?

—Ajá —susurró él—, pero tómatelo con calma, no he hecho más que empezar.

—No seas idiota, me refiero al barco… Estaba balanceándose.

—Habrá sido una ola. Aunque cueste creerlo, nos encontramos en alta mar.

Pero no había olas esa noche, recordó la joven; uno de los oficiales había comentado, mientras salían del comedor, que pocas veces había visto el océano tan en calma. Antes de que pudiera decir nada, volvió a sentir una sacudida, esta vez seguida por algo más, un rechinar procedente de la parte inferior de la nave que sonó como el arañazo de un dedo gigantesco.

—Espera… —Recurrió a toda su fuerza de voluntad y agarró a Arlington por los hombros para apartarlo—. Iré a comprobar que todo va bien.

—No puedes hablar en serio. ¿Con lo que hemos tardado en…?

—Dame solo un segundo —insistió ella, y cruzó el camarote hacia la puerta.

El corredor, con sus azulejos blancos y negros, recordaba a un tablero desierto de ajedrez. Tras asegurarse de que no se le veía más que la cabeza, miró a izquierda y derecha hasta que, acompañado por un tintineo de porcelana, un camarero dobló una esquina. Traía una bandeja con un servicio de té, pero se acercó cuando lo llamó con una mano.

—Perdone, Johnson, pero me parece haber sentido…

—Si se refiere al vaivén, señorita, no pasa nada. Probablemente fuese una hélice.

Todo parecía continuar igual; las voces de los demás camarotes, las risas procedentes de otro corredor, la música que ascendía por la Gran Escalera.

—Debemos de haber perdido una pala, pero no sería una avería seria. Una escala en el astillero de Belfast al regresar de Estados Unidos y asunto resuelto.

—¿Entonces no hay nada por lo que debamos preocuparnos?

—En absoluto, señorita Chapman. Le garantizo que todo está en orden.

Y, con un «buenas noches», se alejó envuelto en el aroma del té.

—Bueno, es un alivio; parece que la situación está… —Pero, nada más cerrar la puerta, se vio levantada del suelo cuando el muchacho la condujo en volandas hasta la cama.

La dejó caer sobre el colchón, sonriendo ante su gritito, y se puso sobre ella. Ya se había deshecho del chaleco y la camisa, y la visión de su cuerpo semidesnudo casi la dejó sin aliento.

—Dijiste que lo querías absolutamente todo. —Sus ojos parecían más sedientos que nunca al mirarla desde arriba—. Así que voy a necesitar bastante tiempo para complacerte.

—Entonces es una suerte que nada nos vaya a interrumpir —dijo ella, y tiró de su cuello.

Cuando sus bocas volvieron a encontrarse, los dedos de Arlington ya estaban desabrochándole completamente el corsé y el contraste entre el frío del camarote y el calor de sus manos pulverizó, si es que le quedaba alguno, sus últimos pensamientos con respecto a lo que había sentido.

Eran las doce menos cuarto del 14 de abril de 1912 y el RMS Titanic, bautizado como el Buque de los Sueños, se abría camino como un cuchillo por la oscuridad del Atlántico Norte.

PRIMERA PARTE

EL HIELO Y LA MUERTE

Nos conocimos en la oscuridad,
y allí nos quedamos.

MADELINE MILLER

CAPÍTULO I



Todo comenzó la noche en la que enterraron al gato.

Mejor dicho, comenzó porque lo enterraron, aunque su fallecimiento no había tenido nada de extraordinario: viviendo en una mansión habitada por cincuenta y seis almas en pena, las alumnas de la Academia Rosenfield para Jóvenes Espiritistas estaban tan familiarizadas con la muerte como con su propio rostro en el espejo.

Algunas, sin embargo, lo estaban más que otras. Por eso Aurora Blackwood, Jia Zhang y Florence Cury se habían escapado de su dormitorio, habían bajado por uno de los enrejados y, mientras sus compañeras dormían, se habían encaminado hacia el pequeño cementerio construido en un rincón de la propiedad.

—No le temo a la oscuridad. —La palmatoria que Aurora sujetaba daba una apariencia sobrecogedora a su rostro—. La oscuridad debería temerme a mí.

Faltaba poco para la medianoche, pero los reflectores de Londres, a media hora en coche, hacían que el cielo pareciera plateado. No habrían necesitado la vela para orientarse por el jardín, envuelto en

una hojarasca dulzona, ni para distinguir las estatuas que daban la impresión de espiarlas entre unos rosales del color del vino.

Había un agujero recién cavado entre las tumbas y Aurora se detuvo ante él. Su cabello negro, cortado a la altura de la barbilla, se mimetizaba con la espesura.

—No le temo a la oscuridad —repitió mirando a otra de las chicas.

—La oscuridad debería temerme a mí —contestó Jia. Era más alta que Aurora y delgada como un palillo, con los ojos almendrados y el pelo recogido en una desmañada trenza—. Porque, si me la encuentro en un callejón —sonrió con malicia—, le birlaré la cartera, la pitillera y el reloj de bolsillo.

—Ese es el espíritu. —Aurora se volvió hacia la tercera chica, que trastabillaba entre las sepulturas con una caja—. No le temo a…

—¿Seguro que esto es higiénico? ¿No nos contagiaremos de algo?

Florence era la mayor; tenía el pelo castaño claro, con esa clase de rizo diminuto imposible de controlar, y unos ojos preocupados.

—Heather dice que debía de llevar un día muerto…

—Tenemos que cambiar de lema —rezongó Jia—. Florrie le teme a todo.

—En serio, me parece muy bonito que nos despidamos de él, pero… —Dentro de la caja, una sombrerera de cartón, yacía acurrucado un gato negro—. Si ha muerto por una bacteria, seguro que ya nos hemos infectado.

—Pues es un sitio estupendo para estirar la pata. —Jia señaló la silueta de la Academia Rosenfield—. A lo mejor nos volvíamos más populares.

—Yo creo que tengo fiebre. Me quema la cara. Aurora, tócame la cara.

—Mefistófeles se murió de viejo, Florrie —dijo Aurora apoyando la palmatoria en una losa—. Trae esa caja de una vez, y tú, Jia,

pásame el libro.

Con cuidado, taparon la sombrerera, la colocaron en el agujero, se arrodillaron alrededor y Aurora abrió el *Libro de oración común*.

—«"Yo soy la resurrección y la vida", dice el Señor. "El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente"».

—Esto no es un sacrilegio —murmuró Florence—. Son diez por lo menos.

Por encima de ellas, los reflectores seguían bailando con las estrellas, como cada noche desde que comenzaron a avistarse los primeros zepelines. Hacía dos años que Inglaterra había declarado la guerra a Alemania y, aunque las espiritistas nunca habían tenido tanto trabajo, la moral de la academia empezaba a estar por los suelos.

—Seamos sinceras, ninguna lo echará de menos —susurró Jia mientras Aurora continuaba recitando—. No servía más que para cazar cucarachas.

—Shhh —le recriminó Florence—. ¡Ten más respeto por los muertos!

—Era un gato, Florrie. Nunca hemos visto el espíritu de un gato.

—No me refiero a Mefistófeles…, sino a toda esta gente. —Florence miró por encima del hombro—. Me cuesta horrores dormir sabiendo que están aquí.

El mármol de las estatuas era tan blanco que las hacía relucir como fantasmas. La mayoría eran ángeles funerarios, algunos desmadejados de dolor sobre las tumbas, otros apoyados en antorchas y unos cuantos mirando hacia el cielo.

—Me los imagino cada noche caminando hacia nuestro cuarto…

—Te has equivocado de profesión, deberías haberte metido a florista —dijo Jia.

—Y ahora —interrumpió Aurora mientras cerraba el libro— toca decir unas palabras.

Pese a lo tarde que era, seguían con el uniforme de la academia, unos vestidos de terciopelo verde oscuro con una rosa bordada en cada hombro.

—Mefistófeles, la verdad es que no fuiste un buen gato, solías portarte fatal. —Aurora echó un puñado de tierra sobre la caja—. Pero nosotras valoramos eso.

—Menos mal que había que respetar a los muertos —dijo Jia.

—Una vez, casi rodé por la escalera por tropezarme contigo... —Florence arrojó otro puñado de tierra—. Y sé que lo hiciste a propósito.

—Dejabas pis por todas partes —añadió Aurora—. Heather lo odiaba.

—Pero mordió a Lucy Trevellian —reconoció Jia—. Eso supuso un beneficio enorme para la nación. Deberían haberle concedido la Cruz Victoria.

—Por todos los santos, ¿qué mosca os ha picado ahora?

Una silueta había aparecido a sus espaldas, pero su claridad no se debía a que estuviera hecha de mármol, sino a que se trataba de un espíritu.

Una mujer bien entrada en la treintena, con el rostro redondeado, los ojos claros y el cabello en un elegante recogido, las observaba desde unos rosales. Llevaba un abrigo de pieles sobre un vestido de noche.

—Deberíais estar desde hace dos horas en la cama. —El frío, de repente, era más intenso—. Pero es mejor quejarse de que os castigan sin motivo, de que los profesores os tienen manía y de que, de no ser por la señorita Chapman…

—Está espectralmente guapa esta noche, señorita Evans —dijo

Aurora.

—Muy graciosa. Si no fuerais los ojitos derechos de la directora…

—Nosotras somos tres —dijo Florence—. Nadie tiene tres ojos derechos.

—… os habrían devuelto a vuestras casas hace eones, pero siempre hacéis lo que se os antoja con Ada. De tal palo, tal astilla. —Las plumas del sombrero de la señorita Evans, cuyo acento era inconfundiblemente estadounidense, se agitaron al mirar a Jia—. Y la Cruz Victoria solo se concede a los soldados.

—Eso es el pobre Mefistófeles, un soldado caído. Seguro que se contagió con algo al morder a la tonta de Lucy.

Cuando el espíritu sacudió la cabeza, la escarcha adherida a su piel centelleó.

—En serio, es peor que un dolor de muelas —insistió Jia—. No hace más que presumir de su familia, de su guardarropa, de sus viajes…

—De su pelo rubio fresa —comentó Aurora.

—¡Su pelo rubio fresa! ¿Qué diantres es eso, señorita Evans? Las fresas no son rubias, son rojas tirando a rosas. Ni siquiera tendría sentido si fuera pelirroja.

—Lucy Trevellian puede ser un poco… complicada —admitió el espíritu—, pero deberías esforzarte más, Jia. Os pasáis el día como el perro y el gato.

—Bueno… —Aurora soltó más tierra sobre la caja—. El gato ya está muerto.

—Sé que es imposible que no haya roces en una casa con catorce chicas, pero las mujeres no deberíamos pelearnos. —La señorita Evans clavó los ojos en las distantes luces de Londres—. Ya se encargará el mundo de enfrentaros.

«Ese es un buen consejo», pensó Florence, aunque tampoco le

extrañó; por algo era el espíritu protector de su mentora. Pocas médiums contaban con un alma en pena encargada de velar permanentemente por su seguridad, pero Adeline Chapman no era una charlatana cualquiera. Desde que empezó la guerra, se había convertido en el rostro más conocido del mundo espiritista, donde cada vez proliferaban más estafadoras, y eso no hacía más que acrecentar su prestigio.

Como si sus pensamientos la hubieran atraído, el rumor de un coche procedente de Londres rompió la quietud del cementerio.

—Hablando de vuestra heroína… —comentó la señorita Evans, mientras el aura de los faros se vislumbraba tras los barrotes de la verja. Florence, Jia y Aurora se pusieron en pie—. Espero que no penséis largaros sin más…

—Mañana cubriremos la tumba —dijo Aurora con el *Libro de oración común* bajo el brazo—. Y esto regresará al despacho del profesor Westwood.

—Eso, ¡dejad la vela encendida! —El espíritu elevó la voz mientras Aurora y Jia se marchaban corriendo—. Qué importa que la propiedad se incendie; total, casi todos estamos muertos… ¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó a Florence.

—Nada —contestó esta—. Es solo que pensé…

Se había quedado mirando una de las cruces de hierro.

—¿Florence? —La llama se reflejaba en el metal, pero había algo más en él. Algo que la señorita Evans no podía ver—. ¿Seguro que estás bien?

Dos círculos luminosos parecían observar a Florence desde la cruz.

—Yo… —Los círculos menguaron de repente, volvieron a aparecer, y la chica sintió un nudo en el estómago. Eran unos ojos y… acababan de parpadear—. Perdón, no he oído lo que decía.

Pero no eran los ojos de Florence. Pese a no distinguir el color,

parecían muy claros, mientras que los suyos eran castaños; además, ella llevaba gafas.

No, aquel no era su reflejo. Era el de otra persona.

—Si te preguntas si tienes urticaria, la respuesta es no. —La señorita Evans alzó una ceja—. Como tampoco la tenías ayer ni antes de ayer…

Florence abrió la boca, pero la cruz ya había vuelto a ser tan prosaica como antes, una simple pieza de hierro forjado.

—Creo que… tenía razón. —De los ojos no quedaba ni rastro—. Debería llevar un rato durmiendo. La falta de sueño me hace ver cosas raras.

—Lo cual, en una casa como esta, es decir mucho. Venga, ve a por Ada antes de que te caigas rendida. —Mientras Florence se alejaba detrás de sus amigas, el espíritu acercó una mano a la vela —. ¡Y, a poder ser, dejadla dormir a ella también!

Para cuando se apagó la llama, la señorita Evans había desaparecido.

CAPÍTULO II



El Rolls-Royce atravesó la verja, coronada por la inscripción Academia Rosenfield para Jóvenes Espiritistas, en el momento más oportuno: cada vez hacía más frío, a Ada Chapman empezaba a dolerle la cabeza y su petaca estaba en las últimas.

De las tres cosas, la última era la peor. «Aleluya», pensó cuando el chófer, tras aparcar delante de la puerta, se apeó para ayudarla a bajar. Bajo el resplandor de la luna, los pináculos de la mansión parecían esculpidos en plata, como si la hubieran arrancado de un cuento gótico. «Esto, al menos, sigue igual que siempre».

Mientras recogía todo lo que había comprado, se percató de que alguien la observaba desde las alturas, un anciano de barba blanca asomado a una de las ventanas del desván. Llevaba cuatro años viéndolo en el mismo sitio, siempre con su uniforme lleno de condecoraciones, tan intangible como un rayo de luna.

—¿Necesita que le suba las bolsas, señorita? —preguntó el chófer.

—No. —Ada se llevó una mano a la frente a modo de saludo militar y el anciano pareció dudar antes de responder del mismo modo. Unos segundos después, se había esfumado—. Mejor ve a

tomar algo, Joe; se nos ha hecho tarde.

Cuando se encaminó hacia la puerta, se cruzó con otra silueta nacarada, esta vez con un vestido negro, un delantal con blondas y una cofia.

—Una noche preciosa, señorita Chapman.

Su atuendo le habría hecho tomarla por una criada de la academia de no ser porque, al pasar junto a ella, Ada distinguió los rosales a través de su cuerpo.

—Preferiría haberme quedado en mi guarida, Kate. —Su ropa chorreaba como si acabara de salir del mar—. No volverán a sacarme de aquí hasta Navidad.

—Como muy pronto —se rio Kate mientras subía los peldaños.

Un farol colgaba delante de la puerta, en cuyas hojas estaba tallado el emblema de la rosa. El ama de llaves, una mujer regordeta de cabello canoso, la estaba esperando envuelta en el acogedor resplandor de la araña del vestíbulo.

—¡Santo Dios, Ada, por fin! No sabes lo preocupada que me tenías.

—Bueno, ni que me hubiera largado al Somme. Estaba a media hora de aquí.

—Pero te fuiste al mediodía, son casi las once y media y…

—Es noche de luna llena, Heather. —Ada dejó sus bolsas en el primer peldaño de la escalera—. Los zepelines solo aparecen cuando está nublado.

Desde el vestíbulo, sin embargo, también se apreciaban los reflectores: cada vez que pasaban tras las vidrieras, estas relucían como escamas de dragón.

—¿Y bien? —dijo Heather—. ¿En qué ha quedado lo del hospital?

—Casa de convalecencia —dijo Ada mientras la ayudaba a quitarse el abrigo—. El ministro insistió mucho en eso. —Se lo dio—. Como si

me importara.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué le has respondido?

—Que no es culpa mía que subestimaran el alcance de las bajas. —Ada se sacó las horquillas del sombrero—. Que Churchill les avisó de que lo del Somme sería un sinsentido y que deberían haber calculado mejor cuántos hospitales militares tenían. No pienso poner a mis alumnas en peligro convirtiendo la academia en uno y dejando que se nos llene de soldados muertos. Peor aún, muertos y neurasténicos.

Había un espejo junto a la puerta del comedor y aprovechó para recolocarse los encajes de la blusa. Estaba a punto de cumplir los treinta y era alta y delgada, con los ojos castaños y una abundante melena recogida con una cinta.

—Por supuesto, el ministro se puso pesadísimo. «La familia Withers lleva año y medio recluida en el ático de su mansión, mientras los convalecientes ocupan su sala de dibujo, su biblioteca, su…». Ah, señor Andrews, buenas noches.

El espíritu de un caballero de aspecto preocupado pasaba en ese momento, con unos planos enrollados bajo el brazo, por la galería del primer piso.

—Señorita Chapman —saludó antes de desaparecer.

—Nunca me acostumbraré a esto —rezongó Heather, la única junto con las criadas, los jardineros y el cochero que no veía a los fantasmas.

—Pues ya va siendo hora. Han pasado trece años desde… —Ada alzó los ojos hacia el rellano de la escalera—. Desde lo de ella.

Dos cuadros le devolvieron la mirada desde arriba, los retratos de un hombre y una mujer. Ella tenía un rostro solemne, él aparecía sonriendo; ella era pelirroja, con sus tirabuzones cayéndole sobre los hombros, él era más moreno que la medianoche; ella estaba

sentada en una butaca, junto a una mesa con libros, él se encontraba de pie; pero, pese al trozo de pared que los separaba, a Ada siempre le parecía que la observaban desde el mismo lugar, que estar en cuadros distintos no bastaba para separarlos.

—Me pregunto qué habría hecho en mi situación. —«Annabel Lovelace», se leía bajo el cuadro de la izquierda—. Con la Oficina de Guerra, quiero decir.

—Probablemente, cantarles las cuarenta a los miembros del comité, decirles que dejaran el asunto en manos de la Cruz Roja, amenazar sutilmente al ministro con airear sus trapos sucios y, de paso, reclamar el sufragio femenino.

Al mirar el otro retrato, en el que aparecía el esposo de su maestra, Ada reparó en unas manchitas rojas demasiado parecidas a restos de carmín.

—A tus alumnas ya no les basta con dejarle flores —refunfuñó el ama de llaves—. Me paso las horas muertas restregando ese condenado cuadro.

—Seguro que le habría encantado. No había nadie más presumido.

—¿Vamos encargando entonces nuestros uniformes de enfermeras?

Louise Dashwood, una de las profesoras de la academia, acababa de aparecer en lo alto de la escalera con un montón de cuadernos entre los brazos.

—Heather está segura de que ningún oficial querrá quedarse. —Pese a no sacarle muchos años a Ada, parecía bastante mayor, quizá por las canas que salpicaban su pelo rubio—. Dice que se morirán de miedo en cuanto vean el cementerio.

—Por eso les he respondido que no, porque tenemos fantasmas de sobra.

«Pero ojalá la señorita Lovelace estuviera aquí». Ada volvió a

mirar el retrato de su maestra mientras Louise se reunía con ellas. Pensaba lo mismo diez o doce veces al día. «Ojalá pudiera decirme si mis decisiones son malas o… desastrosas».

—Parece que también te ha dado tiempo a ir de compras. —Louise señaló una bolsa de la librería Hatchards—. ¿Más novelitas rosas?

—Tan picantes que harían sonrojarse al marqués de Sade.

—¿Algún manual de espiritismo con el que completar nuestra biblioteca?

—Ni uno —Ada abrió la bolsa—, pero aprenderemos más de *Un esposo de conveniencia* que del quincuagésimo tratado sobre la esencia del ectoplasma.

—Eres de lo que no hay —dijo Heather mientras Louise, haciendo malabares, agarraba los libros que Ada le tendió—. Nunca entenderé por qué una profesional como tú pierde tanto tiempo leyendo historias de amor.

—Heather, tengo clarísimas mis prioridades. Me encanta ser una mujer independiente, consagrada a su trabajo y con sus principios por bandera…

—Bueno, es un consuelo. Annabel se habría sentido orgullosa.

—Pero me gustaría aún más si cada noche, al meterme en la cama, un hombre maravilloso me recordase lo mucho que valgo mientras me duermo en sus brazos. El problema es que todos los que están fuera de los libros son unos egoístas, mentirosos, trapaceros, manipuladores, prepotentes, enamorados de sí mismos…

Heather, a la que no hacía falta convencer, soltó un bufido.

—Y por eso existen los dulces. —Ada cogió otra bolsa, esta vez de la pastelería Fortnum & Mason—. Para que el mal de amores nos sepa mejor. Probad los bizcochos de cerezas y brandy; me he comido un par en el coche y están de rechupete.

—Tienes veintinueve años, pero pareces más adolescente que tus

alumnas. —Heather sacudió la cabeza—. Una creería que, con todo lo que te ha pasado…

Al escuchar aquello, la sonrisa de Ada amenazó con disolverse, pero consiguió disimular cuando captó unos correteos procedentes del jardín.

—Aquí están mis chicas. —La puerta se abrió de nuevo y Florence Cury, Jia Zhang y Aurora Blackwood entraron en el vestíbulo. Todavía seguían con sus uniformes verde oscuro—. Por supuesto que la hora de irse a la cama solo es una sugerencia. Dejadme adivinar el resto, venís del cementerio.

—Nosotras preferimos considerarlo trabajo de campo —dijo Jia.

Florence y ella abrazaron a Ada; Aurora, alérgica a cualquier contacto físico, se mantuvo al margen. Las tres eran las únicas alumnas de la academia que, debido a lo peculiar de sus habilidades, estaban bajo su tutela personal.

—Espero que al menos hayáis hecho los deberes. —Ada las soltó —. Aurora, te encargué un resumen de ese artículo sobre las hermanas Fox.

—Eran las mayores sinvergüenzas del mundo —comentó Aurora.

—Por decirlo de manera fina. Jia, ¿copiaste cien veces: «No volveré a encerrar a un ratón en el armario de la ropa blanca para después decir que los ruidos los hace un fantasma» para el profesor Westwood?

—Sí —contestó Jia con una sonrisa—, pero se me olvidó el «no».

—Florence, tú tenías que traerme un parte con los cotilleos del día…

—Dicen que Moira Withers tiene algo con uno de los jardineros —susurró esta, recolocándose las gafas—. Parece ser que Cynthia los vio ayer en la trasera de la casa.

—Quiero que exageres todo lo que puedas y que, mientras tanto

—Ada sacó un pastel de la bolsa—, nos zampemos esto en el comedor.

—Ada, no sé cuántas veces te he dicho que no deberías hacer eso —la regañó el ama de llaves—. Como directora, no puedes mostrar tus favoritismos.

—Ay, qué pelmaza… Nos lo comeremos mejor en mi despacho. Andando.

Tras despedirse de las demás, y mientras Louise preguntaba: «¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?», cargada con las novelas rosas, Ada comenzó a subir la escalera con sus protegidas, pero Florence la detuvo tironeándole de la manga.

—Señorita Chapman… ¿Podemos hablar un momento?

—Claro. —Ada se detuvo bajo los retratos—. ¿Ha ocurrido algo?

Parecía preocupada, pero eso no era una novedad; Florence se pasaba el día saltando de una angustia a otra. La última había sido una supuesta taquicardia.

—Antes, cuando estábamos en el cementerio, vi… algo.

—¿Un fantasma? Esta casa está más repleta que la Torre de Londres.

—No… Es decir, creo que era uno, pero no como los demás. No como el de la señorita Evans. —Parecía costarle encontrar las palabras—. Estaba en una cruz.

Jia y Aurora ya habían desaparecido, pero Ada siguió sin moverse.

—Era el reflejo de unos ojos. Y… estaban mirándome.

—Pero eso tampoco es nuevo, Florrie. Llevas casi cuatro años viendo cosas en los espejos. Por eso tu tía te envió aquí, para que aprendieses a controlarlo.

—Las anteriores veces, he tenido que concentrarme durante horas para ver algo. Lo que he distinguido esta noche ya estaba allí… Como si me esperase.

Había empezado a hacer con los dedos eso que sacaba de quicio a Jia, rascarse las cutículas para tratar de mantener sus nervios bajo control.

—Tal vez tus dones están evolucionando. —Ada la agarró de las manos—. A mí me pasó algo parecido mientras vivía con la señorita Lovelace. Al principio, los espíritus eran como una nebulosa, pero una mañana, de repente, empecé a oírlos…

—Al de lord Rosenfield —dijo Florence—. Nos lo contó en Navidad.

—Tenía dieciséis años, como tú. Quizá solo sea otra manera de madurar pese a que Heather se empeñe en que no lo he hecho. —Ada le pellizcó la nariz—. En cualquier caso, lo tendré en cuenta. Ya sabes que, con nosotras, estás a salvo.

Aquello pareció tranquilizar a Florence. «Y ahora —dijo Ada agarrándola de un brazo—, a por ese pastel», y subieron corriendo en pos de Jia y Aurora.

La boda sería a comienzos de junio, decidió recostada sobre el pecho de Arlington.

Irían de luna de miel a la Toscana, pensó mientras los dedos de él jugueteaban con su pelo suelto, o a las islas griegas, o a Egipto… No, demasiado caluroso; mejor dejarlo para el invierno.

Quizá volvería embarazada de su primer hijo, reflexionó curvándose contra su cuerpo en la estrecha cama del camarote, un niño al que pondrían algún nombre glorioso que, por supuesto, elegiría Ada. Sus días transcurrirían entre risas y placeres y, cada vez que se acordase de aquella primera noche juntos, le costaría creer que pudiera haber sentido una pizca de decepción.

No había notado dolor, pero el problema era que… tampoco había notado mucho más. El Gran Asunto había durado cinco minutos y, cuando quiso darse cuenta, el chico se había derrumbado sobre ella temblando como si acabara de echarle una carrera al Titanic. Después había rodado a su lado, atrayéndola hacia sí, y Ada había descubierto que aquello (estar tumbados el uno en brazos del otro, compartiendo la misma almohada, el mismo aliento) era mucho más placentero.

«Heather tiene razón, he leído demasiadas tonterías —se dijo mientras posaba una mano sobre el corazón de él—. Los hombres de verdad no son como los de las novelas, así que tiene sentido que estas cosas tampoco se parezcan. Seguro que todo mejora con la práctica».

—Deberías haberme contado que era algo nuevo para ti.

Cuando abrió los ojos, se encontró con los de Arlington a escasos centímetros de los suyos.

—No me dio tiempo —contestó, y era verdad—. ¿Te ha molestado?

—Claro que no. —La besó en los labios—. Pero puede que lo hubiera hecho de otro modo… Con más cuidado, quizá. —«Ah, habrá sido eso», pensó Ada—. Nunca

había sido la primera vez de nadie.

—Entonces espero haberte tratado con cariño —se burló ella.

Su sonrisa la hizo sentirse como si el sol hubiera regresado al camarote. «No sé cómo lo haces —le había dicho horas antes—, pero estoy sonriendo más en estos días que en toda mi vida».

—No me lo explico. —Él acomodó mejor la cabeza sobre la almohada—. No me explico que nadie se volviera loco antes por ti. ¿Son imbéciles los hombres de Londres?

—No más que los de Manchester —contestó Ada, divertida, apoyándose en un codo—. Me temo que el don de contactar con las almas en pena no resulta especialmente… atractivo.

—Para alguien cerrado de mente, es posible. Pero, para otros, es un prodigio.

«Tendremos un perro precioso —se prometió Ada mientras el joven recorría sus clavículas con el pulgar—, un spaniel como el de la reina Victoria, y lo llamaremos Titán».

—¿Cómo son? —preguntó Arlington en voz más baja.

—¿Los espíritus? —Él asintió y Ada se quedó pensativa—. En realidad, solo se diferencian de nosotros en la transparencia, aunque eso depende del tiempo que lleven muertos. Otros, en cambio, no tienen apariencia humana, son una resonancia, una melodía… o un pensamiento.

—¿Y tú eres capaz de sentir todo eso? —Cuando asintió con cierto orgullo, su pulgar dejó de acariciarla—. ¿Hay algún fantasma ahora con nosotros?

—Solo el de mi virginidad —contestó muy seria.

La risa de Arlington sonó como música entre los paneles de roble.

—En ese caso, señorita Chapman… —tiró de Ada para ponerla sobre él, arrancando un chirrido al somier de cobre—, tendremos que asegurarnos de que descansa en paz.

Su boca volvía a estar en su cuello, su pelo le hacía cosquillas en una oreja. «Así, sí —pensó Ada mientras sus manos, como si quisieran aprendérsela de memoria, se deslizaban por su espalda—, así serán todas mis noches. No volveré a

dar pie con bola en ninguna sesión».

Estaba tan perdida en sus ensoñaciones que tardó en reparar en que él se había detenido.

—Arlington —susurró al cabo de unos segundos—. Va…, ¿va todo bien?

Al incorporarse sobre su pecho, vio que su expresión había cambiado.

—¿Va todo bien…? —Ada bajó la mirada—. ¿… ahí? ¿Necesitas…?

—Calla. —Arlington le puso un dedo sobre los labios—. ¿Estás oyendo eso?

Por un momento, Ada creyó que se refería al murmullo de los pasajeros, bastante más exaltado que antes, pero enseguida supo que se equivocaba. No era el ruido lo que le había alertado.

Era justo lo contrario, el absoluto silencio por parte de la maquinaria.

—Los motores… —Se apartó el pelo de la cara—. ¿Se han detenido?

—Es imposible: estamos en medio del Atlántico Norte. Todavía nos quedan dos días de viaje hasta Nueva York. —Arlington había clavado los ojos en la puerta del camarote, pero volvió a observar a Ada—. ¿Qué te dijo ese camarero con el que hablaste antes?

—Que había sido un problema sin importancia con una hélice…

Sobre sus cabezas, la lámpara empezó a tintinear. Ada se quedó mirando el baile de los cristales antes de percatarse de que su estilográfica, una Waterman con las iniciales A. L., estaba rodando hasta el borde de la mesilla. La alfombra absorbió el ruido que hizo al caer.

—Chapman. —Cuando se sentaron en la cama, vieron deslizarse hacia la puerta los adornos que Arlington le había quitado del pelo—. Mierda —murmuró el joven.

—¡Ada! —sonó una voz procedente del corredor—. ¡Ada, abre, deprisa!

Alguien estaba al otro lado de la puerta. Llamó una, dos, tres veces…

—Es la señorita Evans —susurró Ada desenredándose de él. Las sábanas eran un revoltijo que apartó de una patada—. Escóndete en esa esquina para que no te vea.

Al ponerse en pie, le faltó poco para perder el equilibrio: el suelo, definitivamente, estaba en pendiente. Se envolvió en su batín de jazmines, se

recolocó como pudo el pelo y, esquivando los aderezos de diamantes, fue a abrir la puerta.

—Santo Dios, Ada, por fin, te he buscado por todas partes. —Era Edith Evans, en efecto, con un grueso abrigo sobre su vestido de gala—. Malvina me dijo que pensabas ir a la biblioteca, pero ningún camarero recordaba haberte visto por allí.

—Cambié de opinión… Me dolía un poco la cabeza.

Ada sintió cómo se ruborizaba, pero su cara no debía de ser lo único rojo: los ojos de Edith se habían clavado en un lateral de su cuello.

—Ada —contestó al cabo de un instante—, dime que no has…

—¿No puede una señorita tener una cita a solas con su jaqueca?

Pero los ojos de Edith estaban ahora en el camarote, en las sábanas desparramadas, en el vestido de abalorios sobre la alfombra. En la diminuta mancha de sangre de la cama.

Cuando volvió a mirarla, parecía aún más preocupada que antes.

—Espero que sepas lo que haces, Adeline Chapman.

—¿Qué es lo que querías? —intentó cambiar de tema—. ¿Ha pasado algo?

—Un maldito iceberg, eso es lo que ha pasado. Chocamos hace media hora con él.

Al escucharla, el corazón de Ada casi se detuvo como los motores.

—El timonel trató de esquivarlo, pero nos alcanzó en el lado de estribor. Supuestamente, los daños estaban controlados, pero Malvina ha oído al señor Andrews hablar con el sobrecargo…

«¿Andrews? —La mente de Ada parecía haberse congelado—. ¿El ingeniero?».

—El hielo ha hecho saltar no sé cuántas planchas del casco. Cuando nos cruzamos con Andrews, decía que se habían inundado cinco compartimentos, incluida la sala de calderas. —Hasta entonces, Ada no se había fijado en lo pálida que estaba su amiga—. El Titanic —continuó Edith— solo puede mantenerse a flote con cuatro compartimentos anegados.

Mientras hablaban, las voces en la distancia empezaban a convertirse en gritos.

—Pero…, pero no puede ser. Este buque es insumergible, Edith. Es…

—Claro que sí, y la Armada Invencible también era invencible.

Arlington, en su rincón del camarote, guardaba un silencio sepulcral.

—Están quitando las lonas de los botes salvavidas, así que más vale que te apresures. Nos han dicho que cojamos un abrigo, pero —Edith observó el batín de Ada— sospecho que no te vendría mal algo más. —Y, con un suspiro exasperado, anunció—: ¡Los chalecos están encima del armario, señor Arlington! ¡Vaya bajándolos como el caballero que se supone que es!

—Edith… —trató de responder Ada, pero ya se había dado la vuelta.

La vio alejarse por el corredor, una silueta oscura contra los paneles blancos, antes de volverse hacia el interior del camarote. Arlington había reaccionado lo suficiente como para ponerse los pantalones, pero la expresión con la que la miró mientras se los abrochaba era un reflejo de la de Ada.

«Bueno —se dijo—, ya tengo lo que quería, una primera vez inolvidable».

CAPÍTULO III



La señora Danvers conocía como nadie los trucos de su profesión.

Se los sabía mejor que el himno *Un fino velo entre nosotros*, y eso que solía cantarlo al comienzo de todas sus sesiones. Los mensajes escritos con zumo de limón que se volvían visibles durante las visitas de los espíritus. El falso ectoplasma hecho con gasa, gelatina y clara de huevo. Las siluetas colgadas de hilos de pescar que pasaban volando sobre las cabezas de los asistentes. Los fuelles escondidos bajo sus enaguas, que, cada vez que apretaba las piernas, provocaban una misteriosa corriente de aire.

Pero Gwendolyn Danvers contaba con otros recursos que no fallaban nunca, un rostro que, a sus cuarenta y seis años, seguía cortando el aliento y una audacia sin límites a la hora de correr riesgos. Lo que pensaba probar esa noche era atrevido, pero también podría granjearle un éxito sin precedentes.

—Agárrense de las manos, señores —murmuró en el gabinete sumido en la semioscuridad—. Un espíritu ha decidido honrarnos con su presencia.

Sobre la mesa reposaba lo más devastador que una familia

británica podía recibir, una de las placas de identificación que los soldados llevaban al cuello. La otra, de color verde en vez de rojo, debía de encontrarse en alguna fosa común de Francia.

—Lo estoy viendo —continuó la señora Danvers—. Justo ahí, entre el reloj y la chimenea. —Alzó una mano cargada de sortijas—. Está mirándola, querida.

—Peter —susurró la viuda del teniente Thompson—. Oh, Dios, ¿eres tú?

En la penumbra, cada sombra parecía dotada de vida propia, sobre todo, si estabas desesperado por ver algo. «Bendito sea el káiser Guillermo».

—Señora Danvers, dígame qué aspecto tiene —imploró la señora Thompson—. Desde que me enviaron el telegrama, no he dejado de imaginarme…

—No preguntes eso, Maeve —susurró su cuñada—. Es… Es morboso.

—Está pálido y parece muy cansado —respondió la espiritista en su tono más tranquilizador—, pero sonríe. Se ha llevado la mano derecha al corazón.

El llanto de la señora Thompson le hizo saber que había dado en el clavo: sus espías le habían informado de que el teniente murió de un disparo en el pecho.

—Pero… si mi hermano era zurdo —titubeó un hombre de gruesas patillas—. Debería haber utilizado la otra mano…

—Si eso es todo lo que va a aportar, será mejor que se vaya.

Desde el otro lado de la mesa, un joven rubio lo fulminó con la mirada.

—¿No ha oído hablar acerca del magnetismo? Está perturbando las vibraciones de la estancia. Otra interrupción como esa y el espíritu de su hermano se marchará. —El joven inclinó la cabeza

ante la médium—. Continúe, señora Danvers, por favor.

—Gracias, señor Welsch —dijo Danvers disimulando una sonrisa.

Su querido Leopold, siempre tan atento, tan servicial. De todas las cosas buenas que el espiritismo le había traído (las joyas de diamantes y platino de Cartier, el vestidor repleto de modelos de Worth, el cupé en el que paseaba por Belgravia), Leopold Welsch era la mejor. Se habían conocido en Covent Garden durante una representación de *Don Giovanni* y, antes de que acabara el segundo acto, ya eran inseparables.

Leopold creía en lo que hacía, era demasiado inocente, y Danvers demasiado astuta para que sospechase nada. Con su aspecto de ángel rubio, se había convertido en el mejor intermediario con el que una médium podría soñar; le había presentado a sus amigos más adinerados, le había buscado contactos hasta debajo de las piedras y, cada vez que asistía a sus sesiones, la miraba de un modo que entusiasmaba secretamente a Danvers, con una mezcla de estupor y admiración absoluta.

Le gustaba aún más cómo lo hacía en otros momentos, mientras lo montaba en su alcoba revestida de damasco rojo, la misma en la que se había dedicado a actividades más comprometidas antes de descubrir la cantidad de dinero que podía sacarse de los muertos. «No hace falta que me lo digas —le había susurrado poco antes de aquella sesión, todavía encaramada sobre él—, sé que soy la mejor en lo mío».

El recuerdo desencadenó un aleteo entre sus muslos, convertido en palpitación cuando sus ojos (Dios, qué azules eran) se cruzaron con los de ella.

—Estaba segura de que ocurriría. —La señora Thompson seguía llorando—. De que respondería a mi llamada, de que no se marcharía sin más…

«Después —se prometió observando la boca de Leopold. Sabía exactamente dónde iba a tenerla en cuanto esos idiotas se fueran—. La noche es joven».

—Oh, cielos. —La cuñada también lloraba ahora—. Oh, Maeve, querida…

—Peter Thompson está con nosotros, sí —confirmó la médium—, y quiere decirnos algo. Existe un motivo por el que permanece anclado a este plano, un secreto que no le permite descansar en paz…, que lo atormenta terriblemente.

Y que seguiría haciéndolo hasta que considerase, cinco o seis sesiones más tarde, que había vaciado lo suficiente la caja fuerte de Maeve Thompson.

—¿Un secreto? —Esta palideció aún más—. Pero si Peter no tenía secretos. Era la persona más honrada del mundo. Si hubiera algo que lo estuviese… Esperen. —La señora Thompson se detuvo—. Ese olor… Dios mío.

Su expresión era de perplejidad absoluta. «Y ahora, la apoteosis».

—Ese olor es… —Se cubrió la boca—. Cielo santo…

—Yo no noto nada —dijo su cuñado—. Todo continúa igual…

—No —dijo Leopold, poniéndose en pie—. La señora Thompson está en lo cierto. Huele como si hubieran destapado un frasco.

Los otros dos asistentes permanecieron en silencio. Danvers no los había visto nunca en su gabinete (¿serían parientes de Thompson?), pero dio por hecho que, a partir de entonces, se convertirían en clientes asiduos.

—Una mezcla de resina, tabaco… Un perfume masculino.

—¿Y de dónde procede? —La cuñada parecía más confusa que nunca.

—Lo he captado al girarme. —La señora Thompson se había quedado mirando el rincón que Danvers señaló antes, pero no

parecía haber nada raro en él. El reloj era perfectamente normal, marcaba las diez y cuarto, y en la chimenea no había más que un busto del *David* de Miguel Ángel y dos velas—. Sé que es él. Es mi Peter.

—Maeve, todos los perfumes de hombre se parecen…

—¡Os digo que es el suyo! ¡Lo reconocería en cualquier parte, porque…!

La señora Thompson, de nuevo, se quedó callada y Danvers, a su vez, contuvo una sonrisa. Sus espías también le habían hecho saber que la esencia de ámbar gris era un imprescindible en el tocador de la pareja, cosa que no le había extrañado; estaba más que familiarizada con sus propiedades afrodisíacas.

—Eso que lo atormenta, ¿es que no…, que no tuviéramos hijos? —Las lágrimas caían por las regordetas mejillas de la señora Thompson—. Lo intentamos, de verdad que sí, pero había problemas… Por parte de los dos, ta…, también de mí…

—Bueno, se acabó. —Uno de los hombres se puso en pie—. Es suficiente.

La médium apartó la mirada de la señora Thompson.

—¿Perdón? —preguntó desconcertada—. ¿De qué está…?

—Ha ido demasiado lejos, Danvers —aseguró el otro hombre.

—Sospechábamos que no tenía escrúpulos, pero esto es una auténtica crueldad. ¿Cuándo pensaba parar, cuando la hubiera desangrado como a un cerdo?

Los cuñados de la señora Thompson parecían atónitos.

—No sé quiénes son, pero no pienso tolerar que me insulten. —A la médium le temblaron las manos sobre la mesa—. ¡Váyanse ahora mismo!

Leopold también estaba inmóvil, pero Danvers no se atrevió a mirarlo. Se incorporó señalando la puerta del gabinete con un dedo.

—¿Es que no me han oído? ¡Si no se marchan, avisaré a la policía!

—Sería muy considerado —contestó uno de los hombres, rodeando las sillas—. Nos ahorraría tener que ocuparnos nosotros.

—¿Qué está haciendo? —gritó Danvers cuando se acercó a la chimenea. Las velas se habían consumido hasta la mitad; el hombre sopló para apagar una, la rompió con un chasquido y, con un «¡ja!», se volvió hacia los demás.

—Desde que empezó la guerra, hemos visto florecer toda clase de estratagemas, pero esta es una de las más despiadadas.

Tras dudar unos segundos, el señor Thompson se acercó. El interior estaba hueco y una sustancia oscura se extendía alrededor de la mecha.

—Realmente ingenioso —continuó el hombre—. A medida que se consume, la vela desprende un aroma más intenso, como si la persona con la que se quiere contactar estuviera presente… Solo ha tenido que averiguar cuál era su perfume.

Ahora el olor del ámbar gris sí resultaba inconfundible.

—Supongo que contaría con cómplices. —El otro hombre examinó también la vela—. Algún topo entre el servicio, un fabricante de velas dispuesto a adulterarlas… Scotland Yard debería investigar a todos los del barrio.

—Más adelante, es posible. —Los dos volvieron a mirar a Danvers —. Ahora tendrán asuntos más urgentes que atender.

Cuando echó a correr, ambos se precipitaron sobre ella. La cuñada de la señora Thompson gritó al estar a punto de caer sobre la alfombra.

—Si hablan de avisar a Scotland Yard, no pueden ser policías —exclamó el señor Thompson—. ¿De dónde han salido ustedes?

—De la redacción del *Light*. —Danvers, a la que habían conseguido reducir, dejó de revolverse—. Nos dedicamos al estudio

de las nuevas ciencias, pero también a detener a estafadoras como esta. —Uno de los hombres le retorció los brazos.

—Nos avisaron de que pensaba dar un golpe especial esta noche gracias a unas velas —continuó su compañero—. Por eso estamos aquí.

—¿Quién…? —Cuando la pusieron en pie, la médium no estaba pálida, sino casi gris—. ¿Quién les avisó de…?

Pero, nada más decirlo, fue ella la que se quedó sin palabras.

—Leopold. —Volvió la cabeza—. Dime que…

—¿Leopold? —repitió este—. ¿Qué ha sido del «señor Welsch»?

Tal vez fuera efecto de la luz, otra sombra engañosa, pero Danvers juraría que su rostro había cambiado. Donde antes solo veía candor, ahora no encontró más que sarcasmo, resentimiento… y oscuridad.

—Qué pena que todo acabara torciéndose. —Sus ojos seguían siendo azules, pero ya no recordaban a un cielo de verano, eran como dos esquirlas arrancadas de un glaciar—. Estaba muy cerca de conseguirlo, Danvers.

—Leopold —volvió a murmurar—. ¿Por qué…?

—Eso es lo primero que le preguntarán: por qué. —Le acomodó un mechón suelto tras una oreja—. Y usted tendrá que responderles: «Porque se me presentó la oportunidad y me creía tan lista que decidí aprovecharla».

Los Thompson, mientras tanto, los miraban totalmente patidifusos.

—Y, como está siendo una noche de revelaciones —añadió mientras los reporteros agarraban a Danvers de los brazos—, debería saber que nunca me han gustado las fresas con chocolate. No creo que vuelva a comerlas en mi vida.

La viuda se había desmayado, superada por las emociones.

—Tampoco me apetecía pasar ese fin de semana en las Highlands —continuó él—, no he abierto el poemario que me regaló y creo que sus amigas Mindy y Jocelyn son unas arpías. Y, sí, ese vestido de Callot Soeurs le sienta fatal, pero ya no tiene importancia. —Cuando esbozó una sonrisa, la médium notó cómo se le congelaba la sangre —. No necesitará deslumbrar a nadie más en prisión.

Danvers sabía que debería estar sintiendo dolor, indignación, una rabia atroz, pero en su corazón no quedaba espacio para más emociones, solo para un espanto que parecía haberle anudado la lengua. «Por Dios, ¿quién eres tú?».

—Es suficiente —dijo uno de los reporteros—. Tenemos que llevárnosla.

—Descuiden, es toda suya. —Cuando la agarró de la barbilla, su contacto la hizo estremecerse—. Buena suerte, querida. Llévese esto para recordar —la besó en los labios— que yo también soy el mejor en lo mío.

Entonces los hombres la arrastraron hacia la puerta y, mientras seguía sintiendo aquella sonrisa helada en la boca, Gwendolyn Danvers comprendió que no se había equivocado con ese chico: Lucifer también había sido un ángel antes de caer.

CAPÍTULO IV



Una taza de té humeando junto a la lámpara. Un puñadito de sales de violeta perfumando el baño. Un fuego desperezándose en la chimenea.

Después del día que había tenido, sumergirse en el agua caliente fue como tocar la puerta del Cielo con los dedos. Ada se recostó con un suspiro en la bañera, grande como un sarcófago de mármol de Carrara, y se quedó observando los haces de luz que peinaban el horizonte entre las cortinas púrpuras. En contra de lo que imaginaba, había acabado considerando esa casa un hogar…, a su rocambolesca manera.

El antiguo propietario, el esposo de su maestra, había tenido en vida una fobia espantosa a la sencillez, sobre todo, en cuanto a la decoración de interiores. La huella de Victor Rosenfield estaba presente en cada rincón de la mansión, desde las vidrieras prerrafaelitas con escenas del ciclo artúrico hasta las gárgolas que coronaban el tejado, pasando por la cabeza de bronce de un tigre que adornaba la bañera.

«Un despropósito —había gruñido Heather cuando se instalaron—,

pero no podía esperarse otra cosa de su excelencia». Por suerte, incluso ella había dejado de protestar cuando resultó evidente que la Academia Rosenfield estaba haciendo historia en el panorama espiritista. Al mes de su inauguración, ya contaba con dos alumnas; cinco años después, habían ascendido a catorce, y, aunque la guerra había causado bajas en el claustro docente (una profesora había tenido que encargarse de la granja familiar después de que su hermano se alistase y otra se había marchado a Francia para conducir ambulancias), se las habían apañado para sobrevivir. Probablemente, porque pocas cosas atraían a tantos clientes desesperados como una guerra.

Al menos, a Ada le quedaba ese consuelo, haber logrado cumplir el último deseo de su maestra. La única persona con la que, irónicamente, no podía contactar.

—Debería ser usted quien viviese aquí. —Era inútil hablarle al Cielo, casi tanto como a Dios, pero aun así…—. Debería ser usted quien… viviese.

Alguien tocaba un vals al final del corredor, pero el resto de la mansión permanecía en silencio. «Su casa repleta de mujeres y lord Rosenfield perdiéndoselo —reflexionó mientras abría unas cartas que le había dado Heather—. Esto sí que no se lo habría perdonado a su asesino».

—Nunca entenderé la obsesión con los tigres que tenía este tipo.

Una corriente sacudió las cortinas cuando el espíritu de Edith Evans se materializó en el baño. Ada apartó brevemente la mirada de la correspondencia.

—Los hombres son unas criaturas extrañísimas. —Edith enarcó una ceja ante la cabeza de la bañera antes de mirar a Ada—. ¿Cómo estaba Londres?

—Más deprimente que nunca —contestó esta—, y todo por la

maldita guerra.

—Tampoco es que antes destacaseis por ser la alegría de la huerta.

—Las calles estaban a rebosar, pero solo me he cruzado con soldados, es como si no quedara ni un hombre sin uniforme en el país. —Ada reclinó la cabeza con un suspiro dramático—. Me moriré soltera, más sola que la una y rodeada de gatos.

—Siento comunicarte que Mefistófeles nos ha dejado. Florence, Jia y Aurora lo estaban enterrando en el cementerio antes de que llegaras.

—Maravilloso. —Ada cerró los ojos—. Otro que me abandona.

Uno de los leños de la chimenea crujió como si quisiera darle la razón.

—Existen destinos peores, señorita Chapman —repuso Edith—. Como fallecer de hipotermia en el Atlántico Norte, aunque lo prefiero a acabar con uno de esos inútiles de los que te enamoras. ¿Qué fue del periodista que te invitó a cenar?

—Sabes que tuvo que marcharse a Francia. Creo que sigue en Mons…

—Desde donde, si mal no recuerdo, solo te escribió una carta. ¿Y ese primo de Pamela de Harley que te enviaba orquídeas? ¿También le hicieron alistarse?

—Ni me lo menciones, Mefistófeles tenía más conversación.

—Y aquel ingeniero de Bloomsbury que se hacía el encontradizo…

—Estaba casado, Edith. —Ada gruñó—. No metas el dedo en la llaga.

—Si quisiera sacar la artillería pesada, querida, habría mencionado a mi favorito entre todos tus galanes, el primero que me hizo advertirte: «Ada, es un error…».

Pero la mirada que le lanzó hizo guardar silencio a Edith. Mientras

hablaban, el agua parecía haberse enfriado, o tal vez fuera la propia Ada quien lo había hecho; quizá cuatro años no habían sido suficientes para hacerla entrar en calor. «Una parte de mí siempre seguirá así… Congelada».

Congelada y hundida en el océano a cuatro mil metros de profundidad.

—Cuando me pediste que me convirtiera en tu espíritu guía, me comprometí a protegerte de cualquier amenaza —le recordó Edith—, tanto en la dimensión de los muertos como en la de los vivos. ¿Eso de la taza es coñac?

—Solo un chorrito —Ada sorbió el té—, de la bodega de lord Rosenfield.

—Y anoche fue un whisky escocés, la semana pasada, media botella de ginebra. ¿Qué crees que diría tu maestra si pudiera verte?

«Nunca lo sabré —reflexionó Ada—, porque no está aquí. Está en un precioso panteón del cementerio de Highgate en el que no puedo dejar de pensar».

—En fin… —suspiró Edith—. ¿Había algo interesante entre esas cartas?

—Solo la correspondencia de costumbre. —Ada recuperó los sobres que tenía al lado—. Estaba leyendo esta carta de lady Goring, habla de una recaudación que quiere llevar a cabo para un hospital. Dado que me he negado a convertir la academia en uno, supongo que debería colaborar. —Echó un vistazo a otro sobre—. Una invitación a un baile de caridad en Chelsea…

—Cualquier excusa le sirve a la aristocracia —bufó Edith—. Mejor no aceptes, conocerías a otro idiota, acabaría mal y regresaríamos a la casilla de salida.

Pero Ada no escuchó lo que decía. Estaba observando el último sobre.

—¿Ocurre algo? —Edith se cruzó de brazos—. ¿De quién es eso?

—Del señor Lloyd… Frederick Lloyd —respondió Ada con un nudo en el estómago—, el presidente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

La visión del lacre había bastado para despejar la bruma del coñac. Rompió el sello por la mitad, abrió el sobre y sacó una hoja de su interior.

A la atención de la señorita Adeline Chapman:

Sé que aún no nos conocemos en persona, pero espero que me perdone por este exceso de confianza. La complicada naturaleza del asunto del que necesito hablarle me ha obligado a prescindir de cualquier intermediario.

Como supongo que imaginará, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas se encuentra al corriente de su trayectoria, tanto en solitario como al frente de la Academia Rosenfield. Sabemos los esfuerzos que ha consagrado a la formación de sus discípulas, muchas de las cuales se cuentan entre las médiums más prometedoras del panorama actual, y su afán por continuar el legado de su maestra, la difunta señorita Lovelace.

Existe un tema de capital importancia que desearía que tratásemos lo más pronto posible, un asunto relacionado con el naufragio del RMS Titanic, en el que sabemos que viajaba para asistir a un congreso sobre espiritismo en Nueva York, y ciertos sucesos acaecidos desde entonces. Como ya he mencionado, se trata de una cuestión demasiado delicada para abordarla en nuestra sede, de modo que desearía planteársela en su propio terreno.

Si tuviera la amabilidad de recibirme durante los próximos días, le estaría muy agradecido.

Un cordial saludo,

F. H. Lloyd

—Bueno —fue Edith quien rompió el silencio—, esto no me lo esperaba.

Los ojos de Ada recorrían el papel como buscando un mensaje escrito con tinta invisible. «Un asunto relacionado con el naufragio…».

—No entiendo nada. ¿Por qué se interesaría la Sociedad por aquello?

—Tal vez se han enterado de que mi fantasma no es el único que te trajiste.

—No he dicho ni una palabra al respecto. Si la prensa supiera cuántos os habéis instalado aquí… —Ada señaló la puerta del baño —, tendría que apostar una docena de guardias en el jardín. Me temo que… solo hay un modo de saberlo.

Aunque nada le apetecía menos que recibir en su casa a Lloyd.

—La Sociedad de Investigaciones Psíquicas no tiene nada que ver con los diarios sensacionalistas. —Edith pareció leerle la mente—. Está formada por estudiosos de las nuevas ciencias, no por depredadores. Dudo que supongan una amenaza.

—Te recuerdo que fueron los mismos que encerraron a Louise en un asilo. Si mi amigo Nathan no hubiera tomado cartas en el asunto, aún seguiría en él.

A Ada le llevó unos segundos reparar en que le temblaban los dedos, tanto que dejó la carta sobre una mesita. No era la posibilidad de que le ocurriera algo así lo que la angustiaba; ser la discípula de Annabel Lovelace la había convertido en intocable. Era el hecho de que cuatro años más tarde, en un mundo completamente distinto del que habían dejado atrás, el Titanic continuara a flote.

—La gente dice que tuve suerte, ¿sabes? Que lo de esa noche fue como esquivar una bala, como volver a nacer, pero yo me siento…

Nunca había hablado de aquello con nadie, ni siquiera con Heather. Cada vez que un reportero sacaba a relucir el tema, Ada solo esbozaba una sonrisa. «Sí, claro que tuve suerte —repetía como una muñeca de cuerda—, muchísima suerte».

—Da igual a dónde vaya, ese condenado barco… Siempre parece perseguirme.

«Incluso tierra adentro —pensó mirando la carta reblandecida por la humedad—. Incluso en medio de la guerra».

—Perdóname, Edith. —Ada se restregó los ojos—. No debería hablar de este modo delante de ti. Estoy siendo una desagradecida.

—No pasa nada —la tranquilizó el espíritu—. Sé a qué te refieres.

Fue a sentarse sobre el taburete en el que Ada había colocado su batín.

—¿Te acuerdas de Archibald Gracie, ese coronel al que conocimos a bordo?

—Claro que sí, se comportó como un héroe. No paró hasta asegurarse…

—Falleció menos de un año después del naufragio. Su esposa y su hija decían que nunca volvió a ser el mismo, que no había ni uno solo de sus pensamientos que no girase en torno al Titanic. Las últimas palabras que le escucharon susurrar fueron estas: «Tenemos que meterlas en los botes, tenemos que meterlas en los botes a todas».

Su amiga trató de tragar saliva, pero se le había secado la garganta.

—El señor Ismay, el presidente de la White Star Line —prosiguió Edith—, ha prohibido que se mencione el tema en su presencia. Según su familia, es un cadáver viviente desde aquel día, devorado por el remordimiento. Y Annie Robinson, una de las camareras de primera clase, se angustió tanto cuando otro buque en el que

viajaba se adentró en un banco de niebla que saltó por la borda.

—No lo sabía —susurró Ada—. No he vuelto a tener contacto con…

—El barco mató a mil quinientos de nosotros esa noche. A muchos otros os mató en vida. —Edith sacudió la cabeza—. Quizá no haya tanta diferencia.

En la antigua sala de música, un violín seguía tocándole a la oscuridad. *Más cerca, oh, Dios, de ti*, reconoció Ada. Un himno cristiano.

—¿Cómo puede hacerlo? —dijo tan bajo que apenas se oyó—. Algo creado por el hombre…, un simple amasijo de acero…, ¿cómo puede perseguirnos así?

—Los objetos más grandes y relucientes son los que proyectan las mayores sombras —su espíritu protector se puso en pie—, y el Titanic era las dos cosas.

La luz de la lámpara hacía que la escarcha de su rostro reluciera como el cristal. Al ver que no decía nada, Edith se despidió con un «descansa, Ada» y, tras darle un beso en la frente que también pareció de hielo, se disolvió en la nada.

Sobre la mesita, la carta tembló con el vapor como si aletease.

—¡Tenemos que meterlas en los botes, tenemos que meterlas en los botes a todas!

Cuando Ada y Arlington llegaron a la cubierta superior, jadeando por la carrera y agarrados de la mano, se encontraron con el espectáculo más desconcertante que habían presenciado a bordo: mientras la orquesta tocaba en un rincón, toda la primera clase del Titanic se había congregado alrededor de los botes salvavidas con abrigos sobre los pijamas, batines sobre vestidos de noche y, para disgusto de las damas, chalecos salvavidas.

—Nos hemos dado toda la prisa que hemos podido —aseguró Ada mientras se reunían con Edith y sus amigas Caroline Brown, Malvina Cornell y Charlotte Appleton—. No os imagináis cuánta gente había en la escalera, hemos tardado siglos en subir…

—Me consuela que sea eso lo que os ha entretenido —repuso Edith.

—Hemos visto cómo unos chicos se lanzaban un pedazo del iceberg. —Arlington prefirió ignorar su tono corrosivo—. Tenía el tamaño de una pelota de tenis.

—La cubierta de tercera clase está repleta de hielo —dijo el coronel Gracie, un caballero de impresionantes bigotes que, al saber que Edith y sus amigas viajaban sin compañía masculina, se había ofrecido a velar por su seguridad—. A este paso, nos congelaremos antes de hundirnos.

Mientras se acercaba a uno de los oficiales, Malvina Cornell y Charlotte Appleton subieron al bote número dos, cada vez más abarrotado. Las sogas crujían de una manera tan inquietante que algunas mujeres, amedrentadas, se negaron a encaramarse a él.

—No, de ningún modo —protestó una—. Nos han sacado de la cama en plena noche, nos han hecho ponernos estos espantosos chalecos, ¿y encima…?

—Le aseguro, señora, que estará mucho más segura ahí —insistió el oficial Lightoller, uno de los responsables de la evacuación—. Ahora, si pueden hacer el favor de…

—Parece que por aquí sabemos más de modas que de matemáticas —comentó Edith.

—¿Qué quiere decir, señorita Evans? —preguntó Arlington.

—Que, según el coronel —Edith ni siquiera lo miró—, somos más de dos mil doscientas personas entre el pasaje y la tripulación. Los botes salvavidas, en cambio…

No fue necesario que añadiera nada más: los ojos de Arlington recorrieron la cubierta, sumó mentalmente el número de botes, multiplicó el resultado por la capacidad de cada uno y estaba a punto de responder cuando oyeron murmurar a Ada: «Mi broche».

Se había llevado una mano al vestido, pero no había nada en él.

—Me lo he dejado en el camarote. —Miró a Arlington—. El de la libélula.

—Sé a cuál te refieres. Lo has llevado en casi todas las cenas.

—Estaba en el tocador, pero… —«Pero lo tiramos al suelo cuando me subiste encima»—. Con las prisas, me olvidé de cogerlo. ¿Creéis que…?

—No —respondió Edith—. Tienes cientos de joyas, Ada, y mucho más caras. Tu maestra te dejó tantas que necesitarías todo Burlington Arcade para exponerlas.

—Ya lo sé, pero esa tiene… un valor especial. No es por lo que costó…

—Espérame aquí —contestó Arlington—. Iré a por ella antes de que embarquemos.

La joven trató de protestar, pero le puso un dedo en los labios.

—No me voy a la guerra, Chapman, tu camarote está muy cerca. Antes de que te enteres, me tendrás de vuelta. —Le dio un rápido beso—. Quédate con tus amigas.

—Ay, qué galante —suspiró Caroline Brown mientras lo observaban alejarse con esfuerzo entre los alborotados pasajeros—. Es un auténtico Romeo…

—Romeo acabó muerto. —Edith miró a Ada de reojo—. Y, por su culpa, Julieta

también.

En cuanto el bote número dos alcanzó el agua, el oficial Lightoller ordenó enganchar el siguiente, uno de los plegables que nadie había esperado tener que usar, a los pescantes que acababan de quedar libres. Para entonces, aquella parte de la cubierta se había convertido en un hervidero humano y Ada, volviéndose sin parar, apenas se mantenía en pie por culpa de los empujones.

—¡Que todos los hombres se hagan a un lado! —Lightoller tuvo que vociferar para que se le oyera—. ¡Solo mujeres y niños a partir de este punto!

«Vuelve», suplicó Ada en silencio. Arlington tenía razón, el camarote estaba cerca, solo había que regresar dentro, bajar a la cubierta inferior y cruzar dos corredores. «Vuelve, por favor».

—¿Es que no me han oído? ¡Solo mujeres y niños! —Los empujones obligaron a los hombres de Lightoller a formar un cordón—. ¡No nos hagan recurrir a la fuerza!

—¿Eso significa que los caballeros se quedarán atrás? —se alarmó Caroline.

—Creo que hay otro oficial que sí les deja subir si no hay mujeres y niños cerca. —Edith dudó unos segundos—. Seguro que el coronel Gracie se las apaña. Es un superviviente.

Pero Caroline no era la única que había atado cabos: muchas mujeres habían empezado a llorar y la tripulación, impaciente, las subía en volandas a los botes.

—No debería haber dejado que se fuera —murmuró Ada de repente.

Se había quedado mirando cómo una recién casada era arrancada entre dos oficiales de los brazos de su marido. «Estaré bien, de verdad», le prometía este.

—Ha sido una imprudencia. Debería habérselo impedido…

—Es demasiado tarde para eso. —Edith le rodeó los hombros con un brazo al verla temblar—. Lo que importa ahora es que nos subamos al bote.

—Si le pasa algo, Edith, será por mi culpa… y eso me matará. No sé en qué estaba pensando cuando permití… —Ada sacudió la cabeza—. Tengo que regresar también.

Se apartó del bote, pero su amiga se interpuso en su camino.

—Ah, no, ni se te ocurra. No vas a volver ahí dentro, Adeline Chapman.

—Apártate. —Ada trató de esquivarla—. Edith, ¡apártate! ¡Te digo que…!

—Me trae sin cuidado lo que digas, ¡tú no te mueves de esta cubierta! ¿No has oído lo que Lightoller aseguraba antes? Dentro de media hora, el agua habrá llegado hasta aquí.

Caroline, mientras tanto, las observaba con la boca entreabierta.

—Tú no lo entiendes, Edith. —Ada intentó soltarse de nuevo. —Esto no es un capricho, es…, es lo que siempre he querido. Es de verdad.

—¿Qué es de verdad? ¿El fastuoso revolcón que os habéis pegado?

—Creo que… —dijo Caroline, ruborizándose como una colegiala.

—¿Unos besos robados bajo las estrellas? ¿Un amorío adolescente en el barco más lujoso del mundo? Sé que eres una romántica, Ada, pero esto no tiene ni pies ni cabeza, ni siquiera viniendo de ti. —Edith la agarró de la cara para que la mirase —. ¿De verdad piensas ponerte en peligro por un hombre al que acabas de conocer?

Algunos pasajeros empezaban a observarlas, pero la muchacha se soltó de un tirón y, mientras Edith gritaba: «¡Ada, vuelve aquí!», echó a correr hacia el interior del barco.

Tuvo que abrirse camino a base de codazos hacia la Gran Escalera, más transitada incluso que a la hora de cenar. Aunque el agua no había alcanzado aún aquella cubierta, los peldaños empezaban a estar tan encharcados que le faltó poco para resbalarse.

—Que las doncellas se pongan los chalecos, que suban ahora mismo y que… ¿Señorita Chapman? —dijo el señor Andrews, el ingeniero, al verla pasar de largo.

Bajó el primer tramo de la escalera, aterrizó delante del reloj con el Honor y la Gloria coronando al Tiempo y, arremangándose el vestido, se precipitó hacia el corredor de la derecha, el que conducía a su camarote y el de Edith. El suelo se encontraba tan inclinado que tuvo que apoyarse en las paredes, pero se las ingenió para alcanzar la única puerta abierta.

Cuando se agarró al marco, el aliento que le quedaba la abandonó. La

habitación estaba patas arriba, aunque el iceberg no parecía haber tenido nada que ver: el colchón se hallaba en el suelo, junto con los cajones de la mesilla, su ropa desperdigada por todas partes y Arlington, sentado en medio de aquel caos, sostenía un montón de papeles.

Estaba tan concentrado leyéndolos que no reparó en su presencia. No hasta que Ada apoyó una mano en el pomo de la puerta y percibió el movimiento de su sombra.

—¡Chapman! —Se apresuró a ponerse en pie—. Perdona, no te había…

Ada siguió mirándolo desde la puerta. Congelada como un pedazo de hielo.

—He buscado por todas partes, pero no lo he encontrado. —Arlington se echó hacia atrás el pelo revuelto—. Siento este… desbarajuste. —Señaló en torno a él —. Pero no había tiempo que perder. Uno de los camareros me ha asegurado que las cubiertas C y B…

Pero los ojos de Ada se habían clavado en el suelo. El broche de la libélula, una delicada pieza de plata con incrustaciones de esmalte, yacía en el centro de la alfombra.

—No, no lo has buscado —consiguió responder—. No has venido a por él.

Dio unos pasos, intentando mantener el equilibrio, antes de agacharse. Su mano temblaba tanto al recuperar el adorno que casi se le escurrió.

—No has venido a por él —repitió— y no viniste a mi camarote por mí.

Algo crujió bajo sus pies. Diamantes, tal vez. O su propio corazón hecho pedazos.

—Solo querías espiarme. Esperar a que estuviera distraída, aunque fuese en medio de un naufragio, para registrar mis cosas. Lo tenías planeado al detalle.

Cuando Edith llamó a su puerta, le habló de cómo cinco compartimentos del Titanic se habían anegado, uno detrás del otro, condenando al barco sin remedio. Ahora Ada sentía que a su corazón le pasaba lo mismo: cada uno de los rincones que había llenado de esperanzas, de sueños compartidos, de amor, se inundaba amenazando con arrastrarla a las profundidades.

—Por favor, dime que son imaginaciones mías.

En el silencio que se había hecho, los gritos de la gente, los crujidos de los muebles rotos y el burbujeo del agua sonaron como un concierto atronador.

—Que me equivoco con respecto a ti. —Los ojos también se le estaban inundando—. Que realmente me quieres.

—Me gustaría, pero no puedo —reconoció Arlington.

«¡El agua está subiendo por la escalera!», vociferaba alguien.

—Ya te he mentido demasiado. —Era como si todos los glaciares del océano, en cuestión de segundos, se hubieran concentrado en su voz—. Preferiría no hacerlo más.

Su silueta, el camarote, el barco entero parecían desdibujarse en torno a Ada. Cuando se dio la vuelta, una manga del abrigo se le enganchó en el pomo y, al tirar para soltarse, la rasgó hasta el codo.

—Chapman, espera —dijo Arlington dando un paso hacia ella.

Pero Ada ya se alejaba, tropezándose con sus propios pies, por el corredor.

—¡Chapman! —la llamó de nuevo.

Antes de que consiguiera alcanzar la puerta, su vestido había desaparecido tras una esquina y el estrépito del barco, conformado por un millón de crujidos, chasquidos y estallidos, se había tragado el eco de sus sollozos.

El agua, mientras tanto, avanzaba cada vez más hambrienta.

CAPÍTULO V



La iglesia había sido espléndida hacía siglos, un relicario de cristal y piedra blanca al oeste de la Torre de Londres, pero el Gran Incendio de 1666 la había convertido en un cadáver. La hiedra se propagaba por sus entrañas como la gangrena, estrangulando los restos de las antiguas tracerías, y una alfombra de hojas secas recubría las losas sobre las que resonaba el bastón de Alabaster Thorne.

Sabía que aquel barrio estaba prácticamente abandonado (las casas cercanas, con las ventanas tapadas con tablones, habían sufrido los estragos del último ataque aéreo), pero se aseguró de que nadie le había seguido mientras atravesaba la nave, envuelta en el hedor del agua estancada, y se detenía ante una puerta. Estaba amaneciendo y los primeros rayos del sol incidían sobre el emblema pintado en ella, un ojo rodeado por una serpiente que se mordía la cola.

Era el mismo que aparecía en una placa incrustada en su bastón, el símbolo de una sociedad clandestina conocida como la Orden de Cassandra. «Escondernos bajo tierra tiene sus ventajas —pensó mientras abría la puerta con una llave que sacó de su abrigo negro

—; estamos tan a salvo de las bombas como los muertos».

Hacía bastante que no sepultaban a ninguno allí… y, de hecho, costaba creer que los peldaños por los que bajó hubieran pertenecido a una cripta. No había goteras en el techo encalado ni telarañas en las paredes iluminadas por unos quinqués. Una vez que alcanzó las profundidades, empujó otra puerta que daba a una estancia más moderna, a medio camino entre una recepción y una sala de estar, donde encontró a Wilhelmina, la secretaria de la señora Morland, detrás de su mostrador.

Estaba compartiendo unos emparedados con Jack, el hijo de su superiora, mientras leían un ejemplar de la *Pall Mall Gazette*. El olor a tinta fresca hizo saber a Thorne que acababa de salir de la imprenta.

—Eres famoso, Alabaster —dijo Wilhelmina empujándolo hacia él.

«Espiritista fraudulenta detenida en Belgravia», se leía bajo una fotografía de Gwendolyn Danvers. Cuando agarró el periódico, vio que se trataba de una imagen antigua: en ella, la médium aparecía sentada tras la mesa de su gabinete, cuyo tablero daba la impresión de flotar en el aire, rodeada por un círculo de clientes.

—Lo dudo mucho —contestó al reconocer su propio rostro—. En todo caso, será Leopold Welsch el famoso. —Sacudió la cabeza—. Esto le habría encantado.

—¿Sí? —Wilhelmina parecía divertida—. ¿Le gustaba llamar la atención?

—Sabía que era un adorno precioso, una pieza de decoración —Thorne soltó el periódico—, y las obras de arte están hechas para ser admiradas.

—La verdad es que quedaba bastante bien en el gabinete de Danvers.

—Como un pastorcito de porcelana de su Dresde natal.

—¿Y cómo era su cabeza? ¿Igual de hueca?

—Absolutamente, pero no se le podía pedir más al pobre.

—Increíble —sonrió Wilhelmina—. ¿Dirías que ha sido tu mejor papel?

—Eso depende de las preferencias de tus presas. Leopold era un imbécil, pero a Danvers le gustaba. Tenía la necesidad patológica de sentirse adorada.

—Lo que le gustaba era meterse en la cama con un galán de metro noventa, pelo dorado como el trigo, ojos azules como el mar, mandíbula cincelada como la de una estatua griega y otros tantos atributos que prefiero no conocer —repuso Jack Morland con resentimiento—. Apuesto a que su personalidad le traía sin cuidado.

—Gracias, Jackie, pero tendrás que esperar. —Thorne cogió un emparedado—. Danvers me ha dejado demasiado agotado para ocuparme de ti.

Wilhelmina se echó a reír. «Avisaré a la señora Morland», dijo mientras le daba una palmada en el hombro; Jack, sin dejar de mirarlo, se arrellanó en su asiento.

—¿Nunca sientes cargo de conciencia? ¿Ni una pizca?

—¿Crees que ellas lo sienten cuando le vacían los bolsillos a su clientela?

—No, supongo que no. Por eso hacemos lo que hacemos. —Jack esbozó una sonrisa—. Tu madre escogió bien tu nombre: eres una piedra sin sentimientos.

Thorne dejó de masticar poco a poco, pero Wilhelmina regresaba ya acompañada por su eterno taconeo. «Te espera en su despacho», dijo instalándose tras el mostrador y el joven, limpiándose con un pañuelo, se dirigió hacia allí seguido por Jack.

Detrás de la recepción se extendía un pasillo revestido de paneles oscuros que, después de girar dos veces a la derecha, desembocaba

delante de lo que debía de haber sido una capilla subterránea. El olor a humedad también había desaparecido de allí y los cuadros con escenas de la *Ilíada* hacían pensar en el interior de un hotel. La puerta estaba entornada y, cuando Thorne le dio unos golpecitos con el puño del bastón, su superiora levantó los ojos del informe que estaba leyendo.

—Un éxito sin precedentes —sonrió—, aunque no esperaba menos.

Llevaba el cabello blanco recogido en un moño y unas gafas redondas de montura plateada. Todo en ella era ordenado, impecable, luminoso.

—Yo diría que sí que ha habido precedentes —contestó Thorne—. Por eso me encargó esta misión, porque nadie sabe seducir a las embaucadoras como yo.

—¿No ha sido un poquito arriesgado hacerte pasar por un alemán?

—Todo lo contrario, la sospecha de que pudiera ser un espía del káiser servía para eclipsar la de que, en realidad, fuera un cazador de médiums falsas.

—Convertir una diana en un escudo… Eso es lo que necesitamos en la Orden, cerebros capaces de funcionar como un engranaje perfectamente calibrado. —La señora Morland señaló la butaca situada al otro lado de su escritorio—. Y me alegra que así sea porque tengo otro encargo.

Mientras Thorne tomaba asiento, Jack se reclinó en la pared de enfrente con los brazos cruzados. Ese había sido su papel desde que los dos, con dieciséis años recién cumplidos, se convirtieron en miembros de la Orden de Cassandra: asegurarse de que no hacía su trabajo tan bien como para eclipsarlo a ojos de sus padres.

—Ayer, uno de nuestros topos de la Sociedad de Investigaciones

Psíquicas interceptó una carta dirigida por Lloyd, el presidente, a una espiritista —continuó la señora Morland—. Hablaba de una cuestión «de capital importancia» que necesita tratar con ella…, «demasiado delicada» para abordarla en su sede.

—¿En qué consiste esta vez? —Thorne empujó una taza hacia Morland mientras esta agarraba una tetera—. ¿Otro experimento sobre la telepatía?

—Ahí es donde entras tú: necesitamos que lo averigües. Al parecer, Lloyd ha pedido concertar una cita en la Academia Rosenfield para Jóvenes Espiritistas, así que voy a enviarte ahí. Es la institución que la señorita Chapman…

—No —interrumpió el muchacho.

Morland se detuvo con la tetera en el aire.

—¿Perdón? —Frunció el entrecejo—. ¿Cómo que no?

—No pienso acercarme a Adeline Chapman. Si existe una mujer intocable en el panorama espiritista, es ella. No cuente conmigo para buscarle las cosquillas.

—Vaya, Thorne, esto es nuevo —comentó Jack mientras su madre lo observaba de hito en hito—. ¿Vas a decirnos que a esa sí que la respetas?

—Tanto como a una carterista, pero lo que la gente piensa de ella es otro cantar. Chapman no es una estafadora cualquiera, es la discípula de la puñetera Annabel Lovelace, la médium más famosa que ha habido en este país. Tiene la reputación de su maestra, la red de contactos que heredó de ella, la fortuna que le dejó al morir e incluso la mansión de su supuesto espíritu protector.

—Pues sí que estás familiarizado con su currículum —dijo Jack.

—Tú también lo estarías si te dedicaras a algo más que a comer emparedados. Si Lovelace consiguió engañar a las masas, Chapman también podrá: al fin y al cabo, aprendió de la mejor. Cruzarse en su

camino sería un suicidio.

A aquello siguió un silencio que Morland rompió devolviendo la tetera (como siempre, era un *darjeeling* recién hecho, su favorito) al escritorio.

—Thorne, eras un crío cuando empezaste a trabajar aquí, pero ya han pasado diez años. A estas alturas, conocerás bien nuestro lema.

—*Lux in tenebris* —citó Thorne rozando la placa de su bastón.

Las tres palabras aparecían cinceladas bajo el ojo y la serpiente.

—«Luz en la oscuridad» —asintió su superiora—, justo lo que persigue nuestra organización, acabar con la superstición, la manipulación y los engaños en que las espiritistas, desde hace un siglo, han sumido a nuestro país. Sé que valoras la claridad tanto como yo, así que seré lo más directa posible. —Morland enlazó las manos sobre el escritorio—. Para la Orden, no eres más que una puta.

Thorne abrió la boca, pero no dijo nada; Jack sonrió.

—Una elegante, por supuesto —continuó ella—, no una ramera de la calle.

—Una cortesana de lujo —matizó su hijo—. Una entretenida. Una mantenida.

—Creo que he captado el concepto —repuso Thorne.

—No me malinterpretes, has hecho tu trabajo de maravilla, aunque, hasta ahora, solo haya sido a golpe de colchón. Dieciséis médiums apartadas de la vida pública, juzgadas como correspondía y puestas entre rejas… —Morland soltó un silbidito—. Y todas tan intocables, o casi, como esa Chapman que parece inquietarte tanto.

—Habría podido hacerlo de otras maneras. De cientos de maneras.

Los dedos de Thorne aferraron con más fuerza el bastón.

—No fueron los meneos que le pegué a Danvers los que la dejaron

en evidencia. Fue lo que descubrí que tramaba con las velas.

—Algo que averiguaste quedándote a dormir en su casa.

—La mano falsa con la que Edna Wilson Clarke agarraba a sus clientes…

—Tuvo que ser muy revelador pasar tiempo a oscuras con ella.

—La ventriloquía con la que Ermintrude Lynch les hacía creer que…

—Esa debía de ser la que tenía más en común contigo —contestó Jack con malicia—. Se le daba de fábula usar la boca para algo más que hablar.

Los nudillos de Thorne crujieron, pero su expresión siguió siendo la misma, una máscara perfecta esculpida en hielo.

—Todo lo que sé, señora Morland, lo aprendí de su esposo. Solía decir que había nacido para ser un investigador de lo paranormal, que tenía un don para…

—Mi esposo está muerto. —De repente, era la voz de su superiora la que parecía congelada—. Ahora soy yo quien sujeta las riendas de la Orden y me corresponde a mí decidir qué misiones encargo a mis agentes. Si quieres que dejemos de usarte como una puta, tendrás que demostrarnos que sirves para algo más. ¿Quieres pasarte la vida siendo una puta, Alabaster Thorne?

Un fogonazo pareció relucir detrás del hielo.

—Lo suponía —comentó Morland—. En ese caso, infíltrate en la condenada academia y puede —recalcó la palabra— que me lo piense.

—¿Y qué espera que haga? ¿Seducir también a Adeline Chapman?

—Me temo que, por mucha fama de cabeza loca que tenga, no sería tan sencillo. De momento, me basta con que averigües qué es lo que Lloyd necesita de ella. Más adelante…, iremos viendo. O improvisando.

—Chapman no está protegida, ya se lo he dicho, está absolutamente blindada, y su academia también. No sé cómo podría entrar en un sitio así.

—Pues eso forma parte de tu misión. Si te las has ingeniado para meterte bajo todas esas enaguas —Morland sacudió la mano en dirección a la puerta—, colarte en una casa llena de lunáticas será pan comido.

CAPÍTULO VI



—Una sangría completamente innecesaria.

Eran las nueve de la mañana y Ada, después de una noche en la que solo le había faltado ponerse a contar ovejas, apuraba su segunda taza de *earl grey*. Tenía tanto sueño que los párpados le pesaban como el plomo.

—Estas bajas son un despropósito. —August Westwood, uno de los profesores de la academia, sacudió el periódico de mal humor. Estaba desayunando con ella en la interminable mesa del comedor con sus alumnas riendo y cotorreando en el extremo opuesto—. Churchill ha presentado un informe solicitando un cambio de estrategia con respecto al Somme, pero el Gobierno no le ha hecho ni caso. Según el general al mando, la batalla está siendo un éxito, trescientos mil alemanes caídos cada semana. —August sacudió la cabeza—. No se lo debe de creer ni él.

Además de ser un renombrado espiritista, su compañero se encontraba al frente de la vicaría de St. Michael, lo cual le había venido de perlas a Ada a la hora de defender la integridad espiritual de la academia. Aquel día, sin embargo, el rostro de August (con

bastantes más arrugas que al comienzo de la guerra) parecía menos bonachón que de costumbre, aunque no por las mismas razones que la inquietaban a ella.

—Nunca pensé que fueras tan poco patriótico —comentó.

—No me malinterpretes, por supuesto que me preocupa el país, pero… —August dejó el periódico junto a la fuente de los huevos revueltos— tengo dos amigos en el Somme. Cada día me pregunto si sus nombres serán los siguientes que lea en estas listas. —Guardó silencio un instante—. Debería estar con ellos.

—Pero eres un clérigo, así que tu lugar se encuentra aquí. —Ada apoyó una mano en su brazo—. Alguien tiene que encargarse de mantener alta nuestra…

La interrumpió el impacto de una miga de pan contra su frente. Al girarse, vio que Florence, Jia y Aurora los estaban mirando.

—Ha sido ella —aseguró la primera señalando a Jia.

—Perdón. —Jia soltó una risita—. Hoy tengo mala puntería.

Aurora se limitó a sorber un café tan negro como su pelo.

—No sé quién os ha enseñado a portaros así —les recriminó Ada —, pero ya va siendo hora de que os enderecéis. Tirar migas de pan solo está permitido si se hace como Dios manda. —Diciendo esto, recuperó la miga, agarró su cuchara y, usándola de catapulta, se la devolvió a Jia—. Ah, aún sigo en forma.

La chica se desternilló de la risa mientras Heather, que pasaba con una bandeja, le lanzaba una mirada fulminante a Ada, aunque sin catapulta.

—En fin —continuó esta—, el caso es que no hay nada deshonroso en sobrevivir, August, sobre todo, en los tiempos que corren. Estoy segura de que tu mujer y tus hijos me darán la razón. Además, con un solo amigo en las trincheras, tengo bastante.

—Es verdad —contestó August—. El inspector Willoughby sigue

allí.

—Capitán Willoughby, pero ahora está de permiso. Supongo que…

En esta ocasión, no fue una miga de pan lo que interrumpió a Ada, sino la aldaba de la puerta, una monstruosidad que parecía sacada del castillo de Drácula.

De inmediato, el retortijón regresó a su estómago. Mientras las alumnas seguían charlando, Heather dejó la bandeja sobre un aparador, se recolocó el delantal y se encaminó hacia el vestíbulo, donde Ada la oyó pelearse con las pesadas hojas.

—¿La Sociedad de Investigaciones Psíquicas? —dijo August.

—Tan puntual como el Big Ben. —La joven sintió cómo le temblaban las piernas al ponerse en pie—. Si me detienen, el tabaco que tengo escondido en la salita, dentro del globo terráqueo, era para usos puramente medicinales.

August disimuló una sonrisa mientras Ada, toqueteando el broche prendido en su blusa, abandonaba el comedor. Encontró a Heather recogiendo los abrigos de los recién llegados, dos hombres cuya edad evidenciaba por qué no estaban en el frente: uno era menudo y canoso, con una barba cuidadosamente recortada; el otro, mucho más corpulento, de cabello oscuro y gafas cuadradas.

—Señor Lloyd —saludó al primero—. Qué placer tenerle aquí.

Tanto como tener un zepelín sobrevolando la mansión.

—Señorita Chapman. —Frederick Lloyd se inclinó para besarle la mano—. Le agradezco que aceptara reunirse conmigo. Este es el señor Henderson, de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas —señaló al otro hombre—, mi homólogo estadounidense. Está pasando unos días en la ciudad.

—Mucho gusto —saludó secamente su compañero.

«Fabuloso, dos cazadores de médiums mejor que uno». Ada reparó de repente en que no estaban solos, los acompañaba un niño

de unos ocho años.

—¿Y quién más ha venido? —Se obligó a sonreír—. ¿Es hijo suyo?

—No —dijo Henderson—. ¿Le importa que pasemos?

El pequeño tenía el pelo negro como él, pero ahí acababa el parecido. Con sus bucles y su cara redonda, era como un querubín sacado de un cuadro.

—Claro que no —contestó Ada—. Podemos subir a mi despacho, si les parece bien, y tomar un té. Nuestra ama de llaves prepara un…

—Mira quiénes han aparecido, los jueces de la Santa Inquisición.

Alguien más había acudido atraído por sus voces. Cuando Ada se dio la vuelta, vio cómo Louise descendía hacia ellos con unos andares que no habrían desentonado en Buckingham Palace. Sus ojos, por el contrario, rebosaban rencor.

—Te has confundido, Ada. La basura suele sacarse, no meterse en casa.

—Creo que la conozco… —dijo el señor Lloyd—. Es usted Louise Dashwood, ¿me equivoco? Tenía un gabinete de espiritismo en Bloomsbury hasta que…

—Decidí mudarme a un sitio más coqueto. —La sonrisa de Louise era como una puñalada—. Un encantador manicomio de Hammersmith en el que no tuve ni un solo minuto de aburrimiento. No sabría contarle qué extraño más, si el bromuro de sodio con el que nos drogaban, los baños de agua fría, las camisas de fuerza…

—Ha llovido mucho desde entonces —se apresuró a decir Ada—. Seguro que el señor Lloyd ni siquiera se acuerda. Será mejor que…

—Claro que me acuerdo —dijo el aludido—. Yo ya era presidente de la sociedad por entonces, pero no tuvimos nada que ver, señorita Dashwood.

El semblante de Lloyd, ya de por sí serio, se había vuelto sombrío.

—No es la primera vez que nos acusan de algo así, pero ni mis

compañeros ni yo estamos detrás de ningún internamiento. Nuestro trabajo consiste en estudiar el don de las médiums y, cuando descubrimos un fraude, denunciarlo ante las autoridades competentes. No nos dedicamos a encerrarlas en asilos.

—Ahora no trate de escurrir el bulto —resopló Louise—. No soy nueva en esto, señor Lloyd. Conozco sus artimañas mejor de lo que querría.

—Nadie está tratando de escurrir nada —intervino Ada rodeando sus hombros con el brazo—. Tenemos un asunto importante del que hablar, así que no merece la pena perder el tiempo con recriminaciones. Menos mal que no estás en la Oficina de Guerra, guapa —masculló mientras la empujaba hacia el comedor—. No quedaría ni un edificio en pie en toda Alemania.

—Que yo sepa, no me contrataste por mi sutileza —repuso Louise, pero meneó la cabeza—. Voy a ver si las chicas han acabado de desayunar.

«Esto solo puede ir de mal en peor», pensó Ada mientras, con un «por aquí, por favor», conducía a los recién llegados por la escalera. El sol se colaba a raudales por las vidrieras del vestíbulo, haciendo relucir el barniz de los retratos, y vio cómo Lloyd se demoraba unos segundos ante el de su maestra (su cabello resaltaba como el fuego esa mañana) antes de continuar hasta el primer piso.

Solo había una persona en aquel corredor, un hombre cuya presencia los recién llegados no pudieron captar. Iba vestido con un uniforme de la White Star Line tan empapado como si acabara de salir del agua.

—Es un poco temprano para recibir clientes, señorita Chapman.

Su silueta era igual de traslúcida que la de Edith Evans.

—Se trata de una reunión de negocios, Shepherd —murmuró Ada cuando pasó por su lado—, pero preferiría que me sacaran una

muela a tenerlos aquí.

Al mirar de reojo a sus acompañantes, supo que no se había equivocado. «Puede que sean expertos en su campo, pero no ven un pimiento».

—Pues avíseme si necesita darles un pequeño susto —dijo Shepherd y, mientras se alejaban, se desvaneció entre unas motas de polvo.

El despacho de Ada estaba al final del corredor, junto a la sala de profesores. Heather debía de haber madrugado para ordenar el caos de la noche anterior: no había montones de libros sobre la alfombra, donde solía tumbarse a leer cuando estaba sola, ni envoltorios de caramelos por todas partes. «Profesionalidad», se repitió después de comprobar que el whisky escocés tampoco estaba a la vista.

—Tiene usted una biblioteca impresionante —se admiró Lloyd. Las estanterías casi se combaban por el peso de docenas de manuales de espiritismo—. No cabe duda de que se toma en serio la educación de sus pupilas.

«La mitad son novelas picantes con cubiertas falsas», recordó Ada.

—Ah, *El espíritu a la luz de la ciencia moderna.* —Lloyd señaló un mamotreto tan desgastado que amenazaba con romperse—. No esperaba menos.

—Algo pasado de moda, pero es un clásico —coincidió Henderson.

«Cosas aburridísimas de la señorita Lovelace —se dijo Ada mientras rodeaba el escritorio—. Solo las saco de ahí cuando no consigo dormir».

—De modo que estos son nuestros eruditos —dijo una voz a sus espaldas. No necesitó darse la vuelta para saber que se trataba de Edith—. Me alegra que al menos uno aporte el sentido común estadounidense. —Y se sentó en el borde de la mesa.

—Ah, Heather —dijo Ada cuando la puerta se abrió—, el té.

—No sabía cómo lo preferirían, así que he preparado dos teteras, una con leche. —El ama de llaves dejó la bandeja sobre el escritorio —. También les he traído unas pastas, pero no esperen gran cosa… Oh, nos quedaba algo de cacao en polvo. —Sonrió al pequeño—. Pensé que te apetecería probarlo.

El niño no contestó. De hecho, ni siquiera pareció oírla.

—Si nuestras chicas se enteran, se pondrán verdes de envidia. —Heather le tendió una taza—. Con el racionamiento, apenas recordamos qué eran esos lujos.

Pero él siguió sin hacerle caso y Ada, al entender por qué, sintió cómo el corazón le daba un vuelco. Toda su atención estaba puesta en la mesa…, concretamente, en la esquina en la que se había sentado Edith.

Ni Lloyd ni Henderson parecían haber captado su presencia. «Este crío puede ver fantasmas —comprendió Ada—, por eso querían traérmelo».

—No puede ser. —Edith parecía pensar lo mismo—. En Estados Unidos también contamos con escuelas de espiritismo. No habrían cruzado el océano para eso.

—Es… Es un poco tímido, ¿no? —titubeó Heather.

—Es mudo, señora —contestó Henderson—. No puede hablar.

Heather dejó escapar un «¡oh!» que, esta vez sí, el niño debió de captar, porque apartó la mirada de Edith. Tenía los ojos verdes como la absenta.

—¿Mudo? —Ada frunció el ceño—. ¿De nacimiento?

—Según creo, solo desde hace unos años. —El niño aceptó la taza y Heather, aún confundida, le ofreció una de té a Lloyd—. Ninguno de mis colegas le ha oído pronunciar palabra —continuó este— y, según el señor Henderson, tampoco lo ha hecho durante el tiempo

que ha pasado con ellos.

—He escuchado hablar de casos así… —comentó Edith.

—Dicen que, a veces, debido a un acontecimiento traumático —contestó Ada en voz baja—, algunas personas pierden la capacidad de expresarse.

Pero aquel crío no parecía encontrarse mal: pese a lo pálida que era su piel, contrastando con sus rizos negros, presentaba un aspecto saludable.

—Cuando sacaron a Louise Dashwood del asilo, pasó una semana sin hablar —prosiguió Ada—, y algunos soldados regresan del continente incapaces de hacerlo. Los periódicos dicen que es por el estrés de las explosiones…

—Acontecimientos traumáticos. —El bufido que soltó Henderson bien podría haber escondido una risa—. Es un modo de decirlo.

Heather, agachada junto al niño, lo miró con preocupación.

—¿A qué se refiere? ¿Le ha pasado algo malo al pobre?

—Me temo que eso se queda corto —suspiró Lloyd, removiendo el té—. Este niño, señoras, murió hace cuatro años durante el naufragio del Titanic.

«Por favor, dime que son imaginaciones mías».

Una doncella se apartó cuando estuvo a punto de derribarla.

«Que me equivoco con respecto a ti. Que realmente me quieres».

Un camarero la avisaba de que no debía ir hacia allí, de que era peligroso.

«Me gustaría, pero no puedo».

Una escalera que pareció surgir de la nada.

«Ya te he mentido demasiado».

Su abrigo la seguía como una sombra desgarrada.

«Preferiría no hacerlo más».

Otra escalera, otro corredor igual de blanco, otra hilera de puertas cerradas.

Casi tanto como su mente mientras se balanceaba, ahogándose con sus propios sollozos, por la pendiente del barco. No sabía hacia dónde estaba corriendo, pero daba igual, lo único que quería era alejarse de él. Porque sabía, incluso en medio de su conmoción, que no soportaría volver a verlo.

«¿De verdad piensas ponerte en peligro por un hombre al que acabas de conocer?».

Edith se lo había advertido, había tratado de protegerla, pero no le había hecho caso porque le había dicho lo último que le apetecía oír, que no se merecía que la quisieran de verdad.

«Sé que eres una romántica, Ada, pero esto no tiene ni pies ni cabeza».

En algún momento, debía de haberse apoyado en una pared. Resbalado hasta hacerse un ovillo en el suelo. Rodeándose con sus propios brazos, hundió la cara en las rodillas y rompió a llorar.

«Tenías razón, Edith —era su único pensamiento coherente—, tenías razón en todo…». Y fue entonces, perdida en su madeja de dolor, cuando algo helado le

mojó las medias.

Al abrir los ojos, vio cómo una alfombra verde ascendía hacia ella.

«Romeo acabó muerto y, por su culpa, Julieta también».

Apenas era un centímetro de agua, lo suficiente para humedecerle los tacones, pero casi se pisó el abrigo al ponerse en pie. «Por Dios, ¿dónde estoy?».

No recordaba cómo había llegado allí, solo que había corrido para poner la mayor distancia posible entre Arlington y ella. Ahora, sus únicos compañeros eran los gemidos internos del Titanic, una sinfonía de acero resquebrajado… No, una sinfonía no, un réquiem.

—¿Ho…, hola? —llamó a voz en grito—. ¿Hay alguien ahí?

Una catarata de chispas la sobresaltó. Se apartó de la pared y echó a correr, pero el pasillo en el que apareció al doblar una esquina era idéntico, al igual que el siguiente. Cada vez más angustiada, regresó sobre sus pasos, pero no había manera de orientarse en aquel laberinto.

—¿Pueden oírme? —Sonaban gritos aislados, pero en una de las cubiertas superiores. La joven chapoteó hacia otro pasillo aún más estrecho—. ¡Necesito ayuda! ¡Por favor!

Al alzar la mirada, descubrió un letrero que indicaba que estaba en la cubierta D. «Hay diez cubiertas, así que esta sería la quinta… —Ada se volvió hacia el extremo más alejado del pasillo—. Si el agua está subiendo desde ahí, significa que la proa se encuentra en esa dirección».

Allí estaba también la Gran Escalera encargada de conectar todas las cubiertas. Nada más deducirlo, hubo un nuevo aluvión de chispas y dos lámparas, después de parpadear, se apagaron por completo, de modo que Ada se tragó su angustia para chapotear pendiente abajo.

Cuanto más avanzaba, más crujía el Titanic en torno a ella, como si sus entrañas estuvieran desgajándose. Dobló otras dos esquinas, continuó por un pasillo igual de desconocido y, cuando el agua casi le llegaba por la cintura, desembocó en una habitación que sí le resultó familiar.

Supo cuál era nada más distinguir las molduras del techo, la sala de recepción

del transatlántico, lo primero que había visto al embarcar…, solo que el océano ya la había reclamado como suya. Las butacas con estampados florales flotaban bocabajo, el carísimo piano Steinway se mecía junto a una pared y la Gran Escalera estaba inundada. Lo único que sobresalía del agua (¿cómo podía ser tan verde, incluso más que el tapizado de los muebles?) era el candelabro colocado a sus pies.

«No puedo nadar hasta ahí». Sabía que los ascensores, situados detrás de la escalera, también debían de estar inutilizados. «Hay otra en la popa —recordó de repente—, y el agua aún no ha llegado a esa parte. Pero tendría que atravesar todo el barco y, sin nadie que me ayude…».

Una luz se encendió dentro de su cabeza, aunque tan débil como la del candelabro. «No me he cruzado con nadie vivo, pero Edith dijo que había más de dos mil doscientas personas a bordo…, y esto es un naufragio. Puede que ya haya fallecido alguien de la tripulación».

El pensamiento la hizo sentirse espantosamente egoísta. «Es pura supervivencia —se recordó a sí misma, cerrando los ojos—. Haz lo que sabes hacer… Lo único que de verdad sabes».

Sus escalofríos eran cada vez mayores, pero se agarró a la puerta mientras su consciencia, como una marea procedente de su interior, se proyectaba más allá de la sala de recepción, de los corredores anegados por el agua, de los camarotes destrozados por la presión, hasta que…

«Ahí». Varias cubiertas por debajo, donde se hallaba la sala de calderas, había algo que respondió a su llamada, una resonancia silenciosa que conocía bien. Un espíritu.

La joven apretó los párpados, concentrándose más, hasta que la alcanzó una oleada de frío que ya no parecía tener que ver con el agua. Cuando abrió los ojos, se quedó sin respiración.

—¿Señorita Chapman? —Un hombre con bigotes engominados y una gorra de la White Star Line acababa de materializarse entre las butacas—. ¿Es usted?

Ada lo reconoció, era Jonathan Shepherd, uno de los ingenieros. Había hablado

con él esa misma mañana, mientras tomaba una limonada con Arlington en la cubierta de paseo. «No, eso no —se dijo sintiendo una nueva puñalada de dolor—. Ahora no».

—Creo… —Shepherd se quedó mirando su propia silueta, tan fría que el agua se congelaba a su alrededor, y las partituras que flotaban en torno a él—. Creo que estoy muerto, señorita.

—Eso me temo —respondió Ada—. ¿Qué le ha ocurrido?

Parecía tan corpóreo como ella, así que debía de haber fallecido hacía poco.

—Me rompí una pierna en la sala de bombas. Una mampara cedió poco después, el agua inundó la habitación y no me dio tiempo a alcanzar la escalerilla.

—Lo siento mucho… Puedo ayudarle, pero antes necesitaría que me ayudase a mí.

Shepherd asintió con la cabeza, caballeroso incluso entonces.

—Usted trabajaba en este barco. —Mientras hablaban, el nivel del agua había subido tanto que Ada retrocedió—. Dijo que podría moverse por él con los ojos cerrados.

—No tan bien como el señor Andrews, pero sí. ¿Quiere que la ayude a salir?

—Por favor —pidió, y el espíritu, asintiendo de nuevo, atravesó el agua.

Al ser incorpóreo, no tuvo problemas para avanzar por el pasillo por el que Ada había venido, pero ella empezaba a sentirse al borde del desmayo. Cada vez hacía más frío, tanto que pensó que, si salía con vida de allí, no conseguiría sacárselo de dentro de los huesos.

Después de continuar por unos corredores desconocidos, con tuberías en el techo de las que empezaban a escapar chorros de agua, alcanzaron unas escaleras de servicio. Cuando Ada subió tras el espíritu, con la ropa tan empapada que pesaba como el plomo, apareció en la cubierta de paseo. La inclinación había hecho que las tumbonas resbalaran hasta formar una barricada. Shepherd señaló con una mano:

—Por ahí se accede a la Gran Escalera.

—No sabe… cómo se lo agradezco. —Ada se esforzó por recuperar el aliento—.

Le aseguro que no me olvidaré de mi promesa. Cuando esto haya pasado, si logro salvarme…

—Lo hará —dijo él con una sonrisa triste—. Va a ser demasiado necesaria.

Ella también se obligó a sonreír, aunque le costó horrores, antes de alejarse. Había tal cantidad de objetos amontonados en el suelo (los cojines de las tumbonas, algunos abrigos de los pasajeros de primera clase, unas mesas auxiliares) que tuvo que apartarlos a patadas para abrirse camino.

—¡Edith! —La cubierta de botes se hallaba justo encima, pero parecía imposible que su amiga la oyera—. Edith, ¡soy yo! —Lo intentó aun así—. ¡Soy Ada!

«Debe de haber bajado hace tiempo». El barco estaba hundiéndose más rápido que nunca y la tarima se encontraba tan inclinada que era como correr cuesta arriba. Al pasar frente a una ventana, distinguió un enjambre de botes en el agua y acababa de preguntarse cuál sería el de Edith cuando un «¡señorita Chapman!» le hizo reparar en que estaban bajando otra embarcación.

—Señorita. —Se encontraba suspendida unos metros más allá, en el costado de babor, y el contramaestre Perkins le hacía señas desde dentro—. Acérquese de una vez.

Vio asomar un par de sombreros de plumas, las caras de unos niños asustados…

—Queda un asiento en la popa. Venga aquí, la ayudaremos…

—¡Dese prisa, muchacha! —exclamó una anciana envuelta en una manta—. ¡El barco está a punto de irse a pique y, si no nos alejamos, nos arrastrará con él!

Como en respuesta, la tarima crujió bajo los pies de Ada. Al correr hacia allí, vio que había casi un metro de distancia entre el costado del barco y el bote, pero el contramaestre le indicó que cogiera una tumbona y, estirándose hacia la ventana, sacó el extremo por el agujero.

La visión del océano negro, lleno de náufragos que chillaban sin parar, hizo que la invadiera el vértigo. «Vamos, vamos, vamos», instó Perkins hasta que, cuando Ada hubo gateado hasta el final de la tumbona, la agarró como a un saco para soltarla dentro del bote.

Y, a una señal suya, los pescantes de la cubierta superior volvieron a girar.

CAPÍTULO VII



«La Orden me ha enviado por arte de magia a un relato de Poe», pensó Thorne paseando una mirada resignada por el despacho de Adeline Chapman.

Durante los dos días transcurridos desde el chivatazo, había consagrado cada minuto de su tiempo a preparar su incursión: había estudiado un informe de ochenta páginas sobre la Academia Rosenfield, subrayado los nombres de cada miembro del servicio, tomado notas sobre sus respectivos horarios y memorizado el plano de la casa, que resultó ser un absoluto delirio a medio camino entre una catedral gótica y el palacio de Versalles. «Por supuesto que tiene un cementerio —bufó echando un vistazo por entre unas cortinas—. Cómo no iba a tenerlo. Con un vampiro o dos».

Las estanterías del despacho debían de ser las mismas con las que lord Rosenfield había revestido su antigua sala de billar, pero el escritorio situado delante del balcón evidenciaba un uso muy distinto. Al deslizar una mano sobre él, comprobó que no sobresalía ninguno de esos clavos que, enganchándolos mediante un anillo, permitían realizar la pantomima de que una mesa levitaba en el aire.

Tampoco había agujeros ocultos detrás de los cuadros, como los que Danvers usaba para escuchar a sus clientes, ni olor a bencina, pintura fosforescente o gases de efectos alucinógenos.

Lo único que pudo captar, procedente de un chal de seda verde doblado sobre un diván, fue un perfume a violetas de Devonshire. Tras dudar unos segundos, Thorne se inclinó para olfatear la tela. El aroma se extendió por su cerebro como una niebla, mucho más embriagador de lo que había imaginado, casi sedante…

Bum, bum, bum. Bum. Bum. Bum. Bum, bum, bum. Un golpeteo a sus espaldas le hizo incorporarse como si le acabara de dar una descarga eléctrica. Cuando giró sobre sus talones, vio que nada había cambiado en el despacho, seguía estando solo.

Y, sin embargo… Thorne aguardó unos instantes antes de oírlo de nuevo, con la misma frecuencia y el mismo ritmo. Sonaba detrás de una de las paredes, la situada a su derecha. Bum, bum, bum. Bum. Bum. Bum. Bum, bum, bum.

También estaba cubierta de estanterías salvo en la parte central, donde se abría una chimenea decorada con una rosa de seis pétalos. Frunciendo el ceño, apartó el guardafuegos con el bastón y metió la cabeza dentro del tiro. Allí era donde Jimmy, uno de los cómplices de la señora Danvers, solía esconderse para hacerse pasar por un alma en pena. «Nada —se dijo después de examinar los ladrillos; el hollín le manchó los dedos de negro—. Pero esos ruidos han sonado como si…».

Lo siguiente que captó fue un rumor de voces: alguien se acercaba al despacho. Thorne soltó una maldición y, al mirar a su alrededor, descubrió que no tenía dónde ocultarse; la chimenea era demasiado estrecha, no había armarios a la vista y la única puerta era la que había usado para entrar. «El balcón», se le ocurrió de repente y, mientras las voces se aproximaban, fue a abrir la puerta

de cristal.

Con las prisas por salir, casi se le cayó el bastón. Se encogió en el suelo, entornó la puerta (con unos milímetros, bastaría para escuchar algo) y aguardó.

La señorita Chapman entró poco después acompañada por dos hombres, pero el parloteo de unos jardineros, entretenidos recogiendo hojas secas debajo del balcón, le impidió atender a la conversación durante los primeros minutos.

—Ninguno de mis colegas le ha oído pronunciar palabra y, según el señor Henderson, tampoco lo ha hecho durante el tiempo que ha pasado con ellos.

La voz del presidente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

—Dicen que, a veces, debido a un acontecimiento traumático —oyó responder después—, algunas personas pierden la capacidad de expresarse.

Aquella era una voz muy distinta, más intrigante… y femenina. Una voz que hacía pensar en un té caliente, una chimenea encendida. Una manta en invierno.

Despacio, Thorne estiró el cuello hacia la rendija de la puerta.

—Cuando sacaron a Louise Dashwood del asilo, pasó una semana sin hablar, y algunos soldados regresan del continente incapaces de hacerlo. —La dueña de la segunda voz estaba de espaldas, pero la posición de la butaca le permitió entrever su silueta—. Los periódicos dicen que es por el estrés de las explosiones…

Un perfil de camafeo romano, ligeramente respingón. Una melena castaña recogida con una cinta. Un pendiente que relucía como una estrella junto a su mejilla.

—Acontecimientos traumáticos. —Un bufido—. Es un modo de decirlo.

Cuando entornó los ojos, distinguió otras dos siluetas tras la

cortina: una era la de un anciano sentado con una taza en la mano, y la otra, la de un niño.

—¿A qué se refiere? ¿Le ha pasado algo malo al pobre?

—Me temo que eso se queda corto. —El anciano, como suponía, era Lloyd—. Este niño, señoras, murió hace cuatro años durante el naufragio del Titanic.

De repente, todos los sonidos parecieron acallarse, pero no solo los del despacho, también las voces de los jardineros y hasta el piar de un gorrión.

—Entiendo que suene como un despropósito…

—¿Qué está diciendo? —susurró otra mujer—. ¿Cómo que…?

—Necesito algo más fuerte que un *earl grey* —declaró la señorita Chapman.

Al ponerse en pie, Thorne vio cómo le temblaban las piernas.

—A ver si lo he entendido, señor Lloyd. —Rodeó la mesa envuelta en un rumor de seda verde y el joven se apresuró a apartarse del cristal—. Está diciendo que ese crío que ha traído, el que está sentado en mi butaca…

—Murió, en efecto, el 15 de abril de 1912.

—¿Ese crío tan corpóreo como usted y como yo?

—Falleció la madrugada en la que se hundió el barco.

—Ese crío que, ahora mismo, está tomándose un cacao como si nada.

—Sospecho que será el primero de sus dos vidas —comentó otro hombre con acento estadounidense—. No disfrutó de demasiados lujos en la primera.

La señorita Chapman solo era ahora una mancha verde cuya expresión Thorne no alcanzaba a distinguir, aunque no lo necesitó para imaginársela.

—No sé qué han fumado antes de venir aquí, pero deberían

compar…

—¡Ada! —siseó la segunda mujer. Hubo un ruido de pasos, probablemente los suyos, sobre la alfombra—. Perdonen, pero esto no tiene ni pies ni cabeza. ¿Seguro que no han confundido al chiquillo con otro pasajero que…?

—No —dijo el estadounidense—, y tampoco hablamos de que sufriera un coma, una hipotermia o algo por el estilo. Pasó dos días enteros muerto y de repente…

El pequeño, mientras tanto, se limitaba a sorber su bebida, tan impasible ante la conversación que Thorne se preguntó si no sería sordo además de mudo.

—Se llama Roy Bowie —continuó Lloyd—. Lo hemos sabido gracias a las listas de pasajeros de la White Star Line; fue Henderson quien lo averiguó.

—La Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas lleva estudiando su caso desde entonces —continuó Henderson—. Su cuerpo fue uno de los recogidos por el Mackay-Bennett, el barco contratado para recuperar los cadáveres. Durante casi dos semanas, la tripulación estuvo sacándolos del agua; identificaban a los que podían, les ponían una etiqueta con el nombre, guardaban sus pertenencias en una bolsa y, en cuanto empezaban a acumularse, enterraban a la mayoría en el mar.

—¿Los arrojaban de nuevo al agua? —se horrorizó la segunda mujer.

—Solo a los desconocidos —explicó Lloyd— y los que estaban en un avanzado estado de descomposición. Los cadáveres de los aristócratas y magnates pasaron por las manos de un embalsamador antes de ser conducidos al puerto de Halifax. Sé que no suena muy democrático, pero no se hacen una idea de la cantidad de herencias pendientes de reclamar que se avecinaban.

«Dios bendito», murmuró la mujer mayor.

—Y este niño sería de tercera clase —repuso la señorita Chapman —. Si no se les tuvo en cuenta en el reparto de botes, era mucho pedir que sucediera después.

—Estaban a punto de dejarlo caer al agua cuando despertó —confirmó Henderson—. Lo habían envuelto en una lona, como a los demás, y solo les faltaba atarle un peso a los pies… Debió de darles el susto de su vida.

—Pobre criatura —murmuró la otra mujer—. ¿Se acuerda de algo?

—Es posible, pero no puede hablar, como les decimos, ni sabe escribir.

La mancha verde de la señorita Chapman se agachó ante el niño, tan cerca que debía de estar llegándole su perfume, y le agarró de una mano para que la mirara.

—Lo cierto es que parece… normal —titubeó la mujer mayor.

—Sí —dijo la señorita Chapman en voz baja— y eso es lo más extraño.

Tenía los dedos largos, como de pianista. «Céntrate», se ordenó Thorne.

—Ahora entiendo por qué han estado investigándolo, señor Henderson. Llevo quince años dedicándome al espiritismo, pero nunca había oído…

—Ah, no, aún no saben nada. Su resurrección, en el fondo, es lo de menos.

La mano de Adeline Chapman se detuvo alrededor de la del niño.

—¿Ha oído hablar de una señorita llamada Calista Holloway?

—Sí. —La médium parecía sorprendida—. Una neoyorquina preciosa; subió a bordo en el puerto de Cherburgo. Su padre era un pez gordo de los negocios…

—Ahora es la condesa de Worthington —explicó Lloyd—. Se casó

con el conde medio año después del naufragio. Un enlace magnífico según los periódicos.

—Lo sé. Me invitaron a la boda, pero no pude asistir. ¿Qué tiene que ver…?

—La condesa también murió en el Atlántico. Su cadáver fue uno de los primeros que el Mackay-Bennett rescató. Se había ahogado pese al chaleco salvavidas.

Para entonces, los jardineros se habían trasladado a otra parte de la propiedad haciendo que el silencio, cuando descendió de nuevo, pesara como una mortaja.

—La tripulación la sacó del agua poco después de que Roy… despertara —siguió diciendo Henderson—. Pasó junto a ella mientras aguardaba en un montón de hielo, esperando su turno para el embalsamador, y se agachó a su lado. Dicen que la agarró de la mano y, unos segundos después…, sus párpados empezaron a temblar.

—Y no fue la única a la que le sucedió —continuó Lloyd—. Otras dos personas recobraron la consciencia tras estar en contacto con él. El señor Fotheringay, uno de los armadores más ricos de Washington, y la anciana señora Wildingham…

—Pero… —La confusión de Adeline Chapman crecía por momentos —. Pero si yo coincidí con Eloise Wildingham. Regresamos en el mismo barco, el Lapland.

—Al parecer, se fracturó una cadera al caer desde la popa del Titanic, justo sobre una hélice, y los médicos dudan que pueda volver a caminar. Eso, por lo menos, no ha cambiado desde que Roy la tocó, pero sí el hecho de que continúe viva.

Durante los diez años que Thorne llevaba en la Orden de Cassandra, le habían llegado historias de lo más rocambolescas que solían provocar dos reacciones en él, o bien un resoplido de

escepticismo o bien una carcajada. Ahora, sin embargo, se sentía incapaz de soltar ni una cosa ni la otra, y no solo por el silencio que debía guardar.

«Es una patraña —se repitió aun así con la espalda contra el cristal—, un fraude parapsicológico más, y de los baratos. Hasta lo de Danvers resultaba más creíble».

—De modo —contestó Adeline Chapman tras un silencio aún mayor— que eso es lo que tengo ante mí, un niño con el don de resucitar a los muertos.

—Ada, es imposible. —La otra mujer se aferró a ella—. Las Sagradas Escrituras dicen que eso solo ocurrirá el día del Juicio Final. «La trompeta sonará, los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados…».

—No me extrañaría que, por culpa de la guerra, ese día hubiera llegado ya.

—En realidad, es una de las razones por las que quería reunirme con usted, señorita Chapman —reconoció Lloyd—. Henderson y yo hemos comprendido que es la única profesional en el campo de las nuevas ciencias capaz de asesorarnos.

La médium, que se disponía a regresar a su butaca, se detuvo.

—Pero si yo no sé… ¿De dónde han sacado que…?

—Usted también estuvo allí —dijo Henderson—. En el Titanic, el 15 de abril de 1912. La noche en la que Roy falleció, en la que todo cambió.

—Sí, pero me rescató el Carpathia. Soy una superviviente, no una víctima.

—Era la única pasajera con dones mediúmnicos —insistió Lloyd— y unos ojos capaces de percibir cosas invisibles para los demás. Si existe una persona entrenada para averiguar qué fuerzas misteriosas están operando aquí… es usted.

La señorita Chapman abrió la boca, pero Thorne no escuchó su respuesta: un crujido procedente del tejado, seguido por el silbido de algo que caía, le hizo levantar la vista medio segundo antes de que algo pesado impactara contra su frente.

El grito que profirió, por suerte, no debió de captarse desde el despacho. Lo último que acertó a distinguir, tendido cuan largo era en el balcón, fueron las cabezas de tres muchachas asomadas a lo que parecía una buhardilla.

—Os dije que era mejor con una gárgola —comentó Aurora.

Y el cielo se emborronó sobre Thorne.

CAPÍTULO VIII



—Madre mía, madre mía…, lo hemos matado.

En la quietud del desván, cada susurro parecía resonar el doble.

—Su espíritu se quedará anclado a la mansión, y por nuestra culpa.

Tras asegurarse de que la señorita Chapman se había marchado, Florence, Jia y Aurora habían conseguido colarse en su despacho, habían abierto la puerta del balcón y habían agarrado a Thorne de las piernas para sacarlo de allí.

—Acabaremos en el Infierno por esto —dijo Florence sin dejar de caminar de un lado a otro—. Por asesinato, por homicidio o por lo que haya sido.

Lo habían subido al desván, donde sabían que solo entraba Heather de tarde en tarde, y lo habían dejado caer a plomo en un rincón. Mientras les llegaban las risas de sus compañeras, que paseaban por el jardín durante el recreo, se habían quedado observando su cuerpo inerte, el bastón que Jia había recogido y el pronunciado chichón que empezaba a aparecer bajo su pelo rubio.

—¡Scotland Yard nos meterá entre rejas! —Florence parecía al

borde del colapso—. ¡No volveremos a ver la luz del sol!

—Me encanta que te preocupe más eso que el Infierno —dijo Jia.

—¿Cómo puedes tomártelo a broma? ¿No te das cuenta de que sería el final de nuestras carreras? Con todo lo que estábamos aprendiendo, las posibilidades de futuro que teníamos, las esperanzas que la señorita Chapman… —Florence se detuvo antes de caminar aún más rápido—. Ay, Dios, la vamos a decepcionar…

—Florrie, los dedos —dijo Jia con un suspiro exasperado.

Florence se percató de que tenía varias cutículas casi en carne viva.

—La vamos a decepcionar tanto que ni siquiera irá a visitarnos a la cárcel. —Se obligó a cerrar los puños—. «No sé quiénes son, no las he visto en mi vida…».

—Anda ya, la señorita Chapman nos llevaría una lima dentro de un sándwich.

—Sabes que nunca haría algo así, Jia. Por mucho que nos quiera…

—Tienes razón, metería las limas en unos pasteles de Fortnum & Mason.

—Si lo hubiéramos matado, nadie tendría por qué enterarse —intervino Aurora, sentada sobre un colchón raído—. La policía solo detiene a los chapuceros.

—Eso también es verdad. Podríamos darnos a la fuga antes de…

—No estoy hablando de escapar. Estoy hablando de deshacernos de él.

Al lado de Aurora descansaba la inseparable calavera (la de un pirata llamado Morgan, según ella) que usaba a modo de tintero. Tenía la espalda apoyada en la pared y, abierto sobre las rodillas, el cuaderno en el que escribía su última novela (protagonizada, por supuesto, por Morgan).

—Bueno, tenemos experiencia después de enterrar a Mefistófeles.

—Jia se encogió de hombros—. Seguro que encontramos un rinconcito discreto en el cementerio.

—Estaba pensando en otras cosas. —Aurora tachó un párrafo—. ¿Alguna se acuerda de la escena del cadáver, la bañera y el ácido de *El retrato de Dorian Gray*?

Thorne, en ese momento, giró sobre su costado con un gruñido. Florence pegó tal salto para alejarse de él que tropezó con unos pupitres polvorientos.

—Dame esa cuerda, Florrie —ordenó Jia—. La de la pared.

Mientras sus compañeras cotorreaban en el jardín, le dobló los brazos a la espalda, arrancándole otro quejido, y le ató las muñecas con dos fuertes nudos.

—Deberíamos… haber empezado… por aquí.

—Si apretases más, se acabaría nuestro problema. —Aurora dejó la pluma dentro de la calavera—. La falta de riego sanguíneo nos haría el trabajo sucio.

—Algún día, Aurora, te preguntaré dónde has aprendido esas cosas, tú me dirás la verdad y yo no volveré a dormir en toda la… Esperad. —Jia se quedó quieta, todavía acuclillada junto a Thorne—. Hay algo dentro del abrigo.

Tras rebuscar en él, sacó un revólver. Florence casi gritó.

—Vaya preciosidad. —Jia soltó un silbidito—. Sí que tiene buen gusto…

—Es un asesino que enviaron para acabar con la señorita Chapman.

—¡Aurora! —Florence se pegó más a la pared—. ¡No digas eso!

—Ahora sí que lo tenemos que matar. No nos queda otra.

—Me va a explotar el corazón. Tengo taquicardia y sudores fríos.

—Nos lo está diciendo el universo. —Aurora dejó el cuaderno a un lado—. Está diciendo: «Aquí tenéis la víctima, el arma y el motivo».

Solo falta la bañera.

—Puede que lleve un revólver, pero no es un asesino —aseguró Jia sin dejar de examinarlo—. Está casi nuevo, no tiene arañazos… —Se lo acercó a la nariz—. Y ni siquiera huele a pólvora. Seguro que no ha disparado ni una bala con él.

—Pero si lo lleva encima, aunque sea por si acaso… —susurró Florence.

—¿Se puede saber qué hace este tipo en mi desván?

De inmediato, las tres chicas giraron la cabeza, pero no era la señorita Chapman quien acababa de aparecer. El espíritu de un anciano de barba blanca, también ataviado con el uniforme de la White Star Line, se había materializado junto a Florence.

—Hola, tío Edward —jadeó esta—. Vaya susto nos has dado.

—Tenía entendido que esto era una escuela femenina. —Su ropa chorreaba tanta agua que un pequeño charco se había formado alrededor de sus pies—. Que el único hombre que la pisaba, aparte de los de mi tripulación, era el profesor Westwood.

—Nos habíamos olvidado de usted, capitán —reconoció Jia.

—Pues no me lo explico. Os pasáis el día aquí arriba.

El anciano, arrugando el entrecejo, se acercó para inspeccionar a Thorne, aunque no sacó mucho en claro: los mechones revueltos le ensombrecían la cara.

—Se coló en la academia esta mañana —dijo Jia—. Lo pillamos en el balcón de la señorita Chapman; estaba espiando su conversación con unos señores.

—Y, en vez de contárselo a los profesores, decidisteis hacer de las vuestras.

—Había que… actuar a toda prisa —dijo Florence—. Improvisar.

—Yo quería averiguar si podíamos matarlo con una gárgola —dijo Aurora.

El joven, como si las hubiera oído, volvió a murmurar algo ininteligible.

—La verdad es que es… insultantemente guapo —susurró Florence.

—A ti te parecen todos guapos. —Jia soltó un bufido—. El otro día te quedaste mirando al nuevo jardinero, el del corte de pelo ridículo, y dijiste: «Qué guapo».

—Pero este lo es de verdad. Parece sacado de una novela.

—Cada vez que pasamos ante el retrato de lord Rosenfield dices lo mismo.

—Esa es una opinión compartida por todas las mujeres del planeta.

Sacudiendo la cabeza, el capitán se alejó sin hacer ruido hacia el otro extremo del desván, donde se confundió con las sombras proyectadas por las vigas.

—Da igual cómo sea su cara. —Aurora se incorporó—. Algún día será idéntica a la de todos, incluido Morgan —levantó la calavera—, y nadie sabrá lo bonitos que eran sus labios, lo azules que tenía los ojos ni lo rubio que era su…

—Pero sí que un puñado de locas me abrió un boquete en el cráneo.

Del sobresalto, a Jia casi se le disparó el revólver. Aurora estuvo a punto de dejar caer a Morgan y a Florence le faltó poco para hundirse en la pared.

—Os aseguro —siguió susurrando Thorne— que me las vais a pagar.

—No se le ocurra moverse. —A Jia le temblaban las manos, pero le apuntó con el revólver—. Se lo advierto, estamos armadas. Si intenta hacer algo raro…

—Habéis dejado el listón demasiado alto. Dios…, mi cabeza.

Cuando se retorció sobre un hombro, vieron que Aurora tenía razón, sus ojos eran tan azules como el cielo. Uno inundado de tormentas eléctricas.

—Sabía que este plan era… un despropósito. —Se apartó el pelo con un soplido para observar las vigas, las diagonales de luz que caían desde las ventanas, el polvo que bailaba alrededor de los muebles. Los pupitres amontonados en una esquina, las cajas de embalaje formando una muralla al otro lado—. Aún sigo en la Academia Rosenfield —comprendió pasado un instante—. Estamos en el desván.

—¿Cómo ha sabido eso? —preguntó Jia sin bajar el revólver.

—Si es un ladrón, se habrá aprendido un plano del edificio —dijo Aurora.

—Habría sido mejor para vosotras que lo fuera —replicó Thorne—. La torre que se ve a través de esa ventana es la de la iglesia de St. Mary.

—Solemos…, solemos usar esto a modo de escondite —contestó Florence—. Nadie sabe que lo hemos traído aquí; somos las únicas que subimos.

—Una monada de sitio. —Thorne se quedó mirando la calavera de Aurora—. Como una casita en un árbol para jugar a las meriendas… Un momento. —Acababa de darse cuenta de algo—. ¿Me habéis maniatado?

—Si le parece, le dejamos andar por ahí con esto —Jia levantó el revólver—, para que vaya a por nosotras después de matar a la directora.

—No he venido a matarla —espetó Thorne—. Ni a ella ni a nadie.

—Pero se escondió en su despacho. Tiene que haber una razón para…

Un golpeteo interrumpió a Jia. Bum, bum, bum. Bum. Bum. Bum.

Bum, bum, bum. A esas alturas, estaban demasiado acostumbradas, pero Thorne frunció el ceño.

—Ese ruido… ya lo he oído antes. ¿De dónde procede?

—No nos cambie de tema. —Jia lo señaló con un dedo—. No pensamos soltarlo hasta que nos cuente qué hace aquí. Con pelos y señales.

—Ya podéis esperar. —Los golpes regresaron—. En serio, ¿qué…?

—¿Prefiere que bajemos a por la señorita Chapman? —preguntó Aurora.

Thorne giró la cabeza como si acabaran de accionar un resorte.

—Lo suponía —añadió Aurora—. Parece darle un miedo horrible.

—Porque buscarle las cosquillas a una médium es peligroso —se pavoneó Jia—. Te arriesgas a pasarte la vida acosado por espectros, ¿verdad, Florrie?

—Pues… —contestó Florence, pero ahora fue ella la que se detuvo.

Mientras hablaban con Thorne, se había acercado un poco más, rodeando los muebles amontonados y, al pasar por delante de una alacena, había creído ver cómo unos ojos la observaban desde el interior. Una de las puertas estaba medio desvencijada, pero no eran cosas suyas, había alguien detrás del cristal… o dentro de él.

—Florrie —repitió Jia—. Parece que te ha dado un pasmo.

—Estoy bien —dijo su amiga—. Juraría que… No, es una tontería.

Pero se le aceleró el corazón al comprender que los ojos, los mismos que había visto en el cementerio, ahora formaban parte de una cara. Una de mujer.

—Era de esperar, estáis para que os encierren. —Tenía los pómulos afilados, el pelo oscuro y enmarañado y la mirada más triste que había visto—. Por eso os habrán enviado aquí —continuó Thorne—, para deshacerse de una caterva de locas.

—Me está empezando a picar el dedo del gatillo —aseguró Jia.

Cuando Florence parpadeó, la mujer desapareció del cristal y en su superficie no quedaron más que polvo y resquebrajaduras. «Pero ¿qué acabo de ver?».

—No podréis seguir mucho tiempo con este jueguecito. —Thorne consiguió apoyar la espalda en la pared—. Tarde o temprano, alguien averiguará que estáis aquí, os seguirá para descubrir qué andáis tramando y me encontrará.

—Nunca lo imaginaría, pero no somos las más populares de la escuela —dijo Aurora—. La gente no suele preocuparse mucho cuando desaparecemos.

—Si fuésemos Lucy Relamida Trevellian, nuestras admiradoras pondrían la casa patas arriba, pero le hemos tocado nosotras. —Jia se dio la vuelta al percatarse de que Florence se alejaba—. ¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—A abrir una ventana. Me estoy mareando un poco. Por los nervios.

Había una pizarra en una esquina, con unos esqueletos tomando el té dibujados por Aurora, y Florence solo respiró al esconderse tras ella.

—Tío Edward —llamó en voz baja, y el capitán reapareció.

Tenía las manos apoyadas en la repisa de una ventana, la que se abría sobre la puerta principal; la panorámica de la propiedad era inmejorable desde allí.

—¿Ya habéis acabado de torturar a vuestro prisionero?

—No… Quiero decir, no estábamos haciéndolo, pero venía por otra cosa. —La muchacha echó un vistazo a sus amigas—. ¿Te acuerdas de la primera vez que te vi? No me refiero a la academia, sino a la casa de tía Sarah…

—Claro, en el espejo de nuestro cuarto. Fue una sorpresa para

ambos.

Era una manera de decirlo: Florence casi se había muerto del susto.

—Me explicaste que no estabas dentro de ese espejo. Que había visto un atisbo del Asfódelo…, el plano en el que permanecen anclados los espíritus.

«Otra opción es subir unas tenacillas calientes», oyó decir a Aurora.

—Me temo que no puedo ayudarte con los tecnicismos, Florence. Solo sé que llevo muerto desde la madrugada del 15 de abril de 1912. Es mi única certeza.

—Lo entiendo, tío Edward. Pero me pregunto… —Florence apretó los puños detrás de la espalda—. ¿Todas las caras que veo pertenecen a fantasmas?

—Tampoco lo sé —reconoció el capitán—. Los espejos, para las médiums como tú, son ventanas abiertas a nuestra dimensión, pero puede que también conecten con otras. Habla con tus profesores; conocen estas cosas mejor que nadie.

«Tal vez tus dones están evolucionando», había dicho la señorita Chapman tras lo sucedido en el cementerio. Florence habría dado cualquier cosa por creerla, pero la parte más catastrofista de su cerebro se empeñaba en advertirla de que estaba a punto de pasar algo espantoso… y haber encerrado a un intruso en el desván, pensó mientras regresaba junto a Jia y Aurora, no parecía la mejor estrategia para impedirlo.

En la cubierta donde estaban los botes, la orquesta abordaba el vals *Sueño de otoño*, pero apenas se la oía entre los chillidos, las salpicaduras de los que caían por la borda y los crujidos de las sogas.

Mientras descendían por el costado del Titanic, Ada seguía sintiéndose más anquilosada por el temor que por el propio frío. Desde lo alto, el oficial Lightoller coordinaba a voz en grito las maniobras de los pescantes encargados de arriar el bote número cuatro.

—Cielos, señorita Chapman, está aterida.

Tenía el miedo tan dentro que no notaba sus temblores, pero era verdad: su ropa seguía mojada, pegándosele al cuerpo como una segunda piel, y el aliento se le convertía en vapor.

—Rosalie, pásame la manta. —Era Madeleine Astor, la esposa embarazada del pasajero más rico del barco—. Como no se cubra, morirá de hipotermia.

—Estoy… bien —murmuró Ada mientras la arropaba.

—Si hemos conseguido subir a un bote, hagamos que merezca la pena. —Los ojos enrojecidos de la señora Astor se clavaron en la cubierta—. Otros no han tenido tanta suerte.

Al mirar en torno a ella, Ada reparó en que conocía a muchas de esas mujeres, casi todas de primera clase: la señora Widener, la señora Carter, la señora Thayer… Había almorzado con ellas varias veces, pero la situación no podía ser más distinta: cuando descendieron un par de metros más, distinguió a través de una escotilla el comedor, cuyos muebles eran arrastrados por el agua. Reconoció los platos con el emblema de la White Star Line, los menús flotando de un lado a otro…

«¿Dónde demonios estará Edith?», pensó mientras alcanzaban por fin el

océano. El impacto desencadenó algunos gritos. «¿Conseguiría bajar en el mismo bote que Caroline?».

—¡Agarren los remos, señoras, y échennos una mano! —ordenó el contramaestre Perkins—. ¡No se nos caerán los anillos por recoger a unos cuantos más!

En el tiempo que les había llevado bajar, el número de náufragos se había duplicado: muchos hombres se descolgaban por las sogas, pero la mayoría saltaba al agua entre alaridos.

—No puede hablar en serio —se horrorizó una dama—. ¡Nos harán zozobrar!

—Solo nos llevará unos minutos, lo que tardemos en alcanzar la popa. El tiempo de la caballerosidad ha quedado muy atrás. —La mirada de Perkins se posó en Ada, que continuaba temblando, antes de añadir—: Empiecen a remar y verán cómo entran en calor.

Cuando acortaron la distancia con respecto a la popa, deteniéndose varias veces para tirar de un pasajero a la deriva, se encontraron con una imagen devastadora: la inclinación del transatlántico aumentaba por momentos y una masa humana, chillando a pleno pulmón, resbalaba por la pendiente. La proa había desaparecido envuelta en un rugiente remolino de espuma y el agua devoraba el torrente de cuerpos como un engendro marino con las fauces abiertas.

—Se suponía que era insumergible... —sollozó la señora Widener.

—Nadie… dijo… que lo fuera —masculló uno de los marineros mientras agarraba a un hombre medio ahogado—. Todo se lo inventaron… los periódicos. Pura publicidad.

—Los obreros que lo construyeron lo decían —insistió una chica con acento irlandés—. Mi primo trabaja en el astillero de Harland & Wolff y me contó que sus amigos…

Los gritos no eran lo único que sofocaba su voz, también lo hacían los ruidos del interior del barco, una ensordecedora mezcla de madera astillada, porcelana hecha pedazos y cristales rotos que recordaron a Ada la cúpula de la Gran

Escalera, delicada como una pompa de jabón.

La orquesta seguía tocando, ahora un himno, *Más cerca, oh, Dios, de ti*.

—… sus amigos escribieron «Ni Dios podría hundirlo» en el casco. Como si lo retaran a…

—Señor Perkins, ¿qué es eso? —exclamó otro marinero.

El estrépito del transatlántico era cada vez mayor, pero ya no parecía deberse a una avalancha de muebles ni platos resbalando de los aparadores. Sonaba más bien a… estallidos.

—Es de dentro. De más adentro, de las entrañas. Como si…

—La sala de calderas —dijo el contramaestre, y gritó—: ¡Agárrense!

Nada más decirlo, una erupción volcánica pareció prenderle fuego a la noche.

Algo explotó en el interior del Titanic, inundando el cielo de rojo y enviando un aluvión de chispas sobre los botes; hubo una segunda explosión y una tercera, aparentemente ahogadas por los compartimentos llenos de agua, y el Infierno se desató en el Atlántico Norte.

Los cables que sujetaban la primera chimenea, incapaces de seguir soportando la tensión, fueron rompiéndose hasta que el cilindro se vino abajo envuelto en una nube de humo. Sesenta toneladas de acero se estrellaron contra el agua, aplastando a los que flotaban más cerca y provocando una ola de tal calibre que, al alcanzar el bote número cuatro, estuvo a punto de hacerlo volcar.

—¡Agárrense todas! —vociferó el contramaestre—. ¡Ranger, ayúdeme a estabilizarlo! ¡Hay que…! —Una nueva sacudida—. ¡Hay que mantenerlo a flote!

Cuando Ada cayó hacia delante, la presión del remo le cortó la respiración. Dos niños de piel morena rompieron a llorar cerca de ella. La señora Astor se abrazó a su propio vientre.

Ahora sí estaban empapados, tanto como si acabaran de sacarlos del agua. Al enjugarse la cara, Ada comprendió que la ola, al menos, había tenido algo positivo: el bote se encontraba más alejado del Titanic. «No puede quedarle mucho más —se dijo mientras los crujidos, chasquidos y estallidos aumentaban de volumen—. Es como una bestia agonizante».

—Todo va a salir bien —mintió al percatarse de que una de las niñas la miraba. También tenía la cara empapada, aunque por las lágrimas—. Estaréis bien. De verdad.

—*Insha'Allah* —susurró apretando contra sí a su hermano.

Entonces las luces del barco parpadearon y, un segundo después, todo quedó a oscuras.

Cuando los generadores dejaron de funcionar, lo único que siguió reluciendo fue la lámpara de queroseno del palo mayor, pero no la necesitaban para entender lo que ocurría: habría bastado con los escalofriantes chirridos con los que el transatlántico, más inclinado a cada instante, se partía en dos entre la segunda y la tercera chimeneas, que no tardaron en desplomarse también.

—¡Tenemos que alejarnos más! —gritó el contramaestre mientras el agua, como si acabara de romperse un dique, inundaba el hueco abierto en el casco—. ¡La succión nos atrapará!

—¡Está saltando mucha gente, señor! —contestó uno de sus hombres.

Tampoco podían distinguirlos a oscuras, pero las salpicaduras eran inconfundibles: sonaban como si cayeran grupos enteros, racimos de pasajeros precipitándose desde la barandilla. Arlington tal vez seguía allí, se dijo Ada de repente, y sintió un frío aún mayor, o puede que…

Antes de materializar aquel pensamiento, la mitad delantera del Titanic se hundió por completo, sujeta al resto del barco por la parte central de la quilla. El peso hizo que la popa se inclinara aún más, girando sobre sí misma mientras las hélices, cada una del tamaño de una casa, se elevaban sobre cientos de náufragos que pataleaban con sus chalecos salvavidas.

Su perfil resaltaba como una masa oscura contra las estrellas. «Parece un rascacielos», fue lo único que se le ocurrió a Ada, seguido por: «Esto es lo más cerca que voy a estar de Nueva York».

Y entonces, tras medio minuto que pareció eterno, la popa también empezó a hundirse.

Lo hizo con una calma desquiciante, como si le abandonaran las fuerzas, metro

tras metro de acero, madera y cristal hasta que, cuando el agua se cerró sobre ella, no quedó nada del Titanic.

Ni las joyas puestas a buen recaudo en las cajas fuertes, ni los baúles con los atuendos diseñados por lady Duff-Gordon, ni el deslumbrante Renault Coupe de Ville de William Carter.

Ni las esperanzas de los emigrantes de tercera clase, más preciosas y quebradizas que los diamantes, ni los sueños de futuro que habían acariciado con las puntas de los dedos.

Ni los primeros besos, ni las primeras veces, ni los primeros «te quiero», incluidos los de Ada.

El Atlántico Norte, como un monstruo hambriento, lo devoró todo sin que los ocupantes de los botes pudieran hacer otra cosa que contemplar cómo lo arrastraba hasta su sepulcro acuático.

Y, cuando el silencio descendió sobre ellos, los alaridos de las más de mil quinientas personas flotando a la deriva se convirtieron en el único sonido que acompañaría a los supervivientes durante las siguientes horas, pero Ada no podría captarlo: no oiría más voces que las de su cabeza.

Voces de personas clamando, solo que… después de morir. Mil quinientos espíritus suplicando ayuda, arrancados uno a uno de sus envolturas terrenales, atrapados en la frontera entre dos mundos. Mil quinientas almas chillando en una frecuencia que solo ella percibía.

«Lo hará —había asegurado Jonathan Shepherd cuando la joven, antes de despedirse de él, le dijo que no sabía si conseguiría escapar con vida—. Va a ser demasiado necesaria».

En algún momento, Ada también rompió a chillar, pero no habría sabido decir cuándo. Cada alarido era como una aguja clavada en su cerebro hasta que, incapaz de contener a tantos muertos en su interior, se desmoronó en el bote con el broche de la libélula apretado en una mano.

Y el silencio, ahora sí, fue absoluto. Aunque no por demasiado tiempo.

CAPÍTULO IX



El día siguiente amaneció tormentoso, como si el cielo estuviera de un humor de perros, y las alumnas de la Academia Rosenfield parecían contagiadas del mismo nerviosismo. Para entonces, los rumores sobre el niño que la directora había acogido se encontraban fuera de control y de nada sirvió que el profesor Westwood, con el que tenían la primera clase, insistiera en que dejasen el asunto: estaban tan alborotadas que no habría conseguido atraer su atención ni aun haciendo el pino.

—La concepción de los antiguos griegos sobre el Inframundo no se diferenciaba demasiado de la nuestra —trataba de explicar mientras catorce cabezas cuchicheaban en los pupitres—. Homero ya habló de las tres regiones del Hades, el reino del dios de la muerte: el Tártaro de los condenados, el Campo de Asfódelos intermedio…

Aurora y Jia eran las únicas cuyos pensamientos no orbitaban en torno a Roy Bowie. La primera contemplaba el jardín a través de una ventana, con la cara iluminada por los cristales de colores, y la segunda escribía una nota en un pedazo de papel.

Si el rubiales es un espía alemán, se nos va a caer el pelo.

Aquella mañana, Florence no había ido a clase; le había dicho al profesor que se sentía indispuesta y había regresado a hurtadillas al desván, donde le tocaba ocuparse de la primera guardia. Jia, Aurora y ella habían pasado la mitad de la noche discutiendo sobre qué hacer con Thorne, pero no habían llegado a ninguna conclusión.

—… y los Campos Elíseos, también conocidos como el Paraíso. —Mientras el profesor escribía cosas en griego que Jia no entendía, hizo una bolita con el papel y se la tiró a Aurora—. Más tarde, la doctrina espiritista adoptó el nombre de Asfódelo para referirse a la dimensión de los espíritus anclados…

Al ver que su amiga no respondía, Jia arrancó otro pedacito de papel.

Ya sé que no tenía por qué estar en el balcón, pero sigue siendo un secuestro. ¿Si cometes un crimen contra un criminal eres una criminal al cuadrado?

Una vez más, no obtuvo respuesta. Aurora volvió a clavar los ojos en la vidriera gótica como si el jardín fuera lo más interesante del mundo.

—Hoy en día, el Asfódelo sigue siendo un misterio —continuó August—. Las únicas descripciones son las proporcionadas por los espíritus, un páramo envuelto en la niebla en el que no sale ni se pone el sol, sin más vegetación que las flores raquíticas de las que los griegos tomaron el nombre. —La tiza siseó cuando dibujó dos círculos, uno representando el mundo de los vivos y otro el de los muertos—. Mientras están anclados —dio un golpecito en la intersección—, retenidos por aquello que les impide pasar al Otro

Lado, suelen moverse entre el Asfódelo y la Tierra…

—Y, cuando pasan, ¿no se puede hablar con ellos? —preguntó una alumna.

—Por ahora, ningún médium ha logrado establecer ese canal.

A lo mejor es un amante con el que la señorita Chapman estaba haciendo cosas antes de que llegaran sus visitas. Tal vez le pidió que se escondiera en el balcón hasta que se marchasen. Si es así, tiene que estar volviéndose loca. Te digo que nos va a MATAR.

—Por eso —añadió August—, sabemos aún menos cosas sobre el Otro Lado que sobre el Asfódelo. Todo lo referente a nuestra morada final es un misterio.

—Pero usted es un clérigo —dijo otra alumna—. La Iglesia lo tiene clarísimo, la gente que se comporta bien va al Cielo, la mala va al Infierno…

—Mi abuela asegura que estaremos rodeados de coros de ángeles —apostilló otra de sus compañeras—, tocando el arpa sin parar entre las nubes.

A una señal de impaciencia de Jia, Aurora le dio la vuelta al papel para escribir una respuesta. Cuando se lo devolvió, solo había una frase nueva:

Un ser humano aguanta cinco días sin beber.

Jia lo releyó dos veces antes de mirarla. Aurora se encogió de hombros.

—Si empezamos hoy, nos lo habremos cargado para el domingo.

—Pero serás… —empezó a decir Jia, aunque se detuvo—. No es mala idea…

—Entonces, una vez que cruzan al Otro Lado, ¿no hay marcha atrás?

Lucy Trevellian, sentada delante de Jia, había levantado la mano.

—No, no hay marcha atrás —contestó el profesor—, y así es como debe ser. La intersección entre nuestras dimensiones —dijo señalando de nuevo el espacio compartido por ambos círculos— solo es un lugar de tránsito, una especie de… tierra de nadie.

—Como la que se extiende entre las trincheras —susurró una chica.

—El paso de nuestro mundo al Asfódelo es permanente, tanto como el paso del Asfódelo a donde sea que vayamos. Nadie que haya traspasado ese umbral…

—Eso no es verdad —dijo Lucy—. Hay alguien aquí capaz de traerlos de vuelta.

La tiza que August había apoyado en la pizarra profirió un chirrido.

—Dicen que el alumno nuevo tiene un poder del que nadie había oído hablar —murmuró otra alumna—. Que hace que los espíritus regresen a sus cuerpos.

—Las noticias vuelan —dijo August, y dejó la tiza en la mesa—. Pero Roy Bowie no es un alumno de esta academia, señoritas. Ahora, si podemos volver con…

—No me refería a ese crío —repuso Lucy—-. Él no es el único incapaz de respetar la frontera entre los dos mundos. Una de nosotras se la saltaba cuando quería.

Jia, que estaba escribiendo otra nota, se detuvo de inmediato.

—Debía de ser entretenido asistir a sus espectáculos —continuó Lucy con una sonrisita—. Conjurar para la gente que pagaba a su familia a fantasmas que, en teoría, estaban en paz desde hacía siglos… La reina Victoria, Isaac Newton…

—Shakespeare —murmuró su compañera de pupitre.

—Tampoco era para tanto —dijo Jia—. Ese fulano era un plomo.

Pese a haber pasado dos años, sin embargo, los recuerdos seguían grabados a fuego: el sótano del fumadero en el que su padre recibía el dinero, las peleas en las callejuelas desde que se ponía el sol hasta que salía. Los susurros de los marineros con los que se cruzaba en el puerto, los toqueteos en cada esquina del barrio chino.

Las bofetadas cada vez que intentaba escapar de Limehouse. «Vuelve a salir por esa puerta, so desgraciada, y te pondré a trabajar en algo muy distinto».

—Vuestra directora —August alzó la voz cuando los murmullos se convirtieron en una algarabía— se está asegurando de que eso no vuelve a ocurrir. Es cierto que la señorita Zhang usó sus dones de manera inadecuada…, la obligaron a usarlos de manera inadecuada —se corrigió a sí mismo—. Por suerte, nunca más tendrá que…

—Por suerte y porque necesito tener las tumbas cerca —dijo Jia—. Si no fuera por eso, Lucy, traería a tu abuelo. Seguro que nos contaría cositas interesantes.

Su compañera frunció unas cejas tan rubias como sus trenzas.

—Te encanta recordarnos que tu familia está forrada. —Jia se inclinó en su pupitre—. Pero nunca nos has contado cómo lo conseguisteis. A lo mejor al señor Trevellian sí le apetece hacerlo. Bueno, a él o a alguno de los espíritus de sus antiguos socios. Cuentan que hubo uno que se pegó un tiro después de que…

—Señorita Zhang —dijo August en tono de advertencia.

—De verdad que cada día eres más patética —siseó Lucy con la cara como un pimiento—. Estás tan desesperada por llamar la atención que no sabes ni qué inventar. Supongo que es lo que pasa cuando te convierten en un mono de feria.

Jia casi volcó el pupitre al lanzarse contra ella, pero no le dio

tiempo a agarrarla de las trenzas: estaba a punto de hacerlo cuando Aurora la detuvo.

Había pronunciado su nombre sin dejar de mirar el jardín, pero su amiga tardó en entender por qué. Al estirarse hacia el pupitre de al lado, distinguió una estructura conocida tras los cristales de colores: el mirador en el que la señorita Chapman solía sentarse a leer «novelas aburridísimas que no os gustarían nada».

Pero la señorita Chapman no estaba sola. Cuando entornó los ojos, reconoció la rolliza silueta de Heather, envuelta en una toquilla de lana, y otra más pequeña al lado de la directora…, la del niño capaz de resucitar a los muertos.

Ahora entendía qué era lo que Aurora había estado observando.

—¿Prefieres pegarte con Lucy o bajar a investigar? —dijo esta después de que August, resignado a dejar la lección a medias, diera la clase por finalizada.

—La duda ofende —contestó Jia. Pero luego susurró—: Anoche encontré una cucaracha muerta y sé en qué armario guarda sus potingues para la cara.

Un minuto después, habían bajado al vestíbulo, cuyas puertas se encontraban entornadas, y salían al jardín. Aquella noche había refrescado y la brisa arrastraba consigo los aromas del otoño; sobre todo, los procedentes de la hoguera en la que los jardineros estaban quemando un montón de hojas secas. Al girar sobre sus talones, Jia distinguió la silueta del capitán Smith en el desván, como de costumbre, pero todo parecía encontrarse en calma allí arriba. «Bien hecho, Florrie».

Tras recorrer un pequeño sendero, aparecieron frente al mirador, oscurecido por una glicinia que lo abrazaba como si fuera un amante. La directora seguía sentada en el banco de hierro mientras Heather le explicaba algo al niño.

—¿Ya estáis escapándoos de clase? —refunfuñó esta.

—El profesor Westwood nos ha soltado antes de tiempo.

—«Nos ha dejado marchar», Jia, por el amor de Dios. No sois unos caniches a los que haya que sacar al jardín. Pero sé de sobra qué habéis venido a hacer.

—¿Recibir a los recién llegados como buenas anfitrionas?

—Cotillear como si no hubiera un mañana. Roy, estas son Jia Zhang y Aurora Blackwood, las mayores metomentodo que he conocido desde la señorita Chapman. Él es Roy Bowie, pero —Heather titubeó— no sabemos mucho más.

El crío no tenía nada de estremecedor, al menos a simple vista: una cara redonda de barbilla puntiaguda, un pelo tan negro como el de Aurora, unos ojos verdes… «Es como esos niños que hacen pompas en los anuncios de jabón», pensó Jia.

—¿Es verdad que no puede hablar? —preguntó Aurora.

—Según la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, nadie le ha oído hacerlo en los últimos cuatro años, aunque no me extraña. Nos han dado a entender que en los suburbios de Nueva York se estuvo moviendo bastante dinero a su costa.

A Jia le costó disimular lo mucho que se le encogió el estómago.

—Esa es una de las razones por las que está aquí. —Heather se arrebujó más en la toquilla mientras el niño, sin mirarlas, se escurría del banco—. Había tanta gente desesperada por echarle las manos encima que lo mejor era trasladarlo al otro lado del Atlántico. Es comprensible que ciertas personas, al perder a sus seres queridos…

—Comprensible, no —interrumpió Ada—. Es totalmente lógico.

Había guardado silencio hasta entonces con las manos enlazadas sobre la falda, pero Jia se dio cuenta de que tenía los dedos blancos de tanto apretarlos.

—Supongo que sí —vaciló Heather—, si no sabes lo que son los

escrúpulos. Nadie en su sano juicio se plantearía… —Pero también se calló—. ¿Ada?

Cuando la directora la miró, había un brillo en sus ojos que Aurora y Jia nunca habían visto pero que Heather debió de reconocer, porque dio un paso atrás.

—Ada, no. —Su cara, de repente, también estaba blanca—. Ni hablar.

—No lo entiendo —contestó Jia—. ¿Qué tiene que ver Roy…?

—Dime que no aceptaste por eso. Que no te lo estás planteando.

—Sí —respondió Ada—. Es lo único en lo que he pensado desde ayer.

Mientras hablaban, Roy había bajado los peldaños de cuatro saltitos y se había encaminado hacia el cementerio, cuyas esculturas relucían como la nieve.

—¿Tú sabes qué pasa? —le preguntó Jia a Aurora—. ¿De qué hablan?

—De que la señorita Chapman también quiere usar su poder.

Aurora tenía los ojos tan abiertos que, por una vez, parecía sorprendida.

—Quiere traer de vuelta a alguien importante para ella.

—Pero… —Jia seguía perdida—. Pero si no ha perdido a nadie…

—Lo hizo mucho antes de que llegase ese niño. De que existiese la academia, incluso. —Y, al ver que Jia fruncía el ceño, Aurora añadió—: Su maestra.

«Eso es una bobada», quiso decir su amiga, pero se detuvo al reparar en que la mano de Ada se había cerrado sobre su broche. Jia la había visto toquetearlo docenas de veces mientras contemplaba los retratos colgados en el vestíbulo.

Pese a llevar más de una década muerta, Annabel Lovelace parecía supervisar todo lo que se hacía en la academia, y no solo

desde el rellano de la escalera. Los libros de la biblioteca habían sido suyos, los uniformes eran verdes porque se trataba de su color preferido, los profesores hablaban sin parar de su talento, las chicas soñaban con un romance como el de ella. Solo faltaba que la señorita Chapman les tiñese el pelo de rojo a todas y fundase una secta mesiánica en su honor.

—Sabes que no tiene sentido disimular —dijo Ada cuando Heather musitó otro «no»—. La extrañas tanto como yo, puede que incluso más.

—¡Eso da igual, Ada! Lo que estás pensando es…, es antinatural.

—¿No escuchaste lo que nos explicó Lloyd? La gente que resucitó se encuentra perfectamente. La condesa de Worthington está como una manzana, tanto que se casó seis meses después de fallecer. La señora Wildingham, lo mismo…

—Wildingham sigue con la cadera rota. ¿No entiendes lo que implica?

Mientras hablaban, Roy se había detenido en la entrada del cementerio, pero ni Heather ni Ada parecieron notarlo. El ama de llaves tenía los ojos húmedos.

—Las personas a las que hace volver recuperan sus cuerpos… como eran antes de morirse. Cuando Annabel nos dejó, estaba enferma… Quería descansar. —Heather negó con la cabeza—. No la obligues a morir otra vez. A agonizar otra vez.

La mano de Ada seguía sobre su broche, pero sus dedos estaban agarrotados.

—Heather, no puedo…, no puedo seguir adelante sin su ayuda.

Jia tragó saliva cuando vio resbalar una lágrima por su cara.

—Llevo trece años intentándolo —aseguró Ada—, esforzándome por actuar como ella, luchando por sacar adelante esto como habría hecho ella… —Señaló la silueta de la mansión—. Pero da igual

cuánto me empeñe, nunca lo conseguiré.

¿De verdad era aquella la persona a la que Jia, Aurora y Florence respetaban más que a nadie, la mentora a la que habían llegado a querer como a una hermana mayor? «Parece una niña —pensó Jia —, una tan perdida como nosotras».

—No sabré hacer nada —insistió Ada—. Si no está aquí, no sabré…

—Claro que sabrás. —Heather se agachó para agarrarla de las manos—. Porque yo te ayudaré, aunque sea una inútil a tu lado, y Louise y August harán lo mismo, y la señorita Evans. Nos dejaremos la piel para que este proyecto sobreviva a la guerra, pero no vuelvas a plantearte algo así. —Apretó sus dedos—. Pase lo que pase.

—Me temo que el refrán era cierto, las desgracias nunca vienen solas.

Una ráfaga de viento agitó la glicinia, haciendo revolotear las sombras, y Ada, Jia y Aurora se volvieron. Edith Evans acababa de aparecer al pie del mirador.

—Siento horrores interrumpiros, pero vais a tener que dejar ese debate moral para más tarde. —Traía la mandíbula apretada y un fuego en los ojos que, al mirar a las dos chicas, pareció capaz de derretir su escarcha—. Tienes una visita en el desván.

CAPÍTULO X



—Pero el problema es que, cuantas más vueltas le doy, menos lo entiendo. Se suponía que solo funcionaba con espejos, pero ahora me está pasando con muchas más cosas. Con una cruz de hierro, con un cristal transparente… Y ni siquiera tengo que concentrarme: la cara que he estado viendo, porque es siempre la misma, no me acuerdo de si se lo he dicho, esa cara está esperándome dentro…

«Que me peguen un tiro de una vez —pensó Thorne desde el colchón en el que, tras mucho insistir, Florence le había ayudado a sentarse—. Acabaríamos antes».

—Ayer, de hecho, le pregunté a mi tío Edward. Suele rondar por aquí, ¿sabe?

—¿Os deja regalitos bajo la almohada cuando se os cae un diente?

—Su espíritu fue el primero al que vi, pero no me supo decir gran cosa, la verdad. Solo me aconsejó hablar con los profesores… Ay, le estoy aburriendo.

—Ni lo más mínimo. —«Al menos me está sirviendo para sonsacarle cosas. Es más rápido tratar con una bocazas que con un

topo»—. Así que tienes atisbos del Más Allá en las superficies reflectantes… ¿A tus amigas les ocurre lo mismo?

—No, solamente a mí, aunque no tengo ni idea de por qué.

—¿Y qué pasa con la china de la trenza, la que me birló el revólver?

—Como le oiga llamarla así, se pondrá hecha una furia. Jia es mestiza; su madre era de Escocia, pero la abandonó al poco de nacer. Ella puede…

Bum, bum, bum. Bum. Bum. Bum. Bum, bum, bum.

—Ella puede traer de vuelta a espíritus que ya habían cruzado. —Florence hizo un gesto para quitarle importancia a los golpes—. Es decir, lo haría si quisiese, pero se lo han prohibido. Es casi un sacrilegio para el espiritismo.

—Dios nos libre de hacer nada indebido. ¿Y la del pelo negro?

La animación que brillaba tras las gafas de la muchacha se esfumó.

—La señorita Chapman no nos deja hablar de lo de Aurora.

Por una vez, Thorne tuvo que disimular su sorpresa.

—Dice que es demasiado arriesgado. —Florence bajó la voz—. Que, hasta que no sepa controlarlo del todo, sería peligroso que la gente descubriera…

—Oh, descuida —aseguró él—, vuestro secreto estará a salvo conmigo.

—Nada que se te acerque a menos de un kilómetro lo estaría.

Florence se levantó tan rápido que casi se cayó y, al mirar en la misma dirección que ella, Thorne descubrió que alguien los observaba desde la puerta.

La sombra de una de las vigas oscurecía sus rasgos, pero la habría reconocido en cualquier parte. La falda de seda verde oscuro, la blusa adornada con encajes. Las cintas con las que se recogía el

pelo. El broche de esmalte en forma de libélula.

El perfume a violetas de Devonshire que, de repente, invadió el desván.

—Por todos los santos del Cielo. —Heather, que se había detenido a su lado, se llevó una mano a la boca—. ¿Desde cuándo tenemos a este hombre aquí?

—De verdad que estábamos a punto de contárselo. —La cabeza de Jia asomó al otro lado de Ada—. Solo lleva un día en el desván, lo subimos ayer…

—Le dije a Jia que habría muerto de sed para el domingo —añadió Aurora.

La médium, mientras tanto, seguía mirándolo. Bum, bum, bum…

—Me imagino —dijo por fin— que ni siquiera te llamas Arlington.

Su falda siseó al abrirse camino entre los muebles.

—No —se limitó a responder el joven.

—Esperen. —Florence parecía atónita—. ¿Ya se conocían?

—¿Piensas decirme quién eres? ¿Tu nombre real, el de verdad?

Cuando Ada dio otro paso hacia él, la luz incidió sobre su rostro y Thorne se alegró de seguir maniatado: tenía los puños apretados detrás de la espalda.

—No —repitió en el mismo tono—, me temo que no.

«Ada, no lo entiendo —susurró Heather—. ¿De qué conoces a este tipo?».

—Y también me temo que resisto bien los interrogatorios —continuó Thorne—, así que no pierdas el tiempo torturándome, no te servirá de nada.

—Eso habrá que verlo. —Ada se giró hacia Heather—. Tráeme la pistola.

—Ada, no tienes ninguna pistola —dijo el ama de llaves con impaciencia—. La que le compraste a aquel camorrista siciliano no

servía ni de fogueo.

—Entonces tráeme un atizador. Quiero saber cómo este hijo de perra…

—Estaba en el balcón —intervino Jia—, el de su despacho.

A Ada, al escuchar esto, se le abrió la boca.

—Lo vimos desde una ventana —continuó Jia—. Se había sentado en el suelo detrás de las cortinas. Yo aposté a que sería su amante…

—Dios bendito —dejó escapar Heather; Thorne enarcó una ceja.

—De repente, mientras lo observábamos, se… —Florence cruzó una mirada con Jia—. Se desmayó el pobre y nos dio tanta pena que, cuando usted se fue…

—Le tiramos una gárgola —dijo Aurora—, la que tiene forma de dragón.

—Poco le hicisteis —aseguró Ada mientras el ama de llaves profería: «¿Cómo que una…?»—. Pero sigo sin entender qué diantres pintaba en mi casa.

La quietud descendió de nuevo sobre el desván, tan espesa como la atmósfera llena de polvo, y lo único que se oyó volvió a ser el bum, bum, bum.

—Marchaos —ordenó Ada pasados unos segundos.

—Ya habéis oído, niñas —dijo Heather—. La señorita Chapman y yo vamos a resolver esto. Bajad con las demás, pero ni se os ocurra contarles…

—No, Heather —la interrumpió Ada—. Quiero que te vayas también.

Esta se detuvo mientras empujaba a las chicas hacia la puerta.

—No esperarás que te deje con… Ada, ¡este hombre es un delincuente!

—Necesito hablar a solas con él. Va a ser la última vez que lo haga y ten por seguro —sacudió la cabeza sin dejar de mirarlo— que no la

desaprovecharé.

A juzgar por la expresión de Heather, seguía pareciéndole un despropósito, pero se limitó a contestar: «Como quieras» antes de sacar a rastras a Florence, Jia y Aurora. La puerta se cerró a sus espaldas, arrancando una pequeña cascada de polvo al techo, y Ada y Thorne se quedaron sin más compañía que el silencio.

Salvo por el bum, bum, bum. «¿No se cansará nunca el muy idiota?».

—¿Eso es tuyo? —dijo Ada señalando el bastón del suelo.

—Sí. —Él cambió de postura contra la pared—. Esas monadas que tienes por alumnas son amabilísimas. Prometieron devolvérmelo cuando me soltaran.

—Las estoy educando de maravilla. —Ada bajó la mirada hacia sus pies—. Qué pena que lo que te haya ocurrido vaya a mantenerte alejado de los salones de baile.

—Una pérdida espantosa —sonrió él—. Era uno de mis grandes talentos.

—Y de los pocos: el Titanic no era lo más rápido del Atlántico aquella noche.

La sonrisa de Thorne flaqueó, pero solo para volverse más sardónica.

—Tienes una memoria bastante selectiva, Adeline Chapman. Juraría que te dio tiempo a decir unas cuantas cosas: «Oh, sí», «No pares», «Dios, Dios, Di…».

—Si reconocer un fraude se te da así de bien, te aconsejo cambiar de trabajo.

Pese a su desdén, se había sonrojado tanto que se agachó para recoger el bastón. Thorne reparó en que estaba mirando la placa incrustada debajo del puño.

—Fue por el hielo —dijo para desviar su atención—. Me

encontraron encima de un trozo de iceberg. Un poco más y habría muerto congelado.

—¿Qué quieres decir? —Pareció sorprendida—. ¿Te amputaron?

—Tres dedos del pie derecho en un rincón de la cubierta del Carpathia. No me da demasiados problemas para caminar, pero sí para correr por una trinchera.

—Te merecías algo peor. Te merecías haber acabado como Edith.

Cuando levantó el bastón, Thorne pensó que iba a golpearle, pero lo que hizo fue colocar el puño debajo de su barbilla. Le obligó a mirarla, inclinada sobre él, y el joven sintió cómo el perfume se volvía aún más intenso.

Aunque no tanto como cuando estaban en su camarote. Abrazados en una cama demasiado estrecha para los dos. Desnudos, sudorosos y enmarañados.

—¿Cuándo decidiste espiarme? ¿La noche en la que… pasó?

—Ah, no, fue mucho antes. Concretamente, el 10 de marzo de 1912, a las siete y cuarto de la tarde. Se me da bien acordarme de las cosas —aclaró Thorne ante su confusión—. Podría repetirte nuestras conversaciones palabra por palabra.

—¿Subiste al Titanic por mí? ¿Porque sabías que viajaría a bordo?

El joven sintió cómo el bastón temblaba contra su nuez.

—Prometieron pagarme bien. —Se encogió de hombros—. Puedes considerarlo un cumplido: eres una pieza de caza mayor para mi gremio.

El bastón descendió hasta casi rozar la tarima. Cuando Thorne la miró de nuevo, la rabia de Ada había dado paso a algo más, una humillación atroz.

—Te acostaste conmigo solo porque te lo encargaron. —Pronunció cada palabra como si le resultara imposible creerlo—. Me sedujiste para aprovecharte de mí.

—Bueno, tampoco te pongas como una doncella ultrajada. Te lo pasaste bien.

—¿Que se burlen de tus sentimientos está bien? ¿De tus ilusiones?

—Tenías veinticinco años, Chapman. Eras mayorcita para entender con quién te ibas a la cama. No es mi responsabilidad que te fiaras de la persona incorrecta.

—¡Me dijiste que me querías! ¡Que te habías enamorado de mí!

Esta vez, el silencio fue mayor que nunca. Incluso el bum, bum, bum cesó.

—No eres la única que sabe actuar —contestó él—. Como te he dicho, tenía una misión y la llevé a cabo lo mejor que pude…, aunque terminara pagando un precio muy alto. —Se detuvo un instante—. No fue nada personal.

—No —dijo Ada, dando un paso atrás—, ya veo que no.

Algo caliente palpitaba en sus ojos, humillación y también rabia, y otra cosa que a Thorne no le costó reconocer, el dolor con el que lo había mirado cada una de las médiums que la precedieron. Tenía la misma expresión con la que la señora Danvers había sido arrastrada fuera de su gabinete, la de alguien tan aplastado por el peso de sus sueños rotos que ni siquiera puede expresarlo con palabras.

—Bien —prosiguió Ada—, me alegro de que hayamos dejado las cosas claras. Llevábamos demasiados años arrastrando este asunto.

—En eso sí te doy la razón. Ahora, si me haces el favor de…

—No, no voy a hacerte ningún favor. Y tú no te vas a mover de ahí.

El bastón rodó hasta una pared cuando lo dejó caer.

—Primero te infiltraste en mi corazón. Más tarde, en mi casa…

—Espera, no pretenderás… —Por primera vez, Thorne sonaba inquieto—. No puedes dejarme encerrado aquí. Mis compañeros saben dónde estoy.

—Querías recabar toda la información posible sobre mí. Colarte en la guarida de la araña para observarla trabajar de cerca. Comprender cómo teje su tela.

—Chapman —insistió el joven, abriendo mucho los ojos.

—Ahora tendrás una oportunidad de oro para hacerlo. Te aseguro que vas a pasar mucho tiempo rodeado de arañitas. —Y, dándole la espalda, Ada se dirigió a la puerta—. Bienvenido a la Academia Rosenfield, seas quien seas.

—¡Chapman! —volvió a llamarla, pero su voz fue acallada por un portazo.

Solo después de cerrar con tres vueltas de llave se permitió desmoronarse. Ada apoyó la espalda en la puerta, peinada por unos rayos de sol cada vez más oblicuos, y se tapó la boca mientras todo lo que había estado ahogando (desde hacía cuatro años, desde el maldito Titanic, desde el maldito iceberg) escalaba por su garganta.

«Da igual a dónde vaya, ese condenado barco... parece perseguirme», le había dicho a Edith días antes, y ahora comprendía hasta qué punto era cierto: lo sucedido aquella madrugada de 1912 regresaba sin parar a ella, como si el hecho de haberse salvado no bastara para librarse del horror. Como si el hielo que aniquiló a más de mil quinientas personas, las mismas que había oído chillar dentro de su cabeza, hubiera dejado una huella más abrasadora en Ada que la producida por cualquier hierro al rojo vivo.

«Los objetos más grandes y relucientes son los que proyectan las mayores sombras —le había respondido Edith—, y el Titanic era las dos cosas». Lo mismo había ocurrido con lo que creyó sentir por Arlington: aquel amor lo había inundado todo de luz, había pintado su universo de colores desconocidos y después, cuando la idea de regresar a su vida anterior parecía insoportable, la había dejado… a oscuras.

Quizá solo estaba cansada, reflexionó secándose los ojos. Cansada de construir castillos en el aire, de pensar que siempre estaría sola, que no merecía que la quisieran. Cansada de salir herida cada vez que confiaba demasiado, que se entregaba demasiado, sin que nadie sospechara lo que escondía bajo su descaro y sus chascarrillos.

Casi sin darse cuenta, se alejó del desván (el silencio, ahora sí, era absoluto detrás de la puerta) para encaminarse hacia la desierta escalera. Al desembocar en el rellano, sus ojos volaron como atraídos por un imán hacia el retrato de su maestra.

—Ya sé que a usted nunca le habría ocurrido algo así. —Probablemente fuera un efecto lumínico, pero su mirada le pareció más severa que nunca—. Usted tenía sentido común. El suyo y el que me falta a mí. —Miró el otro retrato antes de bajar el siguiente tramo de peldaños—. Por eso acabó con la persona adecuada.

Para su sorpresa, Heather, Florence, Jia y Aurora la esperaban en el vestíbulo, pero no estaban solas, Roy volvía a acompañarlas. Ada se aclaró la garganta.

—Deberíais subir a vuestro cuarto. —Seguía tan hundida que casi tropezó con Mefistófeles, pero se obligó a mantener la compostura —. Si vuestras compañeras os encuentran aquí cuando salgan de clase de Louise, volverán a acusarme de…

Pero no fueron sus miradas espantadas las que le hicieron darse cuenta de lo que ocurría, fue su propio cerebro al procesarlo con unos segundos de retraso.

«Mefistófeles. —Ada se detuvo en seco—. Mefistófeles no debería…».

—Cuando hemos bajado, estaba arañando la puerta. —A Heather le temblaba tanto la voz que le costó entenderla—. Dejamos a Roy solo en el cementerio…

—Tendríamos que haberle echado más tierra encima —dijo Aurora.

Sentado en el rellano, el gato se atusaba los bigotes como si lo de los últimos días no hubiera sido más que una escapada. Todavía tenía restos de barro en el pelaje, pero su aspecto se parecía tanto al que Ada recordaba que, cuando por fin consiguió girarse hacia Roy, le dio la sensación de que el suelo oscilaba bajo sus zapatos.

Entre sus pequeñas manos, humedecida por la lluvia que había estado cayendo toda la noche, había una caja que reconoció como una de sus sombrereras.

Más tarde, cuando intentase recordar lo sucedido tras el naufragio, solo acudiría a su memoria una ristra de imágenes inconexas, instantes congelados como cadáveres entre el hielo.

Catedrales de diamante erigidas alrededor del bote, centelleando con los primeros resplandores del alba como si quisieran recordarles que aún quedaba belleza en el mundo. Una pradera de flores blancas (cada una, un pasajero muerto, flotando con su chaleco) extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Una isla de madera formada por los despojos que habían escapado a la succión: un cajón meciéndose del revés, unos platos recién estrenados, los cojines de un sofá.

Todo aquello desfilaba ante sus ojos como un mal sueño. No habría sabido decir cuánto tiempo llevaba callada, encogida sobre uno de los bancos y temblando como una niña.

—… en el horizonte. Casi no se ve, pero… hacia el oeste…

—Es humo, por Dios, es humo. Si quedan bengalas, probad a…

Algo oscureciendo el cielo cada vez más azul, una mole negra con (tuvo que parpadear para enfocarlas bien) nueve letras pintadas en ella: CARPATHIA.

—¡Recibimos el mensaje de socorro —¿por qué alguien gritaba?—, pero estábamos a cuatro horas de aquí! ¡Hemos forzado las máquinas al máximo!

Una bandera británica ondeando a media asta sobre sus cabezas.

—¿Ha ocurrido de verdad? ¿El Titanic se ha…?

—Traed más mantas, hay otra mujer aquí. Dios, está casi azul.

Unos brazos que cargaban con ella. Sus propios murmullos de protesta.

—Ya ha pasado, señorita, está a salvo. Apóyese en mí, con cuidado…

Una escala de cuerda descendiendo desde las alturas. Una vez en cubierta, una

masa humana curiosamente silenciosa, demasiado aterrorizada para reaccionar. Unas manos que la sentaban en un hueco entre la gente, otras que la arropaban, otras que le ofrecían una taza.

La amargura del café esparciéndose por su boca. Sus sentidos resucitando poco a poco.

—Mi marido debe de estar aquí, me dijo que encontraría un bote, me dijo…

—¿Ha visto a mi niña? Tiene año y medio, está empezando a andar. Por favor…

El oficial Lightoller, el último en ser rescatado, con su pijama chorreando bajo un suéter de la Armada y tantas mujeres aferradas a él que apenas conseguía dar un paso.

—Hay más botes, ¿verdad? —Una anciana con la cara tan blanca como un iceberg—. Tiene que haberlos, señor. Decían que era el mejor barco del mundo. Que era imposible…

—Perdone, señorita. —Una voz desconocida—. ¿Cómo se llama?

El rostro sin afeitar de uno de los marineros del Carpathia.

—Señorita —repitió con paciencia—, necesito que me diga cómo se llama. El capitán quiere elaborar una lista provisional de supervivientes. Si no lo recuerda…

—Chapman —logró articular—. Adeline Chapman.

Despacio, el calor de la taza empezó a desentumecerle los dedos, aunque pareció pasar un año hasta que consiguió ponerse en pie. El sol ya estaba alto en el cielo y el paisaje…, el paisaje, cuando miró a su alrededor, era montañoso. Cumbres nevadas extendiéndose hasta el horizonte, tan blancas que la hicieron parpadear, deslumbrantes contra el azul del océano…

«No son montañas», comprendió en un arrebato de lucidez. Otros dos barcos se abrían camino hacia el Carpathia entre los montículos. «Seguimos rodeados de icebergs. Es un…». También había despojos del Titanic allí: una puerta rota, una tumbona. «Es un cementerio de hielo».

Mientras la tripulación discutía en voz baja (¿era mejor quedarse hasta haber rescatado los cadáveres o poner rumbo a Nueva York con los supervivientes?), unos rostros familiares atrajeron su atención, aunque su desastrada apariencia

casi le impidió reconocerlos: eran los de Caroline Brown, Charlotte Appleton y Malvina Cornell. Las amigas de Edith.

Solo tuvieron que cruzar una mirada para que Ada lo entendiera.

—Nos han dicho que… consiguió subir a un bote —susurró Malvina cuando se reunió con ellas—. Pero era uno de los plegables y… se había dado la vuelta. No aguantó mucho sobre él, estaba helada de frío, acabó perdiendo el conocimiento… y resbaló hasta el agua.

Charlotte, con la cabeza apoyada en su hombro, guardaba silencio. Le habían suministrado un sedante y tenía la mirada perdida, tan congelada como su amiga.

—No pudieron ayudarla, una ola la arrastró… Todavía seguirá ahí fuera.

—Fue por mi culpa —balbuceó Caroline—. Íbamos a subir a otro bote, pero solo quedaba espacio para una y me obligó a aceptarlo… «Sube tú, tienes hijos esperándote en casa. Iré en el siguiente». —Ante el recuerdo de aquellas palabras rompió a sollozar—. Me salvó la vida.

Alguien avisó de que iban a realizar un servicio religioso en el salón de primera clase. Ada siguió a sus compañeras hacia allí, más por inercia que por convicción, y estaba a punto de entrar cuando sus pies, como si volvieran a estar helados, la hicieron detenerse.

Unos ojos más azules que el Atlántico la observaban desde el otro lado de la cubierta.

—Su brandy, señor —oyó decir a un marinero. Arlington ni siquiera lo miró mientras aceptaba una petaca—. Mejor no se lo beba de golpe, lo necesitará para lo que viene.

El pelo seguía brillándole como el oro bajo la escarcha. Estaba lleno de magulladuras, notó Ada pese a la distancia, y pálido como un muerto. Como uno de sus fantasmas.

—El señor McGee, el cirujano, dice que usted es el siguiente. Le está esperando en…

«Adeline», la llamó Malvina desde la puerta del salón. Como si despertara de un trance, Ada dio la espalda a Arlington y, agarrando su broche con tanta fuerza que

casi se lo clavó, desapareció de su vista prometiéndose que nunca, pasara lo que pasase, volvería a hablar con ese hombre.

El hielo se encargaría de impedirlo. El hielo que, desde la noche anterior, no importaba a dónde fuera ni lo que hiciese, envolvería su corazón como una armadura.

Tan duro como la muerte y casi igual de frío.

CAPÍTULO XI



Durante la siguiente noche, su segunda en la academia, Thorne tuvo tiempo para pergeñar cuatro planes de fuga diferentes, de modo que sintió una chispa de esperanza cuando el ama de llaves reapareció a primera hora de la mañana.

—Dice que quiere verle. —Fue todo su saludo.

—¿Lucifer rodeado por sus cohortes demoníacas?

—La señorita Chapman. En la biblioteca. En cinco minutos.

—Lo que yo pensaba. —Thorne sacudió los brazos atados a la espalda—. No me vendría mal una ayuda, señora; con tres amputaciones tengo suficiente.

A regañadientes, Heather le desató las muñecas, le devolvió el bastón y le hizo bajar delante de ella por una escalera de servicio, la misma por la que se había colado, y continuar por un corredor hasta unas grandes puertas decoradas con flores.

—Es aquí. —La misma que aparecía en todas partes, la rosa de seis pétalos de los Rosenfield, el emblema de la academia—. Y, ahora, escúcheme bien.

Pese a la penumbra que lo amortajaba todo, reparó en las

manchas (cicatrices de quemaduras, probablemente) que salpicaban la cara del ama de llaves.

—Espero que sea la última vez que nos veamos, porque no tendría tanta suerte en una segunda ocasión. Todavía no sé qué es lo que le hizo a la señorita Chapman, pero le juro por Dios que si me entero de que la ha vuelto a…

—No se preocupe, a ninguno nos apetece recuperar el contacto.

—Más vale —replicó la mujer, y golpeó la puerta con los nudillos—. Porque le advierto que sé usar una sartén para mucho más que para cocinar.

Hubo un «adelante» y Heather lo obligó a entrar en una iglesia…, o esa fue su primera impresión. La biblioteca estaba recubierta de estanterías góticas, pero el roble apenas se veía entre el centelleo de los libros, tantos que le habría resultado imposible contarlos. Algo brillaba también sobre él, constelaciones doradas en una bóveda azul, los mismos colores de las vidrieras encendidas por los relámpagos.

Ada estaba hablando con alguien, pero se detuvieron al verlo aparecer.

—Gracias, Heather —saludó la médium—. Puedes marcharte.

—Aquí está mi arañita preferida —dijo Thorne mientras la puerta se cerraba a sus espaldas—. Supongo que me habrá hecho llamar para devorarme por fin.

—Mi serpiente predilecta, siempre dispuesta a inyectarte su veneno —repuso Ada mientras se volvía hacia su acompañante—. Ha venido a visitarme un amigo que me moría por presentarte. Hacía tiempo que te quería conocer en persona.

Los ojos de Thorne lo radiografiaron en un instante: treinta y tantos años, aunque parecía mayor, tal vez por las arrugas de la frente. Cabello castaño que, pese a lo corto que lo llevaba,

aparentaba ser rizado. Mentón rasurado con precisión de cirujano. Una pequeña cicatriz en una mejilla, la huella amarillenta de un moratón en la sien. Y lo más inquietante, unos brazos capaces de partirle el cuello como una ramita.

—Puede que conozcas al capitán Willoughby por los periódicos —prosiguió Ada con una sonrisita—. Es uno de los grandes héroes de Scotland Yard.

—Pues sí que lleva condecoraciones en la cara. ¿Francia?

—El Somme —repuso el capitán—, más conocido como el averno.

Thorne había visto esa mirada en otros hombres, una tan repleta de oscuridad, de cráteres insondables, como la tierra de la que acababan de emerger.

—Me alisté con los Fusileros de Lancashire, pero ahora estoy de permiso. Doy por hecho —entornó los ojos— que será la razón por la que sigue aquí.

—Siento decepcionarle, pero no. —Thorne señaló su bastón.

—¿Tan grave es esa lesión como para impedirle cumplir con su deber?

—Me lo han preguntado docenas de veces, cada vez que me dan la pluma blanca de los cobardes, pero la realidad sigue siendo la misma: un pobre lisiado como yo, por desgracia —una sonrisa sardónica—, no serviría de mucho en el frente.

—Por favor —resopló Ada cruzándose de brazos—. Nathan, no te creas ni una palabra que salga de su boca: está acostumbrado a mentir más que a respirar.

Cuatro años antes, mientras regresaba a Inglaterra a bordo del SS Lapland, había decidido que necesitaba hacer dos cosas nada más poner un pie en tierra: la primera, darse un baño con todas las sales aromáticas de la mansión; la segunda, presentarse en el cuartel general de Scotland Yard para desatar el apocalipsis.

—Vengo a denunciar a un hombre que me ha destrozado la vida.

Desde el otro lado de su escritorio, Nathan la había mirado con una resignación solo equiparable al tamaño de las montañas de documentos que lo rodeaban.

—Sé que me arrepentiré de esto. —Y, después de retirar unos papeles de la silla de enfrente, ordenó—: Siéntate ahí. ¿Cómo se llama ese tipo?

—No tengo ni idea, el muy canalla me dio un nombre falso.

—Empezamos fenomenal, Ada. ¿Y dónde trabaja?

—Tampoco lo sé. Me dijo que en un bufete de Manchester, pero era una mentira como una casa, por supuesto. ¿Te puedes creer que…?

A aquello le siguió una caótica media hora en la que el inspector, recostado con cara de mártir, tuvo que escuchar bastantes más detalles de los que habría deseado saber de lo sucedido en el Titanic, y no precisamente durante el naufragio.

—Siento decir esto, pero no puedo ayudarte. Nada de lo que me has contado es constitutivo de delito y te aseguro, Ada —levantó la voz cuando la joven empezó a protestar—, que me conozco nuestra legislación de memoria.

—Menuda tomadura de pelo. Como mínimo, fue suplantación de identidad.

—Lo sería si se hubiese hecho pasar por otra persona, pero tú misma has dicho que solo te dio un nombre falso. Eso, nos guste o no, no es un crimen.

—Pues entonces la legislación no sirve ni para liar tabaco. Ese cretino se inventó una personalidad, un pasado, una familia, de todo, para acercarse a mí…

—A lo mejor deberías fiarte menos de la gente a la que acabas de conocer.

—… y después de seducirme, mientras el puñetero barco se iba a pique, me lo encontré rebuscando como un cerdo trufero en mi camarote. Solo se acostó conmigo para conseguir algo, lo que fuera que quería descubrir, pero realmente…

El inspector, que estaba restregándose los ojos, se detuvo.

—¿Cómo dices? —Su voz rebosaba amenaza—. ¿Que se acostó contigo?

—Sí, pero no es lo que piensas, yo acepté de mil amores. En realidad —admitió Ada de mala gana—, puede que la idea fuera mía… Que lo invitara a ir a mi camarote. —Nathan enarcó las cejas —. Incluso puede que se lo pidiera… con entusiasmo.

«Scotland Yard no me paga lo suficiente», parecía decir con su expresión.

—Ada —repitió—, como inspector, no puedo hacer nada por ti…

—Lo dicho, la legislación es papel mojado. Ahora entiendo por qué los hombres no nos dejáis votar, lo primero que haríamos sería reescribirla.

—Pero, como tu amigo, prometo partirle las piernas si me cruzo con él.

—Que sea con una tubería de plomo.

Ahora, en la biblioteca asediada por la lluvia, Thorne dedujo que el capitán estaba al corriente de demasiadas cosas, pero no pensaba dejarse intimidar.

—Bueno, está siendo una reunión encantadora, pero tengo que marcharme. No hace falta que me prestes un paraguas, arañita, me apañaré sin él. Ha sido un placer conocerle, capitán. —Retrocedió hacia la puerta—. Que le vaya bien en…

—No va a marcharse a ningún lado, Thorne, así que ya puede ir soltando eso.

Su mano se detuvo nada más agarrar el picaporte.

—Por suerte para la señorita Chapman, no soy el único del que han hablado los periódicos —prosiguió Nathan—. Hace poco se refirieron a usted en la *Pall Mall Gazette*. Al parecer, hubo un pequeño escándalo en Belgravia.

—Un momento, ¿cómo lo has llamado? —Se sorprendió Ada—. ¿Thorne?

—No aparecía con su nombre, pero esa carita de donjuán salía en demasiadas fotografías tomadas en la casa de la señora Danvers, una espiritista fraudulenta.

«Curioso, las fuerzas del orden haciendo bien su trabajo».

—No sabe cómo me alegra ese «fraudulenta» —declaró Thorne. Fue a sentarse en una butaca y apoyó el bastón en el reposabrazos —. Su amistad con esta señorita empezaba a hacerme temer o por su integridad o por su cordura.

—¿Gwendolyn Danvers? —Ada seguía perpleja—. Si esa es una cantamañanas. No distinguiría a un espíritu ni aunque bailase claqué en sus narices.

—Por desgracia, había bastante gente que sí confiaba en ella —dijo Nathan—. Cuando la detuvieron había estafado más de tres mil libras a sus clientes.

—De nada por los servicios prestados a la ciudadanía. —Thorne cruzó los pies con indolencia—. Scotland Yard puede darme una medallita cuando quiera.

A juzgar por cómo lo miraba Nathan, era otra cosa lo que quería darle.

—No entiendo nada —dijo Ada—. ¿Qué ha tenido que ver este imbécil con el arresto de Danvers? ¿Trabajaba de detective privado, de soplón, de…?

—Trabajaba calentándole la cama. Se convirtió en su amante para espiarla.

La joven abrió la boca, pero no pudo preguntar nada más.

—Y era un trabajo a tiempo completo —aseguró Thorne haciendo bailar un pie en el aire—. Digamos que Danvers tenía muchas… exigencias.

Ada abrió la boca de nuevo, pero volvió a cerrarla. Se había ruborizado.

—Supongo que tampoco fue nada personal. Solo otro encargo.

—Eso, como bien sabes, no me impide tomármelos en serio. Por eso tú y yo somos tan buenos en lo nuestro, arañita, porque mentimos de maravilla.

—Y por eso están tan contentos con usted en su club.

Antes de que Thorne pudiera reaccionar, Nathan se apoderó de su bastón. Le dio vueltas durante unos segundos antes de reparar en la pequeña placa.

—Lo sabía. —Se giró hacia Ada—. La Orden de Cassandra.

—¿Qué? —Ella se acercó—. ¿Qué demonios es eso?

—Una organización que, desde hace unos años, ha prosperado en las sombras del submundo espiritista. Sus miembros estudian lo paranormal, como la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, pero con métodos mucho más agresivos.

El pie de Thorne había dejado de mecerse en el aire.

—De hecho, surgió como una escisión de la propia sociedad —continuó Nathan mientras Ada agarraba el bastón—. Su fundador no estaba de acuerdo con la filosofía del señor Lloyd, creía que no bastaba con estudiar a las médiums, había que denunciar públicamente sus estratagemas y, por supuesto, hacerles pagar por ellas.

—Sabe mucho acerca de nuestros principios —comentó Thorne tras una breve vacilación—. Demasiado para el secretismo con el que operamos.

—Tal vez porque en Scotland Yard hacemos algo más que dar medallitas.

Ada había apoyado el pulgar en la placa, resiguiendo el relieve grabado en ella, y el relámpago que iluminó la biblioteca reveló una arruga entre sus cejas.

—No es la primera vez que me cruzo con la Orden —comentó el capitán—. Fueron los responsables de que, hace trece años, detuvieran a Louise Dashwood. Por su culpa pasó dos meses encerrada en un asilo de Hammersmith.

—Pero Louise asegura que fue la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. —Ada apartó la mirada de la placa—. Se lo contó a Lloyd antes de ayer, cuando… Espera. —Frunció el ceño—. «No es la primera vez que nos acusan de algo así».

—Impresionante —dijo Thorne—. Deberías estar también en Scotland Yard.

—Después de sacarla del asilo, empecé a mover hilos —dijo Nathan—. No pude descubrir al responsable de su detención, pero sí la conexión con la Orden.

—Aún más impresionante. —Thorne soltó un silbido—. Qué pena que todo se quedara ahí, capitán. Hemos aprendido a ser escurridizos como serpientes.

El recelo de Nathan parecía crecer con cada palabra.

—No sé qué clase de misión sacrosanta creen que están realizando, Thorne, pero que hayan acertado desenmascarando a Danvers, o a un centenar de médiums falsas, no les da carta blanca para cometer sus propios delitos.

—¿De veras? —dijo el joven—. ¿Y qué se supone que he hecho?

—Según la señorita Chapman, entró en su propiedad sin su consentimiento. Eso, aunque no implicase espiarla, es allanamiento de morada…

—Un crimen imperdonable. Casi tanto como un secuestro.

Thorne sonrió a Ada mientras deslizaba un dedo por el reposabrazos.

—¿Le has contado a tu caballero protector que ese allanamiento tuvo lugar hace dos días? ¿Que he estado de lo más entretenido desde entonces?

—Eso no viene a cuento. Nathan está aquí porque…

—… se ha enterado de que un pobre ciudadano había sido encerrado en tu desván. Sería espantoso que trascendiera cómo me has tenido maniatado desde entonces. Un varapalo terrible para tu reputación, pero aún más para tu academia. Probablemente, también aparecería en los periódicos sensacionalistas. —Thorne sonrió de nuevo—. Suerte que tu maestra está muerta, le habría dado un infarto del disgusto…

—Vuelva a hablar así de Annabel Lovelace y le arrancaré la maldita cabeza.

El capitán no se le había acercado, ni siquiera se había movido, pero Thorne se sintió como si lo hubiera estampado contra la pared. Tras unos segundos de silencio, Nathan respiró hondo y se volvió hacia Ada.

—Lo que esta rata de cloaca acaba de decir, ¿es verdad?

—Serpiente —corrigió su amiga— y, eh…, en cierto modo, sí lo es.

—¿Cómo que en cierto modo? ¿Lo has tenido encerrado en la mansión?

—Bueno, ni que hubiera estado en un calabozo medieval. Ya sabes cómo hacía las cosas Rosenfield, su desván es más lujoso que un hotel de cinco estrellas…

Pero el ceño cada vez más sombrío de Nathan la hizo claudicar.

—Fueron mis alumnas, Florence, Jia y Aurora. Descubrieron que se había colado un intruso y, antes de que pudiera hacer nada, lo

dejaron inconsciente.

—Con una gárgola —corroboró Thorne—. Una maldita gárgola.

—Ada —Nathan se frotó los ojos—, conozco a esas muchachas y, sí, son menores de edad, lo cual convertiría lo que han hecho en una chiquillada…, de no ser porque se encuentran a tu cargo. —La miró de nuevo—. Odio darle la razón, pero en esto sí la tiene: si han cometido un secuestro, la responsable legal eres tú.

—No se preocupe, podemos dejarlo estar. Hoy me siento magnánimo.

Thorne, con un suspiro melodramático, se incorporó.

—Sinceramente, lo último que me apetece es acompañarle a Scotland Yard para cumplimentar una denuncia. Hagamos mejor como si nada hubiera ocurrido: yo no he pisado esta casa de los horrores, esas mocosas no me han atacado, no hemos tenido esta conversación —se acercó a Ada—, y aquí paz y después gloria.

—La gloria será no volver a verte el pelo —repuso ella. De mala gana, le devolvió el bastón, pero él no se movió—. ¿Qué pasa ahora?

—Mi revólver. Sé que se lo llevaron tus monstruitos.

Hubo un nuevo silencio hasta que Ada, apretando los dientes, sacó el arma de su fajín. La sonrisa de Thorne se oscureció, pero lo que se disponía a añadir se perdió en su garganta cuando sus dedos, al recuperarla, rozaron los de ella.

Fue como si uno de los rayos de fuera los hubiera alcanzado. Cuando Ada levantó la cabeza (¿cómo podía ser tan alto?), vio algo en sus ojos que le hizo arrugar la frente, pero solo durante un instante; la insoportable sonrisa regresó a sus labios y, con un «Chapman» rebosante de ironía, se marchó de la biblioteca.

Hasta que el ruido de su bastón no se desvaneció, no se dio cuenta de que estaba temblando. «Ya está —pensó apretando el

puño—, por fin se ha largado».

—No sé qué os ocurre a las médiums, pero tenéis un gusto espantoso —oyó decir a Nathan. Al ver que seguía callada, preguntó —: ¿Estás bien?

—Ahora no, pero lo estaré. —Ada cogió aire—. Lo odio con toda mi alma.

Un relámpago pintó la biblioteca de púrpura segundos antes de que otro trueno restallara sobre sus cabezas. Ada arrastró su falda hacia una ventana.

—Lo odio precisamente porque… lo he querido. O he creído quererlo, aunque no fuera su yo real. —Apoyó una mano en los cristales recorridos por el agua—. Y eso me convierte en una mala persona, porque ¿cómo se puede pasar de una cosa a otra? ¿De soñar un futuro con alguien a desear no haberlo conocido?

Mientras decía esto, las puertas del vestíbulo se habían abierto y Thorne había salido al jardín. Ada lo observó recorrer el anegado sendero antes de que sus pasos, poco a poco, se ralentizaran hasta detenerse.

Cuando se dio la vuelta, creyó que era para mirarla, pero se equivocaba: sus ojos se habían clavado en algo situado sobre ella.

Con una expresión que, pese a la lluvia y la distancia, la desconcertó.

—Podrás ser muchas cosas, Ada Chapman —dijo Nathan—. Una cotilla como la copa de un pino, una romanticona con la cabeza llena de pájaros…

—Gracias —contestó Ada—. Yo también te quiero una barbaridad.

No eran imaginaciones suyas, la expresión de Thorne había cambiado. Ya no destilaba ironía, sino algo parecido a la incredulidad… y, a la vez, a la inquietud.

—Pero una mala persona no. —Despacio, Thorne reanudó su

marcha, primero de espaldas, casi trastabillando, y después más rápido. «Pero ¿qué le ha pasado?»—. Dudo que pudieras serlo por mucho que te lo propusieras.

—Tienes demasiada fe en mí, Nate. No sabes de qué sería capaz.

—Sé quién te educó. —Ada vio cómo su reflejo, convertido en un caleidoscopio de azules, se encogía de hombros—. Desde que empezó la guerra, he dejado de creer en muchas cosas, pero no en ella. Era la más inteligente de todos nosotros.

Un momento después, la silueta de Thorne se había perdido entre la lluvia y Ada se apartó de la ventana. «No volveré a verlo nunca», pensó con una repentina claridad, pero se convenció de que era mejor así. «Basta de seguir perdiendo el tiempo, tengo mucho de lo que ocuparme. La academia, las chicas, la guerra… Roy…».

Roy. Por culpa de Thorne, casi se había olvidado de él. «Y del gato».

—Nathan, ¿vas a marcharte ahora a Londres?

Desde que Mefistófeles, a quien Heather parecía temer más que a Satanás, volvió de entre los muertos, una idea había empezado a revolotear por su mente. Lloyd había mencionado a Calista Holloway, una pasajera del Titanic que, tras su resurrección a manos de Roy, se había convertido en condesa de Worthington…

—Pensaba comer en el Soho con unos compañeros del cuerpo. —Su amigo echó un vistazo a los oscuros nubarrones—. ¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

—Me harías un favor. ¿Sabes dónde está Worthington Hall?

—Claro, muy cerca de aquí. No se tarda ni un cuarto de hora en coche.

—Pues acércame, si no te importa, antes de regresar a la ciudad. Quiero visitar a la condesa para ver qué tal le va. —«Concretamente, para saber si resucitar le sentó tan bien como a mi gato»—. Y así, de

paso —añadió Ada mientras iba a por su abrigo y su sombrero—, podrás asegurarte de que no cometa más delitos por hoy.

CAPÍTULO XII



Había dejado de relampaguear cuando abandonaron la academia, pero el cielo seguía igual de amoratado y los campos parecían sacados de una acuarela otoñal. Al dejar atrás la verja, Ada no pudo evitar buscar a Thorne con la mirada, pero no había rastro de él; ni siquiera la carretera conservaba sus huellas.

«Puede que viniera en coche —reflexionó mientras se despedía con la mano de Florence, Jia y Aurora, que merodeaban por el jardín —. A estas alturas, estará de camino a Londres… o donde sea que viva. En realidad, no sé nada de él».

—Un bufete de Manchester —murmuró Nathan.

Ada apartó la vista de la nebulosa de rojos, naranjas y dorados.

—Estaba pensando en lo que me contaste en Scotland Yard —continuó él—, lo que ese cretino te dijo que hacía con su vida. ¿Cómo pudiste creértelo?

—Bueno, tiene más cara de actor de Hollywood que de abogado, pero…

—Me refiero a que estaba viajando en primera clase. Codeándose con toda esa gente empingorotada sin ser un aristócrata, un

magnate ni un político.

—No hacía falta serlo, bastaba con que pudieras comprarte un billete.

—Y tú, como la espiritista mejor pagada de Londres, no tuviste problemas —mientras hablaban, habían desembocado en la carretera principal—, pero un chupatintas de veintipocos años al que acabarían de contratar en un despacho…

—Supongo que acerté metiéndome a médium en lugar de a detective. —«A la señorita Lovelace no la habría engañado, estaba tan chiflada con Sherlock Holmes que se habría olido el pastel»—. ¿Qué opinas sobre lo que hace, Nathan?

—¿Ir saltando de un colchón a otro como un hombre sin principios?

—No, tender esas trampas a médiums… Médiums falsas.

Aún sentía el calor de su mano en la de ella, el roce de sus dedos al recuperar el revólver. Solo había sido un segundo, pero…

—Desde que comenzó la guerra, la ciudad se ha llenado de estafadoras. No solo Gwendolyn Danvers, también Ermintrude Lynch, Edna Wilson Clarke…

—No hace falta que me lo recuerdes. —Nathan giró el volante para esquivar a un coche procedente de Londres—. Ya sé que lo que hacéis en tu academia es real, pero supone un porcentaje minúsculo dentro del gremio. El daño económico, emocional y moral que están causando esas sinvergüenzas es devastador.

—Entonces lo que la Orden de Cassandra hace está bien. —Ada se sentía más confusa a cada minuto—. Sería lo mismo que haces tú, detener a criminales.

—Si te refieres a Scotland Yard…, en cierto modo, sí.

—Pero los métodos de Thorne son espantosos.

—Deshonestos —precisó Nathan—, que es aún peor.

—Entonces ¿algo puede ser correcto e incorrecto a la vez?

—Solo tienes que pensar en la guerra, Ada. Nos hemos pasado la vida oyendo que todas esas cosas…, mentir, torturar, incluso matar…, son pecados horribles, pero, de repente, nos animan a cometerlos en nombre del honor, la patria y el rey. Mi trabajo consistía en meter a asesinos entre rejas, pero desde hace dos años…

Su amigo se quedó callado, con los ojos perdidos en la carretera, y Ada fue más consciente que nunca de las cicatrices de su rostro, del moratón de su sien.

—Desde hace dos años, he matado a más personas de las que puedes imaginar —continuó en voz más baja—, alemanes cuyo único delito consistía en empuñar un rifle frente a mí en la tierra de nadie. Si hablamos de arrebatar vidas inocentes, no soy mejor que los criminales a los que había jurado perseguir.

—No digas eso —susurró ella—. Eres el mejor hombre que conozco.

—Entonces tú misma te respondes: el fin justifica los medios por deshonestos que sean. —Nathan señaló hacia delante con el mentón —. Es por ahí.

Aquella confesión había oprimido tanto el pecho de Ada que se alegró de estar llegando a Worthington Hall. Unos pilares de mármol, rematados por sendos leones cubiertos de hiedra, daban acceso a un sendero flanqueado de olmos.

—Me imagino que lo de venir aquí estará relacionado con la visita de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. —Los árboles, tan altos que parecían apuntalar el cielo, cercaban el camino como una empalizada rojo sangre—. ¿Piensas contarme de una vez qué era eso tan importante de lo que quería hablarte Lloyd?

—Por supuesto que no. Me encanta el aura glamurosa del misterio.

—Lo que te encanta es traernos a todos de cabeza preguntándonos cuál será la siguiente majadería que hagas. Por si lo has olvidado, antes de que Annabel…

De nuevo, Nathan se quedó callado, aunque por motivos distintos. Daba igual que hubieran pasado trece años, la herida seguía tan reciente como las de su rostro.

—Antes de que Annabel muriera, me pidió que cuidase de ti —prosiguió—. Me advirtió que no sería sencillo, que habría momentos en los que me entrarían ganas de estrangularte, pero le prometí que lo haría…

—¿Estrangularme? —dijo ella en tono de inocencia.

—Por una vez, Ada, deja de tomártelo todo en broma y escúchame. Si estás metida en problemas, necesito que me lo cuentes ahora. Pasado mañana regresaré a Francia y ya sabes cómo va eso, entre la censura, las cartas perdidas…

—Mejor concéntrate en mantenerte con vida. Me niego a tener a tu fantasma sermoneándome sin parar; con el de Edith es más que suficiente.

«Se habría quedado boquiabierta con esto», pensó mientras desembocaban en una amplia explanada. La mansión de los condes de Worthington, con sus mármoles deslumbrantes, su elegante frontón y sus columnas, parecía pertenecer a uno de esos terratenientes de novela que reciben una renta de diez mil libras al año y, como todo el mundo da por hecho, está desesperado por encontrar esposa.

Después de rodear una fuente erizada por la lluvia, Nathan aparcó delante de la escalinata y, tras apagar el motor, descendió para abrirle la puerta.

—¿Quieres que espere aquí para llevarte de vuelta?

—No hace falta. —Ada se agarró a su mano para bajar—. La conversación con la condesa promete ser complicada. No sé ni cómo

empezar.

«Tiene usted un aspecto espléndido para haber muerto, querida».

—Creo que volveré andando pese a la lluvia. Me sentará bien caminar. —Mientras el mayordomo de los Worthington salía a recibirla, Ada se decidió a preguntar algo en lo que no hacía más que pensar—. ¿Cómo es, Nate?

Qué vacía estaba su mirada en esos momentos, plagada de agujeros imposibles de rellenar. Más profundos que los de las bombas alemanas.

—La guerra —dijo Ada—. Las trincheras. ¿Cómo…?

—Solo necesitas saber que Annabel tenía razón, el Infierno existe. —Su amigo guardó silencio unos segundos—. Pero está en la Tierra.

Y, tras despedirse con un beso en la mejilla y un «cuídate», regresó al coche y Ada se quedó mirando cómo se alejaba por el sendero de los olmos.

—¿Puedo ayudarla, señorita…?

El mayordomo se había detenido en la escalinata.

—Chapman. —Ada subió hacia él—. Soy una conocida de la señorita Hollo…, de la condesa. —Sacó una tarjeta del bolso—. He venido a visitarla.

—Entiendo —dijo el mayordomo con las cejas enarcadas.

Al fijarse en la tarjeta, Ada vio que había algo garabateado bajo la dirección de la academia, un esqueleto comiéndose un pastel de Fortnum & Mason.

—Disculpe. —«Voy a matar a Aurora», pensó mientras sacaba una segunda tarjeta—. Si pudiera avisar a su señoría de que estoy aquí…

—Sígame, por favor —suspiró el mayordomo, y Ada, agradeciendo ponerse a cubierto, subió tras él hasta el vestíbulo de la mansión.

Un círculo de bustos romanos, cada uno en una hornacina, la observó deshacerse del abrigo y el paraguas mientras sus ojos se

perdían en las alturas. La bóveda estaba decorada con una pintura tan realista (el Parnaso, dedujo al reconocer a Apolo y las musas) que costaba distinguir esas nubes de las del exterior.

—Seguro que no es tan catastrófico. —Unas voces masculinas le hicieron bajar la mirada—. En cuanto se pongan al día, se les ocurrirá…

El conde de Worthington descendía por la escalera con dos caballeros, pero se detuvo al reparar en Ada, de pie en medio del vestíbulo.

—Disculpen la intromisión —saludó con su mejor sonrisa.

—La señorita Chapman, señoría —dijo el mayordomo.

—Sé quién es. —Los acompañantes del conde se quedaron atrás mientras se acercaba a saludarla—. Cualquiera que haya abierto un periódico lo sabe.

Había más canas en su pelo que la última vez que lo vio, aunque era de esperar: debía de sacarle sus buenos treinta años a su mujer.

—Gracias por el cumplido —dijo Ada mientras le besaba la mano —. La prensa se ha mostrado muy generosa con mi, eh…, iniciativa académica.

«Hasta que sepan que me he negado a convertir la casa en un hospital».

—Me alegra que le haya dado una segunda vida a la mansión. Lord Rosenfield era un buen amigo mío. —«Lord Rosenfield era amigo de media Inglaterra», pensó Ada—. Cuando no estaba en su propiedad de Sussex, solía venir muchas tardes a tomar el té con mi familia. Mi hermana Imelda estaba loca por él.

«Y amante de la otra media antes de que lo metieran en cintura».

—¿Ha venido caminando, señorita Chapman? —preguntó el conde.

—No, en coche. Me ha traído un amigo. Solo estoy de paso…

Cuando Ada miró a los otros hombres, descubrió que los conocía,

eran el señor Kipps, uno de los abogados más reputados del Temple, y su secretario. Kipps se había encargado de la transmisión patrimonial de la mansión Rosenfield tras la muerte de la señorita Lovelace, así que tenía sentido que los Worthington fueran clientes suyos.

«Este sí que habría viajado en primera clase en el Titanic —comprendió con un aguijonazo de dolor—. No, no se te ocurra pensar en él. No se lo merece».

—¿Y a qué debo el placer de su visita? Siento no poder recibirla mejor, pero esta mañana —ahora fue el conde quien los miró— estoy bastante ocupado.

—No se preocupe. —Ada trató de apartar el recuerdo de las manos, los ojos y los labios de Thorne—. He venido a ver a su esposa.

La sonrisa del conde tembló como si hubiera soplado una vela.

—Me temo que no será posible, señorita Chapman.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Ada—. ¿Está indispuesta?

—No, ella… Calista no está. Se ha marchado esta mañana.

Los abogados habían dejado de hablar en voz baja.

—Si ha salido a hacer una visita, puedo regresar más tarde —titubeó Ada—. Con lo cerca que están nuestras casas…

—En realidad, pensaba pasar unos días fuera. Con unos parientes.

Eso no tenía sentido. Toda la familia de la condesa era estadounidense; la mitad vivía en Nueva York y la otra mitad, estaba segura de ello, en Chicago.

—Pero… —Frunció el ceño—. Juraría que, en el Titanic, me dijo…

—Lamento que haya venido para nada. —El conde apoyó una mano en su espalda para conducirla, galantemente pero con firmeza, hacia la puerta—. Aún sigue lloviendo, así que mi cochero se encargará de llevarla. Wilson, ¿podría…?

—Por supuesto, señoría —respondió el mayordomo.

—No se preocupen… He traído un paraguas. —Después de que Wilson se lo devolviera junto con el abrigo, Ada señaló la tarjeta que le había dado—. Mi teléfono aparece ahí. ¿Le importaría pedirle a su esposa que me llamara?

—Claro, claro… Qué artilugios inventan hoy en día, ¿verdad?

Cuando Wilson volvió a abrir la puerta, Ada descubrió que llovía aún más: parte de la explanada se había convertido en una pequeña laguna. «Este hombre oculta algo —pensó abriendo el paraguas—. Ningún caballero que se precie me echaría así».

—Bueno, pues…, me alegro de haberle visto, milord. ¿Seguro que Calista…?

—Sí, no se inquiete por ella. Un placer, señorita Chapman.

Un momento después, la puerta se había cerrado y Ada se quedó mirando, bajo la cúpula verde de su paraguas, los adornos sobredorados de las hojas.

«La señorita Lovelace decía que, la mayoría de las veces, la explicación más sencilla es la más probable». Despacio, dio la espalda a la puerta y empezó a bajar la escalinata agarrándose la falda. «El matrimonio de los Worthington pende de un hilo, por eso el conde ha reaccionado así. Están planeando el divorcio, un asunto escandalosísimo, y ha hecho venir a su abogado para ocuparse de todo. La otra explicación… —se volvió para contemplar la fachada por última vez— es que la haya despedazado y repartido sus extremidades por Worthington Hall».

Pero ni siquiera reírse de sí misma consiguió tranquilizarla. Sacudiendo la cabeza, se subió el cuello del abrigo y estaba rodeando la fuente, inundada de hojas secas a punto de naufragar, cuando percibió algo que la hizo detenerse.

En el interior de la mansión, por encima de la bóveda pintada,

había algo que palpitaba en silencio. Una resonancia que reconocería en cualquier parte.

«Un espíritu». El paraguas casi se le escurrió, pero no distinguió nada en la columnata de arriba, a la que se accedía desde un soberbio salón, ni en las pequeñas ventanas situadas en el ático. Y sin embargo…, sin embargo…

De repente, la posibilidad de que Worthington hubiera troceado a su esposa no parecía sacada de un relato de Poe. «Eres una boba», se regañó Ada mientras, solo por si acaso, se dirigía hacia el ala este de la propiedad, en la que había creído captar aquella inconfundible vibración. «Deben de haber muerto cientos de personas en esta casa, así que lo raro sería que no hubiera fantasmas. No tiene por qué ser el de…».

Una vez más, algo (no, alguien) la llamó desde dentro. Se arremangó más la ropa, saltando por encima de unos charcos, y se arrimó a la cornisa para recorrer el enfangado perímetro de la mansión. Y estaba pensando en qué explicación dar a los criados, si es que se topaba con alguno, cuando algo la hizo pararse de nuevo.

Había una glorieta a mano derecha, un pequeño círculo rodeado de árboles, y de uno de ellos colgaba un columpio. Una mujer se balanceaba en él, agarrada a las cuerdas, y Ada parpadeó al reparar en su aspecto: llevaba un camisón sucio, el pelo le caía en guedejas desordenadas y sus ojos, casi invisibles bajo la melena…

Esos ojos eran los de la condesa de Worthington.

Nueva York olía al magnesio de los fogonazos de las cámaras de un ejército de reporteros que, a duras penas contenido por las fuerzas del orden, había acudido hasta el muelle de la White Star Line para recibirlos.

Si al Titanic lo habían bautizado como el Buque de los Sueños, el Carpathia pasó a ser el Buque de las Viudas, lo cual le venía como anillo al dedo: mientras descendían por la pasarela, con las campanas de una iglesia cercana tocando a muerto, Ada se sintió como la plañidera de un cortejo fúnebre. La niebla era tan densa que convertía las luces de los rascacielos en nebulosas, pero se las apañó para encontrar el mostrador y, tras registrarse con su nombre y apellido, se dirigió en un taxi a un hotel de Manhattan en el que durmió durante catorce horas seguidas.

Evidentemente, el congreso sobre espiritismo pasó a ser la menor de sus preocupaciones. Después de prestar declaración ante la Comisión Investigadora del Naufragio, envió un segundo telegrama a Heather (el primero, remitido desde el Carpathia, había sido un escueto «Sigo viva, A.») y compró un billete para el SS Lapland, el barco en el que regresarían los supervivientes ingleses.

La partida tendría lugar a las diez de la mañana del 22 de abril. Sintiéndose más cansada de lo que había estado nunca, abandonó el hotel con una maleta recién comprada y se disponía a dar el alto a otro taxi cuando cayó en algo importante: ese día tendría lugar el servicio religioso en memoria de Edith. «No se hundirá el mundo por apurar un poco —se dijo mientras pedía al conductor que la llevara a Grace Church, en la Décima Avenida—. Prefiero pasar mis últimas horas en Estados Unidos despidiéndome de una amiga antes que matando el rato en el muelle».

Cuando empujó la puerta de la iglesia, un azote de olor la hizo sentirse como si

hubiese acabado de entrar en un inmenso invernadero. El interior estaba repleto de flores: el blanco de los lirios, de los crisantemos y de los gladiolos contrastando con el derroche de colores, incluso en una mañana tan gris y nublada como aquella, de los rosetones neogóticos. Los bancos se encontraban a rebosar de familiares y amigos de Edith, de modo que Ada prefirió quedarse de pie, agarrada con las dos manos a su maleta, cerca de la entrada.

El pastor se las había ingeniado para extraer una enseñanza moral de todo lo ocurrido (algo acerca de la soberbia del hombre, el materialismo de los tiempos modernos, el desafío a las leyes de Dios y la naturaleza) y, cuando terminó con su sermón, Caroline Brown tomó la palabra.

—Por muchos años que pasen y muchas pruebas a las que deba enfrentarme, nunca olvidaré cómo Edith, cediéndome su sitio en ese bote, también me cedió su vida. —Miró a la congregación con ojos llorosos—. Fue un sacrificio heroico y, mientras siga respirando, la recordaré como mi protectora, la que prefirió morir a cambio de que yo… —Se le quebró la voz—. De que yo viviera.

Charlotte Appleton y Malvina Cornell, que sollozaban en primera fila, la acompañaron después a una de las naves laterales, donde descubrieron una placa conmemorativa en honor a Edith. Demasiado abatida para hablar con ellas, Ada aguardó entre las sombras a que todos se hubieran marchado, murmurando los «no somos nadie» de rigor, para presentar sus respetos.

El epitafio se encontraba a los pies de una bonita vidriera con la escalera de Jacob. Puede que su amiga no estuviera descansando allí, pero a Ada le pareció que su esencia impregnaba el lugar y se hallaba condensada en esas líneas.

En agradecimiento a Dios por la memoria de

Edith Corse Evans

quien, en la flor de la vida,
dio la suya por los demás a bordo del Titanic

el 15 de abril de 1912,

CONFIANDO EN AQUEL QUE HA HECHO DE LAS PROFUNDIDADES DEL MAR UN CAMINO PARA LOS NÁUFRAGOS.

El amor es tan fuerte como la muerte.

Ada releyó la última frase una segunda, una tercera y una cuarta vez antes de volver a observar la vidriera. Mientras Jacob dormía en el suelo, una escalera descendía hacia él, perdiéndose en un mar de nubes, y por ella bajaba un grupo de ángeles con ropajes revoloteando. La escena le encogió el pecho aún más que el epitafio, aunque no habría sabido decir por qué…

—Me imagino que te recordará al Carpathia.

Cuando se volvió, le costó ahogar un grito: Edith contemplaba la vidriera con tanta tranquilidad como si estuvieran en una galería de arte.

—Una escalera procedente del cielo… Es una metáfora curiosa.

—Edith… —susurró Ada—. Edith, ¿has estado aquí todo el tiempo?

—Llegué hace poco, pero no me perdí nada importante. Grace Church continúa tan preciosa como siempre. Era mi parroquia cuando estaba viva. —Las plumas de su sombrero ondearon al mirarla—. Hola de nuevo, Ada Chapman. Te he echado de menos, con tu caos y todo.

A Ada se le saltaron tanto las lágrimas que se alegró de que no hubiera nadie cerca. Edith presentaba el mismo aspecto que la última vez que la vio, cuando trató de convencerla de que no se marchara detrás de Arlington, salvo por el tono levemente azulado de sus labios.

—Siento mucho, muchísimo, que hayas muerto… No sabes cuánto.

—Ah, bueno, hay maneras más prosaicas de marcharse —dijo Edith, pero después añadió—: Gracias por venir, pero no tenías por qué. He oído que el Lapland zarpa en una hora.

—Sí, pero eso ya no importa. Ningún barco volverá a quitarme el sueño.

Cuando una nube pasó por delante del sol, la nave se sumió en una

momentánea penumbra en la que su ectoplasma, salpicado de una escarcha diminuta, resplandeció aún más.

—Mi maestra conoció a su espíritu protector en su propio entierro.

Ahora que estaban a solas, su voz arrancaba un eco de ultratumba a la iglesia.

—Le aseguró que es una ocasión perfecta para averiguar qué opinan los demás de ti —siguió diciendo Ada—. Que la gente nunca habla tan bien de uno como cuando acaba de fallecer.

—En eso no le faltaba razón. Caroline casi ha hecho que me sonroje.

—«Mi protectora, la que prefirió morir a cambio de que yo viviera…». Nada de lo que ha dicho era mentira. Has sido una heroína, Edith, la clase de persona que necesita este mundo. Para mí sería un honor seguir contando contigo…, al menos, hasta que cruces al Otro Lado.

Los cristales de hielo de Edith centellearon cuando parpadeó.

—¿Quieres que sea tu guía? ¿Como Rosenfield con la señorita Lovelace?

—Fuiste una buena persona, igual que él, e intentaste cuidar de los demás, aunque te costase la vida. No creo que exista nada capaz de definir mejor a un espíritu protector.

—Me harás la muerte imposible con tus arrebatos —declaró Edith—. Me pasaré la eternidad diciéndote «Ada, esto» y «Ada, lo otro», recordándote compromisos pendientes, repitiéndote lo que debes hacer… ¿Seguro que lo que necesitas no es una secretaria?

—Ya te he dicho que no será una eternidad. Solo hasta que encuentres la paz.

—Una temporada en Inglaterra sí será una eternidad, sois unos estirados incluso estando vivos.

Pero la media sonrisa que bailaba en los labios de Edith (sí, ahora eran azules, casi tanto como la vidriera) fue suficiente respuesta. Por primera vez desde el naufragio, Ada también sonrió, aunque no pudo añadir nada más: la temperatura, de repente, descendió en picado.

Cuando se dieron la vuelta, vieron que Grace Church se había llenado de espíritus, tantos que parecía invadida por la niebla. Una congregación de

fantasmas, temblorosos como espejismos y tan traslúcidos como Edith, acababa de aparecer a sus espaldas. Debían de ser doscientos, pensó Ada con la boca abierta, puede que incluso más, pero lo más curioso era que… los conocía.

El capitán Smith, que había muerto aferrado al timón, con su gorra de la White Star Line, su chaqueta con galones y sus condecoraciones. Los ocho miembros de la orquesta que había seguido tocando *Más cerca, oh, Dios, de ti* hasta el último minuto. Kate, la doncella que le llevaba el té cada tarde. Jonathan Shepherd, que la había ayudado a escapar estando muerto.

Todos empapados de agua, todos cubiertos de hielo. Y todos mirándola en silencio.

—Parece que tenemos trabajo por delante. —Ada estaba tan confundida que apenas oyó a Edith—. No soy el único espíritu que te necesita para marcharse a casa.

—Entonces es una suerte que, hasta que eso suceda, pueda prestaros la mía.

Y, dando la espalda a la vidriera, Ada agarró su maleta y se encaminó hacia el puerto con su tripulación espectral, tan unida a ella desde aquel día como su propia sombra.

CAPÍTULO XIII



—Fíjate, Moira, Halloween se ha adelantado más de un mes.

Agarradas a los barrotes de la verja, Florence, Jia y Aurora habían observado cómo Thorne abandonaba la academia (según Florence, mirando hacia atrás porque no soportaba la idea de separarse de la señorita Chapman; según Aurora, porque el golpe en la cabeza lo había dejado medio tonto) y cómo, media hora después, la señorita Chapman también se marchaba en el coche del capitán Willoughby. Mientras debatían sobre si hacía mejor pareja con uno o con otro, había llegado Edith con Roy y les había pedido que le echaran un ojo mientras se reunía con la profesora Dashwood.

Llovía un poco menos, pero hacía un frío que pelaba y el jardín casi había desaparecido bajo una alfombra rojiza. La hojarasca crujía tanto que las alertó de la presencia de Lucy Trevellian antes de que se acercara.

—Tenemos a las brujas, el niño siniestro y el gato negro. —Señaló a Mefistófeles, acurrucado contra el pecho de Roy—. Solo faltan las calabazas.

—Parece que también vamos sobradas de arpías —repuso Jia.

—¿Es verdad lo que cuentan? —Moira, la mejor amiga de Lucy, se aferró a su brazo—. ¿Ese saco de pulgas estaba muerto antes de que…?

—Tú también lo viste, Moira —murmuró Florence—. Salías delante de nosotras del comedor cuando Heather lo encontró detrás del bargueño.

—Empezaba a tener moscas —añadió Aurora— y olía a… gato muerto.

—Pues ahora está como una rosa. Nadie diría que le pasó nada.

«De hecho, tiene más energía que nunca», pensó Florence, pero no se atrevió a comentarlo. Siempre que estaba delante de Lucy y Moira se le trababa la lengua.

—Sigo sin creer ni una palabra —bufó Lucy—, pero tiene sentido que vosotras sí. La magia oscura, la nigromancia… Todo eso os encanta, ¿verdad?

—Esta noche celebramos un aquelarre en nuestro cuarto —asintió Jia con una sonrisa de oreja a oreja—. Será a las once y cada una tiene que traer su propio caldero. ¿Para eso has venido, Lucy? ¿Para que te invitemos?

Mefistófeles se escurrió de los brazos de Roy y correteó hasta el cementerio, donde desapareció entre unos ángeles hechos un mar de lágrimas.

—Solo estamos paseando. —Lucy también sonrió—. No hay nada malo en eso.

—Y una mierda. —«¡Jia!», se escandalizó Florence—. Lo único que quieres es fastidiarnos. Es tu pasatiempo preferido.

—Te crees demasiado importante, Zhang. ¿Por qué iba yo…?

—Porque estás muerta de celos —dijo Aurora.

Lucy se quedó sin habla, pero enseguida rompió a reír.

—¿Celosa? ¿Yo? —Miró divertida a Moira—. ¿De vosotras?

—De nosotras, no —respondió Aurora—, de nuestra relación con la directora. No soportas no ser su protegida, solo una alumna más de la academia…

Para entonces, Florence estaba acostumbrada a la naturalidad con la que Aurora hacía esa clase de comentarios, pero Lucy abrió unos ojos como platos.

—… pero no te caemos lo bastante bien como para pegarte a nosotras. Es lo que haces siempre, arrimarte a aquellos de quienes esperas sacar algo. A esa —Aurora señaló a Moira— solo la quieres por ser hija de un lord.

—Cierra la boca, Blackwood —espetó Lucy mientras su amiga se ponía del color de la grana—. No pienso permitir que una marginada me hable así, y eso es lo que sois las tres: unas perdedoras, los bichos raros de la escuela. Ya lo erais antes de venir, lo seguís siendo ahora y, cuando la señorita Chapman se canse de aguantaros…

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —declaró Jia.

Dio un paso hacia Lucy y esta retrocedió chocando con Moira.

—Yo sí que me he cansado. Si tan superior te crees a nosotras, salgamos —Jia señaló la verja— y acabemos con esto.

Esta vez, tanto Lucy como Moira se quedaron boquiabiertas.

—¿Lo dices… en serio? —preguntó la primera.

—Zhang, no podéis pegaros —se alarmó la segunda—. Es una de las normas de la academia, están prohibidas las peleas entre estudiantes.

—No incumpliremos ninguna si salimos de la propiedad.

Moira miró a su amiga, que seguía callada. Jia sonrió.

—Lo suponía. Lucy Gallina Trevellian está por encima de esas cosas. No vaya a ser que se le ensucie su pelo rubio fresa y su cutis de señoritinga…

—Basta ya —replicó Lucy—. Te vas a enterar, Zhang.

Jia sonrió aún más al ver cómo se encaminaba hacia la verja.

—Jia, no. —Florence la agarró cuando se disponía a seguirla—. La señorita Chapman te reñirá.

—La señorita Chapman me dará las gracias cuando no haya nadie delante.

—Pero Moira tiene razón, esto no se puede hacer. Si te expulsan…

—¿No has oído lo que he dicho? Vamos a estar al otro lado de la verja. Da igual que solo sean unos metros, ya no pasará en la academia. —Jia sacudió la cabeza—. Necesito partirle la cara. Primero con una mano y después con la otra.

—Aurora, ayúdame —le pidió Florence a su amiga.

—Ni hablar —respondió Aurora—. No me vendría mal otra calavera.

Las huellas del coche del capitán Willoughby seguían en el barro, tan espeso que se hundieron hasta los tobillos en él. No había nadie conocido cerca, solo un repartidor que pasaba en su bicicleta y otro coche aparcado a unos metros de la entrada.

«Ay, Dios —pensó Florence cuando Lucy y Jia se detuvieron. Parecían unas pistoleras del Oeste a punto de batirse—. Lo van a hacer de verdad».

—¿Últimas palabras? —preguntó Jia.

—Solo que vas a lamentarlo. —Lucy cerró los puños—. Mi abuelo era amigo del marqués de Queensberry y me enseñó a boxear cuando era una cría.

—No quiero saber nada más. —Moira se alejó hacia la mansión arremangándose el vestido—. Estás siendo una tonta, Lucy, por dejarte provocar así.

—Eso debe de ser lo más inteligente que Moira haya dicho en su…

Antes de que Jia pudiera acabar, Lucy se precipitó sobre ella.

—Ah —comentó tras esquivar su puñetazo—, así que este es el

modo en que peleáis los finolis. —Dio un paso atrás—. Es decir, haciendo el ridículo.

—¡Cuando te borre esa sonrisa de la cara, ya veremos…!

Con el impulso del siguiente golpe, Lucy casi perdió el equilibrio.

—De verdad que no entiendo por qué escogiste el espiritismo —se burló Jia sin dejar de sortear sus puñetazos—. Te iría mejor en los rings de Whitechapel.

—Parad, por favor —suplicó Florence—. ¡Esto está mal!

—Pero si por fin lo estamos pasando en grande. ¿A que sí, Lucy?

«No está moviendo ni un dedo contra ella —comprendió Florence, sorprendida, cuando Lucy estuvo a punto de resbalar. Roy también las observaba con la cara tensa—. Lo único que Jia pretende es dejarla en evidencia».

—Qué decepción —comentó Aurora—. A mí me prometieron sangre.

—Fijaos, chicos, estas señoritas sí que saben divertirse.

Del coche aparcado un poco más allá, tan salpicado de barro que casi costaba distinguir el gris de la carrocería, acababan de bajar tres hombres.

—No es así como imaginaba la famosa Academia Rosenfield —reconoció uno de ellos—. Creía que sus alumnas serían más… espirituales.

—Eso ha tenido gracia —dijo otro—. Pero yo las prefiero peleonas.

Eran rubios y bastante corpulentos; uno parecía de la edad de la directora, pero los demás no debían de superar la veintena. Cuando pasaron por delante de Florence, esta echó un vistazo al coche y, a través de los cristales, percibió otra silueta.

—No sé quiénes son, pero ya están tardando en marcharse —contestó Lucy alzando la barbilla—. Esto es una propiedad privada. No tienen derecho a…

—Creo que te equivocas, rubita. Eso —el tipo de mayor edad señaló la silueta de la mansión— es una propiedad privada.

—Esto es una carretera —dijo otro— y de aquí no nos pueden echar.

El cerebro de Florence casi se puso a pitar de la tensión.

—Nosotras lo haremos de una patada. —El instinto de supervivencia de Jia la hizo apartarse cuando uno de los hombres avanzó hacia ellas. Roy se arrimó más al vestido de Florence—. Así sabrán cómo nos las gastamos las chicas.

—Déjennos en paz —amenazó Lucy— o se lo diremos a los profesores.

—¿De veras? —El tercer hombre las había rodeado para bloquear, como por casualidad, la puerta de la verja—. ¿A todas las que están aquí?

Al volver a mirar el coche, Florence descubrió que la silueta que acababa de ver no estaba en el interior…, sino en el cristal. El estómago se le encogió al darse cuenta de que era la misma cara del cementerio y el desván.

La mujer del pelo revuelto, oscuro, y los ojos claros.

—Váyanse. —Lucy asestó un empujón a uno de los hombres—. ¡Váyanse!

—No os lo perdáis, la señorita quiere más sacos de boxeo.

Sus compañeros rompieron a reír. Florence, sin apartar la mirada del cristal, agarró la muñeca de Aurora con una mano y la de Roy con la otra.

—En serio, ¡se les va a caer el pelo! ¡Ustedes no conocen a mi padre, pero…!

La mujer abrió la boca y, cuando habló, solo Florence pudo oírla.

«Corred —susurró—. Corred ahora mismo».

—¡Cuando se entere de cómo me han hablado, los meterá entre

rejas!

—Puede que lo intente, rubita, pero por otro motivo.

Y, antes de que Lucy dijera nada más, el hombre la agarró del cuello.

El ruido que hizo al rompérselo pareció resonar en toda la carretera. A Florence se le escapó un chillido mientras su compañera, tras permanecer de pie unos segundos, se desplomaba como una muñeca sobre el suelo cubierto de barro.

«¡Corred!», volvió a vociferar la mujer del cristal y Florence obedeció. Sin soltar a Aurora ni a Roy, salió disparada mientras los hombres corrían tras ellos.

—La ha matado. —Aurora, por una vez, parecía perpleja—. A Lucy. La ha…

Cuando el niño dio un traspié, Florence lo cogió en brazos.

—¿Quiénes son? —siguió preguntando Aurora. Cada charco era un pequeño pantano en el que se les hundían los pies—. ¿Los habías visto antes?

—Da igual quiénes sean —gritó Jia tras ellas—. ¡Tenemos que largarnos!

Al girar la cabeza, Florence los vio entrar en el coche. «No es para marcharse —comprendió horrorizada—, es para alcanzarnos antes. —Los brazos le dolían por el peso de Roy—. O para meternos dentro y… hacernos desaparecer».

Lucy solo era una mancha verde oscuro en la distancia. Había quedado tendida en el suelo con los nudillos apretados como… los de un boxeador.

—¡Deberías haber corrido en la otra dirección, Florrie!

—¡Estaban en medio de la puerta! ¡No nos habrían dejado entrar!

—Dudo que hubierais conseguido dar un solo paso —añadió alguien.

«Señorita Evans», dijo Aurora al reparar en la presencia de Edith. Estaba flotando junto a Florence con los ojos clavados en la verja de la mansión.

—Quiénes…, ¿quiénes son? —exclamó Florence—. ¡Han aparecido de repente, pero no sabemos —Roy casi se le escurrió— qué quieren de nosotras!

—Nada —respondió Edith—, como tampoco lo querían de Lucy.

Mientras el motor del coche resonaba a sus espaldas, doblaron una amplia curva y el espíritu les ordenó que la siguieran. Había unos matorrales unos metros más allá, donde comenzaban unos campos de cultivo, y se sumergieron entre ellos.

Las ramitas cortaban como cuchillos, pero apenas se dieron cuenta. Mientras Edith aguardaba en la carretera, los cuatro se esforzaron por contener el aliento, oyendo cómo el coche se acercaba más, más, más…, y pasaba de largo.

«Ha funcionado —se dijo Florence—, ha salido bien…». Pero después pensó con un nudo en el estómago: «Lucy acaba de morir. Lo hemos visto».

—No tardarán en atar cabos. —Edith abandonó la carretera para reaparecer junto a ellos—. Tenéis que marcharos antes de que retrocedan.

—Si ha dicho que no querían nada de nosotras… —contestó Jia.

—Es por Roy —dijo Aurora—. Han venido a buscarlo a él.

«Lucy acaba de morir», pensó Florence otra vez, pero seguía sonando absurdo por mucho que se lo repitiese, como «el cielo es de color verde» o «la nieve quema».

—Sí —contestó Edith—, y por eso creo que no deberíais volver.

La sorpresa casi hizo que Florence, Jia y Aurora se olvidaran del coche.

—Sería exponer a vuestras compañeras a un riesgo atroz —dijo

Edith—. Esos tipos han ido a por vosotras solo porque os han encontrado con Roy; debían de estar preparándose para entrar en la academia. Si han acabado con una chica indefensa por interponerse en su camino, sabe Dios lo que estarán dispuestos a hacer.

—Pero… no tenemos a dónde ir. —Florence miró a sus amigas—. Mi casa y la de Aurora están demasiado lejos. La de Jia…

—No —interrumpió esta—. Ni lo sueñes.

—Sí que lo tenéis —contestó Edith—, al menos, hasta que contacte con Ada. Os va a tocar caminar. —Les hizo un gesto para que abandonaran los arbustos—. Pero mejor eso que acabar como la señorita Trevellian.

CAPÍTULO XIV



En la quietud de los jardines de los Worthington, los crujidos de las cuerdas del columpio resultaban extrañamente inquietantes, aunque Ada tardó en entender por qué: sonaban demasiado parecidos a los de la soga de un ahorcado.

—Ah, señorita Hollo…, milady —saludó en voz alta—, estaba aquí.

El columpio se detuvo tan de repente que los pies de la condesa (¿qué hacía descalza en una mañana así?) dibujaron un profundo surco en el fango.

—No sabe cómo me alegro de verla. —Tras cerrar el paraguas, Ada se adentró en la glorieta, cuyos árboles entrelazados servían de escudo contra la lluvia—. Su marido me dijo que no estaba en casa, pero debió de confundirse…

Cuando la joven levantó la cabeza, sintió cómo sus palabras perdían fuelle. La melena que le ensombrecía parte de la cara, salpicada de manchitas de barro, hacía que sus ojos parecieran hundidos dentro de las cuencas.

—Se me ocurrió acercarme a Worthington Hall para hacerle una visita. —Ada se quedó mirando su camisón, también embarrado

hasta las rodillas—. Pero me temo que he aparecido en mal momento. Si lo prefiere, puedo…

—Espere —contestó la condesa—. Creo que la conozco.

En el barco, casi siempre estaba en compañía de la multimillonaria Madeleine Astor y la actriz Dorothy Gibson, tres bellezas dignas de aparecer en la cubierta de una revista. Ahora su aspecto recordaba al que, según Nathan, tenía Louise Dashwood cuando la sacó del asilo tras pasarse meses drogada con bromuro de sodio.

«No puede ser que el conde la esté envenenando… Quizá sufra una enfermedad mental y solo intente protegerla apartándola de la sociedad».

—La médium del Titanic —prosiguió—. Adelaide Chapman.

—Adeline —Ada se esforzó por sonreír—, pero sí, esa soy yo.

—La recuerdo… Iba a un congreso sobre espiritismo en Nueva York.

Había algo extraño en las palabras de la condesa, no solo su tono de voz. Era como si hubiera memorizado todo aquello o lo estuviese leyendo en un libro.

—La verdad es que, con lo que ocurrió, ese congreso dejó de…

—Usted conoció a un chico a bordo. —La condesa parpadeó—. Se enamoraron nada más partir; todos en primera clase hablaban de ello. Hacían buena pareja.

A Ada se le heló la sonrisa como si la hubiera alcanzado un iceberg.

—Él tenía el pelo rubio, casi dorado… ¿También se salvó?

—Sí —dijo Ada con esfuerzo—. Tengo entendido que sí.

—Hacían buena pareja —repitió la joven—. ¿No ha vuelto a saber de él?

—Ojalá pudiera decir que no. Lo que quería preguntarle, milady…

—También me acuerdo de cómo se conocieron. En la Gran

Escalera, antes de la primera cena. —Los dedos de la condesa se deslizaron por las cuerdas del columpio—. Usted llevaba un vestido de pedrería verde.

Había sido una entrada apoteósica: después de dos horas escogiendo la ropa, los adornos y el peinado, deseosa de impresionar a los pares del reino y los magnates estadounidenses, había empezado a bajar la escalera con sus andares más elegantes… solo para tropezar con el borde de su propio vestido.

De no ser por los brazos que acudieron en su rescate, habría rodado por los doce peldaños. «Parece que es mi noche de suerte —comentó Arlington (no, Arlington no, Thorne) mientras la sostenía contra él—, y acabamos de zarpar».

Todo el mundo había aplaudido su caballerosidad. Por supuesto, Ada se había sentado con su salvador durante esa cena… y las cuatro siguientes.

—Su romance fue el tema estrella de la travesía —continuó la condesa—. La señora Astor estaba segura de que se casarían en menos de un año.

—Pues el conde y usted se nos adelantaron. Ahora que hablamos de…

—Y lo del reloj. —No, no era como si lo leyera, comprendió Ada, era como si repitiese las palabras de un apuntador—. Eso fue aún más romántico.

Después de la cena, mientras se despedían en la escalera, habían visto cómo un empleado toqueteaba el reloj con el relieve del Honor y la Gloria coronando al Tiempo. «Es para ajustar la hora con respecto a la de Nueva York —le había explicado Thorne—. Cada noche, a las once, volverán a ser las diez. Será como si ganásemos una hora». «¿Y qué podríamos hacer con ella?», había preguntado Ada con inocencia. «Lo que queramos —había sonreído él—. Será

solo nuestra».

Desde entonces, cada vez que acababan de cenar, se reunían en la escalera a las diez y se despedían, de nuevo, a las diez. Sesenta minutos diarios en los que contaban estrellas, se hacían confidencias, se besaban…

—La orquesta tocó *Sueño de otoño* porque ustedes se lo pidieron —siguió diciendo la condesa—, aunque no hubiese bailes oficiales a bordo.

—Era un buen bailarín —reconoció Ada a media voz—. Demasiado bueno.

Su mano derecha en su cintura, su otra mano agarrando la de ella, acariciándole los dedos entre las mesitas del Café Parisien. «Pasado mañana, a estas horas, estaremos en Nueva York —había susurrado cerca de su cuello, demasiado cerca para la cantidad de ingleses que los miraban—. Solo nos quedan dos noches a bordo…».

Estaba tan perdida en sus recuerdos, cada uno más doloroso que el anterior, que tardó en percatarse de que seguía habiendo un espíritu dentro de la casa. Lo que había captado al salir a los jardines, fuera lo que fuese, continuaba allí.

—¡Ah, milady, por fin! ¡La he buscado por todas…! —El ruido de unos pasos sobre la gravilla, seguido por un «¡oh!», le hizo darse la vuelta. Una doncella acababa de detenerse en la entrada de la glorieta—. Oh… —repitió.

Le bastó una mirada para saber que el conde no era el único que no la quería allí.

—Disculpe —titubeó—. No sabía que la señora tuviera visita.

—Solo he pasado un momento a saludar —contestó Ada—. Iba de camino a Londres y quería asegurarme de que su señoría gozaba de… buena salud.

Su señoría, sin embargo, no parecía reparar en la recién llegada.

Seguía con los ojos clavados en Ada como si pretendiera descifrar un código escrito en su rostro.

—Desearía acabar de hablar con ella. No tardaremos demasiado.

—Me han encargado traerle la medicina. —La doncella alzó la bandeja de plata que sostenía—. Debería habérsela tomado nada más despertarse…

—Hablar con ella a solas —precisó Ada—. Solo cinco minutos, de verdad.

La chica abrió la boca, dispuesta a protestar, pero acabó desistiendo y, con un «volveré enseguida», regresó a la mansión. Ada calculó que tardaría un minuto de los cinco que le había dado en avisar a Worthington. «Más me vale ir al grano».

—En realidad, milady, el asunto del que he venido a hablarle, aunque tenga que ver con el Titanic, no está relacionado conmigo, sino con usted.

—Yo ya declaré ante la Comisión Investigadora del Naufragio —respondió la condesa en el mismo tono monocorde—. Nos obligaron a hacerlo a todos.

—No me refiero al hundimiento, me refiero a lo que sucedió después. A lo que algunas personas —Ada dudó un instante— cuentan que le sucedió.

Los dedos de la condesa dejaron de recorrer las cuerdas del columpio.

—¿Qué es lo que cuentan? —quiso saber.

—Cosas bastante raras sobre usted y otros pasajeros. —Ada dio un paso en su dirección—. La señora Wildingham y el señor Fotheringay, de primera clase, y un niño de tercera al que rescataron del océano… Roy Bowie.

Pudo sentir cómo algo, de nuevo, palpitaba dentro de la mansión.

—¿Qué cuentan? —repitió la condesa.

—Que… lo encontró la tripulación del Mackay-Bennett. Que despertó cuando iban a arrojarlo al agua, que se agachó junto a usted…

Una nueva palpitación, como si la presencia estuviera pidiendo ayuda. «Pero, si la condesa continúa viva, es imposible que se trate de su espíritu…».

—Y que, cuando la tocó…, regresó de entre los muertos.

—No es verdad —dijo la condesa en voz baja—. Yo no me morí.

—No, por supuesto que no, tiene usted un aspecto estupendo. —A Ada le costó sonreír—. Evidentemente, solo es una historia rocambolesca…

—No estoy muerta —repitió la condesa apretando las cuerdas.

—Pero, aun así, creí necesario hacérselo saber. —Sin darse cuenta, retrocedió el paso que había dado hacia ella—. Porque no entiendo cómo un despropósito como ese puede haber acabado en boca de tanta…

—¡No estoy muerta!

Antes de que Ada pudiera reaccionar, la condesa se había levantado con los ojos desmesuradamente abiertos para acercarse a ella.

—¿Qué…? —Volvió a retroceder cuando la agarró—. ¡Milady…!

—No… estoy… muerta. —La sacudió con fuerza, demasiada para alguien tan menudo—. No lo estoy. —A Ada le castañearon los dientes—. ¡No lo estoy!

—¡Suélteme! —dejó escapar—. ¡Me está…!

Al soltarse de sus manos, las uñas de la condesa se le hundieron en un hombro. Ada profirió un gemido, pero no pudo hacer nada más: un segundo después, había vuelto a agarrarla, esta vez del cuello, para estamparla contra un árbol.

—Usted no sabe lo que es eso. —La tenía tan cerca que podía oler

su aliento. También había algo raro en él…, algo que no debería estar ahí—. No tiene ni idea —siseó la condesa— de lo que sienten los muertos. De lo frío que está todo.

El hombro le ardía tanto que casi se le saltaron las lágrimas.

—No sabe nada de la muerte, Chapman. Ni de lo que hay justo al lado.

—¿Qué? —Ada se quedó mirándola—. ¿De qué…?

Pero las manos de la condesa le apretaban la garganta y sintió cómo la abandonaba el aire cuando hundió los pulgares entre sus tendones.

—Pronto lo sabrá. —Su tono era el mismo, tembloroso como el de una niña, pero cada vez le costaba más entenderla—. La está esperando también.

—Mi…, milady… —Ada tironeó de sus dedos—. Suéltem…

—Lo tiene todo preparado. Sabe que es cuestión de tiempo. Sabe que…

Los pies de Ada trastabillaron sobre el barro, pero la condesa volvió a tirar de ella para erguirla. «Que alguien me ayude», trató de articular sin conseguirlo; sus manos se habían cerrado como un cepo en torno a su garganta. A cada instante, la espesura se emborronaba más a su alrededor. «Que alguien me ayude, por favor».

—Sabe que… —continuó la condesa antes de detenerse.

Por mareada que estuviera, Ada reconoció el estallido de un disparo. El eco que produjo en la glorieta resultó inconfundible.

—¿Mi… lady? —logró decir cuando sus dedos se aflojaron.

La condesa seguía de pie ante ella, con los ojos igual de abiertos, pero una mancha roja acababa de aparecer en su frente.

Una mancha de la que resbalaba un hilo del mismo color.

—Milady —repitió Ada, paralizada de horror, antes de que se

desplomara.

Cayó de costado sobre la hierba, pero le llevó unos instantes reparar en que ella también estaba en el suelo: las piernas habían dejado de sostenerla y se había deslizado, sin dejar de mirarla, por el tronco del árbol.

Cuando por fin levantó la vista, volvió a perder el escaso aliento que había recuperado. Al otro lado de la glorieta, casi invisible entre la maraña de hojas, se encontraba Thorne con su revólver humeante en la mano.

Los jardines, de repente, parecían un cementerio de lo silenciosos que estaban.

—Levanta. —Pero, al ver que seguía congelada, Thorne se acercó para agarrarla de un brazo—. ¡Levanta! —rugió mientras la ponía en pie.

Con el esfuerzo, casi resbalaron sobre la hierba. La conmoción había aflojado tanto las rodillas de Ada que apenas conseguía mantener el equilibrio.

—Está… —trató de articular, pero su cerebro también parecía empeñado en desobedecerla—. Está… La has… —Miró a Thorne—. ¿Qué has hecho?

—¿Preferirías que me hubiera quedado contemplando cómo te asfixiaba?

Ada no recordaba haberlo visto nunca tan pálido, ni siquiera en la cubierta del Carpathia, aunque la condesa lo estaba aún más. Las hojas temblorosas se reflejaban en sus ojos como… «Las escotillas del Titanic antes de hundirse».

—Estaba convencido de que vendrías a este lugar. —A su mente le llevó una eternidad procesar lo que Thorne decía—. Y, por suerte, no me equivoqué.

—No entiendo nada… ¿Cómo descubriste…?

—Te recuerdo que escuché tu conversación con Lloyd. —Hasta que no tiró de su brazo, no reparó en que seguía sujetándola—. La condesa es…, era…, la única persona supuestamente resucitada que vivía cerca de tu casa.

La cabeza de la joven había resbalado hacia un lado, con el reguero rojo de su frente mezclándose con el fango, pero Ada solo pudo mirarla unos segundos más antes de que él, gruñendo un «vamos», la arrastrara consigo.

—¿Alguien sabe que estás aquí? —preguntó mientras se abrían camino a través de la espesura—. Chapman —insistió Thorne, zarandeándola—, respóndeme.

—Solo Nathan, pero… le pedí que no me esperara. Tenía cosas que hacer en…

—Me refiero a la gente de Worthington Hall. ¿Quién te ha visto?

Por densos que fueran los árboles, el suelo también estaba embarrado allí, tanto que tenían que avanzar a zancadas. «Vamos a dejar huellas por todas partes».

—El conde —jadeó Ada—, pero cree que me marché. Dijo que su esposa no se encontraba en casa. También el mayordomo que me dejó entrar y… —Un alarido resonó a sus espaldas—. La doncella de la condesa.

«¡Milady! —oyeron chillar pese a la lluvia—. ¡Oh, Dios, Dios!».

—Maravilloso —rezongó Thorne. Una verja acababa de aparecer tras unos setos y empujó a Ada hacia ella—. Y yo creyendo que el arresto de Danvers sería lo único que me granjearía una primera plana en los periódicos.

—¡Pero si es a mí a quien han visto! ¡La sospechosa seré yo!

—Cuando aparqué mi coche cerca de la entrada, unos trabajadores estaban abandonando la finca. Es imposible que ninguno se fijara en mí. —Thorne apoyó el bastón en los barrotes—.

Lo último que esperaba era toparme con una loca.

—Eso debería decirlo yo. ¡Es a mí a quien casi ha estrangulado!

—Con dos locas. —Él se agachó a sus pies—. Ahora cierra el pico.

Cuando enlazó las manos a modo de escalón, Ada apoyó un botín en ellas para trepar por la verja, aunque los barrotes estaban tan resbaladizos que le costó hacerlo. Que las manos continuaran temblándole tampoco ayudaba.

—No me puedo creer que lo hayas hecho. —Una vez en lo alto, se inclinó para tirar de Thorne—. No me refiero a disparar a la condesa, sino a… querer comprobar si lo de Roy era verdad. Se supone que eres un escéptico…

Su peso le hizo morderse el labio. «¿De verdad medía tanto antes?».

—Eres un descreído —resopló después de que él acabara de subir —. Todas las médiums, según tú, somos unas estafadoras. No entiendo cómo…

—Mientras estaba en tu casa, había un ruido que se repetía sin parar.

Aquello fue tan inesperado que casi olvidó lo que ambos estaban haciendo.

—Después de esos dos días, me tenía al borde del desquicie, pero no conseguía entender qué era. —Thorne pasó la otra pierna sobre la verja—. No lo hice hasta esta mañana, cuando estaba a punto de marcharme. Bum, bum, bum. Bum. Bum. Bum. Bum, bum, bum. Tres golpes cortos, tres largos y otros tres cortos. —Después de bajar, volvió a observar a Ada—. Era morse. Una señal en morse.

Estaban tan empapados que tuvo que apartarse el pelo de la cara.

—Un mensaje de telégrafo. —Le tendió los brazos—. El último del Titanic.

—SOS. —Ella se deslizó hacia el suelo—. Significa «*Save Our*

Souls».

Cuando Thorne la recogió, se quedaron mirándose bajo la lluvia y Ada se acordó de la expresión con la que había observado la casa antes de desaparecer.

—Era Phillips —explicó—, uno de los telegrafistas.

—¿Te llevaste a un espíritu del Titanic a la academia?

—Me llevé a doscientos diez espíritus del Titanic a la academia. Ahora mismo, quedan cincuenta y seis. He pasado cuatro años tratando de ayudarlos.

Pudo sentir cómo sus brazos se tensaban en torno a ella, pero no le dio tiempo a añadir nada: unos ladridos habían comenzado a sonar a lo lejos.

—Han sacado a los perros —dijo Thorne. Tras meter una mano entre los barrotes para recuperar su bastón, volvió a tirar de su brazo—. Muévete.

Su roce le recordó el arañazo de la condesa, pero aquel dolor no era nada comparado con las punzadas de su estómago, más acuciantes a cada paso.

—Haya fantasmas o no, no podemos ir a tu casa —dijo Thorne cuando por fin estuvieron a cierta distancia—. Es el primer lugar en el que nos buscarán.

—Tampoco a la tuya. —La mera idea le produjo vértigo—. Por… lo mismo.

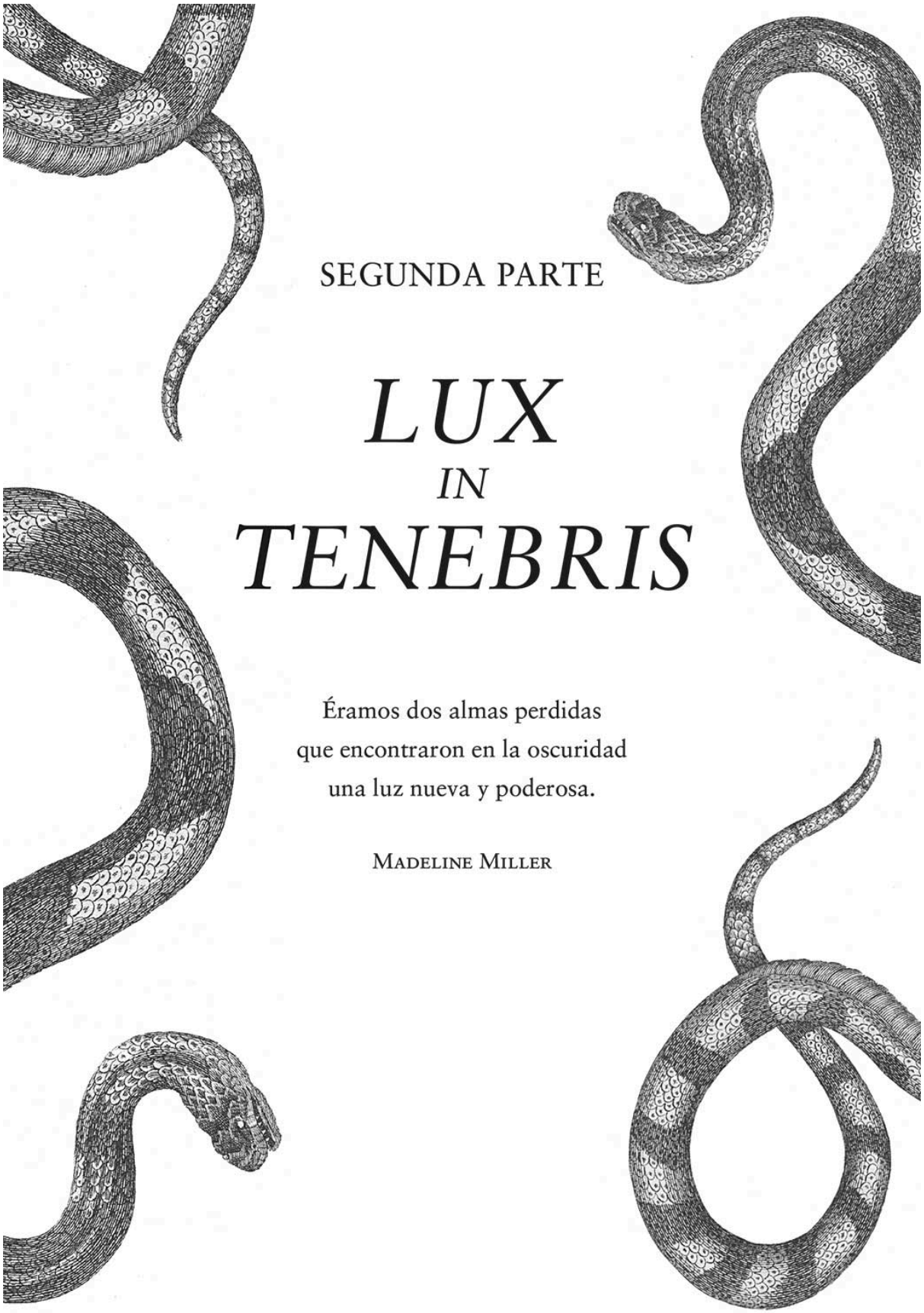
—Pues habrá que pensar en un sitio en el que quedarnos. —Thorne se apoyó en un árbol, recobrando el aliento—. Al menos, hasta convencer a ese armario de Scotland Yard que tienes por amigo de que ha sido un asesinato en defensa propia.

Ahora los ladridos solo eran un eco distante, pero el corazón de Ada continuaba retumbando. Por mucho que odiara darle la razón, sabía que era cierto, lo que acababa de pasar era demasiado grave

para que la policía los creyera sin más. Tenían que pensar en cómo explicarlo, quizá recurriendo a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas además de a Nathan, dado que estaban al tanto de lo de la condesa…

Fue entonces, al comprobar de manera instintiva que el broche de la libélula seguía en su blusa, cuando entendió cuál era la solución. El lugar en el que podrían esconderse unos días sin poner en peligro a nadie, ni siquiera a ellos mismos.

El último, probablemente, al que debería conducir a Thorne.



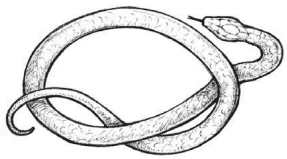
SEGUNDA PARTE

LUX IN TENEBRIS

Éramos dos almas perdidas
que encontraron en la oscuridad
una luz nueva y poderosa.

MADELINE MILLER

CAPÍTULO XV



Las cortinas estaban echadas, envolviendo la casa como un relicario, y el brillo que solo Mayfair sabía irradiar apenas pasaba de una penumbra. Cuando Ada cerró la puerta del 23 de Albemarle Street, la lluvia se había convertido en el diluvio universal y sus ojos tardaron en acostumbrarse a las mortecinas sombras del vestíbulo.

Llevaba tantos años sin pasar por allí que fue como retroceder en el tiempo. La escalera por la que había bajado miles de veces con la señorita Lovelace («Vuelve a ser así de impuntual y me marcharé sin ti»). El espejo en el que se daban los últimos retoques antes de salir («Una dama nunca tiene suficientes sombreros») pero que, ahora, únicamente contenía su propio reflejo. Incluso el paraguas de su maestra seguía en la entrada, como si solo se hubiera ido de vacaciones…

—Siento meterte prisa, Chapman, pero no tenemos todo el día.

Encontrar a Thorne a sus espaldas hizo que Ada se sintiera como una pastora que hubiera dejado entrar a un lobo en el redil de las ovejas.

—No sé cómo permito que mancilles esto con tu presencia.

—Porque no te queda más remedio. Nos guste o no, ahora somos cómplices de un crimen. —Paseó la mirada por el vestíbulo—. ¿Esta era tu antigua casa?

—La de mi maestra. —Ada cerró con dos vueltas de llave—. Se la compró tras la muerte de la reina. Hasta entonces, vivía en Buckingham Palace.

—Ya decía yo que olía a *Eau* de Depredación.

—Otro comentario como ese y te vas fuera. Ahora que lo pienso, si realmente esperas que te deje esconderte aquí, necesitamos unas normas.

Thorne había cogido una cajita de un bargueño, pero Ada se la arrebató.

—Nada de husmear entre las pertenencias de la señorita Lovelace. —La devolvió a su lugar sobre el mueble—. No las hemos tocado desde que murió.

—Pues no estaría de más que pasaseis un plumerito.

—Y nada de rebuscar en sus cajones como hiciste con los de mi camarote. Los he dejado tal como estaban en 1903 y no vas a venir tú a revolverlos.

—Esto no es una casa, es un monumento funerario…

—No quiero que cambies nada de sitio. Ni que uses ninguna de sus cosas. Ni mucho menos que… Escucha, lo mejor es que no toques nada y punto.

—¿Puedo respirar, Chapman? ¿O también será un sacrilegio?

«Esto no debería estar sucediendo. —Ada respiró hondo para mantener su rabia bajo control—. No debería estar aquí… ni en ningún lugar cerca de mí».

—Dios —le soltó de repente—, deja de hacer eso.

—¿A qué diantres te refieres? ¿Ni siquiera tengo permitido hablar?

—A estar ahí tan tranquilo, tan condenadamente relajado,

provocándome como si no estuviésemos metidos hasta el cuello en el peor lío de nuestras vidas.

—¿Sí? —replicó Thorne—. ¿Te parece que estoy relajado?

Pero la oscuridad que Ada leyó en sus ojos y el modo en que su mano estrujaba el puño del bastón le hicieron comprender que se equivocaba.

—Supongo… que no. —Dudó—. No del todo.

—Por si no lo recuerdas, acabo de matar a alguien y lo he hecho por ti. —Dio un paso hacia ella—. Le he metido un tiro en la frente a una aristócrata, a una mujer —tenía tensa la mandíbula—, para salvarte la vida.

—Lo sé. —Ada tragó saliva—. Y te lo agradezco…

—Entonces deja de tratarme como si fuera la encarnación de las doce plagas de Egipto y agarra eso de una vez. —Thorne señaló algo con el bastón—. Con cada minuto que perdemos, se lo ponemos más fácil a Scotland Yard.

Cuando Ada miró hacia allí, vio que se refería al teléfono que, pese a las protestas de Heather, había mandado instalar poco antes de mudarse a la academia.

—Es justo lo que estaba a punto de hacer.

—Seguro que sí —respondió Thorne con su insufrible sonrisa, pero la siguió hacia el pequeño cubículo situado a la derecha del espejo.

El teléfono colgaba de una pared con un papel de crisantemos. Mientras el joven se apoyaba en ella, Ada se puso en contacto con la centralita, le dio la dirección de la casa de Nathan y aguardó a que su amigo descolgara el otro aparato.

De hecho, tuvo que aguardar tanto que se planteó empezar de nuevo, pero por fin captó un «¿dígame?» entre los crujidos de la línea.

—¿Señora Shaw? —Se inclinó sobre el micrófono—. Perdone que

le moleste, soy la señorita Chapman. Necesitaba… Madre mía, cuánto ruido.

—Oh, señorita Chapman, qué alegría. ¿Todo bien en la academia?

—De maravilla. —aseguró Ada; Thorne bufó—. Llamaba para saber…

—Dele las gracias a Heather por la receta del pastel de riñones. —La voz del ama de llaves se mezclaba con los murmullos de otras conversaciones—. Tenía razón, es mejor con dos dientes de ajo. Cuando quiera, le preparo uno.

—Suerte que esto sirve para agilizar las cosas —comentó Thorne.

Cuando Ada se giró hacia él, vio que se había puesto a inspeccionar la antigua libreta de direcciones de la señorita Lovelace.

—Que no toques. —Le dio un manotazo—. Señora Shaw, me encantaría hablar con usted, pero tengo prisa. ¿Está el capitán Willoughby en casa?

—Me temo que no. —«Mierda»—. Hoy tenía que almorzar en el Soho.

—Sí, con unos amigos, aunque esperaba que hubiera vuelto ya.

—Pues no, pero puedo decirle que ha preguntado por él. De todos modos —la señora Shaw sonaba confundida—, ¿no pensaba visitarla esta mañana?

—Ya no estoy en la academia; llamo desde Albemarle Street.

«Será imposible que se entere por mí antes que por sus hombres», pensó después de pedirle al ama de llaves que, en el momento en que Nathan entrara por la puerta, lo enviara a Mayfair. «Todo Scotland Yard sabrá ya lo de la condesa».

—Quizá deba llamar también a casa… No sé durante cuánto tiempo tendremos que estar aquí. —Dejó el auricular—. Louise y Heather se preguntarán…

—Yo diría que con una llamada hemos cubierto el cupo de

imprudencias.

Thorne se quitó el abrigo negro para colgarlo del perchero.

—Desde la centralita pueden tomar nota de las conversaciones. Jugárnosla una vez para contactar con Willoughby merece la pena, es un riesgo que estadísticamente podemos correr, pero hacerlo una segunda vez sería un sinsentido.

—Mis compañeras no saben lo que ha pasado. Se preocuparán por mí.

—Estamos en guerra, arañita, los daños colaterales no importan.

Ada se quedó observándolo con los ojos entornados.

—Tienes una mente despiadada. Es como si el hielo se te hubiera metido dentro… ¿Seguro que el iceberg no te golpeó la cabeza?

—Creo recordar que estaba entre los muslos de alguien cuando pasamos de largo.

El ardor de sus mejillas le hizo alegrarse de seguir en penumbras.

—De verdad que lo de la encarnación de las doce plagas se te queda corto. Voy a contar las horas hasta que pueda echarte de aquí. —Ada reparó de repente en que estaba mirándole un brazo—. ¿Se puede saber qué pasa ahora?

—Eso deberías decírmelo tú —contestó Thorne—. Estás sangrando.

Cuando agachó la cabeza, descubrió que era cierto, algo rojo se extendía por su manga derecha. Había estado tan ansiosa desde que escaparon de la propiedad de los Worthington que ni siquiera había sentido el escozor.

—La condesa… —«Adiós a mis encajes»—. Me arañó antes de que aparecieras. Subiré para desinfectármelo, aunque no sé si nos quedarán vendas. —Se encaminó hacia la escalera—. Hacía siglos que no pasaba por aquí.

—Sé que te encantará la idea, pero vas a tener que dejar que te

ayude.

Ada se detuvo a punto de alcanzar el rellano.

—Como esperes que me desnude ante ti, Thorne, ya puedes…

—Por mucho que te cueste, procura contener tu excitación —contestó dándole un empujoncito en la espalda—. No creo que vea nada que no haya visto ya.

—Eres un cerdo —bufó Ada, pero siguió subiendo la escalera.

Para no descorrer las cortinas, encendió un quinqué a tientas y, con él en la mano, lo condujo al baño del primer piso, situado frente a su dormitorio y el de la señorita Lovelace. La luz incidió sobre las tuberías de cobre, los mármoles rojos de Siena y la bañera de porcelana esmaltada, en cuyo borde, tras titubear, fue a sentarse.

Habría dado cualquier cosa por disimular el temblor de sus dedos mientras se desabrochaba la blusa. Llevaba un par de años prescindiendo del corsé y lo único que vestía debajo era la camisola de satén blanco con encajes.

—Parecía más aparatoso de lo que es —comentó Thorne cuando su brazo quedó al descubierto. Tres arañazos paralelos descendían desde su hombro—. Suerte que la condesa no tenía las uñas como esas vampiresas del cine mudo.

—Muy agradecida a su manicurista por el detalle.

Tras humedecer una toalla, Thorne se sentó junto a ella para limpiarle la herida. El rubor de Ada se convirtió en incandescencia al recordar cómo sus manos, cuatro años antes, se habían deslizado bajo los tirantes de un conjunto parecido.

«Procura contener tu excitación… Menudo imbécil».

—Si me encontrara dentro de una de mis novelas, como *Cortejo en el Gran Cañón* —dijo cuando el silencio empezó a ser insoportable —, estaría curándome un apuesto héroe que me miraría con los ojos oscurecidos por el deseo…

—Los ojos no se oscurecen —repuso él—, ni por el deseo ni por nada.

—En vez de eso, tengo a una garrapata que no sabe lo que es la caballerosi…

Cuando él presionó más la herida, el dolor le hizo morderse el labio.

—Sabía que era un error apretar ese gatillo. —Sacudió la cabeza mientras pasaba al siguiente arañazo—. No haces más que darme problemas.

—¿Perdón? —Ada se giró hacia él—. ¿Yo te doy problemas a ti?

—Antes de conocerte, tenía cinco dedos en el pie derecho.

—Si no te hubieras subido al Titanic, aún seguirías teniéndolos.

—Si no te hubieras convertido en la Sarah Bernhardt de las estafadoras, no me habrían hecho embarcar detrás de ti. Me habría quedado en Londres, destapando un fraude espiritista tras otro y encantado con mi existencia. ¿Dónde está el yodo?

De mala gana, Ada señaló un armario y Thorne se puso en pie.

—Esto te escocerá, pero procuraré hacerlo rápido…

—No esperaba menos —repuso ella—. Te encantan las prisas.

Por toda respuesta, él la agarró de la nuca con una mano, para que se estuviera quieta de una vez, mientras apretaba una gasa empapada contra su herida.

«No fue real —se repitió mientras su respiración le calentaba el cuello. Su olor, pese al del yodo, seguía siendo el mismo—. Nunca sintió nada por mí».

—De modo que ese tal Phillips que trabajaba en el barco…

—El primer telegrafista del Titanic. —Ada tragó saliva cuando el escozor la hizo tensarse—. Lleva cuatro años en casa, pero aún no he conseguido verlo. Lo único que queda de su consciencia es una señal de morse repetida sin parar.

—«Algunos solo son una resonancia, una melodía… o un pensamiento».

Ada tardó en procesar lo que acababa de decir.

—Eso te lo conté yo. En mi camarote me preguntaste…

—Solamente estaba haciendo mi trabajo. —La mano de Thorne abandonó su nuca (Ada no tenía claro si alegrarse o no) para ponerle una venda—. Pero no entiendo por qué el espíritu de Phillips se quedó anclado. Los periódicos dijeron que permaneció en la sala de comunicaciones hasta el último minuto.

—Esa noche, el Titanic recibió varias alertas de hielo, pero decidió ignorarlas. Estaba demasiado ocupado con la correspondencia de primera clase.

—Entonces tiene sentido que siga abrumado por la culpa.

—Tanto como para pasarse la eternidad reenviando su último mensaje.

—Pues menos mal que ha dado contigo. Podrás ponerlo en contacto con mucha gente dispuesta a ayudarle. El hada de los dientes, por ejemplo, o Santa Claus.

Esta vez, Ada giró la cabeza tan rápido que sintió una punzada.

—No te crees ni una palabra de lo que digo.

—Pues claro que no. —Con un último tirón, Thorne acabó de atarle la venda—. Pero no deja de tener gracia escuchar vuestros cuentos.

—Thorne, ¡tú también oíste a Phillips! ¡Me aseguraste que…!

—Que exista algo trascendente, lo que las nuevas ciencias tratan de investigar, no significa que vosotras podáis captarlo. —Aquel «vosotras» destilaba rencor por los cuatro costados—. No sois especiales, no poseéis ningún don, salvo el de engañar a los demás. —Thorne se puso en pie—. En eso sí que sois unas expertas.

A Ada se le abrió la boca, pero no consiguió reaccionar hasta que,

tras devolver el yodo al armario, se volvió de nuevo hacia ella.

—No entiendo qué te hemos hecho, pero nada podría justificar una existencia así… Has consagrado tu vida entera a destruirnos.

—¿Eso crees? —replicó él—. ¿Que nada podría justificarlo?

Parecía aún más alto al observarla desde arriba…, y más amenazador.

—Es curioso que antes me llamaras garrapata. No he visto nada más parecido a vosotras; os enganchái s a la gente, os alimentáis de su angustia, de su desesperación, de su dolor… Esa maestra a la que tanto admiras era una mentirosa, tú también lo eres y tus discípulas, si no desmantelan tu academia, seguirán vuestros pasos.

Con cada palabra, la rabia de Ada crecía más y más, de modo que le sorprendió darse cuenta de que lo que más sentía, en el momento en que él se calló…, era pena. Una pena inmensa por ella misma, por los sueños que se había atrevido a albergar, por unas esperanzas que ahora le parecían ridículas.

Por haber sido tan estúpida como para enamorarse de Thorne.

—Tiene que resultar agotador odiar a alguien tanto como me odias a mí.

Algo brilló en sus ojos azules, una brasa en un mar de hielo.

—No te haces una idea —aseguró en voz baja.

A Ada se le encogió tanto la garganta que, por un momento, creyó que se echaría a llorar delante de él, pero algo inesperado acudió en su auxilio, un clic que, pese al ruido de la lluvia, atrajo la atención de ambos.

—¿También tienes un par de espíritus del Titanic por aquí?

—Claro que no. —Ada se incorporó—. Parecía…

Cuando volvieron a oírlo, supo que no se había equivocado, era un repiqueteo que venía del piso de abajo. Del vestíbulo en el que acababan de estar.

—La cerradura de la puerta principal —susurró.

Clic, clic, clic. Sonaba a metálico, desde luego, pero…

—Que yo sepa, no hay más juegos de llaves. Solo el mío.

—Es imposible que a Willoughby le haya dado tiempo a venir. —Thorne agarró el quinqué antes de dirigirse hacia allí—. Tiene que ser otra persona.

Ada se apresuró a seguirlo, procurando no hacer ruido, por los peldaños sumidos en la penumbra. Cuando desembocaron en el vestíbulo, Thorne se detuvo tan de repente que chocó con él y vieron cómo temblaba el pomo de la puerta.

«No puedo concentrarme si no cerráis el pico», gruñó alguien.

—Espera. —Ada agarró a Thorne del codo para que no sacara el revólver. Había abierto los ojos de par en par—. Creo que conozco esa voz.

«Pues no es lo que nos dijiste de camino», contestó otra persona.

«Dije que… lo había hecho… cientos de veces. —Clic, clic—. Pero no es lo mismo una cerradura de Limehouse… que una de un barrio de finolis».

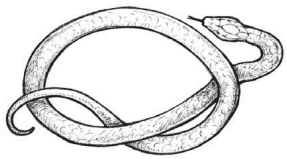
«Nos van a enchironar —gimió alguien más—. Moriremos en prisión...».

—Chapman —susurró Thorne cuando Ada se apresuró escalera abajo, pero no se detuvo; había oído lo suficiente para saber quiénes eran.

Cuando abrió la puerta, en efecto, se encontró con Jia, Aurora y Florence, pero no estaban solas, las acompañaban Edith y Roy. La perplejidad con que se quedaron mirándola fue aún mayor que la de Ada…, probablemente porque, como comprendió demasiado tarde, todavía seguía en ropa interior, y con Thorne.

—Os dije que eran amantes —declaró Jia sujetando una ganzúa.

CAPÍTULO XVI



Que el chico que le había partido el corazón hubiera regresado a su vida y una aristócrata hubiera tratado de estrangularla ya había sido bastante malo.

Que a esas dos cosas se sumaran el asesinato de una alumna, la fuga de otras tres y el intento de secuestro del niño del que debía cuidar hizo que a Ada se le cayera el alma al suelo. Cuando Edith acabó de contarle lo ocurrido con Lucy Trevellian, casi lamentó que el Titanic no la hubiera arrastrado consigo a las profundidades.

—Un asesinato. Un asesinato en la academia. Mi academia.

—Diría que es lo más retorcido que nos ha pasado desde el barquito —reconoció Edith—, pero lo de la condesa de Worthington es difícil de superar.

Después de deshacerse de Thorne, Ada se encerró con los demás en la salita de la planta baja, una elegante habitación en tonos asalmonados en la que la señorita Lovelace solía realizar sus sesiones de espiritismo. Sus protegidas se instalaron en el diván como sabía que haría cada una; Jia repantingada sobre los cojines, Florence removiéndose sin parar, hecha un manojo de nervios, y

Aurora sentada en el borde con la espalda recta, las manos sobre las rodillas y las piernas alineadas al milímetro.

En cuanto a Roy, se había puesto a observar unos cuadros de Waterhouse como si nada de aquello fuera con él. Como si solo fuera un martes normal.

—Si sucedió a las diez, han pasado casi cinco horas. —La cabeza de Ada era un batiburrillo cada vez mayor—. Tienen que haber dado ya con Lucy.

—Moira Withers estaba con nosotras antes de que saliéramos a pegarnos —dijo Jia—. Habrá sospechado que ocurría algo raro al ver que no volvía.

—¿Quieres que me pase por allí? —preguntó Edith.

—Por favor —pidió Ada, y el espíritu asintió y se esfumó.

«Un problema después de otro», decía siempre la señorita Lovelace, y Ada trató de hacerle caso. Las chicas y Roy estaban a salvo; eso era lo más importante. El ama de llaves de Nathan le diría que había llamado y enseguida se pondría manos a la obra con lo de los Worthington. A Thorne lo echaría de una patada, aún no tenía claro si en la cara o el trasero, en cuanto aquello se resolviera, y sobre Lucy…

«Ha tenido una muerte horrible. —Se detuvo mientras caminaba de un lado a otro de la habitación—. Tanto como para haberse quedado anclada».

—¿Alguna ha vuelto a saber de Lucy desde que os marchasteis?

—¿Se refiere a…? —Jia miró a sus amigas—. ¿Si hemos visto a su fantasma?

—La mayoría de los espíritus tardan en aparecerse, les cuesta asimilar lo que les ha pasado, pero ella era una aprendiza de médium. Sabía cómo funciona esto.

—Si no ha cruzado al Otro Lado, seguirá en la academia —dijo

Florence.

—O en el Asfódelo, con las demás almas atrapadas entre los dos planos. —Ada se apoyó en el borde de la mesa—. En ese caso, podría intentar atraerla.

—Genial —musitó Jia mientras cerraba los ojos. Había hecho aquello tantas veces que proyectar su consciencia le resultaba tan sencillo, tan natural, como respirar.

Pero no era lo mismo llamar a Edith que a un espíritu con el que nunca se había encontrado. Mientras sentía las miradas de sus alumnas sobre ella, dejó que su mente serpenteara por la dimensión de las almas en pena, arrullada por el murmullo de los cientos de miles de habitantes del Asfódelo que hablaban al mismo tiempo.

—Lucy Trevellian —llamó Ada en medio de la barahúnda de voces. Cada una era como una señal de SOS enviada al vacío—. Lucy, si estás ahí, respóndeme.

—A lo mejor no se ha quedado anclada —susurró Florence—. A lo mejor ha cruzado directamente al Otro Lado. Sin cuentas que saldar, sin cabos sueltos…

—¿Sin cuentas que saldar? —repitió Jia—. ¿Lucy Grano En El Culo Trevellian?

—Shhh —ordenó Ada, aún con los ojos cerrados, y las dos se callaron.

Las voces sonaban cada vez más nítidas.

—Lucy, te estoy llamando —repitió con el ceño fruncido—. No sé si te encuentras en el Asfódelo, pero…

—Pues claro —dijo alguien de repente—. ¿Dónde iba a estar si no?

Una corriente hizo tintinear los cristales de la lámpara. Florence se incorporó de un salto, Jia casi rueda sobre los cojines y, cuando Ada abrió los ojos, descubrió que el fantasma de Lucy acababa de materializarse junto a la chimenea.

Su cara de malas pulgas seguía siendo la misma, pero sus trenzas parecían más cenicientas que rubio fresa (fuera lo que fuese eso) al ser un ectoplasma.

—Ya era hora —protestó cruzándose de brazos—. Como no sabía dónde estaba, no tenía ni idea de a dónde ir. La eternidad se me estaba haciendo eterna.

—Hola, Lucy —saludó Ada en voz baja—. Gracias por venir…

—No me fastidie, señorita Chapman. —Lucy había reparado en la presencia de sus compañeras—. ¿Ni siquiera estando muerta voy a librarme de estas?

—¿Por qué has esperado tanto para aparecerte? —preguntó Florence—. En la academia hay muchas médiums con las que podrías haber contactado…

—¿Y dejar que me viesen así? ¿Con lo que he sido yo?

Cuando Lucy inclinó la cabeza, esta se desplomó sobre su hombro como si las cervicales se le hubieran convertido en gelatina. Florence gritó.

—Ah —comentó Aurora—, es como lo que hace Heather con las gallinas.

—La profesora Dashwood tenía razón. —De mala gana, Lucy volvió a colocarse la cabeza—. Los espíritus conservamos el aspecto que teníamos al morir.

—Una cosa es la escarcha de la señorita Evans y otra… eso —dijo Jia.

—Lucy, ¿qué recuerdas de lo que te pasó? —preguntó Ada.

—¿En serio quiere que se lo describa? ¿No fue bastante traumático vivirlo?

—No me refiero a tu muerte, me refiero al tipo que te mató. Necesito que me cuentes todo lo que sepas. Al fin y al cabo, eres la que lo tuvo más cerca.

—Todo sucedió muy deprisa, señorita Chapman —contestó Jia.

—Solo nos fijamos en que los tres hombres eran rubios —explicó Florence—. El que atacó a Lucy parecía el mayor, con unos brazos que podrían partir…

—Cuellos —dijo Aurora. Cuando la miraron, añadió—: Todas lo habéis pensado.

—Era extranjero —explicó Lucy de mal humor—. Estoy segura.

—Porque un inglés de bien no mataría ni a una mosca.

—Lo digo en serio, Zhang. Cualquiera se habría dado cuenta.

—Sweeney Todd era medio chino, como yo…

—Tenía acento, idiota —espetó Lucy—. Debería haber oído cómo pronunciaba las erres, señorita Chapman: «Academia Rrrosenfield».

Jia abrió la boca, pero no se le ocurrió cómo contraatacar.

—Eso sí que me sorprende —titubeó Ada—. Aunque Roy pasó cuatro años en Estados Unidos… Puede que alguien lo siguiera hasta Inglaterra para echarle el guante. —Se quedó mirando al niño—. Intentaré hablar con Henderson de…

—¿Y qué pasa conmigo? —protestó Lucy—. ¿Piensa dejarme tirada?

—Siendo una médium tan brillante, podrías liberarte a ti misma —dijo Jia.

—Lucy, te prometo que, en cuanto las cosas se calmen, me ocuparé de ti. Nos hemos metido en un embrollo tan espantoso que no sé ni de qué hebra tirar.

—Descuide, estaré entretenida en el Asfódelo. —Lucy gruñó mientras su silueta comenzaba a palidecer—. Será como hacer los deberes para los profesores.

Y, antes de que pudieran responderle, se había disuelto en el aire.

—Ya sé que no se debe hablar mal de los muertos, pero… —empezó Jia.

—Ahórratelo —contestó Ada retomando sus paseos sobre la alfombra—. No sé si esto ha servido de algo… Ahora tengo aún más preguntas que antes.

Pero también tenía una certeza absoluta: Lucy no conocía de nada a su asesino. Lo que en realidad habían ido a buscar, Ada estaba segura de ello, era a Roy.

«Estamos en guerra, arañita, los datos colaterales no importan».

—Bueno, traigo noticias frescas. —Cuando la lámpara volvió a tintinear, pensó que sería Lucy otra vez, pero se trataba de Edith—. He hablado con Louise, aunque le costó dar esquinazo a Scotland Yard. Llevan desde las diez y media allí.

—Quise avisar a Nathan por teléfono, pero no se encontraba en casa.

—Eso explica por qué no se ha presentado aún en la academia. El responsable del caso, un tal inspector Foster, se ha pasado la mañana interrogando a Louise, August, Heather, las cuatro criadas, los jardineros… Evidentemente, preguntó por ti, pero le dijeron que te habías marchado antes de que ocurriese. En cuanto a Lucy, se la han llevado a la morgue de Islington; sus padres ya deben de estar con ella.

—Destrozados, me imagino —dijo Ada—. Era su única hija.

—Han amenazado con demandarnos, pero el inspector Foster les ha explicado que, técnicamente, su muerte no se ha producido dentro de la academia.

—Os dije que pegarnos fuera sería un vacío legal —aseguró Jia.

«Pero la responsabilidad de velar por ellas era tuya —contestó una voz demasiado familiar en la mente de Ada—. Tenías que cuidarlas como te cuidé yo a ti».

Sabía que eran imaginaciones suyas, una fantasía provocada por el hecho de estar en su casa, pero casi pudo ver a la señorita

Lovelace delante de una ventana.

—Este proyecto estaba abocado al desastre. —Se encontraba de espaldas a ella y sus tirabuzones caían como una cascada de sangre sobre su vestido—. Pero tampoco esperaba mucho más. Sabía lo que acabaría por ocurrir si lo dejaba en tus manos.

—August, por su parte, se puso a llamar a los parientes de estas tres. —Edith echó un vistazo a Florence, Jia y Aurora—. Quizá sea mejor que sigamos en privado.

—A mi familia le traería sin cuidado que me mataran —dijo Aurora.

Seguía en el diván, pero su postura era aún más tensa, como la de un maniquí.

—El padre de Jia ni siquiera tiene teléfono —prosiguió— y la tía de Florence está tan mayor que no se acuerda ni de su nombre. Les da igual lo que nos pase.

—Más o menos…, sí, eso me ha dicho August —reconoció Edith.

—Es mejor que se queden aquí —respondió Ada—. Aunque esos hombres no estuvieran detrás de ellas, saben que les han visto las caras, que podrían describírselas a Scotland Yard… No me extrañaría que quisieran silenciarlas.

—Di que sí —volvió a intervenir la señorita Lovelace, ahora desde la mesa en la que realizaba sus sesiones—. Así es como una líder evita que cunda el pánico.

Era increíble lo bien que recordaba su voz. Parecía una grabación.

—El señor Trevellian, por desgracia, no ha sido tan discreto como el inspector le ordenó —continuó Edith—. Ha hablado con la señora Foy y lady Withers.

Ada deseó que el suelo se abriera bajo sus pies.

—La madre de Mary-Ann… ¿Y la de Moira?

—Han dicho que pasarán a recogerlas en breve. Ninguna regresará a la academia mientras el asunto no se solucione. Se

quedarán con sus familias y…

—¿Mientras no se solucione? —Jia saltó como si la acabaran de pinchar—. Si no consiguen detener al asesino de Lucy, ¿tendrán que cerrar?

Su voz estaba impregnada de pánico, aunque no tanto como la mente de Ada. Con cada cosa que escuchaba, una capa de sudor frío le recubría más la piel.

—Nadie ha dicho eso —suspiró Edith—. Puede que nos enfrentásemos a un escándalo, pero pronto se olvidaría. Entre la guerra, los bombardeos, los…

La Academia Rosenfield, pensó Ada, perdida en su laberinto mental; el propósito de su vida, el legado de la señorita Lovelace… Thorne se lo había advertido: «Esa maestra a la que tanto admiras era una mentirosa, tú también lo eres y tus discípulas, si no desmantelan tu academia, seguirán vuestros pasos».

—Cuando estaba a punto de regresar, apareció Heather —dijo Edith— y, al enterarse de lo que estaba hablando con Louise, me dio un mensaje para ti.

Ada no pudo responder, estaba demasiado ocupada conteniendo el pánico.

—Me dijo que no lo hicieras —añadió Edith—, pasara lo que pasase.

—¿Qué? —Esta vez, sí se giró hacia ella—. ¿Que no hiciera qué?

—Lo que te planteaste hace unos días en el mirador del jardín. Heather no me explicó nada más, pero parecía importante… Insistió muchísimo en ello.

La señorita Lovelace de su imaginación estaba ahora en el diván, hojeando uno de sus manuales de espiritismo, pero su única respuesta fue sacudir la cabeza.

—«Dile que no está sola», me pidió Heather —continuó Edith—.

«Que todos la ayudaremos, de una manera u otra, y saldremos adelante. Que no necesita…».

—«Cuando Annabel nos dejó, estaba enferma» —citó también su maestra, y pasó una página—. «No la obligues a morir otra vez. A agonizar otra vez».

La mano de Ada apretó su broche mientras miraba a Roy, que inspeccionaba un gramófono con curiosidad. El convencimiento de que allí mismo, delante de sus ojos, se encontraba la solución a sus problemas hizo que su ansiedad se transformara en vértigo. «Sí, Heather ha prometido ayudarme —se obligó a pensar—, pero Heather no es ella. Nathan tenía razón, era la más inteligente de todos nosotros…».

Fue entonces, en ese preciso instante, cuando lo entendió. La solución sí que se encontraba allí, en Albemarle Street, pero no era Roy…, no después de haber visto lo que la resurrección había hecho con la condesa de Worthington.

—Edith, encárgate de ellos, por favor. Tengo que salir.

Cuatro cabezas se volvieron hacia ella como las de unas muñecas de cuerda. Incluso Roy apartó la mirada de la reluciente superficie del gramófono.

—¿Qué tonterías dices, Ada Chapman? ¿Cómo que…?

—No te preocupes, no tardaré. —Se ajustó las mangas de encaje, la derecha aún manchada de sangre, y se alisó la falda—. Estaré de vuelta enseguida.

—Ada, si la policía te busca, en cuanto pongas un pie fuera…

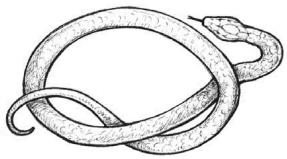
—Nadie me reconocerá, cogeré un taxi en Piccadilly. Y Jia vendrá conmigo.

Lo había intentado todo, había probado cuanto se le había ocurrido y no había servido de nada. La única opción que le quedaba era saltarse las reglas.

—¿Yo? —Jia miró a sus amigas—. ¿Qué he hecho ahora?

—Todavía nada, pero no tendrás que esperar mucho —dijo Ada, y tiró de ella hacia la puerta—. Nos marchamos al cementerio de Highgate.

CAPÍTULO XVII



Todavía faltaba bastante para la puesta de sol, pero las sombras ya empezaban a apoderarse de las calles y no solo por lo nublado que seguía el cielo. Desde hacía unos meses, los cristales de las farolas habían sido pintados de negro para dificultar la labor de los zepelines, aunque no eran el único recordatorio de lo que sucedía: había más banderas que nunca en los balcones, las únicas canciones que se oían eran patrióticas, y la mayoría de los vehículos con los que se cruzaron, camiones militares.

Los pensamientos de Ada, no obstante, no podían estar más alejados de la guerra mientras el taxi ascendía por la empapada carretera de Highgate. Puede que lo que se disponía a hacer no fuera lo que Heather le había prohibido, pero estaba segura de que pondría el grito en el cielo…, y, por eso, sería mejor no contárselo. De hecho, dudaba que hubiera una sola persona en el ámbito espiritista, incluidos los eruditos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, que no lo considerase escandaloso.

«Bueno, probablemente Thorne —pensó mientras se detenían por fin frente a la entrada del cementerio. Tras pagarle unos chelines al

taxista, Ada se agarró a su mano para bajar—. Pero porque nunca se creerá ni una sola cosa de las que hago».

—¿Por qué era tan importante venir aquí? —preguntó Jia mientras entraban en el recinto. En la plaza semicircular que apareció tras las puertas aguardaban un par de carruajes engalanados con plumas negras—. ¿Necesita visitar a alguien?

—Sí —contestó Ada sin apartar los ojos de los charcos.

«Debería habértelo advertido —dijo esa voz que, en su memoria, sonaba más clara que el agua al caer sobre el dosel de los árboles—, pero una visita a Highgate supone un bautismo de fuego incluso para la médium más experimentada».

—¿A alguien muerto? —Jia correteaba a su lado—. ¿No le lleva flores?

—No —Ada se detuvo unos instantes—, esta vez, no.

Dos mujeres se acercaban por un sendero, el que se adentraba en la espesura del sector oeste, e inclinó el paraguas al pasar junto a ellas.

—¿Lo conozco? —quiso saber Jia, apretando el paso.

—Mucho. —Pero, como no añadió nada más, la chica se calló.

La ansiedad de Ada crecía tanto a cada paso que ni siquiera podía prestar atención al paisaje, y eso que siempre le había resultado sobrecogedor. El aura de melancolía de Highgate era abrumadora en otoño, con las urnas funerarias, los ángeles llorosos y las cruces de hierro que asomaban entre el manto rojizo de la hojarasca.

—Fíjese en eso. —Jia señaló unos capiteles cubiertos por una hiedra temblorosa en la entrada de la Avenida Egipcia—. Parece un decorado de teatro…

—Esto fue el colmo de la elegancia el siglo pasado —respondió Ada. Cuando entraron en la avenida, sus pasos resonaron entre las puertas de bronce con antorchas invertidas—. Pero, desde que la

reina Victoria murió, se ha pasado de moda. Ahora la gente rica prefiere enterrarse en Kensal Green, Brompton y sitios así.

«Fantasmas de otra época», pensó mientras aparecían en el Círculo del Líbano, el majestuoso anillo de panteones construido alrededor de un cedro. Reliquias de un mundo que había quedado atrás, tan congelado y muerto como el Titanic.

Allí se encontraban las tumbas de los aristócratas, algunas tan grandes que una familia entera podría dormir en su interior. Jia recorrió la circunferencia tras ella, comiéndose con los ojos los frontones resquebrajados y los pináculos infestados de malas hierbas, hasta que vio a dónde la conducía y dejó escapar un «oh».

Al otro lado del círculo, junto a unos escalones musgosos, había un panteón con una cúpula de escamas y una única palabra sobre su reja: «Rosenfield».

—¿Están… aquí? —Jia se detuvo en medio de un charco, tan perpleja que Ada tuvo que retroceder para agarrarla—. ¿Los de los retratos?

Tampoco ahora obtuvo respuesta. Tras detenerse frente a la reja, Ada la abrió con una llave que llevaba consigo y la invitó a entrar.

La decadencia de Highgate parecía haberse quedado al otro lado de los barrotes. La sepultura estaba impoluta, no había hierbajos entre los sillares, ni una telaraña en las esquinas, y lo único amontonado en el suelo eran unas coronas fúnebres: rosas de un rojo sangre, asfódelos blanquecinos y, para extrañeza de Jia, dedaleras.

—Parece Hyde Park en primavera —dijo en un tono tan quedo como el que habría usado en una catedral—. A su maestra debían de gustarle las flores.

—Más bien era milord el que no podía pasarse sin ellas. —Ada cerró la reja a sus espaldas—. He perdido la cuenta de la cantidad

de ramos que les he enviado.

Había estado en aquel panteón tantas veces que podría describirlo mejor que su propio dormitorio. El pequeño altar del fondo, con un jarroncito flanqueado por dos candelabros. El relieve de mármol de la *Resurrección de Lázaro* que lo coronaba. Las vidrieras decoradas con ángeles pelirrojos de Dante Gabriel Rossetti.

Las lápidas de la familia Rosenfield a ambos lados, pertenecientes a personas a las que Ada no conocía y salpicadas por los únicos pétalos marchitos.

Y las dos losas del centro, tan blancas que parecían atraer toda la luz.

LORD VICTOR ARTHUR WILLIAM ROSENFIELD
Nacido en 1868 · Fallecido en 1893

LADY ANNABEL ROSE ROSENFIELD
Nacida en 1882 · Fallecida en 1903

Sí, había estado ante sus tumbas más veces de las que podía recordar, pero todo era distinto ese día…, como arrancado de un sueño. Una sensación parecida a la que le había asaltado en Grace Church, frente a la placa conmemorativa de Edith, con la diferencia de que allí sí que había dos cuerpos dentro de sus ataúdes.

«Esto no me parece real. —Probablemente, no se lo parecía porque nunca había imaginado que haría lo que ahora se traía entre manos—. Pero es demasiado tarde para echarme atrás».

—«Volveremos a encontrarnos» —dijo Jia.

Observaba una losa más pequeña colocada entre las dos sepulturas, un relieve con unas manos enlazadas en gesto de saludo.

—La profesora Dashwood nos ha hablado de esto. —Señaló el

pergamino de debajo—. La despedida de los vivos y los muertos…

—O el reencuentro —dijo Ada—, lo cual sería más apropiado.

Aquello hizo que Jia apartara los ojos del relieve.

—¿Para qué creías que te había traído? —preguntó Ada cuando la miró con los ojos muy abiertos—. ¿Para que me ayudases a barrer?

—¿No pensará…? —A Jia se le abrió también la boca—. ¡Señorita!

No sonaba asustada, ni siquiera preocupada, solo… confusa.

—Se supone que no puedo hacerlo. Cuando entré en la academia…

—Las cosas han cambiado mucho. —Ada regresó junto a la reja para echar un vistazo entre los barrotes—. Y los problemas a los que ahora tengo que enfrentarme, también. Tanto que no se me ocurre ninguna otra solución.

Se oía hablar a varias personas en lo alto del Círculo del Líbano, pero no parecía haber ninguna cerca. Aun así, hizo girar la llave en la cerradura.

—Ayer, en clase, Lucy me acusó de no respetar la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos —insistió Jia—. Ni siquiera el profesor Westwood pudo defenderme, y eso que le gustan las causas perdidas más que el té.

—Jia —interrumpió Ada—, te aseguro que no se te va a ocurrir ni un solo reparo en el que yo no haya pensado ya cien veces. Sé que me arrepentiré de esto, que puede salir horriblemente mal, pero… no te lo pediría si no fuera necesario.

—¿Esto es por lo que le prometió a Heather? ¿Lo de que no haría que Roy…?

La indefensión que leyó en el rostro de Jia hizo que, por enésima vez desde que se encontraban allí, se le encogiese el estómago. «No soy mejor que el señor Zhang —pensó abrumada por la culpa—, ni que sus antiguos clientes de Limehouse, ni que la gente de los bajos

fondos neoyorquinos que trató de aprovecharse de Roy».

Qué sencillo había resultado juzgarlos desde la Academia Rosenfield, cuando su mayor preocupación era que la Sociedad de Investigaciones Psíquicas metiese la nariz en sus asuntos. Qué manera de tragarse sus palabras… y sus principios.

—Perdóname, Jia… —Ada se pasó una mano por la frente—. Tienes razón, te estoy pidiendo demasiado. Será mejor que volvamos a…

—¿La quería mucho? —dijo Jia—. ¿A la señorita Lovelace?

Había clavado los ojos en la losa de la derecha. La luz empezaba a menguar y las sombras de los barrotes sobre el nombre de Annabel eran más oblicuas.

—Como a una hermana —dijo Ada—. No, más que a una hermana, porque a los hermanos no se les elige; se les quiere por puro instinto. Ella descubrió todos mis defectos, supo cuáles eran mis imperfecciones y, aun así…, me escogió.

«Y, al escogerme, me salvó, por eso necesito traerla de vuelta. Porque nunca he estado más necesitada de salvación».

—Parece una razón suficiente —contestó Jia.

A Ada le sorprendió comprobar que tenía los ojos húmedos.

—Porque usted también nos escogió. Y eso…, eso nos cambió la vida.

—Era lo que la señorita Lovelace quería, que ayudase a otras niñas en su misma situación. Que la academia se convirtiese en el hogar que nunca pudo tener.

—Entonces todo se lo debemos a ella. Aunque sea a través de usted. —Y, tras aclararse la garganta, Jia le pidió—: Hágase a un lado, señorita.

Mientras la luz languidecía, se agachó junto a la losa. A Ada, que había dado un paso atrás, le pareció que el panteón retumbaba con

sus latidos; sonaban tan fuerte que incluso los muertos debían de oírlos a dos metros bajo tierra.

«No va a funcionar». Jia había cerrado los ojos con las manos sobre el epitafio, pero Ada no percibió nada extraño, por lo menos de inmediato: ninguna resonancia espectral, ninguna corriente de ultratumba, solo un silencio que le hizo ser más consciente que nunca de lo muerto que estaba todo en Highgate.

Y entonces, cuando llevaban cerca de un minuto calladas, se percató de algo que casi la hizo atragantarse, aunque tan sutil que podría haberlo confundido con un efecto lumínico: una neblina comenzaba a ascender desde la losa sepulcral.

No, no era de la piedra de la que brotaba, era de las letras cinceladas en el mármol. Al principio, resultaba casi invisible, como una concentración de motas de polvo; más tarde, adquirió una tonalidad plateada, refulgente en la penumbra, como…

«El ectoplasma». Hasta que no notó una presión en la espalda, Ada no reparó en que había vuelto a retroceder, aunque los barrotes no eran lo único frío: la temperatura del panteón descendía por momentos. «No te hagas ilusiones, no va a funcionar —se empecinó —. Estás llamando a una puerta imposible de abrir».

Pero la neblina siguió ascendiendo, la superó en altura, y el pulso se le desbocó cuando sus contornos, como perfilados por un pincel, formaron una silueta traslúcida que habría reconocido en cualquier parte, en cualquier plano.

El gris de una manta sobre sus hombros, la que debía de arroparla en el momento en que murió. El blanco de un camisón ondeando alrededor de sus pies descalzos. El rojo de una espesa melena sacudida por las corrientes del Asfódelo.

El verde de unos ojos que, despacio, se posaron en Ada.

—Señorita Lovelace —dijo con una voz que no parecía la suya.

Jia, que se había puesto en pie, reculó también hasta la reja. Tenía la respiración tan alterada como ella, pero Ada no se dio cuenta. Era incapaz de reaccionar.

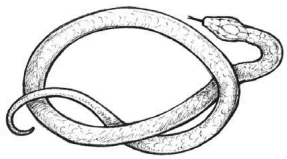
—Se…, señorita… —Y, al parecer, también de hablar—. Señorita…

Sus lágrimas apenas le permitieron ver cómo el espíritu, tras observar sus propias manos, volvía a mirarla. Poco a poco, su incredulidad dio paso a una expresión que Ada conocía bien, a medio camino entre el escándalo, el rencor y la resignación.

Y, cuando abrió la boca, fue para pronunciar una única frase, la más cariñosa que una maestra podía dedicar a su discípula después de trece años sin verla.

—Ada Chapman —dijo Annabel—, te voy a matar.

CAPÍTULO XVIII



Fue una suerte que Florence y Aurora, ahora que no se encontraba maniatado, se mostraran menos gallitas; en cuanto la directora se marchó, las dos se escabulleron hablando con alguien (supuestamente, Edith Evans, tan pelmaza como cuando estaba viva) y Thorne pudo hacer lo que tenía en mente desde que puso un pie allí.

Le había asegurado a Chapman que llamar más de una vez sería arriesgado, pero prefirió ignorar su propio consejo. Ahora, a la centralita le resultó más sencillo: no pasaron ni dos segundos antes de que Caroline Morland descolgara el teléfono.

—Qué honor saber de ti, Alabaster Thorne. Daba por hecho que, con esa pericia como tirador, ya te habrían reclutado los del servicio secreto.

—Sí que han actualizado pronto mi currículum, señora Morland.

—No te lo tomes como una crítica, estoy fascinada con los talentos ocultos que mostraste en Worthington Hall. Casi tanto como los periódicos de mañana.

—Si le preocupa la Orden, dudo que nadie sospeche…

—Descuida, hace falta más que un magnicidio para comprometernos. Tenemos contactos en bastantes más instituciones de las que puedas imaginar.

Tras hablar con Wilhelmina, su secretaria, Morland regresó al aparato.

—Scotland Yard ha puesto en marcha una investigación, pero el conde no está colaborando demasiado. Por alguna razón, se ha negado a que examinen el cadáver de su esposa y ni siquiera ha permitido que lo toquen los de las pompas fúnebres. El servicio se está ocupando de todo; mañana mismo la enterrarán. Y la policía, como es lógico, se tira de los pelos. —Los tacones de Wilhelmina se alejaron—. Pero, como acabo de decir, tú estás fuera de peligro. Nadie conoce tu identidad.

—Pues a Chapman parecen acumulársele los problemas. Supongo que también se habrá enterado de lo de la chica asesinada en la Academia Rosenfield.

Mientras la lluvia martilleaba contra los cristales, Thorne puso a su superiora al corriente de la conversación que había espiado desde el balcón. Su imperturbabilidad le hizo sospechar que no era la primera vez que oía hablar de Roy Bowie.

—Al final has hecho bastante más de lo que te mandé —dijo Morland cuando concluyó—. Has cumplido la misión con creces. Una lástima lo de tu frente.

—He sobrevivido a cosas peores. —Thorne observó su reflejo en el teléfono de cobre. El moratón provocado por la gárgola empezaba a virar al amarillo—. Durante mi encierro aproveché para sonsacarles todo lo que pude a las mocosas de Chapman. La mayor, Florence, cree que tiene un don para la catoptromancia…

—La adivinación con espejos. Lleva usándose desde la antigua Grecia.

—Hay otra que asegura ser capaz de atraer a los espíritus que ya han partido.

—Como Churchill se entere, enviará al duque de Wellington al Somme.

—Y la tercera, una novia de Drácula en miniatura, también sabe hacer algo, pero no conseguí que me dijeran nada más. Parecía turbio incluso para ellas.

—Habrá aprendido a echar el tarot gracias a una revista.

Thorne volvió la cabeza, pero no había ni rastro de las chicas. A juzgar por lo amortiguado de sus voces, debían de haber subido al piso de arriba.

—También he descubierto cosas interesantes acerca de Chapman. Cuando le pregunté por ella, Florence me contó que es una médium recipiente.

—Siento decir que no hay nada nuevo en eso. Lo sé desde hace años.

«Debe de tener todo un archivador del Registro dedicado a ella», pensó Thorne mientras la oía remover unos papeles. El Registro era el corazón de la sede de la Orden, una estancia tan restringida que solo se podía acceder con permiso de Morland; allí se almacenaba toda la información recogida por los investigadores. «Habría sido un detalle que, por una vez en mi puñetera vida, me dejasen poner un pie allí».

—Las médiums recipientes fueron bastante populares en la época victoriana. Se suponía que los espíritus las usaban para comunicarse directamente con los vivos.

—Se les metían dentro —asintió él— y hablaban a través de sus bocas.

—Decían —matizó Morland— que hablaban a través de sus bocas y, en algunos casos, llegaban a utilizar sus cuerpos para tocar de

nuevo a sus seres queridos.

Algo irrumpió en la memoria de Thorne como si también fuera un fantasma, el chirrido de los muelles de una cama, el contacto de unos dedos helados en plena noche. Unos sollozos entrecortados en su oído: «Estamos aquí, aquí, aquí…».

—Durante esas posesiones, las médiums decían perder el conocimiento —siguió diciendo Morland—, hasta el punto de no albergar recuerdos sobre lo ocurrido. Una circunstancia muy conveniente cuando las cosas se les iban de las manos.

El brazo de un policía arrastrándolo calle abajo. Una niña que lloraba colgada de su cuello. «No sabíamos nada». Su propia voz. «De verdad, nada».

—Pero Chapman no hace nada de eso. —Se esforzó por centrarse —. Siempre se mantiene consciente en sus sesiones; he visto muchas fotografías en el *Light*.

—No, afirma que puede ver a los espíritus y comunicarse con ellos. Se vende como una médium clásica, igual que su maestra. No se deja poseer por ninguno.

—Pero ¿por qué renunciaría a una estrategia tan teatral?

—Tengo mis sospechas, pero aún no las he confirmado del todo.

Thorne apoyó una mano en el empapelado de crisantemos de la pared.

—¿Qué piensa en realidad de ella, señora Morland?

—¿No irás a decirme que tienes dudas? —Parecía divertida—. ¿Que lo sucedido en la mansión de los Worthington te ha hecho cogerle cariño?

—No más que a Danvers y ya sabe cómo acabó —replicó Thorne —. Me refiero a los informes del Registro acerca de su trayectoria, su motivación…

—Si tanto te interesa, pienso que es espabilada, más de lo que

aparenta. Que ha heredado un negocio estupendo y ha sabido exprimirle hasta la última gota.

—Entonces no es más que una buena actriz. Como Lovelace.

—Lovelace era una actriz trágica, la reina del escenario; Chapman solo es una suplente a la que le queda demasiado grande el vestuario de la gran estrella. No olvides ese detalle porque te aseguro que ella nunca lo hará. —Thorne tardó en percatarse de que casi estaba estrujando el teléfono—. En cualquier caso, pronto podremos averiguar más cosas. Necesito que la traigas aquí, a la Orden, lo antes posible.

Aquello lo desconcertó tanto que tardó en reaccionar.

—No vamos a practicarle una vivisección —aclaró Morland—, solo queremos hacerle unas preguntas. He recibido cierta información relacionada con ese niño.

—Chapman no querrá ni poner un pie en nuestra sede.

—Y sus clientes tampoco querrán que los estafe, pero no tiene por qué saber a dónde se dirige. Tú también eres un buen actor, querido; algo se te ocurrirá.

Cuando él volvió a guardar silencio, los murmullos entrecruzados de la centralita resultaron aún más audibles, como si estuviera poseída por sus propios espíritus.

—Antes de que cuelgues, hay otras dos cosas que quiero encargarte.

—Va a tener que subirme el sueldo, señora Morland, y mucho.

—No estaría mal que jugases un poco con ella. —Hubo un ruido de porcelana al otro lado de la línea—. Que la desestabilizases antes de darle el golpe de gracia.

El rumoroso susurro del té. El tintineo de una cucharita en una taza.

—Cuando habla de desestabilizarla, ¿se refiere…?

—A que con ella recurras al procedimiento habitual.

Casi pudo oler el aroma del *darjeeling*. Era como regresar al despacho durante su último encuentro. La rabia que Thorne sentía también era la misma.

—¿Necesita a su puta de vuelta antes de que se marchiten sus encantos?

—Cielos, sí que te ofendió aquello. —Su superiora soltó una risita —. Pareces una adolescente indignada porque le han comentado que tiene un grano.

—Ahora quiere que seduzca a Chapman. Como a Danvers y a las demás.

—En nuestros informes no consta nada sobre parejas estables. —De nuevo, el repiqueteo de la cuchara—. Ha tenido algún que otro amorío, pero ninguno serio. Una solterona de veintinueve años agradecerá que alguien se pasee por su jardín, le riegue los arbustos en flor, le quite la hojarasca, esas cosas. Además, es bastante guapa. —Morland sorbió el té—. Seguro que existen sacrificios mayores.

—La última vez que hablamos —espetó él—, me dijo que no me molestase en intentarlo. Que con Chapman sería más complicado que con las otras.

—Bueno, Thorne, las cosas han cambiado. Antes solo tenías que colarte en la Academia Rosenfield durante unas horas. Ahora vas a estar a solas con ella…

—A solas, no; tenemos a tres alumnas suyas con nosotros.

—En una de las casas más elegantes de Mayfair. Con suficientes alcobas como para desaparecer una hora o dos. Creo que no necesito explicarte nada más.

«El Titanic también era el colmo de la elegancia», pensó mientras se restregaba los ojos. Nunca había hablado con su superiora de

aquello; para la Orden de Cassandra, su cojera era consecuencia de un disparo accidental. Morland no tenía ni idea de lo que su difunto esposo le había ordenado cuatro años antes. «Seducir a una mujer a la que seduje antes. A una que me detesta precisamente por eso».

—Trataré de dejar bien regadas sus florecitas. ¿Y el segundo encargo?

—Ya que estás ahí, aprovecha para inspeccionar el terreno. Quiero un informe completo sobre cada habitación de esa casa. Todo analizado palmo a palmo.

—Hice lo que pude con su despacho, pero no saqué nada en claro. Si Chapman instaló artilugios fraudulentos en él, debían de estar bien escondidos…

—Nadie está hablando ahora de Chapman. Te ha dejado entrar en el número 23 de Albemarle Street, el antiguo hogar de Lovelace, uno de los sanctasanctórums del espiritismo. Tú mismo lo reconociste, era la médium más famosa del país.

Hasta ese momento, Thorne no había sido consciente del frío que hacía en el vestíbulo, o puede que en toda la casa; notó cómo le recorría un escalofrío.

—Sé que eran otros tiempos, pero los perjuicios causados por las espiritistas de su generación son…, son incalculables, Thorne —continuó su superiora—. Bastaba que una sola pareciese intachable para que incluso los más escépticos comenzasen a sentir dudas. Por eso necesitamos exponerlas de una vez como las embaucadoras que fueron. —Oyó cómo Morland removía el té—. Nada me haría más feliz, aunque sea con veinte años de retraso, que acabar con la reputación de Annabel Lovelace.

Ahora el frío era aún mayor, tanto que se le erizó la piel. Cuando Thorne se dio la vuelta, creyó captar un movimiento con el rabillo del ojo, aunque tan sutil que tardó en distinguir su procedencia: era

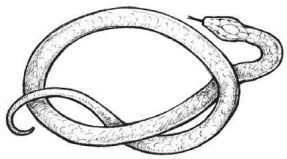
la borla de la cuerda de una cortina.

Pese a la penumbra, vio cómo algo la hacía mecerse. «¿Qué…?».

—Haz esto por la Orden y, quizá —su superiora hizo hincapié en aquello—, comience a dejar otra clase de misiones en tus manos.

Y, mientras seguía mirando la borla, colgó el aparato.

CAPÍTULO XIX



Durante el trayecto hasta el cementerio, y mientras recorría con Jia los senderos encharcados, el último resquicio de optimismo de Ada había estado fantaseando con aquel encuentro: cuando supiera por qué la había traído de vuelta, la señorita Lovelace se emocionaría con su determinación, le explicaría lo orgullosa que se sentía, ambas se repetirían entre lágrimas cuánto se querían y, mientras Europa entera saltaba por los aires, se alejarían juntas hacia la puesta de sol. Una escena preciosa que atesoraría en su memoria como el instante en el que sus problemas empezaron a resolverse.

—Si supiera cuánto he soñado con esto… —No habría sido capaz de decir en qué momento se había echado a llorar—. El miedo que tenía de que no funcionara, de no poder volver a verla, no hasta que yo también hubiera muerto…

Se había puesto a llover aún más y el panteón de los Rosenfield, de no ser por la luz que irradiaba su maestra, se encontraría sumido en las tinieblas.

—Estos años han sido… un suplicio —prosiguió con voz temblorosa—. Heather y yo estábamos seguras de que no

saldríamos adelante, no después de que usted nos hubiera dejado… Pero ahora está aquí otra vez, señorita, y…

—¿Te suena la expresión «descanse en paz»? —dijo Annabel.

A Ada se le enfriaron las lágrimas y no solo por estar ante un espíritu.

—¿Qué? —Tenía que haber oído mal—. Señorita, ¿de qué…?

—Me has entendido perfectamente. ¿En qué demonios estabas pensando?

Cuando Annabel dio un paso hacia ella, sus pies atravesaron una de las coronas fúnebres de dedaleras. Jia, por su parte, seguía boquiabierta.

—¿De verdad que no se le ocurre nada más bonito? —Ada sonó más ofendida de lo que había imaginado—. ¿Ni un «cómo te he echado de menos»? ¿Un «estaba deseando volver a verte», un «la eternidad es soporífera sin ti»?

—No te hagas la víctima, sabes de sobra que te he echado de menos.

«Bueno, parece que esto no ha cambiado —pensó Ada mientras se secaba la cara—. Aún soy capaz de sacarla de quicio».

—Estaba tranquilamente en mi casa —continuó Annabel—, disfrutando de la puesta de sol con una novela policiaca y una taza de *earl grey*…

—Sí que saben divertirse en el Más Allá —susurró Jia.

—… cuando noté cómo algo invisible tiraba de mí. Una sensación parecida a la de cruzar el umbral del Otro Lado solo que en la dirección opuesta. Entonces entendí lo que estaba pasando y me dije: «Esta es la clase de cosa que la cabeza de chorlito de mi aprendiza haría». —Annabel respiró hondo—. Y acerté.

—Eh… Siento haberle estropeado la tarde. —«¿Desde cuándo pueden beber té en el Cielo?»—. Pero ha sido por una buena razón.

—Ada, cuando mi señor esposo me cambia los marcapáginas de sitio, considero que me ha estropeado la tarde. Lo que tú has hecho es un auténtico…

Pero entonces reparó en las vidrieras con ángeles pelirrojos, en el altarcito con los candelabros, en la reja de entrada. En los retazos del Círculo del Líbano, cada vez más sumergido en las sombras, que se distinguían entre los barrotes.

—Estamos en Highgate —dijo Annabel—. En la tumba de Victor.

—Los parientes de milord insistieron —explicó Ada—. Cuando supo que había muerto, su prima Sabine se empeñó en traerla aquí. Dijo que era de la familia.

—Un detalle conmovedor, pero no sé cómo pudieron justificarlo.

—La explicación oficial fue que lo habían hecho por… deferencia. Porque milord había sido su espíritu protector y, de algún modo, el vínculo entre los dos…

—¿Sí? —dijo Annabel—. ¿Y eso —señaló su losa— también fue por deferencia?

Ada tardó en entender que se refería al Rosenfield de su epitafio.

—Eh…, puede que circularan rumores en Londres después de su entierro.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Annabel.

—Puede que algunos de sus clientes dedujeran que… se habían casado.

Lo cual no era mentira, la propia Ada había actuado como testigo.

—Pero no saben que lo hizo el arzobispo de Canterbury —se apresuró a añadir—. Quiero decir, el fantasma de un arzobispo de Canterbury…

En la ceja derecha de Annabel apareció un tic.

—Ni que milord también era… un fantasma cuando sucedió.

El tic se volvió más visible, y eso que seguían en penumbras.

—La teoría más aceptada es la de que se casaron antes de que él muriera —Ada empezaba a desesperarse—, por eso usted heredó su propiedad de Londres y, después, me la dejó a mí. Hablando de eso, ¿sabe que he montado una acade…?

—Yo prefiero la teoría de que usted se lo cargó para heredar —intervino Jia—. Me da igual que casi nadie se la creyera, era jugosísima.

El pisotón que le asestó Ada resonó de manera estruendosa.

—Ada, tenías una misión. —Annabel se tapó la cara—. Una sola misión. —Alzó un dedo—. Mantener mi memoria intacta. Velar por mi legado.

—Y lo he hecho —se defendió Ada—. Por eso estamos ahora aquí, porque todo lo que hemos construido se encuentra en peligro.

Mientras la penumbra se hacía cada vez mayor, procedió a explicarle lo ocurrido con Roy tras el naufragio del Titanic. Annabel la escuchó con la espalda apoyada en una vidriera y una expresión más escéptica a cada minuto que pasaba.

—Seguro que ninguno de esos supuestos resucitados murió —dijo cuando acabó de hablar—. Estarían en un estado letárgico, paralizados por la hipotermia o algo por el estilo, y el barco que los rescató los confundió con cadáveres.

«Siempre tan condenadamente pragmática».

—Henderson, de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas…

—Estupendo, no teníamos suficiente con Lloyd y compañía.

—Henderson me dijo que la tripulación del Mackay-Bennett los había colocado sobre montones de hielo. A la mayoría de las víctimas las arrojaban al agua, pero los aristócratas pasaban por las manos de un embalsamador.

—¿Y ese tal Roy los tocó y… despertaron? ¿Quiénes eran?

—Calista Holloway, que se casó con el conde de Worthington…

—He oído cosas del conde, pero no demasiado buenas. —Annabel enarcó una ceja—. Suele apostar en las carreras de Ascot más de lo que debería.

—El señor Fotheringay, un armador de Washington, y la señora Wildingham, una viuda —continuó Ada—. Todo apunta a que, mientras permaneció en Nueva York, Roy se vio obligado a resucitar a otras personas, pero no las conocemos.

Su maestra se quedó observando el relieve del altar. Había algo inquietantemente profético en el Jesucristo inclinado sobre el cuerpo amortajado de Lázaro.

—¿Crees que ese niño poseerá un don como el de esta? —Señaló a Jia con la barbilla—. ¿Uno capaz de traer de vuelta a los espíritus que han partido?

—Ya se lo he explicado, lo de Roy es más complejo. No se limita a atraer a las almas, las devuelve a sus cuerpos, las hace… habitarlos de nuevo.

—Y esta tiene un nombre —repuso la chica—. Me llamo Jia Zhang.

—Una sonoridad preciosa, pero no esperes que me lo aprenda. Pienso estar de vuelta antes de que a mi *earl grey* le dé tiempo a enfriarse.

Una vez más, el silencio hizo que Ada sintiera retumbar su pulso.

—Porque espero —insistió Annabel— que puedas devolverme al Cielo.

—Claro que puedo —dijo Jia de mal humor—. Con hacer lo mismo que antes…

—No, no puede —la interrumpió Ada—. No lo permitiré.

La mirada que su maestra le lanzó podría haber congelado la lluvia.

—Necesito ayuda, señorita —continuó—, y no se me ocurría nadie

más a quien acudir. Si existe una persona que lo sepa todo acerca del Más Allá…

—Así que por eso estoy aquí. —Annabel resopló—. No era mi compañía lo que echabas de menos, era que volviera a sacarte las castañas del fuego.

De todas las reprimendas que se había ganado, aquella prometía ser la peor.

—Esto es más que un sacrilegio, es una blasfemia. Me has obligado a recorrer en contra de mi voluntad el camino opuesto al que una médium debería abrir. Es como si…, como si una costurera se dedicara a deshacer su propio tapiz.

—Penélope lo hizo en la *Odisea* y todo terminó bien…

—Para poder reencontrarse con su marido, Ada. Yo ya me había ganado pasar la eternidad con el mío. —El cabello de Annabel revoloteó al sacudir la cabeza—. Por mucho que me haga perder la paciencia, y no solo por cambiarme los marcapáginas, no quiero más existencias en las que tengamos que estar separados.

La culpabilidad oprimió aún más el pecho de Ada al verla contemplar la losa de lord Rosenfield. «He ahí algo que tampoco ha cambiado —reflexionó con una pizca de envidia—. Sigue siendo el amor de su vida. Y el de su muerte».

—Tiene que haber algún modo de persuadirla para que se quede. —Como no contestó, Ada se acercó más—. Si no le apetece hacerlo por mí, piense en lo mucho que han cambiado las cosas desde que se marchó. Apuesto a que se muere de ganas…, es un decir…, de descubrir cómo es Londres ahora.

Su maestra se limitó a cruzarse de brazos.

—Los adelantos tecnológicos. Los coches, por ejemplo…

—Sí, esos petardeos que se oyen a lo lejos suenan a música celestial.

—¡Las nuevas modas! Nos encantaba ir de compras juntas. Cuando vea lo que nos ponemos, se quedará de piedra. Los pantalones están…

—Eso me trae sin cuidado. —A Ada le recorrió un escalofrío cuando pasó junto a ella—. Aunque estaría bien que, por una vez, pagaras tú.

Al alcanzar los barrotes, Annabel los atravesó como si fuera de humo, pero no se alejó del panteón, solo se quedó observando el Círculo del Líbano. Pese a no verle la cara, Ada supo que no pensaba en el presente, sino en el pasado.

Ella había crecido allí, en Highgate, pero no había sido una infancia feliz. Por supuesto que no quería volver atrás, no ahora que tenía cuanto había deseado, aunque fuera en otra dimensión. Ada estaba a punto de tirar la toalla cuando…

—Usted no es la única que ha regresado. Sherlock Holmes también.

Annabel apartó la mirada del empapado cedro.

—¿Qué? —«Lo sabía», pensó Ada—. ¿De qué hablas?

—Arthur Conan Doyle decidió resucitarlo…, por decirlo así.

—No puede ser. Lo mató en 1893, en *El problema final*.

—Y usted también murió, pero aquí está. Si le sirve de consuelo, ahora tienen más cosas en común que sus cerebros sobrenaturales.

Su expresión, en otras circunstancias, la habría divertido de lo lindo.

—Ada, te digo que es imposible. Toda Inglaterra guardó luto por Sherlock Holmes. La gente se puso crespones en su honor. Algunos llegaron a enviar coronas fúnebres al 221B de Baker Street. —Annabel luchó consigo misma antes de confesar—: La mía era espectacular, incluso más que estas.

Señaló los montículos de flores colocados alrededor de las losas.

—Pues esa presión surtió efecto —contestó Ada—. Doyle lo trajo de vuelta el mismo año en que usted murió, así que ya lo ve, no soy la única sin escrúpulos.

—Te lo estás inventando para tratar de retenerme.

—Ese otoño apareció otro relato suyo en el *Strand Magazine*. —Ada vio cómo su maestra abría mucho los ojos—. Y, desde entonces, han salido casi veinte más.

—No me creo ni una palabra, Ada Chapman. Debería darte ver…

—Y también una novela, *El valle del terror*. Aunque solo fuera por eso —Ada cruzó los dedos tras la espalda—, merecería la pena quedarse un poco más.

Casi pudo ver cómo echaban humo los engranajes mentales de Annabel.

—Se cayó por las cataratas de Reichenbach mientras peleaba con el profesor Moriarty. El propio doctor Watson dijo que era imposible que se salvara…

—Lo venció con un arte marcial. Una llave de *baritsu*, *bartitsu* o algo así.

—¿Arte marcial? —Annabel se volvió hacia Jia—. ¿Mi Sherlock Holmes?

—A mí no me mire; eso suena a japonés y yo soy medio china.

Por encima del fragor de la lluvia, las campanas de una iglesia dieron las siete menos cuarto. «El cementerio está a punto de cerrar», pensó Ada sintiendo cómo se le humedecían las manos. Casi había perdido la noción del tiempo, pero el guarda no tardaría en hacer su última ronda… «Tengo que convencerla como sea».

—Si acepta quedarse durante unos días, prometo leerle todo lo nuevo de Sherlock Holmes y, a cambio, usted me echa una mano con lo de Roy.

—Por última vez, Ada, te he dicho que no. No existen argumentos,

coacciones ni sobornos con los que puedas enredarme, así que ya estás…

Ada tardó en entender por qué Annabel se había detenido: mientras hablaban, la temperatura había vuelto a descender, tanto que casi le castañeaban los dientes, y Jia se había agachado disimuladamente al otro lado del panteón.

Solo que, esta vez, no era su losa la que tocaba.

—Jia. —La sorpresa paralizó a Ada—. Jia, pero ¿qué estás…?

No fue necesario que respondiera, la neblina que empezaba a brotar del epitafio, idéntica a la que había formado la silueta de Annabel, lo hizo por ella.

—No —dijo su maestra, horrorizada—. ¿No pretenderás…?

—Antes aseguró que no quería estar separada de su marido —dijo Jia—. Bueno, ya no tendrá que hacerlo, así que se ha quedado sin excusas.

En cuestión de segundos, aquella concentración de moléculas se volvió más definida, sus contornos, más reconocibles, y su resplandor, más intenso…

—¡Para ahora mismo! —Annabel atravesó la tumba tan rápido que casi dejó una estela de luz—. ¡Que queráis utilizar a mi personaje preferido para retenerme ya es bastante ruin, pero que intentéis hacer lo mismo con…!

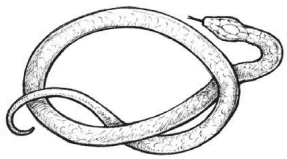
—No disimules, querida; todos saben que tu personaje preferido soy yo.

Entonces, con una última ráfaga de aire helado, la neblina se convirtió en otro espíritu, un hombre de unos veinticinco años con la piel pálida, el pelo oscuro como la noche y los ojos de un gris tan claro que parecía plateado.

—Hola, Ada. Cuánto tiempo. —Y, tras sacudirse unas motas de polvo invisibles de la levita, lord Rosenfield sonrió—. Cuéntanos,

¿qué nos hemos perdido?

CAPÍTULO XX



—Con esa cara, Florrie, pareces salida de una trinchera.

La voz de Aurora arrancó a Florence de su ensimismamiento. Llevaba un buen rato observando, sentada en la escalera del vestíbulo, cómo las rendijas de luz de las cortinas se desvanecían, mientras se mordisqueaba los dedos.

—Tengo motivos para estar preocupada —contestó cuando su amiga se detuvo ante ella—. Entre lo de Lucy, el intento de secuestro de Roy, nuestra huida…

—Solo que ya estabas preocupada antes. Más de lo habitual.

Los ojos de Aurora la hicieron sentirse como si la taladraran. «Esa es la más lista —había oído decir a Edith una vez—. Otra cosa es que le apetezca demostrarlo».

—Sé que estos días te ha pasado algo de lo que no quieres hablar.

—Es que no me encontraba bien —mintió Florence—. Una indigestión.

El recuerdo de la cara que le había hablado desde el cristal del coche le hizo tragar saliva. «Corred —había susurrado aquella mujer —. Corred ahora mismo».

—A ti nunca te pasa eso; eres más glotona que la señorita Chapman.

—Me dolía la barriga. Empecé a manchar ayer, pero…

—No te toca hasta la semana que viene, Florrie. Siempre te llevo la delantera.

«Es verdad que sabe mucho. —Se agobió Florence—. Demasiado».

—Hablando de la señorita Chapman. —El ruido de una llave en la puerta principal la hizo ponerse en pie—. Tienen que ser Jia y ella. Han tardado muchísimo…

—También puede que sea un asesino. —Cuando Florence la miró, Aurora se encogió de hombros—. La probabilidad no es nula. Nunca lo es.

—¿Florence? ¿Aurora? —Las dos se volvieron hacia la puerta—. Había olvidado que tenemos un cerrojo. Abrid, por favor, estamos…

—Antes tiene que darnos la contraseña, señorita. Por seguridad.

—Florence, no digas bobadas. No habíamos acordado ninguna contraseña.

—¿Entonces cómo sabremos que es usted de verdad?

—Y no un asesino en serie —añadió Aurora—. O cuatro.

—Por el amor de Dios, estáis oyendo mi voz. Sabéis que soy yo.

—Y yo, so tontas. —Esa era Jia—. Como no abráis…

—¿En serio tengo que pedir permiso para entrar en mi propia casa?

Antes de que Florence y Aurora pudieran sorprenderse, una silueta traslúcida atravesó la puerta; una mujer con una expresión de mal humor aún más espeluznante que el pequeño detalle de estar muerta. Florence se apartó con un grito.

—Tenéis suerte de que ya no necesite llaves —dijo Annabel—. Si me hubierais hecho esto estando viva, se os habría quedado Londres

pequeño para correr.

Aurora alzó tanto las cejas que desaparecieron bajo su flequillo. Florence boqueó como un pez fuera del agua, pero corrió a quitar el cerrojo.

—Es… —Sus ojos regresaron a la puerta—. Son…

—Mira qué considerada es nuestra Ada. —El espíritu de lord Rosenfield también acababa de atravesarla—. Nos ha preparado un comité de bienvenida.

—Más bien parece una merienda de adolescentes —comentó Annabel.

—Son ellos. —Florence jadeó—. Los de los retratos.

—La pelirroja y el dandi —dijo Aurora—. A Lucy le daría un soponcio.

—Es una pena que le haya dado ya. —Cuando la puerta se abrió, Jia irrumpió sacudiéndose el agua como un perrito—. Madre mía, estoy calada.

—Como no bajes la voz —susurró Ada mientras la seguía y cerraba el chorreante paraguas—, todo Mayfair sabrá que vuelve a haber vecinos aquí.

Daba igual lo largo que hubiera sido el trayecto desde el cementerio, todavía le costaba procesar que aquello fuera real, que las dos personas que más habían influido en su vida estuvieran allí… Aunque no del modo en que habría deseado.

—Menuda avalancha de recuerdos. —Lord Rosenfield giró sobre sus talones con una sonrisa—. El jardín en el que decidimos trabajar juntos…

—Es aún más guapo que en pintura —susurró Florence, colorada.

—La salita en la que te enseñé a bailar el vals…

—Le sienta bien estar muerto —reconoció Aurora.

—El vestíbulo en el que te recogí para asistir a esa exposición…

—Ah, Ada, por fin —oyeron decir de repente—. Cinco minutos más y a ese cazador de médiums del demonio le habría dado tiempo a rebuscar…

Al girarse hacia la escalera, Ada vio que Edith acababa de detenerse en el rellano, aunque la sorpresa no le duró demasiado.

—De modo que, para variar, te has salido con la tuya.

—¿Creías que iría hasta Highgate solo para darme un paseíto?

—No, pero no esperaba que trajeras a nadie contigo. Quise pensar que alguien como tu mentora respetaría las normas del Otro Lado más que tú.

—Estuve a punto de dejarla plantada —admitió Annabel—. Me imagino que será la señorita Evans… Ada me ha hablado mucho de usted.

—No tanto como a mí de usted. Me siento como si conociera a la realeza.

—Dice que es su espíritu protector. Un trabajo duro, ¿eh?

—Ni lo mencione. —Edith se reunió con Annabel—. Y sin días libres, pensión de jubilación ni un sindicato dispuesto a interceder por ti.

—Sabía que era mala idea que os conocierais —comentó Ada.

—Hablando de espíritus protectores… —Su maestra se dio la vuelta—. Este es mi esposo. Debido a una serie de desafortunadas decisiones encarnadas en esa cría —ahora miró a Jia—, también va a quedarse una temporada.

—Una vez más, de nada —rezongó Jia.

—Ah, sí. —Edith lo miró de arriba abajo—. El obseso de los tigres.

—Otra sufragista, y encima estadounidense —dijo Rosenfield—. Estoy perdido.

Cuando Ada preguntó por Roy, Edith le dijo que estaba echando una cabezada, así que les pidió a sus alumnas que cuidaran de él

antes de encaminarse al piso de arriba. Tenía tantas cosas de las que hablar con los espíritus que, al doblar una esquina y darse de bruces con Thorne, casi soltó un «¿qué haces tú aquí?».

—Chapman, dichosos los ojos. —Cuando se tambaleó, el joven la agarró de un brazo—. Daba por hecho que, a estas alturas, estarías cruzando el océano en otro transatlántico con un pasaporte falso.

—No me han quedado ganas de repetir la experiencia. —Ada se deshizo de él—. Además, a diferencia de otros, tengo una cosa llamada decencia.

—La trama se complica y acabamos de empezar —dijo Rosenfield.

Al reparar en cómo los miraban, Ada se puso aún más roja que Florence.

—Supongo que sí la tienes… cuando te interesa. —La sonrisa de Thorne se esfumó cuando Ada pasó de largo—. ¿A dónde vas tan deprisa?

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Con quién hablabas? —Como continuó sin detenerse, apretó el paso tras ella—. No podía ser con tus alumnas. Siguen en…

—Tampoco te importa. —Ada abrió una puerta—. Por si no te ha quedado claro, Thorne, que te permita refugiarte aquí no te da derecho a meter las narices en mis asuntos. Ahora déjame en paz, tengo mucho de lo que ocuparme.

—Chapman... —insistió él, pero la puerta se cerró a milímetros de su cara.

Le llevó unos segundos recomponerse antes de avanzar a tientas por el despacho de su maestra. Cuando tiró de la cadenita de una lámpara Tiffany, un mosaico de colores se derramó sobre la estancia, cuyas paredes verde menta contrastaban con la caoba de los muebles. Toda una pared se encontraba cubierta de estanterías, aunque se había llevado tantos libros a la academia que estaba

repleta de huecos.

—¿Quién era el rubio de fuera? —preguntó Annabel con suspicacia —. ¿Debería preocuparme por el comentario de la señorita Evans sobre un cazador de médiums?

—Sí —replicó Edith—, aunque ese sea el menor de sus defectos.

—Ah, la habitación en la que te vi los tobillos por primera vez. —Rosenfield se dirigió al diván—. Los recuerdos se vuelven aún más interesantes.

—Ada, ¿has mantenido mis cosas sin tocar? —se sorprendió su maestra.

Al volverse, Ada comprendió que se refería a los objetos del escritorio.

—Ese manual de Grendall y Hobbes fue lo último que leí. —Annabel se había quedado mirando un mamotreto abierto junto al tintero—. Y esa carta —se refería a una hoja sobre la escribanía— era para *The Spiritualist*, pero no llegué a enviarla.

—Eh… La verdad es que no pasé mucho tiempo aquí. Cuando me hice cargo de su gabinete, solía trabajar en mi cuarto, sentada en la cama o en la alfombra…

—Luego lloriquea porque le duele la espalda —refunfuñó Edith.

—En la academia sí tengo un despacho —se defendió Ada—. Según Heather, siempre está hecho un desastre, pero me apaño bastante bien. Era solo que…

Pero su maestra seguía mirándola con aquellos ojos que, pese a su transparencia, aún eran de un verde casi imposible, y Ada tuvo que claudicar.

—No me atreví a retirar nada porque era como decirle adiós para siempre, como aceptar que la habíamos perdido. Que nunca volveríamos a tenerla en casa.

Sonaba tan ridículo que se sintió abochornada; una espiritista, una

profesional del duelo, incapaz de procesar el suyo propio… Annabel, para su sorpresa, no le echó nada en cara, solo la observó unos segundos más antes de acercarse al diván.

—Esto está congelado para cualquiera que no sea un ectoplasma —comentó su marido mientras se sentaba a su lado—. ¿Por qué no enciendes la chimenea?

—Nos encontramos de incógnito, excelencia —contestó Edith—. Los últimos acontecimientos nos han hecho estar menos tranquilos que ustedes en el Cielo.

—¿Se refiere a la guerra con Alemania? —preguntó Annabel—. Sabemos que se han producido ataques aéreos, pero no hemos visto nada raro al venir.

—Comparado con lo que la señorita aquí presente ha provocado, ayudada por ese cretino del corredor, un bombardeo parecería un paseo por el campo.

Mientras les explicaba cómo la condesa de Worthington la había atacado, Ada volvió a reparar en algo que ya le había fascinado en el coche, el extraño magnetismo que hacía que, aunque no pudieran tocarse, sus moléculas casi parecieran formar parte de un único ectoplasma. Era como si una fuerza superior las hiciera orbitar en torno a las del otro: sus rodillas casi rozándose, el brazo de Rosenfield sobre el respaldo del diván, detrás de la cabeza de ella, el cabello de Annabel descomponiéndose en jirones de niebla al contacto con la levita de él.

Cuando acabó, la mirada que Ada los vio cruzar también le resultó más elocuente que todos los libros del despacho juntos. «Y pensar que yo creí tener esto con Thorne… No, con Thorne no, con Arlington».

—¿Ese niño resucitó a alguien más aparte de ella? —dijo Rosenfield.

—Ada me contó que a otros dos pasajeros, también de primera clase —contestó Annabel—, pero en Nueva York le obligaron a hacerlo quién sabe cuántas veces más. A sus tutores debió de parecerles el negocio del siglo. —Guardó un breve silencio—. Algo sé sobre niños explotados por quienes tenían que cuidarlos.

Los dedos de Rosenfield juguetearon con sus cabellos incorpóreos.

—En realidad, no han sido solo humanos —dijo Edith—. También ha traído de vuelta a nuestra mascota, así que su don se hace extensivo a los animales.

Ada se preguntó cómo podría haberlo olvidado.

—Es verdad… Hace poco, nuestro gato, Mefistófeles…

—Me encanta el nombre —dijo Rosenfield—. Mucho mejor que Micifuz.

—Mefistófeles apareció muerto y, esa misma noche, Florence, Jia y Aurora lo enterraron en el cementerio del jardín. Poco después, Roy llegó a la academia y, durante un paseo, se topó con su tumba… y lo revivió.

El pisapapeles de Annabel seguía sobre la mesa, una esfera de cristal de Murano con flores dentro, y Ada extendió un brazo para agarrarlo.

—Y, como la condesa, estaba igual que antes. —Había algo reconfortante en su peso, un anclaje al aquí y ahora—. Como si la muerte hubiera sido una siesta.

—Los charcos que ha vuelto a dejar también son los mismos. —Edith sacudió la cabeza—. Y la pobre Heather creyendo haberse librado de él…

—¿Por qué Victor tenía un cementerio en casa? —preguntó Annabel.

Aquello casi hizo que a su aprendiza se le escurriera el pisapapeles.

—Pues… no lo sé. —Miró a Rosenfield—. Pero era algo bastante habitual hace tiempo. Las familias aristocráticas solían enterrar a los suyos en…

—Pero si se compró la mansión al entrar en la universidad. —Annabel se giró hacia él—. Era su picadero de soltero; estoy harta de oír hablar de ello.

—Ah, eso era puro atrezo —dijo Rosenfield—, para darle un toque dramático.

—Por el amor de Dios —bufó Edith.

Ada abrió los ojos de par en par.

—No me puedo creer que te lo tragaras, Ada —declaró Rosenfield —. Pero si parece sacado de una novela gótica de esas que nos encantan.

—Si no hay nadie enterrado allí, esas tumbas…

—Las encargué a uno de los mejores marmolistas de Highgate. Me costaron un riñón, pero quedaban de maravilla en los atardeceres otoñales.

—Milord, no puede hablar en serio. Todos esos epitafios…

—Siento decepcionarte, pero me temo que no ha habido ningún Dorian Gray, Fitzwilliam Darcy ni Heathcliff entre los Rosenfield.

—De verdad, Ada, pareces nueva —dijo Annabel ante su estupor —. Y suelta eso de una vez. —Señaló el pisapapeles—. Me lo vas a romper.

Mientras lo devolvía al escritorio, la mente de su aprendiza se llenaba de más y más preguntas, cada una irrumpiendo con mayor fuerza…, como el agua en los compartimentos del Titanic. «Estás obsesionada», se regañó a sí misma.

—Dejando aparte el rocambolesco sentido de la estética de mi marido —siguió diciendo Annabel—, me sorprende que el niño se topara sin más con la tumba del gato. ¿Cómo ocurrió exactamente?

«Esa es una pregunta interesante», pensó Ada.

—Ahora que lo menciona, yo no estaba allí cuando pasó. Estaba…

En el desván, recordó de repente; mejor dicho, saliendo de él. Encerrando bajo llave a Thorne después de que reapareciera, de que volviera a abrir esa herida.

—Yo sí —dijo Edith—, y la señorita Lovelace tiene razón. Con todas las tumbas que había, a cuál más ridícula… —miró a Rosenfield—, Roy solo se fijó en esa.

—Ver para creer, una yanqui dándonos lecciones sobre el mal gusto.

—¿Las chicas pusieron algo en la sepultura? —preguntó Annabel —. ¿Un adorno que le llamara la atención, unas flores, algo por el estilo?

—No, solo la cubrieron con tierra. Estuvo lloviendo durante los días anteriores, así que no se apreciaba ninguna diferencia con respecto al resto.

—Pues creo que hemos dado con un buen punto de partida. Porque significaría que ese niño, de alguna manera, descubrió cuál era la única tumba real.

Esta vez, ni siquiera Rosenfield interrumpió el silencio.

—¿Quiere decir que no solo es capaz de ver a los espíritus y devolverlos a sus cuerpos? —contestó Edith—. ¿También detecta dónde están estos?

—Solo es una hipótesis…, aunque seguiría sin explicar por qué, de entre todos los cadáveres recuperados del océano, se decantó por tres en concreto.

Una vez más, Ada sintió cómo se le aceleraba el pulso, esta vez de emoción.

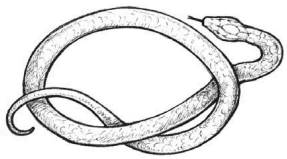
—Si no fuera incorpórea, señorita, me la comería a besos.

—No serías la única —dijo Rosenfield—, pero no entraré en

detalles.

—Me encanta cómo me queréis cada vez que os salvo el cuello. —Annabel no pudo reprimir una media sonrisa mientras se levantaba —. Pero, ahora que tenemos un cabo del que tirar, es hora de que nos presentes a ese prodigio de la naturaleza.

CAPÍTULO XXI



En contra de lo que Ada temía, nadie irrumpió en Albemarle Street para detenerlos a Thorne y a ella ni para tratar de llevarse a Roy. Aun así, siguieron con las cortinas cerradas como unos forajidos y, tras improvisar una cena con unas latas de carne en conserva, regresó al piso de arriba dejando al pequeño con los Rosenfield.

De Nathan, para su sorpresa, seguía sin haber ni rastro.

«Me extraña que la señora Shaw se haya olvidado de darle el recado —reflexionó mientras repartía una docena de mantas entre las habitaciones: Thorne dormiría en la de lord Rosenfield; Florence, Jia y Aurora en la de Heather; Roy en la de la señorita Lovelace y, para no quitarle ojo de encima, Ada decidió dejar abierta la puerta que comunicaba aquella alcoba con la suya—. Puede que no la haya avisado de que pensaba pasar la noche en otro sitio».

—Siento el trasiego, pero al menos pareces divertirte —le dijo a Roy cuando subieron a acostarse—. Has estado casi dos horas jugando a las charadas con milord. Te lo pasas en grande con él, ¿verdad?

Para levantar la moral de las tropas, Rosenfield había propuesto

dedicar el resto de la tarde a juegos de salón. «Otra reliquia victoriana —había comentado Edith desde el diván que compartía con Ada—, pero servirá para distraer a los chicos».

—Tenía un don natural para animar a la gente —admitió mientras remetía la manta de Roy—. Incluso a la señorita Lovelace y eso que a veces era más tiesa que un palo. Supongo que lo de «hasta que la muerte los separe» no se aplica a ellos.

El recuerdo de cómo los había visto reírse durante las charadas, provocándose el uno al otro hasta que Annabel (condenadamente competitiva según su marido) había ganado, le oprimió el corazón. Ella nunca sabría lo que era algo así, se dijo mientras alisaba el embozo de Roy, tener a alguien con quien entenderse mediante una mirada, un gesto…, como si las palabras hubieran dejado de ser necesarias.

Estaba tan pensativa que tardó en reparar en que le había tendido los brazos.

—¿Qué ocurre? —Se inclinó sobre él—. ¿Necesitas un vaso de agua? Si quieres, puedo… Oh… —dijo cuando le echó los brazos al cuello—. Está bien…

Roy la estrechó contra sí, apoyó la barbilla en su hombro y Ada sintió cómo la inundaba una ola de calidez.

—Está bien —susurró mientras le acariciaba el cabello, tan negro como el de Rosenfield, y lo volvía a tumbar—. Vamos, duérmete de una vez, es muy tarde.

«Podría acostumbrarme a esto —pensó mientras la respiración de Roy empezaba a acompasarse—. A tenerlo en casa, a cuidar de él… Sería como… —Le apartó unos rizos y, sin hacer ruido, le dio un beso —. Como el hijo que nunca tendré».

Hasta que no percibió un movimiento con el rabillo del ojo, no reparó en que Thorne los estaba observando desde el arco de la

puerta de la otra alcoba. Vestía en mangas de camisa, lo cual, de repente, la hizo ser consciente de lo descocado de su camisón y su pelo suelto. «Lo que me faltaba, parecemos Bernardine y el marqués de *Una ninfa en Versalles*».

Cuando se llevó un índice a los labios, el joven le hizo un gesto con el mentón, indicándole que se reuniera con él, y Ada obedeció a regañadientes.

—Tengo las joyas contadas —dijo mientras entornaba la puerta de Roy.

—Si quisiera robarte algo, ya lo habría hecho —repuso Thorne—, pero deberías temer más bien por las escrituras, los diarios y la correspondencia de tu maestra.

—Siento decirte que todo eso está guardado dentro de una caja fuerte.

—La contraseña será «Fortnum & Mason» o algo así de estúpido.

—Muy gracioso. —«Maldita sea, tendré que cambiarla», pensó Ada—. Dime para qué demonios has venido, Thorne. Estaba a punto de meterme en la cama.

—Yo también, así que iré al grano. Quieren verte en la Orden.

El pelo desordenado lo hacía parecer más joven, casi un adolescente.

—Esta tarde, mientras estabas en Highgate, utilicé tu teléfono para hablar con Caroline Morland. Dirige la organización desde la muerte de su esposo.

—Supongo que no pretenderá que la ayude a comunicarse con su espíritu.

—Teniendo en cuenta lo que opina de tu gremio…, es poco probable.

—¿Entonces? —Ada alzó una ceja—. ¿Qué puede querer de una estafadora?

—Dice que tal vez posea información interesante sobre Roy. —Thorne apoyó una mano en el marco de la puerta—. Le conté lo que te explicaron Lloyd y Henderson acerca de su rescate y lo que se supone que hizo con vuestro gato. Ah, ya estaba al corriente de lo de la condesa; mañana aparecerá en todos los periódicos.

El mutismo de Ada debió de ser tan elocuente que añadió:

—La Orden está formada por investigadores de lo paranormal, arañita. Aunque no lo creas, nos dedicamos a algo más que a meteros entre rejas.

—Pues nadie lo diría: tengo demasiado presente el encierro de Louise. —Ada echó un vistazo a la otra puerta—. Y no me llames «arañita».

Pudo ver, a través de la rendija, cómo Roy seguía durmiendo.

—En realidad, ya sabía lo que me ibas a proponer. —Se volvió hacia Thorne—. Lo que no esperaba es que no te molestases en mentirme.

Thorne, que seguía apoyado en la puerta, frunció el ceño.

—Me han dicho que tu superiora te lo dejó muy claro, tenías que llevarme como fuera a su despacho…, engañándome si era necesario.

—¿«Me han dicho»? —repitió él—. ¿Quién?

—Edith os escuchó. Estaba detrás de ti cuando colgaste.

En el silencio, el reloj de la cómoda casi resultó estruendoso.

—Buen intento, Chapman, pero necesitarás mucho más para convencerme de que tenemos espíritus pululando por aquí.

—Te recuerdo que estaba en el cementerio. ¿Cómo podría haberme enterado?

—Dos de tus chicas seguían en casa. Tuvieron que ser ellas quienes…

—¿Y monsieur no se dio cuenta de que le estaban espiando?

—A diferencia de tus clientes, monsieur tiene dos dedos de frente y prefiere creer en unas mocosas metomentodos antes que en un alma en pena.

—Tres —matizó Ada—. Esto empieza a parecer una pensión espectral.

Por despectivo que se mostrara, casi podía palparse con las manos su frustración por no encontrar una explicación lógica. «Va a seguir agarrándose como a un clavo ardiendo a la posibilidad de que sea una farsante como Danvers».

—En fin, me alegra que, por una vez, me hayas dicho la verdad. —Se dirigió al tocador—. Podemos marcharnos a ese nido de víboras después del desayuno.

—Si cogemos el coche, no creo que tardemos demasiado…

—Descuida, confío en tu rapidez. Se te da de maravilla pisar el acelerador.

Estaba tan cansada que no reparó en lo corrosivo que había sonado aquello, no hasta que sus ojos se encontraron en el espejo, mientras se quitaba un pendiente, y el rencor que sorprendió en el rostro de Thorne la hizo detenerse.

—Te encanta recordarme lo insatisfecha que te dejé esa noche. —También sonaba corrosivo, casi amenazador—. Tal vez deberías saber por qué lo hice tan mal.

—Lo siento, pero no me interesan tus explicaciones. Es tardísimo, he tenido un día de perros y mañana me espera uno aún peor. Deberíamos dormir de una…

—Tú has sido la única a la que he deseado desde que me metí en esta mierda.

La mano de Ada se quedó paralizada sobre el joyero. Dio la espalda al tocador, sujetando estupefacta el pendiente, mientras él se apartaba de la puerta.

—La única con la que he querido acostarme de verdad —continuó —, sin que me lo ordenaran. La única por la que he sentido —cogió aire— necesidad.

—Pero… si me odias. Esta mañana, en el baño… —A Ada le costaba hilar sus pensamientos—. Dijiste que habías consagrado tu vida a destruirnos…

—Eso no me hacía estar menos sediento de ti. Cada vez que hablaba contigo en el barco, cuando se suponía que tenía que espiarte —continuó mientras daba otro paso hacia ella—, mi cerebro no dejaba de fantasear con todo lo que me moría por hacerte.

No, no era rencor con lo que la miraba, era algo mucho más retorcido.

—Cuando estábamos en la piscina —sonó casi como un insulto—, apenas podía contenerme para no hacer pedazos ese maldito bañador que me volvía loco.

Hasta que sus ojos no descendieron por su cuerpo, Ada no fue consciente de lo fino que era su camisón, tanto que se envolvió en sus propios brazos.

—En nuestra última cena juntos, mientras me hablabas de tu academia —siguió espetándole—, solo pensaba en lo mucho que necesitaba subirte encima de la mesa, arremangarte el vestido de abalorios y meterme entre tus piernas.

Ada abrió la boca, pero no pudo hablar. Thorne sacudió la cabeza.

—Y, cuando por fin lo hice, te tenía tantas ganas que… mi cuerpo me traicionó. Porque era algo para lo que no estaba entrenado. —Daba igual que siguiera tapándose, su mirada parecía desnudarle hasta el alma—. Lo necesitaba como el respirar.

—Vamos a…, vamos a despertar a Roy si seguimos hablando.

Los ojos de Thorne parecieron tardar años en regresar a su rostro.

—Espero, Chapman, que esto te haya puesto en perspectiva. ¿Me

encargaron acostarme contigo? Sí, no pienso negarlo. ¿Lo disfruté como un loco? —Soltó una seca risa que casi parecía dirigida a sí mismo—. Oh, sí, ya lo creo que sí.

Al apartarse de ella, Ada se sintió como si una soga tirase de sus entrañas.

—Ahora ya lo sabes —concluyó con cansancio—. Haz lo que quieras con esta información. Si te sientes realizada, sigue burlándote de mí, me trae sin cuidado.

—Thorne… —empezó a decir Ada, pero ya se había marchado.

Desapareció tan rápido que no pudo evitar pensar, incluso en medio de su conmoción, si sería por la vergüenza o porque temía ser incapaz de controlarse. A cada segundo que pasaba, algo parecía encenderse con mayor intensidad dentro de ella, propagándose como un incendio por sus muslos, abrasándola como nada lo había hecho.

«Necesidad». Era absurdo que una confesión así pudiera desencadenar tantas palpitaciones en su interior, más que en el camarote…, cuando habían sido sus manos, no sus palabras, las que la habían tocado. Al girarse hacia el tocador, descubrió que tenía las mejillas arreboladas, tanto que se las cubrió con las manos.

—La verdad es que he visto amapolas menos rojas.

Casi se le escapó un grito al encontrar a Annabel a su lado.

—Señorita, ¿desde cuándo está aquí? ¡Me ha dado un susto de muerte!

—Como si fuera el primer fantasma que ves. —Annabel se acercó a la puerta y, tras asegurarse de que el corredor estaba desierto, se volvió hacia ella—. Quiero a ese canalla fuera de mi casa en cuanto el asunto de Roy se resuelva.

Ada no pudo contestarle. Se sentía al borde de la ebullición.

—Ada. —Annabel chasqueó los dedos ante su rostro—. Lo digo en

serio, si a un hombre se le hubiera ocurrido hablarme así…

—Ahora no disimule, he oído a milord decirle cosas peores.

—Si a un hombre por el que no sintiese nada —precisó— se le hubiera ocurrido hablarme así, te aseguro que le habría hecho tragarse sus palabras.

«Ese es el problema». Su cuerpo aún vibraba con el eco de lo que le había dicho, como si hubiera pulsado una tecla cuya reverberación resonase en la médula de sus huesos. «Ha sido culpa mía —pensó mientras subía despacio a la cama—. Por mucho que se lo mereciera, le he provocado demasiado… Tenía que acabar estallando».

—La señorita Evans me ha contado lo que ocurrió en el Titanic. —Annabel se detuvo frente a la cama con los brazos en jarras—. No sé nada acerca de la Orden de Cassandra, pero me fío de sus miembros tanto como de un saco de tarántulas.

—No hace falta que me diga que usted no lo habría permitido. —Ada se masajeó la frente—. Si hubiera viajado en el barco a la vez que Thorne y yo…

—Lo habría empujado por la borda al menor intento de propasarse contigo. Así habría quedado más espacio en los botes para gente decente.

—Creo que se salvó gracias a un iceberg. Ni siquiera el Atlántico lo quería.

La temperatura bajó aún más cuando Edith apareció.

—Qué bien —comentó Ada—, otra que no sabe lo que es la intimidad.

—Lo calé nada más conocerlo. —Edith se sentó en un escabel—. Con sus andares de playboy, su perfecto pelo rubio y su cara de no haber roto un plato. Hice lo que pude para prevenirla, pero basta que le digas «Ada, no» para que decida que Ada, sí.

—Nos hemos apartado del tema —protestó Ada—. ¿Podríamos…?

—No, no nos hemos apartado —contestó Edith—, porque estás a punto de cometer el mayor error de tu vida, peor incluso que fiarte de Thorne.

—Que sería fiarte por segunda vez de él —añadió Annabel.

Ada habría apostado una mano a que habían guionizado todo aquello.

—No es verdad. —Se sonrojó de nuevo—. No ha cambiado nada.

—Por favor —bufó Edith—. Estás como una gallina clueca.

—Edith, no lo entiendes, es que… —Ada gruñó mientras sumergía la cara en las manos—. He pasado cuatro años creyendo que la atracción que decía sentir por mí había sido mentira. Que nunca me vio como una mujer deseable…

—Es un hombre, Ada, por Dios. Encontraría deseable hasta a un espantapájaros.

—Por alusiones, vengo a romper una lanza por él.

Lord Rosenfield acababa de aparecer repantingado en la cama.

—Éramos pocas… —dijo Ada con un resoplido.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo Edith en tono amenazador.

—Esta es una reunión de chicas, Victor. —Annabel señaló la puerta con la barbilla—. Vete a tu antiguo club si tantas ganas tienes de chismorrear.

—En el Crane son comprensivos comparados con vosotras. Me vais a hundir a esta criatura en la miseria. —Rosenfield miró a Edith—. ¿Qué es un playboy?

—Usted —replicó ella—. Solo le falta el pisito de lujo en la Quinta Avenida.

—Mañana nos batimos en duelo, Evans; a mí nadie me llama «yanqui».

Las palabras de Rosenfield se habían quedado revoloteando por la

mente de Ada.

—Milord, ¿a qué se refiere con «romper una lanza por él»?

—A que los crápulas se defienden entre sí —dijo Annabel de mal humor—. Prefiero no saber a cuántas incautas soltó un discursito parecido.

—Por una vez, querida, debo llevarte la contraria. Yo diría que lo que hemos oído…, por casualidad, por supuesto…, no podía estar menos preparado.

Roy se removió en su cama. Edith bajó la voz para decir:

—Todo lo que Thorne hace lo está, milord. Hace años que convirtió su vida en una mentira. Una pantomima destinada a engatusar a una mujer tras otra.

—Le ha dicho esas cosas a propósito —asintió Annabel—, para provocarla.

—A propósito, no; ha sido a su pesar. Porque no podía resistirlo.

Ada no necesitó mirarse en el espejo para saber que volvía a estar roja.

—En este instante, se odia a sí mismo por haberle confesado que tiene un punto débil —continuó Rosenfield—. Ella es su punto débil, el resquicio en su armadura. Su mayor vulnerabilidad. —Negó con la cabeza—. Un maestro de la manipulación, como estáis empeñadas en verlo, no le daría ese poder a nadie.

Mientras hablaba, el reloj sonó de nuevo anunciando la medianoche.

—Creo que es hora de dar por zanjado el consultorio sentimental. —Edith se puso en pie con un suspiro—. Si les parece, me encargaré de montar guardia esta noche. De algo servirá no tener necesidad de descansar…

—Yo también me marcho ya —anunció Rosenfield—. He de ocuparme de un asunto crucial para el bienestar del país.

Cuando los dos se esfumaron, Ada se sentía tan extenuada que solo podía pensar en acostarse…, pero Annabel no se movió.

—Espero que no pretenda seguir leyéndome la cartilla, señorita. Estoy…

—Tiene su gracia que digas eso —comentó su maestra—, porque vas a ser tú la que me lea a mí. Te recuerdo que aún no has cumplido con tu parte del acuerdo.

Ada la miró como si hablara en arameo. Annabel suspiró.

—Nuestro acuerdo. El que me propusiste en Highgate.

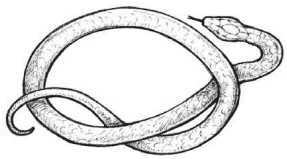
—No puede decirlo en serio —se horrorizó Ada—. Me caigo de sueño…

—Eso es problema tuyo. ¿Tienes lo último de Doyle en casa?

—Creo que sí… Su tía siguió comprando sus libros en su honor.

—Pues ya sabes lo que te espera, Ada Chapman. —Annabel se sentó en la cama y cruzó los pies sobre el cobertor—. Tres o cuatro horas leyendo a Sherlock Holmes meterán algo de sentido común en tu mollera.

CAPÍTULO XXII



—Es un espiritista celoso de su éxito —dijo Jia.

Pese a ser la una y media pasadas, Florence, Aurora y ella seguían con los ojos como platos en la antigua cama de Heather, tan grande que cabían las tres.

—El profesor Westwood dice que son muy raros —contestó Florence mientras ataba una cortina alrededor de uno de los postes —. Se supone que nuestro terreno son las emociones, lo espiritual… Además, nos llamó «caterva de locas».

—Entonces es un periodista. —Jia cruzó los brazos detrás de la cabeza, tumbada entre sus amigas—. Decidió colarse en la academia para estudiarnos.

—No sé si un periodista llevaría un revólver encima…

—Un corresponsal de guerra. Está de permiso en Londres entre batalla y batalla y quiere aprovechar para escribir un artículo sobre la señorita Chapman.

—¿Y por qué se interesaría por ella? —Florence hizo un nudo.

—Se lo encargó algún mandamás de la Oficina de Guerra cuando la señorita se negó a convertir la academia en un hospital. Necesita

descubrir trapos sucios con los que… —Jia se detuvo cuando Florence ahogó un gritito—. ¿Qué pasa?

—Un… tirón en el brazo. De cargar con Roy mientras huíamos.

Habían dejado una vela en la mesilla y, en el reflejo de la llama sobre la madera del poste, Florence acababa de reconocer unos ojos que no eran los suyos.

—También podría ser un agente infiltrado de Scotland Yard. —Cuando se echó hacia atrás, la mujer (sí, ahí estaba la cara completa, la misma que le había dirigido la palabra en la entrada en la academia) se llevó un dedo a los labios—. Aunque el capitán Willoughby lo sabría —añadió Jia, pensativa—, y no tendría sentido que…

—Le ordenaron subir al Titanic para espiarla —dijo Aurora.

Había apoyado la espalda en el cabecero y tenía el manuscrito de su novela, en el que llevaba casi media hora corrigiendo cosas, encima del embozo.

—Ella se enamoró de él, él le partió el corazón… —Rodeó algo con un círculo—. Y, ahora que ha regresado a su vida, ha prometido cortarle la cabeza. Cuenta con mi apoyo. —Echó un vistazo al lapicero escamoteado del despacho de Annabel—. No es lo mismo sin poder usar la calavera de Morgan de tintero.

—¿De dónde has sacado esa bobada de…?

—La señorita Evans lo llamó «cazador de médiums».

«Es verdad —recordó Florence—, en el vestíbulo…». Había estado tan obnubilada por la aparición de los Rosenfield que no había pensado en nada más.

—Pero no tuvieron por qué conocerse en el barco —respondió aun así.

El reflejo subió por el poste como si quisiera atraer su atención.

—Florrie tiene razón. —Ahora la cara de la mujer estaba casi a la

altura de la de Florence—. Me parece demasiado rebuscado… —Jia también se sentó—. Además, si apenas sobrevivieron hombres de primera clase, no sé cómo conseguiría…

—Esta tarde, en la salita, se instaló al lado de la chimenea.

«Florence», susurró la mujer del reflejo. Sus amigas, como había imaginado, no parecían capaces de oírla. «Florence, ven —continuó —, por favor».

—Pero no estaba encendida. —Aurora siguió garabateando en el cuaderno—. Lo hizo como por instinto. Y, poco después, le vi coger dos mantas.

—Porque será friolero como tú. Como me toques con esos pies…

—No es un frío normal. Ese hombre está helado por dentro.

«Ven», repitió la mujer en tono implorante. «Que vaya… ¿a dónde?», se preguntó Florence, cada vez más confundida, pero el reflejo, de repente, se estremeció.

—Era mucho pedir que no montaseis una de vuestras fiestas. —Una corriente sacudió la vela cuando Edith apareció en la alcoba—. ¡Son casi las dos!

—La mejor hora para atraer a las musas —contestó Aurora.

—Si se anima, señorita Evans, tenemos sitio para usted. —Jia encogió las piernas bajo la manta—. El tema de debate de la noche es el señor Thorne.

—Esto tiene que ser un castigo divino —replicó Edith.

«La señorita Evans tampoco es capaz de verla», pensó Florence.

—Creía innecesario recordároslo, pero no estamos de vacaciones, de campamento ni nada por el estilo. Si os hemos sacado de la academia ha sido…

—Sí, para protegernos, ya lo sabemos. Ahora, díganos, ¿a qué se dedica?

—¿Viajaba en el Titanic con la señorita Chapman y con usted?

—Y el dato que más necesitamos, ¿han sido amantes?

—Lo que necesitáis, señoritas, es dormir de una santa vez.

Cuando Edith agitó una mano, la vela volvió a temblar antes de apagarse.

—Le he dicho a Ada que me encargaré de patrullar por la casa, de modo que me enteraré si hacéis de las vuestras. Espero no tener que volver por aquí.

Y, al igual que la llama, su ectoplasma se desvaneció.

—Han sido amantes —declaró Jia— y, como vuelvan a serlo, la señorita Evans deseará morirse por segunda vez. —Se volvió hacia Florence—: ¿A dónde vas?

—Al baño —dijo escurriéndose de la cama—. Bebí demasiada agua.

No hizo falta que la mujer le hablase de nuevo, acababa de distinguirla en la puerta barnizada. Mientras sus amigas seguían cotorreando acerca de la directora y de Thorne, Florence se echó encima un chal de Heather, se acercó a la puerta y, cuando el reflejo volvió a esfumarse, la abrió sin hacer ruido para salir al corredor.

Salvo por el retazo de luz de una claraboya, la penumbra era tal que le llevó unos segundos localizarla, estaba mirándola desde la superficie de otra puerta.

Era la del antiguo dormitorio de lord Rosenfield (aunque Florence no tenía muy claro para qué lo necesitaría un espíritu), el que le habían asignado a Thorne. Cuando se acercó de puntillas, oyó unos ruidos amortiguados dentro, como los de un mueble siendo arrastrado sobre la alfombra, seguidos por un juramento ahogado.

«¿Qué estará haciendo?», se preguntó Florence, pero el reflejo desapareció de nuevo. Unos segundos más tarde, volvió a distinguirlo en el cristal de un quinqué y dio unos pasos hacia allí. «Quiere que la siga… para enseñarme algo».

—Dime que lo que todo el mundo cuenta es verdad.

A la muchacha casi se le salió el corazón por la boca. Lucy Trevellian acababa de materializarse tan cerca de ella que se le puso la piel de gallina.

—¿Tú no ibas a estar entretenida en el Asfódelo?

—¿Es verdad? —insistió Lucy—. ¿Los Rosenfield han regresado?

Florence vio cómo el reflejo saltaba del quinqué a la pared de enfrente. De un cuadrito con flores secas a un jarrón de la dinastía Qing. De un pequeño aparador de roble, casi al final del corredor, al picaporte de bronce de otra puerta.

—Eso tengo entendido —dijo mientras seguía caminando.

—Ha debido de ser cosa de Zhang. —Las trenzas de Lucy ondearon en el aire cuando fue tras ella—. Es la única capaz de traerlos de vuelta.

—No parece que ahora te escandalice tanto…

—Claro que no, estoy en éxtasis. ¿Dónde se han metido?

Cuando pasaron frente a la puerta de la señorita Chapman, Florence la oyó leer en voz alta algo sobre una mina de carbón, la sociedad secreta de los Molly Maguire y un tal doctor Watson. «Parece que nadie puede pegar ojo esta noche».

El reflejo estaba ahora en la balaustrada de la escalera.

—¿Y a ti qué más te da que hayan vuelto?

—¿Estás de broma? Nos hemos pasado años oyendo hablar de ellos. No hay una chica en la academia que no sueñe con ser Annabel Lovelace…

—Lucy, que se murió a los veintiuno.

«Ven», susurró el reflejo deslizándose por la balaustrada.

—… convertida en una estrella del espiritismo, trabajando para la familia real, codeándose con la aristocracia, cazando a un partidazo de ultratumba…

—Se supone que, si nos dedicamos a esto, es para ayudar. —Florence no pudo evitar detenerse—. La señorita Chapman dice que es como un sacerdocio.

—No son cosas excluyentes —resopló Lucy—. ¿Crees que la señorita Lovelace pensaba: «Ay, qué mala persona soy» mientras contaba sus billetes?

—Puedes preguntárselo a ella y dejarme en paz.

Ahora que tenía un fantasma al lado, la penumbra había disminuido bastante, aunque lo hizo aún más cuando un segundo espíritu apareció a lo lejos: Edith atravesaba el corredor situado al otro lado de la escalera. «Espera», dijo Florence en voz baja mientras aguardaban detrás del aparador.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Lucy con recelo.

—Nada. —Cuando Edith desapareció, Florence se apresuró hacia la escalera sin dejar de buscar el reflejo con los ojos—. Solo quiero explorar un poco.

—Eso no te lo crees ni tú. Siempre has sido una cobarde.

«Florence, aquí», la llamó desde el piso de abajo. Corrió por los dos tramos de peldaños, envolviéndose más en el chal, pero no encontró a nadie al aparecer en el oscuro vestíbulo…, no hasta que se giró hacia el espejo de la pared.

En el centro del cristal, rodeada por un aparatoso marco dorado, estaba la mujer. Llevaba un vestido remendado que parecía quedarle enorme y su melena, tan oscura que parecía hecha de sombras, se arremolinaba en torno a ella.

«Florence», repitió con esa voz que solo parecía sonar en su cabeza.

—Por si te lo preguntas, sí, te quedan fatal. —Tardó un momento en recordar que Lucy seguía allí—. Las gafas —añadió—. Parecen dos culos de botella.

—En realidad, estaba… Lucy, ¿tú tampoco puedes verla?

Aquello era incomprensible, la tenía aún más cerca que a Florence.

—Pero ¿de qué estás hablando? —dijo su compañera.

—De esa mujer… —Florence extendió un dedo—. La del espejo.

«Si Jia y Aurora no la oyen, tiene sentido que no la vean —pensó mientras la mujer suspiraba. Su expresión era más triste que nunca —. Pero Lucy también está muerta, y la señorita Evans… ¿Será uno de esos fantasmas invisibles para los demás?».

—Moira tenía razón. —El recuerdo de las palabras de tío Edward le atenazó el estómago: «Los espejos, para las médiums como tú, son ventanas abiertas a nuestra dimensión, pero puede que también conecten con otras»—. Eres un caso perdido.

—¿Qué? —De nuevo, le costó volver en sí—. ¿Qué quieres decir?

—Las tres sois unos bichos raros, pero tú… estás chiflada.

Cuando Lucy se puso ante ella, siguió viendo a la mujer a través de su cuerpo.

—Zhang es una arrabalera, Blackwood una retorcida, pero tú…

—Lucy… —quiso decir Florence, pero se quedó sin voz.

Mientras hablaban, una extraña bruma había empezado a brotar del espejo.

—Tú deberías estar en un asilo, no en una escuela espiritista.

—Lucy. —Florence dio un paso atrás—. Aléjate de ahí.

—Si tu tío no hubiera sido el capitán del Titanic…

«No —susurró la mujer del espejo. Su expresión, conforme la niebla aumentaba, pasó de la tristeza a la preocupación—. Ella no debería estar en este lugar».

—… la señorita Chapman no habría querido saber nada de ti —se empecinó su compañera—. De hecho, seguro que lo piensa cada vez que te tiene delante.

La niebla era más espesa, casi sólida, parecida a… unas manos.

—Seguro que eres el recordatorio constante de lo peor que le pasó. Por eso te acogió en su casa, como una penitencia por haber sobrevivido.

—Lucy… —balbuceó Florence, y después gritó—: ¡Lucy…!

Antes de que pudiera acabar, las manos se precipitaron sobre ella.

Solo que no atravesaron su ectoplasma, como harían unas de carne y hueso, sino que se cerraron sobre él. La agarraron por los hombros y, antes de que Lucy pudiera reaccionar, tiraron de su cuerpo hacia el espejo. «¡No!», gritó la mujer, pero su reflejo se disolvió cuando el cristal, como una boca hambrienta, devoró a Lucy.

Sucedió tan rápido que Florence ni siquiera pudo oírla chillar. Ni tampoco a sí misma cuando cayó de rodillas, temblando como una hoja, mientras la niebla se descomponía y el espejo volvía a ser igual que antes…, una puerta cerrada.

—Lu… Lucy. —Ahora era la única que se reflejaba en él—. Oh, Dios.

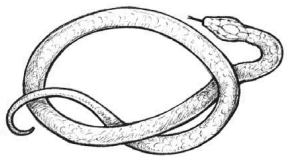
De la mujer tampoco quedaba nada; era como si no hubiera estado allí.

«Dios», volvió a pensar Florence sin poder apartar los ojos del espejo, no hasta que captó el rumor de unos pasos conocidos seguidos por un «¿Florrie?».

Cuando se dio la vuelta, todavía temblando, descubrió a Jia y a Aurora al pie de la escalera. Las dos iban descalzas, cada una envuelta en una manta, y la miraban como si fuese una criatura de cuatro cabezas.

—Creo —dijo Aurora— que tienes algo que contarnos.

CAPÍTULO XXIII



—La señorita Lovelace es una bestia insaciable —declaró Ada.

Al abrir los ojos esa mañana, le había costado recordar qué hacía en su alcoba de Albemarle Street, por qué llevaba una venda en el brazo y cuál había sido el detonante del sueño que había tenido, tan vergonzoso que se alegró de que nadie pudiera leerle la mente. Al girarse en la cama, vio que la de Roy estaba vacía y el corazón le dio un vuelco, pero cuando corrió escalera abajo, anudándose un batín a toda prisa, lo encontró en la salita con su nuevo mejor amigo.

—No me había mordido tanto la lengua en toda mi existencia —dijo lord Rosenfield, tumbado en el diván—. ¿Qué te ha hecho?

—Me ha tenido leyéndole Sherlock Holmes hasta las tres —Ada se desplomó en la butaca de enfrente—, soltando todo el tiempo cosas como «elemental», «este giro no me lo vi venir» y «ese hombre es un genio».

—El pobre señor Doyle no sabe lo que le espera cuando se muera.

Roy alzó la vista de la pecera con la que estaba jugando, arrodillado sobre la alfombra, para mirar a Ada. Florence, Jia y Aurora debían de estar desayunando en la cocina con Edith, pero de

su maestra no había ni rastro.

—No he vuelto a verla desde entonces. ¿Dónde se ha metido?

—Ha ido a comprobar cómo le va a alguien —contestó lord Rosenfield con tranquilidad—. Por cierto —señaló la puerta—, ahí viene tu amigo.

—No es mi… —empezó a decir Ada, pero se detuvo cuando Thorne irrumpió en la estancia, con la respiración acelerada, y se quedó mirándola desde el umbral.

El recuerdo de la última conversación que habían mantenido la hizo volver a sonrojarse como una quinceañera, pero él no pareció darse cuenta.

—¿Qué me has hecho? —dijo en tono amenazador.

Ada pensaba que tenía ojeras, pero las suyas eran apoteósicas.

—Si necesitabas otra almohada, podrías haber avisado… ¿Qué ha ocurrido?

—No disimules, Chapman. Te lo has pasado en grande a mi costa.

Roy apartó la nariz de la pecera para observarlos.

—Anoche, después de entrar en mi cuarto, noté una corriente de aire. —Thorne dio un paso hacia ella—. Al principio no hice mucho caso…

—Espero que no te dejaras la ventana abierta. Teníamos que ser discretos.

—Pero, cuando estaba a punto de acostarme, capté un movimiento al otro lado de la habitación. Eran las cortinas; algo las hacía mecerse.

—Thorne, no sé de qué hablas. Si los cristales estaban cerrados…

Una lucecita pareció encenderse en la cabeza de Ada. Al volverse hacia el diván, vio cómo Rosenfield examinaba sus uñas con interés.

—No sé cuánto tiempo pasé registrándolo todo, pero no encontré nada raro, ni grietas por las que pudiera colarse el aire, ni conductos

de ventilación… Tampoco había mecanismos ocultos detrás de las cortinas.

—Un señor llamado Sherlock Holmes habría estado orgulloso.

—Luego, al meterme en la cama, la lámpara empezó a hacer cosas raras.

No eran imaginaciones de Ada, Rosenfield sonreía para sí.

—Se puso a encenderse y apagarse sola. —Thorne seguía atravesándola con la mirada—. Como si el mecanismo se hubiera vuelto loco, hasta que dejó de funcionar. Tuve que buscar una vela y al encenderla…

La sonrisa de Rosenfield se hizo mayor. Ada se preparó para lo peor.

—… descubrí que mi reloj de bolsillo se había cubierto de escarcha, aunque no era lo único, también lo había hecho el espejo.

—Un fenómeno curioso incluso para el clima inglés.

—No tanto como el mensaje que, de repente, apareció en el cristal.

El silencio volvió más audibles las voces de la cocina, y eso que Florence, Jia y Aurora estaban bastante calladas…, demasiado, tratándose de ellas.

—«Bienvenido al Infierno, Thorne» —concluyó este.

—Tenía la noche dramática —reconoció Rosenfield.

Ada se mordió el interior de los carrillos para no echarse a reír.

—Y, entonces, mientras inspeccionaba el mensaje —siguió Thorne —, apareció otro más largo: «Vuelve a hacerle daño a nuestra chica y nos las pagarás».

—Quién iba a pensar que ejercer de niñera me ablandaría tanto.

Por desenfadado que fuera el tono del espíritu, Ada se sintió conmovida. «¿Ese era el asunto crucial para el bienestar del país del que quería ocuparse?».

—Pero a mí no me engañas. —Thorne se echó hacia atrás el pelo revuelto—. Lo del espejo me puso sobre la pista: aparatos de refrigeración escondidos detrás de paredes falsas. Servirían tanto para las corrientes como para la escarcha…

—Si supiera construir esas cosas, habría montado un parque de atracciones, no una academia espiritista. ¿De verdad te cuesta tanto creer en mí?

Pero Thorne acababa de reparar en su última ojeada al diván. Antes de que Ada pudiera decir nada más, había atravesado la habitación para agacharse frente a él. Sus pupilas rastrearon el espacio que ocupaba Rosenfield.

—Me voy a poner rojo —comentó este—. Ni siquiera mi esposa me mira así.

—¿Qué hay aquí? —preguntó el joven en voz baja.

—¿Qué sientes tú, Thorne? —preguntó Ada—. ¿El olor a gasa empapada en clara de huevo del ectoplasma falso?

—Frío —murmuró—, más incluso que en mi dormitorio.

Se había aferrado al bastón, observó Ada, como a una tabla de salvación.

—«Que exista algo trascendente no significa que vosotras podáis captarlo». Es lo que dijiste ayer mientras me curabas la herida —aclaró ante su confusión—. A lo mejor ese es tu problema, Alabaster Thorne, que solo crees en lo que tú decides creer.

Mientras se sostenían la mirada, Roy se levantó de la alfombra para reunirse con las chicas. Thorne sacudió la cabeza.

—No sé qué es lo que me haces… Lo que haces —se corrigió a sí mismo—, pero pienso averiguarlo, Chapman, aunque sea lo último que haga en la vida.

—Entonces es una suerte que vayamos a estar tan pegados el uno al otro.

«Necesidad», recordó Ada y algo al rojo vivo se desperezó dentro de ella. Cada vez que recordaba las cosas que le había dicho, la sensación de que la piel había dejado de contenerla le hacía preguntarse cuántos días más podría aguantar algo así.

—Será mejor que vaya a desayunar —contestó Thorne.

—Sí. —Ada tragó saliva—. No deberíamos hacer esperar a tus viboritas.

Con todo lo que estaba pasando, casi se había olvidado de su cita con la directora de la Orden de Cassandra. «Porque las cosas aún pueden torcerse más».

—Me odia —aseguró después de que se marchara.

—Mmm —contestó Rosenfield, recostado sobre los cojines.

—Mmm, ¿qué? —Ada lo miró—. ¿Qué insinúa?

—Nada —respondió él—. Tengo mi propia teoría al respecto.

—Su señora dice que lo único que pretendía ayer era provocarme.

—Mi señora es la persona más inteligente que conozco, pero demasiado analítica. Normal que esté obsesionada con Holmes. —Rosenfield se sentó en el diván—. Pero la mecánica del corazón no se rige por fórmulas matemáticas. Somos mucho más que lógica, coherencia y racionalidad. —Sonrió a Ada mientras se ajustaba los gemelos—. Por eso, hay ciertas cosas que se me da mejor captar que a ella.

Ada habría querido devolverle la sonrisa, pero no pudo hacerlo.

—Cuando regresé a casa, después de lo del Titanic —confesó—, me esforcé por comportarme como habría hecho ella, racionalizándolo todo, viéndolo con objetividad… «Fue horrible, pero sobreviví», «una tragedia, pero yo me salvé»... Siempre que alguien me preguntaba, repetía que había tenido… suerte.

Suerte de seguir oyendo, cada vez que se quedaba sola, el eco de los alaridos de cientos de personas muriendo a la vez. Suerte de que

cada pradera tachonada de flores blancas le hiciera pensar en un horizonte de cadáveres flotantes.

—Y, sí, sé que la tuve, y eso es lo que peor me hace sentir. Que murieron mil quinientas personas, pero yo no estaba entre ellas.

¿Habría experimentado Caroline Brown, la amiga de Edith, algo similar durante el servicio en su honor? ¿La injusticia de seguir viva por un capricho del destino?

—¿Has hablado de esto con Thorne? —preguntó Rosenfield. Ada parpadeó—. Por si lo has olvidado, pasasteis por lo mismo. Podría venirte bien.

—Edith también lo hizo. Sinceramente, me fío más de ella que…

—Edith Evans murió esa noche, de modo que no sabe lo que es el síndrome del superviviente. Solo hay setecientas personas en el mundo que entiendan cómo te sientes y una de ellas se encuentra aquí.

«Es cierto», pensó Ada. Desde que Thorne regresó a su vida, se habían referido sin parar al Titanic, pero solo por lo que había significado para su relación. Ninguno había reconocido delante del otro hasta qué punto lo había destrozado.

—Él no querrá hablar de eso. Es un pedrusco emocional.

—Bueno, cada uno lidia con sus problemas a su modo. Algunos, como tú y yo, hablando acerca de ellos. Otros, como Annabel y Thorne, tragándoselos hasta que se les enquistan dentro. Tengo bastante claro qué es peor.

Mientras seguía dándole vueltas, Rosenfield abandonó el diván con un «ven a echar un vistazo». La pecera de Roy continuaba sobre la alfombra.

—No sabes las ganas que tenía de que te despertases.

—Casi me había olvidado de eso —dijo Ada—. Compré unos peces hace años, pero se me mueren casi tan rápido como las plantas.

Heather dice…

Entonces reparó en que algo se movía dentro, pero no era un pez.

—¿Eso es…? —Ada se acercó más—. ¿Una polilla?

—Roy la encontró detrás de una cortina. —Mientras la observaban revolotear, Rosenfield dijo—: Debía de haber muerto hacía poco. Ahora, en cambio…

Ada tardó en notar que se había quedado boquiabierta.

—No puede hablar en serio… ¿Le ha pedido a Roy que…?

—Solo se lo planteé como un pequeño juego. —Rosenfield se arrodilló sobre la alfombra—. «Vaya, qué alas más bonitas tenía». «Seguro que está deseando poder volar de nuevo». «¿Qué te parecería que…?».

—Usted no es un fantasma, es un demonio del averno.

A simple vista, no había nada en aquella polilla que la diferenciara de otras… «Pero tampoco parecía haberlo en la condesa». Ada la observó describir círculos de un lado a otro de la pecera. «Y, cuando se echó sobre mí…».

—Esto ha sido arriesgado, milord. —El cristal repiqueteó cuando se estampó contra él—. Arriesgado y… peligroso. Casi tanto como…

—¿Lo que estuviste tentada de hacer con nosotros? —Cuando bajó la mirada, Rosenfield volvió a sonreír—. Lo importante es que así comprobaremos cómo afecta el don de Roy a los seres a los que resucita. Le hemos dejado comida y suficiente espacio para que entre el aire. Ahora… solo habrá que esperar.

Era verdad, descubrió Ada mientras se agachaba, quedaban unos resquicios casi invisibles entre el borde ondulado de la pecera y la alfombra.

—Ya entiendo… Quiere tenerla en observación.

—Es más sensato hacerlo con un insecto que con un humano. Cuantas menos personas tenga que matar Thorne para salvarte,

mejor.

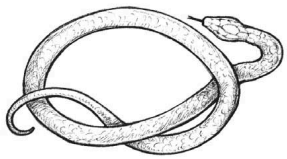
Ada apartó los ojos con esfuerzo del insecto.

—¿Cómo puede ser tan astuto siendo a la vez tan… usted?

—No tengo ni idea de si tomarme eso como un piropo o un insulto.

Pero la voz de Edith ascendió hasta ellos, tratando de poner orden en la cocina, y Ada se obligó a incorporarse mientras se preguntaba cuántos más crímenes contra la naturaleza podrían cometer antes de que aquel embrollo acabase.

CAPÍTULO XXIV



La señorita Lovelace reapareció cuando estaban terminando de desayunar, pero no dio explicaciones sobre lo que había estado haciendo; en vez de eso, obligó a Ada a comerse la última galleta de un bocado y se la llevó arriba, donde rebuscaron durante casi media hora en el armario de su alcoba.

Como no encontraron nada lo bastante discreto, probaron con el de Annabel, del que sacaron un conjunto de luto de Jay's. «Nadie se atreverá a molestar a una viuda —aseguró su maestra—, y, con un velo, no te reconocerán».

—Parezco el fantasma de las Navidades futuras —refunfuñó Ada. El vestido debía de haber sido el colmo de la elegancia, pero resultaba horriblemente tétrico con sus crespones—. No sé cómo le gustaban estas monstruosidades.

—Tendrás que apañártelas aunque esté anticuado. Todo esto me lo compré durante mi etapa de Buckingham Palace. Han pasado casi veinte años…

—El vestido tiene un pase; lo que no me gusta es el negro. —Ada se abrochó el botoncito superior—. Solo lo he usado una vez,

cuando usted nos dejó.

Annabel, que espiaba la calle desde la ventana, se giró hacia ella.

—Los primeros días creí que me moriría de la pena —confesó Ada. No veía a su maestra en el espejo, pero sentía sus ojos sobre sí—. Esta casa, las cosas que dejó, los recuerdos de esa vida…, eran demasiado. Me costó horrores aceptar que usted se encontraba mejor, que estaba en paz con milord. —Le dio la espalda al espejo—. ¿Cómo es en realidad… todo eso? ¿El Cielo?

—No puedo decírtelo —respondió Annabel—. Se supone que los vivos tenéis prohibido descubrirlo hasta que crucéis el umbral del Otro Lado.

—Esa es la norma más absurda que he oído.

—Puede ser, pero las normas están para cumplirlas. Sin excepciones.

—Sigue igual de picajosa, señorita Lovelace. Solo quiero…

—No. —Annabel se cruzó de brazos—. Me da igual cuánto insistas.

—Cuénteme al menos si está lleno de angelotes, nubes y demás.

—Que no —replicó su maestra. No obstante, al ver que Ada seguía mirándola, suspiró—. Digamos que es… No es un sitio. Es un estado.

—¿Un estado… de ánimo? ¿Cómo se puede habitar en un estado de ánimo?

—Te dije que no estabas preparada para entenderlo. Ahora…

—No, nada de escurrir el bulto. Ayer, en el panteón, habló de una casa en la que se estaba tomando un té. ¿Dónde está ese lugar? ¿Cómo es?

«Me va a mandar a tomar vientos», pensó Ada al verla entornar los ojos. Al cabo de unos segundos, sin embargo, Annabel contestó con una sonrisita:

—Victor y yo tenemos un estanque con nenúfares.

—Lo sabía. —Ada cerró los ojos con los puños apretados—. Sabía

que también se pueden hacer indecencias. Con razón no quería que la trajera.

—Tú continúa así y te pondré a leerme Sherlock Holmes diez horas más.

Después de sacar un velo negro del armario, Annabel y Ada volvieron a bajar al vestíbulo, donde encontraron a Rosenfield hablando con Edith.

—No parece haber nadie fuera —informó esta—. Si no fuese por los coches de la Oficina de Guerra, que está justo aquí al lado, daría la impresión de que la calle se encuentra desierta.

—Es normal, este barrio es de los más exclusivos —explicó Annabel.

—Bueno, así nadie se fijará en estos dos cuando salgan.

Ada dejó de recolocarse el velo sobre la cara.

—Edith, ¿no piensas venir con Thorne y conmigo?

—Iba a hacerlo, pero debo quedarme vigilando el fuerte…

—De verdad que no se puede ser más yanqui —comentó Rosenfield.

Edith puso los ojos en blanco.

—… mientras sus excelencias se dedican a sus asuntos. Dicen tener cosas de las que ocuparse esta mañana.

—Por todos los diablos —oyeron decir de repente.

Ada vio a través de los encajes cómo Thorne entraba en el vestíbulo.

—¿Quién está debajo de eso? ¿La reina Victoria resucitada?

—Te dije que deberías haberlo empujado por la borda —replicó Annabel.

—Yo creo que está preciosa. —Aurora acababa de aparecer seguida por Jia y Florence—. Ningún color favorece tanto como el negro.

Ada apenas había tenido tiempo para hablar con ellas, pero sabía que algo las preocupaba; Florence, en especial, se toqueteaba tanto los dedos que Jia había amenazado con maniatarla. «¿Con qué se me habrá obsesionado hoy?».

—Preciosísima —repuso Thorne—. Como una plañidera de novela gótica.

—Por si no lo recuerdas, Thorne, nuestra prioridad cuando salgamos de aquí será que nadie nos reconozca. Por suerte para esta misión —Ada quitó el cerrojo con la barbilla erguida—, no puede importarme menos tu opinión sobre mí.

Dicho lo cual, salió de la manera más digna: estampándose contra el marco.

—Ahí va el orgullo de mi profesión —dijo Annabel, resignada.

Mientras su marido se desternillaba de la risa, Jia colocó de nuevo el cerrojo y, tras asegurarse de que aquel tramo de Albemarle Street seguía desierto, Thorne y Ada apretaron el paso hacia la bocacalle en la que habían aparcado el Renault.

Ninguno de los dos habló mientras conducían a través de las calles plateadas por la lluvia. «Debe de seguir con su crisis existencial —pensó Ada mirándolo de reojo. Podía sentir el calor de su pierna a través de las capas de seda negra—. Lord Rosenfield tendría que haberse metido a *poltergeist*».

La mano con la que agarraba el volante, sin saber por qué, le trajo a la memoria *En brazos de un dios del norte.* «¿Es esto el equivalente a compartir un caballo?».

Aquel pensamiento la hizo enfadarse consigo misma. «Di algo».

—Es increíble lo silencioso que está Mayfair. No parece quedar ni un ricachón al oeste de Piccadilly Circus. —Al ver que no respondía, preguntó—: ¿Qué pasa?

—Es ese condenado velo —replicó Thorne—. Me pone nervioso.

—Tranquilo, entiendo que eches de menos mi bello rostro.

«Serás creída», bufó él mientras rodeaban la arbolada Leicester Square.

Cuanto más se alejaban de Albemarle Street, más transitadas estaban las calles, y no solo por mujeres, niños y ancianos: una riada de uniformes de color caqui (sobre todo, los de los soldados británicos de permiso, mezclados con los de Canadá y Australia) se extendía por las aceras como riachuelos de barro.

—En realidad, me alegra que menciones lo de anoche.

—No he dicho una palabra. —Ada se sonrojó—. Solo me refería…

—Sé a qué te referías, pero no importa, quería pedirte perdón. —Pronunciar aquello pareció costarle un esfuerzo atroz—. Por haberme propasado.

Ada ni siquiera reparó en que acababan de detenerse ante uno de los semáforos que, desde hacía poco, causaban sensación en la ciudad.

—¿Vas a decirme que te arrepientes de lo que hicimos?

—¿En el Titanic? No, ni lo más mínimo. No pude pasármelo mejor.

—La señorita Lovelace tiene razón, eres una joya.

—Me trae sin cuidado tu amiga invisible, Chapman. —Thorne esperó a arrancar de nuevo para añadir—: Pero no debí hablarte así. No fue caballeroso.

—Como si eso te quitara el sueño. —A Ada cada vez le costaba más ocultar su asombro—. De todos modos, da igual. Era una sarta de embustes.

Cuando echó hacia atrás el velo, descubrió que él la estaba observando.

—La carretera —ordenó, y volvió a mirar al frente—. Mientes más que hablas, Thorne. Sé demasiado bien qué esperar de ti. —Aun así, tras luchar consigo misma unos segundos, Ada preguntó—: ¿Lo que

dijiste de la piscina…?

Vio cómo una sombra de sonrisa contraía su comisura izquierda.

—Creía que no podía importarte menos mi opinión sobre ti.

—Es simple curiosidad científica —declaró ella.

—Pues científicamente diré que ese bañador casi acabó conmigo.

Se lo había comprado en una tienda de Burlington Arcade, una pieza de muaré con tirantes que algunas pasajeras inglesas habían considerado escandalosa. En teoría, había dos turnos para acceder a la piscina, pero Thorne se había colado en el de las mujeres, aprovechando que no había nadie más, y se habían devorado el uno al otro en el agua hasta que los pasos de un vigilante les habían hecho escabullirse.

—Es un consuelo que eso, al menos, no fuera mentira.

—Se me da bien fingir, pero hasta cierto punto. ¿En serio no notaste…?

—Te recuerdo que era una inocente flor antes de caer en tus manos. —Él la miró con escepticismo—. En cuanto al vestido de la última noche, el de abalorios…

—El maldito vestido de abalorios. Te los habría arrancado uno a uno.

Durante aquella cena, había estado tan eufórica que ni siquiera captó las miradas de advertencia que Edith, desde el otro lado de la mesa, le lanzaba sin parar. Tenía el recuerdo de haber compartido el postre con él y de que, cuando el *éclair* de chocolate le manchó el labio, Thorne se lo limpió con el pulgar antes de chupárselo.

Para entonces, habían enfilado el muelle Victoria, que recorría la orilla norte del río, y la cúpula de San Pablo flotaba como un fantasma entre la lluvia.

—Según eso… —«Para de una vez»—. Debiste de sufrir bastante ayer.

El roce de su muslo casi le hacía sentir cosquilleos.

—Cuando te recibí en mi dormitorio, con ese camisón…

—Digamos que me alegré de que hiciera tanto frío.

—¿Porque te ayudó a mantener controlados tus bajos instintos?

—No. —La sonrisa había regresado a sus labios—. Porque el camisón era muy fino, y el paisaje, de lo más interesante. —Cuando Ada le asestó un manotazo, el coche serpenteó—. Chapman, no hiervas el agua si no piensas beberte el té.

—Fuiste tú quien empezó, pedazo de impresentable.

Su risa le encogió el corazón, aunque tardó en entender por qué.

—Durante un instante —añadió en voz baja—, me ha parecido verlo.

Cuando torcieron a la izquierda, alejándose del bullicioso Puente de la Torre, un manto de silencio, más sombrío que el cielo, descendió sobre ellos. «Bombardeos», se dijo al reparar en el estado de los edificios: faltaban buhardillas enteras, como si una boca monstruosa las hubiera devorado, y había cristales rotos por doquier.

—A Arlington —explicó Ada—. En… el modo en que te has reído.

—Arlington nunca existió. —De repente, la sonrisa le había abandonado—. Solo era una máscara, un disfraz personalizado. Como Leopold Welsch para Gwendolyn Danvers. —«Pues funcionó», pensó Ada con un peso aún mayor en el pecho. «Estaba hecho a mi medida»—. Casi hemos llegado —anunció Thorne.

Después de doblar dos esquinas y atravesar un patio lleno de escombros, detuvo el coche a la entrada de un callejón en el que tampoco había ni un alma.

—Mira, ahora sí estás siendo caballeroso —dijo Ada cuando le abrió la puerta, aunque no aceptó su mano—, supongo que para compensar lo demás.

—Es un comienzo. —Thorne carraspeó—. Pero esto no va a

gustarte.

Llovía tanto que los adoquines sobresalían del barro como islas.

—No puedo dejar que sepas dónde está nuestra sede.

—Pero… si es tu gente la que quiere que vaya. Te pidieron que…

—Sí, desean tenerte allí, pero es una organización clandestina. Para la Orden de Cassandra, el secretismo es importante. Es lo que nos ha permitido seguir existiendo. —Él cerró la puerta del coche—. Tienes que ponerte otra vez el velo.

Lo único que se oyó entonces fue una bocina en una calle lejana.

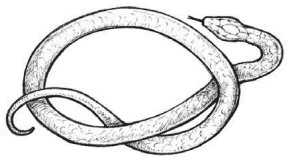
—No hace falta que me digas que no confías en mí.

—Ni aunque fueras el último hombre vivo sobre la faz de la Tierra.

Pero seguía sintiendo cosquilleos solo con tenerlo delante, un hormigueo que, cuando Thorne tiró de su velo empapado, se convirtió en palpitación.

—Pues me temo que no te quedan más opciones. —Al echárselo sobre la cara, la caricia del encaje envió una imagen perturbadora a la mente de Ada, una en la que el velo era blanco en vez de negro —. Ahora sí vas a tener que agarrarte a mí.

CAPÍTULO XXV



La lluvia convertía Worthington Hall en una mancha borrosa, un espejismo casi invisible en la distancia, y el sendero rodeado de olmos por el que Annabel avanzaba no tardaría en recordar a un riachuelo. Se había enterado de que esa mañana pensaban enterrar a la condesa y, considerando el escaso (y sospechoso) tiempo transcurrido desde su muerte, había decidido acercarse para echar un vistazo.

—Sabes que podríamos haber aparecido directamente en la mansión —comentó Rosenfield mientras la seguía sin arrancar ningún crujido a la gravilla.

—Los modales son importantes. Aunque estemos muertos y nadie nos vea.

—Y luego te empeñas en decir que el colmo de lo británico soy yo.

—En el fondo, es una suerte. —Annabel recolocó de mal humor la manta con la que había fallecido sobre los tirantes de su camisón—. Si me hubiera presentado con estas pintas en un funeral de la aristocracia, me habrían echado a patadas.

—Yo me pasaba el día colándome en tu alcoba sin pensar en el

protocolo.

—Tú eras un indecente, un sinvergüenza y un pendenciero. —Annabel aminoró poco a poco el paso—. Y lo sigues siendo. Supongo que el cementerio estará…

—En la trasera de los jardines, cerca de un pequeño invernadero.

Ella lo miró con desconfianza mientras reanudaban el camino.

—Worthington tenía una hermana muy traviesa —aclaró su marido —. Fue un otoño interesante el de 1886 y no solo por empezar la universidad…

Pero Annabel ya se había desvanecido entre la lluvia, con la nariz apuntando hacia el cielo, y Rosenfield no pudo contener una sonrisa mientras la seguía.

Aparecieron a la vez junto a un grupo de cipreses que envolvía como un abrazo el camposanto familiar. Las tumbas no podían ser más diferentes de las de Highgate: no había hierbajos creciendo entre ellas, ni un liquen en las esculturas, y el mausoleo del centro, con la reja abierta, relucía como si lo acabaran de construir.

—¿Por qué has querido venir? —preguntó Rosenfield mientras se acercaban al mausoleo. Una veintena de personas con ropajes oscuros se había reunido para dar el último adiós a la condesa—. ¿También conocías a los Worthington?

—No, nunca vinieron a mis sesiones, pero necesito comprobar algo.

Delante del mausoleo, con lo que parecía una floristería entera a su alrededor, se encontraba el ataúd de la condesa. Unos sepultureros aguardaban a cierta distancia mientras el reverendo, impávido bajo la lluvia, pronunciaba el sermón.

—Anoche, Ada me dijo que percibió una resonancia dentro de la casa —explicó Annabel—. Había un espíritu en ella, pero no sabe quién era.

—Lo raro sería que no hubiese ninguno. Los Worthington llevan más tiempo en esta propiedad que los Rosenfield en la de Sussex.

—Exacto. Si era un miembro de la familia, debería asistir al funeral. —Annabel recorrió con los ojos a la concurrencia—. Y, en ese caso, podría contarnos si la condesa realmente murió. Si estuvo en el Asfódelo, pero Roy la trajo de vuelta.

—Sé sincera, estás a medio segundo de decir «elemental».

El conde de Worthington debía de ser el caballero medio postrado de dolor de la primera fila. Como Annabel imaginaba, había bastantes rostros conocidos bajo la congregación de paraguas, pero todos pertenecían a la aristocracia… y, al parecer, eran de carne y hueso. Los únicos fantasmas del cementerio eran ellos.

—Mira a la duquesa de Harley, tan incombustible como siempre. —Rosenfield señaló a una anciana con una aparatosa estola—. Esa nos va a enterrar a todos.

—Ahora entiendo por qué Ada se quejaba de mi ropa de luto.

«Que los velos estén pasados de moda tiene sus ventajas». Mientras el reverendo seguía con su perorata, Annabel hizo lo propio con su inspección, aunque costaba no distraerse con su marido haciendo lo que mejor se le daba: cotillear.

—El barón Cornwall ha engordado una barbaridad. Eso es que sigue con la misma cocinera, vaya púdines preparaba… Ah, sir Thomas se ha afeitado el bigote.

—Es un funeral, milord, no la ópera. Haga el favor de callarse.

—Y mira a lord Goring, está hecho un carcamal. No me extraña que lady Goring se escapase con el cochero; parece una momia del Museo Británico.

—Criticón —masculló Annabel, aunque una parte suya le daba la razón. Presenciar los estragos que el paso del tiempo, por natural que fuese, estaba produciendo en sus conocidos le hacía sentir un

extraño vértigo. Todas aquellas arrugas, cabezas canosas, espaldas arqueadas… «¿Cómo estaríamos nosotros si siguiésemos aquí?».

Para entonces, el reverendo había concluido y, mientras la familia sollozaba sobre sus pañuelos, sumergió un hisopo en agua bendita.

—Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí, y al que a mí viene, no lo echo fuera…

Las gotas caídas sobre el féretro se mezclaban con las de la lluvia.

—Calista —susurraba el conde—. Mi Calista…

—Hablando de la ópera. —Annabel emergió de sus cavilaciones cuando su esposo se inclinó hacia ella—. ¿Tiene milady planes para esta tarde?

—Estar muerta, Victor —contestó con resignación—, igual que tú.

—… Me mostrarás la senda de la vida. Hartura de alegrías hay con tu rostro…

—Eso no es excusa para comportarnos como unos muermos. Aquí ya no hay nada que hacer. —Rosenfield señaló a los sepultureros que, agachándose junto al ataúd, lo alzaron en hombros—. Y tampoco parece haber servido de mucho.

«Ni de mucho ni de poco —pensó Annabel mientras la condesa era conducida al mausoleo—. Nadie debe de saber que esta ha sido la segunda vez que murió».

—¿Qué es lo que tienes en mente? —preguntó.

—Por motivos obvios, los restaurantes quedan descartados, pero podríamos colarnos en un cine para ver una película de Chaplin.

—No me hagas recordarte lo que ocurrió la última vez.

—O pasarnos por el teatro. —Rosenfield se puso frente a ella al ver que seguía mirando el ataúd—. Mientras jugábamos a las charadas, Ada me habló de una comedia que está arrasando estos días, *Chu Chin Chow* o algo así…

—Para reírme, me basta y me sobra contigo, pero no estoy de

humor.

—Un concierto en el Empire, entonces. O un ballet en Covent Garden. O… —Los ojos de Rosenfield brillaron—. Mirar libros en Hatchards.

Ella volvió la cabeza tan deprisa que, de seguir viva, le habría dado un tirón.

—Esa sería una cita espantosa. Tener delante novelas que no puedes leer es una tortura. Sobre todo —apretó los dientes—, si son de Doyle.

—Ahora entenderás cómo me sentía con respecto a cierto batín.

En contra de su voluntad, Annabel sonrió. Era increíble que, trece años después, siguiera removiéndola del mismo modo, que supiera qué tecla exacta pulsar.

—No te imaginas cómo odio no poder tocarte. —Cuando levantó la mano, sus dedos atravesaron los de Rosenfield, tan incorpóreos como los suyos—. Me recuerda demasiado a… los viejos tiempos. —Bajó la mano—. Por eso no quería regresar.

—Ya lo suponía —contestó él—. Si te consuela, tengo otra lista de cosas que proponerte para cuando volvamos a casa, pero no son nada celestiales.

Aquello le arrancó otra sonrisa, aunque no le dio tiempo a responder: estaba a punto de hacerlo cuando un golpeteo atrajo su atención.

El ruido de algo impactando contra una superficie de madera: ¡bam!

—Eso —dijo Rosenfield— no lo ha hecho la lluvia.

No eran los únicos que lo habían notado, los murmullos acababan de cesar. En el repentino silencio, el rumor del agua sonó más fuerte, casi estruendoso.

¡Bam, bam! Los golpes también eran más intensos. ¡Bam, bam,

bam!

—¿Ha sonado…? —empezó a decir Annabel.

—Sí. —Su marido, instintivamente, se colocó ante ella—. Dentro del ataúd.

Annabel ni siquiera pudo conmoverse ante un reflejo tan absurdo como el de proteger a una esposa espectral. Los asistentes se habían quedado pasmados: al reverendo se le había abierto la boca, sujetando todavía el *Libro de oración común*, y el conde de Worthington observaba el féretro con los ojos desorbitados.

Entonces, en medio de la parálisis general, la caja empezó a sacudirse.

—Dios. —La muchedumbre prorrumpió en alaridos cuando los sepultureros la soltaron. Cayó de lado ante las puertas del mausoleo, sobre un charco de barro, y uno de los seguros se quebró—. Dios —repitió Rosenfield.

—¡Calista! —se puso a chillar el conde—. ¿Qué han hecho, inútiles?

En su precipitación por acercarse, casi empujó al reverendo. ¡Bam!, sonó de nuevo dentro del ataúd, cuya tapa temblaba sin parar, y, cuando Worthington se arrodilló y quitó el otro seguro con dedos temblorosos, la caja se abrió de golpe.

Allí estaba la condesa, desmadejada, demacrada…, pero viva.

—Ca… Calista. —Su esposo extendió una mano, pero no se atrevió a agarrarla. Parecía tener miedo de que se desvaneciera—. Calista, cariño…

Llevaba un velo blanco y, al echárselo hacia atrás, parpadeó confusa. Sus ojos oscilaron entre los sepultureros, el reverendo, sus parientes…

Y, al final, se posaron sobre su marido, que rompió a sollozar.

—Es…, ¡es un milagro! —proclamó el reverendo. Esta vez, el

conde sí le tocó las manos, la cara, el oscuro cabello—. ¡Un milagro de Dios!

—Un milagro de Roy Bowie —murmuró Annabel.

Mientras Worthington abrazaba a su esposa, los ojos de esta revoloteaban sin parar sobre su hombro. Unas mujeres se echaron también a llorar.

—Ya lo decían las Sagradas Escrituras: «¡Él nos mostrará la senda de la vida!». —El reverendo elevó las manos—. ¡Nos ha devuelto a nuestra hermana!

—Puede haber sido un episodio de narcolepsia —oyó decir Annabel a uno de los presentes—. No sería la primera vez que entierran a alguien catatónico.

—Y con la cabeza abierta de un balazo —comentó Rosenfield.

Su doncella la había maquillado, pero la herida aún se apreciaba bajo los polvos de arroz. Poco a poco, sus manos se apoyaron en los hombros del conde, pero no le devolvió el abrazo. «La pobrecilla está conmocionada», susurró alguien.

—Y pensar que se casó conmigo sin estar enamorado…

Hasta que no oyó aquello, Annabel no reparó en que una segunda condesa de Worthington, tan traslúcida como ellos, se había materializado a su lado.

—Robert había contraído unas deudas terribles en los últimos años. Necesitaba un buen partido, una heredera que lo sacase de la ruina. —Cuando sacudió la cabeza, sus cabellos sueltos ondearon a su alrededor—. Y eso es lo que vio en mí.

Una de las mujeres, tras rebuscar en su bolso, sacó un frasquito de sales que le ofreció al conde, pero él no se enteró, seguía abrazado a Calista.

—Se suponía que los yacimientos de plata de la Holloway Company iban a ser su salvación. Con el tiempo, sin embargo…,

parece que se encariñó.

—Disculpe, pero… —Annabel parpadeó—. ¿Cómo…?

Volvió a mirar a la Calista de carne y hueso y, después, a la ectoplasmática. Tenía la piel cubierta de escarcha, como Edith Evans, y los labios igual de azules.

—Lo sé, es una absoluta vulgaridad. —La condesa señaló avergonzada su chaleco salvavidas—. Dudo que existan prendas menos favorecedoras.

—Siento darle la razón —dijo Rosenfield—. Pero… su frente.

—No tiene ninguna cicatriz —dijo Annabel—. Del balazo de Thorne…

—Claro que no. Fue el Atlántico Norte el que me mató, no ese muchacho.

Mientras tanto, la hermana del conde había corrido hacia él, agachándose para rodear a su cuñada con los brazos, pero esta seguía con la mirada perdida.

—Viajaba con una perrita pequinesa que me había regalado Robert —continuó el espíritu—. Fui a buscarla al camarote, pero, cuando regresé a cubierta, no quedaba ningún bote… He estado vagando por el Asfódelo desde entonces.

—Pero si usted está aquí… Si su alma está aquí… —Annabel señaló el grupo agachado en el barro—. ¿Quién es la mujer que…?

Antes de que acabase de hablar, Worthington gritó de nuevo.

Las manos de su esposa se habían crispado sobre sus hombros y, sin darle tiempo a reaccionar, lo había derribado de un empujón. Cayeron sobre un charco de barro mientras la condesa lo estampaba contra el suelo una vez y otra y otra más, hasta que Worthington se quedó tan quieto como debería haberlo estado ella.

El ruido con el que su cabeza impactó contra una roca ahogó todos los demás, aunque solo durante unos segundos: enseguida la

gente empezó a gritar.

—Por Dios. —Annabel corrió hacia ellos—. ¿Lo ha…?

—Creo que solo está inconsciente —respondió Rosenfield, tan perplejo como ella. «¡Robert!», chilló la hermana del conde—. Todavía se le ve respirar.

En unos segundos, la confusión se transformó en caos. Fueron necesarios tres hombres para reducir a la condesa, completamente fuera de control, y llevársela de allí; mientras tanto, apareció el médico de la familia y, tras confirmar que Worthington se hallaba fuera de peligro, se marchó para reconocer a su esposa.

—Se recuperará —aseguró el espíritu. Unos amigos del conde lo cogieron en volandas para conducirlo a la mansión—. Al menos, su cuerpo lo hará, pero su ánimo… —Los observaron alejarse—. Cuando descubra que su mujer es una extraña, que ya no queda nada de ella, se le partirá el alma.

—Es curioso que se preocupe por las de los demás —dijo Annabel.

El resto de los aristócratas no tardó en marcharse (algunos, ansiosos por poner pies en polvorosa; los más chismosos, encabezados por la duquesa de Harley, en pos de los condes) hasta que no quedaron en el cementerio más que los sepultureros.

—Nos aguardan unos días… complicados —prosiguió Annabel—, pero espero volver a verla. Era médium antes de morirme y podría ayudarla a…

—Deberían explicarte en qué consiste la jubilación —dijo su marido.

—Descuide, tengo tiempo de sobra. —La condesa guardó silencio durante unos segundos—. Supongo que esto significa que Robert nunca me quiso.

No había dolor en sus palabras, ni siquiera tristeza, solo aceptación.

—Si se enamoró después de casarse, no pudo ser de mí. Fue de la otra Calista Holloway, la que rescataron del océano. Bueno, al menos habrá solucionado lo de sus deudas. —La condesa suspiró—. Los esperaré en el Asfódelo.

Y su silueta, poco a poco, se volvió más traslúcida hasta desaparecer.

La lluvia era ahora tan densa que el cementerio entero parecía llorar. Annabel se acomodó la manta sobre los hombros mientras observaba, por encima de los cipreses sacudidos por la tormenta, la soberbia silueta de la mansión.

—No hay manera de acabar con aquellos a los que Roy resucita.

Tras un breve conciliábulo, los sepultureros agarraron el ataúd, lo guardaron en el interior del mausoleo y cerraron la reja con llave.

—No vuelven a estar vivos —continuó Annabel—. Siguen tan muertos como antes, solo que animados por… algo. —Vaciló—. O alguien.

—Algo o alguien tremendamente agresivo —coincidió su marido.

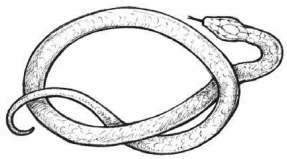
También los sepultureros se marcharon, convertidos en espíritus por la cortina de agua. «Ada tenía razón, había un fantasma en Worthington Hall».

—Antes has comentado que, para divertirte —comentó Rosenfield cuando se quedaron solos—, te bastaba y te sobraba conmigo. ¿Era verdad?

—Sabes que sí. —Ella entornó los ojos—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque espero que te rías cuando sepas lo que he hecho con una polilla.

CAPÍTULO XXVI



Si Thorne le hubiera dicho veinticuatro horas antes que la única opción que le quedaba era confiar en él, Ada habría deseado retroceder en el tiempo para decirle al Carpathia que no la recogiera, que solo estaba dándose un bañito.

Aceptar la mano que le tendía fue lo más difícil que había hecho desde que sus caminos volvieron a cruzarse, pero no parecía haber escapatoria. Tras asegurarse de que el velo le impedía reconocer nada, Thorne la alejó a tientas del Renault, envueltos en una lluvia que pronto se convertiría en tormenta, hasta que desembocaron, al cabo de unos minutos, en lo que parecía un oasis entre las callejuelas.

Lo único que acertaba a ver era un borrón oscuro, pero captó el susurro de unas hojas arrastradas por el viento y un desagradable olor a agua estancada.

—Si me estás llevando al Támesis para ahogarme, te juro que te enviaré a tantos espíritus que no volverás a dormir en la vida.

—Descuida, te habría matado mucho antes de haber querido.

Un cuervo graznó sobre sus cabezas. La gravilla crujía bajo sus

pies.

—Siempre tan considerado… —Al tropezar con un cascote, atisbó unas losas resquebrajadas bajo el velo—. ¿Eso también lo han hecho los bombardeos?

Pero había algo más que grietas a sus pies, unas letras cinceladas en cuyo interior había crecido el musgo. «Una iglesia. —Tragó saliva —. O un cementerio».

En vez de responder, Thorne la obligó a detenerse. Una corriente le revolvió el velo mientras algo tintineaba en la mano de él. «¿Una llave?». Otro ruido metálico. «Una cerradura». Una puerta que se abría. «Qué manera de complicarse».

—Tenemos que bajar una escalera. —Sin soltarle la mano, Thorne se puso ante ella y le agarró la otra. Ada dudó antes de dar un paso —. Despacio…

—Cuando apareciste anoche en mi cuarto, pensé que obedecías órdenes.

Aquello debió de sorprenderlo con la guardia baja, porque se detuvo.

—La Orden no solo te pidió que… —Ada bajó otro peldaño—. Que me trajeras hasta aquí. También te encargó que me sedujeras.

—Se te ha secado el seso con tantos libros, Chapman.

—«No estaría mal que jugases un poco con ella». —Otro paso más, y quedaron frente a frente—. «Que la desestabilizases antes de darle el golpe de gracia».

Estaban en el mismo peldaño, tan estrecho que apenas cabían, pero Thorne no pareció darse cuenta. Ada podía adivinar su perplejidad sin mirarlo.

—Tu superiora no lo sabe. —No era una pregunta—. Lo del Titanic.

—¿También fue Edith Evans quien te dio el chivatazo? Quién iba a imaginar que pudiera ser tan cotilla. Es imposible tener intimidad en

esa casa.

Su tono volvía a ser sarcástico, pero la tensión que se intuía debajo, la mezcla de incredulidad y estupor… «Ya no sabe qué pensar —se dijo Ada mientras continuaban bajando. El halo que distinguió a lo lejos le hizo saber que había una lámpara—. Todo su mundo se ha vuelto del revés por mi culpa. Por haberme conocido».

—En cualquier caso, hiciste bien no obedeciendo —añadió mientras alcanzaban el final de la escalera—. Me refiero a lo de tratar de seducirme.

—¿Porque habría sido aún más indecoroso que hablarte como lo hice?

—No, porque habría sido una pérdida de tiempo. He escarmentado demasiado para creerme nada de lo que digas. Esa boca no sirve más que para mentir.

Al entornar los ojos, distinguió una puerta entre dos quinqués, pero no le dio tiempo a llamar: acababa de levantar una mano cuando él la agarró.

—Una pérdida de tiempo —repitió detrás de ella.

Sus dedos se habían cerrado con delicadeza alrededor de su muñeca.

—Antes, en el coche —continuó él—, te aconsejé que no hirvieras el agua si no pensabas beberte el té. Pero pareces empeñada en ponerme a prueba.

—Thorne, no me hagas reír. Eres tú el que no deja de…

Ahora los dedos ascendieron por su mano, entrelazándose con los de Ada, antes de volverla hacia sí. «Sigue oliendo a él —pensó de repente—, a Arlington».

—Para haber escarmentado tanto, estás… —Tampoco ahora necesitó mirarlo para adivinar el ángulo exacto de su sonrisa—. Deliciosamente receptiva.

—La palabra es «escandalizada». Ningún caballero decente…

Con un suave tirón, la atrajo más hacia él. «No cedas —se ordenó mientras el olor a algo oscuro, mentolado, se volvía más penetrante —, o se saldrá con la suya».

—Yo diría que no soy un caballero ni tú una dama. —La agarró también del otro brazo—. Ni, por supuesto, decentes. Dejamos de serlo hace cuatro años —sus manos ascendieron poco a poco hacia sus hombros— en el Atlántico Norte.

De repente, hacía calor ahí abajo. Demasiado. «No cedas».

—Ningún caballero habría mencionado cómo me sentaba un bañador. —La hizo retroceder un paso—. Ni habría dicho nada sobre arrancarme un vestido.

Otro paso más y otro, y su espalda chocó contra la pared.

—Ni mucho menos habría comentado —a Ada casi se le trabó la lengua cuando Thorne se detuvo ante ella— nada sobre querer estar… entre mis piernas.

—Hay muchos más sitios donde querría estar —aseguró él—. Lo importante de un viaje es el recorrido, no el destino. Por ejemplo, me perdería por aquí…

«El condenado sabe lo que hace —pensó mientras su mano derecha descendía por su costado, un roce tan suave que pareció imperceptible. Aun así, sintió cómo enviaba descargas eléctricas por su interior—. Pero dos pueden jugar a este juego».

—También me apetecería quedarme un rato por aquí. —Los dedos de Thorne se demoraron ahora en su cintura. Se acercó más a ella, presionándola contra la pared, y Ada se mordió el labio—. O puede que… —Bajaron un poco más—. Por aquí.

Cuando la agarró de la cadera, le resultó imposible ahogar un respingo.

—Sería una parada interesante. —Un apretón malicioso, posesivo,

y el respingo se transformó en jadeo—. Y algo me dice —susurró— que no solo para mí.

Su pulgar merodeó hacia abajo trazando círculos sobre su muslo. «¿Cómo se puede desear de tal modo a alguien en quien eres incapaz de confiar?».

—Te haría tantas cosas, Chapman, que perderías el norte. —Había inclinado la cabeza y su respiración le calentaba la piel a través del velo—. Cosas sobre las que te aseguro que no has leído ni siquiera en tus novelas más sucias.

Lo que sentía ya no era electricidad, era el Gran Incendio de 1666.

—Cosas con las que no has soñado ni en tus fantasías más prohibidas.

Su boca estaba demasiado cerca, tanto que casi la tocaba…, tanto que los encajes se estremecían entre sus rostros como si cada palabra fuera un beso invisible.

—Y cuando no pudieras soportarlo más, cuando me suplicases…

Pero la voz de Thorne se apagó cuando ella, agarrando las solapas de su abrigo, se puso de puntillas para acabar con los milímetros que los separaban.

El roce de su boca fue casi imperceptible, como la caricia de una pluma, pero la reacción que provocó en él no pudo resultar más elocuente. Ada sintió tensarse cada músculo de su cuerpo contra los de ella mientras acariciaba con su labio inferior el del joven. «No es un beso —se recordó a sí misma—, es una mentira».

—Cuando te suplicase… ¿el qué? —susurró a través del velo.

«Una mentira para el maestro de las mentiras, justo lo que se merece».

—Es un buen momento para demostrarme que me equivocaba. —Dejó que su nariz rozara la de él—. Que tu boca, por imposible que parezca, sabe hacer algo más que mentir. —Y, al ver que seguía sin

responder, ordenó—: Quítame el velo.

«Se odia a sí mismo por haberle confesado que tiene un punto débil —había dicho Rosenfield—. Ella es su punto débil, el resquicio en su armadura. Su mayor vulnerabilidad».

—¿Qué…? —susurró Thorne pasados unos segundos.

—Que me quites el velo —repitió Ada—. Quiero verte la cara.

Pero, como tampoco reaccionó, fue ella quien echó hacia atrás los encajes para sostenerle la mirada, envueltos en sus propias respiraciones aceleradas.

—Quiero que me mires mientras me dices esas cosas. Mientras hablas de lo que me harías, de lo bueno que eres en ello y de cómo no significa nada para ti.

Lo tenía en sus manos, el cazador convertido en presa.

—Y quiero que, si vas a besarme —cuando tiró de las solapas de su abrigo, le vio abrir mucho los ojos—, lo hagas de verdad. Sin un disfraz.

Sintió cómo un mechón de su pelo le hacía cosquillas en la frente.

—¿No puedes? —Su nuez subió y bajó al tragar saliva—. Dios, Thorne. —Ada sacudió la cabeza—. ¿No has sido sincero con nadie en toda tu vida?

—Me pesa en el alma, pero voy a tener que interrumpirles.

Hasta que no oyó aquello, Ada no fue consciente de que la puerta se había abierto y media docena de desconocidos los observaban desde el interior de la cripta.

Una mujer aguardaba en medio del grupo; tenía el pelo canoso, peinado en un moño impecable, unas gafas plateadas y una sonrisa que, pese a no haberla visto nunca, Ada supo que convenía temer. Nada más reparar en ella, Thorne la soltó.

—Es un placer tenerla con nosotros, señorita Chapman. Soy Caroline Morland, directora de la Orden de Cassandra. —Llevaba un

broche en la blusa con el mismo emblema que el bastón de Thorne, el ojo rodeado por la serpiente que se mordía la cola—. Llevábamos bastantes años soñando con este encuentro.

—Pero se nos han adelantado dándole la bienvenida —dijo un joven.

Los hombres arracimados a su alrededor rompieron a reír. Ada sintió cómo se encendía hasta las cejas mientras alisaba, como podía, las arrugas de su vestido.

—Jack, no seas grosero —respondió la señora Morland—. Mejor vayamos a mi despacho; debe de haber empezado a llover y la pobre señorita Chapman está calada. —Y, tras mirar de reojo a Thorne, susurró—: Bien hecho, muchacho.

—No me lo agradezca, nos ha servido para entrar en calor —sonrió él.

Cuando su mirada se cruzó con la de Ada, la sonrisa pareció temblar en sus labios, pero tan rápido que se preguntó si habría sido un espejismo. La decepción que aquello le hizo sentir fue tan dolorosa, precisamente por lo ridícula que resultaba, que no pudo reaccionar hasta que Caroline Morland apoyó una mano sobre su hombro.

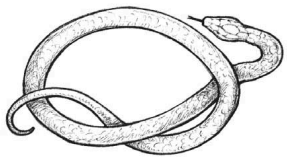
«La señorita Lovelace tenía razón. Es un mentiroso, un embaucador, y tú…».

Al otro lado de la puerta había una recepción que, de no ser por su abatimiento, le habría parecido acogedora y Morland la guio hacia allí.

«… tú eres una idiota —pensó mientras daba la espalda a Thorne —. No has escarmentado en absoluto».

«No podrás hacerlo mientras sigas teniéndolo cerca».

CAPÍTULO XXVII



—Lord Victor Arthur William Rosenfield —dijo Annabel.

En la salita de Albemarle Street, una resquebrajadura empezaba a dibujarse en la pecera contra la que, cada vez más rabiosa, se estrellaba la polilla. A Annabel le había faltado tiempo para materializarse de vuelta, convencida de que la encarnación del caos que tenía por esposo solo estaba tomándole el pelo, pero lo que encontró en medio de la alfombra le hizo desear no haberse movido de Highgate.

—¡Lord Victor Arthur William Rosenfield!

—¡Querida! —exclamó su marido.

—¿Se puede saber por qué no me lo habías contado?

—Porque prefiero que cada día conmigo sea una aventura, querida.

Hubo un crujido cuando la polilla, cuya agresividad no tenía nada que envidiar a la de la condesa de Worthington, casi volcó la esfera de cristal.

—¿Sabes lo que es? Un dolor de cabeza constante. Uno que, por alguna razón, decidí aceptar para toda la eternidad. —Annabel gimió

antes de agacharse al lado de la pecera—. ¿En qué estabas pensando para hacer esto?

—Solo se trata de un experimento. Una… manualidad.

—Otro Victor apellidado Frankenstein quiso hacer una manualidad y ya sabemos lo que pasó. De verdad que no entiendo por qué no me lo dijiste.

—Todo el mundo asegura que la clave para un matrimonio exitoso consiste en sorprender a tu cónyuge. Es mi sagrado deber mantener viva la llama de nuestro amor dedicándote una ocurrencia tras otra.

«No te rías —se ordenó Annabel mientras la grieta, parecida a un relámpago, daba la impresión de aumentar—. Tú, ante todo, no te rías».

—Pues te has cubierto de gloria. Entre Roy y tú habéis creado… No sé ni cómo denominar a esto… El Jack el Destripador de los insectos.

—Sí, es una suerte que Ada no nos hiciera lo mismo. —Rosenfield se aflojó la corbata—. Me habrías arrancado la cabeza a la primera tontería.

—No cantes victoria demasiado pronto.

«Pero tiene razón, ha servido de algo», se dijo mientras su marido llamaba a Jia y Florence para que colocaran, solo por si acaso, una caja de madera encima de la pecera. De Aurora, curiosamente, no habían sabido nada desde que regresaron de Worthington Hall. «Ahora sabemos que la falsa Calista Holloway no atacó al conde por enajenación mental. Hay algo siniestro en aquellos a los que Roy resucita…, casi tanto como el hecho de que no puedan volver a morir».

—¿Preparado? —preguntó cuando se quedaron solos.

—Sigo diciendo que sería mejor ir a ver una película de Chaplin.

—A mí tampoco me apetece, pero le prometí a la condesa que la

buscaríamos en el Asfódelo. Es probable que nos ayude a averiguar algo más sobre lo que Roy le hizo. —Se miraron durante unos segundos—. Nos vemos al otro lado.

Mientras Rosenfield asentía, su silueta empezó a palidecer y Annabel, cerrando los ojos, se proyectó hacia la dimensión situada más allá de la de los vivos.

«Es como atravesar una cascada de agua helada», le había explicado su marido, pero la sensación le resultó aún más desagradable. Conteniendo un jadeo, apretó los párpados mientras un remolino la arrastraba de un lado a otro hasta que, poco a poco, el universo se detuvo y Annabel se atrevió a abrir los ojos.

Ya no estaba en Albemarle Street, de eso no había duda. Ante ella se extendía un paisaje tan desolado que parecía pintado por un artista sin nada más que grises en su paleta. La niebla más densa que había visto, más que la de Londres en las peores noches de invierno, desdibujaba las ondulaciones de un terreno cuya única vegetación eran las siniestras flores que daban su nombre a aquel plano.

—«El Campo de Asfódelos donde se guarecen las almas, imágenes de hombres muertos…» —oyó decir pasados unos segundos.

—¿Homero? —preguntó sin apartar la mirada del paisaje.

—El Canto XXIV de la *Odisea*. Debe de ser raro verlo con tus propios ojos.

Al volverse, descubrió a Rosenfield junto a ella.

—El sitio del que te pasaste la vida oyendo hablar —continuó—. El hogar de los espíritus perdidos…, aunque sea la palabra menos adecuada para definirlo.

—¿Aquí era donde solías estar cuando no te encontrabas a mi lado?

—Supongo que ahora entenderás por qué prefería tu casa.

Su tono era tan desenvuelto como siempre, pero no consiguió engañarla. «Qué solo debió de sentirse hasta que nos conocimos».

—En especial, tu alcoba. —Cuando echaron a andar, la niebla se arremolinó alrededor de sus tobillos—. Más concretamente, tu cama, como aquella vez…

—Deja de tomártelo a guasa. Esto es horriblemente deprimente.

Annabel se había quedado corta al pensar que allí reinaba el silencio. No era que no se oyeran más ruidos aparte de los de ellos, era que cualquier sonido parecía morir antes incluso de haber nacido. «Si no proyectamos ninguna sombra —pensó mientras observaba sus pies—, tiene sentido que tampoco produzcamos ningún eco».

—Es el Purgatorio —dijo Rosenfield con calma—, donde se quedan aquellos incapaces de dar el paso final. Porque necesitan saber quién los mató, porque tienen cuentas pendientes, porque el arrepentimiento pesa demasiado…

—O porque su aprendiza es una cabeza de chorlito.

Había otro grupo de asfódelos más adelante, despuntando entre la niebla con sus pétalos en forma de estrella, y Annabel se agachó a su lado. «Parecen fantasmas».

—Sé que nunca haces caso a mis consejos, pero no deberías hablar así de ella.

La sorpresa le hizo apartar los ojos de las flores.

—Ada lo está pasando peor de lo que crees. —Su marido también se detuvo—. Entre tu muerte, el Titanic…, lo que le ocurrió de niña…

—Eso no es excusa para lo que ha hecho. Sigue siendo un sacrilegio.

—Bueno, todos cometemos errores, pero ya se siente lo suficientemente pequeña comparada contigo. No la hagas creerse aún más incapaz de rellenar tu hueco.

—Nadie espera que haga eso —dijo Annabel, perpleja—. ¿De qué…?

—Ella lo espera. —Rosenfield se acuclilló entre los asfódelos—. Y cree que tú también —inspeccionó uno— y que te ha decepcionado por ello.

—Pero si es igual de descarada que cuando tenía dieciséis años.

—Porque su mayor talento siempre ha sido esconderse. Porque, cuando Ada se siente amenazada, se dedica a huir, a huir sin parar, incluso de sí misma. —Rosenfield la miró a los ojos—. Y sé de quién lo aprendió.

Annabel abrió la boca para protestar, pero no le salieron las palabras.

—No lo sabía —reconoció—. Nunca me doy cuenta de esas cosas.

—Y, por eso, milady se casó conmigo. —El asfódelo se disolvió en la niebla al contacto con los dedos de Rosenfield. «Sí, son fantasmas. Todos lo somos aquí», pensó Annabel—. Además de por otras cosas que pienso hacerle en cuanto volvamos a casa y pueda tocarla sin que se deshaga… del modo incorrecto.

Aquello le arrancó una sonrisa, aunque solo durante unos segundos.

—Cuando me hizo aparecer en nuestro panteón, en Highgate —confesó—, y la vi delante de mí…, tan mayor, tan guapa, convertida en una mujer…, me sentí más orgullosa que en toda mi existencia. —Se pasó una mano por los ojos—. Pero estaba tan enfadada por haberme apartado de ti que lo único que hice… fue reñirla.

—Dile lo que sientes, Annabel. Por mucho que te cueste abrirte a los demás, estoy seguro de que oírlo significaría un mundo para ella.

—Cuando regrese, lo haré —prometió—. Después de asegurarme de que cierto cretino no le ha hecho nada más por lo que debamos arruinarle la vida.

Cuando él enarcó las cejas, Annabel lo señaló con un dedo.

—Ni lo pienses, no se la merecería ni en mil años.

—Lo que tú digas. —Los dos volvieron la cabeza cuando unas siluetas se acercaron a través de la niebla—. Pero lo he mirado a los ojos sin que se diera cuenta —dijo Rosenfield mientras se levantaba — y sé lo que he visto en ellos.

Uno de los espíritus era el de la condesa de Worthington, pero no venía sola, la acompañaban un hombre y una mujer desconocidos.

—Cuando me dijeron que estaban investigando mi resurrección…, es decir, la de mi cuerpo…, se me ocurrió una idea —saludó la condesa—. No sé si la señorita Chapman se lo explicó, pero no fui la única a la que ese niño devolvió a la vida.

—Sí. —Annabel también se incorporó—. Habló de otras dos personas.

—Pensé que querrían conocerlas. Este es el señor Fotheringay…

Un caballero de piel bronceada se inclinó educadamente.

—… y esta, la señora Wildingham. —Una anciana pequeña como un pájaro les dedicó una sonrisa—. Hemos acabado haciéndonos buenos amigos.

—Según Ada, el barco encargado de recuperar los cadáveres recogió los suyos —contestó Annabel—. Se disponían a arrojarlos por la borda cuando…

—Estábamos ahí —dijo la anciana—, en la cubierta del Mackay-Bennett.

—Un espectáculo sobrecogedor —añadió Fotheringay—. El ruido de los cuerpos cayendo al agua, las campanas tocando a muerto, el pastor entonando un himno… Claro que, comparado con este lugar, no parecía tan siniestro.

Se veían otras siluetas a lo lejos, pero la niebla del Asfódelo era tan espesa que costaba decir si estaban a diez metros o al alcance

de la mano.

—¿Tienen alguna idea de qué hizo Roy? —inquirió Rosenfield.

—Ni la más remota —dijo Fotheringay—. Yo nunca había creído en nada así…, fantasmas, posesiones, esas cosas. Es cierto que, de joven, asistí a un par de sesiones de espiritismo, pero me parecieron un engañabobos…, con perdón.

—No se preocupe —se resignó Annabel—. Estoy acostumbrada.

—Yo sí creía —dijo la señora Wildingham—, pero lo que sucedió cuando ese niño tocó nuestros cuerpos no se parecía a nada que hubiera visto.

A diferencia de Fotheringay, de la condesa y de Edith Evans, no tenía partículas de hielo sobre la piel. «Ada dijo que se rompió una cadera al caer sobre una hélice —recordó Annabel—. Probablemente murió ahogada, no de hipotermia».

—Ahora no puede hablar —dijo Rosenfield—. ¿Le oyeron hacerlo?

—Antes del naufragio, sí. Por eso los conocí a su madre y a él, porque parloteaba de lo lindo. —Wildingham miró a la condesa—. Usted también lo hizo, querida.

—¿Yo? —La joven pareció desconcertada—. ¿Dónde ocurrió eso?

—En la cubierta de popa, al día siguiente de zarpar. Era la única destinada a los de tercera clase, pero a nosotros nos permitían acceder para pasear a los perros.

La parte de Annabel criada en los callejones de Whitechapel gruñó.

—Es verdad… Fui una vez con usted —asintió la condesa—. Me dijo que quería dar una vuelta con su cachorro y aproveché para hacer lo mismo con mi Cixi.

—Tenía una pomerania preciosa —se lamentó Wildingham—. Por supuesto, me empeñé en que viajara en mi camarote y al señor Hutchinson, el encargado de la perrera, no le sentó nada bien… En

fin, el caso es que la perrita atrajo la atención de Roy, que estaba haciendo pompas de jabón con su madre. Era una mujer bonita, muy joven… Mientras jugaban, nos pusimos hablar de esto y lo otro…

—Yo no me di cuenta —confesó la condesa—. Cixi no paraba quieta.

—Me dijo que procedían de Irlanda, de un pueblecito costero, pero que se habían mudado a Belfast poco antes. No sabría decirles por qué, pero me dio la sensación…, quizá por su expresión…, de que estaban huyendo de algo.

Los Rosenfield se miraron y Annabel supo que pensaban lo mismo.

—Di por hecho que sería de un marido maltratador —confirmó la anciana— y me dio tanta pena que me ofrecí a ayudarla, pero la chica no me lo permitió. «Dicen que América es la tierra de las oportunidades». Fue la única vez que la vi sonreír. «No se preocupe, estaremos bien. Nos espera una nueva vida».

—Debieron de gastarse todos sus ahorros en el pasaje —dijo Rosenfield.

—Eso fue lo que más me descolocó. Roy, cuando les pregunté por ello, dijo que no habían pagado nada. Su madre se puso roja y lo mandó callar…

—¿Cómo? —preguntó Annabel—. ¿Se colaron en el Titanic?

—Como polizones, sí…, mientras lo construían en el astillero de Belfast. Roy me contó que se habían escondido entre los aparatos de las salas de calderas hasta que pudieron escabullirse a un camarote. Me pareció tan valiente que una mujer hiciera algo así por su hijo, por la esperanza de un futuro mejor… —La anciana sacudió la cabeza—. Ni me planteé delatarlos. La vida había sido generosa conmigo, me había dado cientos de posibilidades… ¿Quién era yo para arrebatárselas?

—Hizo usted bien —dijo Fotheringay—, aunque no sirviera de mucho.

—Porque Roy resucitó —dijo Annabel, pensativa—, pero la señora Bowie no. Si no la trajo de vuelta, debió de ser porque no recuperaron su cuerpo.

Casi pudo oír los ruidos de los que había hablado Fotheringay, las salpicaduras de los cadáveres, el toque de difuntos perdiéndose en la bruma…

—¿Bowie? —La anciana parpadeó—. Pero si el chico no se llama así.

La cadena de pensamientos de Annabel se detuvo.

—Ada dijo que es su apellido… —contestó Rosenfield—. Al menos, eso le aseguró la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas.

—No, no lo es —dijo Wildingham—, es MacDonnell. Su madre se llamaba Méav MacDonnell; lo recuerdo porque una doncella mía se apellidaba igual.

El silencio volvió a invadir el Asfódelo, tan hambriento que pareció devorar hasta el más mínimo ruido. «MacDonnell», pensó Annabel.

—Quizá Roy se equivocó al dar su nombre —aventuró Rosenfield —. En el Carpathia, cuando elaboraron una lista con los supervivientes.

—Victor, no puede hablar —le recordó su esposa— y no sabe escribir.

—Entonces lo confundirían con otro niño desaparecido. Debieron de morir docenas de criaturas esa noche, sin nadie que reclamase sus cuerpos…

Henderson, recordó Annabel, había mencionado la lista de pasajeros de la White Star Line. Por supuesto que Roy no aparecería en ella, pero…

—MacDonnell… He oído antes ese apellido.

—¿Se refiere a un espíritu del Cielo? —preguntó la condesa.

—No —dijo Annabel—. Quiero decir, fue cuando estaba viva. Leí sobre alguien llamado así. —Se apretó las sienes—. Pero… no recuerdo dónde.

Debía de haber sido en su biblioteca personal, la que ahora estaba repartida entre su antiguo despacho y la Academia Rosenfield. Durante sus años como médium, había reunido una cantidad impresionante de tratados sobre el espiritismo, el magnetismo, el mesmerismo…

—Déjenla —dijo Rosenfield—. Es fascinante de ver.

—Fue en una obra redactada por un autor irlandés. —Annabel se había quedado abstraída—. Quizá un miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Dublín… O de la Sociedad Hermética, o de la Sociedad Teosófica…

—Es como si tuviera un catálogo inmenso por cerebro —aseguró él.

—Tal vez lo mencionó Yeats en *El crepúsculo celta*… No, era un MacCarthy, no un MacDonnell. O puede que Jeremiah Curtin en *Mitos y folclore de Irlanda*, o…

Pero la mirada de Annabel, mientras hablaba consigo misma, se había detenido sobre uno de los espíritus que deambulaban entre los asfódelos.

—Adelante, cítanos a Holmes —dijo Rosenfield—. Lo estás deseando.

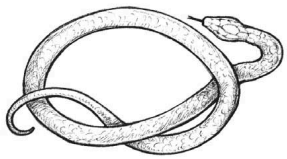
—Calla. —Annabel, olvidando que no podía tocarlo, extendió una mano hacia él. Había abierto mucho los ojos—. Ahí. —Señaló las flores—. Mira hacia ahí.

Un vestido de un verde tan oscuro que ni siquiera la niebla lo empalidecía. Una melena cortada a la altura de la barbilla, más negra que una noche enlutada. Unos ojos de un azul tan pálido que

parecían blancos… y que, al reparar en Annabel, se abrieron aún más que los de ella.

—Vaya por Dios —comentó Aurora.

CAPÍTULO XXVIII



—Le estoy muy agradecida por aceptar nuestra invitación —aseguró Caroline Morland mientras conducía a Ada por un pasillo—. No albergaba muchas esperanzas debido al… conflicto de intereses entre nuestros gremios.

—Es una manera elegante de definirlo. —Ada se quedó observando la sucesión de cuadros de las paredes—. ¿La *Ilíada*?

—Me imagino que conocerá la historia de Cassandra, la princesa troyana.

En uno de los lienzos, una copia de Tiepolo, unos hombres tiraban de unas sogas para arrastrar un caballo de madera hacia el interior de una ciudad.

—Después de diez años de carnicería, el ejército griego desapareció tras dejar ese caballo en la playa —explicó la señora Morland—. Los troyanos lo tomaron por una ofrenda, pero Cassandra, la hija del rey Príamo, les advirtió de que era un error…

«El ojo simboliza el don de la profecía —comprendió Ada doblando una esquina—, y la serpiente es la que, según la leyenda, lamió a Cassandra para concedérselo».

—Nadie le hizo caso, de modo que aquella noche, mientras festejaban el fin de la guerra —giraron a la derecha otra vez—, unos soldados salieron del interior del caballo para abrirles a los suyos las puertas de Troya.

—Y así se ven ustedes, como profetas incomprendidos.

«Bonito moratón», susurró Jack Morland a Thorne, caminando tras ellas. Cuando la señora Morland abrió una puerta, Ada se encontró en un despacho parecido al suyo: tenía estanterías de madera oscura, un escritorio señorial y en la pared del fondo, encima de una butaca, el retrato de un caballero. Otra puerta daba a una segunda estancia, una sala de estar, a juzgar por los muebles.

—Siéntese, señorita Chapman. —Ada se esforzó por ignorar a Thorne, que se había apoyado en una pared con los brazos cruzados, mientras Morland señalaba la silla situada frente a su butaca—. Y, Jack, ven a echarme una mano con el té.

—Esto parece un juicio ante el Tribunal de la Santa Inquisición.

A Ada le costó no soltar una exclamación al descubrir a Edith a su lado.

—Un sitio de lo más acogedor —comentó el espíritu—. Casi me hace olvidar que estamos bajo tierra rodeados de ratas. Ah —había reparado en Thorne, distraído sacando brillo al puño de su bastón—, retiro lo dicho.

—¿Qué haces aquí? —dijo Ada sin mover apenas los labios.

—Me envían los tortolitos para informarte de que puede que hayan descubierto algo importante sobre Roy durante una visita al Asfódelo.

Ada se aseguró de que Morland estaba distraída hablando con su hijo.

—Gracias a otra víctima del Titanic, se han enterado de que su apellido no es Bowie, sino MacDonnell —continuó Edith—. Viajaba

con su madre, Méav, en tercera clase, pero no compraron ningún billete, se colaron en el barco.

Si la directora no estuviera de espaldas, habría reparado en su sorpresa.

—¿Méav MacDonnell? —repitió Ada lo más bajo que pudo.

—Supongo que eso significa que no te suena. —Cuando negó con la cabeza, el espíritu suspiró—. Tu maestra se está volviendo loca tratando de recordar dónde leyó ese apellido. Dice que debió de ser en un libro de su biblioteca, así que me pasaré por la academia para rebuscar con Louise y August entre los de tu despacho.

Ada recordó sus novelas picantes con cubiertas falsas. «Tierra, trágame».

—Ah, una última cosa… Los Rosenfield saben lo de Aurora. —Esta vez le costó aún más disimular—. La han pillado haciendo de las suyas en el Asfódelo, de modo que prepárate para que te interroguen en cuanto acaben con ella.

«Esto no hace más que mejorar», pensó Ada, pero no le dio tiempo a responder: un cosquilleo en la nuca le hizo adivinar que alguien la estaba mirando.

Al girar la cabeza, vio que Thorne seguía apoyado en la pared, pero la atención con la que la observaba no podía casar menos con su desenfadado aspecto. Era como si sus pupilas estuviesen radiografiándola mientras hablaba con el aire.

—En fin. —Edith también lo miró—. Me voy marchando.

—Siento no poder ofrecerle un refrigerio mejor. —Morland regresó a la mesa mientras el espíritu se desvanecía—. Pero no solemos recibir muchos invitados. Por no hablar de que el racionamiento lo está complicando todo. —Traía una bandeja con el servicio de té—. Si le apetecen unas pastas…

—No se moleste, he desayunado antes de venir.

—Como veo que no me necesitarán, iré a trabajar un rato —dijo Thorne con aquella sonrisa suya que era como una máscara—. Un placer, Chapman.

«Se ha dado cuenta de que estaba hablando con alguien». Cuando pasó a su lado, su cuerpo reaccionó de un modo casi primitivo, como si estuviera hecho de hierro y el de Thorne fuera un imán. «No importa —se recordó a sí misma—, seguirá sin creer en lo que hago. Siempre me verá como a una mentirosa».

—Cielos —comentó Morland cuando la puerta se cerró tras él—. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Si le preocupa que nos matemos el uno al otro, quédese tranquila. Somos lo bastante adultos como para poder compartir el mismo espacio.

—No me refería a esa clase de tensión —contestó Morland, sonriente.

El recuerdo de cómo los había sorprendido en la escalera (apretados contra una pared, las manos de ella agarradas a sus solapas, sus bocas rozándose a través del velo) hizo sonrojarse a Ada. «¿Se ha ido… de verdad? ¿No volveré a verlo?».

—Un muchacho encantador —aseguró Morland.

«Es lo que querías, ¿no? —habría dicho Edith—. Perderlo de vista».

—Sí, nos ha dado grandes momentos —ironizó Jack Morland.

—Supongo que se refiere a la caída en desgracia de Gwendolyn Danvers.

—Ese solo ha sido el último de sus triunfos. Lo cierto es que el chico tiene una trayectoria espectacular: Edna Wilson Clarke, Ermintrude Lynch… Si las hermanas Fox siguieran en activo, las habría seducido a las tres; así de bueno es en lo suyo.

Ahora a Ada le costó más contener su asombro. Sabía que esas

mujeres eran unas estafadoras, pero no que Thorne hubiera estado involucrado en sus detenciones. «Edna Wilson Clarke debe de tener cincuenta años», recordó.

«Tú eres la única a la que he deseado desde que me metí en esta mierda».

—Sinceramente, creo que están desperdiciando su potencial.

—¿De veras? —contestó Morland mientras dejaba la bandeja en la mesa. Su sonrisa no flaqueó ni un ápice—. ¿Me va a enseñar a dirigir mi organización? Conozco a mis agentes, señorita Chapman, y lo que puedo esperar de cada uno.

«Era algo para lo que no estaba entrenado».

—Sé que usted le ordenó registrar Albemarle Street.

Morland, a punto de sentarse en la butaca, se detuvo.

—«Quiero un informe completo sobre cada habitación de esa casa, todo analizado palmo a palmo». Mi espíritu protector tiene buena memoria —aclaró Ada al verla enarcar las cejas—. Les oyó hablar por teléfono.

—¿La señorita Edith Evans? —dijo Morland, sentándose por fin.

—Hasta donde yo sé, Thorne se lo tomó muy en serio. No debió de dormir ni media hora anoche; estuvo inspeccionando su dormitorio en busca de mecanismos escondidos, conductos de ventilación, aparatos de refrigeración…

—No me lo tenga en cuenta, querida, es parte de nuestro trabajo.

—Lo que intento decir es que lo hizo bien. —Ada se estiró para coger su taza—. Ni el mismo Houdini hubiera podido superarle; parecía un perro con un hueso.

Hubo un momento de silencio mientras removía el *darjeeling*.

—Si hubiera encontrado algo —dijo Morland—, me lo habría contado.

—No lo ha hecho porque no había nada que encontrar. Porque,

por mucho que le cueste creerlo, no soy un fraude. Pero, si lo fuera, él lo habría descubierto.

Jack Morland resopló, pero su madre se limitó a contemplarla.

—En el fondo, resulta conmovedor —reconoció.

—¿Lo convencida que estoy de mi honradez?

—Su empeño en defender a una persona para la que no significa nada. A alguien que descorcharía una botella de champán si un día acabase entre rejas.

Ada sabía que era incomprensible. Había pasado cuatro años odiándolo, le había jurado rencor eterno, había prometido hacérselo pagar…, pero el desprecio con el que su propia gente lo trataba había avivado una rabia desconocida en su interior.

—Lo que sienta por mí no cambia lo que usted está haciendo.

—Si se refiere al registro de su casa, entiendo que le haya molestado, pero…

—No, eso me trae sin cuidado; como ha dicho, es parte de su labor. Yo respeto a una mujer capaz de llevar las riendas de su negocio. Lo que no puedo hacer —Ada dio un sorbo a su té— es respetar a una que lo hace de pena.

Supo que acababa de tocar una fibra sensible: la sonrisa de Morland se escurrió como una máscara y un destello de resentimiento relució en sus ojos.

—Jack —dijo tras unos segundos—, vete.

Su hijo estaba tan perplejo que tardó en reaccionar.

—Pero… me dijiste que querías estar segura de que nadie…

—Ahora —ordenó Morland, y el joven, aún confundido, obedeció.

«Thorne dijo que empezó a dirigir la organización tras la muerte de su esposo. —Ada inspeccionó al caballero del retrato (gruesas patillas, entrecejo fruncido, mirada colérica) y no le costó deducir la clase de marido que había sido—. Se habrá visto obligada a

demostrar muchas cosas al mundo…, un mundo de hombres».

—Él me preguntó por usted. —La voz de Morland le hizo apartar los ojos del cuadro—. Thorne —aclaró—, cuando hablamos por teléfono.

Ada la observó curvar los dedos alrededor de la taza humeante.

—Quería saber qué pensaba sobre su trayectoria y su motivación. Yo le respondí que me parecía una buena actriz, igual que su maestra.

—Es un consuelo saber que podría ganarme la vida en Covent Garden.

—Le mentí. Sé que lo que hace es verdad. Como lo de ella.

Aquello dejó a Ada aún más confundida que Jack.

—«¿Y por qué estamos aquí entonces?», se preguntará. Esa es la cuestión. —La mujer rebuscó entre sus papeles—. No es por lo que hace, es por lo que hizo.

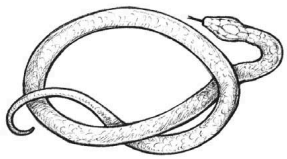
—¿Tiene ahí las crónicas de mis sesiones de espiritismo? Desde que la señorita Lovelace me legó su gabinete, he estado deslomándome noche y día. Se lo habrá pasado en grande con tantos escándalos, herencias y bastardos.

—Oh, me he divertido mucho más con sus inicios. Por ejemplo, esto.

Tras sacar un papel, Morland se lo alargó por encima de la mesa y Ada, tras dejar la taza, se estiró para cogerlo. Era un recorte de periódico, pero cuando leyó el titular, desvaído por el paso del tiempo, su mano se detuvo.

Y, si antes había pensado «Tierra, trágame», ahora lo deseó con todo su ser.

CAPÍTULO XXIX



—Sesión inversa —murmuró Annabel en medio de la salita.

Florence y Jia, que se habían sentado en la alfombra para vigilar a la polilla, los habían visto regresar a Rosenfield y a ella en el mismo instante en que Aurora, tumbada en el diván, abría los ojos. «Nos han cazado —había pensado Florence, pero después se había dicho —: Era cuestión de tiempo, esta mujer es un sabueso».

—Para los profanos, ¿qué es eso? —preguntó Rosenfield.

—Lo que indica su nombre, una sesión de espiritismo al revés. En una normal, la médium atrae a los espíritus a este plano. —Annabel observó atusarse el pelo a Aurora—. En una inversa, es el espíritu de la médium el que viaja al Asfódelo.

—Y deduzco que… ¿es algo poco habitual?

—¿Ser capaz de separar tu alma de tu cuerpo te parece habitual?

La chica, indiferente a lo que decían, se puso en pie recolocándose el uniforme. Parecía tan tranquila como si solo estuvieran hablando del tiempo.

—«Para alcanzar el estado de trance que requiere el espiritismo inverso, se ha de poseer una fortaleza mental inmensa», aseguraban

Grendall y Hobbes en *Más allá de la muerte: lo que no nos atrevemos a preguntar acerca de lo que nos espera* —dijo Annabel. Aurora apartó un cojín para sentarse en una butaca junto a Roy—. «Durante esos trances, como ocurre con el sonambulismo, no se debe despertar a la médium. No existe un estado hipnótico más profundo…, rozando lo comatoso en algunos casos».

—Es como si se hubiera tragado el libro —dijo Florence, admirada.

—Ya que tiene tan buena memoria, podría hacernos los deberes —comentó Jia mordisqueando una galleta—. Seguro que haber estado vigilando a esa bestia del averno no bastará para que el profesor Westwood nos los perdone.

—No oses insultar a Frankie en mi presencia —dijo Rosenfield.

La caja que cubría la pecera tembló con otro envite de la polilla, pero Annabel siguió mirando a Aurora como si fuera lo más prodigioso que había visto.

—¿Cómo has aprendido a hacer eso? ¿Quién te ha enseñado?

Pero la muchacha, de nuevo, permaneció en silencio.

—Es un estado en el que entra cuando quiere —explicó Florence —. La hemos visto hacerlo tantas veces que es como si se lavara los dientes…

—¿En la academia os enseñan a realizar sesiones inversas?

Costaba decir si Annabel sonaba perpleja, escandalizada o fascinada.

—No —volvió a decir Florence al ver que Aurora no pensaba responder—, ella es la única con ese don. Lo tiene desde antes de entrar en la escuela.

—Pero lo ha perfeccionado mucho —explicó Jia—. Ahora, gracias a la señorita Chapman, puede entrar en trance en segundos; antes le llevaba horas.

Annabel abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Tiene que ser una broma. ¿Desde cuándo Ada es capaz…?

—Ella es nuestra tutora personal —dijo Florence—. Hace con Jia, con Aurora y conmigo lo mismo que usted con ella, enseñarnos todo lo que sabe.

—Se empeñó en que estudiásemos lo mismo que las demás. —Jia hizo una mueca de aburrimiento—. Pero cada tarde, al terminar las clases, subimos a su despacho para practicar nuestras habilidades con ella. Es el mejor momento del día.

—¿A qué te refieres con habilidades? —preguntó Rosenfield—. ¿No se supone que las tres hacéis lo mismo, vernos a los fantasmas?

—Sí, como las otras alumnas —contestó Florence—, pero cada una tiene un don distinto. El mío es la catoptromancia… El profesor Westwood dice que viene del griego *kátoptron*, que significa 'espejo', y *mantéia*, 'adivinación'…

—Sé lo que es la catoptromancia—la interrumpió Annabel, impaciente.

—¿Puedes ver espíritus dentro de los espejos? —dijo Rosenfield.

—Sí…, y, como Aurora, cada vez tardo menos en hacerlo.

«Solo que ya no es solo en los espejos, es en cualquier superficie reflectante —se dijo Florence con un retortijón de ansiedad—. Y no son solo espíritus».

—Jia —continuó— hace algo aún más raro, trae de vuelta a fantasmas que ya no estaban anclados, que habían cruzado al Otro Lado.

—Gracias a lo cual están pasando estas estupendas vacaciones con nosotras. —Jia se chupó los dedos—. Debería haberles cobrado por ello.

Mientras, Roy los escuchaba balanceando las piernas.

—Si me hubierais contado esto en Highgate, no me habría hecho de rogar tanto —reconoció Annabel—. El don más sencillo, el que

poseen casi todas las médiums, es el que yo tenía. Lo de Ada como recipiente resulta más peculiar, pero esto… —Miró a Rosenfield—. No sé ni cómo empezar a procesarlo.

—¿Ya no te parece que nuestra chica sea una cabeza de chorlito?

Florence habría jurado ver una chispa de culpa en los ojos de Annabel.

—En cualquier caso —dijo—, sigo queriendo saber cómo esta señorita hace lo que hace. —Señaló a Aurora—. Y con todo lujo de detalles.

Durante unos segundos solo se oyeron las embestidas de la polilla.

—Te aseguro que puedo ser muy persuasiva. —Cuando apoyó las manos sobre los reposabrazos de la butaca, su rostro semitransparente quedó a centímetros del de Aurora—. Me colé en suficientes interrogatorios de Scotland Yard como para…

—No es persuasiva —dijo Aurora—. Es un auténtico plomo.

Florence contuvo el aliento; Jia se atragantó. A juzgar por cómo abrió los ojos Annabel, nadie le había hablado así ni en su vida ni en su muerte.

—Sé que no me dejará en paz, así que… —Aurora respiró hondo —. Mi primer recuerdo es la imagen de mi padre partiéndole las costillas a mi madre con el atizador de la chimenea. Se había casado con ella por el dinero de mi tía Evangeline, la única pariente que le quedaba, pero mi tía resultó ser dura de pelar y a mi padre se le acabó la paciencia a la vez que el dinero para la ginebra. Cuando yo tenía cuatro años, que zurrara a mi madre era el pan de cada día, pero también me pegaba a mí… y, una de esas veces, me sentía tan incapaz de soportarlo que mi mente, sin que supiera cómo, se separó de mi cuerpo; echó a volar y, durante unos minutos de alivio, dejé de sentir los golpes, de oír los sollozos de mi madre, de temblar con los insultos de mi padre. Con el tiempo, mi cerebro se

acostumbró tanto a esa vía de escape que casi pasaba más tiempo en el otro mundo, como solía llamarlo yo, que en el real. Puede que el paisaje no fuera muy bonito, con esa niebla y esas flores escuchimizadas, pero ninguna de las personas con las que me cruzaba intentaba maltratarme como seguía haciendo mi padre, aunque hubiera dejado de sentirlo. Pasaron cinco años, las palizas se volvieron cada vez mayores, mis estancias en el otro mundo, más prolongadas, hasta que una noche, sentada entre los asfódelos, me di cuenta de que una de las siluetas que vagaban entre la niebla… era la suya, la de mi padre. —Aurora se detuvo unos instantes—. «Nunca pensé que te vería aquí», le dije cuando pude salir de mi sorpresa. «Ni yo, ni en ningún otro sitio, la verdad», me respondió. Después, cuando volví en mí, supe que había empujado a mi madre por las escaleras y luego se había ahorcado en la buhardilla, y fue entonces cuando entendí que las personas con las que hablaba en el otro mundo estaban muertas, que lo que hacía era trasladarme a la dimensión de los fantasmas. De mi madre no volví a saber nada, así que supuse que se había marchado sin más; mi padre le había hecho la vida tan imposible que debió de ser un alivio perderlo de vista. —Se puso a juguetear con los pulgares—. Unos días después, me enviaron a casa de tía Evangeline, donde había tantas almas ancladas que no tardaron en sospechar lo que hacía. Mi tía era muy devota del espiritismo, así que decidió matricularme en la Academia Rosenfield, en parte porque le aterraba tenerme bajo su techo… Allí me enteré de que el plano que visitaba era el Campo de Asfódelos y de que mi misión como médium consistiría en ayudar a los espíritus a cruzar al Otro Lado. Mi padre fue el primero al que liberé, aunque con una mentira: le aseguré que lo perdonaba, que podía partir en paz, porque quería que ardiese toda la eternidad en el Infierno. No ha habido ni un solo segundo en el que me haya arrepentido, pero

espero que esto responda a su pregunta, señorita Lovelace. Así hago lo que hago.

Dicho lo cual, Aurora volvió a guardar silencio y la salita entera, incluidas la polilla y hasta la lluvia que golpeaba los cristales, también lo hizo.

Florence ya había escuchado la historia de su amiga, pero no pudo evitar sentirse conmovida. Lo que le descolocó fue que Annabel se quedase callada.

—¿No piensa decir nada? —preguntó Aurora—. Si lo llego a saber, me habría ahorrado el discurso. Debo de haber sido aún más plomo que usted.

Annabel continuaba agarrada a los reposabrazos, pero las manos le temblaban. Rosenfield, por el contrario, no miraba a Aurora, sino a su esposa.

—Si alguien vuelve a tocarte mientras estoy aquí —prometió esta en un hilo de voz—, te juro por Dios que lamentará haberse cruzado en mi camino.

—De esto no nos había hablado la señorita Chapman —comentó Aurora con la misma calma—. Nunca nos explicó que los espíritus pudiesen llorar.

—Deja de decir majaderías, Aurora Blackwood; nadie está llorando.

Pero los ojos de Annabel, observó Florence, estaban tan húmedos como los adoquines de Albemarle Street. «Qué raro… Sí que le ha afectado».

—Bueno, es un consuelo saber que mi mansión quedó en buenas manos —fue Rosenfield quien rompió el silencio— y que Ada ha sabido aprovecharla.

Había levantado una mano hacia la cabeza de Annabel, pero se detuvo antes de atravesarle el pelo. Sus tirabuzones, aun así,

temblaron sin que ella lo notara.

«Se moriría por tocarla, si no estuviera muerto ya», pensó Florence.

—Pero seguimos sin saber qué hacía Aurora en el Asfódelo.

—Cuando te vimos, estabas buscando a alguien —coincidió Annabel mientras él bajaba la mano—, pero ni Victor ni yo os dijimos que pensábamos ir ahí.

—No era a ustedes —contestó Aurora—. Era a Lucy Trevellian.

«Claro, ellos no la conocen», comprendió Florence ante su desconcierto.

—Lucy…, ¿qué? —preguntó Annabel con la mirada fija en su marido.

—Conocí a un Henry Trevellian en la universidad —contestó este —. Solíamos coincidir a menudo en el pub. Menudas juergas nos pegábamos…

—Tú te pegabas juergas hasta con los decanos, cariño.

—Es una compañera de la academia —explicó Florence—, la que murió.

—Un auténtico grano en el culo —aseguró Jia—, pero no se merecía que se la cargaran por ello. Aurora intentaba localizarla en el Asfódelo.

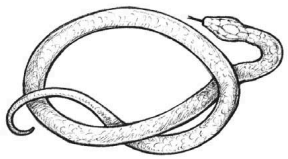
—Habría sido más sencillo atraerla hasta aquí. —Annabel frunció el ceño—. Si se ha quedado anclada, podrá saltar entre los dos planos como nosotros.

—Ese es el problema, señorita Lovelace; que ya no puede —dijo Florence.

—No hay manera de encontrarla —dijo Aurora—. Ha desaparecido.

—Porque ha muerto dos veces, las dos por nuestra culpa —añadió Jia—, y no tenemos ni idea de a dónde se la ha llevado la cosa que la devoró anoche.

CAPÍTULO XXX



En las entrañas de la Orden de Cassandra, Caroline Morland seguía sentada en su butaca, Ada seguía con una mano en el aire, el recorte de periódico seguía sobre el escritorio y el silencio, aún mayor que el del Asfódelo, seguía sepultándolo todo.

—El titular tiene gancho —admitió Morland—, de eso no cabe duda.

Ada no alcanzó a contestar: el color la había abandonado nada más leerlo.

UN INCENDIO FUERA DE CONTROL
ARRASA LA LOCALIDAD DE LAVENHAM

La pasada tarde, a eso de las seis y media, se declaró un pavoroso incendio en Lavenham, distrito de Babergh. Por el momento, no se ha esclarecido su origen, pero todo apunta a que tuvo lugar en una de las granjas de las afueras y que, en cuestión de minutos, se extendió por todo el pueblo.

Desconocemos si se han producido víctimas mortales, pero el número de heridos se acerca a la treintena y muchos han tenido que ser trasladados

al hospital de Bury St. Edmunds. Las fuerzas del orden están investigando cuál ha sido el detonante de la catástrofe, la peor que esta tranquila localidad...

Mientras leía la noticia, un extraño zumbido pareció propagarse por la cabeza de Ada, una presión que le hizo acordarse de que estaba bajo tierra. En la cripta de una iglesia abandonada. Entre cientos de cadáveres, aunque no pudiera verlos.

En el fondo, era su estado natural, encontrarse rodeada de muertos.

—Sucedió en la primavera de 1901. Usted tenía catorce años. —Hasta que Morland no le habló, apenas fue consciente de que seguía en su despacho—. Fue el año en que se mudó a Londres y, también, el motivo por el que lo hizo.

El artículo había sido recortado del *Suffolk County News* del 30 de mayo, pero Ada no habría necesitado leer la fecha. No la olvidaría por mucho que viviera.

—Quería huir de lo que había provocado por ser incapaz de controlar sus dones —continuó Morland—. Así descubrió que era una médium recipiente; los espíritus podían metérsele dentro, manejarla como a una marioneta… y, si oponía resistencia, desencadenar una catástrofe. Como una grieta abierta en el casco de un buque.

Pocas cosas eran más brutales que la descarga de energía de una recipiente que se niega a que la posean. Tanto como para reducir un pueblo entero a cenizas.

—El periódico habló de una treintena de heridos. —Morland se recostó en la butaca—. Al cierre de la edición, era difícil saber la cifra exacta de muertos…

—Catorce —respondió Ada—. Once adultos y tres niños.

Lo había oído en un granero en el que se escondió después de escapar. «Un acto de misericordia divina —aseguró el dueño—. Sus

heridas eran espantosas».

—Catorce —corroboró Morland—, suficiente como para no atreverse a volver a Lavenham. Su madre había muerto al darla a luz, su padre la odiaba por ello, no tenía más parientes y sus amigos de la escuela acababan de fallecer.

Los gritos que escapaban por las ventanas sin que Ada, que esa tarde había faltado a clase, pudiera hacer nada por ayudarlos. El rugido de las llamas que saltaban de una casa de madera a otra, de un tejado de paja al siguiente.

—Estaba convencida de que la meterían entre rejas. Peor aún, de que sus vecinos la quemarían, como hacían antes con las brujas.

En su cabeza tenía sentido que terminara así. Entre el humo y el fuego.

—De modo que se fue a la capital, donde los periódicos decían que había cientos de mujeres como usted. Y un día, tras armarse de valor, decidió llamar a la puerta de una tal Annabel Lovelace. —Morland sonrió—. Y ahí cambió todo.

Poco a poco, Ada levantó los ojos del recorte, pero siguió sin hablar.

—Fue Lovelace quien le enseñó a interactuar con los espíritus. Viéndolos, oyendo sus voces, comunicándose con ellos, pero sin permitir que la controlasen. La convirtió en una médium clásica, como ella, porque era lo más seguro para usted.

«Cuando te acogí en mi casa, prometí cuidar de ti —le había dicho poco antes de morir—, y no solo en cuanto a tu educación». Era lo mismo que había tratado de hacer Ada con Florence, Jia y Aurora, por haber visto en ellas lo mismo que vio la señorita Lovelace, una huérfana pidiendo ayuda a gritos, una hermana pequeña.

«No habrá un segundo incendio como el de Lavenham», le había garantizado y Ada…, Ada la había creído. Porque, para ella, era

como creer en Dios.

—Desde que descubrí su existencia, he estado preguntándome por qué nunca se dejaba poseer. —Tenía los ojos tan empañados que la silueta de Morland parecía envuelta en la niebla—. A Thorne, de hecho, también le extraña. «¿Por qué renunciaría a una estrategia tan teatral?», me preguntó por teléfono.

—¿Thorne también está al corriente de lo de Lavenham?

—No, él cree que lo más traumático que le ha pasado ha sido lo del Titanic. En el fondo, tiene su gracia… Dicen que lo único más devastador que el fuego, lo único que quema más…, es el hielo. Y usted ha sobrevivido a ambos.

—Roy Bowie le trae sin cuidado. No me ha hecho venir por él.

Ada se preguntó cómo había tardado tanto en darse cuenta.

—No —reconoció Morland—, sino por eso. —Señaló el recorte—. Lavenham y el papel que desempeñó en su destrucción.

—¿Piensa usar lo que ha descubierto para desacreditarme?

—Eso depende de usted… De lo razonable que se muestre.

Entonces Morland sacó algo más y, cuando se lo tendió, Ada vio que no se trataba de una única hoja, sino de un montón de papeles.

—Me he tomado la molestia de redactarlo. Solo tiene que firmar.

—No puede hablar en serio… —Su desconcierto se convirtió en rabia al pasar las páginas—. ¿Una confesión de mis supuestos fraudes? ¿Cómo…?

—De los suyos, no. De los de la sacrosanta Annabel Lovelace.

Ada abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra.

—Si firma esta declaración, de la cual enviaré una copia a todos los periódicos de la ciudad, admitirá que su maestra fue una estafadora. —Morland recorrió con el índice el borde de su taza—. Que usted lo sabía desde el principio, pero era demasiado joven y dependiente para delatarla. Que utilizó los mismos trucos que

Gwendolyn Danvers, Edna Wilson Clarke, Ermintrude Lynch y compañía…

—No puede hablar en serio —repitió Ada.

—… y que, entre los cientos de clientes a los que engañó, estaba la difunta reina Victoria con todo lo que ello implica: fraude a la Corona, crimen de Estado, alta traición, etcétera. Desde luego, supondrá un varapalo espantoso para su reputación, pero no se preocupe. —Morland esbozó su sonrisa más dulce—. Lovelace lleva trece años bajo tierra, así que no sufrirá. Solo lo hará su memoria.

El documento seguía en manos de Ada y, al volver a mirarlo, vio que se extendía durante catorce páginas mecanografiadas con letra diminuta.

—Por Dios, señora Morland, ¿qué le hizo mi maestra para…?

—Podría decir que entrometerse demasiado en las vidas ajenas. —De repente, su voz parecía contener un centenar de agujas—. Pero no es de su incumbencia.

—En ese caso, mi respuesta es que puede irse a tomar por saco.

Cuando tiró los papeles sobre la mesa, varios revolotearon hasta la alfombra, pero Ada no se dio cuenta. Sentía la mente nublada por la ira.

—A esto —comentó Morland— debía de ser a lo que se referían en el *Light*: tendrá el talento de su maestra, pero no su *gravitas*.

—Lo que tengo es lealtad —espetó Ada—, así que da igual cuántas artimañas use, no le servirán de nada. Preferiría morir antes que traicionarla.

Dicho esto, apoyó una mano en la mesa para levantarse, pero no fue capaz de hacerlo: el despacho pareció torcerse hacia un lado.

—Me alegra saberlo… —dijo la anciana, imperturbable.

Era como si hubiera regresado al Titanic: el suelo estaba en pendiente, pero los muebles no se caían y Morland continuaba

emborronándose.

—… aunque, en mi opinión, es un dramatismo innecesario. ¿Qué le ha parecido su *darjeeling*, señorita Chapman? ¿Lo ha encontrado reconfortante?

—Yo… —empezó a decir Ada, pero no pudo seguir.

La ira no era lo que le nublaba la mente, entendió en ese momento. Su taza seguía frente a ella, apurada por completo, pero la de Morland continuaba intacta.

Ni siquiera se la había llevado a los labios. «No…».

—En realidad, la decisión es muy sencilla. —La habitación osciló más mientras la mujer se ponía en pie y rodeaba la mesa—. Porque lo único que tiene que hacer es elegir entre su lealtad a una muerta y el futuro de su academia.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Ada también se incorporó, pero sus pies se negaron a sostenerla. Cuando quiso darse cuenta, estaba sobre la alfombra.

—Y, por supuesto, el de sus alumnas. —Vio cómo los zapatos de Morland se acercaban—. Sus aspiraciones, sus sueños, su bienestar… y su hogar.

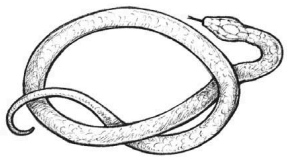
—Váyase a la… —trató de decir, pero la garganta tampoco la obedecía.

¿Cómo podía haberse vuelto todo tan impreciso…, tan fantasmal?

—No, querida, es usted la que se va a ir. Cuando vuelva en sí, podremos seguir hablando. —Morland se agachó a su lado y Ada distinguió, entre una niebla cada vez mayor, el brillo de sus gafas—. De mujer de negocios a mujer de negocios.

Un segundo después, las tinieblas lo absorbieron todo.

CAPÍTULO XXXI



Mientras Ada caía al suelo, Florence, Jia y Aurora acababan de explicarles a los Rosenfield lo ocurrido la noche anterior cuando unas manos, tan intangibles como las de la propia Lucy, habían tirado de ella desde el espejo del vestíbulo.

—¿Os referís a este? —Annabel abandonó la salita, seguida por los demás, para dirigirse hacia allí. Las cortinas continuaban echadas y lo único que iluminaba la estancia era la lámpara de la habitación de al lado—. Pero si es un espejo normal y corriente.

—Dejaría de serlo si nuestra belleza se reflejase en él —se lamentó su esposo.

—Me dijeron que era un Chippendale auténtico, pero no tiene nada de…

«Eso da lo mismo. —Florence tragó saliva al acordarse de los otros reflejos que la habían asaltado—. A este paso, empezaré a verlos en los cristales de mis gafas».

—No era la primera vez que esa cara, la que vi antes de que Lucy desapareciera, aparecía ante mí —contestó—. Antes lo hizo en una cruz de hierro…

—La noche del 2 de septiembre. —Jia fue a sentarse en el primer peldaño de la escalera—. Mientras enterrábamos a Mefistófeles en el cementerio.

—La misma noche en que la señorita Chapman recibió la carta.

Annabel, que seguía inspeccionando el espejo, se volvió hacia Aurora.

—La de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas —explicó esta—, en la que ese señor Lloyd, el presidente, le decía que necesitaba reunirse con ella…

—… para dejar el asunto de Roy en sus manos —concluyó Rosenfield.

Los cinco, como una sola persona, se giraron hacia la puerta. Roy era el único que continuaba en la salita golpeando rítmicamente su butaca con los talones.

—¿Creen que esa mujer…? —Florence se detuvo cuando Jia, con un suspiro, la agarró de las manos para que dejara sus dedos en paz —. ¿Creen que esa mujer trataba de advertirme algo? ¿Podría ser…? —Volvió a mirar al niño—. ¿Su madre?

—Eso no tiene sentido —dijo Annabel—. Si está muerta, como nos aseguraron las otras víctimas del Titanic, podría haberse materializado ante Ada.

—Parece que quiere decirte algo a ti —asintió Rosenfield— porque, por alguna razón, eres la única capaz de verla. Quizá sea el momento de que la busques tú.

Florence lo miró como si le hubiera propuesto marcharse al Somme.

—Has dicho que, desde que Ada empezó a tutorizarte, cada vez tardas menos en ver cosas. —Rosenfield señaló el espejo—. Intenta hacerlo ahora.

—No. —La muchacha dio un paso atrás—. Ni hablar.

—No te pasará nada, Florence —prometió Annabel—. No sé cómo esas manos, siendo de ectoplasma, consiguieron agarrar a Lucy. —Cuando alargó la suya hacia Florence, los dedos la atravesaron—. Pero te aseguro que a ti no podrán tocarte.

—Créenos, sabemos de lo que hablamos —resopló Rosenfield.

Pero la ansiedad de Florence había crecido tanto, como si tuviese algo duro y retorcido agazapado en su interior, que no pudo responder. «No, no, no».

—No le temo a la oscuridad, la oscuridad debería temerme a mí.

La voz de Aurora se abrió camino por el laberinto de sus pensamientos.

—Por eso lo escogimos como lema. —Su amiga se acercó poco a poco—. Porque estábamos hartas de tener miedo. De ser incapaces de sentir nada más.

—Sé valiente, Florrie. —Jia apretó su mano—. Como la señorita Chapman.

Aquella cosa que le oprimía el estómago, pesada como una bala de cañón, dio la impresión de aligerarse cuando Aurora le agarró la otra mano. Era la primera vez que la tocaba por su propia voluntad y a Florence casi se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué es lo que necesitan que haga? —le susurró a Annabel.

—Llama mentalmente a esa mujer —dijo ella—. Como a un espíritu.

—Pero si hay más gente dentro del espejo… Entonces ¿cómo sabré qué...?

—Probablemente, te oirá —contestó Rosenfield—, pero puede que también lo haga la señorita Trevellian. Así averiguaremos dónde se encuentra.

Florence seguía sin estar convencida, pero se obligó a asentir. Cuando se acercó al espejo, su expresión no se diferenciaba mucho

de la de un soldado de las trincheras a punto de trepar por el escalón de tiro. «Sé valiente, Florrie», se repitió.

Solo se detuvo cuando su nariz casi rozó el cristal. Vio cómo su respiración lo empañaba poco a poco, volviendo grises los círculos castaños de sus ojos y haciendo que Jia y Aurora pareciesen fantasmas en el límite de su campo visual.

—Antes comentaste que tu tío, el capitán del Titanic, fue el primer espíritu al que viste reflejado —oyó decir a Annabel—. Intenta recordar cómo te sentiste.

Esa era la parte fácil, estaba casi tan nerviosa como entonces. Florence cerró los ojos durante unos segundos, proyectando su consciencia como le había enseñado Ada, hasta que captó una inconfundible resonancia ante ella. Algo parecido a la respuesta a un golpe en la pared, un eco silencioso que le hizo volver a mirar el cristal.

Su aliento, para entonces, lo había empañado tanto que las siluetas de Aurora y Jia habían desaparecido. «Qué raro, no hace tanto frío», empezó a pensar, aunque se detuvo al darse cuenta de que aquello no era vaho, era niebla otra vez.

La misma que había brotado del espejo pero que ahora, en lugar de escapar hacia el exterior, había conseguido tirar de Florence en la dirección opuesta.

Cuando entendió lo que ocurría, estuvo a punto de gritar. Su cuerpo seguía en Albemarle Street: podía sentir el suelo bajo sus pies, la temperatura del vestíbulo, el armazón de sus músculos y sus huesos…, pero su mente ya no estaba allí. Acababa de cruzar el espejo, como Alicia, para entrar en un sitio muy distinto.

A juzgar por los árboles que la rodeaban, se encontraba en el pequeño claro de un bosque, aunque la bruma no permitía distinguir mucho más. Ramas retorcidas, una hierba cubierta de hojas secas,

unos troncos teñidos de gris por la niebla…

Y un silencio tan ensordecedor como el de un cementerio.

—¿Ho…? —El eco de su propia voz la sobresaltó—. ¿Hola?

Al entornar los ojos, reconoció unas marañas de tallos erizados de púas, parecidas a las de las alambradas de las trincheras, que resultaron ser espinos.

—Eh… ¿Está usted ahí? —¿No había dicho Aurora que los espinos eran plantas asociadas a las brujas?—. ¿Hay alguien? —preguntó más alto—. ¿Al…?

Fue entonces, al apartar la mirada, cuando reparó en que no estaba sola.

Una silueta la observaba desde el otro lado del claro. Se hallaba tan cerca de los árboles que Florence, hasta ese momento, la había confundido con uno.

—Por fin. —Puede que su mente estuviera allí, pero su cuerpo continuaba en el vestíbulo, así que no pudo acercarse—. He…, he venido a buscarla. Quería…

Pero, de nuevo, se quedó sin palabras. Porque sí que era un árbol.

Mejor dicho, formaba parte de uno: el torso de una mujer joven, aunque con el cabello claro en vez de oscuro, sobresalía de un tronco del color de la ceniza. Su piel también era gris, al igual que su ropa, su melena…, incluso unos ojos que, para que el estupor de Florence fuera completo, dieron la impresión de moverse.

«Dios». No se había equivocado, la mujer acababa de pestañear. Había alguien atrapado debajo de aquella gruesa capa de corteza. «Dios, Dios, Dios…».

Y no era una sola persona, comprendió de repente, eran docenas; cada uno de los troncos contenía un cuerpo en su interior. Sus rostros se elevaban hacia el cielo como los de unos mascarones de proa y, cuando Florence los recorrió con la mirada, más aterrorizada

a cada instante, se topó con uno demasiado familiar.

Su pelo ya no era rubio fresa; se había vuelto tan gris como lo demás. Sus ojos también pestañeaban, pero tenía la mirada perdida en las alturas, donde las ramas se entrelazaban como en una bóveda, y la boca abierta en un alarido congelado.

«¡Lucy!», trató de llamarla Florence, pero no pudo hacerlo.

—Por todos los dioses, ¿cómo has entrado tú aquí?

La niebla, poco a poco, había comenzado a espesarse, pero pudo ver cómo una de las siluetas se desgajaba de su tronco al otro extremo del claro. Cuando se acercó haciendo crujir la hojarasca, Florence reconoció a la mujer del reflejo.

—¡Tenía que ser yo quien apareciera ante ti! —También estaba cubierta por una corteza quebradiza—. ¡Para evitar que atrapase a nadie más!

—Usted… —empezó a decir la muchacha—. ¿De quién está…?

La niebla se había vuelto aún más densa, tanto que los demás árboles casi habían desaparecido. «Es como si estuviera manando de los propios troncos».

—Vete. —La mujer dio otro paso hacia ella—. Vete antes de que llegue.

Pero Florence siguió mirando cómo se le enroscaba alrededor de los pies. Parecía tan sólida como el algodón…, algo que podría agarrar con los dedos.

—¡Vete! —volvió a decir la mujer, y le asestó un empujón.

—¡Florrie! —Cuando parpadeó, la niebla se había desvanecido y Florence volvía a encontrarse en Albemarle Street. El latigazo de dolor que le recorrió la columna le hizo saber que acababa de caerse de espaldas—. Florrie, ¿qué ha pasado?

Las manos que la levantaron, más morenas que las suyas, eran las de Jia. Las que la ayudaron a sentarse, frías como las de una

muerta, las de Aurora.

—Florence, ¿te encuentras bien? —El pelo rojo de Annabel ondeó al inclinarse sobre ella. Seguía tan confundida que le costó reconocerla—. ¿Qué has visto?

—Hablabas con alguien, pero no te entendíamos —dijo su esposo.

—Estaba ahí —consiguió articular Florence—. La… La mujer del reflejo.

Un movimiento a la izquierda de Aurora la hizo girarse. Roy, en algún momento, se había acercado de puntillas a la puerta de la salita, desde donde observaba a Florence con una expresión que la chica nunca habría esperado ver en él.

Parecía… expectante. Como si por fin le interesara lo que sucedía.

—En el claro de un bosque —continuó Florence—. Con muchas otras personas a las que no conocía, incluida Lucy, pero… había alguien más. O algo.

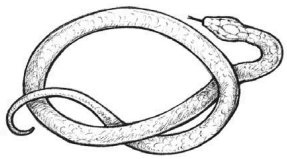
«No, no es expectación —pensó sin dejar de observar a Roy—, es miedo».

—«Tenía que ser yo quien apareciera ante ti. Para evitar que atrapase a nadie más». —Florence se volvió hacia Annabel—. ¿De quién cree que hablaba?

Pero Annabel, por una vez, no supo contestar. Tampoco lo hicieron Rosenfield ni sus amigas, aunque, en su caso, no fue por desconocer la respuesta, fue por lo que ocurrió en ese momento sobresaltándolos a todos, muertos y vivos.

Las sirenas antiaéreas de Mayfair empezaron a sonar.

CAPÍTULO XXXII



—¿El Registro? —dijo Wilhelmina con un pintalabios en la mano.

Estaba retocándose el carmín cuando Thorne, después de abandonar el despacho de Caroline Morland, regresó a la recepción para hablar con ella.

—Claro que tengo la llave, pero no sabía que ahora trabajaras allí.

—Solo quiero hacer una consulta rápida. —El muchacho apoyó los codos en el mostrador—. Te prometo que no te robaré más que unos minutos.

—Creía que Morland te había prohibido al acceso. Como a casi todos.

«Porque solo soy una puta. —La sonrisa que consiguió esbozar le quemó la boca como si fuera ácido—. Lo que menos le interesa de mí es mi cerebro».

—Necesita que busque algo para ella mientras está con Chapman.

—Pero si ya tiene su dosier. Se lo llevé a primera hora…

—Al parecer, quiere consultar algo en el de Lovelace, supongo que para poder desmontar sus pamplinas. Ya sabes cómo son, no tienen vergüenza ni la conocen. —Dejó que su sonrisa se tiñera de

resignación—. Preferiría tomarme algo contigo, pero me ha tocado ser el chico de los recados.

Para su alivio, la secretaria le devolvió la sonrisa.

—Jefes… —Se guardó el pintalabios—. Ven conmigo.

Tras coger un manojo de llaves, regresaron por el pasillo por el que había venido. Seguían oyéndose voces tras la puerta de la directora y, al reconocer la de Ada, Thorne aminoró instintivamente el paso, pero se obligó a seguir caminando hasta desembocar, después de descender un tramo de escalones, ante la puerta del Registro.

«Méav MacDonnell». El nombre que le había oído pronunciar resonaba como un mantra en su cerebro mientras Wilhelmina rebuscaba entre las llaves.

—Nunca entenderé por qué trasladaron todo esto bajo tierra.

—Supongo que por el mismo motivo por el que la Orden se instaló aquí.

—Sí, la guerra debió de tener algo que ver. —Wilhelmina abrió la puerta y le hizo un gesto para que la siguiera—. Si Morland se tomó tantas molestias, es que esto es importante, demasiado para arriesgarse a que salte en pedazos.

La habitación era más pequeña de lo que Thorne había imaginado, o quizá solo lo parecía por la cantidad de estanterías que había en ella. No quedaba ni un centímetro de pared desnudo, solo hileras, hileras e hileras de documentos.

—La sección femenina está ahí —dijo Wilhelmina.

—A las sufragistas les encantaría saber que tenemos una dedicada a vosotras. —La mayoría eran sencillos cartapacios, pero también había archivadores tan gruesos como un libro—. ¿Qué contienen exactamente?

La bombilla del techo envolvía la sala en una luz cenicienta.

—De todo. —«Vandeleur, Muriel: brujería», leyó Thorne en la etiqueta del último estante—. Informes, certificados, recortes de periódico, fotografías…, incluso diarios personales. Existen pocas cosas que nuestros espías no puedan encontrar. —Señaló otro de los estantes—. Ahí estaba lo de Chapman.

El hueco era tan grande que podrían colocar una tetera en él.

—Le ha dado tiempo a hacer bastantes cosas. ¿Cuántos años tiene, treinta?

—Veintinueve —dijo Thorne—. Su cumpleaños es en Nochebuena.

—Si una chica tan mona continúa soltera a su edad, no nos quedan demasiadas esperanzas al resto. —Wilhelmina suspiró—. Ha tenido mala suerte, supongo.

—¿Por no haber recibido ninguna propuesta matrimonial?

—No, cariño; por haberse cruzado contigo. —Y, sin reparar en la expresión con que él se quedó mirándola, añadió—: Lovelace debe de estar por aquí.

La encontraron un poco más allá, después de «Laoire, Ailish Ní: psicoscopía» y «Lenormand, Marie Anne: adivinación», con la diferencia de que, en su caso, la etiqueta «Lovelace, Annabel Rose: espiritismo» abarcaba una balda entera. No tenía un único archivador: eran diecisiete, cada uno del tamaño de un ladrillo.

—Quinientos millones de documentos sobre su señoría.

—Diablos —comentó Thorne cuando Wilhelmina dejó caer, con un resoplido, el primer archivador sobre una mesa—. Sí que nos ha hecho sudar.

—No tanto como ella: ser la médium personal de la reina Victoria te abría más puertas que nada. Conocía a todo el mundo, trabajaba para toda la aristocracia, la encontrabas en todos los periódicos, en todas las crónicas de sociedad, hasta en las noticias sobre Scotland Yard. —Wilhelmina abrió el archivador—. Si no se hubiera muerto a

los veintiuno, tendría toda la habitación para ella.

Thorne reconoció un certificado de defunción con una fotografía, una muchacha sentada en una butaca con tapizado de Morris & Co.

—Esta fue más lista que Chapman y yo —comentó Wilhelmina—. ¿Es verdad que aseguraba haberse casado con su espíritu protector?

—Suena menos romántico decir «con su amigo invisible».

El retrato era en tonos sepia, pero a Thorne no le costó adivinar el rojo oscuro del cabello recogido en una cascada de tirabuzones.

—Debe de ser un exceso de imaginación bastante común. —«Edema pulmonar», leyó en el certificado—. Chapman cree que Lovelace está en su casa. Quiero decir, no se limitaba a fingir delante de mí… He oído cómo le hablaba.

El recuerdo de cómo había susurrado aquel apellido, MacDonnell, le hizo fruncir el ceño. En ese momento, no había tenido claro si Ada creía estar en presencia de su maestra o de Edith Evans, pero parecía… realmente convencida.

—Esta mañana, antes de venir, estaba segura de tener a Lovelace en su alcoba. —En otra fotografía, en la que aparecía junto al ama de llaves de la academia y un muchacho, reconoció al capitán Willoughby—. Le preguntó por el Cielo.

—Qué bonito —rio la secretaria—. No hay nada como la amistad femenina.

Thorne trató de sonreír, pero lo siguiente que encontró, el retrato de un caballero de pelo negro, hizo que una oleada de frío se esparciera por su interior.

«¿Qué hay aquí?». Era el mismo frío que había sentido en casa de Ada, arrodillado delante del diván. Sus ojos no habían visto nada, pero el descenso en la temperatura, el modo en que se le erizó la piel… «A lo mejor ese es tu problema, Alabaster Thorne —había dicho ella—, que solo crees en lo que tú decides creer».

—Dios, qué guapo era —suspiró Wilhelmina—. Me temo que tienes para rato, así que me vuelvo a mi mostrador. ¿Necesitas algo?

—No te preocupes —dijo en voz baja—. Estaré entretenido.

Cuando se quedó a solas, devolvió el retrato de Victor Rosenfield al archivador y regresó a las estanterías. La sección femenina ocupaba una pared entera, así que se armó de paciencia para rebuscar entre los nombres de cientos de mujeres con poderes sobrenaturales, las más antiguas pertenecientes al Antiguo Egipto.

Pero no encontró nada acerca de Méav MacDonnell. «Quizá aparezca como Donnell», se dijo examinando la estantería de la izquierda, aunque con los mismos resultados. Si esa mujer existía, la Orden no tenía constancia de ello.

«Wilhelmina tiene razón, nuestros espías lo encuentran todo…».

—Me han entrado ganas de un té, así que te traigo uno. —Estaba tan abstraído que ni siquiera la oyó regresar con una bandeja—. Alabaster. —Wilhelmina la dejó sobre la mesa—. ¿No necesitabas algo de Lovelace?

—Solo estaba echando un vistazo —contestó—. Me preguntaba si habría un índice… Una lista de las personas a las que hemos investigado.

—Claro, tienes ahí mismo el fichero. Aparecen en orden alfabético.

Thorne reparó entonces en un pequeño mueble colocado junto a la puerta. Mientras Wilhelmina seguía parloteando, tiró del tercer cajón, el que abarcaba desde la L hasta la R, y sintió una sacudida en el pecho al encontrar, en la solapa de una de las tarjetas de cartón, una referencia a «MacDonnell, Deirdre: brujería».

Pero, cuando regresó sobre sus pasos, comprobó que no se había equivocado, no había ningún archivador con ese apellido, ni siquiera un cartapacio…, solo un estrecho hueco debajo de lo que parecían los restos de una etiqueta.

No necesitó nada más para saber que sus sospechas eran ciertas. En el Registro había información sobre una MacDonnell, pero la habían hecho desaparecer.

«Chapman tenía que saberlo». Thorne volvió al mueble para revisar las demás fichas, aunque era una pérdida de tiempo, la clasificación resultaba impecable. No había ninguna tarjeta traspapelada que hablara de otra mujer apellidada así. «Es imposible que adivinara su nombre por ciencia infusa. —Se empecinó tirando del siguiente cajón—. Seguro que ya había oído hablar de Deirdre MacDonnell».

Porque la alternativa a que fuera una embustera o, peor aún, una loca era que sí hablara con los espíritus. Y eso era algo que la mente de Thorne no podía procesar…, tan absurdo como reconocer que el sol salía por el oeste.

«Solo crees en lo que tú decides creer».

—Sin leche ni azúcar y con media rodaja de limón. —Su silencio debió de ser tan sospechoso que Wilhelmina insistió—: ¿De verdad que estás bien?

Esta vez ni siquiera acertó a oírla. Había seguido pasando las fichas hasta que, después de «Roux, Shajaret: espiritismo» y «Schwarzenberg, Libuse von: espiritismo», se topó con el último nombre que esperaba encontrar.

«Thackeray, Eleonora», seguido, de nuevo, por «espiritismo».

—Lo dicho —suspiró Wilhelmina—. Si me necesitas, pégame una voz.

Para cuando el eco de sus tacones se apagó, Thorne se había acercado de nuevo a las estanterías, aunque tan precipitadamente que el bastón se le cayó. Nadie había arrancado aquella etiqueta ni escamoteado los documentos, allí estaba el cartapacio de Eleonora Thackeray. Tras sacarlo de la balda, se encontró con un montón de

papeles similares a los de Lovelace, aunque menos numerosos, y empezó a leerlos.

De hecho, leyó durante casi dos horas, aunque a él le parecieron minutos. Sin apartarse de las estanterías, sin regresar a la mesa ni buscar una silla, devorando un artículo seguido de otro, un informe detrás de otro, un certificado tras otro.

Leyó hasta que el té de Wilhelmina se enfrió en la taza y el humo, como un alma en pena liberada por una médium, dejó de dibujar espirales en el aire.

Leyó hasta que las letras se le emborronaron, aunque no por el cansancio.

Cuando alguien le soltó un «¿qué se supone que haces aquí?», casi había perdido la noción del tiempo, pero reconoció la voz: ya no era la de la secretaria.

—Tú no tienes permitido acceder al Registro. —Jack Morland lo acribilló con la mirada—. Dijiste que irías a ocuparte de… Un momento.

Thorne no necesitó darse la vuelta para saber qué estaba mirando: el archivador de Lovelace continuaba en la mesa con las fotografías alrededor.

—¿Has estado fisgoneando? ¿Sin la autorización de mi madre?

—Necesitaba comprobar una cosa. Sobre algo que le dijo Chapman.

Mientras seguía de espaldas, se guardó el cartapacio dentro del abrigo, aunque le pareció un milagro que Jack no se percatara de cómo le temblaban las manos.

—Estás realmente implicado en el asunto, ¿eh? —repuso este.

—Ya te lo expliqué hace unos días, es una gloria nacional.

—Sí, en eso no te falta razón. —Jack dio unos pasos hacia la mesa —. Te alegrará saber entonces que tu amiguita va a honrarnos un

poco más con su presencia.

Aquello hizo emerger poco a poco a Thorne de sus cavilaciones.

—Al parecer, se quedará una temporada con nosotros. No entiendo qué le veía la gente a esta. —Jack ojeó las fotografías de Lovelace—. Era un palo de escoba.

—¿De qué hablas? ¿No sigue en el despacho de tu madre?

—Por ahora, sí…, pero ha salido testaruda. No me extrañaría que tardásemos días, o incluso semanas, en conseguir que se muestre colaboradora.

Tras devolver las fotografías al archivador, Jack lo cerró.

—Pero lo hará. —Lo tomó en brazos—. Mi madre sabe ser muy persuasiva. Para cuando la dejemos marchar, todo esto —tamborileó sobre el archivador— será historia. Tanto como la carrera de Adeline Chapman.

—Morland dijo que no quería hacerle daño. —Cada palabra era un arañazo en la garganta de Thorne—. Que solo pretendía hablar con ella.

—Y no te mintió: existen muchas maneras de convencer a alguien para que haga lo que deseas. —Su compañero se rio—. Creía que lo sabías de sobra.

Durante los últimos cuatro años, desde que el Carpathia lo rescató, Thorne no había dejado de sentir un frío atroz en sus entrañas, como si el iceberg al que se había aferrado hubiera atravesado su piel. Como si una parte suya fuera a seguir siempre congelada, desprovista de cualquier emoción humana…, muerta en vida.

Ahora, delante de Jack Morland, ese frío comenzó a abandonarlo mientras una bola de fuego, capaz de derretir todo el hielo del Atlántico, subía por su pecho.

—El caso es que, como he dicho, pasará un tiempecito aquí. —

Jack se acercó a las estanterías—. A lo mejor, si te portas bien, te dejan hacerle una visita.

La sonrisa con la que colocó el archivador hizo que le hirviera la sangre.

—Estoy seguro de que mi madre no pondrá reparos. Quién sabe, puede que a Chapman le apetezca retomar los manoseos de la escalera. O tal vez te pida cosas más enérgicas, como con Danvers. Las paredes son muy gruesas; nadie os oirá.

La bola de fuego ya no estaba dentro del pecho de Thorne: había escalado hasta su cabeza inundándole el cerebro de lava, abrasando cada pensamiento racional.

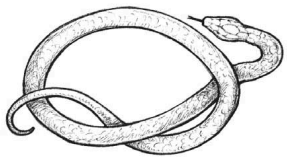
—Por una vez, Jack, estoy de acuerdo contigo. —Recuperó el bastón y lo sopesó entre las manos—. Es una suerte que no se oiga nada aquí abajo.

—Vaya, me alegra que me des la razón. Ya iba siendo ho…

—Porque voy a hacer algo con lo que llevaba soñando mucho tiempo.

Y, antes de que Jack pudiera volverse, le partió el bastón en la cabeza.

CAPÍTULO XXXIII



Un anticuado reloj de pared cuya hora no acertaba a descifrar. Un revistero con números atrasados del *Psyche*, *Daybreak* y *The Spiritual Times*. Una mesita con un ejemplar abierto de *Cómo hacer bien el mal* de Houdini. Su propio brazo, envuelto en esos odiosos crespones, cayendo por el borde de un diván.

Cuando Ada abrió los ojos, no supo dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Poco a poco, se apoyó en un codo soltando un quejido.

—Ah, por fin ha vuelto con los vivos.

Era Caroline Morland, comprendió mientras giraba la cara. Pudo oír el rumor de sus pasos al otro lado de una puerta.

—Le habrá sentado bien el descanso. Están siendo unos días duros.

—Mi cabeza —murmuró—. Me duele como… ¿Dónde estoy?

Reconoció los muebles como los de la sala de estar a la que se accedía desde el despacho de Morland. Se acordó de cómo se le había nublado la vista mientras hablaban, cómo el suelo parecía haberse inclinado…

«¿Qué le ha parecido su *darjeeling*, señorita Chapman?».

—El té. —Se puso en pie—. Me envenenó con el maldito té.

—En realidad, solo la drogué un poquito, lo suficiente como para hacerla dormir unas horas. Suponía que, de lo contrario, no aceptaría mi hospitalidad.

La debilidad continuaba sin abandonar sus piernas, pero se dirigió a la puerta lo más rápido que pudo. La golpeó con los puños y, al ver que no servía de nada, trató de hacer girar el pomo, pero la había encerrado con llave.

—¿Qué es lo que quiere, matarme de hambre aquí abajo?

—Si fuera más observadora, señorita Chapman, se habría dado cuenta de que le he dejado la llave de su libertad al alcance de la mano.

Al girar sobre sus talones, descubrió unos papeles mecanografiados y una pluma estilográfica sobre la mesita, al lado del manual de Houdini.

—Creo que mis condiciones están bastante claras —continuó Morland—. Si no firma esa declaración reconociendo que su maestra fue una estafadora, la historia de su implicación en el incendio de Lavenham aparecerá en todos los periódicos. Si lo hace, será la revelación sobre Annabel Lovelace la que vea la luz, pero su reputación continuará intacta. Entre nosotras, la elección resulta bastante…

Antes de que acabara de hablar, Ada había regresado a la mesita, había roto los papeles en pedazos y, agarrando la pluma, había garabateado algo en la última página. Una vez hecho esto, los deslizó por debajo de la puerta.

Hubo un instante de silencio antes de que Morland los recogiera.

—«Zorra de mierda» —leyó con calma—. Qué elegancia.

—Para que guarde en su cochino archivador otra prueba de mi

gravitas.

—Descuide. —Los pasos de Morland se alejaron, Ada supuso que en dirección al escritorio—. Tengo más de las que necesito.

—Ya le dije que perdía el tiempo con sus amenazas —le espetó a la puerta—. No importa cuánto se esfuerce; nunca traicionaré a mi maestra.

—Entonces solo me queda sentarme para disfrutar del espectáculo.

Un ruido amortiguado le hizo saber que se había instalado en su butaca.

—Desde luego, va a ser algo digno de verse, puede que la caída en desgracia más espectacular del panorama espiritista, aunque no por tratarse de una farsante como Danvers. Sus clientes estarán encantados de saber que no desperdiciaron el dinero…, bastante más que los vecinos de Lavenham cuando descubran la verdad.

Hasta entonces, la ira había burbujeado dentro de Ada como agua hirviendo, pero el ramalazo de ansiedad que aquello le hizo sentir la congeló por dentro.

—Me imagino que a Scotland Yard también le interesará saberlo, al igual que lo sucedido ayer en Worthington Hall. Sé que tiene un amigo que ha hecho la vista gorda por Lovelace y por usted en cientos de ocasiones. Quizá conseguiría evitar la cárcel, ha pasado mucho desde el incendio…, pero no desde la muerte de la condesa.

—Nada de eso ha sido culpa mía. Solo se ha tratado de…

«Accidentes». ¿Cuántas veces se lo había repetido en los últimos años, incluso después de haberse instalado en Albemarle Street? «Simples accidentes».

—Por supuesto. —Pudo adivinar la sonrisa de Morland—. Como tampoco lo ha sido la muerte de Lucy Trevellian y, sin embargo, ¿sabe cuántos padres han sacado a sus hijas de la academia desde

que trascendió lo del asesinato?

Esta vez, Ada no respondió. La ansiedad ya no era un ramalazo, era casi un alud.

—Se lo diré yo, siete. Primero fueron los de Moira Withers. Luego, los de Mary-Ann Foy. En las últimas horas, los de Jasmine Hudson, Mina Oldacre…

—Por el amor de Dios, ¿cómo sabe usted todo eso?

—Tranquila, no cuenta con espías en su claustro docente. Louise Dashwood y August Westwood son tan insobornables como usted.

La mente de Ada pasó revista a las criadas, los jardineros… «No —se recriminó a sí misma—, no le hagas caso. Solo quiere desestabilizarte».

—En fin —concluyó Morland—, es su decisión. Mientras se lo piensa un poco más, aprovecharé para escribir unas cartas, solo por si acaso.

Entonces se puso a tararear para sí y Ada se quedó observando una puerta que parecía reírse de su angustia como de una comedia de cine mudo.

«Sabía que era una imprudencia confiar otra vez en Thorne». Se preguntó si, cuando acudió a su habitación con la petición de Morland, ya estaba al corriente del chantaje al que pensaba someterla. Ada supuso que también contaba las horas para verla morder el polvo, convencido como estaba de que era una embustera. «Daría lo mismo que no le hubiera acompañado, Morland habría utilizado lo de Lavenham de todos modos. La única diferencia es que me ha hecho una oferta inaceptable».

El silencio sobre lo peor que le había ocurrido, la mayor mancha en su pasado, a cambio de la reputación de Annabel Lovelace. Por supuesto que no se le pasaba por la cabeza aceptar, pero, a la vez… «El futuro de sus alumnas —le había dicho aquella malnacida—, sus

aspiraciones, sus sueños, su bienestar… y su hogar».

Tenía razón al asegurar que, si ya había perdido a siete chicas a causa de lo de Lucy, la historia de Lavenham supondría el final de la academia. La mayoría procedían de familias pudientes (lord Withers era un par del reino, nada menos), pero otras no tenían casas a las que regresar… o, si las tenían, no era sensato que lo hicieran.

—No —murmuró hundiendo la cara en las manos—, no a costa de la señorita Lovelace. Tiene que haber otro modo. —Tragó saliva—. Tiene que haberlo.

Pero la señorita Lovelace…, la señorita Lovelace le había confiado aquel proyecto para ayudar a los demás, recordó caminando de un lado a otro, a chiquillas que, como Ada y ella, lo habían perdido… todo. Que no podían hacerlo una segunda vez.

«Algo sé sobre niños explotados por quienes tenían que cuidarlos».

—Señora Morland —oyó de repente en el despacho.

Los pies de Ada se detuvieron: alguien acababa de entrar.

—Dije que no quería que me molestaran —replicó Morland—. Estoy ocupada.

—Lo sé, señora, pero… ocurre algo. Pensé que debía saberlo.

El recién llegado bajó la voz, reduciéndola a un susurro, y Ada aguardó unos segundos antes de regresar junto a la puerta.

Cuando acercó la oreja, no captó más que silencio. «Está bien», dijo Morland mientras le llegaba el ruido de la butaca al ser apartada. Después, sus pasos alejándose, seguidos por otros masculinos. Y, de nuevo, la quietud.

No había cerrado el despacho, pero daba lo mismo: la puerta de la habitación de Ada siguió sin moverse. «Perra», susurró entre dientes.

—Cielos, querida… Me temo que he aparecido en mal momento.

Fue una suerte que Morland se hubiera marchado: el grito que soltó al encontrar a un espíritu a su lado debió de oírse hasta en la superficie.

—Con… ¡Condesa! —dijo apartándose de un salto.

—Calista —contestó esta—. Puede llamarme así, sin tantas formalidades. No tienen mucho sentido cuando una es invisible.

—Pero ¿qué está…? ¿Cómo ha…? ¿De dónde…?

Teniendo en cuenta que, la última vez que la vio, sus manos estaban estrujándole el cuello, a Ada no le entusiasmó precisamente tenerla allí, pero la actitud de la condesa de Worthington no podía parecerse menos. Se encontraba tan relajada como en el Café Parisien del Titanic, sonreía de manera genuina y en su frente…

En su frente no había ninguna herida. Ni un arañazo.

—La señorita Evans me explicó dónde encontrarla. —Esa tampoco era la ropa con la que Thorne la mató, llevaba puesto un chaleco salvavidas sobre el vestido—. Supe gracias a su maestra, la señorita Lovelace…, perdón, lady Rosenfield…, lo que la otra condesa le hizo, así que decidí pasarme por aquí para disculparme.

Cuando le contó lo que le había sucedido, Ada casi se olvidó de que seguía en una cripta con su mundo entero a punto de desmoronarse.

—Nosotros… ¿Nosotros no la matamos? ¿No murió por mi culpa?

—A menos que colocase el iceberg en nuestro camino, no.

—Pero entonces… —Pensó en la mujer sentada en el columpio, en los ojos que la habían observado entre el pelo revuelto…, unos ojos vacíos de expresión—. ¿Quién era la persona que se hacía pasar por usted? ¡Parecían gemelas!

—Llevo cuatro años preguntándomelo. —«Tiene que ser el espíritu que sentí en Worthington Hall», dedujo Ada—. Espero que lady Rosenfield me ayude a descubrirlo, aunque parece —la condesa miró

la puerta— que usted también necesita ayuda.

—Sí —contestó en voz baja—, y es una suerte que haya aparecido.

Mientras hablaban, una idea había germinado en su mente, un pequeño capullo que, con cada pensamiento que le dedicaba, parecía florecer más y más. Delante tenía una puerta cerrada, un espíritu acababa de aparecer y ella… era una recipiente.

«Desde que descubrí su existencia, he estado preguntándome por qué nunca se dejaba poseer», había dicho Morland. Lo que Ada llevaba media vida evitando, lo que esa mujer quería usar en su contra, podría convertirse en su única escapatoria.

Era peligroso, pero… lo sería aún más continuar allí.

—Condesa… Calista, ¿sería capaz de entrar en mi cuerpo?

A juzgar por su expresión, debía de ser lo último que esperaba oír.

—Si se refiere a una posesión espiritual…, podría intentarlo, pero…

—Hágalo —pidió Ada— y, cuando esté dentro, la obligaré a salir.

Aquella había sido la lección más complicada, y también la más importante, de todas las de la señorita Lovelace: levantar unas murallas mentales (blindajes, las llamaba ella) destinadas a impedir que un espíritu la poseyera. La condesa parpadeó.

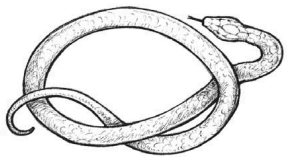
—Pero… —Parecía confundida—. ¿De qué serviría…?

—No la necesito en mi interior, necesito lo que ocurrirá en el momento en que la expulse. Tal vez no suceda nada, pero tengo que intentarlo.

«O tal vez salga fatal —pensó Ada tragando saliva—, tanto como en Lavenham…, con la diferencia de que aquí no hay un pueblo entero que pueda arrasar».

«Y de que, si me llevo a Morland por delante, se lo merecerá».

CAPÍTULO XXXIV



De todas las cosas con las que Edith esperaba toparse en la academia (un rebaño de adolescentes histéricas, sabuesos de Scotland Yard continuando con la investigación sobre Lucy, un gato resucitado dispuesto a sacarles los ojos), la activación del protocolo de seguridad ante un ataque del Cuerpo Aéreo alemán no constaba entre ellas.

Sí, la histeria se había apoderado de la mansión, pero las voces de las alumnas no eran las únicas que resonaban. Cuando se materializó en la escalera del vestíbulo, vio que varios espíritus, compañeros de viaje del Titanic, se apresuraban hacia el piso de abajo para echar una mano, aunque fuera ectoplasmática, a los profesores.

Por encima de los gritos de las chicas, un violín atacaba el *Vals nupcial* de Paul Lincke tan fuerte que casi ahogaba el estruendo de las sirenas antiaéreas.

—¡No es el mejor momento para lucirse, señor Hartley! —exclamó Edith con los ojos clavados en el techo—. ¡Especialmente, con un vals alemán!

—He sido yo quien lo ha ordenado —contestó alguien.

Un anciano se encontraba de pie en la escalera que conducía al desván. Pese a la semitransparencia, el agua de su uniforme resultaba inconfundible.

—Sé que no es lo mismo que un naufragio. —Bajó un par de peldaños—. Pero convendría evitar, en la medida de lo posible, que cundiese el pánico.

—Capitán Smith. —Edith se apresuró hacia él—. ¿Qué está ocurriendo?

—Bombardeos alemanes otra vez. Empezaron hace cinco minutos.

A través de una de las vidrieras de la escalera, una representación del rey Arturo en la isla de Ávalon, distinguieron las siluetas de dos, tres, cuatro aviones.

—Vaya por Dios. Nos habían dado unas semanas tranquilas.

—Este ataque parece más serio que los anteriores. —El capitán se acercó a la vidriera; Edith lo siguió. Detrás de los cristales avistaron otras dos aeronaves, ahora británicas—. La crueldad de este siglo, su carencia de decoro, de principios —continuó Smith en voz baja—, nunca dejarán de sorprenderme.

Una explosión, aunque lejana, hizo temblar el marco de la vidriera.

—Construimos barcos inmensos solo para que mil quinientas personas pierdan la vida a la vez —prosiguió el capitán—. Conseguimos conquistar el cielo y pulverizamos las ciudades con una lluvia de fuego. Es un mundo nuevo. —Se quedó mirando la armadura del rey Arturo—. Un mundo corrupto.

—¿Son los bombarderos de los que habla la prensa? ¿Los Ender…?

—Eindeckers, señorita Evans —oyeron decir a alguien.

Thomas Andrews, el ingeniero, se aproximaba por un corredor.

—Las bestias más temibles que he visto. —Cuando se detuvo a su lado, Edith vio que traía sus inseparables planos del Titanic consigo.

Llevaba cuatro años con la nariz sumergida en ellos, tratando de descubrir qué modificaciones en el sistema de compartimentos estancos podrían haber salvado al buque—. Da igual que no seamos un objetivo militar: si bombardean los alrededores, estaremos perdidos.

«Por eso sigue anclado —le había dicho Ada a Edith—. Fue un hombre brillante, pero no puede perdonarse no haber hecho más, no haberlo hecho mejor».

—Creía que era ingeniero naval, no aeronáutico.

—El profesor Westwood me ha leído un artículo del *Times*. Sus ametralladoras disparan setecientas veces por minuto y pueden cargar bombas de hasta quinientos kilos. Una sola bastaría para que la mansión entera saltase por los aires. —Andrews acarició sombríamente los planos—. Es una certeza matemática.

«Odio esa frase con toda mi alma», pensó Edith mientras una voz conocida, la de Louise Dashwood, sonaba al pie de la escalera. Tras despedirse de ambos, se dirigió al piso de abajo, en el que se encontraban las aulas de clase.

La música fantasmagórica no parecía estar surtiendo efecto: una puerta acababa de abrirse y las alumnas casi tropezaban en sus ansias por salir.

—¡Señorita Evans…! —gritó una de las más jóvenes.

Corría tan rápido que, antes de distinguir a Edith, atravesó su cuerpo.

—Cuidado, señorita West. —Cuando dio un paso atrás, la muchacha jadeó. Se le había cubierto el uniforme de escarcha—. Ya sabe que eso es peligroso.

—Diría que no tanto como lo que se nos viene encima —contestó Louise.

Le sacudió el hielo a la chica y la envió al sótano con sus

compañeras.

—¿Has venido para ver cómo nos va con el engendro infernal?

—¿Con el…? —Edith tardó en atar cabos—. ¿Te refieres a Mefistófeles?

—Aurora acertó con el nombre, es un auténtico demonio. Desde que ese crío lo trajo de vuelta, se ha vuelto más agresivo cada día, peor que si tuviera la rabia. Ayer arañó a cuatro de las chicas. Esta mañana, casi le ha sacado un ojo a Heather.

Dos alumnas rezagadas salieron de otra de las aulas.

—¡Al sótano, ahora mismo! —gritó Louise antes de volverse hacia Edith—. Hemos tenido que encerrarlo en el desván. Calculo que, para cuando acabe el ataque, habrá hecho trizas todos los cristales y derribado varias vigas.

«Lástima que no coincidiera con Thorne ahí arriba», se dijo Edith.

—Entonces…, Rosenfield está en lo cierto. —Una frase que no había esperado tener que pronunciar—. Es lo mismo que ha demostrado con su experimento de la polilla, que los seres resucitados por Roy acaban por volverse agresivos.

«Agresivos e inmortales», pensó acordándose de la condesa.

—¿Rosenfield? —Louise frunció el ceño—. ¿Algún pariente de milord?

—Te vas a reír cuando saquemos tiempo para ponernos al día. De todos modos, no he venido por Mefistófeles: tengo que encontrar algo entre nuestros libros… En concreto, entre los redactados por investigadores de origen irlandés.

En la planta baja, Heather les metía prisa a las chicas para que se refugiasen en la cocina subterránea. «Bueno, ahí estarán protegidas —comprendió Edith—, aunque no sobre la comida por culpa del racionamiento».

—Necesito encontrar información sobre una mujer llamada Méav

MacDonnell que viajaba con Roy en el Titanic. Había pensado empezar por el despacho de Ada…

—Pues deberías prepararte para unas cuantas sorpresas.

A Louise le temblaron las comisuras ante su desconcierto.

—Nuestra Ada es un alma apasionada y tiene… cosas escondidas.

—¿Cómo que escondidas? —dijo Edith con recelo.

—Ciertas lecturas camufladas entre sus tratados de espiritismo.

—Pero si se pasa las noches devorándolos… Por mucha morralla que haya, no todo serán novelas rosas. Los tratados de Grendall y Hobbes…

—Creo que ahora son una saga de aventuras eróticas en Versalles.

—*El espíritu a la luz de la ciencia moderna* de Crookes…

—Algo de guerreros sajones… ¿O vikingos?

—¡*La doctrina secreta* de Helena Blavatsky!

—Le puso esa cubierta a *Un esposo de conveniencia*. —El hastío de Edith fue tan palpable que Louise suspiró—. Mejor vamos a la biblioteca.

Otros tres aviones bramaron sobre sus cabezas mientras enfilaban el corredor del primer piso, donde un grupito de espíritus (Kate, la doncella, las saludó al verlas pasar) contemplaba unas explosiones parecidas a fuegos artificiales.

—Empiezo a pensar que Rosenfield no hizo nada discreto en su vida —comentó Edith cuando la bóveda de la biblioteca, después de que Louise accionara un interruptor, se inundó de constelaciones doradas.

—No —contestó esta—. Y, si lo que cuenta Ada es verdad, tampoco en su muerte. A ver… Empecemos por aquí.

Mientras Louise rebuscaba en una de las estanterías, Edith echó un vistazo a través de las vidrieras. Ningún Eindecker había causado destrozos en esa zona (los últimos bombardeos se habían producido

en Hull, Dover y Ponders End), pero nunca habían sido avistados tan cerca de la academia… ni tantos a la vez.

—Estos eran de la señorita Lovelace. —Louise había abierto un librito lleno de anotaciones con letra diminuta—. *El crepúsculo celta* de Yeats…

—Me han dicho que no encontraremos nada en ese.

—*Las peregrinaciones de Oisin… La isla del lago de Innisfree…* Ah, no, este también es de Ada. —Cuando Louise pasó las páginas, Edith distinguió una ilustración que la hizo parpadear—. Últimamente siente debilidad por los *kilts*.

«El puñetero Thorne no pudo tenerlo más fácil», rezongó Edith.

—Me temo que esto va para largo. A lo mejor deberíamos esperar a…

—¿No había una mañana mejor para reorganizarlo todo?

Cuando las dos se giraron, vieron a August de pie en la entrada.

—No digo que la catalogación de nuestros fondos no sea importante —enarcó las cejas—, pero sospecho que ahora las prioridades son otras.

—Pues aplícate el cuento —dijo Edith—. Tu familia estará histérica.

—He llamado a casa hace poco. Haithani y los niños se encuentran bien, así que me quedaré hasta que acaben los bombardeos. ¿Qué estáis haciendo?

—Buscar algo por encargo de Ada. Y frustrarnos.

August observó la pila de libros que Louise había dejado en el suelo.

—Tú que también eres un ratón de biblioteca —dijo esta, devolviendo *La isla del lago de Innisfree* a la estantería—, ¿has oído hablar de una tal MacDonnell?

—Pues claro, una irlandesa de comienzos del siglo XVIII.

En esta ocasión, Louise y Edith se volvieron aún más rápido.

—Deirdre MacDonnell. —August parecía sorprendido—. Fue una de las pocas víctimas de las cacerías de brujas en la isla. La ejecutaron en la hoguera…

—Creo que hablamos de otra persona —dijo Louise—, una tal Méav.

—Espera —interrumpió Edith—. ¿Qué pasó con esa Deirdre?

—Comparado con otros juicios como el de Islandmagee, el suyo apenas tuvo repercusión. Sucedió en un pueblo diminuto cerca de Limerick.

—Esos son los peores. ¿De qué la acusaron?

—Los cargos fueron los habituales: sanación, adivinación, exhibición de poderes malignos…, y, por supuesto, pactos con fuerzas de la oscuridad.

—No me digas. —Edith sonrió—. ¿Con quién, con Satanás?

—Con una entidad casi igual de peligrosa. Un *sídhe*.

A Louise se le escurrió uno de los libros que sujetaba.

—¿Un qué? —Edith la miró—. ¿Qué es eso?

—Los *sídhe* —respondió la médium— son criaturas del folclore irlandés.

A Edith le sorprendió lo mucho que había abierto los ojos.

—Lo siento, pero… esas tradiciones no han llegado a Manhattan.

—Sí que has oído hablar de ellos, Edith —contestó August—, aunque haya sido con otro nombre. También los llaman faes, feéricos… y duendes.

Otros dos aviones pasaron sobre la mansión, tan cerca que su bramido pareció ahogar todos los ruidos, y los cristales de la biblioteca se estremecieron.

—Muy gracioso, señor profesor. —Edith se echó a reír—. No sabes cómo me alegro de que ni siquiera la guerra te haya arrebatado el sentido del humor.

August, sin embargo, no esbozó ni la sonrisa más tenue.

—Me temo que no entiendes de qué estoy hablando.

—Claro que lo hago, todos hemos crecido leyendo los mismos cuentos, pero de ahí a creer en seres diminutos con alas, orejitas puntiagudas y…

—¿Esa es la imagen que te viene a la cabeza? Los *sídhe* auténticos no tienen nada que ver, Edith. No hablamos de Campanilla revoloteando alrededor de Peter Pan y Wendy mientras espolvorea polvo mágico con una varita.

—Pero hablamos de hadas —insistió Edith— y las hadas no existen.

—Apuesto a que, cuando pensabas en los fantasmas estando viva —dijo Louise mientras les volvía la espalda—, tampoco creías en su existencia.

Sus manos parecían cada vez más tensas mientras colocaba los tratados.

—La fe en los *sídhe* está extendida por toda Irlanda —continuó August—. Se refieren a ellos como «la buena gente», los apaciguan con ofrendas, respetan los lugares por los que vagan… Por eso hubo tan pocas cacerías de brujas comparadas con las de otros países, porque son creencias casi tan asumidas como el cristianismo.

—Pero algunos no son tan buenos —dijo Louise en voz baja.

—Retuercen la realidad como quieren —asintió August— y eso es lo que vuelve tan peligrosos los pactos, que, una vez que le das tu palabra a un *sídhe*, no te puedes echar atrás. Así acabó Deirdre MacDonnell como acabó.

—Sabes bastante sobre esas leyendas para ser inglés.

—Estuve en Irlanda con unos amigos hace unos años. Queríamos publicar un artículo acerca de una *banshee* en nuestro periódico…

—Ah, cierto —respondió Edith—. El *Dreaming Spies*.

—*Spires.* —August sacudió la cabeza—. Si hubieras estado allí con nosotros, si hubieras visto las cosas que vimos, serías mucho menos escéptica.

Pero Edith siguió sin dejarse convencer. Ella era (bueno, había sido) una mujer moderna en un mundo moderno, uno en el que las certezas matemáticas como las del señor Andrews, y no los cuentos de hadas, regían la realidad.

—Sé que me acusaréis de materialista, pero no puedo tomarme nada de esto en serio. Solo se me ocurren dos explicaciones, que MacDonnell fuera una mentirosa o que estuviera tan loca como para oír y ver cosas de otro mundo…

—Qué curioso —comentó Louise—. Podrías estar hablando de nosotras.

Sus ojos continuaban clavados en el caleidoscopio de libros.

—Es lo mismo de los que nos acusan a las médiums: o somos unas mentirosas o unas locas, cualquier cosa con tal de desacreditarnos. Algunas, como yo, acabamos en manicomios; otras, como Danvers, en prisión. Hace doscientos años, nos habrían enviado a la hoguera como a MacDonnell. —Los dedos de Louise descendieron por el lomo de uno de los libros—. Supongo que siempre será nuestro sino.

Edith abrió la boca, pero no se le ocurrió qué responder…, una sensación a la que estaba aún menos acostumbrada que a darle la razón a Victor Rosenfield.

¿Y si, por absurdo que sonase en su cabeza, no fuera mentira? ¿Y si el mundo se había vuelto tan inmoral y corrupto como aseguraba el capitán Smith pero seguía albergando realidades que la mente humana, por despiadada que fuese, aún no podía comprender? ¿Y si Rosenfield volvía a tener razón y era una estadounidense con cerebro de serrín incapaz de creer en lo que no tenía delante de las

narices?

¿En qué la diferenciaba aquello de Thorne, que aún consideraba a Ada una mentirosa por pura cabezonería? La mera idea horrorizó a Edith.

—Quizá sea mejor que me marche ya. —Sabía que se habría sonrojado de haber seguido viva—. Para informar de lo que hemos descubierto.

—¿Crees que a Ada le servirá de algo? —preguntó August.

—No estoy segura, pero es otro cabo del que tirar. De momento…

Pero, al mirar más allá del profesor, Edith vio algo que la dejó muda.

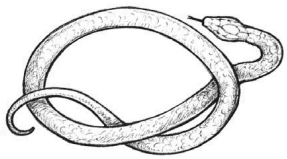
—¿Más Eindeckers? A este paso, no quedará ni uno en Alema… —Pero Louise, al volverse en la misma dirección, se quedó tan callada como ella.

Sobre los tejados de Londres, los reflectores recorrían el cielo como cada noche, pero algo los había hecho detenerse. Una silueta en forma de puro, pintada de azul por los cristales, que acababa de atraer su atención como un imán gigantesco.

Más lenta que los Eindeckers, casi inmóvil…, pero mucho más destructiva.

—Algo me dice que, por importante que sea Deirdre MacDonnell —susurró August observando el zepelín—, vamos a tener problemas más serios.

CAPÍTULO XXXV



Habían pasado cuatro años desde que un espíritu trató de poseerla.

En realidad, habían sido más de mil quinientos, los de las víctimas del Titanic a las que, de haber sido una noche con luna, habría visto morir a su alrededor. El modo en que sus alaridos habían inundado la oscuridad, apagándose poco a poco hasta que el silencio fue absoluto, seguía resonando en sus oídos en la sala de estar de Caroline Morland…, en parte por tener a uno de esos mismos espíritus ante ella.

—No estoy segura de que sea su idea más brillante, querida.

Cuando Ada le explicó lo que quería hacer, la condesa de Worthington se quedó mirándola como si le hubiese pedido ayuda para desplazar una pirámide.

—Nunca he intentado algo así. —Sacudió la cabeza—. Según usted, cuando esté en su interior y levante esas murallas mentales para sacarme fuera…

—Se producirá una descarga de energía —concluyó Ada.

«Como una grieta abierta en el casco de un buque», había dicho

Morland.

—Pero ¿será seguro para usted? —insistió la condesa—. De no ser por el señor Thorne, mi usurpadora la habría estrangulado… No querría hacerle más daño.

—Le garantizo que eso no pasará. —«No pienses ahora en Thorne»—. Pero, en el supuesto de que lo hiciese —añadió Ada—, merecería la pena porque la alternativa sería mucho más dolorosa: permitir la destrucción de la obra de mi vida.

La expresión de la condesa hablaba por sí misma, pero se encogió de hombros con un «como usted diga». Un momento después, se había desvanecido y Ada notó cómo algo frío, como niebla congelada, se extendía por su cabeza.

La sensación fue tan intensa que tuvo que apoyarse en la pared.

—Me… ¿Me oye? —*Sí*, respondió la condesa, *pero es lo más extraño que he hecho nunca*—. La creo —murmuró Ada—. Tampoco es agradable para mí.

¿Así es como las médiums transmiten los mensajes de los muertos? —preguntó el espíritu mientras se volvía hacia la puerta. Cada palabra parecía enroscarse en su cerebro como una serpiente helada—. *¿Controlando sus cuerpos desde el interior de sus mentes?*

—Las médiums recipientes —murmuró Ada. Casi había olvidado el dolor de cabeza que acompañaba a las posesiones en los pocos casos en los que no perdía el conocimiento—. Las… Las que son reales y… no oponen resistencia.

Es fascinante. Por eso, a veces, hablan en otros idiomas y escriben…

—Si tanto le interesa, puedo darle un seminario cuando salgamos.

Despacio, se situó frente a la puerta. El silencio que seguía habiendo al otro lado volvía más ruidoso su pulso, tanto que se preguntó si la condesa lo oiría.

«No habrá un segundo incendio como el de Lavenham», repitió otra voz que, en esta ocasión, procedía de su memoria, la de su maestra. «No, no lo habrá —pensó Ada—, porque no volveré a perder el control. Porque esta decisión sí ha sido mía».

Y entonces, apretando los párpados, levantó los blindajes.

El choque entre su consciencia y la de la condesa fue como un martillazo… y, sí, le recordó a Lavenham con la diferencia de que, esa vez, había resultado inevitable. La energía había brotado en contra de su voluntad como un caos incontenible.

Ahora, su mente dirigió aquel caos contra algo concreto…, algo que, al captar un estruendo frente a ella, comprendió que había saltado por los aires.

—¡Cielo santo! —El frío abandonó su cabeza a la vez que la condesa. Cuando Ada abrió los ojos, jadeando, la descubrió a su lado—. ¡Ha funcionado!

Casi toda la puerta se encontraba en el suelo, balanceándose todavía, pero varios pedazos habían acabado sobre el escritorio y la butaca de Morland.

—No me puedo creer que lo haya hecho… —musitó Ada mirando sus manos. Temblaban como si tuviera fiebre—. Era lo que más miedo me daba…

Su mayor defecto como médium, el punto débil que había ocultado durante años, aquello que más detestaba…, convertido en un arma. «Dios mío».

Después de darle las gracias a la condesa y prometerle que, en cuanto las cosas se calmaran, se encargaría de ayudarla, Ada se despidió de ella y atravesó a toda prisa el despacho de Morland. Como había deducido, la puerta no había sido cerrada con llave, de modo que accionó el pomo lo más sigilosamente que pudo.

—No te pierdas esto, Lucas —oyó decir nada más abandonar la

habitación.

Al volverse, sintió cómo se hundía en la miseria: unos hombres se acercaban por el pasillo que, según recordaba, conducía a la escalera de la cripta.

—Tenías razón. —Eran dos de los miembros de la Orden que habían salido a recibirla—. El estruendo ha sido cosa suya. Sí que tenía un as en la manga…

—No se acerquen. —Ada dio un paso atrás—. Y no me toquen.

—Es una pena, señorita, pero no vamos a poder obedecerla. La señora Morland nos ha ordenado echarle un ojo, así que no espere que la dejemos pasar.

Por un momento, Ada se preguntó si debería llamar a la condesa o a Edith, si había acabado lo que fuera que quisiese hacer en la academia… «Catorce muertos —se recordó a sí misma, retrocediendo de nuevo—, once adultos y tres niños».

No, no habría otro Lavenham. No habría más muertes por su culpa.

—Siento deciros que sí la vais a dejar pasar. —De repente, chocó con alguien que se le había acercado por la espalda—. Y que Morland puede irse al Infierno.

No necesitó oír su voz para reconocerlo, bastó con el cosquilleo que la recorrió entera cuando le rodeó el cuello con un brazo para inmovilizarla.

—Estate quieta —siseó en su oído mientras se revolvía para soltarse.

Ada se percató entonces de que, con la mano con la que no estaba sujetándola, empuñaba el mismo revólver que en Worthington Hall.

—Thorne, debes de estar de broma. ¿Qué haces con eso?

—Qué curioso, pensaba que erais científicos y, por tanto, teníais

dos dedos de frente. —Thorne señaló el pasillo con el cañón—. Haceos a un lado.

—Y, si nos negamos, ¿qué? ¿Nos darás un par de besitos?

Ada sintió cómo su brazo se tensaba contra su garganta.

—Porque en eso consiste tu trabajo, ¿no? —El tal Lucas sonrió—. Es el arma que mejor sabes utilizar, el motivo por el que sigues aquí. Si no fuera por todas las descerebradas con las que te has revolcado, Morland te habría echado hace…

El estrépito de un disparo ahogó sus palabras. Ada soltó un grito, aunque no tan fuerte como el de Lucas, que resbaló hasta el suelo agarrándose una pierna.

—Hijo… —La bala se le había hundido en la rodilla—. ¡Hijo de puta!

—¿Te has vuelto loco, Thorne? —Su compañero se quedó mirando con horror la sangre que corría por su pernera—. ¿En qué demonios estás…?

—Nunca lo creeríais, pero sé usar otras armas aparte de los besitos.

Cuando apuntó al otro hombre a la cara, Ada lo vio palidecer.

—Si no te apartas, James, te haré lo mismo. —Amartilló el revólver con el pulgar—. En serio, he llegado demasiado lejos para que me importe.

—Creo que habría otras maneras de… —intentó decir Ada.

—Chapman, cállate —replicó Thorne. Poco a poco, James se apartó a un lado con las manos alzadas mientras Lucas gemía en el suelo—. Bien. —Tiró de Ada para pasar junto a ellos—. Un poco de sentido común.

En cuanto se alejaron de la puerta, la agarró del brazo para correr en la dirección contraria. De Morland, por extraño que fuese, seguía sin haber ni rastro; el asunto que la había hecho marcharse debía de

ser más serio de lo que parecía.

—Eres de lo que no hay. —Ada resopló—. Un caballero de brillante armadura cada vez que estoy en peligro que me trata a patadas cuando todo se calma.

Corrían tan rápido que los cuadros de la *Ilíada* se mezclaban en una nebulosa.

—¿Liarme a tiros con mis compañeros te parece tratarte a patadas?

—Sabes a qué me refiero. —Cómo odió que su voz sonara tan acusadora, propia de una cría mimada—. Cuando estábamos con Morland, no hacías más que ignorarme. Era como si me hubiese vuelto invisible… Ni siquiera me mirabas.

«Salvo cuando te asaltó la duda de si estaría hablando con un espíritu».

—Créeme, era mejor que no lo hiciera —replicó Thorne.

—Si lo llego a saber, no me habría molestado en defenderte. Normal que a tu jefa le pareciera una imbé… —Pero un «¿Alabaster?» la hizo callarse.

Al doblar la última esquina, ya se distinguía la puerta de la estancia usada a modo de recepción… y a alguien de pie en ella. La secretaria había acudido alertada por el alboroto, pero se quedó de piedra al reconocer a Thorne.

—Wilhelmina, apártate. —Cuando Ada trató de zafarse, la rodeó de nuevo con un brazo para acercarla a él—. Deja que nos marchemos.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo que os…? —Wilhelmina miró el revólver con los ojos como platos—. Santo Dios, Alabaster, ¿ese disparo ha sido tuyo?

—Tengo que sacarla de aquí. No puedo explicártelo, pero…

Sus ojos se redondearon aún más tras mirar a Ada, regresar a

Thorne y volver a mirar a Ada. Mientras, unos pasos habían empezado a sonar tras ellos. «¡Se han ido por allí!», exclamó un hombre, y otro contestó: «¡Avisad a Morland, rápido!».

—Wilhelmina. —Ada percibió, por primera vez desde que lo conocía, una nota de súplica en la voz de Thorne—. Por favor.

—Quién lo habría pensado —musitó Wilhelmina. Sin embargo, asintió mientras cogía un manojo de llaves del mostrador—. Llévatela, rápido.

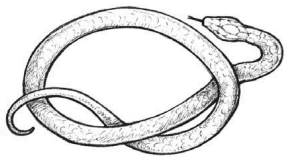
Los pasos sonaban cada vez más cerca. La secretaria trasteó con la cerradura y, cuando tiró de la puerta, el olor a tierra húmeda que había acompañado a Ada en su descenso hasta la cripta la zarandeó como una bofetada.

—Id con cuidado ahí fuera —les aconsejó.

—¿De qué está…? —empezó a decir Ada, pero Wilhelmina ya había cerrado la puerta, echando la llave otra vez, y Thorne la arrastraba escalera arriba…

Donde, si la vista no la engañaba, el caos era aún mayor.

CAPÍTULO XXXVI



Ahora que no llevaba puesto el velo, Ada descubrió que había acertado: el lugar al que Thorne la había conducido era una iglesia abandonada. Allí estaban las losas que había logrado atisbar, con sus inscripciones convertidas en pequeñas junglas, pero el estrépito que los recibió apenas le permitió prestar atención a nada más.

Un enjambre de bombarderos pasaba en ese momento sobre ellos. «Eindeckers», se espantó al reconocer las cruces de las alas, inconfundibles pese a la lluvia, aunque no todos eran alemanes: varios cazas británicos intentaban darles alcance.

—Jack Morland estaba en lo cierto, no se oía nada ahí abajo —comentó Thorne. Las sirenas antiaéreas, infinitamente más ensordecedoras que las que se captaban desde la academia, ahogaban casi el bramido de los aviones—. Tiene gracia que sea donde más protegidos estaríamos… Al menos, durante un ataque aéreo.

—Sí, me encantó la experiencia del somnífero en el té —dijo Ada mientras tiraba de nuevo de ella—. Fue como estar dentro de un relato de Sher… Espera.

Cuando sus pies se detuvieron, Thorne se dio la vuelta.

—Si piensas pedirme que regrese a por un condenado broche…

—Tu pierna. —Ada había bajado la mirada—. Tu bastón.

No entendía cómo no lo había notado antes. En el pasillo, le había rodeado el cuello con un brazo mientras empuñaba un revólver con la otra mano.

—Ah —contestó Thorne—, puede que haya noqueado a Jack con él. A estas alturas, su madre ya lo habrá descubierto. Estará encantada conmigo.

—Pero… acabo de verte subir esa escalera sin ayuda…

Hubo un estruendo a lo lejos provocado por la caída de una bomba.

—En realidad, hace años que no lo necesito. —Ada parpadeó—. Te dije que me amputaron tres dedos, y era verdad —continuó él—, pero no me da tantos problemas como piensas. Solo una pequeña cojera fácil de disimular.

—Thorne, me estás tomando el pelo. ¿Por qué alguien fingiría…?

—Digamos que, por muchas plumitas blancas que me den, nuestro glorioso país no me importa tanto como para querer morirme de asco en una trinchera.

Si las bombas no siguieran cayendo del cielo, Ada habría tardado años en salir de su estupor. Se había quedado mirándolo como si nunca lo hubiera visto.

—Eres un cobarde. —Pensó en las cicatrices de Nathan, en August sufriendo por no poder luchar junto a sus amigos. En las familias de los soldados muertos que habían acudido a ella—. Un cobarde y un mentiroso —añadió—, y una mala persona.

—Lo que tú digas, Chapman, pero muévete. —Thorne casi se la llevó a rastras de la iglesia—. Esos cabrones ya tienen suficientes dianas a las que apuntar.

No había ni una farola encendida, pero la inmensa mole que sobrevolaba los tejados, iluminada por los reflectores como una *prima donna* en un escenario, bastaba para alumbrar los alrededores. No era el primer zepelín que veía Ada, pero nunca había tenido a uno tan cerca y la impresión que le causó fue la de contemplar a un fantasma gigantesco encargado de traerles la muerte a sus propios hogares.

Mientras corría con Thorne por el dédalo de callejuelas, sentía cómo los cristales de las casas e incluso el suelo temblaban a causa de las bombas, que rivalizaban con los cañones antiaéreos instalados en los enclaves más altos de Londres.

—Si no me hubiera puesto ese cochino velo…, sabría dónde estamos —articuló cuando no les quedó más remedio que detenerse. El dolor del flato la hizo doblarse por la cintura—. Me siento más perdida… que un pingüino en el… desierto.

Desde el pasadizo en el que se habían guarecido, oyeron un nuevo bramido y Ada vio pasar a otros tres aviones disparando munición incendiaria contra el zepelín.

—Parece que tus amigos no nos han seguido. Deben de tener más dedos de frente que nosotros. —Apoyó la espalda en una pared cubierta de carteles de reclutamiento—. Me imagino que tu coche estará demasiado lejos para…

—Dejé de pasar por los jardines de Kensington porque había violetas.

El significado de aquello tardó unos segundos en calar en Ada.

—¿Qué? —Apartó los ojos de los aviones—. ¿Qué has…?

—Dejé de pasar por los jardines de Kensington porque había violetas —repitió Thorne— y me recordaban a ti. Y no quería pensar ni dos segundos en ti.

Hubo otra ráfaga de cañonazos procedente de Victoria Park, pero

Ada estaba demasiado perpleja para sobresaltarse. Al ver que no decía nada, él espetó:

—Tu perfume. Violetas de Devonshire. Tu camarote del Titanic apestaba.

—Ya, eso lo he captado. Pero no entiendo a qué viene en estos…

—Me preguntaste si nunca había sido sincero. Ahora lo estoy siendo.

«Es verdad», admitió Ada, aunque no pudo evitar sentir una pequeña puñalada. Alguien capaz de hacer algo semejante, modificar una rutina tan intrascendente solo por su culpa, debía de detestarla aún más de lo que había imaginado.

«Tiene que resultar agotador odiar a alguien tanto como me odias a mí», le había dicho el día anterior, y él había respondido: «No te haces una idea».

—En realidad, no me gusta nada el color verde.

Las sirenas antiaéreas continuaban perforándoles los oídos.

—Me sienta como un tiro —aseguró Ada—. El otro día me puse un vestido que acababa de ajustarme Heather y parecía una alcachofa a medio hervir.

—Pero si siempre vas vestida de verde. Toda la ropa que te ponías en el Titanic era verde. El chal que tenías en el despacho, sobre el diván, también.

«Sí que se fija en lo que le interesa».

—Incluso los uniformes de tus alumnas son verdes.

—Porque era el color favorito de la señorita Lovelace. Si fuese una belleza prerrafaelita pelirroja, a lo mejor me haría gracia, pero me tiene hasta…

Algo resonó sobre los tejados, un silbido cada vez más agudo, y Thorne soltó un «¡cuidado!» medio segundo antes de que una bomba cayera unas manzanas más allá. El suelo volvió a temblar con

el impacto, tan atronador que les pitaron los oídos, y unos cascotes empezaron a desplomarse en el extremo opuesto del pasadizo.

—Tenemos que buscar un refugio subterráneo. —Cuando volvieron a la calle, el cielo estaba más iluminado, aunque no solo por el zepelín: varias buhardillas habían empezado a arder—. La estación de Aldgate queda cerca —añadió Thorne.

Los escasos vecinos del barrio debían de haber pensado lo mismo, porque no tardaron en encontrarse con más personas corriendo hacia allí. Cuando aparecieron delante de la iglesia de St. Botolph, la riada se había convertido en una marabunta que unos policías (Ada agachó la cabeza al pasar por su lado) trataban de redirigir hacia la entrada de la estación, cuyos arcos asomaban sobre la ruidosa muchedumbre.

Debajo de la marquesina, un cartel indicaba el acceso al refugio. Thorne y ella se precipitaron por las escaleras, apretujándose entre una masa humana que gritaba sin parar, hasta desembocar en uno de los andenes del ferrocarril metropolitano.

—Parecemos sardinas en lata —jadeó Ada. Todos los bancos estaban ocupados, el suelo apenas se veía entre los grupos sentados en él e incluso las vías habían sido invadidas—. Más vale que lo de la condesa siga sin salir en los periódicos…

—A esta gente le daría lo mismo que apareciese Jack el Destripador —dijo Thorne en tono distraído—. Mientras estén a cubierto, lo demás les traerá sin cuidado.

Todavía se oían las sirenas, aunque mucho más amortiguadas, al igual que las explosiones. Después de recuperar el aliento, comenzaron a abrirse camino a través de la muchedumbre hasta dar con un pequeño hueco cerca de la pared.

—Solo falta que se vaya la luz —comentó Ada observando las lámparas, cuyo balanceo casi resultaba mareante. Al volverse hacia

Thorne, vio que se había sentado en el suelo con la espalda contra los azulejos—. ¿Ocurre algo?

—¿Esperabas que estuviera como unas castañuelas en pleno bombardeo?

—Claro que no, pero… no me refería a eso. No pareces tú.

Junto a ellos, una mujer con la cabeza envuelta en un velo, rodeada por tres niños pequeños, los apretaba contra su pecho mientras canturreaba una nana.

—Te ha pasado algo en la Orden —insistió Ada—. Antes de escapar.

—¿No te parece suficiente haber tenido que largarme así?

—No, no tiene que ver con eso. Cuando apareciste, ya traías esa cara.

Sus ojos se clavaron en ella, pero solo durante un segundo; enseguida volvieron a posarse sobre la madre. «Pronto pasará, os lo prometo», susurraba esta.

Era como regresar al Titanic, se dijo Ada, y supo que él también lo pensaba.

—Te oí pronunciar el nombre de Méav MacDonnell —dijo por fin.

—Ya lo sé. —Ada se arremangó el vestido para sentarse frente a él, sobre unos cartones amontonados en el suelo—. Edith apareció en el despacho de Morland.

—Fui al Registro mientras hablabas con ella. Allí es donde se almacenan nuestros informes confidenciales. Teóricamente, tenía prohibida la entrada, pero convencí a Wilhelmina, la secretaria de Morland, de que necesitaba consultar algo en su nombre. —Thorne se restregó la frente—. Había una MacDonnell en el fichero, pero se llamaba Deirdre, no Méav. Y, junto a su nombre, aparecía «brujería».

Ada tardó en reparar en la fuerza con la que le latía el corazón.

—¿Y bien? —inquirió ante su silencio—. ¿Encontraste su informe?

—No estaba en la estantería. Alguien se lo llevó, probablemente Morland. Creo que sabe más sobre Roy de lo que imaginamos… Puede que más que todos nosotros incluyendo a las dos Sociedades de Investigaciones Psíquicas.

—Pienso lo mismo. Pero sigo sin entender por qué te ha afectado así.

—Al rebuscar en el fichero, encontré otras cosas en él.

Entonces, para sorpresa de Ada, sacó un cartapacio del abrigo.

—¿Lo has robado? —Cuando se lo tendió, dudó antes de cogerlo —. Esa bruja te va a matar… Lo de su hijo no será nada comparado con esto.

—Tú, en cambio, te vas a reír más que en toda tu vida.

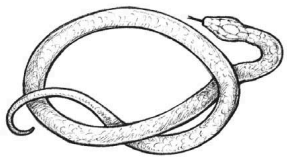
Aquello le hizo apartar los ojos de la polvorienta cubierta.

—Cuando leas eso, no volverás a mirarme igual.

—¿Me estás retando a pensar aún peor de ti? Porque tengo mucha imaginación, señor Thorne, casi tanta como rencor. Dudo que puedas empeorar las cosas.

Pero, como no dijo nada más, Ada apoyó el cartapacio en su regazo y, mientras otra oleada de humanidad inundaba el andén, procedió a abrirlo.

CAPÍTULO XXXVII



—Me alegra que estas señoritas, por primera vez en sus vidas, hayan mostrado una pizca de sentido común —reconoció Edith.

Después de que Louise y August se marcharan también al sótano de la academia, había regresado a Albemarle Street, donde encontró a todos refugiados en la cocina alrededor de una mesa cubierta de envoltorios de caramelos.

—Al menos se acuerdan del protocolo que seguir durante un bombardeo…

—Claro que nos acordamos —contestó Jia con cara de estar más aburrida que una ostra—. Otra cosa es que nos apetezca perder el tiempo así.

—¿Cómo va todo en la mansión? —dijo Annabel—. ¿Están a salvo?

—Por el momento, sí. Parece que el zepelín ha pasado de largo.

Después de asegurarse de que los muchachos no se moverían de la cocina, los Rosenfield se habían materializado en el tejado, desde donde habían observado cómo el artefacto descargaba una catarata de bombas sobre el este de la ciudad.

—Nunca pensé que vería nada igual —reconoció Annabel, sentada

con Aurora sobre la mesa—. Era como un monstruo descomunal… Un demonio.

—Insisto en que mi polilla podría con él —dijo Rosenfield.

A Edith le costó no poner los ojos en blanco. Desde allí, las explosiones sonaban más débiles, pero los Eindeckers aún seguían haciendo de las suyas.

—En la mansión también estaban resguardándose en el sótano, pero Louise me acompañó a la biblioteca. Le dije que necesitaba consultar unos libros…

—¿Descubrieron algo sobre Méav MacDonnell? —preguntó Annabel.

—En realidad, sí…, aunque fue gracias al profesor Westwood.

—¿August Westwood? Vaya, no sabía que trabajara en la academia. Me alegro de que Ada le haya contratado, es uno de los grandes eruditos de nuestro campo.

—Pero siempre manda toneladas de deberes —se quejó Florence.

—Le sonaba el apellido MacDonnell —asintió Edith—, pero no por Méav, sino por una mujer llamada Deirdre. Según August, fue una irlandesa que vivió hace un par de siglos y que… —Titubeó—. Me siento ridícula diciéndolo en voz alta.

—Tranquila, nos hemos acostumbrado al acento —contestó Rosenfield.

Edith sintió una súbita oleada de comprensión por su asesino.

—August —prosiguió— me contó que Deirdre MacDonnell fue quemada en la hoguera. La acusaron de brujería por pactar con un sa…, sia…

—*Sídhe* —susurró Annabel descendiendo de la mesa.

Había abierto tanto los ojos que, por un momento, Edith vio a la muchacha de veintiún años que había sido antes de morir, no a la estrella del espiritismo.

—Sí. —Se tapó la boca—. Sí —miró a Rosenfield—, ¡eso era!

—¿Lo que recordabas haber leído en un libro?

—¡La historia de Deirdre MacDonnell! ¡Su paso al Tír na nÓg!

—Por todos los cielos, ¿qué es eso? —dijo Edith.

—El Tír na nÓg —contestó Aurora— es el plano de los *sídhe*.

Se había aferrado con las manos al borde de la mesa.

—Es una dimensión paralela, un mundo de juventud y prosperidad eternas. Los *sídhe* suelen arrastrar allí a los humanos de los que se encaprichan.

—La clase de cuento retorcido que le encanta a Aurora —resopló Jia.

—Que vosotras creáis en esas cosas tiene sentido —dijo Edith—. Llevo años oyéndoos cotorrear sobre rituales, supersticiones, maldiciones… Pero que lo hagan eruditos como ustedes… —Volvió a mirar a Annabel—. Es un despropósito.

—En mi, siempre humilde, opinión… —dijo Rosenfield.

—Eruditos —repitió Edith—. Usted queda excluido.

—Precisamente por eso creo en ello —contestó Annabel en voz baja—, porque los espíritus no fueron lo más perturbador con lo que entré en contacto.

—«Más cosas hay en el cielo y la tierra, Horacio, que las que se sueñan en tu filosofía» —citó Rosenfield, y sonrió a Edith—. Lo escribió un inglés.

Mientras tanto, Roy se dedicaba a hacer una pajarita con el envoltorio de uno de los caramelos. Estaba tan tranquilo como siempre, como si aquel asunto no le concerniese… o no recordase siquiera el apellido MacDonnell.

—Bueno, basta de puñaladas —dijo Annabel—. Si no estuvierais muertos, os habríais matado ya el uno al otro. Tengo que subir ahora mismo al despacho.

—¿El libro que necesitas está en esta casa? —preguntó su marido.

—Es *Paseando entre los túmulos* de Cormac O'Laoire. Lo vi de refilón ayer, cuando llegamos con Ada… Dios mío, menos mal, estaba volviéndome loca.

—Pero no servirá de nada que suba —dijo Edith—. No podrá cogerlo.

Cuando guardaron silencio, el ruido de los bombardeos se volvió más audible, aunque también parecían alejarse por momentos, tal vez en pos del zepelín.

—Yo la acompañaré —dijo Florence de repente.

Aquello casi le pareció más sobrenatural a Edith que lo de los *sídhe*.

—Sacaré el libro de la estantería, lo traeré aquí abajo y…

—Florence, es peligroso —le advirtió Edith—. Si aún quedan aviones alemanes dispuestos a atacar, estarás mucho más segura bajo tierra.

—Ya lo sé —Florence se encogió de hombros—, pero… Jia dijo que tenía que ser valiente como la señorita Chapman. Quiero hacerlo, aunque me dé miedo.

Las manos le temblaban tanto que las escondió, pero tenía la barbilla erguida en un gesto que a Edith, conmovida a su pesar, le recordó a Ada.

—Nosotras también subiremos —dijo Jia de inmediato. Aurora asintió y bajó de la mesa—. Estamos hartas de no hacer nada mientras se divierten…

—De eso ni hablar —ordenó Edith—. Vosotras no os movéis de aquí.

—No tiene sentido que os expongáis todas —dijo Annabel—. Además, alguien debería cuidar de Roy; os recuerdo que todo esto tiene que ver con él.

Las chicas, como era de esperar, protestaron cuanto quisieron, pero Edith instó a Florence a salir y, seguida por los espíritus, subió por la escalera de servicio.

El vestíbulo continuaba sumido en la penumbra; la única lámpara encendida era la de la salita. Mientras se encaminaban hacia la escalera principal, Florence no pudo evitar echar un vistazo al espejo, pero nada parecía haber cambiado en él.

—¿Hay alguien mirándonos desde dentro? —dijo Annabel.

Se había detenido junto a ella, pero Florence era la única que se reflejaba.

—No. —«Siempre has sido una cobarde», había dicho Lucy, y era verdad, tenía la cara más blanca que los fantasmas—. No he vuelto a ver nada de nada.

—Pero antes nos aseguraste que esos reflejos estaban por todas partes. Que ya eras capaz de visualizar a la mujer sin tener que entrar en trance.

—Porque ella quería que la visualizara. Ella… decidía acudir a mí.

«Mmm», murmuró Annabel mientras subía; Florence fue tras ella.

—¿Cree que no es una casualidad? ¿Que esa mujer ha decidido…?

—Tendría sentido si, como insinuaste, es la madre de Roy.

—Entonces… —Florence miró el espejo una vez más desde el rellano—. Lo que le hace mantener las distancias… ¿es lo ocurrido con Lucy?

—Elemental —dijo Annabel mientras alcanzaban el primer piso.

«Quizá sea su manera de protegernos. —Aquello hizo que a Florence, pese a su tensión, la invadiera cierto alivio—. Ella no quería que esa cosa se llevara a Lucy. Fue un daño colateral, igual que cuando murió… Jia diría que se lo ganó a pulso».

Todavía se oían explosiones cuando entraron en el despacho. Florence encendió la lámpara mientras Annabel se aproximaba a la

pared de las estanterías.

—Estaba por aquí. —Se estiró para leer los títulos—. Creo…

—Sabes que puedes flotar en vez de ponerte de puntillas, ¿verdad?

—Te recuerdo que tú te negabas a hacerlo —Annabel ladeó la cabeza— porque, y cito textualmente, «he pasado demasiado tiempo perfeccionando estos andares de felino para que la muerte me los arrebate». ¿O era por aquí?

—*Paseando entre los túmulos* —dijo Florence señalando otra estantería.

Había un volumen encuadernado en rojo, tan pequeño que cabría dentro de un bolsillo, junto a una enciclopedia. Cuando Florence lo sacó, vieron que el terciopelo estaba desvaído, pero aún conservaba casi toda la estampación dorada.

—Eso me suena —dijo Rosenfield—. Lo compraste conmigo.

—En una librería de segunda mano, poco antes de morirme —asintió Annabel mientras Florence lo abría—. Precisamente, cuando el profesor Westwood se marchó a Irlanda con sus colegas. Estuve investigando para echarles una mano…

—«Los Tuatha Dé Dannan» —leyó Florence en el índice—. «Los hijos del rey Lir». «El castillo de Blarney». «El oro *leprechaun*». ¿Todos estos son *sídhe*?

—El Sombrerero, el Conejo Blanco y la Reina de Corazones —bufó Edith.

—«La *banshee* de Maor Cladaich». Me voy a morir de miedo.

—Ahí está —dijo Annabel—. «El pacto de Deirdre MacDonnell».

—Deberíamos bajar ya —comentó Rosenfield, pero Florence no le oyó: al buscar el capítulo se había topado con un grabado que le heló la sangre.

Al pie de una colina cubierta de hierba, rodeada por una niebla

tan espesa que parecía hecha de fantasmas, se entreveía una cueva de la que salía una mujer. Tenía una mano alzada hacia el cielo, pero con la otra estrechaba las de una criatura que asomaba tras ella sin abandonar del todo las profundidades…

—Esperen. —Edith estaba mirando por encima del hombro de Florence—. August me contó que el pacto de Deirdre fue con un *sídhe*…

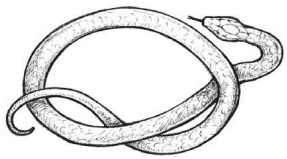
—Con uno, no —dijo Annabel—, fue con una. Una hembra.

La melena que ondeaba a su alrededor también recordaba a la niebla…, tanto que Florence se preguntó, con un nudo en la garganta, si manaría de ella.

—La que le concedió el don de resucitar a los muertos. El mismo que, si hay algo de cierto en esa historia —Annabel señaló el libro mientras Florence, con manos temblorosas, lo apoyaba en el escritorio—, pasó a sus descendientes.

—El último de los cuales se encuentra en esta casa —dijo Rosenfield.

CAPÍTULO XXXVIII



Hubo un nuevo estruendo sobre la estación, las lámparas se mecieron aún más y unos niños rompieron a llorar, pero Ada apenas se dio cuenta. Lo primero que halló dentro del cartapacio fue una tarjeta de visita reblandecida por la humedad. «Eleonora Thackeray, espiritista», se leía junto a una fotografía ovalada, el retrato de una mujer de cabello castaño y ojos melancólicos. «Número 7, Graham Street, Birmingham».

—Thackeray. —Volvió a mirar a Thorne—. No la conozco.

Él, por toda respuesta, le indicó con el mentón que siguiera leyendo. Ada dejó la tarjeta para echar un vistazo a lo siguiente, un recorte de periódico con la crónica de una sesión de espiritismo. Reconoció la tipografía, era la de *The Spiritualist*.

BIRMINGHAM, 20 de octubre de 1900

Nuestros corresponsales en la ciudad nos han informado de que la última sesión celebrada en casa de madame Thackeray ha sido un absoluto triunfo. Pese al poco tiempo transcurrido desde su irrupción en el panorama espiritista, las habilidades de esta médium recipiente parecen no

tener fin: clarividencia, mesas parlantes, escritura automática y canalizaciones, cada destreza más espectacular que la anterior.

También hemos sabido que, una vez concluida la reunión, uno de nuestros reporteros intentó entrevistarla para *The Spiritualist*, pero sus esfuerzos fueron en vano: Thackeray no albergaba recuerdos sobre lo que acababa de ocurrir. Según los asistentes a la sesión, sus trances suelen ser tan profundos que...

Una bomba cercana volvió a arrancar algunos gritos. Ada esperó a asegurarse de que no sucedía nada antes de continuar con el contenido del cartapacio. Lo siguiente que encontró fue otro recorte de periódico, esta vez del *Birmingham Daily Post* del 14 de abril de 1902, acompañado por un pequeño grabado; en él, dos policías se llevaban a una mujer mientras esta trataba de agarrarse al marco de una puerta.

DETENCIÓN EN GRAHAM STREET

La pasada madrugada, después de que un denunciante anónimo se pusiera en contacto con la Policía de la ciudad de Birmingham, dos agentes se presentaron en el 7 de Graham Street para proceder a la detención de la espiritista Eleonora Thackeray. Según los vecinos, madame Thackeray, acusada de estafar a más de doscientas personas en los últimos tres años, opuso tal resistencia que los agentes tuvieron que pedir refuerzos. Al cierre de esta edición, seguía en las dependencias policiales a la espera de que un comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas le realizase las pruebas pertinentes para determinar si ha incurrido en delito de fraude o no.

Ada volvió a observar a Thorne, pero tenía la mirada clavada en el túnel. «Si tu chico no cree que merezca la pena luchar por ti y por tu país —decía uno de los carteles que lo recubrían, dirigido a las

jóvenes de Londres—, ¿crees que te merece a ti?».

Siguió inspeccionando el cartapacio: un informe médico.

NOMBRE DE LA PACIENTE: Eleonora Thackeray

FECHA DE ADMISIÓN: 3 de mayo de 1902

NÚMERO DE ADMISIÓN: 374

EDAD: 36 años

PROCEDENCIA: Birmingham

RESIDENCIA: Graham Street, 7, Birmingham

OCUPACIÓN: espiritista

ESTADO CIVIL: casada

FAMILIA: esposo y dos hijos en paradero desconocido

CIRCUNSTANCIAS DEL INGRESO: Tras el dictamen de un equipo de expertos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y las consecuentes pruebas realizadas por nuestro personal, se ha llegado a la conclusión de que las alucinaciones auditivas experimentadas por la paciente tienen su origen en un trastorno esquizofrénico. La gravedad y consecuencias de su desorden cognitivo hacen imprescindible su ingreso, tratamiento y estudio en esta institución.

—¿Esquizofrenia? —«Asilo para Lunáticos de Stafford (Staffordshire)», leyó Ada al pie del informe—. ¿Thackeray estaba loca? ¿No era una estafadora?

—Sigue —ordenó Thorne con la mirada clavada aún en los carteles.

El vaivén de las lámparas volvía complicada la lectura, pero Ada siguió hojeando media docena de informes más, sin entender a dónde quería ir a parar, hasta que el corazón le dio un vuelco. El último estaba firmado por un médico diferente, un tal E. W. Rutherford, cuyo tono también resultaba distinto, casi avergonzado.

Tras la última reunión mantenida con el señor F. H. Lloyd, el presidente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, y la desvinculación de su asociación con el comité de expertos que insistió en examinar a Eleonora Thackeray, hemos concluido que ninguna de las acusaciones en su contra, ni las referentes a su enfermedad mental ni a su supuesto fraude, poseía una base real. Las numerosas trabas burocráticas, desgraciadamente, han hecho imposible que el Asilo para Lunáticos de Stafford resarciese a la paciente por las negligencias cometidas.

Solo había tres documentos más en el cartapacio, descubrió Ada, paralizada: un certificado de defunción, el informe de una autopsia y una esquela diminuta.

—Mi verdadero apellido es Thackeray —dijo Thorne.

Se encontraba tan conmocionada que le costó enderezar el cuello.

—Thorne era el del policía que nos sacó de casa a mi hermana y a mí y nos cuidó hasta que nos llevaron al hospicio —continuó—. Tenía doce años. Ella, ocho.

—Esta mujer… —Ada volvió a mirar la tarjeta—. ¿Esta mujer era tu madre?

No había nada de Thorne en ella: su cabello era más oscuro, sus ojos, también. La tristeza agazapada en ellos se había convertido en hielo en los de él.

—La gente decía que nos parecíamos a mi padre, pero no sé si sería verdad, se largó de casa poco después de que Ivory naciera. Diferencias irreconciliables que, con el tiempo, entendí demasiado bien. Hace poco supe que murió de cólera en el norte de África. —Thorne cerró los ojos con la cabeza contra los azulejos—. Y mi madre, como acabas de leer, en un asilo de Stafford. Una institución para alienados.

—Pero aquí aseguran que era una médium real. Que podía…

—Sí. —Él volvió a abrir los ojos—. Eso es lo que he descubierto.

Esta vez, sí vio el parecido. Uno que nacía de un dolor atroz.

—Que pasó años encerrada por mi culpa —continuó con voz rasgada— y que la Orden de Cassandra lo sabía. Lo incorporaron al Registro, como hacen con los casos reales, y no me dijeron nada. Me hicieron creer que era una farsante, que continuaba en prisión, que murió como una criminal, cuando en verdad…

—El denunciante anónimo que escribió a la policía fuiste tú.

Los ruidos parecían haberse acallado como si las bombas, los cañonazos y las ametralladoras fuesen zumbidos de mosquito comparados con aquello.

—Lo hice por Ivory —dijo Thorne—, porque temía por ella… y por mí. Porque no podía soportar más historias de fantasmas, de voces que no podía oír, de sombras que no conseguía ver. Me estaba…, me estaba volviendo loco, y pensé…

«No es la primera vez que nos acusan de algo así», había dicho Lloyd. Ada había dado por hecho que se referían a Louise, al encierro al que la habían sometido en Hammersmith, pero… «Fue la Orden las dos veces. Se hicieron pasar por miembros del comité para encerrarlas… A Thackeray, a ella y sabe Dios a cuántas más».

—He pasado todos estos años creyendo que hice lo correcto. Que, gracias a mí, había una mentirosa menos en el mundo, una embaucadora que merecía acabar entre rejas. Por eso decidí dedicarme al estudio de lo paranormal. —Cada palabra hacía que a Thorne se le tensaran más los músculos del cuello—. Esta mañana, cuando supe lo que había pasado en realidad, deseé que una bomba nos reventara a todos.

Cuando por fin miró a Ada, sus ojos estaban inundados.

—Espero que estés disfrutando. —Se esforzó por sonreír—. Sé que te morías de ganas de verme así. Supongo que me ocurriría lo mismo en tu lugar.

—No digas tonterías. —Ada dejó el cartapacio—. Thorne, lo siento muchísimo, de verdad. Si hubiera sabido algo de esto, habría sido menos dura contigo…

Su risotada de incredulidad atrajo miradas escandalizadas.

—¿Te estás disculpando tú? ¿Después de cómo me he comportado contigo? ¿Porque todo mi sistema de creencias se basaba en que erais unas mentirosas?

Lo había perdido todo, comprendió Ada, mucho más que su brújula moral. Los cimientos de su pasado, su trabajo en la Orden, sus proyectos…, su hogar.

«Cuando escapamos de Worthington Hall, dijo que su casa sería el primer sitio en el que Scotland Yard lo buscaría. La Orden hará lo mismo. Morland nunca le perdonará por esto. Ha cruzado demasiadas líneas rojas… y sabe demasiado».

Y todo había sido por ayudarla. Por salvarla dos veces seguidas.

—Quédate con nosotras cuando acabe todo —dijo de repente, y se estiró para agarrar su mano—. Con mis compañeras, mis alumnas y conmigo.

Su contacto pareció sorprenderlo casi tanto como sus palabras.

—Tenemos sitio de sobra en casa. Demasiado, de hecho.

—Muy graciosa, Chapman. Estaba dudando entre eso y Buckingham Palace.

Por sarcástico que fuera su tono, la expresión con que se quedó mirándola, con los ojos aún empañados, hizo sentir a Ada un arrebato de compasión.

—Hablo en serio. —Apretó sus dedos—. Te recuerdo que, con lo de hoy, me has salvado el cuello dos veces. No se me ocurre mejor modo de agradecértelo.

—¿Y qué pintaría un cazador de médiums en tu academia?

—Un investigador de lo paranormal en una de las instituciones

espiritistas más importantes. Se me ocurren pocos sitios más adecuados.

—Solo te causaría problemas. La Orden lo descubriría.

—Pues Morland se encontraría con más enemigos de los que estará interesada en buscarse. Te aseguro que, cuando sepa lo que ha hecho, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas cerrará filas a nuestro alrededor. —Ada se encogió de hombros—. Y, sí, me causarías problemas, pero la especialista en eso soy yo.

—No hace falta que lo jures —resopló él—. Pero me cuesta imaginar un mundo en el que mis problemas, mis demonios, se llevasen bien con los tuyos.

Sus dedos seguían entre los de ella, tan inertes como los de una estatua, pero a Ada le parecieron la única fuente de calor del subterráneo.

—Soy un cobarde, un mentiroso y una mala persona; no hace ni una hora que me lo has dicho —añadió Thorne—. Y te he hecho cosas horribles.

—Bueno, no todo ha estado mal. He tenido parejas de baile peores.

Algo brilló en sus ojos azules, un destello entre exasperado y divertido. Mientras se observaban en silencio, su pulgar se deslizó sobre los nudillos de ella en algo que no era una caricia, no del todo. Tan tenue como una sombra en la pared.

—Eres demasiado buena para este mundo de mierda, Ada.

Otro torrente de personas irrumpió en el andén (los bombardeos, al parecer, se estaban desplazando hacia Lincoln's Inn), pero ni siquiera alcanzaron a oírlos. Esta vez fue Ada la sorprendida, tanto que Thorne preguntó:

—¿La escena del tuteo es un punto de inflexión en tus novelas?

—No tanto como la escena en que el héroe deja caer su escudo.

—Ada se puso en pie, sujetando aún su mano—. Y, entonces, la heroína descubre que quizá, por mucho que la haya sacado de quicio, no es tan insoportable como imaginaba.

Se acercó más, haciendo crujir los cartones, y se sentó a su lado.

—Que quizá solo se siente perdido, como ella. —Se apoyó también en la pared—. Y que ha dedicado tantos esfuerzos a acorazarse que no sabe vivir sin una armadura.

—Qué héroe más imbécil —comentó Thorne—. No me extraña que la heroína esté harta de aguantarlo. —Y, tras unos segundos, repitió —: Ada.

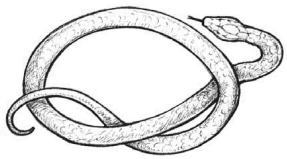
Pronunció su nombre como una palabra extranjera. Un conjuro.

—Aún les queda mucha novela por delante…, Alabaster.

Él giró la cabeza, ella hizo lo mismo y durante un rato se limitaron a mirarse, los únicos ocupantes de un bote salvavidas rodeado por un océano de náufragos.

Sobre sus manos enlazadas, el cielo seguía ardiendo en llamas.

CAPÍTULO XXXIX



Hasta que Annabel no la llamó por su nombre, Florence no recordó que se suponía que tenía que leerles el libro. El grabado de Deirdre despidiéndose de la *sídhe* la había hipnotizado tanto que dejar de observarlo casi le supuso un esfuerzo físico. Aun así, se aclaró la garganta sintiendo los ojos de los tres espíritus sobre ella.

Cuentan que hace doscientos años, en una pequeña aldea al pie de la colina de Lisnavoura, vivió una mujer llamada Deirdre MacDonnell a la que sus vecinos tenían por una sabia, pero la historia recordaría como una bruja.

Se decía de ella que poseía dos dones: el de la palabra, aunque casi nunca dejaba leer sus poemas a nadie, y el de descifrar los secretos de la naturaleza. Solía dedicarse a ambas cosas a la vez, mientras recogía las hierbas para sus hechizos y remedios en el bosque. Y fue en uno de esos paseos, al adentrarse en un claro rodeado de espinos, cuando se encontró cara a cara con una señora de los *sídhe*.

Apareció como si la hubiera engendrado la misma niebla, sombría como la muerte y casi igual de irresistible, y las dos se observaron en silencio.

«Estaba buscando campanillas y madreselva», dijo Deirdre.

Cualquier otro humano se habría echado a temblar, pero ella había crecido

oyendo rumores acerca de la buena gente. Les hacía ofrendas cada día, conocía los sitios en los que moraban. Sabía que aquel bosque era uno de ellos.

«Una de mis vecinas se encuentra en una situación comprometida —siguió diciéndole a la *sídhe*—. Necesita una pedida de mano con urgencia».

«Yo también buscaba algo —dijo esta—, y creo que lo he encontrado».

Los conocidos de Deirdre nunca se pusieron de acuerdo sobre lo sucedido aquella tarde: algunos aseguraron que la *sídhe* la raptó, otros que la muchacha decidió seguirla por su propia voluntad. Sea como fuere, la criatura se la llevó con ella y, una vez en su mundo, Deirdre olvidó todo lo que había dejado atrás: el esposo al que había jurado fidelidad, el niño al que aún no había destetado, su hermana pequeña, sus padres..., incluso su apellido. Porque la *sídhe* la amaba y, comparada con lo que había conocido hasta entonces, aquella devoción brillaba como una luz en la niebla desdibujando todo lo demás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Florence de repente.

La mirada que intercambiaron los Rosenfield la había hecho detenerse.

—¿He dicho algo que les haya llamado la atención?

—Es solo que… conocemos ese concepto —contestó Annabel.

—Solo que aplicado al Asfódelo, no al mundo *sídhe*. —Su marido carraspeó—. Los espíritus describen así a las médiums, como faros rodeados por la niebla.

—Una bonita metáfora, pero dudo que tenga que ver con esto —dijo Edith.

Como ninguno de los dos añadió nada, Florence continuó:

Pero el tiempo, en el Tír na nÓg, transcurre de manera extraña y lo que Deirdre tomó por unos días fueron, en realidad, años. Hasta que una noche, a su regreso del mundo de los humanos, uno de los sirvientes de la *sídhe* la

informó de que su esposo, un hombre maduro para entonces, estaba a punto de morir.

Al escuchar aquello, los sentimientos que casi se habían evaporado de su hechizado corazón regresaron con más fuerza que nunca. Deirdre sabía que no era demasiado tarde, que con su sabiduría podría salvar a su marido, de modo que le suplicó a la *sídhe* que le permitiese regresar a la superficie.

«Si tuviera alma, me la habrías roto en pedazos», contestó esta.

De todos los humanos de los que se había encaprichado (y habían sido muchos, porque era tan anciana como los túmulos, casi tanto como el universo), ninguno le había sido más querido ni había significado tanto para ella.

«No servirá de nada —dijo a Deirdre—. Su destino está escrito».

«Pero tú tienes el don de traer de vuelta a quienes ya han partido —contestó la muchacha—. Compártelo conmigo, permite que lo use para devolverlo a la vida y, como yo sí tengo alma, te juro por ella que algún día regresaré a ti».

En los ojos de la *sídhe* relucieron milenios y milenios de sabiduría.

«Un pacto con la buena gente —le recordó—, no se puede romper. Estarás atada a tu promesa toda la eternidad. Incluso después de morir».

«No me importa —contestó Deirdre sollozando—, no me importa».

«Sea pues», respondió la *sídhe*, y le tendió la mano.

Cuando sus dedos entraron en contacto, la descarga de energía que atravesó la piel de Deirdre la hizo gritar. Era como la electricidad de una tormenta, como una riada haciendo añicos una presa. Un poder que no era humano.

«Una vida con tu amante mortal a cambio de una eternidad conmigo. De ahora en adelante, cada gota de tu sangre me pertenecerá…».

Otra explosión resonó sobre ellos haciendo temblar las estanterías.

—Déjalo ya, Florence —insistió Rosenfield—. Seguiremos en el

sótano.

—Pero ¿qué ocurrió después? ¿Deirdre cumplió su promesa?

—Según August, murió en la hoguera, así que supongo que no. —Edith se cruzó de brazos—. La ejecutaron antes de poder regresar al otro plano.

«Pero la *sídhe* le advirtió que ni siquiera la muerte anularía un pacto así». Al mirar de nuevo el grabado (el momento de la despedida, dedujo Florence), volvió a fijarse en la niebla que parecía brotar de la criatura. Fue inevitable compararla con la que había escapado del espejo… y con las manos que habían tirado de Lucy.

«Ella no debería estar en este lugar», había dicho la mujer del reflejo.

—Cuando le pregunté a mi tío por mis visiones —el nudo de la garganta hacía que le costara hablar—, me dijo que los espejos son ventanas abiertas al Asfódelo para las médiums catoptromantes…, pero que pueden dar a otros planos.

También había niebla en el claro del bosque que había visitado, envolviendo como sudarios a los cuerpos atrapados en los árboles. «Ese lugar en el que estuve, en el que me encontré con la mujer…, ¿era el Tír na nÓg de los *sídhe*?».

—Eso me recuerda a algo —oyó decir a Edith.

A Florence, por una vez, le pareció más confusa que escéptica.

—Cuando la falsa condesa trató de estrangular a Ada, le dijo algo muy raro: «No sabe nada de la muerte, Chapman, ni de lo que hay justo al lado».

«Mi tío tenía razón, es otro plano», se aterró Florence, y recordó lo que había dicho Aurora: «Es una dimensión paralela de juventud y prosperidad eternas».

—Y luego añadió: «La está esperando también» —dijo Edith.

—¿A Ada? —se extrañó Rosenfield—. ¿Qué tiene que ver con ella?

—Le pidieron investigar el asunto de Roy por ser la única médium a bordo del Titanic —dijo Annabel a media voz—. De algún modo, eso la… involucró.

—¿Entonces Méav MacDonnell es descendiente de Deirdre MacDonnell? —Rosenfield señaló el grabado—. ¿La criatura con la que pactó la siguió hasta el barco?

—¿Recuerdas lo que nos contó la señora Wildingham, Victor? Dijo que Roy y su madre parecían estar huyendo. Ella sospechaba de un marido, pero…

En ese momento, algo interrumpió a Annabel, un rumor de voces en el piso de abajo seguido por un apresurado correteo. Florence apartó los ojos de *Paseando entre los túmulos* mientras los espíritus aguardaban en silencio.

—Las chicas habrán subido del sótano —dijo Edith pasado un instante, aunque no sonó muy convencida—. Son incapaces de hacer caso a…

—Ah, así que aquí está la que nos faltaba.

Cuando Florence se volvió, no pudo contener un grito: un hombre joven, con el cabello aún más claro que Thorne, la observaba desde el corredor.

—Sentimos el destrozo de la ventana —saludó mientras daba unos golpecitos en el marco de la puerta—, pero no nos lo habéis puesto fácil con ese cerrojo.

—Evans, vaya abajo con los demás —ordenó Rosenfield.

Edith, por primera vez, no le llevó la contraria. En cuanto se marchó, Florence reconoció los ruidos de abajo: pasos precipitados por el vestíbulo, una palabrota de Jia, una maldición. «¡Esta zorra acaba de morderme!».

No tenía muy buena memoria para las caras, pero estaba segura de que eran los mismos que las atacaron más allá de la verja de la

academia. «Los asesinos de Lucy».

—No…, no se acerque —consiguió decir.

Cuando dio un paso atrás, chocó con el escritorio y una pila de libros, los últimos que Annabel había consultado antes de morir, rodaron hasta el suelo.

El joven los observó con una sonrisa antes de mirarla.

—¿O qué? —preguntó—. ¿Me golpearás con uno de esos?

—Gri… Gritaré —balbuceó Florence—. Con todas mis fuerzas.

La sonrisa del desconocido se convirtió en una risotada.

—Tanto que me oirán en… la Oficina de Guerra.

Él se aproximó más, pisando dos de los libros, y Rosenfield gruñó.

—Tiene una sede en esta misma calle. —Florence echó un vistazo al escritorio, cada vez más angustiada, antes de agarrar lo primero que vio, el pisapapeles de cristal de Murano—. ¡Lo digo en serio —levantó la mano—, no se atreva…!

—Pues a la Oficina de Guerra no le vendría mal presenciar esto.

La voz de Edith resonaba en el piso de abajo, aunque apenas se la oía por culpa de los rugidos de Jia. Hubo un portazo, unos golpes sordos, gemidos…

—Si se enteran de que me has plantado cara, dejarán que las señoritas se alisten y, a lo mejor, empiezan a tener posibilidades de vencernos.

«Son alemanes», comprendió Florence, pero no pudo contestar: el joven rodeó el escritorio y, en un acto reflejo, le tiró el pisapapeles a la cara.

Cuando lo desvió con el brazo, se estrelló contra el suelo del corredor, donde se rompió en pedazos. Florence se encogió contra las cortinas, tapándose la cara, pero el muchacho se paró cuando estaba a punto de alcanzarla.

Solo cuando se atrevió a mirar entre sus dedos supo por qué.

—Florence. —Annabel se había detenido detrás del joven, cuya expresión era de estupor absoluto, y su mano derecha sobresalía de su pecho—. Vete.

Él boqueó como si le faltase el aliento. «¿Qué?», susurró Florence.

—Annabel… —dijo Rosenfield con los ojos muy abiertos.

—¡Vete! —El muchacho se llevó una mano al pecho, atravesando la del espíritu, mientras la ropa se le cubría de escarcha—. ¡Ahora! —gritó Annabel.

Fue su tono de voz, más que sus palabras, lo que la hizo reaccionar. Florence corrió hacia la puerta y derribó una butaca mientras el alemán jadeaba.

—Annabel, ¡déjalo ya! —insistió Rosenfield—. ¡Lo vas a…!

—*Mein Gott* —susurró el joven mientras Annabel sacaba la mano.

Cuando ella se apartó, permaneció de pie unos segundos, con la mirada clavada en el escritorio, antes de apoyarse en él. Casi todo su chaleco estaba congelado.

Jia había dejado de dar voces; ahora era Florence quien lo hacía.

—¿Qué…, qué le pasa? —preguntó Annabel mirando al muchacho.

La cara se le estaba poniendo casi tan blanca como la ropa.

—Victor —Annabel se arrimó a él, aterrada—, ¿qué…?

—El corazón —dijo su marido—. Creo que le has hecho algo.

El alemán dio un paso atrás, tambaleándose, y chocó con una mesita.

—¡Solo quería asustarlo! —La delicada lámpara Tiffany se hizo añicos sobre la alfombra. «*Mein Gott*», dijo de nuevo—. ¡Ganar tiempo para que Florence…!

Pero esta parecía haber corrido la misma suerte que sus amigas. «¡Señorita Evans! —se la oía vociferar entre los forcejeos de abajo—, ¡señorita Evans!».

Y entonces, con un último tambaleo, el muchacho se derrumbó.

Cayó sobre las esquirlas de colores de la lámpara, pero no soltó ni un gemido; ya estaba muerto antes de clavárselas. Los dedos con los que había aferrado su chaleco se aflojaron poco a poco mientras los espasmos le abandonaban.

—No… —murmuró Annabel. Dejó de mirar sus propios dedos, temblorosos en la penumbra del despacho, para observar al chico—. No…

Tenía la cara vuelta hacia ella, pero sus ojos se habían apagado.

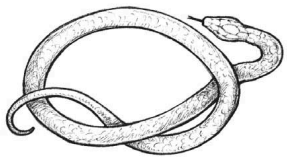
—Victor, yo no… —siguió diciendo Annabel—. Yo no pretendía…

Pero su susurro, de repente, se convirtió en un grito de dolor.

Fue como si su cuerpo estuviera hecho de humo y una corriente del exterior lo hiciera temblar. Sus contornos se estremecieron, su silueta se volvió más y más traslúcida y, antes de que Rosenfield pudiera hacer otra cosa que extender una mano, se disolvió con un «¡Victor!» que apenas pudo oírse.

Un momento después, no quedaba nada de ella.

CAPÍTULO XL



Comparado con el estrépito de las sirenas antiaéreas, el silencio que encontraron al salir de la estación de Aldgate fue una bendición. Para entonces, la noticia de que el zepelín había sido abatido (algunos decían que sobre Great Burstead, otros que sobre Hertfordshire) comenzaba a propagarse aún más rápido que las hogueras.

—Esto, en cambio, continúa inmaculado —comentó Ada después de caminar casi una hora hasta Albemarle Street—. Es como si una burbuja lo protegiera…

—Claro, la burbuja Sajonia-Coburgo y Gotha —bufó Alabaster.

Las calles seguían sumidas en la penumbra y, como los coches tampoco tenían permitido encender los faros, parecía haber accidentes en cada encrucijada.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver la familia real…?

—El rey es primo del káiser, así que no querrá arriesgarse a que le suceda nada. Apuesto a que ha ordenado no soltar ni una granada más allá de Piccadilly.

—Qué bien, unos bombardeos tan democráticos como el reparto

de botes en el Titanic. —Ada se detuvo al verle hacer una mueca de dolor—. ¿El pie?

—La frente. Tus chicas y su gárgola han dejado una profunda huella en mí.

El recuerdo de cómo lo había encerrado en el desván, sin preocuparse por las secuelas de aquel golpe, hizo que Ada se sintiera abochornada por la culpa.

—No hace falta que te fustigues —dijo Alabaster—. Vi que tenías láudano en el armario del baño, así que me las apañaré con eso. Cuanto antes estemos…

—Mejor deja que me asegure de que no te vas a morir. —Lo obligó a sentarse en un escalón—. Me harías la vida aún más imposible como alma en pena.

Al echarle el pelo hacia atrás, vio que la hinchazón había disminuido, aunque seguía luciendo un moratón considerable. Le llevó unos segundos darse cuenta de que, mientras examinaba su magulladura, Alabaster la observaba con una expresión que le hizo acordarse de cómo le había curado el brazo el día anterior.

—Perdón por mi apestoso perfume a violetas de Devonshire.

Volvió a dejar que los mechones rubios resbalaran sobre su frente.

—Nunca he dicho que fuera apestoso.

—Dijiste que mi camarote del Titanic apestaba.

—Porque te echaste unos seis litros encima antes del naufragio.

—Menuda exageración. Solo se me fue un poco la…

—Era como entrar en una perfumería de Burlington Arcade.

—Quería oler bien esa noche, idiota —espetó Ada—. Por ti.

El silencio que descendió sobre ellos pesaba más que un zepelín.

—Y no quieras saber dónde me lo di —añadió de mal humor.

—En eso también me fijé. —Una media sonrisa apareció en los labios de él—. Aunque no me entretuve en esos territorios tanto

como me habría gustado.

—Pues menos presumir de «te haría esto y lo otro y lo de más allá» si después no piensas cumplirlo. Está visto que a los hombres se os va la fuerza por la boca.

La sonrisa de Alabaster se volvió aún más oscura, pero Ada creyó percibir una nueva calidez en ella…, como de terciopelo negro. «Socorro».

—¿Así va a ser nuestra convivencia, arañita? ¿Pretendes pasarte los días y las noches provocándome hasta que el asunto se nos vaya de las manos?

—Que no me llames «arañita». —«No dejes de llamármelo nunca»—. Y no se nos irá de las manos porque los dos sabemos que eso… lo estropearía todo.

—Si es que existiera una sola cosa que pudiese ir a peor.

La voz de Edith arrancó a Ada de una ensoñación sobre encontronazos en los corredores de la academia, incluido uno que implicaba toallas mal ajustadas.

—Oh, por el amor de Dios, ¿qué haces tú aquí?

—Os he visto doblar la esquina. —El espíritu acababa de materializarse junto a ella—. Pero parece haberse quedado una noche estupenda para charlar.

—Es Edith —explicó ayudando a Alabaster a incorporarse.

—Lo habría deducido sin que me dijeras nada. —El joven sacudió una manga de su abrigo—. Estoy sintiendo unos cien cuchillos invisibles clavados en mí.

—Se queda corto —repuso Edith—. Son cuatrocientos.

—Dice que te está muy agradecida por sacarme de la Orden, por traerme sana y salva a casa y por asegurarte… —Ada se detuvo poco a poco—. Un momento. —Se apartó de la esquina en la que se habían detenido—. ¿Eso no será…?

—Pues sí —contestó Edith—, justo lo que estás pensando.

Había dos coches estacionados en Albemarle Street…, justo delante del número 23, aunque ninguno pertenecía a la Oficina de Guerra.

—Dime que no es verdad. —Ada no necesitó ninguna farola para reconocer el emblema de Scotland Yard—. Que no han venido a detenernos.

—En realidad, no están aquí por vosotros, pero no es un consuelo.

Al correr hacia allí, Ada descubrió que la puerta se hallaba abierta y una silueta conocida, la única que no vestía de uniforme, esperaba en el umbral.

—Dios, Ada —profirió Nathan—, por fin apareces.

—Mi casa… —Pudo ver, a espaldas de su amigo, cómo cuatro agentes iban de un lado a otro del vestíbulo—. Nathan —lo miró—, ¿qué…?

—Eso quería preguntarte yo, qué demonios estabas haciendo.

—El ataque me pilló en la otra punta de la ciudad… Solo pensaba ausentarme unas horas, pero la cosa se complicó por algo más que el zepelín.

—Y que esta tarántula estuviera cerca no habrá tenido nada que ver. —Nathan fulminó a Alabaster—. No sé ni cómo se me ocurriría lo contrario.

«Por fin alguien con sentido común», comentó Edith, pero Ada ya había subido a toda prisa los peldaños. Cuando irrumpió en el vestíbulo, uno de los policías dejó de tomar notas y los otros tres interrumpieron su conversación.

—Tranquila, me estoy haciendo cargo de lo de los Worthington —dijo Nathan en voz baja—. Cuando llegué a casa, poco antes de que empezase el bombardeo, la señora Shaw me avisó de que habías llamado. Solo tuve que sumar dos y dos.

—¿Por eso no viniste antes? ¿Porque pasaste la noche fuera?

A Ada le costó ocultar el desconcierto que le produjo imaginárselo durmiendo en casa de otra persona. «Bueno…, ya era hora de que pasase página».

—Lo de la condesa fue cosa mía —dijo Alabaster—. Estaba ahogándola.

—No me haga tomármelo como una confesión formal, Thorne, porque no me faltan ganas de ponerlo una temporadita a la sombra —le advirtió Nathan.

—¿Dónde está Roy? —inquirió su amiga—. ¿Y mis chicas?

—Ada, no hay nadie en la casa. La hemos registrado de arriba abajo.

Los nervios que la invadían se convirtieron en pánico.

—Vine con mis hombres después de que una secretaria de la Oficina de Guerra informase de unos ruidos de pelea —continuó Nathan—. No parecen haber robado nada, pero una ventana estaba rota, había señales de forcejeos en este piso y el de arriba… —Señaló en dirección a la escalera—. Por no hablar de eso.

Cuando se volvieron hacia allí, Ada se cubrió la boca. Dos policías descendían con una camilla, pero su ocupante tenía una sábana por encima y la única parte que acertaron a distinguir, balanceándose a cada peldaño, fue una mano.

—Ada —dijo Alabaster, pero ya había echado a correr.

Mientras Nathan hablaba con sus hombres, se recogió el vestido para subir al primer piso, en el que no parecían quedar más agentes. Vio arrugas en varias alfombras, un cuadro caído…

—¡Milord! —Acababa de reparar en la silueta que permanecía de pie, como una escultura semitransparente, en medio del corredor—. Milord, ¿qué…?

—Ah —contestó Rosenfield en voz baja—, al menos tú estás bien.

Pudo oír cómo los pasos de Alabaster subían por la escalera.

—Estábamos en un refugio antiaéreo… El bombardeo… Milord —Ada apuntó con un dedo tembloroso hacia atrás—, ¡acabo de ver cómo bajaban un cadáver!

—Lo sé. —Rosenfield guardó silencio—. Lo mató Annabel.

—¿Cómo que lo...? —empezó a decir Ada, pero su mirada le congeló la sangre. Tenía una expresión que nunca habría imaginado ver en él, la de un hombre que acaba de despertar de una pesadilla solo para encontrarse atrapado en otra.

—Unos hombres entraron de repente, mientras estábamos en el despacho, y se llevaron a Aurora, Jia y Roy. Cuando quisieron hacer lo mismo con Florence, Annabel trató de impedirlo atravesándole el pecho a uno con una mano. Solo quería asustarlo para que Florence pudiera escapar, pero el chico debía de tener problemas cardiacos: sufrió un infarto y, en cuestión de segundos, murió ante nuestros propios ojos… —Rosenfield tragó saliva—. Y Annabel desapareció.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo que… desapareció?

—¿Sabes lo que les sucede a los espíritus que hacen daño a los vivos?

Ada se alegró de que Alabaster, que se había detenido tras ella, la agarrara de un codo: sentía cómo las rodillas le flaqueaban. «No puede ser».

—Grendall y Hobbes dicen que… se quedan atrapados en el Asfódelo…

—Convertidos en los más condenados de los condenados —dijo Rosenfield— por haber cometido el peor crimen de todos, el más imperdonable.

«No, no puede ser». Ada estaba tan horrorizada que ni siquiera pudo pensar en lo irónico que era que su maestra, la persona más obsesionada con las normas de todo el universo, acabara

quebrantando una así. «La señorita Lovelace, no».

—Milord, necesito que hablemos. Vaya a buscarla y…

—Es imposible establecer esa comunicación. Estáis en planos distintos.

—Pero ella me explicó que, cuando dormimos, nuestras consciencias vagan por el Asfódelo, por eso usted la visitaba en sueños. Si lo hace conmigo…

—Ada, no puede. —Edith acababa de reaparecer—. Ha perdido la capacidad de saltar de una dimensión a otra. Es como una náufraga en una isla.

En el piso de abajo, Nathan hablaba con sus agentes, pero Ada ya no les oía. El horror le inundaba la cabeza como una sirena antiaérea.

—Voy a sacarla de allí —declaró Rosenfield—, aunque sea lo último que intente. No sé cómo lo voy a conseguir, pero lo haré. Sé que lo haré.

—Es… Es culpa mía —dijo Ada—. Todo lo que ha pasado lo es.

Le ardía tanto la garganta que cada palabra parecía un puñado de fuego.

—No debería haberlos traído de vuelta. Heather me lo advirtió, y hasta Jia… Lo he hecho todo mal. —Las lágrimas le cayeron por la cara—. Otra vez.

—Es demasiado tarde para eso. —Hasta que Alabaster no apoyó una mano en su hombro, Ada no entendió que solo debía haber oído parte de la conversación. Aun así, debía de haber deducido lo esencial—. Lo que urge ahora mismo es dar con esos secuestradores antes de que consigan abandonar el país.

—Por una vez en mi vida y en mi muerte, estamos de acuerdo —dijo Edith—. Voy a rastrear los alrededores por si siguieran cerca, aunque lo dudo…

—Y yo me voy al Asfódelo —dijo Rosenfield—. Llámame si quieres algo.

Y, como dos sombras disueltas por la luz, se desvanecieron.

—Ada. —El abrigo negro de Alabaster, empapado por la lluvia, apareció ante sus ojos. Le había agarrado también el otro hombro—. Dime qué necesitas.

De todo lo que podría haber dicho, aquello era lo último que habría esperado de él. Nada de «deja de actuar como una histérica» ni de «ya no sirve de nada arrepentirse» ni de «te pones feísima cuando lloras». Solo «dime qué necesitas».

—Dímelo y haré lo que esté en mi mano. Sé que te has acostumbrado a cargar con todas las responsabilidades, pero ni siquiera tú puedes con tantas. Debe de existir algo que… —Alabaster se detuvo poco a poco—. ¿Qué pasa ahora?

—Hay alguien aquí —susurró Ada—. En este mismo piso.

Mientras él la sujetaba, había captado una resonancia inconfundible al otro lado del corredor. Un aleteo como el del aire colándose entre unas cortinas.

—¿Un tercer fantasma? ¿Por qué no te lo han dicho Edith y Rosenfield?

—Los espíritus no siempre pueden percibirse unos a otros. Pero este…, este es reciente —Ada se escurrió entre sus brazos— y creo que sé quién es.

Caminó hasta la última puerta, todavía con la garganta encogida, pero se detuvo cuando algo crujió bajo su pie derecho. Estaba roto en tantos fragmentos que tardó en reconocerlo, era el pisapapeles de cristal de Murano de la señorita Lovelace.

La resonancia era mucho más intensa ahora. Cuando empujó la puerta, encontró el despacho de su maestra tan revuelto como el corredor: la butaca estaba volcada, la lámpara Tiffany rota en

pedazos, varios libros tirados por el suelo…

Y en medio, tan quieto como Rosenfield, había un muchacho al que no conocía. Corpulento, con el pelo rubio ceniza y vestido con un traje gris.

—*Ich glaube ich bin tot* —dijo como hablando consigo mismo.

Su silueta todavía era muy nítida; debía de llevar poco tiempo muerto.

—*Ich sollte nicht tot sein.* —Sus ojos, también grises, parecían perdidos entre los arabescos de la alfombra—. *Ich hätte nach Hause zu meiner Mutter gehen sollen.*

—Lo siento, pero no le entiendo… ¿No habla inglés?

Daba igual que aquel chico hubiera irrumpido en su casa, incluso que la hubiera puesto patas arriba, el agobio con el que se quedó mirándola le dio una pena tremenda. «Eres demasiado buena para este mundo de mierda», había dicho Alabaster.

—Me prometieron que sería un trabajo fácil. Que lo único que importaba era coger al mocoso, que el general estaría en deuda con nosotros…

«Tenía acento», había asegurado Lucy al hablar de su asesino.

—Esa cosa, el ser invisible que me mató… —Se palpó el pecho observando de nuevo la alfombra. Ada se preguntó si habría fallecido encima—. Creo que fue un accidente —continuó—. Que no pretendía hacerlo.

—No —murmuró Ada—, y estoy segura de que lo siente.

Cuando la miró, vio que tenía los ojos rojos. «Ha estado llorando».

—Sé que sus colegas se los han llevado. A todos los que estaban aquí.

—Queríamos al niño, es… Es lo que nos ordenaron.

Los policías debían de haberse marchado, porque no se oían más voces, solo los pasos de Nathan subiendo por la escalera. «¿Sigues

ahí, Ada?», la llamó.

—¿Quién lo ordenó? ¿Ese general del que habla? —Pero, como el chico no dijo nada más, Ada dio otro paso hacia él—. ¿A dónde se los han llevado?

Nathan se acercaba por el corredor. El espíritu miró hacia la puerta, miró de nuevo a Ada y, en un tono aún más bajo, respondió: «A Courcelette».

Nada más hacerlo, su silueta empezó a cambiar. Sus contornos se desdibujaron, su ectoplasma perdió su corporeidad y sus manos se volvieron transparentes.

—¿Ahora sí? —Flexionó los dedos, incrédulo—. ¿Me marcho?

—Eso creo —contestó Ada—. Si le quedaban cuentas pendientes, las acaba de saldar. Un solo acto heroico puede pesar más que una vida entera de cobardía.

«*Möge Gott sie segnen*», murmuró el joven, y se esfumó del todo.

—Se ha ido —dedujo Alabaster. Ada se dio la vuelta—. No he podido verlo. —Se guardó el revólver—. Pero hace mucho menos frío de repente.

—No sabes cómo me alegro de que por fin me creas. —Ada se frotó la cara con cansancio—. Ha dicho que se llevan a los chicos a… Courcelette, creo.

—Eso está en Francia. Detrás de las trincheras alemanas.

«Lo ha organizado el ejército del káiser». Tenía tan claro lo que estaba pensando como debía de tenerlo Alabaster con respecto a ella. «Por supuesto que quieren a Roy, pero no para estudiar lo que hace. Lo quieren como un arma».

—Antes te ofreciste a ayudarme, pero esto… no te lo puedo pedir.

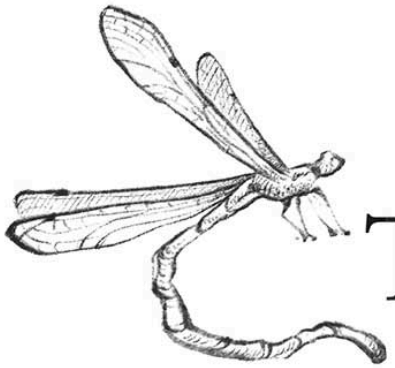
—Porque es una idea horrible, un plan absurdo y precipitado, una operación que, probablemente, nos acabe matando —dijo Alabaster —, como poco.

Los pasos de Nathan se detuvieron ante la puerta del despacho.

—Como poco —asintió Ada, y lo miró—. Me alegra que estés aquí.

—¿Has descubierto algo que se nos haya pasado por alto?

—En cierto modo. —El pisapapeles roto seguía en el suelo y Ada se arremangó el vestido para pasar por encima—. Nos vamos a la guerra.

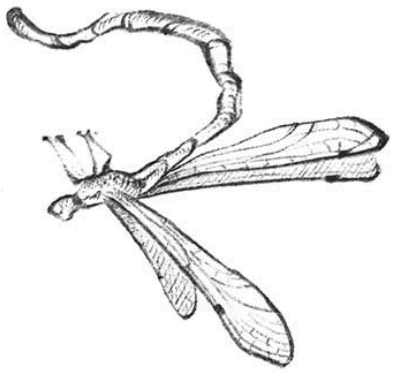


TERCERA PARTE

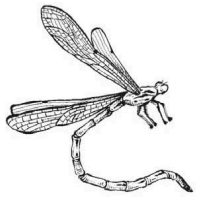
TIERRA DE NADIE

La guerra nos separó,
pero el destino nos unió
en un lazo inquebrantable.

MADELINE MILLER



CAPÍTULO XLI



—Por encima de mi cadáver —declaró Ada.

El puerto de Dover bullía como un hormiguero, convertido en un borrón caqui por la llovizna, y el barco destinado al transporte de tropas se alzaba ante ellos como una muralla. Faltaban unos minutos para que zarpase y el muelle retumbaba con las sirenas de los vapores y las bocinas de los camiones de suministro.

—Me da igual lo corto que sea el trayecto, no pienso subirme a eso. —Ada chocó con unos baúles al retroceder—. No podéis obligarme.

—Es por las chimeneas —le explicó Alabaster a Nathan con una de las bolsas de viaje en la mano—. Se parecen demasiado a las del engendro titánico.

—Pero ha sido idea suya, así que más vale que se decida —repuso Nathan—. Como no nos movamos, nos quedaremos en tierra.

Una marea de soldados, con sus mochilas a la espalda, sus rifles al hombro y sus gorras bien caladas, se apretujaba en torno a ellos avanzando hacia la pasarela. Sus uniformes seguían impolutos debajo de los abrigos, como los de unos soldaditos de plomo con los

que nadie hubiera jugado aún.

—Si lo que te contó ese fantasma es cierto, tus alumnas y Roy estarán a punto de llegar a Courcelette. ¿Cómo pretendías cruzar el Canal?

—De cualquier modo menos navegando. En globo, por ejemplo.

—Por supuesto, sería el colmo de la discreción.

—En un zepelín requisado a los alemanes.

—Para que te derribe el fuego amigo como al de ayer.

—Me colgaré de una cometa si hace falta, Nate, pero…

—Bueno, ya es suficiente —interrumpió Alabaster mientras cogía su bolsa—. Como sigamos así, Alemania habrá ganado la guerra antes del té.

«Espera, ¿qué vas a...?», pensó Ada, pero él la levantó en volandas, se la echó al hombro y, sin hacer caso a sus pataleos, se dirigió a la pasarela.

—Ah, no, ¡ni se te ocurra! —Se retorció para soltarse, pero no sirvió de nada—. ¡Bájame ahora mismo o te juro que…! Santo Dios, ¿cuánto mides?

—Usted es un pobre lisiado para lo que quiere, ¿eh? —replicó Nathan.

—¡No vas a llevarme de aquí para allá como si fuera un saco de patatas! ¡He dicho que no pienso subirme a esa cosa! —Ada estiró un brazo cuando se le cayó el sombrero—. Alabaster. —Le golpeó los hombros—. ¡Alabaster…!

—¿Alabaster? —repitió Nathan con el ceño fruncido.

—Estamos en un momento precioso de nuestra relación. —El joven se volvió hacia él sin dejar de caminar por la pasarela—. En contra de todos los pronósticos, hemos decidido postergar lo de matarnos el uno al otro.

—De repente, no lo tengo tan claro —masculló Ada.

Puede que el vapor fuera más pequeño que el Titanic, pero su angustia cuando Alabaster la bajó por fin, en un rincón despejado de la cubierta, la hizo aferrarse a la barandilla. Tampoco ayudó que el Canal estuviera tan embravecido, revolviéndose bajo la metralla de la lluvia, ni que el barco se balancease como una cáscara de nuez.

Los acantilados de Dover parecían montañas blancas en la distancia. «No son icebergs», pensó cuando el nudo del estómago se convirtió en náuseas.

—Si vas a vomitar, que sea hacia fuera —le advirtió Nathan.

—La heroína que necesitan en el frente occidental. —Cuando Ada le asestó un empujón, Alabaster suspiró—. Voy a buscarte agua.

«Daría una mano a cambio de que fuera algo más fuerte», pensó mientras lo veía perderse entre los soldados. Nathan dejó escapar un gruñido.

—Sigo sin fiarme de él. ¿Qué crees que estás haciendo, Ada?

—Ahora mismo, esforzarme por no echar hasta la primera papilla.

—Sabes a qué me refiero. ¿Qué es este coqueteo indecente con Thorne?

Ada dio un paso atrás cuando una ola rompió contra el barco.

—En primer lugar, no es coqueteo, es compañerismo. Antes te ha dicho que hemos acordado un alto el fuego…, y es verdad.

—Nadie se metería de cabeza en el Somme, en el puñetero Somme, solo por un alto el fuego. —Nathan entrecerró los ojos—. Ese cretino trama algo.

—Y, en segundo lugar, tiene gracia que me pidas explicaciones a mí. Por callado que te lo tuvieras, ¿creías que no me enteraría de lo tuyo?

—¿De lo mío? —repitió su amigo.

—¿No piensas contarme quién es tu chica?

Él pareció aún más confundido, tanto que Ada suspiró.

—Se supone que tengo que dar mi aprobación. A mí también me encargó cosas la señorita Lovelace, así que no pienses en escaquearte.

—¿De qué demonios hablas, Adeline Chapman?

—Ayer no volviste a tu casa, pero llovía de lo lindo.

Un chispazo de comprensión brilló en los ojos de Nathan.

—Te quedaste a pasar la noche con alguien —continuó ella—, lo cual me parece estupendo, aunque bastante hipócrita teniendo en cuenta…

—Las únicas personas con las que pasé la noche, Ada, fueron seis caballeros del Crane a los que espero no volver a ver en la vida. Es uno de los clubes más exclusivos de Chelsea, un nido de víboras con títulos nobiliarios.

—Pero… si nunca te han gustado esos sitios. ¿Por qué…?

—Porque el conde de Worthington es miembro del Crane.

Aquello casi consiguió que Ada se olvidara del oleaje.

—Vaya por Dios, y yo creyendo que habías encontrado el amor.

—Sabes perfectamente que ya lo hice. —Nathan bajó la voz mientras un grupo de soldados pasaba de largo—. La cuestión es que, entre botella y botella, conseguí tirar a esos milores de la lengua; resulta que el conde ha acumulado muchas deudas…, y, cuando digo muchas, quiero decir muchísimas.

—Nate, los Worthington están forrados. Tendrías que ver su casa, es…

Pero, nada más decirlo, Ada recordó algo que la hizo callarse.

«He oído cosas del conde, pero no demasiado buenas —había dicho su maestra en Highgate—. Suele apostar en las carreras de Ascot más de lo que debería».

—Su casa —repitió—. Los caballeros con los que me crucé.

«Seguro que no es tan catastrófico —había oído decir a Worthing-

ton en la escalera—. En cuanto se pongan al día, se les ocurrirá…». ¿El qué?

—El conde estaba con sus abogados ayer, cuando me dejaste en Worthington Hall. ¿Te acuerdas de ese Kipps que se encargó de lo de la academia?

—Sí, trabajaba para Rosenfield. Era tan estirado como cabría esperar.

El rencor con el que Nathan dijo aquello la hizo sonreír.

—Debían de estar hablando de algo importante, porque parecían preocupados. Cuando pregunté por la condesa, Kipps se calló como un muerto…

—Worthington no te permitió verla, ¿verdad?

—Trató de colarme un cuento sobre unos parientes a los que estaba visitando, pero no tenía ni pies ni cabeza, todos siguen en Estados Unidos.

—Era un riesgo que no podía correr. —Nathan gruñó—. Tú la habías conocido como Calista Holloway, así que notarías que le pasaba algo nada más ponerle los ojos encima. Coincide con los rumores del Crane, los amigos del conde dicen que, durante los meses transcurridos entre el Titanic y la boda, Worthington se dio cuenta de que su prometida no era la misma, y no solo por el trauma del naufragio.

—¿Quieres decir que… sabía la verdad? ¿Que había estado muerta?

—Claro que lo sabía. —Alabaster regresó junto a ellos—. Por eso no permitió que Scotland Yard examinara su cuerpo antes del funeral.

—Sí, se negó a que le hicieran una autopsia. ¿Cómo sabe…?

—Me lo contó Morland cuando telefoneé desde Albemarle Street.

«Esto quiere decir que el deterioro cognitivo después de la

resurrección no es un proceso gradual». El perfil de la costa francesa había empezado a recortarse entre la lluvia. «Había algo raro en la condesa…, algo perturbador. Y el conde se dio cuenta, pero lo ignoró porque su supervivencia económica dependía de ello».

«Dios mío, ¿en qué clase de bestias se convierten los resucitados por Roy?».

—Ya se ve el puerto de Calais —señaló Nathan.

Una concentración de casitas, parecidas a las de un pueblo costero en miniatura, despuntaba tras las chimeneas de las embarcaciones amarradas.

—Mañana saldremos hacia Thiepval con los camiones —prosiguió Nathan—, pero os acompañaré un poco más allá, hasta Pozières.

—He leído acerca de ese lugar en los periódicos. —Alabaster tamborileó los dedos sobre la barandilla—. Estuvo en manos de los alemanes hasta hace poco.

Ada se obligó a apartar la mirada de sus dedos.

—El pueblo ha quedado arrasado, pero es uno de los enclaves más cercanos a Courcelette —explicó Nathan—. Hay diez divisiones atrincheradas entre británicos, franceses, canadienses y australianos, así que no llamaréis la atención.

—¿Nos permitirán entrometernos tanto siendo civiles? —dijo Ada.

—Conozco a un capitán que no hará demasiadas preguntas.

Los ojos de su amigo inspeccionaron a los Fusileros de Lancashire arracimados en la cubierta. No costaba distinguir a las últimas incorporaciones, muchachos recién graduados rebosantes de sueños caballerescos y entusiasmo patriótico; los veteranos, en cambio, guardaban silencio porque sabían a dónde regresaban.

—Se rumorea que el alto mando planea una ofensiva desde Pozières para los próximos días —continuó Nathan en voz baja—. Si Courcelette regresa a nuestras manos, también lo harán los rehenes,

incluidas tus alumnas.

Cuando uno de sus tenientes lo llamó, se apartó unos metros para hablar con él y Ada volvió a observar el agua, más cenicienta a cada minuto que pasaba.

—Dudo que veamos flotar hielo por aquí —dijo Alabaster.

—Ya lo sé. —Se aclaró la garganta—. Estaba pensando en las chicas.

—Si quisiesen hacerles daño, no habrían perdido el tiempo secuestrándolas. Las habrían despachado en el momento como hicieron con esa Trevellian.

—Florence estará de los nervios. Sus pobres dedos…

—Las pobres cabezas de los que tengan que soportar su cotorreo.

—Jia ya se habrá pegado con cuatro o cinco alemanes.

—Cuatro o cinco regimientos, querrás decir.

—Aurora estará… siendo Aurora.

—Y pensando en las calaveras que podrá usar de tinteros.

Por sarcástico que resultara su tono, sus esfuerzos por animarla eran tan obvios que a Ada la invadió un arrebato de agradecimiento.

—Si esa ofensiva es un fiasco, si se las llevan a Alemania…

—Entonces ganaríamos la guerra. —El viento cada vez era más frío y Alabaster le subió el cuello del abrigo—. ¿No presumen tanto de sus catedrales por allí? Seguro que hay gárgolas por todos los tejados. El káiser la palmaría en dos días.

En contra de su voluntad, Ada se echó a reír. «¿Y mi agua?», dijo después, y él, con una sonrisa ladeada, le tendió una petaca recubierta de fieltro.

—Increíble. —Ada se hizo con ella a la velocidad de la luz. Era aguardiente, tan fuerte que le quemó la garganta—. A veces eres un ser humano digno.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho… —Alabaster

entornó los ojos mientras la observaba beber—. De momento —añadió con malicia.

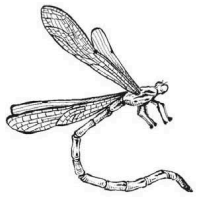
«Nathan tiene razón, esto es un coqueteo indecente».

—¿Es un reto, señor Thorne? —dijo, y le devolvió la petaca.

—Mmm. —Él bebió también sin dejar de mirarla—. Es un pálpito.

«Muy muy indecente», pensó Ada, pero alguien anunció que estaban a punto de llegar y tuvo que recordarse que Francia era un país en guerra; el desastre que reinaba tierra adentro ya era suficientemente grande sin añadir el de ellos dos.

CAPÍTULO XLII



«*Legen Sie sie dort hinein*», oyó decir Jia antes de que le quitaran el saco de la cabeza. Las últimas horas de carretera, tirada en la parte trasera de un camión, después de haberse pasado otras tantas navegando hacia la costa belga, la habían mareado tanto que casi cayó de bruces, pero consiguió mantener el equilibrio mientras Florence y Aurora, a las que también acababan de liberar, jadeaban junto a ella.

Estaban en una habitación de piedra que hedía a humedad, con un agujero por el que apenas entraba luz y media docena de soldados uniformados de gris.

—Santo Dios. —El alemán situado al frente, con una mejilla contraída por culpa de una cicatriz, sacudió la cabeza—. Si solo son unas niñas…

—Deberían haberse deshecho de ellas en alta mar, capitán Ecker.

Unos pasos resonaron a sus espaldas, tan pesados que el suelo pareció temblar, y Jia alzó la cabeza cuando una montaña humana se detuvo a su lado.

Otro oficial las observó a casi dos metros de altura; tenía el pelo

entreverado de canas, los bigotes más poblados que la muchacha había visto nunca y unos ojos que, pese a lo claros que eran, irradiaban una oscuridad aún mayor que la de la estancia. «Parece un calabozo», pensó mientras le quitaban un saco también a Roy.

—Serán los daños colaterales de los que nos informaron, mi general —el capitán Ecker se cuadró—, las colegialas que encontraron en casa de Chapman.

—Yo solo veo tres bocas que alimentar. Peor aún, que callar.

Condecoraciones en la pechera, bordados de oro en los hombros, una cruz negra bajo el cuello. La misma que adornaba los bombarderos enemigos.

—Soy el general Klingermann, miembro del Estado Mayor alemán, y tú —sus ojos atravesaron al niño— debes de ser Roy Bowie.

Comparada con la que les había dedicado a ellas, la atención con la que lo miraba hizo que Jia se sintiera como una hormiga. «El famoso Roy Bowie…».

—No parece gran cosa. —Cuando dio un paso en su dirección, Roy retrocedió y chocó con ella—. ¿Te ha comido la lengua el gato, mocoso?

—Déjelo en paz —contestó Jia—. No puede hablar.

Klingermann no pareció oírla. Había entrecerrado los ojos.

—¿Es imbécil? —le preguntó a Ecker—. ¿Retrasado mental?

—Que yo sepa, no, mi general…, aunque es cierto que…

—¡No hablen así de él! —los interrumpió Jia.

La mirada del general Klingermann hizo que se le helara el estómago.

—¡Roy está perfectamente! —Agarró al niño para arrimarlo a ella —. ¡Dejen de tratarlo como si fuera una especie de… cobaya de laboratorio!

—Enmudeció tras el naufragio del Titanic —añadió Aurora con

calma—. Mejor dicho, tras su resurrección, pero ustedes ya están al corriente de eso.

Florence, por su parte, guardaba un silencio aterrorizado.

—Empiezo a pensar, Ecker, que sus hombres deberían haber gastado tres balas en Londres. —El general volvió la cabeza—. *Bringst die Leiche*.

Cuando uno de los soldados salió, Jia se preguntó si sería para traer a un verdugo o algo así, pero la realidad superó sus expectativas; al cabo de un momento, regresó con otros dos alemanes cargados con un pesado fardo.

Uno que, cuando lo dejaron caer, resultó ser un cuerpo.

Florence soltó un grito. Jia abrió mucho los ojos. Aurora se limitó a contemplar el semblante del cadáver con una expresión casi igual de imperturbable.

—Me he asegurado de que llevara poco tiempo muerto. —El general enlazó las manos a la espalda—. En el frente occidental abunda la carne fresca.

El hombre, de unos treinta y tantos años, vestía un uniforme parecido a los de los británicos salvo por el turbante que le cubría el pelo. «Es un sij —comprendió Jia mientras observaba su espesa barba negra, su piel bronceada a pesar de la lividez—. De los que han venido desde las colonias para luchar por Inglaterra».

Para luchar… y morir. Tenía la guerrera cubierta de sangre seca.

—No hará falta que te diga qué espero de ti.

Roy, que también observaba al sij, alzó los ojos hacia el general.

—Es hora de saber si esta inversión ha merecido la pena. —Cuando señaló el cadáver, los soldados retrocedieron—. Despiértalo.

—¡No! —volvió a exclamar Jia.

Las piernas le temblaban, pero se puso delante de Roy.

—¡No pueden obligarle a hacer eso! No saben lo que pasa con la

gente a la que resucita, ¡es más peligro…! —Pero un bofetón de Klingermann la silenció.

El «¡Jia!» de Florence arrancó ecos a las paredes. Roy corrió hacia ella, pero el capitán Ecker se apresuró a agarrarlo.

—Qué conmovedor que esta señorita se preocupe tanto por ti —comentó el general—. Supongo que te entristecería que, por hacerte de rogar, le ocurriera algo malo. —Volvió a señalar el cadáver—. Despiértalo.

—Roy, no le hagas caso, ¡solo quiere obligarte a…!

El siguiente bofetón envió a Jia contra la pared. A Florence se le escapó otro grito cuando chocó con los sillares, aunque la punzada que le recorrió la sien no fue nada comparada con la que sintió en el labio inferior.

—Podemos entretenernos con esto cuanto quieras.

Al levantar una mano, Jia vio cómo los dedos se le manchaban de rojo.

—Mi general… —empezó a decir el capitán Ecker.

—Si es necesario que la reviente a puñetazos, lo haré. —Klingermann hablaba con tanta calma como si se refiriera a un caballo al que estuviera adiestrando—. Y, si tengo que recurrir a castigos peores, créeme que también lo haré, muchacho. De algo servirá estar al frente de una división de hombres frustrados.

Los soldados mantenían los ojos clavados en el vacío, pero parecían tan incómodos como Ecker. El más joven no era mucho mayor que las chicas.

—Por última vez, mocoso, despiértalo.

—Roy —susurró Jia, atragantándose casi con la sangre, pero Roy no la oyó. Se había soltado muy despacio de Ecker—. ¡Roy, no!

Mientras permanecían callados, el pequeño se encaminó hacia el sij en medio de un silencio tan profundo que Jia creyó oír cómo le

goteaba la boca.

Fue como revivir lo que le había visto hacer en la academia…, con la diferencia de que ahora era un ser humano, no Mefistófeles, lo que yacía en el suelo. En cuanto la mano de Roy lo tocó, el cadáver pareció estremecerse, sus músculos se tensaron, sus dedos temblaron y, al cabo de un instante, sus párpados también.

Dos rendijas negras se dibujaron entre ellos. «No —quiso decir Jia, pero la había abandonado la voz—. No, Roy, tienes que detenerte…».

—Interesante —dijo Klingermann mientras el sij parpadeaba.

«*Mein Gott*», susurró un soldado. Cuando el general les hizo un gesto, se miraron entre sí antes de acercarse, como si fuera lo último que desearan, al enemigo tendido ante ellos. El sij no trató de defenderse mientras lo ponían en pie.

—¿Es capaz de oírme? —Sus ojos oscilaron de un lado a otro, confusos como los de un recién nacido, antes de posarse sobre Klingermann. A continuación, asintió—. Bien —dijo el general—. Podría encontrarse mejor, pero…

—Debería estar desangrado —murmuró el capitán Ecker.

Su turbante de color caqui, observó Jia, estaba tan manchado como su uniforme. «Pero su cerebro seguirá intacto. Si no, no podría…».

—Creo que, como demostración, es suficiente. —Cuando el general le dio una palmada a Roy en un hombro, casi lo derribó—. Quién iba a decir que los condenados ingleses, por una vez, serían sinceros con respecto a algo.

Ecker se rio, aunque seguía perplejo. «*Bring ihn von hier weg*», ordenó Klingermann y sus hombres, sin dejar de mirar al sij, se lo llevaron.

—Al crío, también —dijo el general—. No le quitéis el ojo de

encima.

—¡Roy! —dijo Jia, pero no le permitieron acercarse.

Mientras uno la sujetaba, los demás abandonaron la habitación con el niño. Al abrir la puerta, el farol colgado en lo que parecía un corredor iluminó su rostro y Jia reparó en lo pálido que estaba. «No, no, no».

—¿Qué piensa hacer con nosotras? —preguntó Aurora.

—No puede dejarnos aquí —dijo Florence entre lágrimas—. ¡No hemos…!

Pero la puerta se cerró con un estruendo detrás de Klingermann y Ecker.

Oyeron cómo una llave giraba en la cerradura. Después, el ruido de sus pasos alejándose junto con algo en alemán que ninguna consiguió entender.

—Cabrones de mierda. —Jia soltó un escupitajo con sangre—. Ni se te ocurra reñirme, Florrie, hoy puedo soltar las palabrotas que quiera.

No obstante, tenía los ojos tan llorosos como ella, aunque por motivos distintos. Jia quería llorar de frustración, no de miedo; quería gritar hasta quedarse afónica, darle patadas a todo, arrancarle los ojos a Klingermann con sus propias manos.

Quería despertarse y que todo hubiera sido un mal sueño. Seguir en la academia con la señorita Chapman, tener la seguridad de que su vida, la segunda vida que había conseguido, continuaría como siempre por monótona que pudiera parecer.

—Me las va a pagar. Cuando salga de aquí, ese hijo de…

—Deja de decir tonterías, Jia —sollozó Florence—. Es el final.

Cuando sacó un pañuelo, los dedos le temblaban tanto que casi se le cayó, pero fue a enjugarle la sangre. Aurora, mientras tanto, observaba la puerta.

—Esto no es como plantar cara a Lucy, Moira y las chicas de la escuela —siguió diciendo Florence—, ni como meterte en una pelea en tu barrio, ni siquiera como…, como enfrentarnos a nuestras propias familias. Son soldados, Jia…

Con cada palabra, se le cortaba más el aliento.

—Han demostrado estar di…, dispuestos a matarnos…

—Seguro que solo eran bravuconadas. Querían meternos miedo.

—Pero podrían hacerlo… Si quisieran, podrían… —Florence estaba a punto de hiperventilar—. No hay modo de escapar. Solo somos unas chicas.

—No le temo a la oscuridad —dijo Aurora de repente.

Cuando Florence dejó de sollozar, Jia y ella se volvieron.

—La oscuridad —añadió su amiga— debería temerme a mí.

—Ya, Aurora, nos quedó estupendo, pero no sé qué tiene que ver con…

—Quiero decir que podemos hacer cosas que no imaginan. —Aurora se acercó a la puerta—. Cosas de las que solo son capaces estos daños colaterales.

Mientras la miraban, arrimó un ojo a la cerradura. Era tan grande que no le costó distinguir la pared de enfrente, todavía iluminada por el farol.

—Florence, tienes que contactar con esa mujer.

—¿La madre de Roy? —dijo Florence—. ¿Méav MacDonnell?

Durante el viaje en barco, las había puesto al corriente de lo que había leído en *Paseando entre los túmulos*, pero no había vuelto a asaltarla ningún reflejo.

—Ella ya no está interesada en hablarme. La señorita Lovelace sospecha que quiere mantener las distancias…, y creo que tiene razón.

—Bueno, las cosas han cambiado. —¿De dónde había sacado

Aurora semejante aplomo?—. Que nos absorba un espejo ya no es lo peor que puede pasar.

Florence no parecía convencida, pero accedió.

—En cuanto a ti, Jia, en cuanto te hayas recuperado…

—Tú no conoces a mi padre —rezongó Jia—. Esto no es nada.

—Entonces puedes ponerte manos a la obra ahora mismo.

—A menos que haya tumbas por aquí, dudo que consiga invocar…

—Tienes otras habilidades. ¿Cómo entramos en Albemarle Street?

«No llegamos a hacerlo —pensó Jia acordándose de cómo Ada les abrió la puerta—. Pillamos a la señorita Chapman y a Thorne con las manos en la masa».

—Es verdad… —A Florence casi se le salían los ojos de las gafas—. ¡Dijiste que habías forzado cientos de cerraduras en Limehouse!

—A ver, sí, pero… —Jia se detuvo—. Aún tengo la ganzúa.

Se desabrochó el vestido y, después de rebuscar dentro del forro, sacó el alambre de una hombrera. «Mira qué bien, no me han registrado».

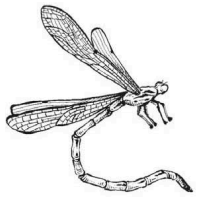
—¿Creéis que…? —Se giró hacia la puerta—. ¿Que servirá?

—Eso no lo han puesto los alemanes. —Aurora señaló la cerradura —. Está a punto de caerse de cochambroso que es. Mientras, yo iré al Asfódelo.

—Aurora, no podrás traer a ningún fantasma contigo —le recordó Florence—. No pueden aparecer aquí si ni siquiera nosotras sabemos dónde estamos. Los únicos capaces de hacerlo son los espíritus protectores con sus médiums.

—Pero pueden ayudarnos de otras maneras —contestó Aurora, tumbándose en el suelo helado—, y sé de dos con quienes me encontraré allí.

CAPÍTULO XLIII



—De verdad que no entiendo por qué no nos quedamos con los soldados —dijo Ada cuando, tras despedirse de Nathan, se alejaron del abarrotado muelle de Calais—. Puedo pasar la noche en un barracón sin que se me caigan los anillos.

—Dijo la que viajaba en primera clase en el Titanic —se burló Alabaster.

«Conozco un sitio en el que podremos alojarnos», había comentado nada más desembarcar. Aquello le había parecido bastante sospechoso a Ada, pero prefirió dejar las indagaciones para más tarde. «Siempre tiene que estar maquinando algo».

—Eso no fue por el lujo —protestó mientras se abrían camino entre los grupos de soldados. La mayoría de los uniformes eran británicos, pero también se veían muchos de las colonias: los sombreros de ala ancha de los australianos, las insignias con hojas de arce de los canadienses—. Fue pura visión de negocios.

Los franceses eran los que parecían más cansados y, también, los que miraban a Alabaster con mayor rencor. «Lo asfixiarían con plumas blancas si pudieran».

—La red de contactos de la señorita Lovelace era más británica que el *porridge*, así que me pareció una oportunidad estupenda para darme a conocer entre la alta sociedad neoyorquina… —La ironía con la que Alabaster seguía observándola hizo defenderse a Ada—: Lo tuyo fue peor, te gastaste una fortuna solo para espiarme.

—Treinta libras por un camarote diminuto en la cubierta E. —Él se encogió de hombros—. Pero pagó James Morland, así que me trajo sin cuidado.

—¿Y la inversión mereció la pena? ¿Descubriste algo interesante sobre mí?

—Que sirviera a la Orden, no. —Él señaló hacia delante—. Por ahí.

Habían aparecido en el paseo marítimo, cuyas farolas empezaban a iluminarse, y el olor a agua salada los abofeteó casi con tanta intensidad como el viento.

—¿Y que no sirviera? —preguntó Ada sujetándose el sombrero.

—Que nunca te ríes tan fuerte como cuando estás nerviosa.

Al apartar las revoloteantes plumas, vio que había vuelto a mirarla.

—Que el caviar te gusta aún menos que el color verde, pero finges que sí porque es lo que se espera de ti —prosiguió él—. Que, si te encanta leer novelas románticas, no es por el amor, sino porque necesitas saber que todo acabará bien.

—Creo que voy a llorar, por fin alguien me entiende…

—Y que hablas en sueños —concluyó Alabaster.

Aquello la hizo detenerse poco a poco en medio del paseo.

—Pero… si nunca dormimos juntos. El iceberg nos sacó de la cama antes de…

—Lo sé. —Él también se detuvo—. Lo descubrí en el Carpathia.

El viento sopló de nuevo y roció de agua los adoquines, pero Ada ni siquiera notó su mordisco. «Después de verlo en la cubierta, no

volví a…».

—En la biblioteca —explicó él—, durante el viaje hasta Nueva York. La primera noche debías de estar agotada, pero las dos siguientes…

—Eso no puede ser. Solo las mujeres dormíamos allí.

—Yo lo hacía en la cubierta, pero podía verte… y oírte… a través del cristal de la puerta. Quería estar cerca por si necesitabas algo. —Alabaster se echó hacia atrás el pelo desordenado—. Llamabas a tu maestra sin parar.

Después de haber esquivado tantas veces la catástrofe, como si el Titanic fuera un monstruo abisal que pudiera resucitar si nadaban demasiado cerca, oírle hablar de algo tan personal le hizo sentir vértigo. Era como encontrarse, en plena migración, con un pájaro que supiera cómo era el árbol en el que había crecido.

—Lord Rosenfield me dijo que… deberíamos hablar de ello.

Otro grupo de soldados pasó a su lado; Ada esperó a que se alejaran.

—Que las experiencias traumáticas, como nuestro naufragio, se procesan mejor compartiéndolas. Dijo que somos de los pocos que han pasado por lo mismo.

—Nunca he hablado del Titanic con nadie —reconoció Alabaster—. Solo James Morland sabía que viajaba a bordo y ahora está muerto. —Observó a Ada durante unos segundos—. ¿Todavía sigues oyéndolos cuando todo se queda en silencio?

Supo que se refería a los alaridos de las víctimas.

—Sí… En mi caso, gritaban en mi cabeza.

—¿Mil quinientas personas a la vez? —Él pareció perplejo.

—Fue poco a poco, a medida que morían…, como un crescendo. Chillaban tan fuerte que acabé desmayándome. No sé qué pasó después de que la popa se hundiera; creo que desperté cuando el

Carpathia ya estaba acercándose.

—Tampoco yo lo sé —contestó Alabaster—. Las horas que permanecí sobre ese trozo de hielo fueron como una pesadilla. Un delirio febril.

Ella no había pensado en cómo debió de sentirse, solo en que se merecía lo de su pie. Comparado con cómo le rompió el corazón, parecía un castigo justo, pero… «Yo también estoy marcada. Los dos lo estamos».

—Tengo tanto miedo de la oscuridad desde que regresé —confesó Ada— que necesito dormir con la lámpara de la mesilla encendida.

—Tengo tanto frío por las noches que necesito hacerlo con dos mantas.

Su media sonrisa le recordó a un rayo de sol en pleno invierno.

—Cuando vivamos en tu academia —propuso Alabaster—, dejaremos todas las luces encendidas como si la Navidad durara el año entero.

—Y prenderemos tantas chimeneas que pareceremos pirómanos.

Él le ofreció un brazo y, mientras reanudaban el camino, a Ada le asaltó la duda de si debía contarle lo ocurrido en la Orden…, el modo en que había utilizado la energía de la condesa de Worthington para echar abajo una puerta. «Es mejor que esperes —decidió—; ni siquiera tú tienes claro de qué serías capaz».

Pero el poder que la había recorrido, solo comparable a la rabia que sintió, perduraba en su interior como el eco de un tambor lejano. «Ojalá la señorita Lovelace estuviera aquí… Sabría aconsejarme mejor que nadie».

—No quiero que se te suba a la cabeza, pero, a veces —le dio unas palmaditas en el brazo—, resulta tolerable tenerte cerca. Solo a veces.

—Pues me alegra que lo reconozcas, especialmente ahora…

Él había vuelto a detenerse y, cuando Ada lo imitó, se dio cuenta de que estaba observando uno de los edificios del paseo. La Belle Geneviève, se leía en la enseña adornada con un narval de lo que parecía una pensión.

—… porque vas a tener que fingir que te encanta mi compañía.

—¿Qué estás…? —dijo Ada, pero la interrumpió un «¡sabandija asquerosa!».

Al alzar la mirada, vio que una ventana estaba abierta y una muchacha, con un trapo chorreante en la mano, acribillaba a Alabaster con los ojos.

—Después de no haber sabido nada de ti durante meses —la voz le temblaba de rabia—, de no haber recibido ni una carta, tarántula de dos patas…

—Sea quien sea, cuenta con mi apoyo —dijo Edith.

Acababa de aparecer junto a una Ada atónita.

—¿… regresas como si no hubiera pasado nada? —La chica le tiró el trapo—. ¿Qué crees que es esto, Thorne, una puñetera pensión?

—Sé que nunca se te ha dado bien leer, Thorne —Alabaster señaló la inscripción de la enseña—, pero es lo que pone ahí.

«Oh, no», se espantó Ada mientras la chica desaparecía.

—No me lo puedo creer. —Edith había alzado las cejas—. Quiero decir, claro que puedo, pero es demasiado incluso para él. Una señora Thorne.

«Tiene que ser una broma», pensó Ada con una sensación parecida a la de darte cuenta de que falta un peldaño justo debajo de tu pie.

—Me temo que debería habértelo contado —dijo él.

—Sí, la verdad —masculló Edith—. Cuatro años es bastante retraso.

—La dueña de este negocio, la deliciosa criatura de arriba…

La puerta se abrió de golpe y la silueta de la muchacha, mucho más alta de lo que Ada había imaginado, se recortó sobre el rectángulo de luz.

—Lo sabía —dijo Edith—. Es un depravado.

—… es Ivory —concluyó Alabaster con un suspiro.

—¿Qué? —Ada tardó en salir de su estupor—. ¿Tu hermana pequeña?

—Sí, bueno, las granadas de mano también son pequeñas.

Cuando la chica se acercó, Ada vio que tenía el pelo tan rubio como él, peinado en ondas hasta las orejas, y unos ojos azules que echaban chispas.

—La próxima vez que te olvides de que existo —espetó— pienso recibirte con la semiautomática que tengo bajo la almohada.

—Aunque no lo creas, Iv, algunos trabajamos.

—No me hagas reír. —Ivory resopló—. Fregar platos, poner mesas y ordenar habitaciones es trabajar. Perseguir a fantasmitas es pasárselo en grande.

—Como ves, nos llevamos de maravilla —le aseguró Alabaster a Ada mientras, rodeando el cuello de Ivory con un brazo, le frotaba la cabeza como a un perro—, tanto que decidió cruzar el Canal para perderme de vista.

—Estaba equivocada, no eres una tarántula de dos patas —gruñó ella, y le asestó un pisotón en el pie derecho—. Eres una tarántula de pata y media.

—Me parece que preferiría que estuviera casado —comentó Edith —. No me siento preparada para aguantar esto por partida doble.

—Si queréis mataros con calma, puedo… —empezó Ada.

—Hay tiempo para todo —respondió Alabaster—. Esta es la niña de mis ojos, el tesoro de la familia, un querubín del cielo, mi hermanita Ivory.

—Un placer. —La chica le dedicó una sonrisa—. Apuesto a que Al —«¿Al?», se sorprendió Ada— te ha contado cosas preciosas acerca de mí.

«En realidad, sí —se dijo mirándolo con disimulo—. Cosas como que lo sacrificó todo, cuando solo tenía doce años, para tratar de protegerte».

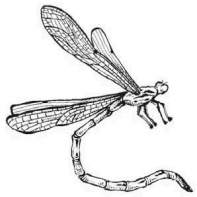
—Estoy segura de que la mitad son mentira —añadió Ivory mientras se acercaba para saludarla—, como casi todo lo que dice. ¿Y tú quién eres?

—Adeline. —Alabaster entornó los ojos—. Ada.

—Ah, pues encantada… —Ivory la besó en una mejilla.

—Mi esposa —añadió su hermano.

CAPÍTULO XLIV



Después de dos años de guerra, en Francia estaban bastante acostumbrados a los cañonazos, pero el «mi esposa» de Alabaster pareció superarlos a todos.

Su hermana se disponía a darle un segundo beso a Ada, pero se detuvo como si la hubiera fulminado un rayo. Cuando se volvió hacia él, su expresión era de estupor, aunque no le llegaba ni a la suela del zapato a la de la propia Ada.

—Tu… —dijo pasados unos segundos—. Tu ¿qué?

—Sí, ya lo sé. —Él sonrió aún más—. Es toda una sorpresa.

«¿Qué estás haciendo?», se horrorizó Ada con los ojos como platos.

—¿Cómo que tu…? —Ivory la miró—. ¿Estáis casados?

—Desde hace… seis horas, creo. —Alabaster sacó su reloj—. No, siete.

«¿Qué diantres estás haciendo?», siguió pensando Ada.

—No quiero saber nada de esta abominación —declaró Edith.

—Me imaginaba que me estrangularías por no haberte invitado —dijo Alabaster mientras el espíritu desaparecía—, pero ha sido algo…

impulsivo.

Para que el espanto de Ada fuera completo, Ivory le miró el vientre.

—No tan impulsivo —añadió su hermano.

—Pues tu señora parece aún más sorprendida que yo…

—Todavía no le ha dado tiempo a acostumbrarse. —Alabaster le rodeó la cintura con un brazo y, cuando la arrimó a él, Ada casi sufrió un paro cardiaco—. Se echó a llorar a mares cuando el párroco nos dio la enhorabuena, ¿a que sí, cariño?

Ada dejó escapar un ruidito impreciso que, sin embargo, debió de ser suficiente para Ivory, porque se lanzó a abrazarla. «¿Qué pretendes?», articuló en silencio por encima de su hombro, a lo que Alabaster contestó: «Sígueme el juego».

—¡Nunca pensé que le daría la razón a Al, pero este sí era un buen motivo para desaparecer! —Cuando Ivory se apartó, Ada trató de sonreír—. ¿Cómo fue?

—¿Te refieres a…? —«No me lo puedo creer»—. ¿A la boda?

—No, a cómo te convenció. ¿Te dio a oler cloroformo?

Por primera vez, Ada se alegró de que Edith se hubiera largado.

—En realidad, fui yo quien lo atontó —dijo al verlo abrir la boca—, pero con perfume de violetas. Cuando quiso darse cuenta, estaba perdido.

—Oh, Dios, ¿por eso quitaste las del jarrón del comedor la última vez?

Ada notó cómo se ruborizaba, pero no se atrevió a mirarlo.

—Bueno, ya me contaréis los detalles. Lo importante es que te lo vas a pasar en grande con este idiota. —Ivory, entusiasmada, la agarró de los carrillos—. Vas a adorar odiarlo y, cuando no lo soportes más, vendrás aquí y lo despellejaremos juntas. Venga, entrad de una vez. —Los condujo a la pensión—. Se está colando el

frío.

—Te vas a acordar de esto —susurró Ada al pasar junto a él.

Mientras entraban en el vestíbulo, decorado con caracolas y paisajes marinos, no dejó de preguntarse por las razones que le habrían llevado a hacer algo así…, porque tenía que haberlas, y de peso; el condenado nunca daba puntada sin hilo. «Si solo quería que nos quedásemos aquí, podríamos habernos presentado por separado o como amigos o…».

—Puede que no lo sepáis, pero nos encontramos en guerra con Alemania —comentó Ivory—. Francia no es el mejor destino para una luna de miel…

—En realidad, solo estamos de paso —dijo Alabaster con una bolsa de viaje en cada mano—. Mañana cogeremos un tren a San Sebastián.

—Otra cosita que aún me cuesta procesar —masculló Ada.

«A lo mejor solo me está usando para tomarle el pelo a su hermana», reflexionó mientras entraban en una acogedora salita. Solo había tres huéspedes arrellanados en las butacas e Ivory los condujo a unas situadas cerca de la chimenea.

—La cena estará en media hora, pero no esperéis gran cosa… Desde que Alain se alistó, me ha tocado aprender a cocinar. Hago lo que puedo, pero bueno.

—Su especialidad es la comida a la brasa —aseguró Alabaster.

—Gracias. —Ivory pareció muy ufana de sí misma—. La carne me sale…

—Tostadas a la brasa. Huevos revueltos a la brasa. Puré a la brasa.

Uno de los huéspedes suspiró detrás de un periódico.

—Voy a darte dos cosas; primero, este té a la brasa. —Ella le tendió una taza con tanto ímpetu que le salpicó—. Y, cuando te lo

acabes, una patada en el culo.

—Seguro que también será a la brasa. —Alabaster, después de coger una pasta de una mesita, se dirigió a la puerta—. Voy a saludar a Geneviève.

«Vuelve ahora mismo, puñetero», pensó Ada al verlo desaparecer.

—Geneviève es la antigua dueña de la pensión. —Ivory le indicó que se sentara y, tras darle otra taza, se instaló en la butaca de enfrente—. Me dejó el negocio el invierno pasado; llevo cuatro años trabajando aquí. No es el Ritz, pero… Oye, ese broche es precioso. —Señaló la blusa de Ada—. ¿Te lo ha regalado Al?

Le llevó un momento entender que se refería a la libélula. Se había acostumbrado tanto a llevarla que casi era parte de sí misma, como una mano o una rodilla.

—No. —Ada la rozó con un dedo—. No le ha dado tiempo a comprarme nada, ni siquiera un anillo… Como te dijo, ha sido bastante impulsivo.

—Ay, Dios, no tiene ni idea. Es un caso perdido con las mujeres.

Cuando Ivory sonrió, el parecido con su hermano se volvió aún mayor. Era la misma sonrisa que él había empezado a esbozar en el refugio antiaéreo, la primera que Ada había pensado que le pertenecía de verdad, sin formar parte de un disfraz…, antes de darse cuenta de que ya la había visto: era la de Arlington, la del Titanic.

—No te puedes ni imaginar lo pesada que he sido con ese tema. He tratado de buscarle cientos de novias, pero ninguna le servía a su señoría.

Ada se detuvo con la taza a medio centímetro de los labios.

—¿Cómo? Nunca ha… ¿Nunca había tenido pareja?

—Qué va, no quería saber nada. Todo era trabajo, trabajo, trabajo.

Ada, perpleja, pensó en Gwendolyn Danvers, en Ermintrude Lynch, en Edna Wilson Clarke. «Así de bueno es en lo suyo», había dicho Caroline Morland.

—A mí me llevaban los demonios. —Ivory se sirvió otro té—. Estaba harta de verlo solo, enfrascado en sus investigaciones paranormales, rodeado de mamotretos polvorientos… Era como si se le hubiera olvidado cómo vivir. Pero ahora te tiene a ti. —Le apretó una mano—. Eres lo mejor que podría haberle pasado.

La culpa casi consiguió que la sonrisa le quemara en la boca.

—Creo que le saco de quicio tanto como a él a mí…, y es mucho.

—Ya somos dos. —Ivory se echó a reír—. Ay, es absolutamente insoportable, sobre todo, cuando se comporta como el santo patrón del sarcasmo. A veces, casi me hace olvidar lo bueno que es… La mejor persona del mundo.

A Ada estuvo a punto de escurrírsele la taza.

—¿Lo dices por cómo ha cuidado de ti desde que erais niños?

—No… Bueno, sí, entre otras cosas. Sé que tiene un carácter del demonio, pero nunca conocerás a nadie más noble, más… leal a los suyos, a los pocos que considera como tal. Sería capaz de cruzar todos los infiernos para protegernos.

Por un momento, Ada pensó que los demás huéspedes estallarían en carcajadas, soltando un «¡te lo has tragado!» o algo por el estilo, pero no tardó en entender que se equivocaba. Ivory hablaba en serio.

—¿Seguro que no tienes otro hermano al que no conozco?

—Lo que nos faltaba, una hidra de tres cabezas parloteando a la vez.

Estaba tan atónita que no había oído regresar a Alabaster. Llevaba el abrigo negro sobre un hombro y apuraba el té apoyado en el marco de la puerta.

—Si aceptas un consejo, cariño —pareció paladear la palabra—, no te creas nada de lo que te diga. Esa boca no sirve más que para mentir.

Era lo mismo que Ada le había espetado a él en la sede de la Orden.

—No sé a quién se parecerá, cariño —casi sonó como un insulto—, pero gracias por preocuparte. Espero sobrevivir a vuestro fuego cruzado.

—Al, la adoro —dijo Ivory—. Quiero que la traigas cada fin de semana.

—Mejor espera sentada. —Alabaster se apartó de la puerta—. No pienso compartirla. —Y, antes de que Ada pudiera replicar, la sujetó de la barbilla.

Su boca le hizo olvidar lo que se disponía a decir, la guerra a la que se dirigirían al día siguiente, el peligro que corrían sus alumnas, incluso su propio nombre.

Se habían besado docenas de veces en el Atlántico Norte, pero lo que sintió en ese momento no pudo ser más distinto…, como el café caliente del Carpathia después de una noche en alta mar. El modo en que reaccionó su cuerpo la dejó tan paralizada como a Alabaster en la escalera de la cripta, cuando quiso demostrarle quién estaba en manos de quién. Ahora, sin un velo entre sus labios, se sintió… «Desnuda».

—Oh, Dios. —Hasta que no oyó a Ivory, no fue consciente de hasta qué punto se había prolongado el beso. Tuvo que atravesar un centenar de capas de realidad para regresar a la pensión—. Será mejor que os deje solos.

Los dedos de él seguían en su barbilla. Sus ojos, en los de ella.

—Acabo de recordar que he dejado un guiso en el fuego.

—Si necesitas que te echemos una mano… —dijo Alabaster.

—Ni hablar, vosotros os quedáis aquí. —Ivory se bebió el té de un sorbo antes de apresurarse hacia la puerta—. Tengo otras cosas que hacer antes de la cena.

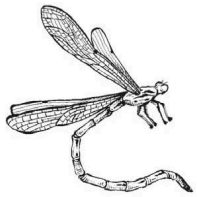
Y se marchó con una sonrisa que parecía no caberle en la cara.

—Creo que no es una excusa —comentó Alabaster—. Al pasar junto a la cocina, me ha llegado un aroma demasiado familiar. Crema de coliflor a la brasa. —Y, como ella no dijo nada, susurró—: Lo siento, era por el bien de la obra.

—Descuida, tengo muchas cosas que echarte en cara —respondió Ada con las mejillas al rojo vivo—, pero este beso no es una de ellas.

Y, fingiendo no reparar en cómo le brillaron los ojos, agarró un periódico para desaparecer tras él mientras se preguntaba, con una inquietante corazonada, a qué se referiría Ivory con «otras cosas que hacer antes de la cena».

CAPÍTULO XLV



«No le temo a la oscuridad, la oscuridad debería temerme a mí», pensó Jia mientras la maltrecha cerradura cedía por fin y, de puntillas, abandonaba el calabozo.

Habían acordado que se trataría de una misión de reconocimiento: huir las tres juntas sería demasiado arriesgado, sobre todo porque aún no tenían ni idea de dónde estaban ni de a dónde habían llevado a Roy. «Solo echaré un vistazo —se dijo mientras atravesaba el desolado corredor hacia los primeros peldaños de una escalera—. Cuando sepamos qué diantres es esto, podremos trazar un plan en condiciones».

Un soldado montaba guardia en lo alto entre bostezos. Jia esperó a que se alejara, atraído por la voz de un compañero, para deslizarse por la escalera sin hacer más ruido que un ratón. La luz que se atisbaba en las alturas, muy diferente de la de los faroles de abajo, confirmó algo que el olor a humedad ya le había hecho sospechar, las habían encerrado en un subterráneo y ahora estaba subiendo a ras de tierra.

Una bandera con una cruz, idéntica a la que llevaban los alemanes

en el uniforme, ondeaba en un cielo negro estampado con estrellas. El estruendo de unas explosiones («¿Estamos cerca del campo de batalla?») hizo detenerse a Jia, pero siguió ascendiendo al oír regresar al soldado hasta que una ráfaga de aire le golpeó la cara.

Había desembocado en la esquina de lo que parecía un patio… o, a juzgar por el estado en que se encontraba, las ruinas de uno. Lo rodeaban unos edificios de ladrillo derruidos, casi todos de un solo piso y con los tejados hechos pedazos, y el espacio entre ellos era un vertedero de cascotes. Lo único que quedaba en medio eran un pozo y una rudimentaria cisterna, pero tan renegridos como todo lo demás.

«Aquí ha habido un incendio», comprendió mientras echaba un vistazo a unos soldados que, parapetados detrás de unas ametralladoras, apuntaban hacia el exterior desde la única buhardilla en pie. Despacio, avanzó por el lateral del patio con la espalda contra el muro. «Pero ¿qué clase de lugar era ese?».

Lo supo en cuanto alcanzó el hueco de lo que, no mucho tiempo antes, debía de haber sido una puerta. Al asomar la cabeza, distinguió los restos carbonizados de unas estructuras de madera, colocadas en hilera a lo largo de la pared, y algo amarillento que crujió bajo sus pies cuando, dubitativa, avanzó un paso.

«Paja…». Se quedó mirando la brizna pisoteada y, a continuación, los maderos. «Unos establos». Jia giró sobre sí misma. «Estamos…».

—Estamos en una granja —susurró sin darse cuenta.

Nadie pareció oírla; aquello se encontraba tan desierto como lo demás.

Los alemanes se habían apoderado de ella, dedujo mientras regresaba al patio, y la habían convertido en una especie de… cuartel general o almacén o todo a la vez. Tenía bastante sentido: por muchos daños que hubiera sufrido, contaba con espacio para

tropas y municiones y, si el pozo seguía intacto, suministro de agua.

«A saber qué habrá pasado con la gente que vivía aquí». Al ver removerse a uno de los soldados, se arrimó al edificio y entonces captó un rumor de pasos.

Se acercaban al patio rodeando las ruinas de un granero. Tras mirar con aprensión en torno a ella, Jia correteó para esconderse detrás del pretil del pozo.

—Ya sabe cómo lidiamos en el ejército con los desertores.

El acento del general Klingermann hizo que le palpitara la herida del labio, pero se atrevió a asomar la cabeza por encima del pozo.

—Lo peor de que escapen no es que falten a su palabra. —Caminaba delante de unos soldados—. Es que suelen saber demasiado.

—No me lo recuerde —gruñó alguien—. Lo último que hizo fue rebuscar en mi archivo, escamotear unos documentos confidenciales…

Aquella persona era inglesa, dedujo Jia, pero lo más extraño…

—… pegarle un tiro a uno de sus compañeros y, por si fuera poco, dejar a mi hijo inconsciente. —No se había equivocado, se trataba de una mujer—. He puesto a mis agentes a buscarlo, pero se ha esfumado del mapa.

Comparada con Klingermann, que era un gigante, resultaba diminuta.

—No estaba en su piso, ni en Albemarle Street, ni en…

—¿Podría haberse escondido en la academia de Chapman?

—Ella también ha desaparecido, general. Los vieron escabullirse juntos durante el último bombardeo. Nunca pensé que lo que le perdería a él, precisamente a él —la mujer sacudió la cabeza sin dejar de caminar—, sería la bragueta.

«A lo mejor la señorita Chapman nos ha seguido. —El nudo del

estómago de Jia se convirtió en un aleteo de emoción—. Y, si el tipo del que hablan es Thorne, esta mujer tiene que ser su jefa…, la que quería entrevistarse con la señorita».

—Al menos la condujo a la sede de la Orden. —Mientras contenía la respiración, rodeó el pozo, corrió entre los cascotes y se escondió detrás de la cisterna—. Mis hombres no habrían podido asaltar la casa si no.

«La entrevista era una trampa». Después del fiasco de Lucy, los secuestradores habían tenido que poner otra estrategia en práctica.

—Uno de los cuales, si lo que he oído es cierto, murió allí…

—En el campo de batalla, frau Morland, las bajas son inevitables. Lo importante es que conseguimos nuestro objetivo, hacernos con el niño.

—Hable por usted —replicó ella—. Para mí había más de uno.

Otra bomba estalló a lo lejos, pero ninguno de los alemanes se inmutó.

—Tener a Chapman con nosotros era una oportunidad de oro y Thorne me la arrebató de las manos. Con haberla presionado un poco más…

—¿Qué pensaba hacer? ¿Coaccionarla para destrozar su carrera?

—La suya, no; la de su maestra. Annabel Lovelace. —Morland pareció masticar las palabras—. La maldita reina del espiritismo incluso muerta.

Klingermann debió de notar el cambio en su voz, porque se detuvo.

—No es la primera vez que me habla de esa mujer, pero nunca me ha explicado qué ocurrió entre ustedes. Por qué está tan empeñada en destruirla.

Los soldados, como muñecos de cuerda, se detuvieron a la vez que su superior. A Jia le pareció oír cómo Morland respiraba hondo.

—A Lovelace le gustaba mucho jugar a los detectives.

Cuando giró la cabeza, vio centellear la montura de sus gafas.

—Tenía un amigo en Scotland Yard al que manejaba a su antojo. Gracias a él, se inmiscuía en las investigaciones, utilizaba sus propias habilidades y, como nada le divertía más que dejar en ridículo a la policía, se pasaba de lista sin importarle las consecuencias. —Morland guardó silencio un momento—. Uno de los últimos casos en los que se entrometió estaba relacionado conmigo.

Dos soldados que no debían de hablar inglés cruzaron una mirada.

—Mejor dicho, con mi hermano. Adam Townsend.

—¿Lovelace descubrió algo que le perjudicó?

—Aseguró a Scotland Yard que estaba a punto de escapar a Terranova con la herencia de sus hijastras. Lo detuvieron en una pensión de Southampton; al parecer, su difunta esposa se lo contó a Lovelace poco antes de su partida.

La ironía con la que Klingermann la observaba encrespó a Morland.

—Me da igual que fuera verdad o no, era mi hermano.

—Todas las familias tienen esqueletos en el armario. —En esta ocasión, fue el general quien calló un instante—. Pero me imagino que a la suya no le hizo demasiada gracia aparecer en los periódicos sensacionalistas.

—Nunca volví a saber de Adam. Se suicidó tras la detención y, un mes después, perdí a mis padres. Hasta entonces, creía que la expresión «se le rompió el corazón» era una metáfora, pero no, murieron por la infamia, por la pena.

—¿Y por qué ha esperado tanto para vengarse?

—Porque no pude hacerlo entonces. Lovelace también falleció.

—Su querido Darwin lo consideraría selección natural. —La sonrisa de Klingermann le puso la piel de gallina a Jia—. Es el riesgo que

corren las especies que, como las mujeres de hoy en día, tratan de adaptarse a un medio hostil.

Ahora lo que resplandeció no fueron las gafas de Morland, sino sus ojos.

—Lovelace sería muchas cosas, general. Ambiciosa como ella sola, una engreída insoportable, una orgullosa, una cínica…, pero estúpida no.

—No se dé por aludida, usted tampoco estaría aquí si lo fuese.

—Y, sin embargo, va a ignorar mis consejos.

Klingermann echó a andar de nuevo; Morland lo siguió.

—Supongo que para eso me ha hecho venir. —Jia soltó una palabrota mientras los veía alejarse—. Para decirme que ha cambiado de idea.

—Nuestro acuerdo sigue intacto. El dinero que recibirá…

—Sabe que su soborno me trae sin cuidado. Si me he convertido en una sucia colaboracionista es por otra razón.

Habían alcanzado casi el extremo del patio. Jia miró a los soldados del tejado y, con otro correteo, se acercó a uno de los graneros de enfrente.

—Lo que acordamos —insistió Morland— fue que lo llevaría a Viena.

—¿De verdad le parecería sensato hacer eso con el mocoso? ¿Desperdiciar sus capacidades resucitando a una sola persona por muy archiduque que fuese?

—Eso acabaría con la guerra. Devolvería la paz al continente.

La risotada de Klingermann resultó aún más escalofriante que su sonrisa.

—¿La paz, frau Morland? La paz no es más que el descanso de los cobardes. Es la muerte del progreso, del avance de la civilización; solo la guerra puede conducirnos a una nueva era. Una en la que,

por fin, sobrevivan los más fuertes.

Jia estaba tan perpleja que tardó en atar cabos. El archiduque al que se referían tenía que ser… «Los periódicos hablaron de un atentado en Sarajevo —recordó de repente—. Mataron a alguien…, un príncipe o algo así…, y a su esposa, y por eso empezó la guerra… Debería hacer más caso a Aurora cuando habla».

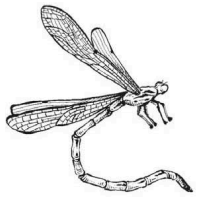
—Si le sirve de consuelo, la guerra se habría producido de todos modos —siguió diciendo Klingermann—. Llevaba gestándose mucho tiempo, medio siglo de alianzas entre imperios, de movimientos políticos… Lo del archiduque solo fue una excusa.

—Me ha engañado —dijo Morland en voz baja—. Esto no era…

—Esto, señora, será más grandioso que ninguna otra cosa que haya visto. Pronto lo comprobará por sí misma y descubrirá que tengo razón.

Entonces se alejaron más y, mientras los veía desaparecer dentro de otro de los edificios, Jia comprendió que estaba equivocada, de aquel embrollo no podría sacarlas ni la ganzúa más portentosa del mundo.

CAPÍTULO XLVI



—Pues claro que solo podía haber una cama —rezongó Ada.

Después de cenar en el comedor con los otros huéspedes, casi todos soldados de paso hacia el frente, Ivory los había acompañado al primer piso de la pensión. Ada no entendió el porqué de su sonrisita hasta que entraron en la alcoba, cuya ventana parecía dar al Atlántico, y vio que la colcha estaba cubierta de pétalos de rosa.

—Se supone que es nuestra noche de bodas. —Alabaster dejó las bolsas en la alfombra—. Los recién casados suelen querer dormir juntos… por alguna razón.

—De verdad que no voy a poder mirarla a la cara mañana.

Además de los pétalos, había una caja de *macarons* de Ladurée, una cubitera con dos botellas de champán, frasquitos con sales aromáticas en el baño…

—¿Esencia de ámbar gris? —preguntó mientras cogía un pequeño vial del lavabo. La mirada divertida que le lanzó Alabaster desde el espejo, aflojándose el nudo de la corbata, le hizo fruncir el ceño—. Lo de las rosas me encaja, pero esto…

—Es un afrodisíaco hecho con bilis de cachalote.

—Ah. —Casi lo dejó caer—. No pienso tocarlo ni con un palo.

—Ni falta que hace, algunos respondemos mejor a las violetas de…

Ella le cerró la puerta del baño en las narices. Le oyó reírse para sí mientras, con unos dedos bochornosamente inseguros, comenzaba a desabrochar los botones de su ropa para ponerse el camisón que había sacado de la bolsa.

—Por cierto —prosiguió en voz alta—, ya sé por qué lo hiciste.

Por complicado que fuera, el camisón le pareció aún más escandaloso esa noche, tanto que se echó por encima un batín. «Nada de tentaciones».

—Lo de decirle a Ivory que estamos casados. —Ada se ató el lazo alrededor de la cintura—. Fue para que dejara de una vez de intentar buscarte novia.

—No me lo recuerdes —bufó Alabaster—. Si no me metiera por los ojos a una amiguita tras otra, no tendría que quejarse de que no la visito.

Tras quitarse las horquillas, Ada cogió un cepillo de carey del lavabo.

—De modo que me has utilizado. —Comenzó a desenredarse la melena castaña, tan larga que casi le llegaba por la cintura—. Todo en orden, supongo…

—Puede que no me creas, pero lo he hecho para ayudarte.

Ada se detuvo con el cepillo en medio de un mechón.

—Esperaba que, al encontrarnos en Calais… Ah, da lo mismo.

—No. —Dejó el cepillo antes de dirigirse a la puerta. Cuando la abrió, encontró a Alabaster desabrochándose el chaleco—. ¿Qué es lo que pretendías?

—Convencerte de que te quedaras aquí mientras yo iba a Courcelette.

Se oyeron pasos en la escalera, risas en el corredor. Una puerta cerrándose.

—Por eso insistí en traerte a la pensión —siguió diciendo él—. Ivory no exageró con lo de la semiautomática, aprendimos a disparar juntos. Si un alemán entrara por la puerta mientras estoy ocupándome de lo de Roy, te aseguro que sabría…

—Alabaster, esto tengo que hacerlo yo. Es mi responsabilidad.

«Es mi problema», estuvo a punto de decir… y era verdad. Era el secuestro del niño que estaba a su cargo, era la desaparición de sus discípulas, era la condena de su maestra a algo peor, mucho peor, que quedarse anclada entre dos planos.

«Por mi culpa —volvió a pensar sentándose en el borde de la cama—, por haberle pedido ayuda. Porque me sentía incapaz de hacer las cosas sola».

—¿No es agotador soportar el peso de… todo? —preguntó él.

Se había detenido frente a la cama con el chaleco a medio desabotonar.

—Toda la responsabilidad, toda la exigencia…, todo el trabajo…

—Dímelo tú —contestó Ada a media voz—. Si decidiste meterte en la Orden fue para proteger a tu hermana. Me di cuenta nada más veros juntos.

Los dedos de él vacilaron sobre los botones, pero continuó desabrochándoselos en silencio. «He metido la pata —pensó Ada—, para variar».

—Perdona. —Se puso a recoger los pétalos—. No debería…

—Lo hice para cuidar de ella, pero también porque… nunca había deseado tanto nada. Porque quería convertirme en un investigador de lo paranormal, porque era un imbécil que soñaba con una oportunidad, una sola. —Alabaster resopló mientras se quitaba el chaleco—. Y el problema es que la oportunidad acabó por llegar.

Lo dobló con meticulosidad antes de dejarlo en un escabel.

—Tenía dieciséis años cuando me reclutaron, poco después de dejar el hospicio. Los Morland consiguieron rastrearnos, pero he tardado en entender por qué, querían recabar más información acerca de mi madre. La misma a la que habían encerrado en el asilo de Stafford argumentando que lo que oía solo estaba en su cabeza.

—Y decidieron ponerte a espiar a médiums —contestó Ada.

—Al principio, no parecía un trabajo tan malo. Solo tenía que infiltrarme en sus círculos, hacerme el encontradizo, ser encantador, esas cosas. Creía que se me daba bien actuar por mi madre…, porque había sido una estafadora como las demás.

Le alargó una mano y ella titubeó antes de entregarle los pétalos.

—A veces, hasta me reía con los trucos que usaban. —Los dejó en la cómoda—. Hasta que una de ellas, con suficiente edad como para ser mi madre, consiguió que se me quitaran las ganas de reírme. —Se detuvo—. Nos vendría bien algo de aire.

Ella siguió mirando, sin decir nada, cómo se acercaba a la ventana.

—«Qué chico más guapo». «Qué placer verte tanto por aquí».

Cuando empujó las contraventanas, una brisa cargada de sal hizo que los visillos ondeasen como fantasmas. Ada curvó los pies descalzos sobre la alfombra.

—«Qué don tienes para hacer que una mujer se sienta joven».

Las manos de ella, sin darse cuenta, estrujaban la colcha.

—Y una tarde, cuando sus clientes se marcharon, se cansó de esperar a que yo diera un paso en el que ni siquiera había pensado hasta entonces.

Alabaster seguía de espaldas a la cama, pero algo en su postura, en la repentina inclinación de sus hombros, casi hizo morirse de pena a Ada.

—Quise convencerme de que no había ocurrido nada terrible. Al fin y al cabo, era lo que se suponía que, como hombre, tenía que encantarme. Lo que los demás no pensaban más que en hacer. —Respiró hondo—. Pero esa noche, después de que Ivory se durmiera, lloré durante horas. Nunca me había sentido tan sucio.

—Eras un niño —dijo Ada con la garganta atenazada.

Alabaster soltó la risa más desprovista de alegría que había oído.

—Dejé de serlo el día en que denuncié a mi madre. No había vuelta atrás.

—Pero ¿por qué seguiste haciendo eso? ¿Qué ganabas con…?

—Era el único modo de convertirme en el investigador que quería ser. Cuando James Morland vivía, creía que era cuestión de tiempo, pero su mujer no hizo más que ponerme palos en las ruedas. Solo me quería como… En fin, ya no importa.

—¿Y qué querrías investigar ahora que has dejado la Orden?

Aquello desconcertó tanto a Alabaster que no supo qué responder.

—El estudio de las nuevas ciencias es muy amplio. —Ada gateó hasta el centro de la cama apoyándose en los cojines—. Solo en Inglaterra contamos con fenómenos paranormales a patadas: los espíritus, los *poltergeist*, las maldiciones…

—El otoño pasado publiqué un…, un artículo en el *Light* —contestó él—. Sobre premoniciones experimentadas por parientes de soldados muertos.

—Espera… ¿Ese A. A. T. que hablaba de los sueños premonitorios…?

Los dos se observaron mientras el océano bramaba a lo lejos.

—Mi segundo nombre es Anthony —dijo Alabaster—. Decidí publicar con mis iniciales para que Morland no se enterase. Leíste… ¿Leíste mi trabajo?

—No lo leí, lo devoré, ¡era genial! ¡Pasé días comentándolo con

Louise!

Él se puso tan colorado que Ada se echó a reír, pero el reloj de la cómoda sonó antes de que pudiera decir nada más. Alabaster se volvió hacia él y, cuando la miró de nuevo, su media sonrisa le hizo adivinar que estaban pensando lo mismo.

—Las once… ¿Quieres dormirte ya? ¿O prefieres que lo atrase una hora? —El brillo malicioso había regresado a sus ojos—. Como en los viejos tiempos.

—Tengo cuerda para rato. Ya que estás ahí, trae el champán.

Ahora fue él quien se rio. Después de mover la aguja del reloj, agarró una botella de Moët & Chandon y dos copas y volvió a la cama, donde Ada le dejó espacio para que se sentara a su lado. Con la espalda contra el cabecero, brindaron por la hospitalidad de Ivory y se pusieron a beber como si fuera una noche como cualquier otra, como si estuvieran en un café-concierto en vez de a las puertas del Somme.

Él la puso al corriente de sus otras investigaciones, de proyectos de los que aún no había hablado con nadie, de planes que nunca había compartido. Ella le habló de sus dudas al frente de la academia, de cómo se había apoyado en Louise y August, de las esperanzas que tenía con respecto a Florence, Jia y Aurora. Durante unos minutos, en aquella alcoba diminuta de Calais, fue como si la guerra hubiera dejado de existir y el río de la vida, tal como había sido antes, hubiese regresado a su cauce.

Una copa tras otra, más lecturas compartidas, eventos a los que habían asistido. Gente del panorama espiritista a la que resultó que ambos conocían («No me lo puedo creer», «¿Cómo puede ser Londres tan pequeño?»). Cotilleos sobre la aristocracia que hicieron soltar a Ada chilliditos de emoción («Verás cuando se los cuente a milord»). Cuando quiso darse cuenta, estaban borrachos como

cubas y riéndose más de lo que recordaba haber hecho desde el Titanic, tanto que se le saltaron las lágrimas.

«Esto también nos lo había robado la Orden —pensó en un resquicio de lucidez entre la bruma del champán—. Si nos hubiéramos conocido de otra manera, sin sus maquinaciones, nos habríamos caído bien. Nos habríamos hecho amigos».

—Chicos, no quiero ser aguafiestas, pero vais a despertar a toda la pensión.

Ninguno oyó acercarse a Ivory hasta que aporreó la puerta.

—No te preocupes, Iv. —Alabaster apuró su copa con la cabeza sobre el regazo de Ada—. Intentaremos ser discretos. Intentaremos consumar más bajo.

A ella le entró la risa otra vez, tanto que se atragantó.

—Con lo bien que os lo estáis pasando, espero quintillizos como mínimo. —Y, con un resoplido de impaciencia, los pasos de Ivory se alejaron.

—Creo que… deberíamos hacerle caso —dijo Ada.

—Sé que tu academia es grande, pero cinco críos serían demasiados.

—Me refiero a dejar de beber de una vez. Nunca me has visto con resaca, pero soy un despropósito. No puedo aparecer en el frente así.

—Claro que te he visto. La del segundo desayuno en el Titanic fue espectacular. Edith Evans no sabía dónde meterse de la vergüenza. —Ella le dio su copa y Alabaster la dejó en la mesilla con la suya—. Y siempre eres un despropósito.

Sus movimientos casi eran tan erráticos como los de Ada, pero consiguió agarrar la cadena de la lamparita. Antes de tirar de ella, sin embargo, se detuvo.

Una vez más, supo lo que estaba pensando. No hacía ninguna

falta hablar.

—Sí. —Ada se arropó con la colcha—. Hoy no tengo miedo.

—Bien —dijo Alabaster, y apagó la lamparita. Las sábanas sisearon cuando se deslizó entre ellas a un par de palmos de distancia—. Yo tampoco.

Ada agradeció que la alcoba, salvo por la luz de la luna, quedara sumergida en la penumbra. El alcohol hacía que todo se balancease. Aun así, vislumbró el vaivén de los visillos, el contorno de los dos cuadritos con marinas, el perfil de las desgastadas molduras que les devolvían la mirada desde el techo.

—Hay algo que no entiendo —dijo pasado un rato.

—No piensas dejarme pegar ojo, ¿verdad?

—Tu hermana me habría cuidado de todos modos.

Su camisa era una mancha blanca cuando se giró hacia él.

—No habría hecho falta que fuera tu mujer. —Ada apoyó la mejilla izquierda en la almohada—. Con haberle explicado que éramos amigos…

—Ah, ya —contestó Alabaster—. Eso solo fue por provocar.

—Mira que te gusta tomarle el pelo a la pobre.

—No. —Pudo adivinar su sonrisa—. Por provocarte a ti.

Hubo un instante de silencio en el que el Atlántico pareció rugir el doble.

—Eres una desgracia de ser humano, Alabaster Thorne.

—Y con eso —su risa le produjo cosquilleos— ya tienes dos cosas en común con Ivory. Una es la lengua viperina. —Los muelles del colchón chirriaron cuando se volvió hacia ella—. Y la otra, que, en el fondo, ambas me adoráis.

—¿Lo del beso también fue una provocación?

Esta vez, el silencio se prolongó más. Solo un poco más.

—No —acabó diciendo él—. Eso fue un acto impulsivo.

«El océano suena igual que la última noche en el Titanic. —Ada podía oír su pulso como un eco del de ella—. Y también huele a sal, y hasta el champán…».

—Por eso me pediste perdón en cuanto Ivory se fue.

—No suelo tener esa clase de arrebatos —dijo Alabaster—. En realidad, creo que no he tomado una sola decisión impulsiva en toda mi vida. Tú misma me lo echaste en cara, es como si tuviera la mente inundada de hielo…

Pero, cuando Ada se acercó, lo que se le congeló fue la voz.

De no ser por la audacia del alcohol, no lo habría hecho. No se habría atrevido a salvar aquella distancia por minúscula que fuese, ni a apoyar una mano en la mejilla de Alabaster. Ni, mucho menos, a posar los labios en los de él.

Fue un beso suave, como de adolescentes primerizos, casi inocente comparado con los que habían compartido en el barco. Aun así, lo sintió tensarse cuando deslizó la mano por su cabeza, sumergiendo los dedos en su pelo, y apretó más la boca contra la suya… solo durante unos segundos, justo antes de apartarse.

Al abrir los ojos, vio que había seguido mirándola.

—Ahora estamos en paz —dijo en voz baja.

Dejó de acariciarle el pelo poco a poco, pero Alabaster le agarró la muñeca. Lo tenía tan cerca que notó cómo sus pestañas le rozaban la cara.

—Ahora estamos de cualquier forma menos en paz. —Y, tras unos segundos de inmovilidad, susurró—: Maldita seas.

Cuando se abalanzó sobre sus labios, Ada lo recibió con algo que era más que entusiasmo, que se parecía demasiado a la desesperación. La hizo rodar sobre la cama, colocándose sobre su cuerpo, y ella le echó los brazos al cuello mientras el beso, a cada instante, se convertía en un abismo mayor. Casi cuatro mil metros de

profundidad, de una caída libre en la que, sin embargo, no quedaba ni rastro de hielo.

Estaba equivocada, comprendió apretándolo contra sí, aquello no podía resultar más diferente del Titanic. Ahora eran ellos de verdad, sin máscaras de ninguna clase, sin mentiras ni estrategias ni dobles intenciones; solo dos seres humanos tan sedientos el uno del otro que parecían querer beberse a través de la piel.

Cuando enredó sus piernas con las de él, supo lo sincero que había sido al decir que la necesitaba. Su contacto le arrancó un gruñido mientras le agarraba la cara con las dos manos; una descendió después por su pecho, haciéndola arquearse contra él, continuó por su cintura, se deslizó bajo su batín…

De repente, el reloj volvió a dar las once. Los dedos de Alabaster se detuvieron poco a poco haciendo que a Ada se le retorcieran las entrañas.

—No voy a convertirme en calabaza —susurró.

Se había acostumbrado lo bastante a la penumbra como para distinguir sus ojos. Estaban a milímetros de los de ella, casi tan cerca como sus labios.

—Serías una calabaza preciosa, pero… deberíamos parar.

Al soltarla, el cuerpo de Ada protestó como si le arrancasen algo.

—No es por nada que hayas hecho. —Alabaster le acarició la cara a tientas—. Es porque no quiero que suceda así. Porque estamos borrachos y a punto de ir a la guerra, y esas dos cosas son…, son una mala combinación.

Sus dedos bajaron por su cuello, pero no pasaron de allí.

—Ya te arrepentiste una vez de haberte acostado conmigo. —Agachó la cabeza para besarla en la frente—. No dejaré que vuelva a ocurrir.

«Esta vez no me arrepentiría», estuvo a punto de contestar Ada,

sintiendo cómo el colchón se inclinaba cuando se apoyó en él para levantarse.

—No —pidió agarrándolo del brazo—. Quédate conmigo.

Su mano temblaba al apartarle el pelo de la frente.

—Quédate… Quédate aquí. En la cama. —Cuando abrió la boca, añadió—: Me dijiste que, desde el naufragio, te costaba dormir por culpa del frío.

—Podría pedirle una bolsa de agua caliente a Ivory…

Pero Ada ya se había dado la vuelta, arrimándose más a él, y Alabaster aguardó un momento antes de susurrar:

—Eres más peligrosa que un Eindecker.

Aun así, volvió a tumbarse a su espalda y, sin decir nada, le rodeó la cintura con un brazo. Ada se acurrucó contra su pecho sintiendo cómo un calor más reconfortante que el de una manta, una chimenea encendida o una bañera humeante la envolvía por completo, la mecía en la penumbra, la acunaba como a una niña.

Quizá no se tratara del calor, ni siquiera del champán. Quizá lo que la adormecía fuera su aroma, aquella oscuridad mentolada que parecía desprender.

—En realidad, me encanta —susurró Alabaster—. Siempre lo ha hecho.

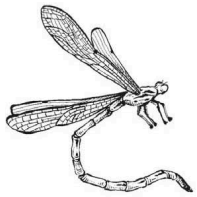
Su respiración le acariciaba el pelo, pero Ada apenas podía sentirlo: un sopor aterciopelado, irresistible, había empezado a extenderse por su cabeza.

—Que seas un despropósito, que lo seas por los dos.

En sueños, su voz era como un sedante.

—No sabes cómo lo necesitaba.

CAPÍTULO XLVII



«No le temo a la oscuridad, la oscuridad debería temerme a mí», se repitió Aurora mientras contemplaba el espectral paisaje desplegado ante ella.

Había visitado el Asfódelo dos veces más desde que los soldados las dejaron solas. «Dicen que a la tercera va la vencida», pensó mientras daba unos pasos por la pradera en la que había aparecido. No importaba en qué sitio lo hiciese, la niebla seguía siendo la misma, el gris seguía siendo igual de intenso. «Esto empieza a ser como buscar una aguja en un pajar. Peor aún, en un pajar repleto de agujas».

Ningún espíritu parecía prestarle atención. Como siempre, debían de pensar que era una de ellos, la sombra de una adolescente muerta.

—Señorita Lovelace —dijo deteniéndose entre las flores.

La había llamado docenas de veces, pero quizá había llegado el momento de probar otras cosas. Aurora recordaba las enseñanzas de la señorita Chapman, sabía cómo proyectar su consciencia para atraer con la mente a los espíritus.

Cuando cerró los ojos, se sintió como si flotara en el vacío.

—Señorita Lovelace. —Algo frío revoloteaba en torno a sus tobillos: los asfódelos disolviéndose con su contacto. Aurora apretó los párpados—. Señorita…

—Nunca pensé que me alegraría tanto ver una cara conocida.

Al volver a mirar, algo de color rojo había aparecido frente a ella.

Su silueta era tan borrosa que creyó que se encontraba lejos, pero no tardó en entender que se equivocaba. Cuando se dirigió hacia allí, vio que la bruma se espesaba a su alrededor como si naciera de ella, como si fuera… «Una *sídhe*».

—Hola de nuevo, Aurora —dijo Annabel en voz baja.

—¿Qué es esta cosa? —La bruma, vista de cerca, casi parecía sólida; la envolvía como una burbuja—. ¿Es una pared? ¿Una pared hecha de niebla?

—Un fenómeno curioso del que no hablaban mis manuales de espiritismo… Y te aseguro que he leído más de los que podría enumerar.

Cuando Annabel alargó una mano, fueron sus dedos los que se descompusieron al rozar la pared, no la niebla. A Aurora se le abrió la boca.

—Es como una de esas bolas de cristal con figuritas dentro.

—Qué manera más poética de referirse a una prisión. —Annabel bajó la mano poco a poco—. Supongo que es lo que nos merecemos los asesinos.

—Pero si usted está muerta, señorita. No puede haber…

—Cuando esos secuestradores irrumpieron en mi casa, le atravesé el pecho a uno que apareció en el despacho. Quería darle tiempo a Florence para huir, pero se me fue de las manos. El frío le produjo un paro cardiaco. —Annabel se restregó los ojos—. Es el colmo de las ironías que lo que lo matara fuera… el corazón.

No era la única encerrada allí, descubrió Aurora al mirar sobre su hombro, había muchas más siluetas emborronadas por la bruma, tantas que le resultó imposible decir hasta dónde se extendía. «¿Todos esos espíritus son criminales?».

—Creo que el profesor Westwood nos habló de esto… Dijo que hay una parte del Asfódelo reservada a los fantasmas que cometen el peor pecado de todos. Que la regla más importante del Otro Lado es no hacer daño a los vivos.

—Un Purgatorio dentro del Purgatorio. —Annabel resopló—. Es como estar atrapada en una pecera… Como esa ridícula polilla de mi marido.

—No sé por qué os cuesta tanto llamarla Frankie.

Cuando Aurora se giró, vio acercarse a alguien más entre la niebla, aunque sus contornos eran más nítidos que los de los condenados.

—Milord —saludó—, imaginaba que también lo vería por aquí.

—No sé cuántas veces habrá venido ya —replicó Annabel—. Debe de pensar que me paso las horas muertas replanteándome cada segundo de mi existencia.

Su impaciencia, pensó Aurora, no habría engañado ni a un niño.

—Lo de las horas muertas tiene su gracia —reconoció Rosenfield mientras se detenía junto a ella—. ¿Te encuentras bien, Aurora? ¿Y las demás?

—Jia tiene un labio partido, pero lo superará. Florence está histérica perdida, es decir, igual que siempre, y yo odio Alemania con toda mi alma.

Entonces les habló de la travesía en barco, de cómo las habían subido con Roy a un camión, cómo habían aparecido en un calabozo y cómo, después de obligarle a resucitar a un soldado muerto, el general Klingermann se lo había llevado.

—¿Aún sigue en el mismo sitio que vosotras? —preguntó Annabel.

—No tengo ni idea —dijo Aurora—. El problema es que tampoco sabemos dónde estamos. Jia se escapó con una ganzúa para echar un vistazo, pero lo único que descubrió es que es una granja. Nos han encerrado en los subterráneos.

—Debe de haber cientos en todo el Somme. —Annabel miró a Rosenfield—. Necesitaremos más información para que Ada pueda encontraros.

—¿Entonces es verdad? ¿La señorita Chapman ha venido?

Era lo que Jia había deducido de la conversación entre Klingermann y la inglesa, pero Aurora no las tenía todas consigo. Infiltrarse en el frente occidental sin formar parte del ejército no era algo que pudiera hacerse así como así… «Pero es tan cabezota como nosotras —comprendió con una pizca de orgullo—. Es la mejor».

—Le eché un vistazo mientras cruzaba el Canal —confirmó Rosenfield—. Tenía la cara tan verde como el abrigo, pero parecía encontrarse bien.

—Pues sí que debe de querernos para volver a pisar un barco…

—Está pasando la noche en una pensión de Calais, así que supongo que mañana se dirigirá a Courcelette. —Rosenfield miró a su esposa con regodeo—. Pronto me deberás diez chelines, el asunto está a punto de caramelo.

—No digas tonterías —repuso ella—. No te deberé nada.

—Cuando estemos en el Cielo, sí. En un par de días, esos dos…

—Victor, no lo entiendes, no va a…, a haber Cielo. No podré escapar.

Al estirar la mano, la pared de niebla volvió a descomponerla.

—Créeme, he estado bastante entretenida. ¿Sabes cuánto tiempo lleva esa gente aquí? —Annabel señaló las siluetas que vagaban a sus espaldas—. ¿Los esfuerzos que han hecho por expiar su culpa,

por huir de esta prisión? Ninguna de las almas con las que he hablado mató a nadie a propósito, fueron accidentes y aun así…

—Pero tú acabaste con un alemán —contestó Rosenfield.

Los ojos de Aurora pasaban sin cesar de uno a otro.

—Da igual que estemos en guerra, Victor, ¡los alemanes son personas!

—Lo que quiero decir —prosiguió él— es que hiciste lo mismo que los soldados en el campo de batalla. ¿Por qué a ellos se les considera héroes y a ti no?

—Tiene razón —dijo Aurora encogiéndose de hombros.

—Ya sé que la tiene —replicó Annabel, exasperada—. Milord está acostumbrado a verlo todo con una claridad increíble… salvo cuando no le interesa.

—Esto se está poniendo serio. ¿Qué tratas de decirme?

—Que voy a pedirte algo de lo más lógico…

—Otra cosa a la que estoy acostumbrado.

—… pero sé que te vas a negar. Porque te conozco.

Esta vez, incluso Rosenfield se quedó en silencio.

—No —dijo antes de que Aurora pudiera preguntar nada.

—Sabes que es lo que tendría más sentido —contestó Annabel.

—No tendría ni pizca. Ni lo pienses, no va a suceder.

—¿Es que no recuerdas cuánto nos esforzamos hace trece años? ¿Todo lo que hicimos para descubrir la verdad, para que dieras ese último paso?

«Así se conocieron —recordó Aurora; Lucy y Moira se pasaban el día contando la misma historia—. Él le pidió que le ayudara a resolver su asesinato».

—Aún puedes ayudar a Ada —continuó Annabel—. Hacer lo que le prometimos, asegurarte de que regresa a Londres sana y salva… Y, cuando todo haya acabado, decirle a Jia que te envíe de vuelta a

casa. Ese es…, era nuestro acuerdo.

—No voy a marcharme al Cielo sin ti, Annabel. Esperaré cuanto haga falta.

Aurora nunca pensó que oiría a Rosenfield hablar en serio, pero ahora lo estaba haciendo…, tanto que, más que a una promesa, sonó a una amenaza.

—Podrías esperar para siempre —dijo Annabel en voz baja—. Podrías esperar toda la eternidad. Nunca me perdonaría que por mi culpa…

—No tendrás que hacerlo porque sería tan absurdo como… cruzar al Más Allá dejando atrás mis manos, mi cabeza o mi propia alma. No hay ninguna parte de mí que pueda seguir existiendo si tú no estás. —Al ver cómo se le humedecían los ojos, él añadió con ligereza—: Le guste o no, milady, ahora somos un dúo indivisible. Como Holmes y Watson, Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Rómulo y Remo…

Annabel soltó algo entre la risa, el gruñido y el sollozo.

—Rómulo mató a Remo, cariño —le recordó.

—Y tú me matarás del disgusto si no dejas de decir bobadas.

Por eso Rosenfield pasaba tanto tiempo en el Asfódelo, comprendió Aurora con las cejas enarcadas. No era solo para buscar una manera de liberarla, también era para hacerle compañía, para arrancarle una risa incluso allí, en medio de la nada.

—Todo esto es muy romántico… —empezó a decir.

En realidad, le parecía una cursilada insoportable, pero le caían bien.

—Si fuera la señorita Chapman, estaría desmayada de emoción, pero me aburren bastante estas cosas. —Rosenfield pareció tan horrorizado como si hubiera criticado su peinado; Annabel, secándose la cara, volvió a reírse—. ¿Qué quieren que les cuente a

Florence y Jia cuando vuelva? No puedo pasarme el día dormida.

—Diles que pensaremos en un modo de ayudaros —contestó Annabel—. No hay mucho que yo pueda hacer aquí dentro, pero Victor aún es capaz de desplazarse a su antojo por… —Se quedó callada—. Conozco esa cara.

Él había clavado los ojos en los espíritus que merodeaban a lo lejos.

—La conozco demasiado bien —añadió Annabel.

—Dijiste que esa gente lleva siglos tratando de expiar su culpa.

—Creen que es la única manera de huir de aquí. —Ella arrugó la frente—. Me imagino que porque así sucede con los espíritus normales, los anclados a la dimensión de los vivos. El arrepentimiento, a menudo, es lo que les permite cruzar.

«Por eso el Purgatorio se llama así», pensó Aurora.

—El arrepentimiento… y la redención —dijo Rosenfield—. Realizar una acción lo suficientemente buena como para compensar los pecados cometidos.

Aurora empezaba a sospechar lo que tenía en mente.

—¿Cómo has dicho que se llama ese general? —preguntó él.

—Klingermann, pero no sabemos mucho más. Solo que es miembro del Estado Mayor y que los demás soldados parecen tenerle un miedo horrible.

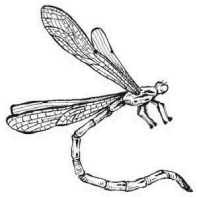
—Un hombre con tantas responsabilidades, con tantísimo poder en sus manos, estará muy ocupado… Pero, en algún momento, tendrá que descansar.

La sonrisa que había amagado hizo parpadear a Annabel.

—Lord Victor Arthur William Rosenfield, no estarás pensando…

—Querida —dijo él—, creo que tenemos trabajo.

CAPÍTULO XLVIII



Fue complicado convencer a Ivory a la mañana siguiente de que no hacía falta que los acompañara a la estación. Después de obligar a Ada a tragarse un mejunje con huevos crudos (creía que era un remedio para la resaca hasta que Ivory comentó lo bien que venía para la fertilidad), de pelearse con Alabaster cuatro veces seguidas y de hacerles prometer que escribirían desde San Sebastián, los despidió con un pañuelito sin poder ver cómo, nada más doblar la esquina, se encaminaban hacia la plaza de la que estaban a punto de partir los camiones del ejército británico.

Habían acordado con Nathan que viajarían con los Fusileros de Lancashire hasta Pozières, el pueblo cercano a Courcelette en el que los esperaba su contacto. Conforme se alejaban de la costa, la temperatura descendía más y, al tratarse de un camión abierto, a Ada no tardaron en castañearle los dientes, tanto que Alabaster le echó su abrigo por encima. Incluso los soldados temblaban aferrados a sus rifles.

—Hace un frío de cojones esta mañana —refunfuñó uno.

—Esa boca, cabo —repuso Nathan, sentado junto al conductor.

—Sopla un viento realmente desapacible —dijo el chico con una mueca, mirando a Ada de reojo— que se cuela hasta la médula de los huesos.

Una prueba del respeto por su capitán era que, cuando Nathan les informó de que los acompañarían dos civiles, no hicieron comentarios ni siquiera al saber que uno era una señorita. Después de tres horas de traqueteos, los otros camiones se desviaron hacia Thiepval, pero el suyo y el que avanzaba detrás, cargado de cajas de suministros, medicinas y munición, continuaron por una carretera comarcal.

—Esta niebla podría cortarse con un cuchillo. —Otro soldado echó un vistazo por una rasgadura en la lona—. Aunque no parece formada por ángeles.

—Una pena —contestó el primero—. No nos sobran manos.

Ada y Alabaster, que estaban charlando en voz baja, se volvieron hacia ellos. El camión era tan estrecho (y Alabaster tan alto) que sus rodillas se tocaban.

—¿De qué diablos habláis? —preguntó un muchacho.

—No me digas que no te has enterado de lo de los ángeles.

—Estuve en Mons hace dos años, poco después de que empezara todo —dijo otro soldado, el de mayor edad—, y no se habló de otra cosa durante meses. Decían que la tierra de nadie se cubrió de una niebla muy rara…

Aquello hizo atar cabos a Ada: se referían a los ángeles de Mons, uno de los sucesos paranormales más curiosos que se habían producido en los últimos años. En el *Light* habían publicado un par de artículos sobre el tema.

—La de hoy sí que es rara. No se ve nada a diez metros.

—Estaba llena de formas extrañas. Parecían siluetas con armaduras.

—Claro que sí —se burló otro chico—, y los fantasmas existen.

Alabaster sonrió cuando sus ojos se cruzaron con los de Ada.

—Vete a saber. A lo mejor era el de Juana de Arco.

—Esa era francesa y los franceses nos odian. Bueno, nos odiaban.

—Mis compañeros insistían en que eran ingleses —contestó el veterano—, los espíritus de los arqueros de Agincourt que lucharon hace siglos en estas mismas tierras. Estaban empeñados en que era una señal de que la divina providencia…

A Ada le costó no reírse de la expresión de Alabaster. Tenía el mismo brillo en la mirada que cuando le habló de sus investigaciones paranormales en Calais.

—A estos no podrás seducirlos para tirarles de la lengua.

—Tengo más estrategias. —Su sonrisa era tan maquiavélica que Ada se alegró de estar sentada—. Como el paquete de tabaco que traigo en el bolsillo.

—Pero si tú no fumas. Ayer dijiste que no soportas el olor.

—La mayoría de los hombres sí lo hacen y a estos les esperan bastantes semanas de racionamiento. Siempre llevo unos Woodbines encima por si acaso.

—Pues ya estás repartiéndolos. —Ada le dio un golpecito con el pie—. Quiero más artículos de A. A. T. para destripar con Louise cuando volvamos.

—Cuando volvamos podrás destriparlos con el autor en persona. —Alabaster se levantó—. Quién sabe, puede que aparezcan firmados por A. A. T. y A. C.

Fue a sentarse junto a los soldados mientras rebuscaba en su bolsillo y Ada se quedó mirándolo con una sonrisa antes de clavar de nuevo los ojos en el paisaje.

«Cuando volvamos». Era sorprendente la cantidad de cosas que podían evocar dos palabras. «Cuando volvamos a la academia. A

casa, juntos…».

—Míralo haciendo lo que mejor se le da, acechar como un buitre.

Hacía tanto frío que ni siquiera notó materializarse a Edith.

—Es el colmo que les haya jurado odio eterno a las médiums falsas. —Había aparecido en el banco de enfrente—. Eso de ganarse la confianza de la gente, sacarle toda la información que pueda, usarla en su beneficio…, es su especialidad.

—Pues más vale que te acostumbres —contestó Ada—. No os va a quedar más remedio que aprender a convivir…, es un decir…, a partir de ahora.

Se volvió para que los soldados no le vieran la cara, aunque no solo por estar con un espíritu: el recuerdo del despertar de aquella mañana, en la alcoba arrullada por el océano, seguía inundándole el estómago de mariposas.

Nunca habría imaginado que un «hola» susurrado en una misma almohada, una mano apartando el pelo que le caía por la cara, unas risas resacosas mientras salía el sol, pudieran resultar más íntimos que lo que habían hecho en el Titanic.

—Creo que es la primera vez en cuatro años que duermo sin pesadillas —había comentado después de vestirse en el baño—. ¿He hablado en sueños?

—No lo sé —contestó él—. Porque yo también he dormido como un tronco.

Pero había esquivado su mirada inclinándose para recoger las copas de champán y aquel simple gesto le había revelado demasiadas cosas a Ada.

—Es mentira —dijo mientras se sentaba en el borde de la cama.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Alabaster.

—Has dejado de mirarme. Siempre lo haces antes de mentir.

Él no había respondido nada, pero la sonrisa con la que se

arrodilló ante ella, agarrándole una pierna para ponerle el botín, hablaba por sí sola. Mientras le abrochaba los botones, unos soldados pasaron bajo la ventana y Ada sintió cómo sus nervios, tras el paréntesis de paz de la noche anterior, regresaban como una estampida.

—¿De verdad tenemos que marcharnos? —susurró.

—Creo que sí —contestó Alabaster y, después de darle un beso en la rodilla a través de la media, estiró el brazo para agarrar el otro botín.

Estaba equivocada, había comprendido en ese momento, por supuesto, que, cuando vivieran juntos, el asunto se les iría de las manos. Tenía tan claro que volvería a recibirlo en su cama como probablemente lo tenía Alabaster.

«Quizá sea lo que los dos necesitamos». A ella le daba pánico la idea de volver a enamorarse y él no podía estar menos interesado en una relación, pero les sentaba bien tenerse cerca. «Dos amigos que se aprecian, que trabajan juntos y que, de vez en cuando, se divierten…, nada más. El amor lo echaría todo por tierra».

Sería suficiente, se había repetido mientras subían al camión; sobre todo, si la alternativa era perderlo de nuevo, esta vez para siempre. «No. No».

—Ada. —Le costó horrores regresar al presente, a la mareante carretera. Edith seguía observándola—. Ada, ¿qué ha pasado en esa pensión?

—Nada —contestó—. Es decir, nada malo. Ha sido… una buena noche.

Pero la tensión en el rostro de su amiga la hizo suspirar.

—Bebimos más de la cuenta, pero solo estuvimos hablando. Lo cierto es que nos entendemos bien…, realmente bien, ¿sabes? Tenemos mucho en común, nos interesan las mismas cosas… Hemos

acabado haciéndonos amigos. Por cierto…

Pero el estupor que percibió en los ojos de Edith la acalló.

—Amigos —repitió al cabo de un segundo.

—Sí. —Le costó tragar saliva—. ¿Por qué me miras así?

—Después de lo que te hizo, de cómo te engañó… ¿Amigos, Ada?

—Todo eso fue… Ocurrió antes de conocernos. De conocernos de verdad.

¿Por qué hacía aún más frío? ¿Y por qué lo sentía tan dentro?

—Dios santo. —Edith se masajeó la frente—. Sabía que eras una crédula, pero esto… es demasiado incluso para ti. Se lo estás poniendo en bandeja.

—¿Tan inconcebible te parece que me aprecien?

Había hablado demasiado alto, tanto que dos soldados la miraron.

—Ni siquiera hablo de que me quieran… —Se esforzó por bajar la voz, pero le costaba controlarla—. Solo de que me tengan cariño. De que me valoren.

—Ada, estás rodeada de personas que te valoran, tantas que no podrías contarlas con los dedos de las dos manos. ¡No necesitas a ese cretino para nada!

—No, no lo necesito, pero lo quiero en mi vida… de un modo u otro.

Qué estúpida se sentía de repente. Con su entusiasmo, con sus esperanzas, con sus sueños románticos. Con su abrigo sobre los hombros. Con su olor.

—Vete —ordenó después de que ambas guardaran silencio.

—No puedes hablar en serio —contestó el espíritu.

Pero Ada supo que no se refería solo a lo que acababa de decir.

—Si eso es lo que te parezco, una descerebrada, prefiero que te marches. Me has dejado muy clara tu opinión sobre mí; no necesito que me la repitas.

De todas las cosas que le habían dolido últimamente, ninguna lo había hecho tanto como leer aquella mezcla de emociones en los ojos de Edith. El desconcierto absoluto, la incredulidad, la duda. Después, la decepción. Y, al final, la tristeza.

—Nunca le perdonaré por lo del Titanic —aseguró—, pero tampoco por lo que te está haciendo ahora. Eres más inteligente que esto, Ada.

Y, mientras los soldados seguían hablando, se desvaneció.

Solo cuando el viento volvió a sacudir la lona reparó en lo húmedos que tenía los ojos. Los sentía tan fríos como si la escarcha de Edith se le hubiera metido dentro, como si la hubiera devuelto al Atlántico Norte con sus palabras.

Porque Edith…, Edith no solía equivocarse, pero Ada lo hacía todo el tiempo; por eso le había pedido en Grace Church que se convirtiera en su guía. «Me comprometí a protegerte de cualquier amenaza —le había recordado poco antes de que Alabaster reapareciera—, tanto en la dimensión de los muertos como en la de los vivos».

«No tiene razón. —Se esforzó por respirar hondo—. En esto no».

—Ada —Oyó decir de repente—. ¿Te estás mareando?

Alabaster había dejado de hablar con los soldados para acercarse.

—Tienes la misma cara que cuando cruzábamos el Canal.

—No pasa nada. —Sí que sentía el estómago revuelto, aunque por motivos muy distintos—. Solo estoy deseando que lleguemos. Estas carreteras son…

Pero Edith no era la única que había intentado prevenirla. «Nadie se metería de cabeza en el Somme, en el puñetero Somme, solo por un alto el fuego —le había dicho Nathan mientras navegaban hacia Calais—. Ese cretino trama algo».

Carraspeando, Ada se quitó el abrigo para devolvérselo. Alabaster,

que se había agarrado al techo, se quedó tan sorprendido que tardó en recogerlo.

—Si estás disgustada por lo de anoche… —Tras ponérselo de nuevo, se sentó a su lado—. Siento que se nos fuera la mano con el champán.

—Ah. Ah, no, no te preocupes. He tenido resacas mucho peores.

—No me refiero a eso. —Él se detuvo—. Me refiero a lo de después.

Esta vez, fue Ada quien no se atrevió a mirarlo.

—Te dije que no quería que te arrepintieras de…

—No lo hago —se apresuró a contestar—. De verdad.

—Debería haber parado antes. No era lo que habíamos acordado.

—Eso no importa. —Ada vaciló antes de agarrar su mano, la misma que sujetaba cuando se despertó—. Todo está bien, en serio. Es solo que…

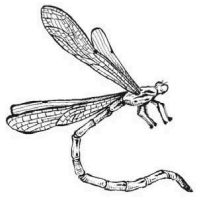
«Es solo que quiero creer en ti. Que deseo con toda mi alma que lo que me has dicho sea verdad. Que me muero por significar algo para ti, aunque solo…».

Sus dedos temblaron entre los de él. «Aunque solo sea amistad».

—Tienes las manos heladas —dijo Alabaster—. Es este maldito viento…

—No tendrá que soportarlo mucho más —dijo Nathan desde el otro lado del camión. Ada se sonrojó al comprender que debía de haberlos visto… y que, a juzgar por su expresión, pensaba lo mismo que Edith—. Estamos llegando.

CAPÍTULO XLIX



«No le temo a la oscuridad, la oscuridad debería temerme a mí», se dijo Florence por enésima vez buscando algo reflectante en el calabozo.

Los bordados de sus uniformes eran demasiado mates. La ganzúa de Jia, demasiado pequeña. La jarra que les habían llevado, demasiado mugrienta, parecía de barro más que de latón.

—Si te pones así de exquisita, no conseguiremos nada —gruñó Jia.

Al mirar a Aurora, Florence vio que seguía perdida en uno de sus trances, pero a Jia le faltaba poco para subirse por las paredes.

—Ahora mismo te pareces a la polilla de lord Rosenfield.

—Al menos ella podía observar el mundo a través de un cristal. —Jia cerró los ojos con la cabeza contra la pared—. Yo solo puedo miraros a vosotras en vez de liarme a puñetazos con los alemanes.

«Tiene que haber algo que pueda pedirles. —Florence continuó con la inspección el calabozo—. Algo brillante pero inofensivo, como…».

Sus ojos, de nuevo, se posaron en la jarra. «¿Un vaso de latón?».

Era mucho suponer que los tuvieran, pero no perdía nada por intentarlo. Tras dudar un segundo, se dirigió a la puerta y llamó con timidez.

El corazón le retumbó al percibir unos pasos, pero no fue el general Klingermann quien apareció. Florence reconoció al chico rubicundo con una marca de nacimiento en la frente: era el soldado más joven de la granja, el que se había presentado horas antes con el agua y unos mendrugos.

—Esto… —comenzó—. ¿Podrías traernos algo de beber?

El soldado, confundido, frunció el ceño. Florence se esforzó por desempolvar el poquísimo alemán que había aprendido gracias a su niñera Bertha.

—*Trinken* —recordó, y se señaló la boca.

Esta vez, el muchacho sí la entendió. Señaló algo más allá de Florence y, cuando se dio la vuelta, vio que se refería a la jarra del suelo.

—Más *trinken* —imploró—. Por favor. *Bi… Bitte*.

—*Sie sagten mir… ich könne nicht mit dir reden* —murmuró él.

—Por si acaso, tu madre —dijo Jia sin abrir los ojos.

Pero el soldado, tras dirigir una mirada inquieta al corredor, se llevó un dedo a los labios, desabrochó un botón de su guerrera y rebuscó en el interior.

Cuando sacó la mano, sujetaba una petaca. «Es de metal… Perfecto».

—Gracias —dijo Florence, incrédula, cuando se la dio.

—*Es tut mir Leid* —contestó el chico en voz baja.

Y, tras observarla un momento, se apresuró a cerrar la puerta.

—Significará «Arriba Alemania» o algo así. —Jia se incorporó mientras la llave volvía a girar en la cerradura—. No sé para qué se molesta, puedo pasearme de aquí para allá como… Oh, no —dijo al

reparar en la expresión de Florence.

Se había quedado mirando la puerta con la cara colorada.

—No —repitió Jia—. No irás a decir que qué…

—… guapo —murmuró Florence.

Oyó cómo el chico se alejaba, pero solo unos metros.

—Sigue ahí fuera… —añadió a media voz.

—De verdad que no te podemos sacar de casa, Florrie.

—Quiero decir que no tengo mucho tiempo. —Miró a Jia—. Si el general vuelve a visitarnos, no tardará nada en dejarle pasar. —Al echar un vistazo a Aurora, vio que seguía en el séptimo sueño—. Te va a tocar montar guardia, Jia.

—Es decir, lo que he hecho desde que os conozco.

Con un resoplido, Jia atravesó el calabozo y se sentó de nuevo, esta vez con la espalda apoyada en la puerta. Florence hizo lo mismo dando vueltas a la petaca, más elegante de lo que esperaba: en un lateral había una bandera rodeada de motivos militares y pergaminos con cosas que no pudo entender.

En el otro, en cambio, no encontró más que tres iniciales.

—M… B… I… —descifró entornando los ojos.

—Más Bobo Imposible —contestó Jia—. ¿Te sirve o no?

—Sí, es aluminio. —Florence la frotó con la manga, pero no hacía falta, relucía como una patena—. Está tan limpia como si acabaran de fabricarla.

«Se la debieron de regalar al alistarse». Pensó en una familia alemana hojeando en silencio los periódicos, consultando las listas de bajas a toda prisa. Temblando cada vez que recibía un telegrama de Francia. «No, no pienses en esas cosas».

Cambió de postura hasta que la luz, una hilacha gris que caía desde el agujero del techo, incidió sobre la superficie de la petaca.

—¿Y bien? —dijo Jia pasado un rato—. ¿Ves algo?

—De momento, solo mi cara, pero no me metas prisa…

—Pues bien que presumías de rapidez delante de los Rosenfield.

—Antes era más sencillo, pero ya os dije que la mujer no quiere que la vea —se defendió Florence—. Dejó de buscarme cuando el espejo se tragó a Lucy.

Su reflejo oscilaba de un lado a otro al hacer girar la petaca.

—No llegamos a acabar el relato —dijo de repente—. El del rapto de Deirdre MacDonnell, en Albemarle Street… Los secuestradores nos interrumpieron.

—Sabemos cómo terminó, la quemaron en la hoguera.

«Pero puede que esa no sea toda la historia», pensó Florence.

—A sus vecinos, por mucho que los hubiese ayudado, no debió de hacerles gracia que se dedicara a resucitar a los muertos. A lo mejor su marido regresó con la mente tan destrozada como la gente a la que Roy… —Se calló cuando dos puntos, rodeados por unos círculos claros, aparecieron en el aluminio—. He visto algo.

Un momento después, el reflejo de otro rostro femenino se superpuso al suyo, aunque mucho más delgado, con el pelo oscuro y la mirada melancólica.

—Está aquí. —Se inclinó sobre ella—. Señora MacDonnell…

—Eres inasequible al desaliento, Florence Cury.

Parecía sonar más resignada que enfadada.

—Te advertí de que estabas poniéndote en peligro. —Seguía viendo las iniciales a través de su mejilla—. Por eso, no volví a visitarte.

—Fue usted quien empezó a hacerse la encontradiza.

—Porque no pensé que todo se complicaría tanto. Quería protegeros antes de que ella descubriera dónde estaba Roy, pero parece que es demasiado tarde.

—¿Se refiere a la *sídhe* que se llevó a Deirdre MacDonnell?

Su silencio fue más elocuente que ninguna respuesta. En cuanto a Jia, solo podía oír a su amiga, pero parecía hacerse una idea de la conversación.

—Hemos descubierto lo que ocurrió hace doscientos años…, lo de su pacto con Deirdre. Aparece en un libro de relatos irlandeses titulado *Paseando entre los túmulos*.

—Nunca imaginé que mi estirpe sería famosa —comentó la mujer.

—Sabemos que la raptó, que la hizo permanecer en el Tír na nÓg y que, cuando le permitió marcharse, le dio el don de resucitar a los muertos…, a cambio de regresar algún día con ella. Quería tenerla en su plano durante toda la eternidad.

—El lugar que viste con tus propios ojos hace unos días.

«El bosque —recordó Florence. Sintió cómo se le erizaba la piel bajo el terciopelo del uniforme—. Los cuerpos cubiertos de corteza…, incluido el de Lucy».

—Tu compañera también está allí —añadió la mujer—. Ahora forma parte de lo que más adora, su colección personal. Se lleva a quien se le antoja en cada momento: a veces, por diversión; otras, por simple curiosidad. Otras…, por amor.

«Porque la *sídhe* la amaba —decía el relato— y, comparada con lo que había conocido hasta entonces, aquella devoción brillaba como una luz en la niebla desdibujando todo lo demás».

—Pero su don resultó ser un regalo envenenado.

—Típico de los *sídhe* —respondió la mujer—. Es la principal advertencia de los cuentos, nunca confíes en sus promesas. Son manipuladores natos.

—La gente a la que Roy resucita está viva, pero no son como antes. Están llenos de rabia, de agresividad… Y ahora que el general Klingermann lo…

Florence se detuvo, pero no parecía oírse nada en el corredor.

—Despejado —confirmó Jia apoyada aún en la puerta.

—El general Klingermann quiere usarlo —continuó su amiga—. Obligó a Roy a traer de vuelta a un enemigo caído, un sij que luchaba junto a los ingleses.

—Pero eso no puede ser. Los soldados suelen morir por heridas de guerra.

La chica se acordó del turbante ensangrentado del sij.

—Y esos resucitados —añadió la mujer— están igual que al fallecer.

—¿Quiere decir que sus cuerpos conservan todas las lesiones?

—Es verdad —dijo Jia de repente, poniéndose en pie.

Florence la observó atravesar el calabozo para sentarse a su lado.

—Lo sé por lo que Heather le dijo a la señorita Chapman poco después de que le llevaran a Roy. Quería traer de vuelta a la señorita Lovelace… y Heather le aseguró que, si lo hacía, estaría tan enferma como antes. Que sería una agonía.

—Exacto —dijo la mujer—. Es absurdo esperar que empuñe un arma un hombre con la cabeza atravesada de un balazo, los intestinos fuera del cuerpo o…

«No necesitaba imaginarme esas cosas», pensó Florence.

—Pero… nosotras lo vimos. Ese sij resucitó.

Por primera vez, la mujer parecía preocupada.

—Si eso fuera verdad, estaríais en problemas. Significaría que el don de la *sídhe* ha evolucionado. Hasta ahora, Roy era incapaz de hacer eso.

—El general Klingermann pegó a Jia —dijo Florence en voz baja—. Lo hizo delante de él para que le obedeciera. A lo mejor estaba tan asustado que…

Ni siquiera necesitó acabar la frase. Jia apretó los puños con fuerza.

—Hay que romper ese cochino pacto cueste lo que cueste.

—Es imposible —dijo Florence—. Nadie ha conseguido hacerlo.

«Un pacto con la buena gente no se puede romper —le había advertido la *sídhe* a Deirdre MacDonnell—. Estarás atada a tu promesa toda la eternidad. Incluso después de morir».

—No —contestó la mujer—, pero se puede sustituir por otro.

—¿Un nuevo pacto? —«Ay, madre»—. ¿Cómo se hace algo así?

—Ofreciéndoles a los *sídhe* algo que les interese aún más.

—Pero si su plano es el Tír na nÓg… y nosotras estamos aquí, ¿cómo…?

Al recordar cómo su consciencia había atravesado el espejo, cómo la niebla había estado a punto de atraparla, Florence sintió que se le humedecían las manos.

—No, vosotras dos no podéis entrar…, pero ella sí.

Al mirar por encima de la petaca, Florence comprendió que se refería a Aurora. Seguía tendida con las manos sobre el pecho como una niña victoriana muerta.

—¿Aurora? —Su mirada hizo atar cabos a Jia—. ¿Por qué?

—Ella puede viajar al Asfódelo —titubeó Florence—. Y esa condesa que murió le dijo a la señorita Chapman que… hay algo al lado de la muerte. Que hay un plano paralelo o algo así… ¿Es posible entrar en el Tír na nÓg de ese modo?

—Solo lo sabremos si lo intentamos —dijo la mujer—, pero sería mejor esperar a la noche. No sabemos cuánto tiempo tardaría Aurora en descubrirlo.

«Tiempo que le regalaríamos a Klingermann», pensó Florence.

—Espero que su hijo esté bien. —Imaginar a Roy en manos de aquel sádico la hizo sentirse aún peor—. Que no se hayan atrevido a hacerle nada…

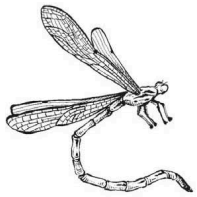
—Ah. —La mujer la observó un momento—. Mi hijo.

Algo en su tono de voz desconcertó a Florence.

—Creo que te equivocas con respecto a mí. —En sus labios había aparecido una sonrisa tan tenue como la luz del techo—. No soy Méav MacDonnell.

—¿Qué…? —empezó a decir la chica, pero ya se había desvanecido.

CAPÍTULO L



Cuando Ada se asomó desde el camión, descubrió que el terreno había empezado a elevarse, a medida que se aproximaban al Somme, hacia una cumbre que parecía espiarlos por encima del manto de niebla. Debía de tratarse de la zona que los aliados habían tardado meses en conquistar, pensó mientras contemplaba las colinas de tiza blanca; no costaba entender por qué Alemania la había defendido con uñas y dientes. «Tiene pinta de ser uno de los enclaves más estratégicos de la región».

Varios aviones británicos pasaron sobre ellos, pero sus motores no eran lo único que se oía. Pudo captar un estruendo a lo lejos, y otro más…

—¿Explosiones? Hay…, ¿hay una batalla ahora?

Los soldados estallaron en carcajadas.

—Aquí siempre hay explosiones, señorita —dijo uno.

—Esto es el frente occidental —dijo otro sentado a su lado—, el peor escenario de las peores batallas en la peor de las guerras. El peor sitio del puto mundo.

—¡Esa boca! —repitió Nathan, y el cabo se encogió de hombros.

Ada ni siquiera pudo sentirse ofendida. Sus dedos apretaron los de Alabaster al distinguir, sobre la brumosa cenefa del horizonte, unos parches de color oscuro en medio de la niebla que lo envolvía todo. «Columnas de humo…».

—No nos acercaremos tanto —dijo él en voz baja—. Hace tiempo que las cosas se han calmado en Pozières. Estaremos a bastante distancia de allí.

—Nosotros, puede —dijo Ada—, pero las chicas y Roy…

«Por eso has venido hasta aquí —se recordó a sí misma mientras otro manchurrón negro, parecido a un surtidor, se elevaba a lo lejos —, para llevarlos a casa».

—¿Creía que las cosas iban a ser como en Londres, una nochecita al mes como mucho con zepelines? —El veterano de Mons resopló—. Hace meses que nos dormimos con eso, nos despertamos con eso, nos tomamos el té…

—La bazofia con sabor a petróleo que llaman té.

—… con eso. Si no había calibrado los inconvenientes, todavía está a tiempo de darse la vuelta. El Somme no es para las señoritas impresionables.

—La próxima vez que acabe en el hospital, Brandeth, procure no comentarle eso a la enfermera encargada de recolocarle las tripas —le aconsejó Nathan, y los hombres se carcajearon aún más. En aquel momento, el camión se detuvo y Ada estuvo a punto de caer de bruces—. Pozières —anunció su amigo.

Se puso en pie, echándose el rifle al hombro, y bajó de un salto. Tras despedirse de los soldados, que empezaban a pelearse por los últimos Woodbines, Ada se agarró a la mano de Nathan para descender también, pero se llevó una sorpresa al mirar a su alrededor. Había imaginado un pueblo francés con sus granjas, sus casitas, su iglesia, pero… se encontraban en medio de la nada más

absoluta.

—Eh… —Giró sobre sus talones—. ¿Dónde está?

—Aquí —dijo Nathan—. Esto —incidió en la palabra— es Pozières.

A Ada se le cayó la mandíbula. A ambos lados de la carretera, confundiéndose con las colinas debido a la niebla, se extendían unos montículos de escombros, lo único que quedaba de una aldea destruida por el fuego de artillería.

—Querrá decir que era. —Alabaster, que había bajado tras ellos, parecía igual de perplejo—. Se ha convertido en un descampado… ¿Qué ocurrió?

—Una de las peores batallas del Somme. Casi veintitrés mil bajas.

Los edificios no eran más que amasijos de ladrillo y vigas rotas, envueltos todavía en el olor acre de los explosivos y rodeados de árboles arrancados de cuajo.

—Tengo amigos que lucharon aquí. —Mientras el segundo camión aparcaba a sus espaldas, Nathan echó a andar y Ada y Alabaster lo siguieron. Solo los restos de un viejo molino seguían en pie, aunque también parecía herido de muerte—. Hasta hace unas semanas, esto era la calle principal, pero los alemanes la bombardearon durante doce días seguidos. Una auténtica matanza a cielo abierto.

El suelo tembló bajo los botines de Ada con otra explosión.

—Ahora entiendo por qué te parecía el Infierno. —Se agarró la falda para pasar sobre un montón de despojos—. ¿Las trincheras quedan muy lejos?

Media docena de granadas sin explotar, varios rifles despedazados, un sombrero australiano rajado por la mitad, una lata de galletas abollada.

—Lo suficiente para que ciertas actividades pasen desapercibidas.

Al volverse hacia Nathan, lo vio observar con el ceño fruncido cómo unos soldados sacaban con disimulo unas cajas del segundo

camión.

—Eso apesta a contrabando a diez kilómetros —dijo Alabaster.

—La especialidad del capitán Lennox. —Nathan gruñó—. El día en que el alto mando meta las narices en sus asuntos, se le caerá el pelo.

—Para eso, tendrán que levantar el culo de sus poltronas.

Unos ladrillos crujieron tras ellos y, cuando Ada se dio la vuelta, vio acercarse a un oficial entre los escombros. A diferencia de Nathan, no llevaba la gorra reglamentaria y el viento le revolvía los rizos negros veteados de gris.

—Willoughby. —Una sonrisa ladina—. Qué placer.

—Sé que le encanta verme —respondió Nathan de mal humor—. Le recuerdo a la autoridad de la que se burla cada puñetera vez que respira.

—Es estimulante, no le voy a mentir. Pero nunca había venido con amigos.

Tenía la piel morena y, pese a la barba de varios días, Ada distinguió un par de cicatrices de metralla en su rostro. «¿De qué me suena ese apellido?».

—Hemos convencido al capitán Willoughby para que nos trajera —se adelantó Alabaster—. Somos reporteros de guerra y nos han encargado escribir una crónica sobre los últimos avances en el Somme.

—Mira qué bien, propaganda gratis. ¿Para qué periódico?

Un chico se acercó con una de las cajas del camión. Lennox cortó la cuerda con una navaja, echó un vistazo al contenido y sacó algo envuelto en estraza.

—Para la *Pall Mall Gazette* —dijo Alabaster—. Están bastante implicados.

—Siempre es la *Pall Mall Gazette*. Deben de pagar de maravilla.

—Si no lo hicieran, mi compañera y yo seguiríamos en Londres.

«Miente demasiado bien», pensó Ada con desasosiego. La última advertencia de Edith se le había quedado impresa como una huella dactilar.

—Si vas a soltar una sarta de embustes, chaval, procura hacerlo ante alguien a quien no se le dé mejor que a ti. —Los oscuros ojos del capitán brillaron mientras se volvía hacia ella—. Encantado de tenerla aquí, señorita Chapman. Encontrará menos comodidades que en su academia, pero volverá con alguna historia que contar.

La perplejidad de Ada le hizo reírse entre dientes.

—August me envió un telegrama avisando de que venía.

—Espere. —Ada parpadeó—. ¿Usted es el amigo que tenía en el frente?

—Uno de los amigos. No gana para disgustos por nuestra culpa.

Cuando le hizo una señal al camión, este empezó a alejarse.

—¿Westwood le ha explicado por qué está aquí? —preguntó Nathan.

—Me ha contado algo sobre la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, un caso que les habían encargado investigar y un mocoso secuestrado por los alemanes. —El capitán seguía observando a Ada —. Una espiritista, nada menos.

—¿Piensa tomárselo a guasa como todo lo demás? —replicó ella.

—No. —La sonrisa de Lennox se acentuó—. Por mucha dignidad con la que lleve este uniforme, no siempre he sido soldado. —Nathan resopló—. Síganme.

Mientras las explosiones continuaban retumbando a lo lejos, los condujo por una estrecha senda despejada delante del molino, cuyo muro estaba repleto de balazos. Un poco más allá se distinguían unas tiendas improvisadas mediante lonas.

—El hospital de campaña —explicó Lennox sin pararse—. Si se

portan bien, no tendrán que pisarlo. ¿Qué se sabe sobre la próxima ofensiva, Willoughby?

—Nada nuevo, pero se supone que es inminente.

—Más vale que sea verdad. Mis hombres están hasta los mismísimos…

—¿Se refieren a Courcelette? —preguntó Alabaster. Cuando Ada tropezó con unos cascotes, la agarró para que no se cayera—. ¿Van a intentar tomarlo?

—Esa es la idea, pero los mandamases aún no se han puesto de acuerdo. El mayor Silverstone está reunido con el general Rawlinson para trazar el plan de ataque.

Ada sintió cómo una oleada de impaciencia le subía por el pecho.

—El niño del que le ha hablado August no es el único rehén de los alemanes. —Se soltó de Alabaster—. Tres alumnas mías también están en Courcelette.

Alabaster se quedó con la mano en el aire.

—He atravesado el Canal, he llegado hasta la línea del frente, ¿y ahora tengo que esperar de brazos cruzados mientras unos politicuchos…?

—En eso consiste la guerra, Chapman —contestó Lennox—, en gente jugando al ajedrez con nosotros sin quitarle el sueño lo que nos ocurra. Los de la Oficina de Guerra cenan tranquilamente en el Savoy mientras el bueno de Gilbert, que ya perdió una oreja en la segunda guerra de los bóeres, se pudre en este agujero inmundo por su país. —Señaló a un soldado apoyado en los restos de un muro—. ¡Eh, Gilbert!

El capitán le lanzó el paquete que acababa de sacar del camión.

—Calcetines recién llegados de Calais, pero cierra el pico.

—Gracias, capitán —gimió el soldado con alivio.

—Ahora entiendo por qué es tan popular entre sus tropas —

repuso Nathan—. A costa, claro está, de saltarse el reglamento sobre uniformes.

—Si conoce un modo mejor de combatir el pie de trinchera, soy todo oídos.

—Tiene que haber algo que pueda hacer —se empeñó Ada.

Al ver que el capitán no se detenía, correteó para ponerse ante él.

—Courcelette —insistió— está a menos de tres kilómetros. Si espera que me siente encima de una piedra hasta que empiece la ofensiva…

—Tres kilómetros, no —dijo Lennox—. Tres kilómetros de tierra de nadie.

—Tres kilómetros —repitió Ada, y lo agarró por los hombros—. No pienso quedarme atrás y me da igual cuántas bombas me tiren encima.

Un grupo de soldados sentados delante del hospital había dejado de hablar para prestarles atención. «Otra viuda medio loca», comentó uno.

—Y si va a aludir también a mi impresionable naturaleza femenina…

—Usted no conoce a mi mujer ni a mi hija —dijo Lennox.

En ese momento, una explosión aún más fuerte hizo temblar los cascotes y, un segundo después, otra columna de humo se elevó en el horizonte.

—¿Ha oído eso, Chapman? —El capitán señaló en aquella dirección—. Es un concierto precioso el que tenemos aquí, ¿no le parece? ¿Sabe cuántos hombres saltan por los aires con uno solo de esos proyectiles? ¿Lo que podría pasarle si la dejo entrar en las trincheras y los malditos alemanes apuntan hacia allí?

—Dígame qué puedo hacer. ¡Cualquier cosa menos esperar a…!

—Se supone que habla con los muertos, ¿no es así? No necesita

estar en la tierra de nadie para saber si alguien se ha quedado anclado, ¿me equivoco?

Aquello la cogió por sorpresa… porque era verdad. En el espacio devastado entre las trincheras tenía que haber más almas en pena que en ningún otro lugar de la Tierra. Incluida la superficie del Atlántico Norte el 15 de abril de 1912.

«Edith». La culpa le apretó el estómago como un torniquete. Edith no tardaría ni un segundo en localizarlas, era la principal tarea de los espíritus guías, pero Ada no podía olvidar cómo se habían despedido. «Tengo que resolver esto sola».

—No —contestó—. Puedo percibirlos a bastante distancia.

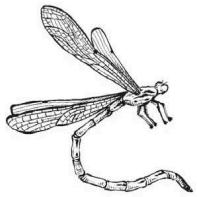
—Pues pregúnteles a los últimos que han palmado si saben algo sobre sus chicos. Demuéstreme que están en Courcelette y la dejaré acompañarnos. He visto morir a demasiada gente con nombre y apellido desde que empezó la guerra. —Lennox sacudió la cabeza—. No me pida que cierre los ojos mientras lo hace también usted.

Por primera vez, Ada distinguió en su mirada lo mismo que le encogía el corazón cada vez que hablaba con Nathan, una oscuridad que, más que una simple sombra, era un abismo. Un pozo sin fondo de horror.

—¿Dónde puedo instalarme mientras lo intento?

—Supongo que un sitio alto sería lo ideal —dijo Lennox señalando el molino. Su aspecto era aún más lamentable desde ese ángulo: había perdido las aspas y parte del muro se había venido abajo—. Por eso se derramó tanta sangre aquí.

CAPÍTULO LI



—Imagino que estará familiarizada con la cultura clásica.

Tras ordenar que no le interrumpiese nadie más que su ordenanza, el general Klingermann se había dirigido con Caroline Morland a los subterráneos de la granja, donde casi parecía hacer más frío que en el ruinoso patio.

—Obviamente. —Los peldaños estaban tan desgastados que Morland se agarró a la pared—. La Orden de Cassandra no se llama así por casualidad.

—Entonces habrá oído hablar de los Inmortales.

Un soldado montaba guardia al pie de la escalera. En cuanto vio al general, sacó una llave con la que abrió una puerta y se apartó para dejarles pasar.

—Eran un regimiento de élite del ejército persa —dijo Klingermann mientras la conducía por un oscuro corredor—. Estaban especializados en el combate con lanzas cortas.

—Lo sé, lucharon contra los griegos en las Termópilas.

«Otro hombre empeñado en darme lecciones. —Morland se esforzó por mantener la compostura—. Recuerda que lo necesitas…

Al menos, por ahora».

—Por supuesto, Heródoto dejó claro que no era imposible matarlos. —El olor era tan desagradable que Morland decidió no preguntarse qué usos habrían dado a la granja—. Sencillamente, la rapidez con que los sustituían al ser heridos hacía pensar que no se podía acabar con ellos. —Klingermann abrió otra puerta—. Que, por muchas flechas que encajasen, su número continuaba siendo el mismo.

Entonces desembocaron en una estancia que Morland tomó por un almacén antes de reparar en el centenar de hombres sentados en su interior.

Sus uniformes habrían parecido idénticos a los de los soldados de arriba de no ser por una sangre tan coagulada que parecía negra. Al mirar al más cercano, vio que también tenía el pelo ensangrentado… y que le faltaba una oreja.

Hasta que no chocó con una pared, Morland no fue consciente de que había retrocedido. El muchacho sentado a su lado, descubrió al mirarlo, había perdido un brazo: se veía sobresalir un hueso roto de la manga de su uniforme mientras que unas vísceras (¿eran intestinos?) brillaban en el vientre del de detrás.

—Los Inmortales eran impresionantes. —Al mirar al general con la cara lívida, vio que estaba tan tranquilo como si acabara de enseñarle unos fusiles—. Pero imagine lo que habrían hecho los persas con auténticos inmortales.

Los soldados los miraban en silencio. «Están… ¿Están vivos?».

—¿Para esto quería al chiquillo? —murmuró.

Un ojo medio derretido, probablemente por una explosión, la observaba desde un rostro carbonizado. Sintió cómo la invadía un miedo helado.

—Estará de acuerdo en que un regimiento al que no se puede

matar porque sus miembros ya están muertos le resultará más útil a Alemania que un archiduque. —La sonrisa de Klingermann, sin embargo, le pareció más terrorífica que nada de lo que veía—. Johann, tráele un té a la señora —dijo a su ordenanza, que acababa de entrar con un pañuelo en la nariz—. Creo que tiene mucho que procesar.

Y, mientras Morland continuaba paralizada, el general regresó a la superficie, silbando entre dientes, para echarse un rato. La noche anterior apenas había pegado ojo y el cansancio acababa pasando factura incluso a un prusiano.

Lo último que esperaba esa mañana, después de que la guerra hubiese ocupado sus pensamientos durante meses, era regresar a su club de Charlottenburg.

Lo habría reconocido antes que su propia casa. El resplandor de las lamparitas colocadas sobre las mesas. La chimenea con un retrato del káiser en el faldón. El oro del Rin *desgranado por un gramófono. El perfume amaderado de los cigarros.*

Incluso los conocidos con los que coincidía cada día estaban allí. A través de la puerta de la sala de billar creyó reconocer, de hecho, a su sobrino Ernst…

—Está bastante concurrido para encontrarnos en plena guerra.

Al girar la cabeza, Klingermann descubrió que no se hallaba solo, había otro hombre sentado en el butacón de enfrente. Un caballero con el pelo negro y ondulado y ojos claros.

—Supongo que pocas cosas animan tanto como el fervor nacionalista. —Tamborileó sobre el cuero del reposabrazos—. He estado un par de veces en Berlín, pero no lo recordaba tan entretenido. No le importa que me siente aquí, ¿verdad, general?

—Creo que ya lo ha hecho —repuso Klingermann.

—Cierto. —El hombre sonrió—. Pero los modales nunca están de más.

Era mucho más joven que Klingermann y, a diferencia de la mayoría de los miembros del club, no llevaba un uniforme militar ni la insignia de la Cruz de Hierro. «Un niño de papá inútil», pensó mientras volvía a prestar atención a la sala de billar.

Qué raro que Ernst estuviera allí. Creía que lo habían matado en Verdún…

—En realidad, este encuentro no ha sido fruto del azar. —El desconocido parecía la viva estampa del relax con una pierna cruzada sobre la otra—. Me enteré de que podría encontrarlo aquí y se me ocurrió pasarme para… charlar un poco.

—¿Char…? Espere un momento. Usted es inglés.

Hablaba un alemán perfecto, pero su acento resultaba inconfundible.

—Descuide, no soy un espía de su graciosa majestad. Como he dicho, solo estoy de paso. Ah, ha pedido un Mampe… Buena elección, pero soy un hombre de costumbres.

Hizo un gesto para atraer la atención del camarero y entonces Klingermann descubrió, en su propia mano, un vaso de su licor de hierbas preferido. «Esto cada vez es más extraño».

—Por las dos cosas más importantes, la guerra y las esposas. —Cuando le sirvieron un whisky, el inglés chocó su vaso con el de Klingermann—. Usted está casado, ¿me equivoco?

El general dedujo que acababa de reparar en su anillo de oro.

—Yo también. —El hielo tintineó dentro del vaso del inglés—. Me habría encantado que mi esposa me acompañara… Ella fue, de hecho, quien descubrió dónde encontrarlo. Tiene madera de detective. —Sonrió, mientras, como si lo resumiera todo, añadía—: Y es pelirroja.

—Pues enhorabuena por su felicidad conyugal, pero no entiendo…

—Siempre he pensado que la lealtad debe ser la piedra angular de un matrimonio. Estar al lado del otro cuando más nos necesita, ser su puerto seguro…, su luz en la niebla.

El general pensó en Elisabeth, su esposa, y el licor le tembló.

—En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza… Seguro que le suena todo eso. La cuestión —añadió el inglés— es que mi esposa me necesita ahora.

El tintineo del hielo, descubrió Klingermann, se había detenido.

—Digamos que se encuentra en una situación comprometida.

—Déjeme adivinarlo, su señora ha acabado entre rejas por pasarse de lista. —Klingermann apretó la mandíbula—. Se ha enterado de que ostento un puesto de poder en el alto mando y, como docenas de aprovechados antes que usted, ha decidido apelar a mi buena voluntad.

—Es un modo de decirlo. Necesita... —otro silencio— un indulto.

La áspera risotada del general atrajo la atención de algunos de los presentes.

—Ya puede marcharse por donde ha venido. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme. Además, aunque quisiera ayudarles, dudo que pudiese…

—Sí, sí que podría. Porque posee cierta información que necesito.

El gris de los ojos del desconocido, de repente, era tan duro y frío como el metal.

—Sé que es el responsable del secuestro de un niño llamado Roy Bowie. Que su gente asaltó el 23 de Albemarle Street, en Londres, para hacerse con él. Que lo han llevado a Francia…

—Pero, si solo lo saben..., ¿cómo se ha enterado de eso?

—Y que lo ha encerrado en algún sitio cercano a Courcelette. No en las ruinas del pueblo, ya lo he comprobado: está en otro lugar,

una granja, junto con tres muchachas.

El gramófono seguía sonando, pero las conversaciones se habían apagado: todos los presentes los observaban. Unos ancianos, inclinados sobre un periódico, atravesaban a Klingermann con la mirada. Detrás del mostrador, el camarero hacía lo mismo con una copa a medio servir.

—Y usted —concluyó el inglés— me va a decir cuál es ese lugar.

—Váyase al Infierno —respondió Klingermann.

Los caballeros seguían en silencio. El inglés sonrió.

—No, Klingermann, es usted quien acabará allí.

—¿Para eso ha venido? —El general se levantó—. ¿Para amenazarme?

—¿Tío Heinrich? —oyó preguntar a alguien.

Los hombres de la sala de billar también habían sido atraídos por sus voces. Uno acababa de detenerse en el umbral y, pese a tener la cara ensombrecida, lo reconoció.

—Ernst. —Dio un paso hacia él—. Me pareció que eras tú, pero…

Al acercarse más, Klingermann se estranguló con su propia voz.

La mitad del rostro de su sobrino era un amasijo de carne, tendones y piel sanguinolenta. Algo se había llevado por delante parte de su calavera, abriendo un boquete por el que se distinguían sus dientes partidos y arrancándole, junto con el hueso del pómulo, el ojo derecho.

El vaso que sostenía Klingermann se hizo añicos sobre la alfombra.

—Es curioso que le sorprenda su aspecto. —El inglés continuaba en su butacón—. Fue usted quien lo envió a Verdún como distracción durante la ofensiva del Somme.

Eran heridas producidas por fuego de mortero; las había visto cientos de veces.

—Sabía que sería una escabechina, pero lo hizo de todos modos.

Era su manera de dejarle claro al alto mando que ni siquiera la familia se encuentra por encima de la patria.

—¿Cómo sabe eso? —Klingermann retrocedió—. ¿Cómo…?

—Tío Heinrich. —La sangre borboteó de la boca de Ernst, o lo que quedaba de ella, cuando intentó pronunciar su nombre—. Me… Me duele, tío Heinrich…

Los cristales crujieron bajo los zapatos del general.

—Pare. —Miró al inglés con los ojos muy abiertos—. Ahora mismo.

—¿A qué se refiere? —contestó este.

—Es usted quien lo está haciendo, es usted quien…

—Me duele —volvió a balbucear su sobrino mientras tropezaba con una mesa.

A su alrededor, los miembros del club continuaban en silencio, pero no era a Ernst a quien observaban. Por perturbador que fuera su aspecto, parecía haber algo en el rostro de Klingermann que los desagradaba aún más, algo invisible que arrancaba muecas de repugnancia.

—¿Sigue negándose a decirme dónde está Roy Bowie?

Al ver que Klingermann no respondía, el inglés también se puso en pie.

—Bueno, no importa. —Suspiró—. Imaginaba que no resultaría tan sencillo.

—Tío Heinrich —sollozaba Ernst mientras el inglés apuraba su whisky.

—Disfrute del resto de la velada, general. —Dejó el vaso en la mesa—. Tengo que marcharme, pero no se preocupe —le palmeó el hombro—, volveremos a encontrarnos.

En su cuarto de la granja, Klingermann despertó con un jadeo ahogado.

Tardó una eternidad (o, al menos, eso le pareció) en entender que ya no estaba en Charlottenburg. Un raquítico retazo de cielo francés, tan impregnado de niebla como antes, se distinguía a través de la ventana; el viento seguía aullando en el exterior y, en la habitación de al lado, sus hombres hablaban en voz baja.

—Solo ha sido un sueño. —Estaba tan empapado que el uniforme casi se le había pegado al colchón—. Una estúpida pesadilla.

Una que su cerebro había recreado con todo lujo de detalles. Recordó el olor a cigarros del club, la música de Wagner, el cuero del asiento…

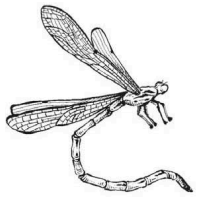
La mandíbula pulverizada de su sobrino. «Me duele, tío Heinrich».

—Solo ha sido un sueño —repitió.

Pero el roce de la mano del desconocido, pensó mientras se tocaba el hombro, se parecía demasiado al de alguien de carne y hueso.

Y aquel «volveremos a encontrarnos», a una amenaza.

CAPÍTULO LII



Era noche cerrada cuando Ada, sintiendo las piernas tan inseguras que apenas la sostenían, bajó la escalera de caracol del molino. Alabaster charlaba en el exterior con el capitán Lennox, pero se callaron al verla aparecer.

—¿Y bien? —quiso saber el segundo. Sostenía una botella que debían de estar pasándose—. ¿Había algún fantasma con el que hablar?

—Sí. —Ada tragó saliva—. Alguno.

Sabía que daría igual con cuántos espíritus contactase a lo largo de su vida, el recuerdo de los de Pozières se le iba a quedar grabado a fuego.

El cabo al que habían disparado por encender un cigarrillo en el escalón de tiro, con la tapa de los sesos destrozada y la pitillera entre los dedos.

El que había perdido la mitad del torso debido al fuego de mortero.

Un muchacho escuchimizado, tan joven que tenía que haber mentido al alistarse, al que unas ratas habían abierto la garganta

mientras dormía.

Cuatro soldados que se habían metido el rifle en la boca, incapaces de soportar tanto horror, cuyas caras casi había tenido que imaginarse.

Llevaba rodeada de muerte desde que tenía uso de razón, pero nunca la había sentido tan cerca, tan… sucia. Al alzar la cabeza, vio que Alabaster estaba mirándola y supo, sin necesidad de que dijera nada, que adivinaba lo que había pasado.

—La tierra de nadie está plagada de espíritus, casi tantos como cadáveres. —Se obligó a apartar los ojos—. Están demasiado horrorizados por sus propias muertes para marchar en paz. Son… —Ada se detuvo—. Son miles.

—Quién iba a decir que lo de los ángeles de Mons no serían exageraciones.

—Oímos hablar de ello mientras veníamos hacia aquí —dijo Alabaster—. Por lo visto, una niebla muy extraña se propagó por el campo de batalla…

—Y, como esa vez no nos machacaron, los soldados empezaron a decir que nos habían salvado soldados espectrales. —Lennox puso los ojos en blanco—. En fin, vamos a lo que importa, ¿le han contado algo interesante sus fantasmas?

«Lléveme a casa, por favor». «Necesito que sepan que no tuve miedo». «Nunca me atreví a confesarle a Lydia lo que sentía». «Quiero vivir, vivir, vivir…».

—Sobre mis alumnas, no —dijo Ada en voz baja.

—¿Había alemanes? ¿Mencionaron al general que está tras esto?

«*Nein* —sollozaba un prusiano de rodillas—, *nein…*».

—Solo hay un modo de rescatar a las chicas —casi no le salía la voz— y es estar cerca cuando caiga Courcelette. Tengo que entrar en las trincheras.

Por encima de las cabezas de Alabaster y el capitán, el viento sacudía las lonas del hospital de campaña, el único lugar en el que quedaban luces encendidas. Hacía tanto frío que Ada se rodeó con sus propios brazos para entrar en calor.

—Si lo que me ha explicado August es verdad, los fantasmas conservan el aspecto con el que murieron —dijo Lennox—. Habrá visto lo que les pasa ahí fuera.

La mandíbula arrancada de cuajo de un artillero. Ada asintió.

—La primera línea es una carnicería —insistió Lennox—. No puedo prometerle que saldrá ilesa si entramos en acción. Con doscientos hombres a mi cargo…

—Lo sé —dijo Ada—, pero… he llegado demasiado lejos.

Alabaster, comprobó con el rabillo del ojo, seguía observándola.

—Bien —dijo el capitán pasado un momento—. Mañana por la mañana la llevaré a nuestro búnker. Puede dormir en el molino; estará algo más cómoda.

—Me quedaré en el barracón de los soldados —dijo Alabaster.

Parecía luchar contra algo, quizá el impulso de pedirle hablar a solas, pero Ada asintió y, antes de que le dijera nada más, regresó al molino.

El interior estaba casi tan destruido como lo de fuera: faltaban varios peldaños de la escalera, obligándola a saltar por encima, y la pared circular se encontraba plagada de desconchones. Tras desembocar en el piso de arriba, donde no había más que unos cajones de municiones y varios sacos mohosos, subió por una escalerilla hasta el cubículo desde el que había convocado a los fantasmas.

La lámpara que Lennox había improvisado para ella, una botella con una mecha encendida, continuaba junto a un montón de paja. Los bombardeos habían roto la rueda del molino, tan grande que

casi ocupaba media estancia, y Ada colgó su sombrero de uno de los maderos antes de acercarse a una pequeña ventana.

Una luna llena brillaba como un ojo gigantesco, convirtiendo el paisaje en un mapa militar: hacia el nordeste, a apenas tres kilómetros, el perfil de Courcelette; al noroeste, Thiepval, a donde había regresado Nathan. Entre ambos, las ruinas de una pequeña granja («Esos cabrones sí que son duros de pelar», había dicho el capitán Lennox) y, enfrente del molino, algo que Ada tomó por montículos de barro antes de comprender que se trataba de vehículos cubiertos con lonas.

«Serán más camiones», pensó mientras se quitaba las horquillas, guardándoselas en el fajín, y sacudía la melena para desenredársela…

—Diría que te compadezco, pero las trincheras serán incluso peores.

Cuando una corriente sopló tras ella, Ada sintió cómo se le helaba la sangre, pero el espíritu que acababa de aparecer no pertenecía a un soldado.

—Me gustaría definirlo como pintoresco —Rosenfield arqueó una ceja ante la rueda de molino rota—, pero esa mentira no se la creería nadie.

—Al menos, nadie que le conozca —dijo Ada—. ¿Qué hace aquí?

—Tengo entendido que, cuando los gerifaltes se reúnen en sus búnkeres, suelen pasar revista a los acontecimientos del día. Es mi obligación informarte de cómo está yendo todo en el otro plano. Fíjate, si tienes hasta un colchoncito…

—¿Su esposa está bien? —preguntó ella en voz baja.

—Estará bien —aseguró él—. Hay un general, Klingermann…

—Espere, ¿un general alemán? ¿El que secuestró a los chicos?

A esas alturas, creía estar habituada a los golpes de efecto de

Rosenfield, pero la naturalidad con la que dijo aquello hizo que Ada se quedara sin aliento.

—Eso tengo entendido. He dado con su consciencia en el mundo onírico. Con su alma mientras duerme —explicó Rosenfield—, aunque, mejor dicho, fue tu maestra quien la encontró. La verdad es que Doyle se sentiría orgulloso de ella…

—¿Dónde está? —dijo Ada de inmediato—. ¿Dónde tiene a mis chicos?

—Todavía no he averiguado su paradero, pero estoy trabajando en ello. Hoy he empezado a visitarlo en sueños. —Rosenfield esbozó una sonrisa que no recordaba haber visto nunca en él—. Digamos que nos estamos haciendo amigos.

—¿Cómo que amigos? —repitió Ada con desconfianza.

—Deja que los expertos hagan su labor y concéntrate en sobrevivir.

El capitán Lennox tenía razón: ahora que el viento no le cortaba la cara, se sentía menos destemplada, tanto que se desabrochó el abrigo. Cuando lo colgó al lado del sombrero, vio que Rosenfield aún seguía allí.

—¿Algo más sobre lo que quiera informarme, milord?

—En realidad, sí —admitió—, aunque no tiene que ver con la guerra.

Deslizó una mano incorpórea por las grietas de la pared.

—He coincidido en el Asfódelo con varias víctimas del Titanic.

—Lo sé; Edith me contó que habló con Fotheringay y Wildingham.

—Eso fue cuando Annabel y yo nos reunimos con la condesa. Pero ayer volví a toparme con la señora Wildingham, que es encantadora, por cierto, y me presentó a otra pasajera de primera clase a la que conociste, una tal señora Cuthbert.

A Ada le llevó unos segundos recordar a quién se refería.

—Sí… La subieron al Carpathia después de mí. Estábamos…

—En el mismo bote, aunque le fue bastante peor, murió a consecuencia de la hipotermia. Ella se acuerda de cómo te recogieron.

—No me extraña, menudo espectáculo. Debió de haber un problema con las sogas y el bote se quedó colgado. Tuve que agarrar una tumbona, sacarla por una ventana de la cubierta de paseo y gatear hasta…

—No se quedó colgado. Esperaban a alguien.

De nuevo, Ada se esforzó por hacer memoria. Había muchos rostros conocidos, tantos que se sintió como en el comedor de primera clase.

—Bueno, la gente más rica del Titanic iba en ese bote, así que…

—Ada, te esperaban a ti. Porque cierta persona se lo pidió.

Ella abrió la boca, pero no pudo responder.

—La señora Cuthbert me contó que, mientras bajaban el bote, apareció un joven corriendo cubierta arriba —continuó Rosenfield—. Un tal señor Arlington.

—Pero… —trató de decir Ada—. Ese era el apellido de…

—Le preguntó al contramaestre si estabas dentro. «La he visto subir —le aseguró—, tiene que estar a punto de llegar». El contramaestre le dijo que no, pero le ofreció el último asiento; sabía que no quedaban más botes, pero Arlington se negó a aceptarlo. «Esperen a la señorita Chapman, por favor. Sé que aparecerá».

—Eso no puede ser, milord… ¡Ningún bote esperó por…!

—Le dio todo el dinero que llevaba encima. La señora Cuthbert me dijo que el contramaestre se quedó sin habla. «Unos minutos más», insistió.

Bajo el molino, dos soldados hablaban de camino hacia el barracón, pero Ada no entendió lo que decían. Era incapaz de

reaccionar, de pensar.

—Y, entonces, Arlington se fue —prosiguió Rosenfield—. Se marchó sabiendo que habría sido su única posibilidad de salvación. Se resignó a morir, como el resto de los caballeros... —La observó largamente—. A cambio de que tú vivieses.

Hasta que no sintió una presión en la espalda, Ada no se dio cuenta de que había retrocedido. Se quedó apoyada en la rueda, demasiado conmocionada para hablar, con un nudo húmedo en la garganta y los ojos clavados en Rosenfield.

—Y ahora, Ada Chapman, escúchame bien. —Dio un paso hacia ella—. Tenía veinticinco años cuando morí y hay muchísimas cosas que ignoro, pero las únicas de las que me he arrepentido han sido aquellas que no me dio tiempo a hacer. —Rosenfield señaló la ventana—. Ahí fuera tienes a un hombre que daría un mundo, que ya trató de hacerlo una vez, por una existencia a tu lado.

«Tenía una misión y la llevé a cabo lo mejor que pude... —le había dicho Alabaster en la academia—, aunque terminara pagando un precio muy alto».

—Esos son los momentos que nos definen —añadió el espíritu—. No todos los héroes lo son por dar un paso adelante en la tierra de nadie. Algunos lo son por dar un paso atrás en el Titanic. Solo quiero que lo tengas en cuenta.

—Milord, yo… —El nudo le impedía hablar—. Yo…

—No tienes que decir nada. Sé que pensarás en ello. Lo sabía antes de venir.

Entonces, con una brisa que revolvió las briznas de paja, Rosenfield desapareció y Ada se quedó a solas, aunque no por demasiado tiempo: apenas había respirado un par de veces cuando se materializó de nuevo ante ella.

—No le cuentes esto a Annabel o me pasaré la eternidad en el

diván.

—Lárguese de una vez —ordenó Ada, y volvió a esfumarse.

El silencio no pareció adueñarse solo del molino, fue como si el hospital de campaña, el barracón, las trincheras y Francia entera contuvieran el aliento.

La mente de Ada, en cambio, gritaba con todas sus fuerzas. Con cada palabra de Rosenfield, un recuerdo había regresado a su memoria, como pinceladas de un cuadro que, contemplado a distancia, representaba un paisaje inconfundible.

Cuando el contramaestre Perkins la había visto aparecer, lo que le había ordenado desde el bote no había sido «acérquese», había sido «acérquese de una vez».

Cuando discutían sobre si recoger a más náufragos o no, Perkins la había mirado de reojo diciendo: «El tiempo de la caballerosidad ha quedado muy atrás».

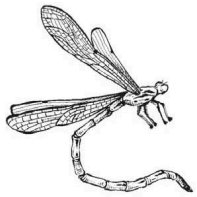
Y, cuando volvieron a verse en el Carpathia, Alabaster no había intentado hablarle, ni siquiera se había acercado, pero… «Llamabas a tu maestra sin parar».

Había estado observándola mientras dormía. La había cuidado como una sombra, como un fantasma. «Quería estar cerca por si necesitabas algo».

Se encontraba tan abstraída que, cuando oyó un «¿Ada?», tardó en entender que no había sonado en su cabeza. No era una de las voces de sus recuerdos, descubrió al darse la vuelta sin parar de temblar, ni tampoco había aparecido otro espíritu.

Alabaster acababa de asomarse por la trampilla del suelo.

CAPÍTULO LIII



—El capitán Lennox me ha dado esto para ti.

Traía un uniforme de soldado doblado sobre un brazo. Ada lo observó dejarlo en el suelo antes de impulsarse hacia arriba; hizo una mueca por el pie.

—Está tan remendado que da vergüenza ajena, pero supongo que servirá. Lennox dice que pasaremos más desapercibidos así. —Alabaster miró el pelo suelto de Ada, no muy convencido, antes de fijarse en su cara—. ¿Te encuentras bien?

«No», habría querido responder, pero le resultó imposible.

—Ada —dijo él pasados unos segundos—, sé que contactar con esos espíritus te ha hecho polvo, pero no dejo de pensar que te ocurre algo más…, que te ocurre algo conmigo. Si es así, dime qué es porque me estoy volviendo loco.

Sonaba tan preocupado que a Ada se le inundaron los ojos. «Un hombre que daría un mundo por una existencia a tu lado».

—Bien. —Al ver que no decía nada, Alabaster retrocedió—. Lo entiendo. Si es lo que deseas, no te incordiaré más. Mañana regresaré para…

—¿Por qué no quisiste contarme lo del bote?

Aquello lo paralizó como si le hubiera echado un maleficio.

Se dio la vuelta poco a poco y ambos se quedaron mirándose de un lado a otro del molino. El hecho de que no respondiera con un «¿de dónde has sacado eso?» le hizo saber dos cosas a Ada: que realmente creía en lo que hacía, porque solo podía habérselo revelado un espíritu…, y que era verdad.

Por supuesto que lo era. Lo había tenido delante todo el tiempo.

—Dímelo. —Sentía la voz hecha pedazos—. ¿Por qué…?

—¿Me habrías creído? —dijo Alabaster en voz baja.

No hizo falta que Ada contestase, sabía la respuesta. Lo habría tomado por otra de sus artimañas, un embuste con el que solo pretendía embaucarla. «Eres un cobarde y un mentiroso —le había echado en cara—, y una mala persona».

—¿Por qué lo hiciste? —consiguió decir.

—Porque estaba enamorado de ti.

¿Cómo podían brillarle tanto los ojos de repente?

—Porque he estado enamorado de ti desde que te vi por primera vez. —Dio un paso hacia ella—. Desde que te pisaste el vestido en la maldita escalera del Titanic y tuve que correr para recogerte.

Solo había sido atracción, se había repetido Ada, deseo compartido, necesidad…, pero, cuando le devolvió el revólver en la biblioteca, sus dedos se habían rozado y en los ojos de Alabaster había visto algo que no debería estar ahí.

Lo mismo que veía ahora. Necesidad, sí, pero…

—He pasado cuatro años, cuatro condenados años, obligándome a odiarte. —Parecía más alto que nunca en esa diminuta habitación y, a la vez, vulnerable como un niño—. Repitiéndome que solo debía pensar en ti como en una enemiga. Una criminal que no merecía lo que me hacía sentir, la encarnación de lo que había jurado erradicar

de la faz de la Tierra, pero… no ha servido de nada.

«Tiene que resultar agotador odiar a alguien tanto como me odias a mí», le había dicho Ada en Albemarle Street después de que le curase el brazo.

«No te haces una idea», había respondido Alabaster.

—Te quería con tanta fuerza que me obligaba a detestarte con más fuerza aún. No te mentí con lo de las violetas, dejé de pasar por los jardines de Kensington porque acordarme de tu olor, de cómo me sentía a tu lado, era una tortura.

«No sé cómo lo haces —le había susurrado en el Titanic mientras bailaban—, pero estoy sonriendo más en estos días que en toda mi vida».

—Cuando te encontré en mi camarote… —empezó Ada.

«Por favor, dime que no son imaginaciones mías», le había pedido desde la puerta.

—Te pregunté si me querías. Y tú me respondiste…

—Que me habría gustado decirte que sí, pero… que no podía.

La boca de Ada, en algún momento, había empezado a saber a sal.

—Tampoco esa vez te mentí —prosiguió él—. Quería decírtelo, me moría por gritártelo a la cara, pero me habían encargado una misión y… lo único que pude hacer fue buscarte ese asiento en el bote. Y después, cuando volvimos a encontrarnos, era demasiado tarde, nuestro futuro se había hundido con el barco.

Se había detenido delante de la ventana, con la brisa revolviéndole el pelo, y la botella convertida en lámpara dejaba en sombras la mitad de su cara.

—«El héroe que ha dedicado tantos esfuerzos a acorazarse que no sabe vivir sin una armadura». Así me describiste en el refugio antiaéreo.

Ada tardó en ser consciente de que tenía la cara empapada.

—Se suponía que la armadura tenía que protegerme, pero se ha vuelto tan pesada que siento que me ahogo solo con mirarte, y no puedo soportarlo más. —Alabaster sacudió la cabeza—. No puedo soportarlo más.

Entonces los dos se quedaron callados, sosteniéndose la mirada en un silencio que amenazaba con aplastarlos, hasta que Ada atravesó la habitación.

Cuando se puso de puntillas, su boca también le supo a sal, aunque no estaba segura de a quién pertenecían las lágrimas. Lo agarró de la cara, haciéndole inclinarse sobre ella, mientras las manos de Alabaster se posaban en su espalda poco a poco, tan inseguras que Ada creyó que se desharía de ternura.

—Yo tampoco puedo soportarlo más —le susurró.

Sus ojos, cuando se apartó unos centímetros, parecían hechos de agua. La tomó también de las mejillas, acariciándoselas con los pulgares, y la contempló como si le costase creer que algo tan mágico pudiera ser real antes de besarla de nuevo.

Sin que Ada supiera cómo, ni tampoco cuándo, aquel beso se convirtió en algo mucho más intenso, un arrebato que hizo que Alabaster, agarrándola de las caderas, la levantara con un «ven aquí». Ella enroscó las piernas a su alrededor para que la condujese en volandas como a una de las heroínas de sus novelas pese a que en ninguna se describiesen cosas como las que estaba sintiendo.

En *Un esposo de conveniencia*, los protagonistas no se tambaleaban como hicieron ellos, chocando con la rueda de molino, una viga derrumbada y sus propios pies, ni rompían a reír entre beso y beso mientras caían sobre el montón de paja.

En *Una ninfa en Versalles* no explicaban que cada botón, cada broche y cada lazada podían convertirse en un campo de batalla

capaz de rivalizar con los del Somme.

En *Los brazos de un dios del norte*, por explícito que fuera, no se mencionaba que el cuerpo tiene memoria, que el modo en que Alabaster le quitó las medias le recordó al Titanic como el destello de una vida pasada, una en la que aún no eran ellos.

Y en *Cortejo en el Gran Cañón* no se hacía referencia a que los escalofríos pueden ser cálidos, como los que sintió cuando por fin la apretó contra él, sin nada más que la camisola de satén, larga hasta los muslos, y los pololos de encaje.

Hacía tiempo que el abrigo, el chaleco y la camisa de Alabaster habían acabado en el suelo. Mientras le recorría el cuello con los labios, las manos de Ada bajaron por su pecho desnudo, maravillándose de que un cuerpo pudiera ser tan duro y suave a la vez, hasta detenerse sobre la hebilla de su cinturón.

—No —susurró él contra su piel, y la agarró de las muñecas.

—Lo… Lo siento —contestó Ada, confundida—. No pretendía…

¿Le había recordado aquello a las cosas que había hecho para la Orden? La idea de que pudiera sentirse con ella como con Gwendolyn Danvers, como con cualquiera de las mujeres que lo habían tocado sin que lo deseara, le encogió el estómago.

—Creo que no me has entendido. —¿A qué venía esa sonrisa?—. Me has dejado claro que podría haberme… lucido más durante nuestra primera vez.

—Eso no tiene importancia, de ver… —Pero él volvió a interrumpirla.

La hizo caer de espaldas sobre la paja, arrodillado entre sus piernas desnudas, y algo palpitó en sus profundidades cuando deslizó las manos por ellas.

—Puedes considerarlo un ajuste de cuentas. —Se le secó la garganta al sentirlo tirar de sus pololos—. Esta vez, Ada Chapman,

te vas a quedar ahí quieta. —Le levantó las piernas para quitárselos —. Vas a dejar que despliegue mis artes, que te haga unas cuantas cosas de esas que tú y yo sabemos —los dejó caer al suelo— y, cuando haya acabado contigo, me dices si soy un buen amante o no.

Ya no había ni pizca de inseguridad en sus manos: el modo en que las apoyó en sus rodillas, sabiendo exactamente lo que hacía, dejó a Ada sin aliento.

—Me parece bien. —Fue lo único que pudo decir.

La sonrisa de Alabaster se volvió más oscura.

—Lo celebro —dijo recostándose a su lado, sobre el montón de paja, y dejando que su mano se aventurara, como por casualidad, bajo su camisola.

Sus bocas se unieron de nuevo mientras, tras merodear por sus muslos, aquella mano del demonio descendía entre ellos. Ada jadeó en medio del beso cuando su dedo corazón la recorrió donde nadie la había tocado, dejando tras de sí un sendero de humedad, de calor.

«No, no es como en las novelas —pensó con los ojos entornados. Sus piernas se entreabrieron en una invitación muda—. Es muchísimo mejor».

—Así —dijo él en voz baja—. Así debería haberte tocado.

Volvió a trazar el mismo surco entre sus piernas, hundiéndose unos milímetros más en ella, y la humedad de Ada se convirtió en inundación.

—Así debería tocarte cada noche desde ahora.

La caricia se volvió más profunda. Ella se mordió el labio.

—Lo he hecho tantas veces en mis sueños, en mi imaginación —dijo Alabaster mientras un segundo dedo se unía al primero—, que podría cartografiar este territorio de memoria. —Un toqueteo provocador—. Recorrerlo a ciegas.

Casi sin darse cuenta, Ada empezó a moverse contra su mano. Cuando volvió a abrir los ojos, lo descubrió contemplándola con una satisfacción imposible de disimular. «Estúpido orgullo masculino», pensó mientras se agarraba a sus hombros con unas manos tan hambrientas como las de él.

Dios, cómo lo amaba. Con sus grises y sus aristas y su malicia.

—Para no estar viendo nada que no hayas visto ya…, como dijiste en Albemarle Street…, pareces… —Tragó saliva—. Estar regodeándote.

—Te equivocas —dijo Alabaster—. Esto no lo había visto.

La había tenido desnuda en el camarote del Titanic, pero no le costó entender a qué se refería. Sus ojos descendieron por su cuerpo sin dejar de tocarla, observando cómo reaccionaba bajo la camisola de satén, cómo se erizaba por el placer.

«Deliciosamente receptiva», le había susurrado en la cripta.

—¿Te das cuenta? Resuenas como un instrumento. —Cuando deslizó los dedos en su interior, Ada se curvó sobre el montón de paja conteniendo un gemido. Estaba a punto de alcanzar algo… desconocido—. Un violín recién afinado…

—Si me sigues hablando así, es probable que me muera.

Su risa fue un fogonazo en la penumbra. Una sombra luminosa.

—Pues no podemos dejar que suceda. —Su boca le recorrió el escote, mordiéndola con suavidad—. Te quiero viva mucho mucho tiempo para todo lo que pretendo hacerte. —Levantó la cara para mirarla—. Te quiero —repitió.

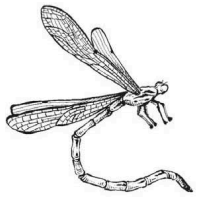
Entonces su pulgar se posó exactamente donde debía y Ada creyó que lo que aún quedaba del molino se derrumbaría por la intensidad de lo que sintió.

El placer se lo llevó todo por delante, su sentido común, su decoro, sus dudas. Quizá pronunció su nombre mientras se deshacía

contra su mano; quizá solo gritó de euforia, de plenitud, aferrada a sus hombros para no perderse a sí misma. Su único pensamiento coherente mientras la marea la arrastraba fue que la señorita Lovelace tenía razón, el Cielo era un estado de ánimo y lo había encontrado a las puertas del Infierno.

Fue una noche muy larga.

CAPÍTULO LIV



Sí, fue una noche muy larga, aunque no tanto como la que, a escasos kilómetros de Pozières, estaba teniendo el general Heinrich Klingermann.

—Sea como sea, deberíamos hacerlo pasar por un accidente.

Hacía tiempo que el humo se había disuelto, pero el despacho aún olía a pólvora.

—Un descuido con la semiautomática. —El inspector de policía sujetaba una Luger envuelta en un pañuelo—. Se le disparó mientras la limpiaba, nada más…

—¿Acertándole en plena sien? —preguntó su compañero con escepticismo.

Era una espléndida mañana de verano y el sol se derramaba sobre los muebles de madera de cerezo, los libros de la biblioteca, las figuritas de bronce del escritorio, los arabescos de la alfombra Biedermeier. Las piernas extendidas que asomaban por detrás de la mesa.

El general sabía que debía acercarse, pero sus músculos no le

obedecían. Se quedó en la puerta del despacho tan paralizado como cuando… sucedió.

—Quizá el general pueda mover algunos hilos. —A juzgar por la expresión del inspector, habría preferido estar en cualquier otro lugar —. Para que no haya problemas con el funeral.

—Porque sería una deshonra contar con un suicida en la familia.

El caballero inglés estaba reclinado contra una pared detrás de Klingermann.

—Habría que recogerlo en el informe como un simple percance.

—No sé yo si será tan simple —dijo el inglés—. ¿Eso de la pared son sesos?

—Que quedara claro —insistió el inspector— que no fue un acto de desesperación.

—O, de lo contrario, no lo enterrarán en sagrado. Qué vergüenza, Klingermann. —Chasqueando la lengua, el inglés señaló la mesa—. Yo que usted empezaría por hacer desaparecer eso.

Había un telegrama encima de la escribanía. No tuvo que leerlo para adivinar su contenido, cada palabra seguía clavada en su memoria como un fragmento de metralla.

—Mi general. —Tardó en darse cuenta de que el inspector, ante su persistente silencio, se había detenido ante él—. Sé que era el marido de su hermana, pero…

—Estamos en guerra —añadió el otro policía—. Usted lo sabe mejor que nadie.

—Pero el hecho es que decidió enviar a Ernst a Verdún. —El inglés examinaba sus uñas—. Sabía lo que podría ocurrirle, y le trajo sin cuidado. Por eso su cuñado decidió meterse un tiro, porque, por su culpa, perdió a su único hijo.

Poco a poco, Klingermann se acercó al escritorio, pero no llegó a coger el telegrama, porque sus ojos se desviaron hacia el cuerpo de

la alfombra. Su cuñado había caído de bruces, así que no pudo verle la cara…, aunque sí el rojo, aún más intenso que el de la lana, extendido bajo su cabeza.

—¿Por qué está haciéndome esto? —murmuró.

—General, son cosas que ya han sucedido. Solo le estoy mostrando el papel que desempeñó en ellas, lo que su conciencia ha intentado acallar… Su responsabilidad.

Las piernas de Klingermann temblaban tanto que cayó de rodillas. Tras unos segundos de silencio (el piar de unos pájaros en la calle resultaba casi insultante), el inglés se apartó de la pared.

—Durante mi funeral, todo el mundo repetía lo buena persona que fui.

Los policías, incapaces de verlo, habían vuelto a susurrar entre ellos.

—Decían que no causé un solo perjuicio a nadie. —Cuando se detuvo frente a él, Klingermann se quedó mirando sus relucientes zapatos—. Que no obré mal a sabiendas ni una vez.

El general se estremecía tanto que apoyó las manos en la alfombra.

—¿Sabe a qué creo que se debió, Klingermann? A que nunca tuve motivos para actuar de otro modo. A que no hubo nada ni nadie que amenazara lo que más quería. Ahora bien —el desconocido se acuclilló ante él—, si resulta que mi esposa, de repente, está en peligro…

Cuando Klingermann lo miró, sus ojos también parecían fragmentos de metralla.

—… creo que podría comportarme como un auténtico desgraciado.

El general apretó los dientes con fuerza. Pasara lo que pasase, no podía dejar que los policías se dieran cuenta; no podía hacerlo aunque sus entrañas gritasen de horror.

—Dígame dónde tiene a Roy Bowie —ordenó el inglés.

—¡No pienso contarle nada! ¡Por mucho que me presione, que intente…!

—Bien. —El joven, encogiéndose de hombros, se puso en pie—. Podemos seguir con este juego el tiempo que le apetezca. De algo servirá tener toda la eternidad por delante.

—Debería comer algo, mi general.

—He dicho que no, Johann, márchate de una vez.

—Pero ha pasado casi un día entero desde la última vez que… Lo único que ha tomado ha sido café. ¿Cuántas tazas lleva esta noche, cuatro?

—Eso no es de tu incumbencia. Quiero que me dejéis en paz.

—Dijo que mañana sería un día duro, mi general. Si no se cuida un po…

—Por Dios, Johann, ¡lárgate o te meteré un puto tiro!

El bramido de Klingermann casi hizo que al ordenanza se le cayese la bandeja. Traía un guiso por el que sus soldados habrían dado años de vida, pero se resignó a llevárselo mientras su superior, con la frente empapada, respiraba hondo.

Desde una esquina, Caroline Morland lo observaba en silencio.

—Sé lo que todos piensan —dijo Klingermann cuando se quedaron solos—. Que la tensión ha empezado a pasarme factura, que estoy… viendo cosas.

—En mi opinión, se encuentra bastante cuerdo —comentó Morland.

—Cuando estoy despierto, sí… Pero, en cuanto cierro los ojos…

—Es Victor Rosenfield. —Klingermann tardó en procesar lo que estaba diciendo. Cuando la miró, la anciana explicó en voz más baja —: El hombre que me ha descrito, el espíritu que se le aparece en

sueños, es el de lord Victor Rosenfield.

—¿De quién está…? —empezó a decir el general, pero Morland se acercó a la mesa improvisada con unos cajones sobre la que había colocado su equipaje. Tras sacar un montón de cartapacios de un bolso, rebuscó dentro del más grueso, volvió junto a Klingermann y, cuando le tendió algo, el general dudó antes de cogerlo.

Se trataba de una fotografía en blanco y negro…, el retrato de un caballero que reconoció de inmediato. El mismo pelo ondulado, con un mechón cayéndole sobre la frente, los mismos pómulos perfectamente cincelados, la misma palidez…

Y los mismos ojos que, de puro claros, parecían transparentes.

—Lo supe en cuanto me describió su aspecto. —Morland debió de deducir lo que pensaba—. Cabello oscuro, ojos grises…

—Este Rosenfield, ¿tenía algo que ver con Chapman?

—Era el espíritu protector de su maestra. Su cómplice, su amante y, si lo que aseguran mis informes es cierto, su esposo… Pero no tiene sentido.

Cuando recuperó el retrato, Klingermann se quedó con la mano extendida.

—Él no debería seguir aquí —dijo la anciana—. Lo asesinaron hace veintitrés años y cruzó al Otro Lado hace trece, poco antes que Lovelace.

«¿El Otro Lado? —Klingermann parpadeó—. ¿Nos hemos vuelto locos?».

—Claro que, cuando Thorne telefoneó… —A su cerebro le costó un esfuerzo ímprobo no perder el hilo. Morland había empezado a pasear de un lado a otro—. Me dijo que una de las aprendizas de Chapman es capaz de invocar a los espíritus que ya estaban en paz. —La mujer se detuvo poco a poco—. Si han conseguido traerlo de vuelta, si Rosenfield se encuentra aquí…, también lo estará Lovelace.

Klingermann tardó en atar cabos, pero lo hizo. «*Mein Gott*».

—Él me habló acerca de su mujer. —Morland se giró—. La primera noche, en Charlottenburg —añadió Klingermann—, mencionó que estaba en problemas.

«Digamos que se encuentra en una situación… comprometida».

—¿Qué clase de problemas? —dijo Morland en el acto.

—Habló de un indulto… —El general se restregó los cansados ojos —. De que, para ayudarla, necesitaba que yo le revelase algo… Cierta información.

«Podría comportarme como un auténtico desgraciado».

—¿El paradero de Roy Bowie? —Klingermann seguía tapándose los ojos, pero oyó acercarse a Morland—. Pase lo que pase, general, no puede hacerlo.

—¿Cree que necesito que me lo recuerde? Llevo meses preparando el terreno para esta operación. —Pese a lo cansado que estaba, o justo por eso, sintió cómo su ira crecía a una velocidad vertiginosa—. Llevo años ajustando los engranajes de esta maldita guerra para que ahora…, por culpa de un inglés de mierda…

Un inglés de mierda que, por si fuera poco, estaba muerto.

—No estoy hablando solo de la guerra —dijo la anciana—. Usted no sabe de lo que era capaz Annabel Lovelace. Si se entera de lo que hemos estado…

—¡Me importa una soberana mierda esa fulana, Morland!

El estallido de Klingermann hizo acallarse las voces que sonaban fuera.

—¡Me traen sin cuidado los problemas que tenga con ella! ¡Si no quiere que la devuelva a Londres de una patada, cierre la boca de una vez, como estaría haciendo si su marido siguiera con vida, y deje de complicar las cosas!

El silencio fue aún mayor ahora, tanto que pudieron oír como si

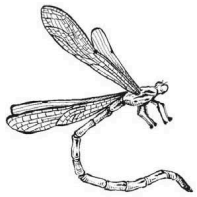
estuvieran a un centenar de metros las explosiones entre Pozières y Courcelette. Para su sorpresa, Morland no dijo nada, solo le dedicó una mirada en la que parecían condensarse todas las cosas gélidas que alguna vez habían existido sobre la superficie de la Tierra antes de recoger el equipaje colocado sobre la mesa.

Cuando salió, las sienes de Klingermann parecieron temblar con el portazo. Cada vez más frustrado, derribó los cajones de una patada, enviándolos contra una pared, antes de dejarse caer en la única silla. Las dos, comprobó en su reloj; entre ese día y el anterior, había dormido… tres horas en total. Como mucho.

Qué cansado estaba, por el amor de Dios.

Cómo le pesaban los párpados…

CAPÍTULO LV



En el silencio del molino, el roce de la cuchilla recordaba a un suspiro.

La sentía deslizarse sobre su nuca como una caricia. Con cada movimiento, otro mechón acababa en el suelo y Ada cerró los ojos, incapaz de seguir mirando.

—Creo que… esto ya está —dijo Alabaster detrás de ella.

Le había agarrado la melena con una mano mientras, sirviéndose de la navaja que le había prestado el capitán Lennox, le cortaba el pelo como Ada le había pedido. Ya estaba vestido con el uniforme y el amanecer que se colaba por la ventana, tan tenue que parecía gris más que rosa, bailaba en los botones de su guerrera.

—Podría haber quedado mejor, pero cumplirá su propósito. —Dejó la navaja—. Cuando volvamos, seguro que te lo arreglan en una peluquería.

Ella alzó una mano, titubeante, y se tocó la cabeza. Ahora su pelo era tan corto que apenas se le hundieron las puntas de los dedos en los rizos castaños.

Alabaster iba a levantarse, pero la lágrima que caía por su mejilla

lo detuvo.

—Ada, ni se te ocurra pensarlo. —Le apretó un hombro—. Si crees que me quedaré de brazos cruzados viendo cómo te hacen daño…

—No es eso —susurró ella, y se echó a llorar—. ¡Parezco un chico!

Aquello hizo que Alabaster, tras un momento de perplejidad, rompiera a reír. «Anda, ven», contestó atrayéndola hacia él para envolverla en un abrazo.

—Si te sirve de consuelo —dijo mientras le acariciaba la nuca, sentados sobre el montón de paja—, eres el chico más guapo con el que me he acostado.

—Bueno —sollozó Ada con la cara hundida en su hombro.

Tras secarle las lágrimas, Alabaster le quitó los últimos cabellos sueltos, la puso en pie y, cogiendo el otro uniforme, la ayudó a vestirse. Ada se dejó hacer sin tener la menor idea de dónde iba nada (¿por qué tenía que vendarse las perneras del pantalón, cuántas hebillas tenían esas condenadas cartucheras?) hasta que, con un «esto también está ya», él dio un paso atrás para inspeccionar su aspecto.

A Ada no le hizo falta un espejo, supo lo que estaba pensando. Su constitución siempre había sido delgada, pero tenía el pecho generoso.

—No le vi quejarse anoche, señor Thorne —se defendió.

—Ni me verás hacerlo nunca. —Alabaster le recolocó los tirantes del correaje para taparle mejor el torso—. Sigo diciendo que es un despropósito.

—Pero adoras todos y cada uno de mis despropósitos.

—Cuando te convierten en una diana humana, no. Todavía podemos…

—No me pasará nada —dijo Ada, y le agarró la mano—. Vamos a quedarnos en la última trinchera, la de reserva. Bastará con no

acercarnos a la alambrada.

Alabaster se limitó a menear la cabeza con resignación. Cuando acabó de ceñirse su propio correaje, le indicó que lo siguiera y Ada empezó a bajar la escalera del molino tras él. Hizo un esfuerzo por no pensar en su antigua ropa, escondida en una mochila bajo el montón de paja, en la melena castaña abandonada en el suelo…

—Mi broche —recordó de repente, y se detuvo.

—Esto ya lo he vivido —dijo Alabaster con un suspiro.

Se había quedado prendido en su blusa de encaje. Con un correteo, Ada volvió a la habitación para rebuscar dentro de la mochila.

—No podía dejarlo ahí —se disculpó al regresar junto a Alabaster con la libélula en la mano—. Pero tampoco puedo ponérmelo… ¿Me lo guardas?

—¿Quieres que lo lleve conmigo? —dijo extrañado.

—Si alguien te ve con él, será menos sospechoso que si me ve a mí. —Ada se encogió de hombros—. Puedes decir que es de una novia o algo así.

Él enarcó una ceja mientras lo guardaba en un bolsillo de su guerrera.

—Y sería verdad. —Se abrochó el botón—. ¿No?

Ada estaba tan pendiente de lo que se les venía encima que tardó en procesar lo que acababa de decir. «Esto significa… ¿Me está pidiendo…?».

—Sí… —dijo incapaz de contener una sonrisa—. Claro que sí.

—Me alegra saberlo. —Alabaster la sujetó de un brazo, tiró con suavidad de ella y la hizo retroceder hacia la pared de la escalera—. Un último beso.

Ada había perdido la cuenta de los que le había dado esa noche, pero ninguno le había sabido tan embriagador…, probablemente

porque, si todo salía conforme a sus planes, no habría más hasta que regresaran con las chicas y Roy. Las hebillas de su correaje tintinearon cuando la apretó contra el muro, sumergiéndose en su boca como para asegurarse de que tendría suficiente de ella los siguientes días…

—Odio tener que ser esa clase de persona...

Cuando se apartaron, vieron que en la puerta del molino, justo debajo de donde se encontraban, había aparecido una silueta conocida.

—... pero creo —añadió el capitán Lennox— que debería contarles un par de cosas sobre lo que pasaría si los pillaran así, siendo, en teoría, dos hombres.

—Ah —dijo Ada contra la pared—. No lo había pensado.

—Pues durarían menos que en la tierra de nadie.

—Tiene razón. —Alabaster retrocedió—. Creo que, de ahora en adelante —le recolocó un tirante medio caído—, deberíamos mantener las distancias.

—Será lo mejor —coincidió ella en tono provocador.

—A partir de este momento —le ajustó la hebilla—, no habrá roces indecorosos. —Con un tirón, acercó más su cara a la de él—. Ni miradas sospechosas.

—Ni una sola —contestó Ada, devorándolo con los ojos.

—Nos van a hacer un consejo de guerra a los tres —gruñó Lennox.

Su expresión, sin embargo, no podía ser más guasona cuando se reunieron con él al pie de la escalera. «Este se huele lo que ha pasado», pensó Ada.

—Unas ojeras preciosas, señorita Chapman. —Le tendió uno de los cascos de acero que traía consigo—. ¿Tan incómodo le ha resultado el molino?

—Ahora soy el cabo Chapman. —Ada se lo puso—. El recluta más varonil del condado de Hertfordshire y la esperanza masculina de mi árbol genealógico.

Cuando salió, caminaba con los puños apretados, la espalda tiesa como una vela y las piernas tan separadas como si acabara de bajar de un caballo.

—Mi chica —dijo Alabaster—. La que nunca llama la atención.

—Le faltan el sombrero de vaquero y las botas con espuelas. —Lennox le palmeó el hombro—. Si sale de una pieza, Thorne, le espera una vida apoteósica.

Las explosiones los recibieron como una salva de cañón. Mientras una humareda se elevaba sobre la tierra de nadie, siguieron al capitán hasta el hospital de campaña, donde varios soldados descansaban junto a una improvisada lavandería, y vieron por primera vez aquello de lo que los periódicos no dejaban de hablar.

La entrada de la trinchera recordaba a la de una tumba. Unos sacos de arena se amontonaban, a modo de ladrillos, a izquierda y derecha del camino, y Ada se detuvo instintivamente. «No seas gallina, has venido hasta aquí por algo».

Alabaster pasó junto a ella, rozándole con disimulo una mano, y aquello la hizo continuar. «Un paso después de otro. Así de sencillo».

—El mayor Silverstone les espera en el búnker. —A Lennox ya le llegaban los sacos por la cadera, pero crecían en altura a cada metro —. Está al corriente de lo que les ha traído a Francia. Le leí el telegrama de August en cuanto lo recibí.

Para cuando doblaron el primer recodo, el parapeto ya se elevaba por encima de sus cabezas. Los sacos se habían reforzado con maderos, aunque a Ada le dio la impresión de que un soplo bastaría para derribarlos, y los cables del tendido eléctrico se mecían con una corriente que hacía encogerse de frío a los soldados.

Todos debían de pertenecer al regimiento de Lennox, porque lo saludaban nada más reconocerlo, incluso aquellos con la mirada encendida por la fiebre.

—Long, tu chocolate. —Le entregó un paquete a uno al pasar. Ada agachó la cabeza, pero nadie parecía prestarle atención—. Aldworth, el tabaco que pediste, pero no quiero saber nada. —Lennox le tiró otro bulto—. Solo júrame por tu madre que te lo fumarás fuera; bastantes problemas tenemos con los gases alemanes.

—De verdad que solo es rapé, señor —protestó Aldworth.

«Será un sinvergüenza, pero es un buen capitán —pensó Ada mientras asistían al descarado reparto de contrabando—, y esta gente está harta de políticos».

—Si alguien les pregunta, acaban de llegar de Leatherhead, uno de los campos de entrenamiento. —Lennox se llevó una mano a la frente para saludar a otro oficial—. Cuando acabemos de hablar con el mayor, les encargaremos alguna tarea sencilla para disimular, por separado. —Una mirada de advertencia—. Pero, en cuanto empiece la condenada ofensiva a Courcelette, más vale que se pongan a resguardo.

—Espere —dijo Ada aminorando el paso—. ¿A qué huele?

No era solo a barro, ni siquiera al sudor de los uniformes, había otro hedor en el ambiente… Dulzón y, al mismo tiempo, nauseabundo.

—No pueden ser las letrinas. Es mucho peor, es como…

—Perro muerto —contestó Alabaster detrás de ella.

—¿Se acuerda de lo que hay más allá de la alambrada, cabo Chapman?

—La tierra de nadie… —De repente, Ada ató cabos—. Oh.

No había vuelto a pensar en los espíritus con los que contactó en el molino, pero considerando el muestrario de destrozos que había

visto, y el hecho de que muchos cuerpos aún siguieran allí, pudo imaginar el panorama.

—Pero… —Esquivaron a otro grupo de soldados agachados—. Esta es la tercera trinchera, la de reserva… ¡Es la más alejada de la primera línea!

—Pues así se hará una idea de cómo están las cosas con nuestros amigos los alemanes —contestó el capitán, y giró a la derecha—. Ya queda poco.

Una trinchera más angosta, tanto que habrían podido tocar una pared con cada mano, unía la de reserva con la siguiente, a la que Lennox se refirió como la de apoyo. El tendido eléctrico se volvió mayor, casi recordaba a una calle con serpentinas y, tras caminar un par de minutos más, desembocaron en una encrucijada.

Una cortina de cuero cubría el acceso a un refugio subterráneo. Las explosiones también eran más cercanas, y Ada las sentía resonar en su interior.

—Aquí. —El capitán colocó a Alabaster a su derecha—. Y usted, aquí. —Puso a Ada al otro lado—. Los quiero a metro y medio como mínimo.

—¿A qué estamos esperando? —se extrañó ella.

—El mayor lleva cerca de tres horas con el general Rawlinson, uno de nuestros mandamases. No se ponen de acuerdo sobre… la utilidad de cierta arma.

—Dudo que lo que opine su colega importe mucho. —Alabaster se apoyó en los sacos—. Un general siempre estará por encima de un mayor.

«Por eso ese Klingermann mueve tantos hilos», pensó Ada.

—Sí. —Lennox sonrió con malicia—. Pero el mayor Silverstone es lord y, como buenos hijos de la Gran Bretaña, eso significa algo. Aunque durmamos rodeados de ratas, estemos llenos de piojos y

apeste a putrefacción a diez kilómetros.

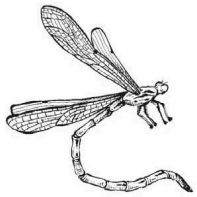
Entonces los tres guardaron silencio y, mientras se arrimaba a la pared para dejar pasar a los soldados, Ada percibió unas voces que procedían del búnker.

«Es demasiado pronto», insistía un hombre. «Es una oportunidad de oro, mayor —contestó otro—, y solo contaremos una vez con el factor sorpresa». Durante un par de minutos, las voces subieron de volumen hasta que, con un «no hay más que hablar», se oyó un estruendo de pasos y alguien apartó de un manotazo la cortina.

El oficial que apareció debía de ser el tal Rawlinson: tenía el uniforme rebosante de insignias, unos bigotes más decimonónicos que la reina Victoria y la mandíbula tan tensa que Ada casi pudo oírla rechinar. Otro soldado correteaba tras él.

—General —saludó Lennox, pero Rawlinson ni siquiera respondió, solo hizo un gesto con la cabeza antes de marcharse a zancadas—. Imbécil —susurró el capitán, y les indicó que lo siguieran—. No tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO LVI



—Se ha dormido hace diez minutos —susurró Johann, el ordenanza.

Sobre la mesa de su cuarto, Klingermann murmuró algo entre dientes. Tenía la cara apoyada en unos mapas militares y una mano apretada en un puño.

—Supongo que no pasará nada… —añadió el ordenanza.

—¿Por qué iba a pasar? —El capitán Ecker, desde la puerta, observaba también a su superior—. ¿Qué hay de malo en que eche una cabezada?

—No lo sé, mi capitán, pero… no quería hacerlo.

Los ojos de Klingermann se agitaban debajo de los párpados.

—El café, en el fondo, es lo de menos. —Johann señaló las tazas amontonadas alrededor de los mapas. Una se había derramado cubriendo Bélgica con una mancha parduzca—. Le he visto pasear durante horas, recitar cosas en voz alta… Le digo que estaba empeñado en no dormir. —Silencio—. Tal vez debería…

—Bueno, Johann, déjalo en paz. Cuanto más descansado esté, mejor.

—Pero si me lo echa en cara cuando despierte, capitán…

—Pues aguantas el rapapolvo como todos y punto. —Ecker se alejó alisando una arruga de su manga—. Dudo que el futuro de Alemania dependa de esto.

Los crujidos de la soga taladrando el silencio.

—Siempre fue la romántica de la familia.

El aroma de unas hortensias insultantemente azules.

La zapatilla caída sobre una hierba recortada al milímetro.

—«Leía demasiado a Goethe», dijo usted al enterarse.

La sombra que se balanceaba sobre las flores, con las manos inertes y la cabeza en un ángulo extraño, como otro fantasma empeñado en atormentar a Klingermann.

—Margarete —consiguió susurrar.

Había regresado a la casa de su sueño anterior, pero ya no estaba en el despacho; acababa de aparecer en el jardín trasero y el cuerpo de su hermana se hallaba ante él. Colgaba de una rama como una fruta meciéndose con la brisa del atardecer.

—¿Se ha preguntado si, de no haber perdido a su esposo, lo habría hecho? —Rosenfield estaba agachado junto a unas hortensias —. ¿Si con la muerte de su hijo habría bastado?

La brisa sopló de nuevo y, cuando su hermana giró sobre sí misma, Klingermann pudo verle la cara. Su piel era morada como los jacintos, sus ojos inyectados en sangre, rojos como las amapolas, y su hinchada lengua, azul como las hortensias.

Margarete, que tenía nombre de flor, se había convertido en un jardín.

—Esto no hubo manera de disimularlo, ¿verdad?

—No. —Klingermann no habría sabido decir de dónde salía su voz —. Tuvimos que enterrarla fuera del cementerio. Nunca podrá

descansar con… su marido ni con su hijo.

«Ni tendrá flores». Nada crecía en esa tierra, solo puñados de ortigas.

—Es bastante injusto. —Rosenfield se inclinó para olfatear una de las flores—. Un crimen solo se considera como tal cuando tienes la mala suerte de que te pillen. Por eso usted se convenció de que su conciencia estaba impoluta, porque nadie le dijo lo contrario.

Sobre la hierba, al lado de la zapatilla, había una fotografía de un muchacho, la última que le habían tomado a Ernst. Margarete debía de estar agarrándola cuando murió.

—¿Va a decirme dónde se encuentra Roy Bowie? —preguntó Rosenfield.

Pero Klingermann no podía imaginar a su sobrino como ese joven rubio de uniforme. Cuando pensaba en él, solo recordaba su cabeza hecha pedazos. Su «me duele, tío Heinrich».

—Usted mismo. Es cuestión de tiempo, ya lo sabe. Para los dos.

—Háble me de…, de ese Victor Rosenfield.

Cuando Caroline Morland levantó la mirada, vio a Klingermann en el umbral de su habitación. Tenía la cara aún más gris, casi tanto como la pared, y en sus ojos parecía haber anidado una colonia de demonios.

Después de que el café demostrase no servir de nada, había decidido probar suerte con la cocaína, pero el agotamiento seguía siendo más fuerte que él.

—Otro sueño delicioso, supongo. ¿Ahora sí le interesa mi opinión? ¿O prefiere que traigamos a Chapman para hablar directamente con mi esposo?

—Morland, no se pase de lista. No estoy de humor.

Ella lo observó con frialdad antes de cerrar el cartapacio.

Klingermann alcanzó a distinguir otra fotografía; esta vez, de una joven con tirabuzones.

—Dijo que había sido el protector de Lovelace.

—Se conocieron poco después de la muerte de la reina. Según los testimonios recopilados por la Orden, empezaron a trabajar juntos en marzo de 1903. —Morland se echó hacia atrás en su silla—. Lovelace estaba en el mejor momento de su carrera, pero se volvió aún más popular gracias a Rosenfield: había sido el soltero de oro de Londres, el niño mimado de la aristocracia… Un reclamo espectacular.

Klingermann tuvo que apoyarse en la pared para que el mundo, aunque fuera por un instante, dejara de tambalearse. Su cerebro parecía plomo derretido.

—¿Qué hace exactamente un espíritu protector?

—Lo mismo que la señorita Edith Evans con Chapman, actúa como un enlace en el Asfódelo, atrae a las almas con las que la médium quiere contactar y, en caso de toparse con fuerzas malignas, la protege como un escudo espectral.

—Pero… —Los dedos del general temblaron—. La fuerza maligna es él.

«Solo le estoy mostrando el papel que desempeñó en estas cosas», le había dicho, pero Klingermann sabía que no era cierto: por muchos errores que hubiese cometido, no podían haber sido tan terribles como en sus visiones.

—Lo que Rosenfield hace con mi mente…, manipular mis recuerdos, convertirlos en armas, usarlos contra mí, parece… —Se detuvo—. Demoníaco.

—Es un espíritu poderoso —reconoció Morland—. No sabe cuánto.

—¡Pero si acaba de decir que solo fue un aristócrata malcriado!

—Algunas almas poseen… —La mujer se detuvo como buscando el

modo más sencillo de explicarlo—. Cargas energéticas superiores a la media. Rosenfield tenía un carisma arrollador, una personalidad que, sencillamente, se negó a morir con él. Eso es lo que más me preocupa: que, mientras estaba vivo, nunca hizo algo así.

Había cruzado las manos sobre el cartapacio como si temiera que los documentos pudiesen escuchar lo que decía.

—Si ha descubierto que es imposible salvar a su mujer, no parará hasta llevárselo por delante. Porque la mejor estrategia para seguir a su lado sería condenarse también y, para conseguirlo, me temo que deberá destruirlo por completo.

La sangre parecía estar por todas partes.

—Se lo advertí, mi general.

Había visto tanta desde el comienzo de la guerra que no debería haberle impresionado, pero siempre había sido en uniformes, en las camillas de los mutilados, en las sábanas de los hospitales de campaña…, no en las delicadas manos del doctor Lorentzen, el médico de la familia.

—Le advertí que no soportaría otro embarazo. —Cuando apartó la vista de sus dedos, su expresión era más acusadora que nunca—. Que no podía permitirse correr ese riesgo.

—Yo… —dijo el general, pero unos gemidos le hicieron detenerse.

La puerta situada detrás del doctor (era la de su alcoba, comprendió de repente) se encontraba entreabierta. Distinguió un retazo de la cama, una doncella llorando sin parar en el suelo, una mano blanca sobre el cobertor…

—He intentado detener la hemorragia, pero no había nada que hacer: para cuando pude sacar al niño, era demasiado tarde. Solo le quedó aliento para preguntar si era un varón.

—Querría asegurarse de que al menos él tendría su cariño.

Rosenfield estaba apoyado en el marco de la puerta con los ojos clavados en la cama.

—Usted deseaba un sucesor. —Cuando Lorentzen se fue, solo se oyó el llanto de la doncella—. No le bastaba con dos niñas sanas, necesitaba a su pequeño soldado, su heredero.

Una comadrona atravesó la habitación con un bulto entre los brazos y Klingermann vio cómo se agitaba el recién nacido dentro de un fardo de sábanas.

—Y lo consiguió —añadió el espíritu—. Aunque le costara la vida a su esposa.

—Era… Era su obligación. —Su voz sonó como un resuello—. Todos tenemos nuestro campo de batalla y el de las mujeres es el lecho marital. Sabía lo que se esperaba de ella.

—Me da usted asco —contestó Rosenfield.

Klingermann tuvo que recordarse que solo era un sueño cuando el dolor de estómago casi le hizo doblarse por la mitad. «No dejes que se salga con la suya».

—Espero que la inversión mereciera la pena —siguió diciendo Rosenfield—. Que ese primogénito por el que la sacrificó como a un cerdo haya estado a la altura de las expectativas. Sería una lástima que no hubiera sido así.

«Ya sabes lo que quiere», se repitió Klingermann, pero la mente se le quedó en blanco cuando, al agachar la cabeza, tuvo un atisbo de sus propias manos.

Estaban tan cubiertas de sangre como las del doctor Lorentzen.

—Dígame dónde está Roy Bowie —ordenó Rosenfield.

Pero sus manos…, sus manos no eran lo único ensangrentado. La que había sobre la cama lo estaba aún más. Las mejillas de la doncella, también. Incluso la alfombra, el suelo…

—Dígamelo —repitió Rosenfield.

El mundo estaba inundado de sangre.
Klingermann se iba a ahogar en ella.

Cuando abrió los ojos, aún seguía gritando.

Ni siquiera la anfetamina mezclada con la cocaína le había impedido dormirse, pero sus temblores empezaban a obedecer a algo más que el miedo.

—Solo ha sido un sueño —oyó decir a Morland—. Otro más.

Klingermann, que se había tapado la cara, giró la cabeza sobre la almohada. La mujer había tomado asiento en una desvencijada silla arrimada a su catre.

—Me está… volviendo… loco —susurró.

—Sí, parece que se lo está pasando en grande. —Al ver que seguía mirándola, Morland apoyó en su regazo los documentos que había estado consultando—. Tiene que poner en marcha esa ofensiva. Cuanto antes ataque, mejor.

—Pero Rosenfield seguirá haciendo lo mismo, seguirá entrando en…

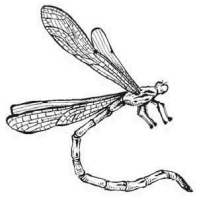
—Pues procure aguantar todo lo que pueda sin dormir y, cuando no tenga más remedio que hacerlo, prepárese para lo peor. ¿No son ustedes tan fuertes?

—¡En la academia militar nos forman para estas cosas, pero es mucho peor que una tortura física, es…! —El general gimió—. Es una pesadilla.

—Con «ustedes» no me refería a los soldados. Me refería a los hombres.

Y Morland, suspirando, volvió a sus documentos.

CAPÍTULO LVII



La sensación de estar entrando en una tumba se acentuó cuando Ada bajó al búnker detrás del capitán Lennox. Era una estancia tan pequeña que Alabaster tuvo que agachar la cabeza, con las paredes revestidas de madera, el techo sujeto con postes y un olor a humedad que, aun así, era preferible al de la trinchera.

«Tampoco es que el alto mando cuente con demasiados lujos». La luz de un farol iluminó unos catres de hierro, una restregada mesa y unos cajones usados a modo de taburetes. «Solo el de saber que no les alcanzarán las explosiones».

Reclinado sobre la mesa, con la cara entre las manos, estaba el mayor.

—Rawlinson siendo Rawlinson. —El capitán le revolvió el pelo castaño, mucho más corto que el suyo—. ¿A que ya no te hace gracia tener sangre azul?

—No me queda ni una gota —murmuró Silverstone—. Ni azul ni roja.

Aquellas confianzas cogieron a Ada por sorpresa. Al girarse hacia Alabaster, que estaba observando unas máscaras antigás, vio que

había alzado las cejas.

—¿Conseguiste despachar a tu ordenanza? —preguntó el capitán.

—Le he dicho que fuera a por más bolígrafos, así que nos dejará en paz durante un rato. —Silverstone se apartó las manos de la cara —. Señorita Chapman.

—Cabo Chapman —corrigió Lennox soltando su casco sobre la mesa.

El mayor debía de sacarle unos cuantos años a Ada, pero parecía un muchacho al lado del capitán. Quizá fuera por lo delgado que se veía bajo el uniforme, por su rostro casi adolescente o porque en sus ojos, ensombrecidos por el sueño, había algo que pesaba más que el cansancio, incluso que la melancolía: un desaliento atroz.

A ese hombre, comprendió Ada, lo estaba devorando la guerra.

—Lamento no poder darles un recibimiento mejor…

—Lo soportarán —dijo Lennox—. No estamos en Silverstone Hall.

—Parece haber tenido una noche complicada. —Alabaster señaló el revoltijo que había frente a Silverstone—. Y no solo por su reunión con Rawlinson.

La mesa estaba atestada de bolas de papel, montones de sobres manchados de tierra y bolígrafos rotos. «Cartas», pensó Ada observando las hojas.

—El mayor se encarga de la correspondencia —explicó Lennox—. Tiene dos ayudantes, pero, desde que empezó lo del Somme, no dan abasto.

—Gasto más tinta censurando cartas que los soldados escribiéndolas.

Silverstone agarró una hoja de papel repleta de tachaduras.

—Los topónimos, fuera. —La sacudió—. Los nombres de oficiales, fuera. Las críticas al Ejército, fuera. Todas las muertes son honrosas, rápidas, indoloras. —Miró sus dedos manchados de negro—. Es lo

único que he escrito en dos años.

—Un poeta cercenando palabras ajenas —bufó Lennox.

—¿Poeta? —intervino Ada—. ¿Ha dicho que se llama Silverstone?

Aquel comentario encendió una bombilla en su cerebro.

—Un momento… ¿Lord Silverstone, el autor de…? —Se volvió hacia Lennox con los ojos como platos—. ¿Son los reporteros del *Dreaming Spires*?

—Pues claro —contestó él—. Le dije que somos amigos de August…

—¡Pero no que hubieran trabajado en el mismo periódico! ¿Saben los años que pasé devorándolo mientras me formaba como médium? Mi maestra estaba suscrita, cada semana recibíamos un ejemplar. Nos encantaba leerlos juntas…

El recuerdo de las tardes de domingo en Albemarle Street, cada una recostada en un extremo del diván, le encogió el corazón. «Son unos metomentodos», solía decir Annabel. «Son geniales —aseguraba Ada—, y seguro que guapísimos».

—El *Dreaming Spires* fue un hito en el campo de las nuevas ciencias. —Alabaster estaba igual de atónito—. Cualquier investigador de lo paranormal lo conoce.

—Increíble, Oliver. —Lennox sonrió—. Seguimos siendo famosos.

—A mí lo que me sorprende es que alguien nos leyera —comentó el mayor.

—Pero ¿qué pasó? —dijo Ada—. ¿Por qué dejaron de publicar?

—Digamos que ocurrieron demasiadas cosas… Problemas personales que nos hicieron abandonar el proyecto, pero podemos hablar de ello después. —Silverstone se puso en pie—. Hay asuntos más urgentes de los que ocuparnos.

—Y un ordenanza que no sabe lo que es la discreción —dijo Lennox.

Cuando les hicieron un gesto, Ada y Alabaster rodearon la mesa. En una pared, además de las máscaras antigás, había una constelación de papeles, telegramas, recortes de periódico y, en el centro, un mapa rodeado de fotografías aéreas.

—Las han tomado nuestros globos de observación —explicó Lennox—. Esto —dio un golpecito en un punto del mapa— es nuestra posición actual.

Ada tardó en situarse, y no solo porque la cartografía se le diera de pena: había demasiadas salpicaduras de barro (quiso creer que era eso) en el mapa.

—Las trincheras están aquí —Lennox señaló tres líneas zigzagueantes—, junto a las ruinas de Pozières. El pueblo más cercano, Thiepval, al noroeste…

—Ahí se encuentra un amigo mío, el capitán Willoughby —explicó Ada.

—Conozco a Willoughby. —El mayor cruzó los brazos—. Me echó una mano hace unos años cuando trabajaba en Scotland Yard. Un hombre honrado.

—La tierra de nadie está sembrada de hombres honrados. —Lennox puso los ojos en blanco—. Las plantas que crezcan dentro de unos años serán un prodigio de virtud. En el último vértice del triángulo —volvió a señalar— está Courcelette.

—¿Y qué es el rectángulo de debajo? —preguntó Alabaster.

—Una refinería de azúcar —contestó Silverstone—. Está destrozada desde hace meses. No se imaginan el verano que hemos tenido.

—Entonces… —Ada se acercó—. La ofensiva será hacia allí.

Deslizó un dedo en diagonal en dirección nordeste.

—Mientras cruzábamos el Canal, Willoughby nos habló de las tropas…

—«Hay diez divisiones atrincheradas entre británicos, franceses, canadienses y australianos» —citó Alabaster mientras se apoyaba en el borde de la mesa.

—Se le da bien memorizar —dijo Ada ante la sorpresa de los oficiales.

—Y otras cosas. —Una sonrisa maliciosa—. Como bailar.

«Voy a arrancarte ese maldito uniforme a mordiscos», pensó ella.

—Pues debería trabajar para el servicio secreto, Thorne —comentó el capitán—. Uno se entera de muchísimas cosas en una trinchera.

—No llevo ni quince minutos aquí y ya lo he hecho —asintió él—, pero dudo que a ese general, Rawlinson, le alegrase saberlo. «Es una oportunidad de oro y solo contaremos una vez con el factor sorpresa…». Parecía un asunto serio.

Cuando se hizo el silencio, volvieron a oír las explosiones.

—Le oímos hablar hace un rato con usted, mayor —explicó Ada.

—Y la cara con la que salió —añadió Alabaster— era bastante reveladora.

—Bueno, las discrepancias son… habituales en el alto mando…

—Basta ya de disimular —le dijo Lennox al mayor—. Saben que estabais dando vueltas al asunto de la nueva arma, así que no les habrá costado deducir que Rawlinson quiere usarla en Courcelette. —El capitán los miró—. Son tanques.

Hubo una explosión mayor, tanto que se desprendió arenilla del techo.

—Lionel —dijo Silverstone en voz baja—, era secreto de Estado.

—El problema es que no hay consenso en Londres. La mayoría de los políticos están emocionados, pero Churchill insiste en que es demasiado pronto. El mariscal de campo, por su parte, teme que hagan peligrar a la caballería…

—Lionel, que nos van a fusilar —insistió el mayor.

Alabaster había abierto mucho los ojos; Ada no entendía nada.

—Pero… —Visualizó una gran cisterna de agua—. ¿Qué es un tanque?

—Imagine un tractor inmenso. —Lennox volvió a señalar el mapa —. Capaz de aplastar a enemigos, pasar sobre trincheras, derribar alambradas y, a la vez —estampó la mano sobre Courcelette—, disparar con cañones y ametralladoras.

«¿Tractores? —Ada se acordó de repente de los vehículos cubiertos con lonas que había visto desde el molino—. ¿Esas cosas ya están en el frente?».

—Rawlinson tiene que estar desvariando —contestó Alabaster.

Esta vez fue él quien, pasando al lado de Ada, se detuvo frente a la pared.

—Sería una oportunidad de oro, sí…, pero también un desperdicio.

—Gracias —dijo Silverstone—. Por fin alguien con cerebro.

—Un arma como esa, desconocida para los alemanes, cambiaría las tornas para siempre, pero es un pueblo minúsculo… —Alabaster apuntó al mapa.

—El problema es que los alemanes tienen su propia arma —contestó Lennox— y debemos asegurarnos, cueste lo que cueste, de que no llegan a usarla.

—Un arma con nombre y apellido —se resignó Silverstone.

Cuando Ada entendió de qué hablaban, se le secó la garganta.

—Te lo dije. —Se agarró a Alabaster—. Te dije que querían a Roy para eso.

—Lo dedujimos nada más leer el telegrama de August —dijo Lennox.

—Sigo sin creerlo. —Silverstone, cada vez más cansado, volvió a sentarse en un cajón—. No me refiero a lo de que resucite a los muertos…

—Eso casi sería aburrido para el *Dreaming Spires* —comentó Ada.

—Me refiero a que Alemania quiera utilizarlo, a que pretendan crear una especie de… ejército inmortal. Existen líneas rojas que no pueden traspasarse sin que nuestra civilización acabe hecha pedazos. —Silverstone se restregó los ojos—. Para eso se celebró la Conferencia de La Haya, para intentar humanizar la guerra…

La risotada del capitán Lennox debió de oírse en Berlín.

—¿Humanizar la guerra? ¿Te has olvidado de lo que pasó en Ypres?

—¿También estuvieron luchando allí? —se asombró Ada.

—Sí, en el maldito saliente, cuando casi nos asfixiamos como cucarachas. Juraría que ningún alemán pidió perdón después de soltarnos el gas de cloro, y esta era una de las cosas que La Haya quiso regular, la utilización de armas prohibidas. —Al ver que el mayor no decía nada, Lennox resopló—. Dios, eres un romántico.

—Los dos lo son —dijo Alabaster—. Si no fuera por sus ideales, su patriotismo…

—Patriotismo. —El capitán rio de nuevo—. Esta sí que es buena.

Ada recordó las palabras de Alabaster después de sacarla de la sede de la Orden: «Por muchas plumitas blancas que me den, nuestro glorioso país no me importa tanto como para querer morirme de asco en una trinchera».

—El patriotismo es la última razón por la que estoy aquí —aseguró Lennox—. Oliver les hablará del orgullo británico, de sueños caballerescos, de honor…

—«Esta tierra bendita, este reino, esta Inglaterra…» —citó el mayor.

—Yo, en cambio, soy más prosaico —interrumpió su amigo—. He sobrevivido a muchas cosas sin que nadie moviera un dedo por mí y, ahora que tengo una familia por la que pelear, no va a venir un

alemán a mi casa a decirme lo que debo hacer. Me llevaré al káiser por delante si es necesario con tal de proteger a mis chicas.

Las palabras de Lennox descolocaron tanto a Alabaster que, cuando Ada enlazó sus dedos con los de él, tardó unos segundos en notarlo.

—Creo que esto sería todo… por ahora —añadió el capitán.

Se oía hablar a alguien detrás de la cortina de cuero.

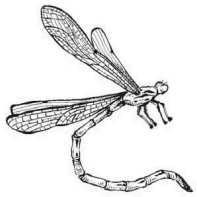
—Mi ordenanza. —Unos pasos bajaron por la escalera—. Cabo Chapman, cabo Thorne —Silverstone elevó la voz—, pueden retirarse.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó Ada.

—Como les dije, les daremos unas cuantas tareas. —Cuando un joven entró en el búnker, Lennox los condujo a la escalera—. Mientras, solo tendrán que confiar en que la ofensiva salga adelante… y esperar.

—Y rezar —apostilló el mayor regresando a sus cartas.

CAPÍTULO LVIII



—Es la neurosis de guerra —declaró el cirujano.

Lo habían hecho acudir a la granja entre amputación y amputación cuando el capitán Ecker empezó a encontrar la situación insostenible. Después de dos años en el frente, el cirujano creía haberlo visto todo, pero las tabletas de cocaína y anfetamina sobre la mesa del general Klingermann supusieron un espectáculo inesperado.

—Los síntomas son los habituales: temblores, balbuceos, sobresaltos…, incapacidad para comunicarse, hipersensibilidad acústica…

—Eso no puede ser —contestó Ecker—. Este hombre es un titán.

Sentado en el camastro, Klingermann no parecía oír nada de lo que decían. Tenía los ojos clavados en la pared de enfrente, tan enrojecidos como dos charcos de sangre, y las poderosas manos engarfiadas sobre las rodillas.

—Incluso los titanes pueden partirse por la mitad, capitán. Ha estado sometido a muchísimo estrés desde que empezó la ofensiva del Somme. Por no hablar de que… —El cirujano miró a Morland de

reojo—. Ciertas cosas se… heredan.

La mujer, sentada en un rincón, no pronunció palabra.

—Lo mejor sería que se tomara un descanso. Si regresa una temporada a Berlín, seguro que conseguirá…

—Imposible —atajó el capitán—. Estamos a las puertas de la victoria.

—En ese caso, le proporcionaré morfina para…

—No —dijo Morland sin dejar de mirar al general.

Pese al frío que hacía, Klingermann tenía la frente empapada de sudor.

—Debería dormir, frau Morland —dijo Ecker—. Ha dado instrucciones muy precisas sobre lo que debemos hacer esta noche. Con unas horas de sueño…

—No —repitió la anciana—. Pase lo que pase, aunque sea lo último que haga —se detuvo junto a Klingermann—, no puede quedarse dormido.

—Es la neurosis de guerra —había dicho el cirujano, pero se había negado a creerle.

Eso era para los plebeyos reclutados a la fuerza, miserables que no entendían lo honorable que resultaba morir por la patria, no para alguien que era sangre de su sangre.

—Como alguien a quien mataron de un disparo, no le envidio. —Rosenfield se encontraba a su lado—. Es bastante mejor que lo hagan sin avisarte primero.

Habían aparecido cerca de una trinchera: el sol estaba a punto de salir, se oían voces en un barracón y ante ellos, atado a un poste de madera, había un soldado.

Era muy joven, más aún que Rosenfield, y temblaba como enfebrecido.

—Padre —gimoteaba—. Padre, por favor…

Le habían tapado los ojos, pero se le movían sin parar debajo de la venda.

—Y, tras su sometimiento a juicio militar, la sentencia dictada fue la pena de muerte —la voz de un segundo general Klingermann, situado a unos metros del primero, resonaba como una descarga de artillería—, ratificada esta madrugada por el general Von Below.

—Que Dios se apiade de su alma —susurró un pastor.

—Padre, yo no quería. —El soldado sollozó—. Por favor…

Frente a él, el pelotón de fusilamiento aguardaba con las cabezas gachas. Varios soldados intercambiaron una mirada. A uno le resbalaba una lágrima por la mejilla.

—Puede que no lo sepa, pero estudié medicina —comentó Rosenfield— y conozco bastante bien cómo funciona el cerebro humano. Su hijo sufría la misma afección que miles de soldados de ambos bandos, consecuencia de los horrores que había tenido que presenciar, pero usted se negó a que lo ingresaran en un hospital. Era una deshonra contar con un loco en la familia.

A una señal del general, los miembros del pelotón cargaron sus armas.

—Fritz se negó a salir a la tierra de nadie —susurró el auténtico Klingermann, el que observaba junto a Rosenfield—. Su capitán se lo ordenó, pero no quiso moverse… Fue pura cobardía.

—No me haga reír —bufó Rosenfield—. Usted sabía que el muchacho estaba traumatizado, pero le trajo sin cuidado. Era una oportunidad idónea para dar ejemplo.

Los soldados habían apuntado ya con sus fusiles. «No», sollozó Fritz.

—Aunque, para ello, tuviera que sacrificarlo. Como a su madre antes que a él.

Al abrir fuego, algunos pájaros alzaron el vuelo desde un árbol cercano.

El humo tardó en disolverse y, cuando lo hizo, Klingermann se dio cuenta de que nada había cambiado: Fritz seguía inmovilizado contra el poste sin una bala en su cuerpo.

—¡Os advertí de que no podíais hacer eso! —bramó el otro Klingermann.

Los soldados esquivaron su mirada. Casi todos volvían a tener la cabeza inclinada.

—Por Dios, ¿es que no quedan hombres de verdad? —Y, sin hacer caso a lo que le decía el pastor, el otro Klingermann sacó su propio revólver—. ¡Es un cobarde, un traidor…!

—No. —Klingermann miró a Rosenfield—. Por favor.

—i… y morirá como corresponde!

—¡No! —vociferó Klingermann mientras lo veía apuntar a Fritz.

Una bocanada de humo brotó, como si el tiempo se hubiera ralentizado, del cañón del arma mientras el proyectil describía una trayectoria hacia el muchacho… y se detenía.

La bala se quedó congelada como en una instantánea fotográfica.

—¿Qué…? —Klingermann tardó en reaccionar—. ¿Qué ha pasado?

Los soldados también estaban paralizados. El pastor había cerrado los ojos tras la detonación, pero siguió sin abrirlos. Hasta el viento había dejado de soplar.

El otro Klingermann, con el revólver en la mano, parecía una estatua.

—Creí que era buena idea dejar este recuerdo para el final —dijo Rosenfield.

Mientras Klingermann temblaba, se acercó al maniatado Fritz. La bala había quedado a medio centímetro de su frente y Rosenfield la sujetó entre el índice y el pulgar.

—Es increíble que algo tan pequeño cause tanto daño. —La observó con interés—. Claro que Roy Bowie también es pequeño… ¿Cuántos años tiene?, ¿ocho?

—Rosenfield. —Era la primera vez que Klingermann lo llamaba así —. Se lo ruego…

—¿O ha cumplido nueve? En fin, no importa. Ya sabe lo que voy a pedirle.

El general, presa de unos espasmos incontrolables, cayó de rodillas.

—Y lo que haré si no colabora. Otra negativa y esto —Rosenfield movió la bala— acabará aquí, justo aquí. —La colocó en la frente de Fritz—. Y mañana volverá a verlo, y pasado…

Klingermann solo era un amasijo tembloroso encogido sobre sí mismo.

—Haré que cada noche, al cerrar los ojos, reviva este momento. Lo devolveré a su peor recuerdo hasta que cuando no lo soporte más…

—¡Están en la granja Mouquet! —estalló Klingermann.

Esta vez, fue Rosenfield quien se detuvo.

—Las tres chicas… Las que secuestramos…

—¿Las alumnas de Chapman?

—Están en…, en la granja Mouquet, a medio camino entre…

Lo único que podía ver delante de él eran las botas de su hijo.

—Entre Thiepval y Pozières. Casi todo son ruinas, pero… hay unos subterráneos.

—¿Y Roy? —Como no dijo nada, Rosenfield insistió—: ¿También está allí?

—Lo… Lo estaba, pero he ordenado que… lo trasladen a otro lugar.

Klingermann tenía la cara empapada, tanto que las botas de Fritz

no eran más que un borrón, pero consiguió arrastrarse hasta él.

—La fábrica —balbuceó abrazándole las piernas.

—La fábrica… —repitió Rosenfield.

Una imagen acudió al cerebro del general, la Virgen postrada a los pies de la cruz.

—Supongo que no necesitará que le recuerde que si es mentira…

—No lo es —balbuceó Klingermann—. Por favor, no me haga verlo más. Por favor…

—Eso depende de usted. De momento, me quedo con esto. —Rosenfield lanzó la bala al aire y la volvió a atrapar—. Pero, si descubro que no es cierto, volverá a tener noticias mías.

Y, con un «auf Wiedersehen»*, la visión se desintegró.*

Cuando Klingermann volvió a abrir los ojos, seguía encogido sobre sí mismo, aunque en su camastro de la granja, estaba empapado en sudor, aunque mucho más frío, y Caroline Morland, como una enfermera, permanecía junto a él.

Nada más mirarlo, supo lo que había pasado.

—¿Qué ha hecho? —susurró.

Pero Rosenfield no regresó al mundo real: después de abandonar la consciencia de Klingermann, se deslizó dentro de otra muy distinta que había localizado días antes.

Su sueño tenía lugar a orillas del océano. Un acantilado se alzaba sobre las rocas contra las que rompía la marea; las olas convertían en esmalte el rosa del atardecer y sobre la hierba salpicada de flores, en lo alto del promontorio, había un banco de madera.

Y en él, con la mirada en el horizonte, estaba un hombre.

—Capitán Willoughby —saludó Rosenfield.

Cuando giró la cabeza, su expresión era la que había imaginado:

le habría sorprendido menos encontrarse con el káiser.

—¿Rosenfield…? —empezó a decir Nathan.

—Esto no es un simple sueño —se adelantó el espíritu—. Quiero decir, está soñando, pero soy yo quien ha decidido visitarle. Mi presencia no es fruto de su imaginación.

—Si lo fuera, ya le habría sacudido un guantazo.

Rosenfield no pudo evitar que le temblaran las comisuras.

—¿Qué diantres hace aquí? —preguntó Nathan.

—Sé que no es de buena educación infiltrarse sin avisar…

—No me refiero a mi cabeza. Creía que había cruzado al Otro Lado.

—Digamos que cierta señorita decidió llamarme a las armas.

Mientras el sol se sumergía en el océano, Rosenfield le informó de lo sucedido con el general. El recelo de Nathan se convirtió en extrañeza, y la extrañeza en una creciente perplejidad, cuando le explicó dónde tenían encerradas a Florence, Jia y Aurora.

—La granja Mouquet es un baluarte alemán…

—Klingermann debió de considerar más probable que las buscaran en Courcelette. Está al corriente de que los aliados planean una ofensiva inminente.

—Pero llevamos dos meses luchando por el control de la granja. Se han producido casi diez mil bajas, sobre todo, australianas… Está siendo una masacre.

Desde los barracones de Thiepval, Nathan veía ondear la bandera de la Cruz de Hierro sobre las ruinas. Los Fusileros de Lancashire habían tratado de hacerse con ellas varias veces, pero los francotiradores no les dejaban ni acercarse.

—Sé que el capitán Caswell está preparando una nueva incursión. Podría hablar con él para acelerarla… ¿Y qué pasa con Roy Bowie?

—Está en otro lugar, pero mejor déjelo en mis manos.

Aquello desconcertó aún más a Nathan. Para entonces, el sol había acabado de ponerse y el cielo había pasado del rosa a un púrpura tenue.

—Si no me necesita más, me marcharé —dijo el espíritu—. Aún me queda alguien a quien visitar esta noche. Está siendo de lo más animada. —Había empezado a desaparecer, pero se detuvo—. Ya que estoy aquí… Lo siento.

—Pero si lo que ha hecho podría cambiar el curso de la guerra…

—Sabe perfectamente a qué me refiero, Willoughby.

Hubo unos segundos de silencio mientras los dos se miraban.

—Ella hizo su elección —dijo Nathan—. No la querría de verdad si hubiera sido incapaz de aceptarlo. Lo único que me importaba…, que me importa…, es su felicidad.

—Por Dios, deje de ser tan moralmente perfecto o acabaré sintiéndome culpable.

El capitán soltó un gruñido; Rosenfield sonrió de nuevo.

—Espere. —Esta vez, fue Nathan quien lo detuvo antes de que se marchara—. No puedo hacer nada de esto sin saber… si es real o no. Sin estar seguro…

—¿De que no se lo está imaginando? —preguntó Rosenfield. Cuando Nathan asintió, se quedó pensativo—. Su ordenanza está a punto de traerle un café.

—Lo dudo mucho. Sabe que no soporto el del frente; solo bebo té.

Pero la silueta de Rosenfield, esta vez, desapareció del todo y lo último que Nathan oyó fue un «buena suerte, capitán» antes de que el acantilado se desvaneciese.

—Capitán —decía alguien desde el corredor.

Cuando abrió los ojos, seguía siendo noche cerrada, estaba en su camastro del barracón, tan cómodo como una losa, y alguien

llamaba a la puerta.

—Capitán, me dijo que lo despertara a las tres en punto…

—Sí. —Nathan se incorporó con esfuerzo mientras su ordenanza, un muchacho que parecía recién salido del colegio, entraba en la habitación. Cuando reparó en lo que le traía, la somnolencia lo abandonó—. ¿Qué es eso?

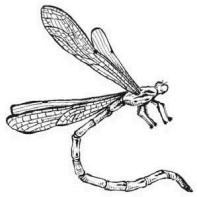
Una hilacha de humo se elevaba desde una bandeja.

—Un café, capitán. —El ordenanza lo dejó en la mesa—. Sé que lo odia, pero se nos ha acabado el té, solo he encontrado pastillas instantáneas. He hecho lo que he podido para… —Pero la expresión de Nathan lo acalló—. ¿Capitán?

«Maldita sea, Rosenfield», rezongó mientras se ponía en pie, se bebía el mejunje de un sorbo y, recogiendo su gorra y su rifle, abandonaba la habitación.

El condenado tenía razón, la noche prometía ser animada.

CAPÍTULO LIX



Hasta ese primer día en las trincheras, el cadáver de la señorita Lovelace era el único que Ada había tocado.

La habían velado toda la noche en la salita de Albemarle Street, con las cortinas cerradas, los espejos cubiertos con velos y unos cirios encendidos, hasta que los parientes de lord Rosenfield aparecieron para llevarla a Highgate. Heather había acabado durmiéndose, agotada de tanto llorar, pero Ada se había quedado sentada a su lado con la sensación de que aquello (su pálido rostro en la penumbra, los párpados que no volverían a moverse, el último roce de su pelo rojo) era la muerte de verdad, no lo que aparecía ante ella cada vez que convocaba a un espíritu.

Estaba en un error, entendió trece años después en el Somme: la muerte no era su maestra recostada sobre la seda de su ataúd, primorosa como Blancanieves en una urna de cristal. La muerte eran los amasijos de carne humana que tuvo que manipular para hacerse con las placas de identificación de los caídos en combate.

—Era esto o enviarla a reforzar la alambrada —murmuró el mayor Silverstone cuando le llevó un puñado de discos rojos— y preferiría

mantenerla lejos de allí.

—Sobreviviré —dijo Ada con una voz que apenas reconoció.

Y, sí, había logrado hacerlo, pero cuando se dejó caer en el suelo en plena noche, en el rincón en el que los soldados escribían sus cartas, le costaba creer que pudiera arrancarse aquellas imágenes de la retina. Le parecía tan imposible como quitarse de encima, por mucho jabón que usara, la costra de barro adherida a su piel.

Aun así, se esforzó por limpiarse en los pantalones antes de hincarle el diente a una ciruela. Salvo por las explosiones procedentes de la primera línea, el silencio era absoluto y aprovechó para echar un vistazo a los hombres sentados en ese recodo, con las cabezas inclinadas sobre sus papeles y envueltos en mantas raídas.

«Esta guerra no puede parecerse menos a lo que imaginaban». Cada uno tenía una familia a la que escribir, un nombre con el que firmar…, una vida que, en instantes, podía verse reducida a una placa como las que había entregado al mayor. «Edith tenía razón, el mundo que conocíamos ya no existe. Se hundió a la vez que el Titanic».

Mientras se acordaba con tristeza de su espíritu protector, una rata del tamaño de Mefistófeles atravesó la trinchera. Llevaba entre los dientes algo que, al reconocer un dedo humano, hizo que Ada dejase de masticar poco a poco.

—Tienes suerte de que queden ciruelas —susurró un hombre desde la pared de enfrente—. Esa habría sido nuestra cena, y no me refiero al dedo…

«¡Chis!», chistaron los de al lado y el soldado se calló. Ada se echó el casco hacia delante y se esforzó en pensar cosas agradables.

Sus catorce tomos con estampación dorada de *El seductor de Grosvenor Square.* La colección de frasquitos de perfume esmaltados de su tocador. Los bizcochos de cerezas y brandy de Fortnum &

Mason. Alabaster quitándose la camisa en el molino.

Instintivamente, cerró las piernas. La idea era relajarse, no alterarse.

Otro soldado se acercó al rincón, alisó el suelo con las botas y se sentó. Ada se removió para dejarle espacio y estaba pensando en Florence, Jia, Aurora y Roy, por enésima vez aquella noche, cuando el hombre le sacudió un pequeño codazo.

Había escrito algo en un trozo de papel. Ada dudó antes de cogerlo.

El mayor Silverstone dice que puedes dormir en un catre del búnker.

Cuando alzó la mirada, distinguió el azul de los ojos debajo del casco.

De inmediato, el corazón le hizo una cabriola, pero no podía decirle nada con todos aquellos soldados alrededor, de modo que agarró el bolígrafo, garabateó algo debajo del mensaje y, sin que nadie se diera cuenta, se lo devolvió.

Eso resultaría aún más sospechoso que el pelo largo.
Acércate más, me muero de frío.

Un oficial pasó sobre sus piernas extendidas, de camino a la trinchera de comunicación, y Alabaster esperó a que se alejara para arrimarse más a ella. Ada sintió cómo una reconfortante oleada de calor, ajena a la manta que tenía sobre las rodillas, se extendía por su cuerpo al contacto con el de él.

Volvió a echar una ojeada a sus compañeros. Todos seguían inclinados sobre sus cartas, así que no repararon en cómo el índice de Alabaster, entre su cadera y la de ella, ascendía por su muslo en una caricia apenas perceptible.

Por sutil que fuera, el roce le causó palpitaciones.

¿Estoy espantosa con estos pantalones embarrados?

Él tardó en responder más de lo que esperaba. Era la primera vez que leía algo de su puño y letra, y su caligrafía resultaba como Ada la había imaginado: perfectamente pulcra, meticulosa, casi matemática. Cuando le devolvió el papel, había escrito:

No, te sientan bien, aunque me gustas más sin ellos.
Tengo grabadas en la memoria un par de imágenes interesantes del molino.
Me están viniendo de maravilla para combatir el frío.

Nada más terminar de leerlo, Ada le arrebató el bolígrafo. Tachó las tres frases con un ahínco del que se habría sentido orgulloso el mayor Silverstone y, después de asegurarse de que no se distinguía nada, añadió bajo el manchurrón:

Voy a ir a por lejía para lavarte la boca.

No necesitó mirarlo para adivinar su sonrisa. Pudo sentirla.

Preferiría tenerte a ti en ella.

Otro proyectil se estrelló contra la tierra de nadie, tiñendo el cielo de naranja, pero nadie se inmutó. «Es verdad —pensó Ada mirando a los soldados—, uno se acostumbra a la presencia constante de la muerte. Como me ocurrió a mí».

Quizá fue eso lo que, pasado un instante, le llevó a escribir:

A mí también me encantaría estar ahora en tu boca.
Sobre todo, a cierta parte mía.

Le oyó reírse entre dientes. Después, el rasgueo del bolígrafo, mezclado con los latidos de su corazón. Lo sentía retumbar casi tan fuerte como el suelo.

Cuando le tendió el papel, el roce de su mano le puso la piel de

gallina.

Hay un bosquecillo justo detrás del hospital de campaña.

Esta vez, Ada enderezó el cuello tan rápido que casi le dolió.

Sus ojos eran más claros que nunca, como si los iluminara su propia luz, y sintió cómo la calidez que había estado recorriéndola se convertía en un incendio.

«No puede hablar en serio». Se obligó a mirar de nuevo hacia delante, demasiado consciente de las palpitaciones que volvía a sentir entre las piernas, de lo bochornoso que era plantearse algo así. Por mucho que lo deseara…, y Dios sabía que, en ese momento, no había nada que deseara más…, estaban en una trinchera.

«Tienes veintinueve años, pero pareces más adolescente que tus alumnas», había refunfuñado no hacía mucho Heather. Ada imaginó lo que le diría ahora: escabullirse con un chico en semejantes circunstancias, rodeados de amenazas por los cuatro costados, no sería una simple travesura, sería un despropósito…

Pero volvió a acordarse de las placas de identificación, una por cada vida truncada, y sus instintos decidieron por ella. Mientras los soldados seguían con sus cartas, apartó la manta y, sin mirar a Alabaster, se incorporó en silencio.

Cuando echó a andar, alejándose del farol suspendido sobre el recodo, oyó cómo él hacía lo mismo. Recorrieron a la inversa el camino por el que los había llevado el capitán Lennox, dejando atrás un puesto de observación, el acceso a una trinchera de comunicación y un cobertizo de suministros, hasta que las paredes, cada vez más bajas, los condujeron al espacio abierto frente a las ruinas de Pozières.

El molino se recortaba como un coloso contra la luna, tan brillante que hacía palidecer las luces del hospital de campaña. Dentro de las

tiendas había tanto bullicio como por el día, pero nadie los detuvo cuando se encaminaron hacia el bosque de detrás, el único que la guerra parecía haber respetado en todo el Somme.

Pese a avanzar varios metros por delante, Ada era tan consciente de su presencia como si lo tuviera al lado. Aun así, se obligó a seguir caminando hasta adentrarse en la espesura, una concentración de sombras envuelta en el aroma de los cedros, y solo se dio la vuelta cuando Alabaster estaba a punto de alcanzarla.

En el corazón de la arboleda, las explosiones eran un eco distante, pero la tierra pareció temblar de nuevo cuando, después de observarse separados por centímetros de pura necesidad, se arrojaron el uno contra el otro.

No fue necesario hablar, sus cuerpos lo hicieron por ellos. El casco de Ada cayó al suelo, seguido por el de Alabaster y su rifle, mientras sus bocas se unían en un beso más hondo que todas las trincheras. «Sí, el mundo que conocíamos ya no existe, pero nosotros…, nosotros no nos hemos hundido —pensó Ada mientras lo sujetaba de los hombros y lo empujaba sobre la hierba—. Nosotros seguimos vivos».

Las manos le temblaban al desabrocharse el cinturón, pero por las ansias, no por los nervios. Se bajó los pantalones, se los quitó de dos patadas junto con las botas y, mientras Alabaster la miraba desde el suelo, se encaramó sobre su regazo.

Él abrió la boca para preguntarle algo, pero Ada lo acalló con un beso aún mayor. Un momento después, sus dedos estaban acariciándola y el goce que la embargó, tan contundente como una bofetada, la hizo pelearse más tiempo del que creía poder soportar con su hebilla. «Nosotros seguimos vivos».

Cuando por fin se libró de ella, la facilidad con la que se aventuró en su interior, como si regresara al lugar al que pertenecía, le

humedeció los ojos.

—Te quiero —susurró Alabaster contra sus labios.

El calor de sus manos en su cintura era como un ancla. Ada las deslizó hasta sus caderas, empezando a mecerse sobre él, para que le enseñara cómo tenía que hacerlo. «Seguimos vivos —pensó sin dejar de observarlo—, seguimos vivos».

Los movimientos, poco a poco, se volvieron más rítmicos, más intensos.

—Te quiero —repitió él con el aliento entrecortado.

Sus manos ya no estaban solo en sus caderas, estaban debajo de su guerrera, en sus pechos, en su corazón. Ella cerró los ojos, agarrándose a sus hombros, cuando el recuerdo del Titanic regresó a su memoria. Habían tenido un camarote de primera clase, un colchón de plumas, sábanas recién estrenadas, todo cuanto pudieran desear, pero no había bastado. No lo había hecho porque les faltaba lo más importante.

Allí, encima de la hierba, cubiertos de barro, fue…

—Te quiero —volvió a jadear contra el cuello de Ada.

Fue sucio, desordenado y… perfecto. Porque era humano, era real, eran ellos y estaban vivos, y no necesitaban nada más, solo tenerse el uno al otro.

Por eso, cuando el placer estalló como una bomba en la tierra de nadie, Ada no supo dónde acababa su cuerpo y empezaba el de él, dónde se hallaban las fronteras de la anatomía y el alma. El éxtasis arrasó con todo lo demás y solo le quedó aliento para dos palabras, las mismas que había susurrado Alabaster: «Te quiero».

Despacio, como a regañadientes, la quietud volvió al bosque. Permanecieron sobre la hierba unos minutos, todavía en la misma postura, ella con la cabeza apoyada en su hombro, desmadejada y temblando, y él acariciándole la espalda.

—Siempre…, siempre has sido Arlington —dijo Ada con voz ronca.

Sus dedos se detuvieron de inmediato bajo su uniforme.

—Me di cuenta en la pensión al verte hablar con tu hermana. —Giró la cara hacia él—. El brillo de tus ojos, tu risa, tu voz…, eran los mismos.

Cuando se enderezó, la expresión de Alabaster le encogió el corazón. Esperaba verlo sorprendido, puede que un tanto escéptico, pero no paralizado.

—Me dijiste que solo era un disfraz. —Las manos de Ada todavía temblaban al agarrarle la cara—. Pero el disfraz es el que has llevado todos estos años.

«Se suponía que la armadura tenía que protegerme, pero se ha vuelto tan pesada que siento que me ahogo solo con mirarte, y no puedo soportarlo más».

—Este eres tú de verdad. —Le acarició las mejillas mientras apoyaba la frente en la de Alabaster—. Me he enamorado dos veces de la misma persona.

Estaban tan cerca que percibió la humedad de sus ojos.

—Ada —susurró posando las manos sobre las de ella. Tenía la garganta atenazada de anhelo, de esperanzas—. Ada, cuando volvamos a casa…

Pero ella volvió a acallarle, esta vez con los dedos, y se quedaron mirándose sin decir nada hasta que, casi al mismo tiempo, notaron que algo había cambiado.

De repente, el aire era distinto. Ya no parecía oler a cedros.

—Eso… —Ada se detuvo cuando el bramido de dos aviones, en cuya presencia no habían reparado, se alejó hacia el nordeste—. ¿Eran Eindeckers?

Alabaster, para su sorpresa, estaba mirando la espesura, no el cielo.

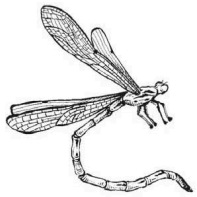
—Ponte de pie, deprisa —dijo agarrándola de un brazo.

«¿Qué…?», empezó a preguntar Ada, pero se detuvo al girarse.

Entre los troncos empezaba a reptar algo que cubría la hierba como una alfombra. Algo que avanzaba hacia el hospital de campaña y las trincheras situadas más allá pero que no parecía una niebla fantasmal como la de Mons.

Una nube amarilla impregnada de olor a cloro.

CAPITULO LX



—Y así, chicas, suenan las ametralladoras —dijo Jia.

Daba igual la profundidad a la que se encontraran, el estrépito de las máquinas resonaba como si las tuviesen al lado. Faltaba poco para el amanecer, pero el caos se había apoderado de la granja: pasos precipitados en el corredor, silbidos seguidos de explosiones, cañonazos que hacían temblar todo.

—Las vi hace dos noches cuando salí a explorar. —Jia se había detenido bajo el agujero del techo. El cielo todavía era negro, pero no costaba distinguir la humareda de fuera—. Las habían instalado en una buhardilla.

Hubo otros tres estallidos. «¿Serán granadas?», pensó Florence.

—Dijiste que también se oían explosiones, Jia. Si nos encontramos junto a un campo de batalla, puede que no tengan que ver con nosotras.

—Suenan mucho más cerca —se empecinó Jia—. Te digo que está pasando algo en la granja. Algo con lo que nuestros secuestradores no contaban. —Las dos miraron a Aurora, que volvía a estar tumbada en el suelo. Desde que la mujer del reflejo había visitado a

Florence, se había dedicado a buscarla por todo el Asfódelo, pero aún no había dado con ella—. Sí que son profundos esos sueños…

Volvieron a oírse pasos fuera del calabozo, la voz de mando del capitán Ecker y, pasado un momento, alguien forcejeó con la cerradura.

—Es tu amigo, Florrie —dijo Jia—. ¿Qué se te ha perdido?

El muchacho respondió algo que no pudieron entender, pero señaló la petaca del suelo. «Casi la había olvidado —pensó Florence mientras se la devolvía. Las mejillas del chico se pusieron tan coloradas como la marca de su frente—. Diga lo que diga Jia…, es guapo. Tiene cara de buena persona».

—¿Michael? —Él la miró confundido—. ¿Marcus?

Cuando frunció el ceño, Florence señaló la M, la B y la I grabadas en la petaca. El muchacho sí debió de entender eso, porque esbozó una sonrisa.

—Maximilian —contestó, y se llevó una mano al pecho.

—Florence —dijo ella haciendo el mismo gesto.

—Por Dios —rezongó Jia mientras Maximilian, después de cuadrarse, inclinaba la cabeza como en un salón de baile. A Florence se le escapó la risa.

—¿Qué está pasando? —Señaló el techo del calabozo—. Esos ruidos de arriba… Bum, bum, bum…

—*Sie greifen uns an* —contestó Maximilian—. *Englisch*.

Su sonrisa se atenuó poco a poco, como si las explosiones le hubieran recordado que eran enemigos, y a la de Florence le sucedió lo mismo.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Jia.

—Que los ingleses…, los nuestros…, están atacando la granja.

Mientras tanto, el alboroto se había vuelto mayor, lo cual era una suerte: nadie se acercó para averiguar por qué la puerta estaba

entreabierta.

—Si le meto un derechazo… —empezó Jia.

—De eso ni hablar —se escandalizó su amiga—. ¡Nos está ayudando!

—Pues pregúntale a Romeo dónde tienen a Roy. Prometimos no marcharnos sin él, así que no servirá de nada que nos liberen.

—El niño que estaba con nosotras… —Florence indicó su estatura con una mano—. ¿Cómo se decía…? ¿El *Kinder*?

—*Der Kind* —dijo Maximilian—. *Er ist nicht mehr hier*.

Entonces, a base de frases cruzadas en alemán e inglés, consiguió explicarles que se lo habían llevado de la granja. Al parecer, lo había ordenado el general Klingermann, pero la que había acabado acompañándolo era una anciana.

—Habrá sido Morland —dijo Florence—. La jefa de Thorne.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —protestó Jia—. Klingermann la trataba como a una inútil solo por ser mujer. No me creo que decidiera confiarle…

—*Nein* —dijo el chico—. *Frau Morland hat es entschieden*. Lo decidió ella.

«¿Eso significa que ni siquiera le ha pedido permiso? —Con cada cosa que oía, a Florence se le abría más la boca—. ¿Ha tomado las riendas porque sí?».

—Maximilian, ¿qué le ha pasado al general?

Pero Maximilian no pudo contestar: sonaron pasos en la escalera, alguien lo llamó a voz en grito y, tras disculparse, volvió a encerrarlas.

—Lo digo en serio, habría podido con él —gruñó Jia.

—Es un soldado. No habrías tenido ninguna posibilidad.

—Déjame darle una patada en la entrepierna y ya veremos de qué le sirve su formación militar. —Jia se humedeció de mal humor la

herida del labio—. Espero que lo que haya retenido a Klingermann sea peor que un catarro.

—Ha sido lord Rosenfield —dijo Aurora.

Ni ellas ni Maximilian la habían visto despertarse.

—Dijo que quería visitarlo en sueños. La señorita Lovelace estaba buscando su consciencia en el Asfódelo, así que debió de tener éxito.

—¿Y tú? —preguntó Jia—. ¿Has dado con la mujer del reflejo?

—Todavía no. —Aurora se frotó los ojos—. Estoy agotada.

Era la primera vez que la oían hablar así. Siempre era la imperturbable del grupo, dura como el acero, pero esa madrugada parecía una niña.

—Ya llevo tres trances… No, cuatro trances encadenados.

—Es una locura —se alarmó Florence—. Te vas a poner enferma.

—Lo preferiría a seguir pensando en las musarañas —dijo Jia.

—¿Has escuchado lo que Maxim…, lo que ese chico nos ha contado? —Cuando Aurora asintió, Florence dijo—: Si la granja acaba siendo tomada, nuestros soldados te interrumpirán en medio de otro trance. Siempre dices que es peligroso…

—Y lo es, pero debo intentarlo de todos modos.

Estaba más pálida que nunca, lo cual era mucho tratándose de ella.

—Aurora, déjalo —insistió Florence—. No puedes con tu alma.

—Tienes una cara de muerta espectacular —dijo Jia.

—Una última vez. —Antes de que pudieran protestar, Aurora se había tendido de nuevo—. Jia tiene razón, tampoco hay nada mejor que hacer.

Pese a su cansancio, o precisamente por ello, tardó menos que nunca en cruzar al otro plano. La sensación de atravesar una cascada la hizo estremecerse mientras el Asfódelo, tan ceniciento

como de costumbre, la recibía como una de esas pesadillas en las que pasas la noche entera cayendo de manera intermitente.

«Solo que antes era al revés. —Notó la caricia de los asfódelos, tan imposibles de agarrar como el humo, alrededor de los tobillos—. Cuando padre vivía, la pesadilla no era esto, era el mundo de los vivos. Porque había cosas peores que morir».

—MacDonnell —llamó deteniéndose en una pradera.

La brisa que atravesaba el Asfódelo, aquella corriente sin comienzo ni final, jugó con su pelo negro. «¿Cuántos millones de fantasmas habrá aquí?».

—Si quieres ayudarnos, pon un poquito de tu parte. —Se esforzó por proyectar más su extenuada consciencia—. No puedo encontrar el acceso al Tír na nÓg sin ti, MacDonnell. Fuiste tú quien le propuso a Florrie…

—La última vez que hablamos de ella, la llamaste Méav.

Había aparecido un espíritu, pero no era el que Aurora buscaba.

—Hola de nuevo, señorita Lovelace. Debe de estar harta de verme.

Sus rasgos seguían igual de borrosos. «No ha bastado con lo que le hicieron a Klingermann —pensó acercándose a ella—. Va a necesitar algo más para redimirse».

—Estábamos equivocadas en cuanto a esa mujer.

—¿No es Méav MacDonnell? ¿De quién se trata?

—Pues no tenemos ni idea, pero sabe bastante acerca de ella.

Cuando Annabel echó a andar a su lado, las siluetas de los otros condenados atrapados dentro de la burbuja de niebla también las siguieron.

—Están pasando cosas, por cierto —dijo Aurora—. Ha empezado un revuelo tremendo en la granja. He oído que son soldados ingleses…

—Para ser más exactas, los Fusileros de Lancashire.

El orgullo con el que el espíritu dijo aquello la ayudó a atar cabos.

—¿Ese no es el regimiento del capitán Willoughby?

—Ajá —dijo Annabel—. La clase de heroicidad que una esperaría de él.

Aurora la vio acariciar la manta que le envolvía los hombros.

—¿Y usted cómo se ha enterado? ¿No estaba incomunicada?

—Victor descubrió que os han encerrado en la granja Mouquet. Fue a visitar a Nathan para decírselo y, por lo que veo, se puso manos a la obra.

La chica recordó el silbido de las granadas antes de estallar.

—Espero que tenga razón y su amigo sea un héroe, no un mártir. —De repente, se dio cuenta de algo—. ¿Cómo es que milord no anda por aquí?

—Ha ido a las trincheras de Pozières para contárselo también a Ada.

De todas las cosas que Aurora esperaba oír, esa era la última.

—¿La señorita Chapman se ha colado en las trincheras? —«Está aún más loca de lo que creíamos»—. Pero si es una mujer. Ni siquiera las enfermeras…

—Esa es, en mi opinión, la raíz de todos los problemas.

Las dos se detuvieron a la vez, aunque no por lo que acababan de oír.

Mientras caminaban, una imprecisa masa de color gris, como una concentración de sombras, había empezado a vislumbrarse a través de la niebla. Se encontraba justo enfrente de ellas, pero Annabel y Aurora ya no eran las que se aproximaban, la oscuridad acudía sigilosa a su encuentro.

«Quédate quieta», murmuró la primera. Había reparado en una silueta con un vestido andrajoso que las contemplaba desde las

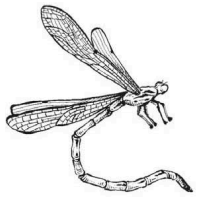
sombras. Aurora se acordó de la descripción de Florence: cabello oscuro, pómulos afilados…

—Nunca ha sido un conflicto de hombres —dijo la mujer—. Ni esta guerra ni ninguna otra. Pero el mundo no ha querido entenderlo.

Al mirar a la muchacha, su melena serpenteó como noche líquida.

—Aurora —saludó la mujer del reflejo—, por fin me has encontrado.

CAPÍTULO LXI



«No podemos acostarnos sin que ocurra una catástrofe», se dijo Ada mientras la nube de gas amarillo se arrastraba hacia ellos como una estampida silenciosa.

Con el sobresalto, casi se cayó del regazo de Alabaster. El cloro les inundó las fosas nasales, pero también olía a algo más… ¿Era a piña? ¿A pimienta?

—Al diablo con la Conferencia de La Haya —masculló él.

Se puso en pie sujetándola de un codo mientras el humo se volvía más espeso. «Han debido de tirar cilindros desde los aviones», pensó Ada.

—El casco —recordó—. ¡Creo que lo dejé caer por…!

—No hay tiempo. —Alabaster le tiró los pantalones mientras se abrochaba los suyos—. Si eso nos alcanza, estamos perdidos.

Ya empezaban a notar los efectos, a Ada le escocían tanto los ojos que apenas acertó a ponerse la ropa. «Vamos, vamos, vamos», la instó Alabaster mientras acababa de vestirse y, con sus botas en la otra mano, echaron a correr.

Para cuando las luces del hospital aparecieron a lo lejos, el olor se

había acentuado tanto que Ada tosía y chocaba con los árboles.

—¡Gas! —oyó gritar a Alabaster—. ¡En el bosque!

Un par de enfermeras asomaron la cabeza.

—Pero ¿qué están diciendo? —se horrorizó una.

—¿Y qué hacían ustedes allí? —Su compañera, una mujer entrada en años, miró con recelo sus uniformes embarrados—. ¿No deberían…?

—¡Acaban de arrojar cilindros! ¡Tienen que salir ahora mismo!

Desde el interior de las tiendas ya habían reparado en la nube amarilla, tan rápida e imparable como un tsunami.

—¡Evacúen el hospital! —vociferó un cirujano; alguien empezó a hacer sonar una campana—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Es gas!

—No podrán desalojarlo a tiempo, ¡hay demasiadas camas!

Ada apenas conseguía hablar: la garganta le picaba aún más, como si se hubiera tragado una bola de fuego, y la cabeza empezaba a arderle, pero el ruido de otros dos Eindeckers atrajo la atención de todos.

Algo metálico cayó del primero, rebotó en una rama, rodó sobre las lonas del hospital y, cuando aterrizó en el suelo, Ada lo confundió con una granada hasta que reparó en la pintura amarilla que lo recubría.

Cuando el cilindro estalló, el escozor de sus ojos se convirtió en incandescencia. Alabaster dejó escapar un juramento y, mientras el hospital desaparecía detrás del gas amarillo, la agarró de la mano para correr hacia la trinchera. Ada estaba tan cegada por el cloro que se dejó arrastrar por el laberinto. Unos metros hacia delante, un giro a la derecha, un tramo más empinado…

—¿Dónde estará… el capitán Lennox?

—Lo vi hace un par de horas mientras patrullaba —contestó Alabaster tirando de ella—. Se dirigía a la trinchera de apoyo con el

mayor.

Ada empezaba a sentir los pulmones como alfileteros.

—Lennox dijo que… había estado en Ypres. —Casi se cayó al chocar con un soldado canadiense—. Sabía que esto… podría volver a suceder…

En ese momento, otro Eindecker atravesó el cielo, perseguido por dos aviones británicos, y media docena de cilindros cayó frente a ellos.

El humo devoró la trinchera por completo. Ada gritó antes de que la garganta se le cerrara como si la estrangulase un guantelete de hierro. «Me voy a ahogar —pensó agarrándose más a Alabaster—, los dos lo haremos».

—¡Por todos los…! —le oyó proferir.

Al entreabrir los ojos, vio a través del gas cómo otro soldado escupía algo…, una cosa pegajosa, sanguinolenta, que le costó reconocer.

Era un trozo de pulmón. El cloro se los estaba derritiendo.

«Aire», pensó la parte de su cerebro que no estaba muriéndose de asco. Cuando se le doblaron las rodillas, distinguió a otro hombre tendido al lado con el uniforme manchado de sangre. «Necesito aire». Sintió un mareo. «Necesito…».

La mano del soldado reptaba hacia una cantimplora, pero Alabaster se la arrancó de los dedos. La usó para empapar un pañuelo y puso a Ada en pie.

—Ven. —Se lo apretó contra la nariz—. Respira.

Ella se revolvió para soltarse, convencida de que se iba a asfixiar.

—Respira —repitió Alabaster. Los estertores del soldado se detuvieron poco a poco—. Respira, Ada —insistió en su oído—, así…

Cuando obedeció, le sorprendió comprobar que el aire atravesaba el pañuelo. Se aferró a su brazo mientras el oxígeno regresaba poco

a poco a su cerebro.

—El agua… neutraliza el cloro. —Notó cómo Alabaster se tambaleaba antes de volver a tirar de ella—. Me lo contaron en el… barracón.

«Ha dejado que un hombre se asfixiara para salvarme».

—Tienes que… —La tela no le dejaba hablar—. Alabaster…

Él, sin hacerle caso, continuó arrastrándola. El humo era cada vez más espeso, pero de repente vieron aparecer una mancha oscura entre el amarillo.

«El búnker. —Ada reconoció la cortina de cuero, el arranque de los peldaños, y entonces lo entendió—. Las máscaras antigás de la pared».

La había conducido hasta allí para coger una. Tosiendo cada vez más, Alabaster apartó la cortina y, al empezar a bajar, chocaron con alguien.

—Tomen. —El soldado ya llevaba puesta una máscara, pero les tendió otras dos. Ada vio temblar la mano de Alabaster—. Las últimas.

Él asintió mientras intentaba pasarle las correas por la cabeza.

—No servirá de nada si se desmaya. —El cuero distorsionaba su voz, pero Ada reconoció la del mayor Silverstone—. Debería ponerse la suya antes… Ah, qué más da —dijo mientras Alabaster se la ajustaba—. Yo habría hecho lo mismo.

Cuando giró el aparato de la parte inferior, una bocanada de aire inundó los pulmones de Ada y la sensación casi la hizo sollozar de alivio.

Le llevó unos segundos recuperarse lo suficiente como para mirarlo. Se había puesto la otra máscara y su pecho subía y bajaba sin parar. «Parecemos dos médicos de la peste», pensó alargándole la mano; él se la estrechó con fuerza.

—Gra… Gracias. —Ada se volvió hacia Silverstone—. Por haber…

—Mi ordenanza está repartiendo el resto —explicó el mayor—. Iba a subir para ayudarle, pero me alegro de haberles encontrado. ¿Saben qué está pasando?

—Unos aviones se han puesto a arrojar cilindros.

—Empezaron cerca del hospital —añadió Alabaster—, pero ahora los están soltando… sobre la trinchera de reserva. El gas está por todas partes.

«Han dejado morir a un soldado por mí. —Volvió a pensar Ada, y se acordó de las palabras de Rosenfield—: Un hombre que daría un mundo por una existencia a tu lado».

—¿Cree que los alemanes sabían que estábamos a punto de atacar?

—Han organizado esto para tomarnos la delantera —asintió Silverstone—. Si gasean una red entera de trincheras, no nos quedará más remedio que dejarlas. Quieren hacernos salir a la tierra de nadie cuando a ellos les conviene.

—¿Lo han hecho por Roy? —La ciruela que Ada se había comido pesaba una tonelada en su estómago—. ¿Porque saben que hemos venido a por él?

«¿Todas estas muertes son por mi culpa?», habría querido preguntar, pero el mayor se limitó a indicarles que lo siguieran de vuelta al exterior.

Las lentes ambarinas lo volvían aún más amarillo. Había tantos cuerpos, algunos con la garganta ensangrentada por habérsela arañado, que apenas se distinguían las tablas del suelo. La mayoría de los supervivientes se había puesto una máscara, pero Ada distinguió, a través de los cristales empañados, cómo unos cuantos corrían hacia la trinchera del frente con una toalla empapada contra la cara.

—¡Está avanzando muy rápido, señor! —anunció otro hombre enmascarado que se acercó a Silverstone—. Han conseguido evacuar el hospital, pero ya empieza a haber cloro en las trincheras de comunicación…

—¿La primera línea continúa despejada?

—De momento, sí, señor. Todos los batallones se están concentrando allí. No podremos demorar la ofensiva; es cuestión de vida o muerte.

—Entonces es verdad —dijo Alabaster—. Los alemanes pretenden…

El silbido que ahogó su voz, pese a proceder del cielo, no pertenecía a ningún cilindro de gas. Antes de que Silverstone terminara de gritar «¡Cuerpo a tierra!», un obús impactó contra la trinchera con una potencia digna del apocalipsis.

El parapeto, los sacos de tierra, el muro de contención, todo saltó por los aires. Un tramo de la zanja sepultó a los soldados más cercanos cuando se derrumbó y envió a Ada y a Alabaster contra la pared de enfrente.

La explosión les arrojó tanta tierra encima que, hasta que no se frotó las lentes, Ada no entendió qué había pasado. El muro era ahora una masa de barro y madera tan desmenuzada como el castillo de arena de un niño.

—Ma… ¿Mayor? ¿Mayor Silverstone?

Se oían gemidos amortiguados, las voces de los hombres atrapados bajo el barro, pero ninguna que reconociera. «Dios, no».

—¡Mayor Silverstone! —exclamó incorporándose.

—Tenemos que alejarnos —dijo Alabaster—. Ya no les basta con asfixiarnos, ¡nos están bombardeando!

—Pero el mayor sigue… ¡No podemos dejarlo ahí!

Otros dos aviones pasaron sobre ellos soltando una nueva carga

de obuses. Aquello hizo que los soldados corrieran hacia la trinchera del frente, donde aún no habían llegado ni el cloro ni las bombas, y los dos los siguieron.

«Silverstone tenía razón, lo han hecho para obligarlos a salir», comprendió Ada al desembocar en la primera línea. El estrépito de los silbatos era ensordecedor, aunque no tanto como el de las ametralladoras: el ra-ta-ta-ta parecía reverberar dentro de sus huesos mientras la primera oleada de soldados se dirigía, a través de las escalerillas apoyadas en la pared, hacia la alambrada.

«¡Salid, deprisa, y no se os ocurra deteneros!», bramaba un oficial. Ada tenía las lentes tan sucias que apenas distinguía nada, de modo que se acabó quitando la máscara y Alabaster hizo lo mismo. Allí no parecía llevarlas nadie… y, gracias a eso, lo reconocieron al doblar un recodo.

El capitán Lennox, desde un escalón de tiro, gritaba instrucciones a los soldados que trepaban hasta la tierra de nadie, pálidos como muertos.

—¡El hueco más cercano está frente a la ametralladora rota! No hagáis caso al idiota de Rees, todos irán hacia el otro lado, ¡buscad la ametralladora rota y llamaréis menos la atención! ¡Long, suelta la petaca de una vez!

—¡Capitán! —Ada corrió hacia él—. ¡Capitán, acabamos de…!

—¡Ahora no, Chapman! ¡Baja esa cabeza, Jeremy, o…!

Otra explosión sobre la alambrada. Era como si lloviese barro.

—¡Cuando hayáis cruzado, encended una bengala —Lennox se limpió la cara de un manotazo— y poneos a cubierto!

—¡Ha habido un derrumbe! ¡El mayor Silverstone está atrapado!

De inmediato, el capitán dejó de ladrar órdenes.

—En la trinchera de apoyo… —continuó Ada sin aliento—. Un obús impactó contra la pared. Se vino abajo toda la estructura y el

mayor…

—No sabemos qué le pasó —dijo Alabaster—. No pudimos quedarnos.

Lennox siguió mirándolos, más blanco que nunca pese a la tierra.

—Capitán —lo llamó un teniente—. Capitán, ¡tenemos que…!

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó Lennox.

—Frente a la entrada del búnker. Acabábamos de salir cuando…

El siguiente proyectil se estrelló con tanta fuerza que abrió un surtidor de tierra. Ada y Alabaster se cubrieron con los brazos, pero Lennox no se inmutó.

—¡Capitán! —El resto de sus soldados se había marchado y solo quedaban el teniente y él. Este le sacudió de un hombro—. ¡Nos están esperando!

Pero el capitán le asestó un empujón y, con un «maldita sea, Oliver», echó a correr hacia la trinchera de apoyo. Ada y Alabaster lo vieron desaparecer entre los hombres que se apresuraban en dirección contraria.

—Lennox acabará fusilado por desertor o condecorado por el rey Jorge. —Alabaster sacudió la cabeza—. Solo existen dos posibilidades.

—Mejor, el término medio es para los mediocres.

Cuando Ada se volvió, encontró a Rosenfield a su izquierda, pegado a la pared para que no le atravesara ningún soldado.

—Menuda fiesta tenéis montada. —Parecía un cisne en medio de un vertedero con su levita gris—. Suponía que las cosas se pondrían tensas, pero no tan rápido. ¿Es cierto lo que he oído sobre un gas venenoso?

—Un regalito inesperado de los químicos alemanes.

Hubo una nueva explosión; Alabaster hizo agacharse a Ada.

—Qué vulgaridad —comentó Rosenfield—. Parecéis estar

entretenidos, así que iré al grano: por fin conseguí tirarle de la lengua al general Klingermann. Me ha confesado que Florence, Jia y Aurora está en la granja Mouquet.

Ada, que había vuelto a taparse, lo observó atónita.

—Eso queda cerca de aquí… —Recordaba haberla visto desde el molino la noche anterior—. Entre Pozières y Thiepval, donde Nathan…

—Lo sé, ahí está su regimiento. Fui a visitarlo nada más averiguarlo.

Aquello la descolocó tanto que casi se olvidó de los obuses.

—En cuanto le hablé de la granja, Willoughby prometió ocuparse de ello. Dijo que intentaría tomarla esta noche con sus hombres.

El corazón de Ada retumbaba más que las ametralladoras.

—Entonces… solo tenemos que esperar a que Courcelette…

—En la granja están tus chicas, Ada —dijo Rosenfield—, pero se han llevado a Roy a otro sitio. Klingermann habló de una fábrica, pero no pude sonsacarle más.

A Ada se le abrió la boca, pero enseguida ató cabos. «Una fábrica». El búnker, la pared con las máscaras. El mapa rodeado de fotografías. «Una fábrica…».

—La refinería de azúcar. —Se tapó la boca—. Sí.

—¿La que está junto a Courcelette? —Alabaster se arrimó a ella cuando un pelotón pasó a todo correr—. Pero si el mayor dijo que la destruyeron.

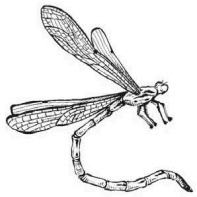
—Dudo que Klingermann quisiera encender las máquinas —dijo Rosenfield—. Lo que le interesaba era trasladar a Roy al sitio más recóndito posible.

Para entonces, la segunda oleada se disponía a salir y, cuando el espíritu se despidió de ellos, Ada tiró de Alabaster para que no los arrollaran.

—¡Esa refinería está tras la alambrada alemana —intentó hacerse oír sobre las ametralladoras—, así que costará tanto llegar a ella como a Courcelette! Habrá que esperar a que las tropas se abran camino, no hay otra manera de…

—Sí que la hay —contestó Alabaster—, pero tenemos que encontrar al general Rawlinson antes de que haga lo que se muere de ganas de hacer.

CAPÍTULO LXII



Sobre la granja Mouquet, la bandera tremolaba como un fantasma.

Llevaba tantos meses viéndola que la Cruz de Hierro casi había pasado a formar parte del paisaje. Ahora, por primera vez, las ametralladoras habían dejado de coserles a tiros, los artilleros yacían sobre una buhardilla y los Fusileros de Lancashire, armados hasta los dientes, corrían a ayudar a los soldados canadienses.

—¡Caswell! —exclamó Nathan al entrar en un patio tan destrozado que, de no haber sabido que pertenecía a una granja, no lo habría adivinado—. ¿Qué está pasando?

Daba por hecho que se enfrentarían a explosiones, pero no que las ruinas estarían tan saturadas de humo, mucho más blanco y espeso de lo habitual.

—Willoughby, por fin —contestó el capitán Caswell, el responsable de la incursión—. Para encontrarse tan implicado, se lo ha tomado con calma.

—Estaba explicándoles a mis tropas… Caswell, ¿qué es esto?

Cuando sus ojos se acostumbraron al humo, Nathan vio que salía

de un agujero abierto en el suelo.

—Resulta que, cuando nos habló de unos subterráneos, decidí enviar a un par de fisgones. —Caswell escupió un puñado de tabaco —. El terreno está tan agujereado como un queso de gruyer. Por eso no había manera de sacar a los condenados alemanes: porque estaban atrincherados bajo tierra.

—Por suerte, hemos traído juguetes nuevos —dijo su ordenanza.

Cuando unos soldados se acercaron, Nathan pensó que los cajones que cargaban estarían llenos de proyectiles corrientes hasta que reparó en el olor.

—Granadas de fósforo —explicó Caswell—. Si no tienen máscaras, saldrán como las ratas que son.

—¡Pero eso es una inmoralidad! ¡La Conferencia de La Haya…!

El estrépito que resonó en el patio, después de que los soldados arrancasen unas anillas y tirasen un par de granadas a un subterráneo, acalló su voz.

—La Conferencia de la Haya prohibió usar armas así —repitió cuando los oídos dejaron de retumbarles—. Ignorarlo sería un atentado al honor.

—Willoughby, ¡por el amor de Dios! —estalló su compañero.

—¿Sabe lo que está pasando a dos kilómetros? —preguntó el ordenanza—. ¿Lo que los alemanes han empezado a hacer en Pozières?

Mientras se dirigían a la granja, Nathan juraría haber oído más explosiones de lo habitual hacia el este, pero no le había dado tiempo a indagar.

—Han atacado nuestras trincheras con gas —explicó Caswell.

—¿Qué? —Sintió cómo se le congelaba el estómago—. ¿Mostaza?

—Creemos que cloro, como en Ypres… Si conoce a algún superviviente, sabrá qué esperar. Al menos aquí no nos llevaremos a

ninguna población por delante.

«Por supuesto que tenías que estar en medio, Ada —pensó Nathan mientras las entrañas se le helaban aún más—. Viniste al mundo para complicarme la vida».

—Sé que le parecerá un suicidio, Caswell, pero voy a bajar.

Cuatro alemanes emergieron doblándose por la cintura debido a la tos. Cuando los canadienses se les echaron encima, ni siquiera se defendieron.

—Hay tres rehenes en los subterráneos. Tengo que sacarlas como sea.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el ordenanza atónito.

—Por eso decidí sumarme a su incursión —dijo Nathan—, porque necesito rescatarlas. Si siguen arrojando granadas, el fósforo las matará en minutos.

El humo empezaba a ser tan denso que apenas se distinguía nada.

—¿Pretende que pare este ataque por usted? —Costaba decir si Caswell estaba indignado o incrédulo—. ¿Para que se meta de cabeza en ese agujero?

—Solo un momento —insistió—. Es lo único que le pido.

El ordenanza seguía estupefacto, pero Caswell echaba chispas.

—Quince minutos —aceptó a regañadientes—. Llévese a un par de hombres con usted, pero dese toda la prisa que…

Nathan no esperó a que terminara de hablar; con un silbido, atrajo a dos soldados de su regimiento. «¡Quince minutos, Willoughby!», volvió a gritar el capitán mientras corrían, empuñando sus rifles, hacia el agujero más alejado.

Unos alemanes aguardaban al lado, tosiendo mientras los maniataban, pero no parecía salir humo. Tras descender por unos peldaños destrozados, aparecieron en un corredor de ladrillo que olía como si nadie lo hubiera pisado en un siglo.

—¿Por dónde quiere empezar, capitán? —preguntó un soldado.

—Según tengo entendido, están en un calabozo. —La única fuente de luz, un farol colgado de la pared, dejaba en tinieblas los extremos del corredor—. Id en esa dirección —ordenó Nathan.

Cuando se separaron, el silencio se volvió aún más inquietante por el contraste con el estruendo de arriba, pero no había dado ni cuatro pasos cuando se detuvo.

Una sombra más oscura que las del corredor se erguía ante él.

—Cabrones sin escrúpulos —oyó mascullar.

Nathan no habría necesitado oír su acento. Cuando se le acercó, la luz hizo brillar la cruz de su uniforme y la Luger con la que le apuntaba.

—Me pregunto qué gesta heroica contarán cuando todo acabe. —Una sonrisa contrajo la cicatriz del capitán Ecker—. Deje que lo adivine, se olvidarán de mencionar lo del fósforo. Porque se supone que son caballeros.

—Usted no es el general Klingermann —repuso Nathan.

Sus hombres parecían haberse alejado demasiado para oír nada.

—No ensucie su nombre tratando de pronunciarlo. Es lo único suyo que les quedaba por destrozar. —Ante la extrañeza de Nathan, Ecker añadió—: Me da igual cómo termine esto, nunca les perdonaré por lo que le han hecho. Por haber convertido a un hombre como él, un maldito héroe de guerra, en un…

De repente, algo le golpeó la cabeza. Su mirada se desenfocó, pero Nathan no pudo reparar en el soldado situado tras él hasta que Ecker se desplomó. Era mucho más joven, con una marca roja en la frente y un revólver…

Solo que no le apuntaba a él. Lo había usado para noquear a su superior.

—*Sie befinden sich dort in einem der Kerker* —susurró Maximilian.

Cuando le tendió el arma, Nathan tardó en reaccionar.

—*Die Mädchen*. Las… Las muchachas. —Maximilian señaló la oscuridad—. Ahí, al fondo del… *unterirdisch*.

—¿Se refiere a las inglesas secuestradas?

El joven asintió antes de entregarle otra cosa: un puñado de llaves. Un instante después, los hombres de Nathan se reunieron con ellos y, al reconocer el uniforme de Maximilian, corrieron a inmovilizarlo.

—Gracias… —respondió Nathan sin entender nada.

—Debería darse prisa, capitán —le recordó uno de sus soldados.

—Nosotros nos ocupamos de estos —añadió el otro y, sujetando a Ecker de los brazos, los arrastraron a Maximilian y a él escaleras arriba.

La siguiente explosión arrancó a Nathan de su desconcierto. En cuanto se alejó, la negrura pareció devorarlo todo, de modo que tuvo que servirse de las manos para examinar las paredes resbaladizas.

«Será una de estas puertas». Tras probar suerte con dos, se peleó con el cerrojo de la tercera y estaba a punto de asestarle una patada cuando una de las llaves funcionó. Al abrir la puerta de un empujón, encontró lo que buscaba.

—¡Capitán Willoughby! —exclamó Florence.

Jia y ella parecían estar protegiendo a una Aurora tumbada en el suelo.

—Por fin… —Salvo por el labio partido de Jia, tenían buen aspecto —. Venid conmigo, rápido. El tiempo apremia.

—¿Cómo ha averiguado dónde estábamos? —preguntó Jia.

—Me lo explicó lord Rosenfield. —Nathan las agarró de los codos —. A él, por lo visto, se lo contó en el Asfódelo esa señorita.

Tras empujarlas, se acercó a Aurora para levantarla.

—¡No la toque! —gritó Florence.

—No puede molestarla, capitán —aseguró Jia.

—¿Qué? —Nathan las miró perplejo—. ¿De qué habláis?

—Su cuerpo se encuentra aquí, pero su alma sigue en otro plano.

La respiración de Aurora se había vuelto tan tenue que su pecho apenas se movía. De no ser por el vaivén de sus ojos, Nathan habría pensado…

—Lleva toda la noche en trance —explicó Florence—. Los tratados espiritistas aseguran que es peligroso despertarla.

—Está ocupándose de algo importante —dijo Jia.

—Chicas, me parece muy bien, ¡pero este no es el mejor momen…!

Cuando algo explotó sobre la granja, unos cascotes cayeron por el agujero del techo y Florence se apretó contra la pared.

—Ha habido ruidos peores y Aurora no se ha despertado —insistió Jia—, pero si se empeña en llevarla de un lado a otro…

—¡Están bombardeando los subterráneos con fósforo, Jia!

Aquello las hizo quedarse calladas. «Dios, no tengo tiempo para esto».

—Necesitan sacar a los alemanes como sea. Si tiran granadas también aquí, las quemaduras nos matarán aún más rápido que el humo y Aurora —se agachó junto a ella— pasará en el Asfódelo más tiempo del que querría.

Esta vez, ninguna protestó, solo se quedaron mirando cómo Nathan se echaba a la chica al hombro, como si no pesara nada, antes de empujarlas hacia la puerta. La cabeza de Aurora se balanceó, pero siguió sin despertarse.

—¿Ha dicho que fue lord Rosenfield quien…?

—Se me apareció en sueños. Ya sabéis cómo funciona eso.

Las paredes del corredor también temblaban, pero aún no parecía

haber ni rastro de humo. «Deben de quedar un par de minutos».

—Fui yo quien lo trajo de vuelta —dijo Jia—. ¿Usted lo sabía?

—Hasta esta noche, no. Ada prefirió no contármelo. —Un músculo tembló en la mandíbula de Nathan—. No es que me muriera por verlo.

Las muchachas cruzaron una mirada sin dejar de correr tras él.

—Rosenfield no es el único que ha regresado. —«Jia, cállate», susurró Florence—. La señorita Lovelace también.

El farol del corredor se mecía como si estuvieran en el mar.

—Creemos que… lo visitó hace unos días —continuó Jia—. Cuando estábamos en Albemarle Street, le oímos comentar que quería ver a un amigo.

—Ya lo sé —contestó Nathan recolocando a Aurora sobre su hombro—. Fue el lunes por la mañana, a eso de las nueve. Estaba preparando mi mochila.

La sorpresa las hizo detenerse; el capitán les dio otro empujón.

—De repente, una brisa atravesó la habitación, pero la ventana estaba cerrada. El aire pareció cargarse de energía…, como si hubiera alguien conmigo.

Al alcanzar la escalera, vieron los cuerpos de dos alemanes derrumbados sobre los peldaños, y Nathan las hizo pasar por encima.

—En ese momento, pensé que eran imaginaciones mías, pero, cuando me enteré de que Rosenfield había vuelto, supe que había sido real, ella estaba allí.

—Pero… si usted no es espiritista. —Jia parecía atónita—. No puede ver a los muertos como nosotras…

—No lo necesito para reconocerla. Si estuviera rodeado por cientos de fantasmas, sabría cuál es el de Annabel al instante.

Florence y Jia seguían tan sorprendidas que ni siquiera notaron

cómo el aire les sacudía la cara. Sobre los tejados del patio, el cielo se había vuelto más claro, aunque no por culpa del amanecer: las explosiones entre Pozières y Courcelette teñían la humareda de naranja como si estuviera saliendo el sol.

—Por los pelos, Willoughby. —Al ordenanza del capitán Caswell le costó ocultar su alivio al verlos aparecer—. ¿Están bien?

—Eso creo —dijo Nathan—. Solo necesitan descansar.

—Pues no son las únicas: la noche está siendo productiva —respondió Caswell sin volverse—. Mire qué pez gordo acabamos de pescar.

Cuando señaló un grupo cercano, Nathan pensó que se refería al capitán Ecker hasta que reparó en otro oficial alemán. Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra un muro y los ojos perdidos en los escombros, y el resplandor de las explosiones revelaba una palidez casi cadavérica.

—¿Ese es…? —Pese a lo desastrado del uniforme, reconoció los galones de sus hombros—. ¿Es Klingermann? ¿Heinrich Klingermann?

—Impone bastante menos de lo que esperábamos —repuso Caswell.

—Estaba en una celda cerrada con llave —dijo su ordenanza—. Hemos tenido que sacarlo entre cuatro hombres… Parecía incapaz de caminar.

La mirada de Klingermann estaba tan vacía como la de una máscara, como la de un muñeco con los ojos arrancados. «Un hombre como él —había espetado Ecker en el subterráneo—, un maldito héroe de guerra…».

Cuando explotó otra bomba, ni siquiera parpadeó. Era como si sus sentidos le hubieran dejado de obedecer. «Santo Dios, Rosenfield», pensó Nathan.

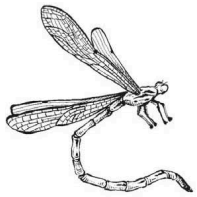
—Ya habrá tiempo para averiguar qué le ha pasado. —Caswell añadió de mal humor—: Lárguense de una vez.

Mientras un pelotón traía otra remesa de granadas, Nathan condujo a las chicas hacia el extremo del patio, donde la bandera de la Cruz de Hierro había sido arriada. Los soldados detenidos, casi una treintena para entonces, aguardaban en silencio de cara a una pared, Maximilian entre ellos.

Estaba tan extenuado como sus compañeros, pero sonrió al girar la cabeza, con los brazos en alto, y ver cómo se marchaban.

—*Auf Wiedersehen, Florrence* —susurró.

CAPÍTULO LXIII



Cuando aparecieron, los alemanes creyeron estar ante unos monstruos.

Surgieron del humo como los gigantes de las leyendas, envueltos en unos chirridos que parecían brotar del mismo averno. Algunos soldados tiraron sus armas y corrieron de vuelta a la trinchera; otros, demasiado atónitos para reaccionar, aguardaron hasta que casi los tuvieron encima y entonces hicieron lo mismo entre alaridos.

Solo un centenar de hombres permaneció impasible, aquellos a los que Roy había resucitado y que, poco antes de perder la razón, el general Klingermann había ordenado trasladar al campo de batalla. Sus ojos estaban clavados en los engendros metálicos, tan inexpresivos como si fueran caballos de batalla, y ni siquiera cuando cargaron contra ellos con sus casi treinta toneladas parecieron asustados.

Pero, desde el interior de los tanques, los aliados no podían distinguir si aquellos a los que aplastaban ya habían estado muertos. Los vehículos avanzaban con una lentitud desesperante hacia las trincheras enemigas mientras la infantería, perpleja por lo que

estaba presenciando, se parapetaba a sus espaldas.

—¡Si tardamos mucho, nos quedaremos sordos! —gritó Ada entre el estruendo del motor, los cañones y las ametralladoras—. El capitán Lennox tenía razón, ¡tres kilómetros de tierra de nadie no son tres kilómetros normales!

Dada la escasez de soldados dispuestos a jugarse la vida en un tanque, había sido bastante sencillo colarse en el interior de uno. Contando con los conductores, los responsables de las cajas de cambios y ellos, había ocho personas apiñadas dentro del compartimento, minúsculo por culpa del motor colocado en medio.

El terreno debía de estar plagado de cráteres, porque las orugas los hacían subir y bajar sin parar. Ada tuvo que agarrarse al asiento debido a los balanceos.

—¡Es como encontrarnos en alta mar! —volvió a vociferar.

Hacía un calor insoportable, como si el blindaje se encontrara al rojo vivo, y la concentración de monóxido de carbono lo volvía aún más agobiante.

—¡Dudo que te recuerde al Titanic! —Alabaster estaba tan sudoroso como ella, pero sonrió con picardía—. ¡No había ni una ola aquella noche!

«No —pensó Ada—, pero otras cosas sí se parecen». Desde que se habían adentrado en la tierra de nadie, un murmullo había comenzado a acudir a su mente, ininteligible para los demás, pero, para ella, casi tan estridente como el motor.

Los espíritus que había atraído desde el molino seguían allí. Vagaban sollozando entre los cráteres, invisibles para sus compañeros, incapaces de escapar.

«¿Existirá algo peor que morir en este sitio?», se preguntó.

—¡Nos están disparando! —La advertencia gritada por uno de sus compañeros la sobresaltó. Algo metálico se había estrellado contra

una de las paredes, pero la carrocería seguía intacta—. ¡El blindaje parece resistir, pero…!

—Cuando salgamos, la situación será muy distinta —dijo Alabaster.

—Pero estaremos en la refinería. —Ada apretó con fuerza su rifle —. Y, si es verdad que se encuentra en ruinas, habrá muchos parapetos.

Cuando apartó la mirada de la carrocería (acababan de aparecer tres abolladuras donde habían impactado las balas), la expresión de Alabaster la sorprendió.

—Sabía que me causarías problemas, Ada Chapman —pese a su exasperación, seguía sonriendo—, pero no que pudieras ser tan condenadamente…

Otra ráfaga de artillería impactó contra el tanque, esta vez en el costado opuesto. Era desquiciante que aquello, las direcciones desde las que los atacaban, fuera la única noción espacial con la que contaban, salvo por las escotillas.

—¡La trinchera alemana está a cien metros! —informó el soldado encaramado a una de las torretas—. ¡La refinería se encuentra justo detrás!

—Pues empecemos a prepararnos —contestó Alabaster.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Ada.

Él se detuvo mientras inspeccionaba su rifle.

—Hace un momento. «Que pudieras ser tan condenadamente…».

—Valiente. —Otra vez aquella mirada, mezcla de resignación, de admiración y de… amor. Ada supo que, por mucho que viviera, nunca olvidaría lo que leyó en aquel instante en sus ojos—. La persona más valiente que he conocido.

Tardó en percatarse de que, pese a lo nerviosa que se encontraba, también ella estaba sonriendo, pero lo que ocurrió entonces le impidió contestar.

Un impacto mucho mayor que el de las balas hizo que todos se volvieran. Ada estaba preguntándose si les habría alcanzado un cañonazo cuando el tanque, con un chirrido estremecedor, dejó de avanzar.

La brusquedad con la que se detuvo hizo caer a dos soldados.

—¿Qué ha pasado? —Ada estiró el cuello, pero apenas veían a los conductores. Alabaster la agarró en un acto reflejo—. ¿Por qué nos hemos…?

—Las orugas —respondió uno de los hombres.

Había empezado a oler a humo, pero entraba por las escotillas.

—¡Han debido de alcanzarnos con una granada! —Oyeron el frenesí con el que otro accionaba la caja de cambios—. ¡El dispositivo se ha hecho pedazos!

—Pero…, si una de las orugas se rompe, ¿cómo vamos…?

La siguiente explosión acalló incluso el ruido del motor y Ada no pudo preguntar nada más: el vehículo, de repente, se inundó de fuego. Un remolino naranja lo devoró todo mientras el poco oxígeno que quedaba se desvanecía.

—¡Los depósitos de combustible! —gritó Alabaster.

Por eso había sonado en la parte delantera, entendió Ada con horror: les habían lanzado otra granada y el petróleo inflamado lo anegaba todo.

—¡Nos vamos a incinerar! —Las llamas habían saltado a los uniformes de los conductores, pero no pudo captar más detalles. Alabaster le asestó un empujón para apartarla de allí—. Muévete, ¡tenemos que salir como sea!

Otro soldado estaba forcejeando con la compuerta.

—¡No consigo abrirla! —gritó—. ¡Se ha atascado!

—Échela abajo si hace falta, ¡esto se va a convertir en una pira!

Los chillidos hicieron girarse a Ada. Ya había tres hombres presos

de las llamas, retorciéndose contra las paredes, y el hedor de la carne quemada le revolvió tanto el estómago que, de no ser porque la compuerta cedió, habría vomitado.

Por nauseabundo que fuera el olor de la tierra de nadie, casi lloró de alivio al sentirlo. Cayó al suelo junto a Alabaster mientras sus compañeros, dentro del tanque, seguían chillando; uno de los conductores ya había dejado de retorcerse.

—¿Dónde está nuestra trinchera? —dijo el que había salido con ellos.

—¡Si estábamos tan cerca de la alemana, será mejor continuar! —respondió Alabaster—. ¡Lo peor que podríamos hacer sería quedarnos qui…!

Como en respuesta, una ráfaga de ametralladora pasó casi rozándoles.

—Ada, dame la mano —le ordenó—. ¡No mires atrás!

Mientras el tanque continuaba ardiendo, corrieron hacia un grupo de árboles que podría servirles de escudo a través de la riada de soldados, tanto aliados como alemanes. El terreno, de puro bombardeado, recordaba a un paisaje lunar y los cráteres que habían notado desde el tanque estaban por todas partes.

Otros dos vehículos, apenas visibles entre el humo, se dirigían hacia la derecha; Ada supuso que la refinería estaba por allí. Alabaster debió de pensar lo mismo, porque le dio un nuevo tirón a su brazo segundos antes de oír un alarido.

Un disparo había alcanzado a su compañero. La bala le había atravesado el casco y, mientras lo veían desplomarse, una silueta emergió de la humareda.

—Ponte detrás de mí. —Antes de que Ada reconociera el uniforme, Alabaster ya había disparado. Cuando le acertó en un hombro, el alemán se tambaleó, pero solo durante un instante—. ¡Maldita sea!

—rugió apuntándole de nuevo.

El siguiente disparo le dio en el pecho, pero tampoco le hizo detenerse.

—Lo sabía —dijo Alabaster—. ¡Son los malditos resucitados!

—Ahórrate las balas, ¡no servirán de nada! —Esta vez fue Ada quien tiró de él mientras el alemán alzaba su arma—. ¡Tenemos que darle esquinazo!

Los disparos los siguieron hasta el grupo de árboles, tan requemados como toda la tierra de nadie, pero su enemigo se quedó atrás; la aparición de cuatro australianos debía de haberlo distraído. Cuando por fin se detuvieron, Ada jadeaba.

—Da igual lo cerca que estemos, no podremos hacerlo. —Estaba tan empapada como si hubiera nadado en el mar—. Nos acribillarán…

—Cuando disparé a ese hombre, no pareció sentir… nada.

Alabaster estaba pálido bajo las salpicaduras de barro.

—No hablo solo del dolor —añadió—, sino de la rabia, de la… Son como unos autómatas creados para matar. No piensan nada, no se cuestionan nada.

—Los soldados perfectos, supongo. Por eso Klingermann los…

Antes de que acabara de hablar, Alabaster la empujó de nuevo, con tanta brusquedad que Ada soltó un grito, pero no entendió por qué hasta que cayó al suelo. Hasta que, de bruces sobre el barro, oyó resonar otro disparo entre el humo.

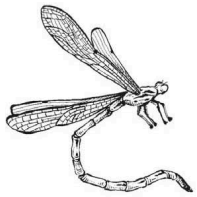
Hasta que, cuando enderezó la cabeza, una bala pasó sobre ella, justo hacia el lugar en el que acababa de estar, y se hundió en la guerrera de Alabaster.

Hasta que el impacto lo envió contra un árbol, haciéndole chocar con el tronco, y el ruido ahogó los gritos de Ada al tiempo que, tras permanecer unos segundos erguido, el joven se deslizaba y caía al

suelo.

Uno más en un tablero rebosante de peones abatidos.

CAPÍTULO LXIV



En el Asfódelo, la sombra que envolvía a la mujer del reflejo parecía repetir sus palabras como si fuera un eco: «Aurora, por fin me has encontrado».

—La verdad es que no me lo ha puesto fácil —comentó esta.

Las tinieblas siguieron aproximándose hasta detenerse ante ella. Aurora se dio cuenta de que no era una oscuridad imprecisa, estaba hecha de contornos retorcidos como las pinceladas de una acuarela.

—Tejos… —Distinguió el perfil de dos troncos, uno a la izquierda y otro a la derecha, y sus ramas entrelazadas—. Y espinos… Las plantas de las brujas.

—Es una puerta —susurró Annabel—. La del Tír na nÓg.

Más allá del arco formado por los árboles, la oscuridad aumentaba a la vez que lo hacía la espesura. La mujer, entre ellos, las observaba sin decir nada.

—Así lo describían en *Paseando entre los túmulos*: un plano paralelo al humano, igual que el Asfódelo…. Por eso ambos se tocan. —Annabel miró por encima del hombro—. Aquí tampoco tienen sentido ni el tiempo ni el espacio.

—Ni nada —dijo Aurora—. Es como soñar despierta.

Cuando la mujer echó a andar, las dos la siguieron y Aurora, al pasar entre los tejos, reparó en que no eran sombras, sino árboles de verdad.

—Solo parecen grises por culpa de la niebla. Estas plantas son sólidas, no como los asfódelos. —Rozó un espino—. No se deshacen…

—No —dijo Annabel en voz baja—, ni tampoco nosotras.

Había apoyado los dedos en un tejo, pero no se habían descompuesto. Aurora la vio recorrer el tronco, palpar sus rugosidades, sentir su dureza.

—Señorita Lovelace… Su burbuja ha desaparecido.

Incluso su silueta había dejado de ser traslúcida al cruzar la puerta.

—Lo sé. —Los dedos de Annabel temblaron—. Se… Se ha quedado atrás. Aquí, al otro lado del umbral, soy capaz… —Apartó la mano—. Dios mío.

Cuando se volvió hacia Aurora, tenía los ojos tan abiertos que solo parecía existir el verde en su cara. Annabel estiró la mano y sus dedos entraron en contacto.

—Dios mío. —Eran cálidos, corpóreos—. Puedo tocarte.

—Apuesto a que preferiría que la hubiera acompañado milord.

—Nadie más tiene permitido traspasar esa puerta.

La mujer se había detenido en lo que parecía un sendero.

—Solo aquellos raptados por los *sídhe*. —Estaba flanqueado por unos tejos aún más emborronados por la niebla—. Si vosotras lo habéis hecho es porque os he traído desde el Asfódelo. Desde el plano humano habría sido imposible.

—Y usted lo sabe mejor que nadie —dijo Annabel, sujetando aún los dedos de Aurora—. Porque es una MacDonnell, pero no la que

creíamos.

—No es la madre de Roy —contestó Aurora.

Cuando la mujer se giró, su melena la siguió como una sombra.

—Deirdre —dijo Aurora, pero no se detuvo.

La niebla se interpuso entre ellas, convirtiéndola en una mancha gris, y Annabel y Aurora la siguieron. Las plantas seguían siendo sólidas en el sendero; sentían el olor de los tejos, las cosquillas de la hierba, la humedad del rocío…

Al notar una punzada en la mano, Aurora se detuvo. Había una perla de sangre en el dedo con el que acababa de tocar un espino.

—Esto también es real. —Se lo llevó a la boca—. Incluso sabe a metal.

—Qué adecuado que te llames Aurora —comentó Annabel.

Se había arremangado el camisón para pasar sobre unas ramas caídas.

—Como la princesa de *La bella durmiente*, la que se pincha con el huso de una rueca. Al quedarse dormida, el castillo se sume en un sueño congelado, como si… —Annabel se detuvo—. Estoy diciendo cosas raras.

—Para nada —contestó Aurora—. Es un cuento precioso.

—No me refiero a eso… Los sueños no pueden ser congelados. —Annabel sacudió la cabeza—. Mi cerebro no funciona bien.

Deirdre caminaba sin pronunciar palabra.

—Sé de qué habla. —Aurora bajó la voz—. Antes, cuando vi el sendero, pensé que la niebla parecía melodiosa, pero no tenía sentido.

—No sois vosotras —contestó Deirdre—. Es la *sídhe*.

El camino, poco a poco, había empezado a ensancharse.

—Su magia impregna el Tír na nÓg —explicó— y sus armas más poderosas son las palabras. Hace lo que quiere con ellas, las

retuerce para enredarte en tus promesas, las implanta en tu cabeza como parásitos… Por eso es tan peligrosa para los poetas, porque les ofrece lo que más desean, la inspiración absoluta.

—«Se decía de Deirdre que poseía dos dones: el de la palabra, aunque casi nunca dejaba leer sus poemas a nadie, y el de descifrar los secretos de la naturaleza».

La respuesta de Annabel hizo detenerse a Deirdre.

—Usted era escritora —continuó—. Al menos, eso decía el relato de su rapto. Y también hablaba —miró a Aurora— de una gota de sangre.

Al observar su mano, esta vio que el rojo había desaparecido, pero el pinchazo continuaba allí. De hecho, se había vuelto más profundo.

—«De ahora en adelante, cada gota de tu sangre me pertenecerá». Fue lo que la *sídhe* le dijo antes de dejarla marchar. Cuando sellaron el pacto…

—Pero no se refería solo a mí.

Entonces Deirdre echó a andar de nuevo y, cuando Aurora y Annabel apretaron el paso, desembocaron en un claro abierto entre los árboles.

«Este es el lugar del que hablaba Florence». Se asemejaba a contemplar un bosque a través de un cristal gris: las hojas de los tejos eran grises, las ramas parecían esculpidas en piedra, las protuberancias de los troncos recordaban…

—Acabo de explicaros que retuerce las palabras —prosiguió Deirdre—, y eso es lo que hizo conmigo. Me obligó a acceder a algo, ese pacto del que habéis oído hablar, sin explicarme a qué se refería… Según ella, porque me amaba.

Había un cuerpo dentro de cada árbol, recubierto por una corteza también teñida de gris, y docenas de cabezas se alzaban hacia las ramas.

—Mis descendientes —explicó Deirdre—. Cada gota de mi sangre.

Un sinfín de crujidos resonaba en el claro cada vez que intentaban moverse. Algunos pestañeaban, otros apretaban los dientes, otros trataban de hablar.

—Al sellar mi destino, hice lo mismo con el de todos los MacDonnell. —Deirdre posó la mano en un tronco. Bajo la corteza, una niña entreabrió la boca—. El don que me concedió, el de resucitar a los muertos, pasó de uno a otro, pero también lo hizo mi condena. Al morir en la hoguera, mi espíritu regresó aquí… y los de ellos, generación tras generación, corrieron la misma suerte.

—Están anclados, pero no al Asfódelo. —Annabel sonaba más perpleja de lo que Aurora había oído nunca—. ¿No podrán cruzar al Más Allá?

—No, siempre seremos sus sirvientes, sus mascotas…, sus caprichos.

—¿Roy también terminará así? —preguntó Aurora.

—Roy debería llevar cuatro años con nosotros, pero su alma escapó del Tír na nÓg cuando alguien lo hizo resucitar. —Deirdre señaló otro tejo—. Méav.

Al girarse, Aurora y Annabel distinguieron a una muchacha, con el pelo oscuro y la barbilla puntiaguda de Roy, en el interior del tronco.

—Fue lo último que hizo tras el naufragio del Titanic —explicó Deirdre—. Lo devolvió al mundo de los vivos. Después, ella falleció… y apareció aquí.

—Quería salvarlo —dijo Annabel—. Sabía lo que le ocurriría.

—Pero no sirvió de nada —respondió Aurora—. Solo consiguió postergar lo inevitable. Cuando Roy muera, acabará como todos los MacDonnell, como… —Se detuvo al reconocer a alguien al otro lado del claro—. Lucy.

Mientras Annabel observaba a Méav, Aurora se encaminó hacia

allí. Era como abrirse camino a través de una inmensa bañera inundada de espuma.

—¿Quién te mandaba ser tan entrometida, Lucy? —Cuando se detuvo frente al árbol, las pupilas de su compañera bailaron hasta posarse en ella—. Tú no debías acabar de este modo —continuó—. No eres una MacDonnell.

Lucy tenía la boca abierta, pero las palabras la habían abandonado.

—Eso da igual —contestó Deirdre—. Ya se lo expliqué a Florence: nosotros no somos sus únicas piezas de colección. Hay cientos de motivos, puede que miles, por los cuales decidiría convertir a alguien en su siervo. Su curiosidad es…

Pero, mientras decía aquello, su voz se desvaneció.

—Es… ¿Qué? —Aurora miró a Deirdre—. ¿Qué pasa?

—Yo… —empezó a murmurar, pero no pudo acabar la frase. Nada más llevarse la mano a la garganta, unos brazos invisibles tiraron de su cuerpo.

Sucedió tan deprisa que, si Aurora hubiera parpadeado, no lo habría visto. El grito de Deirdre cesó en cuanto uno de los troncos, abierto por la mitad como las fauces de un monstruo de madera, la devoró.

Un instante después, estaba atrapada como los demás. Solo sus ojos continuaban moviéndose mientras una corteza quebradiza se extendía sobre su piel.

—Deirdre. —Cuando agachó la cabeza, a Aurora se le secó la garganta. Sus pies casi habían desaparecido bajo el blanco—. ¡Señorita Lovelace!

La niebla se había vuelto tan consistente que recordaba a una concentración de nubes. «Florence también habló de esto», recordó echando a correr.

—¡Señorita Lovelace! —La masa algodonosa se abría ante ella y se cerraba de nuevo a sus espaldas. Enseguida localizó a Annabel, su pelo era como una antorcha entre el blanco—. Señorita, ¡está aquí! ¡La *sídhe*…!

Pero, al alcanzar el centro del claro, volvió a detenerse.

Annabel estaba ahí, pero no donde Aurora creía: su cuerpo también había sido absorbido por un árbol. Vio cómo la corteza se cerraba sobre sus manos, extendidas como si hubiera tratado de agarrarse a algo, antes de que dejaran de moverse.

—Señorita Lovelace… —repitió Aurora, y se dio la vuelta.

La persona a la que había confundido con ella seguía allí, aunque solo tuvo que mirarla un instante para entender que… no podía llamarla persona.

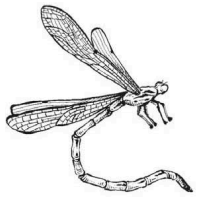
Su cabello, tan largo que se perdía en la niebla, estaba hecho de atardeceres de otoño y hojarasca sanguinolenta, de hogueras perfumadas y puestas de sol.

Sus ojos eran dos crepúsculos congelados en el tiempo, de un color que Aurora habría sido incapaz de precisar, aterciopelado como una música de violín.

Y sus labios, cuando sonrió, parecieron esquirlas de cristal.

—Me has hecho esperar una eternidad —dijo la *sídhe*.

CAPÍTULO LXV



«Solo necesitas saber que Annabel tenía razón».

A lo lejos, el tanque seguía ardiendo. Aún debía de haber soldados atrapados en sus tripas y el viento cargado de ceniza arrastraba sus gritos.

«El Infierno existe».

Chillaban mientras las llamas los devoraban.

«Pero está en la Tierra».

Un obús pasó sobre su cabeza, silbando como un demonio, antes de estrellarse contra el suelo. El universo pareció temblar cuando un surtidor de barro, de sangre, de cuerpos despedazados se elevó hacia las estrellas.

«¿Creía que las cosas iban a ser como en Londres?».

Estaba tan conmocionada que no era capaz de ponerse a cubierto.

«El Somme no es para las señoritas impresionables».

Ni de pedir ayuda, ni de sollozar. Ni siquiera de horrorizarse.

Un cuerpo carbonizado humeaba junto al tanque.

Unas costillas (demasiado grandes, debían de pertenecer a un

caballo) asomaban entre el barro sobre el que cayeron otros dos soldados.

La muerte brotaba en manantiales, mezclando a los cadáveres recientes con los que llevaban meses allí, y Alabaster yacía inmóvil entre ellos.

La mano de Ada se arrastró en su dirección. Estaba demasiado lejos para alcanzarlo, y caían demasiados explosivos, y había…

—A… Alabaster —trató de articular.

Y había demasiada muerte. El mundo entero agonizaba.

—Alabaster —repitió, pero no obtuvo respuesta. Seguía desmadejado contra el árbol con los ojos cerrados—. Alabaster, no…

Aún sostenía el rifle entre los dedos, pero había dejado de moverlos. Ada sintió el calor de sus propias lágrimas mezcladas con el fango.

—Por… favor. —Sin saber cómo, consiguió apoyarse en los codos —. Tienes que… moverte. —Empezó a reptar hacia su cuerpo—. Tienes que…

No pudo pronunciar «vivir». Una ráfaga de balas se hundió en el barro, a medio camino entre ambos, y rompió a llorar mientras caía de bruces.

«Ni siquiera puedo hacer esto. Tocarlo una última vez».

Quizá solo fuera cuestión de esperar. En algún momento, una de aquellas balas la alcanzaría, una granada estallaría demasiado cerca, un obús la reventaría.

El simple hecho de seguir respirando resultaba delirante. No, el Somme no era para las señoritas impresionables, ni para las descerebradas que se atrevían a confiar en sí mismas…, ni para las inútiles que lo echaban todo a perder.

¿Cómo podía haber pensado que saldría bien? Con lo complicado

que le había parecido todo en Londres, lo mucho que se había angustiado con problemas ridículos, ¿cómo se había creído capaz de hacer, por una vez, lo correcto?

«Sabía que me causarías problemas, Ada Chapman —recordó de repente, y se le secaron las lágrimas—, pero no que pudieras ser tan condenadamente valiente».

Cuando giró la cabeza, casi esperaba que Alabaster estuviera mirándola, pero no era él quien le había hablado…, solo su recuerdo. Lo único que le quedaría hasta que, en cuestión de horas o de minutos, todo se acabara.

«Condenadamente valiente», sonó de nuevo en su memoria, y entonces se acordó de lo que ella le había dicho en Calais: «Esto tengo que hacerlo yo».

Sus manos, hundidas en el barro, dejaron de temblar.

«Esto tengo que hacerlo yo porque es mi responsabilidad».

—Prometimos que… estaríamos juntos —susurró.

Poco a poco, apretó las palmas contra el suelo.

—Pero nunca dijimos… dónde. Ni tampoco… cuándo.

Despacio, apoyó una rodilla en el barro. Luego hizo lo mismo con la otra.

Los oídos le pitaban, pero consiguió ponerse en pie.

—Antes debo… Debo acabar esto. —Mientras seguían lloviendo explosivos a su alrededor, Ada se tambaleó hacia Alabaster—. Para que haya merecido la pena.

Sus párpados no se movieron cuando se agachó, con los ojos tan húmedos que apenas veía nada, y lo estrechó contra sí. Pudo sentir cómo su cabeza resbalaba hasta su hombro mientras sollozaba en silencio contra su pelo.

—Enseguida se terminará. —Lo besó en la frente, tan manchada de barro como la de ella, y le acarició las mejillas. La próxima vez

que lo hiciera, se encontrarían en un sitio muy distinto—. Ya estoy en…, en camino.

La sangre que había manado de su pecho, un océano rojo en su guerrera, había salpicado también el rifle, descubrió al recogerlo de sus dedos. Todavía estaba caliente cuando se puso en pie observando la tierra de nadie.

Era como entrar en la trinchera, un paso después de otro.

—Nos veremos enseguida —dijo entre lágrimas.

Un paso después de otro y otro y otro, hasta reunirse con él.

Cuando echó a andar, el cielo era más naranja que nunca. Un proyectil impactó unos metros más allá, perfilando los tocones requemados, y Ada se arrojó al interior de un cráter cuando salpicó oleadas de tierra. «Estoy muy cerca de Roy —comprendió—, pero… no sé cómo voy a llegar hasta él».

—Era evidente que te encontraría en el corazón de la catástrofe.

Al escuchar aquello, creyó que otro soldado se había ocultado a su lado, pero la persona que encontró al girarse no vestía de uniforme. Llevaba un abrigo sobre un vestido de noche, un sombrero de plumas y… era semitransparente.

—Edith… —La lengua apenas le obedecía—. Has vuelto…

—Nunca me fui —respondió su amiga—. No se puede alejar así como así a un espíritu protector. Este es mi lugar, contigo hasta el final.

A Ada volvieron a correrle las lágrimas por la cara.

—Edith —casi se ahogaba con ellas—, estoy muerta de miedo.

—Lo sé, cariño. —El espíritu sonrió con tristeza—. Yo también lo estaba cuando le cedí mi asiento en el bote a Caroline. Pero sabía que era lo correcto.

—Sí. —Ada tragó saliva—. Hay cosas que solo puede hacer una misma.

Varios soldados pasaron sobre sus cabezas, cargando contra los alemanes a voz en grito, pero apenas les prestó atención. «Cosas que solo puedo hacer yo», se quedó pensando segundos antes de descubrir que alguien la observaba.

Mientras permanecían acurrucadas, un hombre se había detenido sobre ellas.

—Ada, cuidado. —Edith se incorporó—. ¡Tienes que…!

—Métete dentro de mí —la interrumpió Ada.

La mirada del alemán al encañonarla, desprovista de cualquier humanidad, le hizo saber que se trataba de otro resucitado de Klingermann.

—¿Qué dices? —Edith miró el rifle que Ada sujetaba—. ¿De qué va a servir…?

—Hazme caso, ¡métete en mi cabeza! ¡Deprisa!

Al ver que no levantaba el arma, Edith desapareció como si nunca hubiera estado allí y Ada notó cómo la mente se le inundaba de frío.

La sensación, aunque se pareciera a la que había experimentado con la condesa de Worthington, le resultó diferente…, mucho más familiar. «Porque es mi amiga —se dijo con la cara empapada—. Siempre lo será».

No sé qué pretendes conseguir con esto —la oyó decir por encima de las explosiones y los alaridos. Ada observó cómo el alemán apoyaba un dedo en el gatillo—. *¡Si tantas ganas tienes de acabar con todo, sería más rápido…!*

—Voy a sacarte, Edith —contestó Ada—. ¡Ahora!

Y entonces, como en la sede de la Orden, levantó una muralla mental.

La colisión entre sus consciencias provocó una descarga de energía que se llevó por delante al soldado. Ada jadeó mientras lo veía caer de espaldas, desapareciendo al quedar oculto por la cresta

del cráter, pero su alivio no duró demasiado.

Unos segundos después, volvía a encontrarse en pie.

—No es suficiente —se alarmó Edith, de nuevo a su lado.

—La última vez que lo hice, sí… ¡No debe de funcionar con ellos! —Cuando el alemán la apuntó de nuevo, Ada profirió—: ¡Vuelve a entrar!

El hielo invadió su cerebro otra vez, aunque no lo bastante rápido: pudo oír la detonación, oler el humo del cañón, ver la bala que se dirigía hacia ella…

La misma bala que, de repente, se desintegró ante sus ojos.

¿Qué opina, Evans? —La voz que percibió entonces, pese a sonar también en su cabeza, no era la de su espíritu protector. El proyectil se convirtió en un remolino de partículas metálicas—. *¿Podremos compartir el mismo espacio?*

—Mi… ¡Milord! —consiguió decir Ada.

La bala no era lo único abatido; el soldado, también.

Si se quedara calladito, creo que lo soportaría. —El mal humor de Edith casi se podía tocar—. *Pero me iría mejor pidiéndoles silencio a los bombarderos.*

Ada oyó la risa de Rosenfield mientras trepaba por el cráter.

Siempre he sabido que, en el fondo, me idolatra. —El aire parecía estremecerse como un escudo incorpóreo—. *Pero soy un hombre felizmente casado.*

—La energía… sigue aquí —susurró Ada.

Un obús se estrelló a un par de metros, arrojando tierra por todas partes, y vio cómo unos puñados de barro se desvanecían antes de alcanzarla.

—He conseguido mantenerla. —El poder que sentía al tener a dos espíritus en su interior casi la hacía resoplar. El soldado alemán, tumbado a sus pies, había dejado de moverse—. Se ha convertido

en… un blindaje de verdad. —Ada observó sus dedos desdibujados por las ondas de energía—. Ahora nada puede tocarme.

No —dijo Edith—*, pero habrá bastantes cosas que lo intenten*.

Cuando volvió a mirar el paisaje, descubrió que también se estremecía.

Pues que empiece la diversión —contestó Rosenfield—. *Tenemos una refinería que tomar, señoritas.*

—Un paso después de otro —repitió Ada—. Nada más.

«Estoy en camino —le prometió de nuevo a Alabaster y, cuando dejó de caminar, fue solo para echar a correr—. Estoy en camino».

Para entonces, otros alemanes habían reparado en ella, pero sus balas sufrieron la misma suerte. En cuanto estuvieron cerca de Ada, el blindaje las convirtió en partículas desperdigadas por el viento.

El cielo era más rojo ahora, tanto como el fuego, y ella… había dejado de tener miedo. Porque, si se había vuelto intocable, no era solo por el escudo, era por algo aún más poderoso, su determinación.

«Esto tengo que hacerlo yo porque es mi responsabilidad».

—*Un Himmels willen, was it das?* —gritó un soldado.

Al ver que no se detenía, disparó a Ada dos, tres, cuatro veces seguidas, pero no sirvió de nada; tras destruir las balas, lo derribó con un empujón invisible.

—*Lass ihn nicht in die Nähe kommen!* —vociferó un oficial. Estaba tan cegada por la rabia que ni siquiera parpadeó cuando una ametralladora, colocada sobre un pequeño promontorio, abrió fuego contra ella—. *Was auch immer passiert…!*

Con un gesto de la mano, lo envió contra el suelo. Con otro, interceptó la ráfaga de balas y, apretando el puño, se las arrojó de vuelta a los alemanes, aunque no se detuvo a observar el resultado, solo siguió corriendo.

A esas alturas, los soldados aliados ya habían reparado en que algo extraño sucedía. «¡Ese chaval se los está llevando por delante!», chilló uno de los hombres de Lennox. «¡Casi ha llegado al otro lado!», anunció un oficial, instándolos a seguirla con su silbato. «¡Si los distrae, será nuestra oportunidad!».

Las balas ya no eran lo único que acudía a su encuentro, habían comenzado a lanzarle proyectiles explosivos, tantos que el humo amenazaba con cubrirlo todo. Aun así, Ada distinguió el inconfundible perfil de la alambrada al otro lado.

Una bengala se elevó sobre ella. Los defensores la habían visto acercarse.

—*Maschinengewehre!* —bramó alguien desde el parapeto.

Cuatro ametralladoras empezaron a disparar, pero apenas captó el ra-ta-ta-ta; la visión de la bengala, aunque solo durase unos segundos, le recordó las arrojadas desde la cubierta del Titanic y…

Solo supo que el blindaje había temblado cuando una bala le rozó el hombro. Soltó un grito, tambaleándose, mientras la sangre le humedecía la guerrera. «Vas a tener toda la eternidad para estar con él —se recordó a sí misma, y apretó los dientes—. Pero, antes de eso, debes hacer las cosas bien».

—Dios —oyó exclamar a un soldado.

—¿Qué tiene alrededor? —gritó otro—. Parecen…

Cuando arrojó el rifle, más furiosa que nunca, las ráfagas de artillería rozaban la histeria.

—¡Parecen fantasmas! —gritó el soldado, pero Ada ya había vuelto a correr hacia la alambrada desatando el caos a su paso.

Los cables se convirtieron en un amasijo que envió contra los aterrorizados defensores. Al oír unos cañonazos, levantó la cabeza y vio precipitarse sobre ella cuatro proyectiles de mortero, pero los arrojó contra la trinchera haciendo que las ametralladoras, cuando

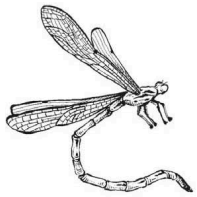
estallaron, saltasen en pedazos.

—¡Acaba de abrir una brecha! —gritó el oficial.

Varios pelotones se precipitaron hacia allí, cayendo sobre los alemanes que huían en desbandada, pero Ada había dejado de observar la trinchera. Toda su atención, mientras recuperaba el aliento, estaba puesta en una silueta alargada que sobresalía de la humareda.

La única chimenea de la refinería que quedaba en pie.

CAPÍTULO LXVI



Aurora había visto muchas cosas pavorosas en su vida, pero ninguna de las que podía recordar, ni siquiera su propio padre, la había aterrado tanto como la perfección de la criatura que le devolvía la mirada desde el otro lado del claro.

Si hubiera sido menos hermosa, el impacto habría resultado menor, pero había algo en sus ojos de un color imposible que no era humano, una armonía en sus rasgos que resultaba macabra. Era una belleza que su cerebro no podía procesar, demasiado brutal para no percibirla, por pura supervivencia, como una amenaza.

Y Dios sabía que, en ese momento, estaba en peligro.

—Aurora. —La niebla acarició su cabello con todas las tonalidades del otoño al pronunciar aquel nombre—. Sabe como el primer rayo del alba.

Tampoco habría sabido decir si su vestido era de seda o de telaraña, si lo que lo hacía centellear eran diamantes o gotas de rocío. Mientras hablaba, los crujidos de los tejos cesaron y las almas atrapadas en su interior contuvieron el aliento.

—Como paladear una caricia. —Cuando cerró los ojos, la

muchacha se fijó en las puntiagudas orejas que sobresalían de su melena—. Aurora. Au… ro… ra. —No pronunciaba su nombre, lo saboreaba—: Auuuuuurooooooraaaaaa…

—Me ha traído Deirdre —contestó en voz baja.

—Qué considerado que quisiera hacerme un regalo.

—En realidad, sabía lo que hacía al seguirla. Le pedí que me guiara hasta el Tír na nÓg para pedirte algo… Necesito sellar un pacto contigo.

—Algo a lo que estoy bastante acostumbrada. —Cuando sonrió, Aurora tuvo la impresión de encontrarse ante una niña, no una mujer adulta—. Los tuyos no han intentado otra cosa desde que descubrieron nuestra existencia.

—Solo quiero hacerlo para poder anular el que tenías con Deirdre.

Esta vez, incluso la niebla pareció aguardar en vilo.

—¿Y por qué debería acceder a algo así?

No sonaba indignada, solo curiosa…, divertida.

—Porque… —Aurora dudó—. Porque sería lo correcto.

—¿Para quién? —quiso saber la criatura.

—Para el mundo entero, para que la guerra… Están usando tu don para crear un ejército inmortal. Romper ese pacto sería la única manera de…

—El mundo humano no es el mundo entero.

Aurora la observó alejarse sin prisas entre los tejos.

—No es mi mundo. —Su vestido no se confundía con la niebla, parecía irradiarla a cada paso—. Y lo que hagáis con él no es mi responsabilidad.

—Si te importara tan poco, ninguna de estas personas estaría aquí.

La *sídhe* se detuvo delante de un árbol, pero Aurora no tenía claro si era por lo que había dicho. Al observar el de Annabel, vio que

había cerrado los ojos y sus dedos, todavía extendidos hacia el cielo, seguían inmóviles.

—En realidad, hubo una ocasión en la que sí intervine.

Aurora se volvió de nuevo hacia la criatura.

—Hace dos años. —Estaba ante el tejo de Deirdre—. En Mons.

—¿En…? —Le llevó un momento recordar de qué le sonaba el nombre—. ¿La niebla que cubrió el campo de batalla…, esa formada por ángeles…?

La risa de la *sídhe* sonó como un racimo de cascabeles.

—Ángeles. Guerreros. Juana de Arco. Adoro vuestra imaginación.

—¿Fuiste tú la que hizo…? ¿Pero no te traía sin cuidado nuestro mundo?

—Supongo que estaba aburrida ese día. —La mirada de Aurora, sin embargo, le hizo añadir—: Había irlandeses luchando en Mons. Cada uno tiene sus debilidades... —Acarició con una uña interminable la mejilla de Deirdre—. Incluida yo.

Cuando se estiró para besarla, la corteza pareció estremecerse bajo sus labios. «Porque la *sídhe* la amaba —aseguraba el relato—, y, comparada con lo que había conocido hasta entonces, aquella devoción brillaba como una luz en la niebla desdibujando todo lo demás».

—Fue por su don… El de Deirdre —dedujo Aurora.

«Por eso es tan peligrosa para los poetas», les había explicado.

—El que tenía antes de conocerte. —La *sídhe* se detuvo con los labios contra su mejilla—. Las palabras, la inspiración… Deirdre era escritora.

—¿Crees que eso bastaría para seducirme?

—Adoras nuestra imaginación. Lo acabas de decir.

Cuando la criatura se giró, Aurora vio en sus ojos algo que le heló la sangre, una chispa de rabia milenaria, primigenia. No obstante,

sonrió de nuevo.

—¿Estás haciendo lo que yo creo? ¿Pretendes usar mis propias armas contra mí?

—Son las únicas que tengo. Porque yo también soy…

Deirdre, que permanecía con los ojos cerrados, los abrió con un crujido y Aurora comprendió, cuando sus miradas se cruzaron, que había cometido un error.

«¿Qué has hecho?», parecieron gritar sus pupilas de ceniza.

—Ya sé que eres escritora, Aurora Blackwood. —La sonrisa de la *sídhe* se curvó como una luna creciente—. Y tú sabes qué es lo que voy a pedirte. El único pacto que estaría dispuesta a aceptar a cambio de romper el anterior.

El hielo que sentía en las venas, de repente, quemaba de puro frío.

—Me quieres… a mí —respondió Aurora.

Solo había estado jugando con ella, entendió mientras se acercaba; había decidido que sería suya, como Deirdre doscientos años atrás, mucho antes de ponerle los ojos encima. «Me has hecho esperar una eternidad», había dicho al verla.

—Piensa en lo que podríamos conseguir juntas. —Su voz era un centelleo más brillante que el de sus joyas de rocío—. En las historias que crearíamos, la huella que dejaríamos —sonrió aún más —, teniéndonos la una a la otra.

—Espera —contestó Aurora—. Esto no es lo que…

—Haría que tus ensueños volaran más alto que los de ningún otro humano. Tu nombre sería recordado para siempre, serías tan eterna como… yo.

«Les ofrece a los poetas lo que más desean —recordó que había dicho Deirdre mientras la *sídhe* daba una vuelta a su alrededor—, la inspiración absoluta».

—Y tu arte sería perfecto. —Le tocó la cara—. Brillante como la noche, oscuro como la melancolía… —Se la acarició—. Devastador como el primer amor…

—No quiero ser perfecta —dijo Aurora—. Quiero ser humana.

Las afiladas uñas de la criatura se detuvieron en su barbilla.

—Si me ayudaras, mis historias no serían mías —continuó la chica —. No deseo que se me recuerde por nada que no haya hecho. — Tras unos segundos de silencio, no pudo evitar preguntar—: ¿Por qué estás interesada en mí?

—Nunca había conocido a nadie que fuera como yo.

Aurora se estremeció cuando dejó de tocarla.

—Una caminante entre dos mundos. Entre la vida y la muerte.

Cuando la *sídhe* la miró, en sus ojos había algo aún más intenso que la rabia de minutos antes, tanto que Aurora tardó en identificarlo: una soledad atroz.

«Porque era tan anciana como los túmulos —decía el relato—, casi tanto como el universo». Llevaba una eternidad en ese plano, sin más compañía que la de aquellos a los que había atraído, tan sola como una luna rodeada de estrellas… Tan sola como Deirdre, Méav y el resto de los MacDonnell, como Roy cuando llegara su hora. Como la señorita Lovelace por haberse empeñado en ayudarla.

Fue precisamente eso, pensar en ellos, lo que hizo decidirse a Aurora. «Para romper un pacto, hay que ofrecer a los *sídhe* algo que les interese aún más», había dicho Deirdre.

—El don que le concediste a ella, la resurrección de los muertos…

—Se evaporará —contestó la *sídhe*—. Como si nunca hubiera existido. Nuestro trato acabará y tú —sonrió a Aurora— pasarás la eternidad conmigo.

—Antes de decidirlo, tengo… Tengo tres condiciones.

Su sonrisa creció tanto que pareció una herida sanguinolenta.

—¿Seguro que quieres negociar conmigo, Aurora mía?

—Es lo que más os gusta, ¿no? Seducirnos, enredarnos…, engañarnos.

«Para —repetían los ojos de Deirdre desde el árbol—. Para…».

—¿Cuál sería la primera condición? —inquirió la criatura.

Aurora señaló otro tejo y, cuando la *sídhe* se giró, vio que se refería a Lucy. Tenía los ojos entreabiertos, pero no parecía reparar en lo que sucedía.

—No era una buena persona ni era mi amiga —dijo Aurora—, pero no merecía acabar así. Quiero que le permitas regresar al Asfódelo.

—¿En serio? —La *sídhe* enarcó una ceja—. La verdad es que estoy harta de ella, así que no supondría un problema. Es una malcriada.

Aurora imaginó a Jia poniéndose en pie para aplaudir.

—¿Cuál sería la segunda condición? —quiso saber la *sídhe*.

—Que hagas lo mismo con los MacDonnell. Que les dejes…

—No —la interrumpió—. Son míos. Deirdre y cada gota de su sangre.

Hubo un breve silencio en el que solo se oyó crujir a los árboles.

—Pues renuncia a Roy. No lo atrapes como a los demás.

A juzgar por la expresión de la *sídhe*, aquello le hacía bastante menos gracia que lo de Lucy. Aurora aguardó con los dedos cruzados tras la espalda.

—¿Y la tercera condición? —se limitó a decir.

—Esa sería la más importante. Sin ella, no habría trato. —Aurora extendió un brazo hacia Annabel—. Quiero que la liberes de su condena.

La criatura soltó un resoplido de impaciencia.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Mi reino es el Tír na nÓg, no el Asfódelo. Está castigada por un crimen que cometió según sus reglas.

—Lucy también estaba en el Asfódelo, pero la secuestraste de todos modos. No intentes fingir que no puedes interferir en su plano. Llevas haciéndolo con los MacDonnell desde que quemaron a Deirdre.

Cuando miró a Annabel, le pareció que estaba aún más cubierta de corteza, tanto que apenas distinguió sus rasgos. La *sídhe*, en cambio, la miraba a ella.

—¿Eres consciente de lo que ocurrirá cuando cese mi don?

—Sí —contestó Aurora—. Los resucitados volverán a morir.

«Es el único modo de vencer a los soldados de Klingermann».

—Morirán, en efecto —repitió la *sídhe*—. Todos.

Un silencio aún más profundo. Tanto como el de un sepulcro.

—Entiendes a qué me refiero, Aurora, ¿verdad?

Cuando asintió, vio cómo Deirdre cerraba los ojos detrás de la *sídhe*.

—Bien. —Esta dio una palmada como si solo se hubieran puesto de acuerdo sobre lo que iban a cenar—. Entonces te diré mis condiciones. Tú has propuesto tres, así que yo haré lo mismo. —Los ojos le brillaron—. Será lo más justo.

Aurora notó cómo sus manos, apretadas todavía tras su espalda, se cubrían de sudor, pero asintió de nuevo. Era demasiado tarde para recular.

—La primera condición es que podré reclamarte antes de que mueras.

Aquello la sorprendió tanto que no supo qué responder. En el caso de Deirdre, habían acordado que regresaría al Tír na nÓg tras su fallecimiento…

—La segunda —continuó la *sídhe*— es que podré hacerlo cuando se me antoje. Mañana o dentro de cincuenta años. La semana que viene o dentro de un siglo. Bueno, vosotros no vivís tanto; no me

dará tiempo a impacientarme.

Deirdre, detrás de la criatura, continuaba con los ojos cerrados.

—Y la tercera —señaló a Aurora— es que no podrás hablar de esto con nadie. Si lo haces, y créeme que lo sabré, el pacto se romperá.

—Es imposible que no lo descubran. La señorita Lovelace…

—Cuando os vayáis, no albergará recuerdos de este plano.

—Pero mis amigas saben que estoy aquí. Les dije que vendría para…

—Tampoco lo recordarán —contestó la *sídhe*—. Todas las personas con las que has hablado sobre mí lo olvidarán. Los espíritus que te han ayudado a llegar hasta aquí lo olvidarán. Tu maestra, si sobrevive a Courcelette, lo olvidará. —Un instante de silencio—. La persona encargada de contar tu historia, también.

Por tensa que estuviera, la confusión hizo fruncir el ceño a Aurora.

—Esa sería la mayor prueba de todas. —En la sonrisa de la criatura, de repente, parecía haber milenios de melancolía—. Dijiste que no deseabas que se te recordara por nada que no hubieras hecho. Pero ¿qué hay de lo mejor que harás en toda tu vida, lo más heroico? ¿Seguirías adelante sabiendo que nadie te lo agradecerá?

—Supongo que Anónimo es… un apellido elegante.

Esperaba que la *sídhe* se riera de nuevo, con aquellas carcajadas que recordaban a campanillas de cristal, pero lo único que hizo fue contemplarla con una expresión indescifrable. A partir de entonces, cada vez que recordara ese momento, le asaltaría la duda de si lo había hecho con extrañeza, porque no le entraba en la cabeza que un humano pudiera pensar así, o con secreta admiración.

Y también recordaría cómo se sintió, el miedo que le atenazó las entrañas como nada lo había hecho antes, cuando alargó la mano.

—En ese caso, no hay nada más que aclarar.

Cuando Aurora la agarró, el universo estalló en llamas.

Un incendio pareció propagarse desde la herida de la que se había olvidado, la que le había dejado un espino en el dedo. El ardor descendió por su piel, se apoderó de su palma, escaló por su brazo y, cuando le alcanzó el corazón, pensó que lo haría explotar en pedazos como un recipiente defectuoso.

La sensación fue tan abrumadora que tardó en reparar en que, en el instante en que se tocaron, la realidad empezó a cambiar. «Estoy regresando», pensó mientras sus dedos temblaban entre los de la *sídhe*. Aquello le hizo apretar los dientes con una súbita determinación; puede que su destino estuviera sellado, pero seguía siendo humana, seguía siendo imperfecta…, y eso la hacía invencible.

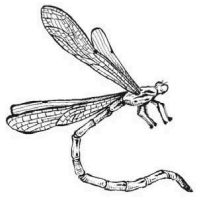
«No le temo a la oscuridad», recordó mientras el claro del bosque, los espíritus atrapados en los tejos y hasta la niebla se desdibujaban a su alrededor.

—Hasta nuestro próximo encuentro, Aurora mía. —El rostro de la *sídhe*, poco a poco, también se emborronó. Lo último que acertó a ver fue su sonrisa—. Estaré siguiendo tus pasos muy muy de cerca.

«La oscuridad debería temerme a mí», se repitió Aurora.

—Nos esperan cosas maravillosas.

CAPÍTULO LXVII



La refinería parecía un cementerio, sembrada de cadáveres de edificios, calderas desvencijadas y tuberías hechas añicos, y los bombardeos habían dejado tantos escombros que Caroline Morland apenas se atrevía a dar un paso.

Cuando acompañó a la comitiva encargada de trasladar a Roy, había imaginado que se encontrarían más seguros que en la granja, pero las cosas se estaban poniendo increíblemente tensas y no solo por los monstruos mecánicos que, según aseguraban los alemanes, habían soltado en la tierra de nadie. Algo aún más inquietante ocurría entre Pozières y Courcelette, pero no había manera de averiguar más.

—¿Quiere alguien contarme de una vez qué está pasando?

Había agarrado a Roy de un brazo, aunque no parecía hacer falta, el crío estaba tan intrigado que no intentó soltarse. Las ametralladoras situadas a pocos metros, en los límites de la refinería, resonaban como en un concierto desquiciado.

—¡Se suponía que la trinchera iba a protegernos! —Morland sacudió del hombro a uno de sus escoltas—. ¡Para eso decidieron

excavarla al sur del terreno!

—Está a punto de caer, frau Morland. Nuestros enemigos…

—Nuestros enemigos, no —intervino otro soldado. La cara sudorosa le brillaba bajo el casco—. Dicen que es una sola persona. Viene directa hacia aquí.

Morland se quedó tan descolocada que creyó haber oído mal.

—¿Cómo va a ser una sola persona? ¿De qué están…?

Las ametralladoras se rompieron en pedazos cuando cuatro proyectiles cayeron sobre ellas. A Morland se le abrió la boca: eran disparos de mortero que, un segundo después de ser arrojados, habían regresado al punto de partida.

Mientras trataba de entender lo que estaba viendo, una silueta emergió del humo de la trinchera. Caminaba despacio, como si solo diera un paseo…

—*Aus Liebe zu Gott*. —Saltaron fragmentos de ametralladora tan grandes que el soldado retrocedió chocando con Morland—. Es… ¡Es una mujer!

—Eso es imposi… —empezó a decir, pero volvió a enmudecer.

Con cada paso que daba, la silueta resultaba más nítida, enmarcada por un fuego que parecía proceder del mismo Infierno. No lograba verle la cara, pero…

—Cuánto tiempo, Morland —saludó mientras se detenía.

La siguiente explosión desde de la tierra de nadie iluminó más las ruinas y la anciana se tapó la boca al reconocer a Ada. Se había cortado el pelo, llevaba un uniforme ensangrentado, tenía la cara cubierta de barro y en sus ojos, enrojecidos por algo más que el humo, brillaba una ira que quemaba sin necesidad de tocar.

—Si se lo está preguntando, no he venido a firmarle un papelito.

Cuando dio otro paso hacia Morland, los soldados huyeron en desbandada.

—¿Cómo…? —Ella seguía aturdida—. ¿Cómo está haciendo eso?

Tenía clavada la vista en el aura temblorosa que la rodeaba.

—Debería ser yo quien se lo preguntara. —Los escombros se apartaron por sí solos cuando siguió avanzando. Morland, aferrada a Roy, retrocedió—. Cómo está rebajándose a algo así… Cómo accedió a colaborar con esta gente.

—Nada de esto es lo que Klingermann me prometió.

Por primera vez desde que la conocía, a Morland le temblaba la voz.

—Pensaba… Quería pensar que acabaríamos con la guerra. —Al retroceder otro paso, chocó con una de las calderas, tan grande que varios hombres cabrían en su interior—. Que devolveríamos la paz a nuestros países.

Roy, mientras tiraba de su brazo, también miraba a Ada.

—Se suponía que llevaríamos al niño a Viena. Que lo usaríamos…

—Usaríamos —repitió Ada—. Son exactamente iguales.

—… para resucitar al archiduque y su esposa. El atentado de Sarajevo fue lo que desencadenó esta maldita guerra. Klingermann no me informó de…

—Sienta bastante mal que te engañen, la verdad. Ahora suéltelo.

Roy trató de acercarse, pero la anciana no se lo permitió.

—No. —Lo agarró con más fuerza—. No.

—Si piensa que voy a detenerme después de haber…

—¡Lo haré saltar por los aires antes que dejar que se lo lleve!

Entonces Morland sacó algo del abrigo y, cuando otra explosión lo iluminó, Ada sintió una sacudida en el pecho. Era una granada de mano; las había visto por docenas durante la tarde que pasaron en la trinchera.

Y, mientras recogía las placas de los cadáveres, había comprobado sus efectos.

—Deje de decir majaderías, Morland…

—¡Le aseguro que nunca he hablado más en serio!

La mano de la mujer temblaba al apretar el mango de madera.

—Yo también he llegado lejos, Chapman. Da igual cómo acabe esta ofensiva, sabe que no habrá vuelta atrás para ninguna de las…

Pero Morland fue acallada por el «*sie sind da!*» de unos alemanes.

Debían de haber salido de los subterráneos de la refinería, pero volvían a ser soldados de Klingermann. Ada reconoció sus expresiones vacías, sus heridas tumefactas y algo que, a diferencia de los de la tierra de nadie, sostenían en las manos.

¡Lanzallamas! —oyó exclamar a Edith mientras, como una sola persona, la apuntaban con unos tubos que empezaron a escupir fuego.

Instintivamente, Ada levantó los brazos. Los chorros se estrellaron contra su blindaje e hicieron temblar la muralla de energía, tanto que afianzar los pies en el suelo.

Una vulgaridad aún mayor. —Por una vez, incluso Rosenfield sonaba preocupado—. *¿Serás capaz de resistirlo?*

—¡Esto no es… una bala! —dijo entre dientes.

Morland y Roy se habían apartado con los ojos muy abiertos.

—¡Es demasiado… intenso! —El fuego había formado una cúpula en torno a Ada, sacudiendo el blindaje como un centenar de arietes, y pensó que la piel empezaría a humearle—. No puedo… respirar —consiguió decir—. No…

Pero el calor no era lo único que la abrumaba: el recuerdo de la última vez que había visto algo así, siendo todavía adolescente, la revolvía por dentro.

Las casas de Lavenham devoradas por el incendio. Las llamas persiguiéndose de un tejado a otro. El pueblo convertido en una hoguera humeante.

¡Ada! —Hasta que no oyó gritar a Edith, no se percató de que el blindaje había empezado a temblar—. *Ada, ¡tienes que concentrarte! ¡No podemos mantenerlo por ti!*

Los alaridos de sus amigos atrapados dentro de la escuela.

Ada. —La voz de Rosenfield, aunque también sonara en su interior, apenas se elevó sobre el rugido del fuego. La muralla estaba resquebrajándose; Ada jadeó cuando unas chispas la alcanzaron—. *Vuelve aquí. Vuelve con nosotros.*

—No… puedo… —Tenía la cara húmeda, pero no solo por el sudor. ¿En qué momento se había puesto a sollozar—. Lo… Lo siento, pero… no pue…

Y entonces, rodeada por las llamas, oyó una tercera voz.

Los capitanes somos los últimos en abandonar nuestros barcos, señorita Chapman.

Había cerrado los ojos, pero aquello le hizo abrirlos de nuevo.

Y su barco aún no se ha hundido. —Habría identificado en cualquier parte al espíritu que le estaba hablando—. *Si alguien puede conducirlo a puerto es usted.*

—Ca… Capitán Smith —balbuceó Ada.

Los soldados se aproximaron, el fuego se recrudeció y sus botas, cuanto más se esforzaba por aguantar, más resbalaban sobre los escombros.

Afortunadamente —añadió una cuarta voz— *no va a tener que hacer esto sola.*

—Señor Andrews —jadeó—. ¿Cómo han… sabido…?

Imaginábamos que necesitaría una tripulación —dijo Kate, la doncella.

Usted fue la primera en ayudarnos —añadió Jonathan Shepherd— *y nunca está de más devolver los favores*.

Como si cada uno de sus pensamientos se hubiera convertido en

una voz, sintió cómo la mente se le inundaba de fantasmas hasta que, cuando el blindaje resplandeció, supo que tenía dentro a todos los que quedaban del Titanic.

—¡Por el amor de Dios! —oyó exclamar a Caroline Morland.

«Dicen que lo único más devastador que el fuego, lo único que quema más..., es el hielo —había asegurado en su despacho—. Y usted ha sobrevivido a ambos».

—Por una vez, Morland, estamos… de acuerdo.

La energía hacía vibrar cada músculo, cada cabello, cada poro de su piel.

—Cuando acabe esto, no habrá… —La capa de sudor, poco a poco, se evaporó de su frente—. No habrá… vuelta atrás… para ninguna de las dos.

Entonces Ada apretó la mandíbula y la cúpula incandescente, como si su cuerpo entero fuese un lanzallamas, se precipitó sobre el círculo de soldados.

El fuego se propagó tan rápido como en Lavenham. Ada no los oyó gritar, pero cayeron retorciéndose mientras el cielo se volvía aún más sanguinolento. Jadeando, se volvió hacia Morland y Roy y vio algo que le cortó la respiración.

Unas brasas habían saltado sobre ellos, pero las de su ropa no eran las que la habían alarmado. Era la que ascendía hacia la mano de la mujer.

El fuego había alcanzado la mecha de la granada.

—Roy —dijo Ada y, después, vociferó—: Roy, ¡corre!

—¿Qué está…? —exclamó la anciana, pero el niño se soltó de un tirón, echando a correr hacia Ada, y la granada estalló antes de que acabase de hablar.

La onda expansiva los arrojó contra otra caldera. Ada no acertó a ver qué le pasó a Morland: había tirado a Roy al suelo, cubriéndolo

con su cuerpo, mientras un estruendo aún mayor que el de la explosión recorría la refinería.

Los restos de un muro se hundieron como un castillo de naipes. Un viejo horno de cal, tan agujereado como el molino de Pozières, saltó en pedazos mientras la chimenea también se desmoronaba sobre el océano de escombros.

Llovieron toneladas de cascotes, hierros retorcidos, maderos descompuestos, pero nada los alcanzó: el blindaje seguía siendo igual de resistente.

—No… ¡No te muevas! —ordenó Ada abrazada a Roy.

Pareció transcurrir un año hasta que, todavía pegados el uno al otro, se atrevieron a abrir los ojos. El humo cubría las ruinas, aunque mezclado con un polvo tan denso que apenas permitía distinguir nada en torno a ellos.

—Estamos bien… —Temblando, Ada se apoyó en los codos. Aún le silbaban los oídos por la detonación de la granada—. No puedo creerlo. Por un momento, pensé… —Pero, al mirar al pequeño, se detuvo—. ¿Roy?

Seguía tumbado junto a ella, pero su expresión había cambiado.

—Roy. —No parecía abrumado, ni siquiera asustado…, solo sorprendido. Como si percibiese algo que Ada no captaba—. Roy, ¿qué te pasa?

Le palpó el pecho, los brazos, la cara, pero no encontró ninguna lesión, solo un par de arañazos. Estaba tan confundida que no oyó cómo, a sus espaldas, varios de los soldados de Klingermann empezaban a incorporarse.

El fuego no había conseguido matarlos: ya estaban muertos.

—Roy, ¡no puedo ayudarte si no sé qué te ocurre! —Ada lo agarró para que la mirara—. ¿Dónde te han herido? ¿Ha sido Morland? ¿Ha…?

A cada segundo, el niño palidecía más, pero la inquietud de Ada se convirtió en perplejidad cuando vio que le sonreía. Al principio, poco a poco, como si no se diera cuenta; después, con una mezcla de incredulidad y alivio.

—Gracias, señorita Chapman… —susurró.

Antes de que pudiera responder, sus pupilas se detuvieron.

Su cuerpo se aflojó en sus brazos, pero la sonrisa no lo abandonó. Por primera vez desde que lo conocía, parecía un niño de verdad. «Por favor, no…».

Si hubiera mirado hacia atrás, habría visto que los soldados que se le acercaban, con los uniformes ardiendo, también se habían parado y que los que se retorcían en el suelo, más carbonizados a cada instante, habían dejado de sacudirse.

Como uno solo, cada uno de los resucitados, desde la tierra de nadie hasta la granja Mouquet, murió de nuevo. Solo que, esta vez, de verdad.

«No», siguió suplicando Ada antes de darse cuenta de que algo también había empezado a cambiar en ella. La energía que la rodeaba era menos intensa, las voces de los espíritus más tenues y su rabia se había convertido en cansancio.

«De modo que este es el final». Mientras se agachaba para besar la frente del niño notó cómo los fantasmas salían de su cabeza, como si hubiesen apagado un centenar de velas y el humo se disolviera en el aire. «Y no solo para ti, Roy».

—Alabaster —consiguió decir—. Se… Se ha acabado.

Con cada espíritu que la dejaba, el blindaje se volvía menos brillante.

—No sé si habrá servido de algo, pero… lo he hecho. —¿Cómo podía sentirse tan extenuada de repente, tan… vacía?—. He hecho lo… correcto.

Edith, una mancha blanca a su derecha, le advertía algo; Rosenfield también le hablaba, pero Ada ya no los oía. Sus sentidos se aletargaban por momentos haciendo que la refinería, casi invisible entre el humo, se emborronara aún más.

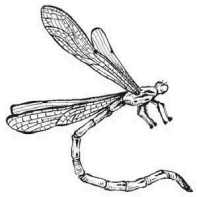
Era una buena manera de marcharse, pensó mientras se tambaleaba. Rodeada por sus amigos, sabiendo que lo había intentado todo, sabiendo…

Sabiendo lo que vería cuando volviese a abrir los ojos.

—Ya puedo irme contigo —murmuró.

Y, como los soldados, cayó desmadejada al suelo.

CAPÍTULO LXVIII



Siete estrellas negras en un cielo ocre.

Probablemente, debido al humo de los explosivos.

—Solo digo que, tarde o temprano, necesitaremos esta cama.

Las estrellas oscilaban ante sus ojos, cuatro a la derecha, tres a la izquierda, como azabaches esparcidos sobre la arena. «¿Por qué siempre veo lo mismo?».

—Y yo digo que estar fuera de peligro no es estar recuperada.

—Pero no dejan de llegar nuevos heridos, deberíamos…

Eran como fogonazos del mundo real, espejismos en medio de un delirio. Cada vez que abría los ojos, Ada volvía a encontrarse con esos puntos negros y pronto se acostumbró a enumerarlos: cuatro a la derecha, tres a la izquierda…

Poco a poco, a medida que se aclaraba su mente, la imagen también lo hacía. No era un paisaje, comprendió, sino un rostro, y los puntos negros, lunares.

—Me estoy ocupando personalmente de ella. —La voz que llevaba oyendo desde hacía… ¿cuánto tiempo? ¿Horas? ¿Un día?—. No tardará en despertar.

—Ya lo estás haciendo, Ada —dijo otra voz.

Cuando emergió a la superficie, sentía el cerebro más embotado que nunca, le dolía cada milímetro del cuerpo y Edith se encontraba a su lado.

Debía de estar tumbada, aunque… no era en la tierra de nadie. El ruido de las explosiones había cesado, no se oían alaridos, no olía a muerte…

—No puedo estar en el Cielo. Me siento como un escombro.

Edith se echó a reír, aunque no fue la única; cuando Ada se retorció, vio a una mujer con un delantal y una cofia.

—Una lógica aplastante. —Tenía los ojos oscuros, tanto como los lunares; era la enfermera que había estado cuidándola—. La próxima vez que quiera hacerse pasar por un hombre, querida, acuérdese de vendarse el pecho.

Le habían quitado el uniforme y lo único que llevaba era una camisa masculina, larga hasta las pantorrillas, bajo la manta que la cubría.

—Esto no… —Vio una ventana con un pequeño rectángulo de cielo gris y unas mamparas para darle privacidad—. Esto no es el hospital de campaña.

—Claro que no —dijo Edith—. Hubo que evacuarlo por el gas.

—La han traído a Calais. —La enfermera la ayudó a incorporarse un poco—. Está en un hospital militar de la Cruz Roja. Con cuidado…

Le colocó un almohadón tras la espalda y Ada, al girarse hacia la ventana, distinguió otra franja gris. «El océano —pensó—, el Atlántico. Calais».

La agonía que había despertado con ella, un dolor más intenso que el de sus músculos, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. «Calais…».

—La refinería. —Se esforzó por alejar, aunque solo fueran unos

segundos, el abismo en el que acabaría hundiéndose—. Lo último que recuerdo es que…

—No piense ahora en eso. Lo que tiene que hacer es recuperarse.

«Si no pienso en eso, pensaré en otra cosa y… me romperé».

—Las trincheras… Los tanques iban hacia ellas.

—Han tardado en caer, pero lo han hecho. Ha sido una batalla muy larga. —Su confusión debió de resultar tan palpable que la enfermera añadió—: Estamos a 22 de septiembre; ha pasado una semana inconsciente. Beba un poco de agua.

Mientras le acercaba un vaso, Ada volvió a mirar por la ventana y vio cómo una cortina de lluvia, tan suave que parecía hecha de gasa, caía tras el cristal. «Una semana entera… ¿Cuántas cosas pueden cambiar en ese tiempo?».

—¿Qué ha ocurrido con los demás? ¿El capitán Lennox…?

—Ese tiene la cabeza tan dura como la cara —contestó la enfermera—, lo cual no le ha venido mal: se empeñó en sacar al mayor Silverstone de debajo de unos escombros. Dicen que un obús derribó una pared de la trinchera.

—¿Consiguió llegar a tiempo? ¿Silverstone está bien?

—Lo bastante como para sobrevivir, aunque sigue ingresado en el pabellón de los oficiales. Probablemente lo envíen a Inglaterra hasta que se… —Pero un «¡ya está despierta!» seguido por un «¡señorita!» acalló a la enfermera.

Tres torbellinos verdes irrumpieron en el reservado y, antes de que Ada pudiera procesarlo, se arrojaron sobre su cama.

—¿Ji…? —Casi se quedó sin aliento—. ¡Jia!

—¡Os dije que no haría falta tirarle un cubo de agua!

—¡Florence! —Le dio un vuelco el corazón—. ¡Aurora!

—¡Estábamos muertas de miedo, señorita! —exclamó la primera.

—Estábamos muertas de aburrimiento —dijo la segunda.

Entonces volvieron a abrazarla, incluida Aurora, y Ada se dejó achuchar y besar procurando que ninguna notase la tortura que le suponía sonreír.

De repente, el reservado parecía una colmena. Las tres hablaban a la vez:

—Estábamos en una granja asquerosa y mugrienta…

—El capitán Willoughby nos rescató.

—Esos alemanes están como cencerros, señorita.

—El capitán Willoughby parecía tan apuesto mientras…

—¿Qué sabéis de Nathan? —inquirió Ada—. ¿Se encuentra bien?

—Es él quien nos ha traído —explicó Florence—. Ha venido a visitarla tres o cuatro veces, pero no quería molestarla…

—Otro con la cabeza de acero forjado —comentó la enfermera.

—Usted, en cambio —dijo Jia—, parece para el arrastre.

Ada no necesitaba un espejo, se sentía como si le hubiera pasado uno de los tanques por encima. «Si he estado inconsciente, tiene que haber sido por agotamiento mental —pensó mientras las oía comentar algo sobre lo moderno que era su peinado—, por lo que hice canalizando a todos esos espíritus».

Los recuerdos de la refinería se volvieron más precisos. Las ruinas carbonizadas, Caroline Morland frente a ella…, Roy en sus brazos…

—Roy ha muerto —dijo—. Llegué hasta él, pero no pude…

—Nos lo contó el capitán —murmuró Florence—. Dijo que, en el momento en que falleció, a los soldados alemanes les pasó lo mismo.

—Willoughby encontró su cuerpo junto al tuyo —explicó Edith— y se encargó de enterrarlo al día siguiente. Buscó un trocito de hierba cerca de un riachuelo… Le oí decir que era un sitio bonito. Le habría gustado.

—¿Fue…? —Jia dudó—. ¿Sufrió mucho?

Ada recordó la última mirada de Roy, sus brillantes ojos verdes.

—No —respondió—. Me sonrió como si… todo fuera a estar bien.

«Pero no es verdad. Nunca volverá a estarlo. No para mí».

—Quizá solo deseaba marcharse de una vez —dijo Aurora.

Ada creyó captar algo diferente en ella, aunque… no sabía el qué.

—Quizá sentía desde lo del Titanic que una parte suya estaba muerta —siguió diciendo la chica—. Que no dejaría de estarlo hasta que todo acabara.

—¿Qué te ha pasado en esa mano? —dijo la enfermera.

Aurora trató de apartarla, pero la mujer la agarró de la muñeca y, cuando la giró, Ada entendió a qué se refería: tenía un dedo cubierto de magulladuras.

—Señor, qué estropicio. Espera, voy a por el yodo.

—No hace falta, solo es una herida que me hice en la granja…

—Me da lo mismo, quédate ahí para que te la vende.

—Todas —ordenó alguien— van a quedarse donde están.

Habían apartado una de las mamparas y el reservado, de repente, se había llenado de uniformes caquis. Ada reconoció los espectaculares bigotes del general Rawlinson, aunque no se había presentado solo: lo acompañaban otros seis oficiales.

—Sobre todo usted, cabo Chapman. —Rawlinson arrugó las cejas bajo la visera de la gorra—. ¿O debería llamarla Adeline Chapman?

—Ah —contestó con cansancio—, mi fama me precede.

—¿Entonces es verdad? —preguntó otro oficial—. ¿Es una psíquica?

—Una espiritista —corrigió Rawlinson—, o eso asegura.

«La clase de conversación que más necesito ahora».

—¿Cómo les ha ido a sus queridos tanques? —Cuando hizo una mueca de dolor, Florence la ayudó a enderezarse—. ¿También han sobrevivido?

—Podrían haber funcionado mejor, pero cumplieron su propósito.

—¿Eso qué significa, que consiguieron tomar Courcelette?

—Significa que nuestro ejército ha avanzado casi cuatro kilómetros —explicó el general de mala gana—, más que en toda la batalla del Somme, y que en Berlín están bastante nerviosos por la nueva posición de sus líneas. Son movimientos que, sobre un mapa, pueden no parecer gran cosa, pero… En cualquier caso —endureció la voz—, no he venido para discutir operaciones militares con usted.

—Ni para traerme flores, supongo —comentó Ada.

—Lo que ha hecho, Chapman, merece un consejo de guerra.

La enfermera, que estaba abriendo el yodo, se detuvo.

—Nos ha dejado en ridículo haciéndose pasar por un soldado. Se ha infiltrado en las trincheras, en un búnker del alto mando, en la tierra de nadie…

—Gracias a esas intromisiones —dijo otro oficial—, ha accedido a información militar especialmente sensible. Cuando el asunto trascienda, la Oficina de Guerra querrá averiguar si es una espía… en el mejor de los casos.

—Una espía —resopló Edith—. Porque eres el colmo de la discreción.

—Eso es ridículo —protestó Ada—. ¡Si me presenté allí fue…!

—Me dan igual sus motivos, el protocolo es muy claro —declaró Rawlinson—. Ya pasamos por esto con la loca de la señorita Lawrence; hubo que declararla prisionera de guerra, interrogarla durante meses…

—Ay, ay, ay —gimió Florence. En otras circunstancias, Ada se habría angustiado aún más que ella, pero ahora le trajo sin cuidado.

—Haga lo que quiera. —¿Qué era un consejo de guerra comparado con la vida que la esperaba?—. No pienso pedir perdón.

—Habrá consecuencias —insistió Rawlinson—, y muy graves.

—Ah, por supuesto que debe haberlas —dijo la enfermera.

Al dejar el yodo en una mesita, lo hizo con tanta fuerza que casi la tiró.

—¿Son conscientes de que, de no ser por ella —dijo mientras señalaba a Ada—, esos cuatro kilómetros seguirían en manos de los alemanes? ¿De que Courcelette podría haberse convertido en otra fosa común del Somme?

—Eso nadie lo pone en duda, enfermera, pero los medios…

—¿Los que usó para que evacuaran el hospital de campaña?

—Estar en el sitio correcto por casualidad no es suficien…

—¿Los que le permitieron avisar al capitán Lennox de que el mayor Silverstone estaba en peligro? Es un oficial de algo rango, como ustedes. —La enfermera paseó la mirada por los presentes—. Estoy bastante segura de que, de haberles caído encima una pared, no les importaría que quien avisara fuese una mujer.

Rawlinson apretó los dientes, pero los demás parecían incómodos.

—Deberían condecorarla por su valor —espetó la enfermera—. Deberían darle la puñetera Cruz Victoria en Buckingham Palace. Si hubiera hecho todas esas cosas siendo un hombre, nadie cuestionaría…

—Bueno, es suficiente —interrumpió alguien.

Otra enfermera acababa de irrumpir en el reservado. Rostro regordete, ojos grises rodeados de arrugas; Ada juraría haberla visto entre un delirio y otro.

—Theodora, vete con tu marido —ordenó—. Si me pregunta una vez más por ti, me explotará la cabeza. —Se giró hacia los oficiales —. Y ustedes ya están haciendo lo mismo. ¡Esto es un hospital!

A Jia se le escapó una risita ante el estupor del general.

—Señora…, soy el general Rawlinson, miembro del alto mando…

—Y yo soy la enfermera Swire, jefa de esta sección —repuso la

anciana—. Su responsabilidad consistirá en liderar a nuestras tropas, pero la mía —señaló la insignia prendida en su capelina— consiste en impedir que se nos desangren.

Por un momento pareció que Rawlinson se disponía a protestar, pero se limitó a hacer un gesto a sus hombres para que lo siguieran.

—Nosotras tenemos que quedarnos —saltó Jia cuando se marcharon.

—Para dar apoyo moral —dijo Aurora, y Florence asintió.

—Vosotras nada —repuso la enfermera—. Fuera todo el mundo.

Después de sacarlas a empujones, Swire se marchó también, murmurando para sí misma, y el instante que Ada más había temido se precipitó sobre ella.

Hasta entonces, el dolor había revoloteado a su alrededor, mantenido a distancia por las incógnitas que resolver, las explicaciones pendientes, las exigencias del aquí y el ahora… Pero, al quedarse sola, la abofeteó con tanta violencia que le pareció un milagro seguir sentada, seguir respirando, seguir… existiendo.

«Es una certeza matemática —había dicho Andrews, el ingeniero del Titanic, al descubrir el estado de los compartimentos—. Pase lo que pase, se hundirá».

—Ada —oyó de repente, y se esforzó por levantar la cabeza.

No había reparado en que Edith seguía en una esquina.

—Ada, todo está bien. —Se sentó a los pies de la cama—. Solo necesitas un poco de tiempo. Ha sido una experiencia espantosa…

—Me he quedado atrás —consiguió decir.

«Pase lo que pase, se hundirá». El agua ya estaba anegándola.

—Debería haber muerto. Ni siquiera eso he podido hacerlo bien.

—Por Dios, ¿qué clase de majadería melodramática…?

—Dijimos que estaríamos juntos… Que pasara lo que pasase…

Ahora el dolor no revoloteaba en torno a ella: le había atravesado

la piel, abriendo heridas más profundas que las de Francia, y la pulverizaba por dentro.

—Vi morir a…, a Alabaster…, en la tierra de nadie. —¿Por qué el reservado se estaba quedando sin oxígeno?—. Le dispararon cuando salimos de…

—Ada. —Edith extendió una mano sobre la manta—. Ada, cariño.

—Lo único que pude hacer por él fue abrazarlo. —Su imagen seguía impresa en su memoria: los ojos cerrados, la guerrera ensangrentada, el rifle abandonado en la mano—. Ya estaba muerto cuando… Su cuerpo aún seguirá allí.

—Yo no cantaría victoria. —Los dedos ectoplasmáticos del espíritu atravesaron los de Ada—. Ya conoces el dicho, mala hierba nunca muere.

La respiración se le aceleró más, pero no solo por la angustia, también por la ira… Una ira desmesurada contra Edith, contra el mundo, contra el cosmos entero.

—¿Ni siquiera ahora puedes…? —Se atragantó con sus propias lágrimas—. Te he dicho que lo he visto morir, que lo he…

«Lo he perdido». Temblaba tanto que tuvo que rodearse con sus propios brazos. «Lo he perdido».

—Y yo te he dicho —repitió Edith— que mala hierba nunca muere.

—Ada —la llamaron de repente y sus temblores se detuvieron.

Alguien la observaba desde el hueco entre las mamparas, pero no era la enfermera Swire, que seguía hablando fuera, ni Florence, Jia y Aurora.

Su primer pensamiento fue que estaba viendo a un espíritu. Que, si parecía más corpóreo que Edith, era por llevar menos tiempo muerto. Que, en cuanto intentara tocarlo, sus dedos también lo atravesarían.

—Dicen que has salvado el mundo, arañita —saludó Alabaster.

Ella abrió la boca, pero no pudo hablar. Cuando dio un paso hacia la cama, la luz no lo atravesó…, solo lo hizo brillar como un ángel.

—No puede ser verdad —consiguió decir.

Tenía varias cicatrices en la cara, otra magulladura en la frente, pero…

—Te vi caer… —Se había quitado el uniforme y, al mirar el cuello de su camisa, distinguió unas vendas debajo—. Vi cómo…, cómo esa bala…

Pero la voz la abandonó y, antes de que él dijera nada, saltó del colchón.

El impulso la hizo caer de bruces en el suelo. «Madre mía, Ada», refunfuñó Edith mientras Alabaster se agachaba para abrazarla.

—Mi amor —murmuró en su oído. Aquello hizo que el nudo de su garganta se aflojara y sus lágrimas manasen sin control. Ada se echó a llorar aferrada a él, sintiendo cómo sus manos le recorrían la espalda, le acariciaban la nuca desnuda, hasta que un grito («¿Se puede saber qué es esto?») les hizo volverse a la vez.

La enfermera Swire, brazos en jarras, los acribillaba con la mirada.

—¡No me he pasado horas cambiándole las vendas para…!

—Solo se ha golpeado las rodillas. —Alabaster la besó en el pelo mientras Ada seguía llorando contra él—. Tratándose de esta señorita, es casi salir ilesa.

—¡No me refiero a sus heridas, Thorne, sino a las de usted!

«¿Cómo puede seguir con vida?», se preguntó Ada.

—Lo que me dejó inconsciente fue un golpe en la cabeza, no el disparo —dijo Alabaster metiendo la mano en el bolsillo del pantalón —. Resulta que llevaba dentro de la guerrera algo que cierta persona me entregó.

—Cierta visionaria, querrá decir —comentó la enfermera.

Cuando abrió los dedos, Ada reconoció lo que era… y enmudeció.

Su broche de la libélula se había convertido en un amasijo informe. El disparo debía de haberle dado de lleno, porque la plata estaba ennegrecida y casi todo el esmalte verde de las alas, reducido a polvo.

—De no haber sido por eso, la bala le habría alcanzado el corazón. —La anciana levantó a Alabaster—. Pero solo se le hundió medio centímetro en el pecho. Se la sacaron en Pozières antes de que se le infectara la herida.

En la mano de Ada, la libélula temblaba como si agonizase.

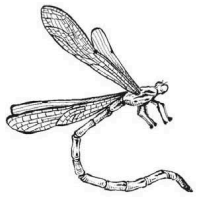
—No ha habido manera de que el señorito guardara cama —gruñó la enfermera mientras la incorporaba también—. Se ha pasado cinco noches a su lado, durmiendo en el suelo —la sentó en la cama— y sin querer soltar ese dichoso broche…

—Ahora sé por qué era importante —dijo Alabaster.

La bala lo había partido en dos, arrancando la parte delantera, y en su interior había un estrecho receptáculo del tamaño de un meñique.

Y, en él, un mechón de pelo rojo.

CAPÍTULO LXIX



Durante los siguientes días, Ada fue enterándose de más detalles relacionados con la toma de Courcelette como piezas sueltas de un inmenso rompecabezas.

Descubrió, por ejemplo, que no había sido el único pueblo tomado: inspirados por lo sucedido en la tierra de nadie, los aliados se habían hecho también con Flers y Martinpuich. Por medio de Nathan, supo que el enemigo había intentado contraatacar, pero que, entre el pánico por los tanques y la desaparición del general Klingermann, enviado a un campo de prisioneros, las ofensivas habían caído en saco roto.

Aunque lo más desconcertante eran las consecuencias de lo que los alemanes habían visto hacer a Ada mientras avanzaba hacia la refinería.

—Dicen que volvieron a ser los ángeles de Mons —le explicó el capitán Lennox con una sonrisa de oreja a oreja—. Que la energía que la rodeaba, ese escudo con el que la vieron parar las balas, eran espíritus… Y no andan desencaminados.

Resultó que la enfermera de los lunares era la mujer del capitán.

Cuando Ada y Alabaster fueron a visitarlo, la encontraron cambiándole la venda de la frente o, mejor dicho, intentándolo. Lennox estaba tan emocionado que no paraba quieto.

—Y ahora la noticia corre como la pólvora —siguió diciendo— y las divisiones de Morval y el río Ancre están muertas de miedo. Oír hablar dos veces de un ejército espectral es más inquietante que una… Y todo gracias a usted.

—Que yo no hice nada, de verdad. Lo de la refinería no…

—¿Se acuerda de ese poema: «Por un tornillo se perdió una herradura...»?

—Por un clavo —dijo su mujer—. El tornillo se te ha perdido a ti.

—¿«Por una herradura, un caballo, por un caballo, un jinete», etcétera? Las cosas más insignificantes, las que nunca se pueden prever, son las que cambian el curso de la historia. —Lennox la señaló con un dedo—. El tiempo me dará la razón.

—Puede que el golpe en la cabeza lo haya vuelto más sensato —comentó Ada cuando salieron del hospital—, pero me cuesta creer que esto sirva de algo.

Habían bajado a dar un paseo por la playa, en la que solo había unos pescadores, aprovechando que por fin había dejado de llover. La arena aún conservaba las diminutas huellas de las gotas, parecidas a agujeros de metralla, y soplaba una brisa que estremeció a Ada; todavía no se había acostumbrado al frío en el cuello.

—Cuando Ivory me vea así, le dará un soponcio. Por cierto, deberíamos visitarla antes de regresar. Te recuerdo que aún cree que estamos casados. —Pero, como Alabaster solo sonrió vagamente, Ada dejó de caminar—. ¿Pasa algo?

—En realidad, sí. —Él también se detuvo—. Tengo que hablar contigo.

Mientras le escuchaba, el paisaje dio la impresión de cambiar: el agua se volvió del color de la pizarra, la arena adquirió la textura de la ceniza, y la brisa, por lejos que se encontraran, pareció arrastrar de nuevo el estruendo de las explosiones.

—¿Que quieres quedarte? —No podía ser verdad—. ¿Aquí?

—Aquí, en Calais, no —contestó Alabaster—. En Francia. Con el ejército.

De repente, el miedo que Ada había sentido en la tierra de nadie, aquella cosa con garras y colmillos agazapada en su estómago, volvía a devorarla por dentro.

—Si es por lo que han estado echándote en cara en Londres…

—Lo que opinen los demás me trae sin cuidado. Siempre lo ha hecho.

—Bien, porque a mí también. —Ada sintió cómo temblaba su mano al asestarle un empujón—. No me importa cuántas plumas blancas te den. No me importa que te llamen cobarde por la calle, sé que vales más que una división entera. Ahora que todo había acabado, que podíamos dejar esto atrás… Que podíamos…

«Que podíamos estar juntos», pensó mientras lo que atenazaba a su estómago le hundía más los dientes. Sobre todo, porque, en el fondo, no la pillaba por sorpresa.

Porque lo había visto en las trincheras, lo había visto durante el ataque con gas, lo había visto en la tierra de nadie. Lo había visto en el hospital, hablando con Lennox y los otros soldados, y sabía que una parte de Alabaster se había quedado atrás.

—He estado acordándome del Titanic —contestó él.

—Sí, yo también. —Ada se dio la vuelta con los brazos contra el pecho—. Cada puñetero minuto desde el naufragio. ¿Qué tiene que ver eso…?

—Lo que lo convirtió en una tragedia fue lo que se perdió, pero no

me refiero al barco, a las riquezas que transportaba, ni siquiera a las mil quinientas víctimas…, sino a la esperanza. Lo más valioso que existe.

Cuando Ada giró la cabeza, vio que estaba observando el océano.

—Eso es lo que el Titanic simbolizaba —añadió él—. Para los ricos, quizá era el lujo, el esplendor. Pero para los pasajeros como Roy y su madre era la esperanza. Esperanza de una vida nueva, de un mundo nuevo, un mundo mejor… —Señaló el hospital con el mentón—. Lo mismo que esos hombres tratan de construir sobre cada centímetro de tierra regado de sangre.

Ada no pudo responder, la angustia la estaba comiendo viva.

—Y, si aún queda una pizca de esperanza, tengo que hacer algo. —Alabaster la miró de nuevo—. Porque merece la pena luchar por aquello que amas.

—¿Por Inglaterra? —Soltó una risa escéptica—. Pero si no te importa lo más…

—Por Inglaterra, no —respondió él—. Por ti. Por nosotros.

Entonces se quedaron callados, con la brisa dibujando trincheras en la arena, y Ada supo que no hacía falta que dijera nada, Alabaster ya conocía la respuesta.

Si se negaba a aceptarlo, él la seguiría a Inglaterra… y se pasaría la vida entera lamentándolo. Y ella también, porque Alabaster la había acompañado a Francia sin un reproche y lo había hecho por el mismo motivo, porque Ada quería proteger a los suyos, hacer cuanto estuviera en su mano.

—Por favor, dime que lo entiendes —pidió acercándose a ella.

—Sí. —Ada apoyó la cara en su pecho con cuidado para no apretarle la herida—. No serías el hombre del que me he enamorado si…, si pensaras de otro modo.

Pero durante el resto de aquel día, y las horas del siguiente

anteriores al viaje, su mente no dejó de torturarla con los cientos de catástrofes que podían suceder. «Las demás novias de guerra las leen en los periódicos —pensó mientras la acompañaba al puerto—, las enfermeras las oyen de labios de los soldados, pero yo las he vivido».

El barco humeaba ya en el muelle, igual que la mañana en la que habían partido de Dover, y el parecido solo acrecentó más su angustia. Aun así, consiguió mantener la compostura mientras Florence, Jia y Aurora, tras despedirse de Alabaster, subían por la pasarela con los soldados que también volverían a Inglaterra.

—Lennox va a estar más desatado que nunca —comentó Alabaster mientras el mayor Silverstone, con una pierna y un brazo escayolados, era conducido en una camilla. Pese a lo pálido que estaba, sonrió al pasar junto a ellos—. Ya no habrá nadie en Francia, salvo su señora, capaz de controlarlo. Me ha tocado el regimiento más animado de todos. —Miró hacia arriba—. Creo que tienes que subir.

Desde la cubierta, alguien metía prisa a los rezagados que corrían por el muelle con sus mochilas. A Ada cada vez le costaba más disimular su congoja.

—¿Todavía estoy a tiempo de convencerte para que…?

—No. —Alabaster sonrió con resignación—. Me temo que no.

—Puedo arrearte un golpe en la cabeza con el bolso. O dispararte en una rodilla como a ese tipo de la Orden. O usar cloroformo como decía Ivory…

—Ada, no. —Él le acarició una mejilla—. Sabes que debe ser así.

Sí, claro que lo sabía, pero no hacía que doliera menos. No impedía que el roce de sus dedos, al recordar que solo duraría un instante, le rompiera el corazón. Que su calidez, por lo momentánea que era, la hiciera sentirse… helada.

«Ojalá pudiéramos desaparecer —pensó mientras apretaba la mano de Alabaster contra su rostro—. Dejarlo todo atrás. Escapar».

—Gracias —susurró él, y la besó en la frente—. Por todo.

«Quiero tenerte conmigo. Por favor, ven conmigo. Por favor».

—Estaba muerto antes de conocerte —continuó— y ni siquiera lo sabía. Llevaba años atrapado en el hielo, en la niebla, y tú me devolviste a la luz.

—Dime que volverás —pidió ella con un nudo de lágrimas.

Al escucharla, Alabaster se apartó unos centímetros.

—Sé que ya lo has hecho, pero me refiero a… —No podía decirlo en voz alta, las palabras parecían cortar como cristales rotos—. Si… Si ocurre lo peor… Si te pasa algo malo… —Ada lo miró a los ojos—. Dime que, aun así, volverás a casa.

Dejó que sus dedos se enredaran con los de él contra su piel.

—Prometimos estar juntos. —Los besó—. Me da igual la manera.

—No seríamos la primera médium y el primer fantasma enamorados —contestó él con una sonrisa torcida, pero asintió—. Estaremos juntos… algún día. —Le sujetó la cara—. Pero, en este instante, también.

Entonces la besó durante tanto tiempo que Ada, aferrada a su uniforme, quiso creer que la guerra habría acabado cuando se apartaran, que no le quedaría más remedio que acompañarla. Pero el estrépito de las sirenas, seguido por un «¡suba de una vez o se quedará en tierra!», se inmiscuyó entre sus labios y Alabaster, susurrando un «hasta pronto, arañita», la empujó suavemente hacia la pasarela.

Cruzar aquella hilera de travesaños casi fue peor que atravesar la tierra de nadie. Tragándose las lágrimas, Ada enderezó la espalda para subir a la cubierta, donde sus alumnas aguardaban con Edith, y se apoyó en la barandilla mientras el barco, poco a poco, se ponía

en movimiento.

Él seguía observándola desde abajo, el único soldado quieto entre la marea, y se esforzó por sonreírle. Porque sabía que era la última imagen que le quedaría de ella, la que recordaría cuando las bombas estallasen sobre su cabeza y el fin del mundo amenazase con alcanzarlo, y quería que la visualizase así, rebosante de esperanzas y de sueños, plantando cara al futuro. Confiando.

—Estará bien —oyó decir a alguien.

Rosenfield había aparecido a su lado mientras se alejaban.

—Tiene madera de superviviente —añadió acodado en la barandilla—. Si tuviera que apostar por uno de esos hombres, lo haría por el tuyo.

—Mi hombre —contestó Ada—. Aún me cuesta creerlo.

«Voy a volver a verlo. —Cuando agitó una mano, Alabaster hizo lo mismo. Su silueta era cada vez más pequeña, tanto que pronto costaría distinguirla—. De un modo u otro, vivo o muerto, lo haré».

—Esto no habría sido posible sin su ayuda, milord.

—Claro que sí —dijo Rosenfield—. Era cuestión de tiempo.

—Pero usted me contó lo del bote del Titanic. De no ser por eso, nunca habría sabido que lo mejor que alguien ha hecho por mí, lo más valiente…

—Lo habrías acabado descubriendo. —El espíritu sacudió la cabeza —. Dudo que exista una dimensión, una realidad alternativa en toda la inmensidad del cosmos, en la que no vayáis a acabar juntos. Yo solo aceleré lo inevitable.

Al adentrarse en el Canal, otro buque se interpuso entre ellos y el muelle, y Alabaster, poco a poco, desapareció de su vista. Ada se obligó a dar la espalda al agua para observar a Florence, Jia y Aurora, que se habían sentado en la cubierta; Jia se carcajeaba de algo que Edith acababa de decir.

Si hubiera prestado más atención a Aurora, se habría percatado de que era la única que no se reía. Tenía los ojos clavados en los tablones del suelo.

—Pero no me refería solo a Alabaster. —Ada miró a Rosenfield—. Lo que hizo con los sueños del general Klingermann…, descubrir lo de la granja Mouquet, lo de la refinería… Lo digo en serio, ojalá se me ocurriera el modo de recompen…

—Quiero que lo llaméis Victor Thorne —contestó él.

Ada perdió por completo el hilo de lo que decía.

—A vuestro primogénito —añadió Rosenfield—. Será elegante como su padre y un siervo del caos como su madre, así que se me parecerá. Eso me convertirá en algo así como… —Sonrió con satisfacción—. Su padrino espiritual.

—Jesucristo —resopló Ada—. No ha dudado ni un segundo.

—Claro que no. Es Maquiavelo disfrazado de Oscar Wilde.

Cuando giró sobre sus talones, a Ada se le escapó un pequeño grito.

A unos metros, junto a una de las chimeneas, había aparecido un espíritu cuya melena roja relumbraba como una llamarada. Una luz en la niebla.

—Por eso estaba empeñado en interceder por tu chico. —Annabel se recolocó la manta—. Te dije que los crápulas se defienden entre sí.

—Cariño —dijo Rosenfield como si viera… a un fantasma.

Ada sabía que las almas en pena eran rápidas, pero no imaginaba que tanto: un instante después, había reaparecido frente a su esposa.

—Estás aquí. —La miró como si no pudiera creer que fuera ella de verdad, que la hubiera recuperado—. Estás bien —susurró.

—Estoy muerta, milord. —Ella sonrió—. Creí que lo recordaría.

—Estás bien —repitió su marido, sonriendo aún más—. ¿Cómo has…?

—¡Señorita Lovelace! —oyeron gritar a Florence mientras Jia, Edith y ella, seguidas poco después por Aurora, se abrían camino entre los soldados.

—No sé cuándo he regresado. Todo es bastante confuso…

—¿Usted no estaba condenada por haberse cargado a un tipo? —dijo Jia.

—En teoría, sí —dijo Annabel—, pero debió de ocurrir algo que cambió las consecuencias… Como si me hubieran dado otra oportunidad.

Aurora ya no miraba el suelo, pero continuaba igual de callada. Tenía la mano derecha, vendada por la señora Lennox, apretada en un puño.

—Lo único que recuerdo es que mi prisión, esa burbuja del Asfódelo, había dejado de existir. He podido saltar sin problemas de un plano a otro.

—Quizá lo de Courcelette le ha hecho expiar su culpa —dijo Ada.

—Quizá —coincidió su maestra, y miró a Rosenfield—. He oído un par de cosas interesantes antes de venir aquí. Sobre cierto general bastante testarudo y cierto lord que, por una vez, decidió dejar los modales a un lado.

—La gente se aburre mucho en el Asfódelo. Cualquier día…

—Dicen que actuó como una bestia sedienta de venganza. —Annabel tenía una expresión parecida a la que, según Heather, se le ponía a Ada cuando releía *El seductor de Grosvenor Square*—. Un espíritu demoníaco carente de escrúpulos.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere, milady.

—Pues qué pena. —Chasqueó la lengua—. Pensaba pedirte una explicación detallada mientras los matices continúan frescos en tu

memoria.

Ada pensó que, si el ectoplasma fuera inflamable, Rosenfield sería una antorcha.

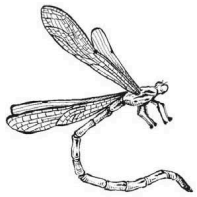
—Zhang. —Chasqueó los dedos—. Al Cielo. Ahora mismo.

—Se lo he repetido cientos de veces, ¡no puedo hacer nada sin sus tumbas! —se impacientó Jia—. ¡Les va a tocar aguantarse hasta que estemos en Highgate!

—Esta travesía se me va a hacer más larga que la del Titanic.

Al otro lado de la cubierta, entre los barcos que atravesaban el Canal, el perfil de Calais acabó perdiéndose en la bruma como un espíritu liberado.

CAPÍTULO LXX



—Sinceramente, señorita Chapman…, me deja sin palabras.

De vuelta en Londres, las trincheras parecían retazos de una pesadilla, pero el olor a cigarros de la Oficina de Guerra recordaba demasiado al de los explosivos.

—Durante nuestro último encuentro, tenía bastante claro que no iba a convertir su academia…, temporalmente, por supuesto…, en un hospital militar.

De hecho, en la estancia había tanto humo que, comparada con lo que se veía a través de las ventanas, el neblinoso parque de St. James parecía despejado.

—No es que tenga nada en contra, pero ya ha hecho por nuestro país más que suficiente. —El ministro la había citado en su despacho de Whitehall, intimidante con sus paneles de madera oscura y sus recargadas molduras—. Las consecuencias de su incursión, por irregular que fuera, nos tienen anonadados.

—Deduzco que no voy a enfrentarme a un consejo de guerra —dijo Ada.

—No —el ministro se aclaró la voz—, aunque me ha costado

convencer al general Rawlinson. Supongo que entenderá por qué no puedo condecorarla…

—Descuide —sacudió la mano—, eso me trae sin cuidado.

—Sería lo correcto, pero no cabría hacerlo sin revelar su infiltración. He estado pensando en otra especie de… recompensa. Creo que su maestra no llegó a ostentar el título de lady Rosenfield.

—No. —«Una de las cosas que pasan cuando te casas con un fantasma»—. Pero no sé qué importa eso ahora. Como sabe, lleva trece años…

—Quizá un título nobiliario para usted resolvería el asunto.

El despacho quedó en silencio, pero el eco de las palabras del ministro no pudo ser más audible, casi estruendoso: resolver. «Resolver el asunto».

«No quiere recompensarme —comprendió Ada—, quiere silenciarme. Estar seguro de que nunca trascenderá lo que hice». Rawlinson no pudo haber sido más cristalino: «Nos ha dejado en ridículo haciéndose pasar por un soldado».

—El mundo está cambiando —aseguró el ministro—. Dudo que a su clientela le descoloque demasiado empezar a llamarla lady Chapman.

«No he oído nada que suene peor».

—Se lo agradezco, señor ministro, pero un título no me ayudará a contactar con más espíritus ni tampoco a gestionar mejor el hospital.

—¿No hay ninguna cosa que le interese? ¿Nada que necesite?

—En realidad, ahora que lo menciona…, creo que sé lo que le habría pedido mi maestra. —Ada se inclinó hacia delante—. El sufragio femenino.

El cansancio resultó aún más patente en los ojos del ministro, tanto que le dieron ganas de preguntarle si quería una manta y una tacita de té.

—Si me dieran un soldado por cada mujer que me ha pedido el voto, mañana mismo estaríamos entrando en Berlín.

—Me lo imagino. —Ella sonrió—. El mundo está cambiando.

Tras prometerle que seguirían en contacto, Ada se levantó, estrechó su mano y abandonó el despacho. Los pasillos de la Oficina de Guerra, entre las conversaciones, las máquinas de escribir y las llamadas telefónicas, bullían de agitación, pero el vestíbulo de la planta baja estaba desierto salvo por un espíritu.

Annabel la esperaba al pie de la aparatosa escalera de mármol. Sus ojos brillaban como los de un niño en la mañana de su cumpleaños.

—Esa es mi chica —declaró.

Media hora más tarde, un taxi las dejó delante del cementerio de Highgate, uno de los poquísimos lugares donde la guerra parecía no existir. «Los muertos duermen profundamente», reflexionó Ada cuando entraron en la plaza semicircular en la que los esperaban Rosenfield, Edith, Florence, Jia y Aurora.

—Por fin —comentó Edith—. Si hubierais tardado un poco más, estas señoritas se habrían quedado más frías que nosotros.

—Y en casa se habrán hartado de esperarnos —coincidió Rosenfield mientras se encaminaban hacia un sendero—. Estoy deseando contarles a todos cómo salvé Europa con el poder del amor, los sueños y la tortura psicológica.

—Juraría, milord, que fue Ada quien lo hizo —repuso Edith.

—Bueno, a lo mejor echó una mano, pero que no se lo crea demasiado.

Annabel sonrió, aunque no dijo nada mientras se adentraban en el sector oeste. Ada y ella caminaban codo con codo y supo que pensaban lo mismo; era la última vez que estarían juntas…, al menos, mientras Ada siguiera con vida.

«Ojalá tuviéramos más tiempo». En el Círculo del Líbano, la niebla seguía siendo tan espesa que apenas se distinguían las sepulturas. «Ojalá pudiera decirle todas las cosas que ahora no recuerdo, esas que me harán preguntarme qué habría pensado ella, cómo habría reaccionado, cómo…, cómo me habría aconsejado».

La reja del panteón de los Rosenfield chirrió cuando Ada, tras sacar su llave, la empujó hacia dentro. Se apartó para dejarles pasar.

—Solo tienen que acercarse a las tumbas. En cuanto las toque, se marcharán. —Jia dudó antes de decir—: ¿De verdad tienen que hacerlo?

—Vamos a echarles muchísimo de menos —susurró Florence.

—Así es como debe ser, chicas —aseguró Edith—. Nuestros planos no pueden seguir entremezclados. Es hora de que regresen al suyo.

Aurora, por su parte, no dijo una palabra.

—La señorita Evans tiene razón —contestó Annabel—. Nuestra misión aquí ha concluido y todos necesitamos descansar…, incluso Sherlock Holmes. —Ada sonrió antes de que su maestra añadiera—: Hay algo que necesito decirte.

Miró a su esposo, que asintió en silencio.

—Ada, tienes que dejarme marchar.

—Pero… si es lo que va a hacer. En cuanto Jia…

—No me refiero a mi espíritu —dijo Annabel—, me refiero a mi reflejo en tus espejos. Has pasado demasiados años comportándote como creías que haría yo, pero ya no me necesitas como referente. Te tienes a ti misma.

Aquello resultó tan inesperado que Ada no supo qué decir.

—De todas las cosas que conseguí como médium…, la reputación, la realización profesional, la sensación del deber cumplido…, ninguna me produjo tanta satisfacción como ver en qué te has convertido. —Annabel le alargó una mano—. Y no puedo ni expresar con palabras

lo orgullosa que estoy de ti.

Cuando sus dedos entraron en contacto, una capa de escarcha recubrió los de Ada, aunque no lo notó, se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Siempre dices que hice cosas extraordinarias, pero ser tu maestra fue la mejor de todas. Recuérdalo si vuelves a dudar de ti misma.

—Probablemente lo haga dentro de diez minutos —balbuceó Ada.

—No esperaba menos —dijo Annabel, y señaló el panteón.

Ada agradeció tener que entrar: en la penumbra sería más sencillo disimular su llanto, aunque no recordaba que la congoja le hubiera sabido nunca tan dulce. Dentro de la tumba, todo seguía igual, pese a que las coronas se habían marchitado, las dedaleras parecían negras… y, sentado en un rincón, había un fantasma.

Cuando Ada reparó en él, la llave se le cayó.

—¡Roy! —Se agachó para recogerla—. Dios mío, ¿qué estás…?

—Hola, señorita Chapman —dijo con una sonrisa.

Era la misma que le había dedicado en la refinería, la primera realmente humana que había visto en él. Florence, Jia y Aurora estaban boquiabiertas.

—¿Desde cuándo puede hablar? —preguntó Florence.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Jia—. ¡Creíamos que te habías marchado!

—Iba a hacerlo. —El pequeño se puso en pie—. Pero no sabía a dónde ir y no quería estar solo… Y me acordé de que alguien más tenía que partir.

Hasta que no se volvió hacia Annabel, que había abierto mucho los ojos, Ada no comprendió por qué Rosenfield sonreía tanto.

—Lord Victor Arthur William Rosenfield —dijo su maestra.

—Sabes que lo estás deseando —contestó su marido.

—No puedes hablar en serio. No me creo que le prometieras…

—Tiene los ojos verdes y el pelo negro, cariño. Lo está pidiendo a gritos.

Con cada palabra, la sonrisa de Roy crecía más.

—Serías el padre más irresponsable del mundo. De todos los mundos.

—Suerte que te tendremos a ti para meternos en cintura —dijo Rosenfield, y le aseguró a Roy—: Esta noche estarás cantando *Dios salve al rey* vestido de tweed.

—Y yo estaré cuidando de dos críos —rezongó Annabel, pero la sonrisa con la que se acercó a su losa era aún mayor que las de ellos. Mientras Rosenfield y Roy hacían lo mismo, Ada, Florence, Aurora y Edith se quedaron de pie en la entrada.

«Se marchan. —A Ada se le encogió más la garganta—. Se marchan de verdad».

—No es una despedida —dijo Annabel—. Solo un hasta luego.

—Un volveremos a encontrarnos —coincidió Rosenfield.

Cuando Jia tocó los epitafios, el aire pareció vibrar en torno a ellos.

Una corriente semejante a la que Ada había sentido la vez anterior se arremolinó dentro de la tumba. Los pétalos de las coronas temblaron, las vidrieras se empañaron y los espíritus empezaron a palidecer.

Sus perfiles se volvieron más tenues. Sus cuerpos, más diáfanos.

—Te va a gustar, Ada —dijo Annabel de repente.

Los ángeles de Rossetti eran cada vez más visibles a sus espaldas.

—El Cielo —añadió—. Es… un hogar.

—Y, cuando llegue el momento, te estaremos esperando —dijo Rosenfield—, pero no tengas prisa. Te queda mucho por vivir.

—Adiós, señorita Chapman —dijo Roy.

Un instante después, los tres se habían desvanecido.

La corriente dejó de soplar, la penumbra regresó al panteón y Ada se quedó observando los epitafios hasta que se emborronaron.

«Vamos fuera, chicas», susurró Edith. Solo cuando la dejaron sola permitió que sus lágrimas se convirtieran en un llanto silencioso que la hizo caer de rodillas.

Los sollozos, sin embargo, habían dejado de pesarle en el pecho: con cada lágrima se sentía más y más ligera, como un barco inundado de agua que por fin estuvieran achicando. «Qué comparación más propia», pensó secándose la cara con una sonrisa, y se disponía a ponerse en pie cuando algo atrajo su atención.

Mientras permanecía abstraída, la temperatura del panteón había disminuido. El aire que se colaba entre los barrotes parecía hielo puro.

—Escúchame bien, Jia Zhang —advirtió mientras se levantaba—, como se te haya ocurrido hacer de las tuyas con otra tumba, te castigaré hasta…

Pero, nada más salir del panteón, enmudeció.

La niebla no era lo único que inundaba el Círculo del Líbano: una marea de almas en pena había aparecido en el anillo de los panteones. Florence, Jia y Aurora se habían marchado, pero Edith aún seguía allí… con los demás espíritus del Titanic.

—Es una mañana de despedidas, señorita Chapman.

El capitán Smith se hallaba en primera fila. Detrás distinguió a Andrews, el ingeniero, a Kate, la doncella…, incluso al telegrafista Phillips y los miembros de la orquesta a los que, hasta entonces, solo había logrado oír.

—Todavía no les había dado las gracias —respondió Ada.

No pudo contarlos, pero no hizo falta: estaba segura de que eran cincuenta y seis, los que quedaban en la academia. «Han venido

todos».

—Por lo que hicieron en Courcelette —añadió—. De no haber acudido en mi ayuda, no habría salido con vida de la refinería…

—Es usted quien nos ha salvado, señorita —dijo Kate.

La sonrisa de Edith le hizo saber que ya estaba al corriente de aquello.

—Nos dio un motivo para continuar —añadió Kate—. Para hacer algo.

—La única manera de avanzar hacia el futuro —dijo Jonathan Shepherd— es dejar marchar el pasado. Conseguir perdonarnos a nosotros mismos.

—Somos nuestra propia ancla, la gravedad de la que no podemos escapar. —Andrews sonrió con tristeza—. Es una certeza matemática.

Y, como si esa despedida fuera la última hebra que los unía al mundo, Ada vio cómo sus siluetas palidecían igual que las de los Rosenfield.

—Es hora de que partamos. —La voz del capitán sonaba más tenue a cada instante—. Nos espera la travesía más importante de todas.

—Buen viaje —susurró Ada—. Y gracias…, de verdad.

Cuando se desvanecieron, el Círculo del Líbano quedó desierto salvo por el espíritu al que, tras secarse la cara, distinguió a su izquierda.

—¿Edith? —La sorpresa la dejó paralizada—. ¿Qué haces aquí?

—Ya has oído a Andrews: todos tenemos nuestras anclas.

Estaba apoyada en otra reja con los brazos cruzados.

—Y resulta que la mía es pesadísima. Pesadísima, demandante y, por mucho que haya madurado, caótica como ella sola. No merece la pena que intente soltarme, estoy condenada a arrastrarla como esas

bolas de hierro que llevamos los fantasmas en los cuentos. En fin…, supongo que me he acostumbrado.

—¿Qué estás diciendo, Edith Evans? ¿No pretenderás…?

Aquello no era una decisión deliberada: los espíritus no podían escoger cuándo cruzaban al Otro Lado, lo hacían al resolver sus cuentas pendientes. En el caso de los del Titanic, al liberarse de su propia culpa; en el de Edith, sencillamente, no se había producido una liberación porque se había negado a que así fuese.

Porque había prometido cuidar de Ada, protegerla de las amenazas de las dos dimensiones, pero nunca había mencionado hasta cuándo.

—Edith, no. —Ada bajó los peldaños del panteón—. No se te ocurra quedarte atrás por mi culpa. Ahora puedes partir en paz, es lo que habíamos…

—Claro que partiré en paz, pero cuando llegue mi hora —respondió Edith—, y eso significa que lo haré a la vez que tú. No pienso pasar la eternidad preguntándome cómo le estará yendo a la cabeza de chorlito de mi médium sin mí.

Por resignado que fuera su tono, había un brillo en sus ojos que conmovió a Ada más que nada, tanto que volvió a sentir un tirón en el corazón.

—En ese momento, me iré contigo —dijo Edith—. Nos iremos juntas.

—Me niego. —Ada sacudió la cabeza—. Esto no era lo…

—No voy a subirme a ningún bote dejando a mi amiga atrás, Ada Chapman.

«Todos los fantasmas de la tierra se han propuesto hacerme llorar», comprendió mientras la cara se le humedecía de nuevo.

—Además —añadió Edith—, necesitarás tenerme cerca cuando la mala hierba regrese y estés demasiado obnubilada para ponerle los

puntos sobre las íes. Si lo que esperaba era perderme de vista, ha dado con la estadounidense equivocada.

—Edith, no puede perderte de vista si nunca te ha visto…

—Es una manera de hablar. El caso es que acabará harto de mí.

Y, con un «vámonos de una vez», Edith señaló la salida del Círculo del Líbano y Ada y ella se alejaron juntas, dos sombras que la niebla acabó devorando.

EPÍLOGO

La guerra siguió adelante, pero la vida, también; y, con cada carta que atravesaba el Canal de la Mancha llevando su nombre, Ada era más consciente de que el espacio fluye tanto como el tiempo porque nunca lo había sentido más cerca.

«Querida Ada», empezaban todas las de él, siempre salpicadas de tierra; «Querido Alabaster», respondían las de ella, rociadas de perfume de violetas; y el mismo océano que los había unido se convertía en un puente, en un abrazo de un país a otro. En la promesa de un mañana en el que no existirían fronteras entre ambos.

En las cartas de Alabaster, por difícil que pareciera, la muerte no existía. Le hablaba de los amigos que estaba haciendo, no de los que perdía cada día, le describía los amaneceres más radiantes de Francia, no la sangre que se derramaba en ellos, y si mencionaba la tierra de nadie era para explicarle que había visto una flor en la alambrada, no para contarle que un francotirador casi lo había alcanzado.

Durante los primeros meses, Ada pensó que estaba haciendo aquello para no angustiarla, pero acabó comprendiendo la auténtica razón: por primera vez en su vida, rodeado de oscuridad y horror, estaba viendo la belleza del mundo.

Querida Ada:

Podría describirte el frío que hemos pasado en los camiones, pero prefiero contarte que esta mañana, mientras estiraba las piernas después de mi guardia, encontré un pequeño prado con violetas cerca del barracón.

Creo que hacía meses que no dormía tan bien.

Ella, por su parte, le hablaba de cómo estaban yendo las cosas en el hospital, de que habían colocado diez camas más en la antigua sala de música, de que había tenido que contratar a otras dos enfermeras. Puede que los espíritus del Titanic se hubieran marchado, pero la Academia Rosenfield nunca había estado más animada.

Querido Alabaster:

Ayer, uno de los nuevos convalecientes, un antiguo profesor de Biología de la Universidad de Oxford, nos explicó a Louise y a mí cómo será el aspecto de la tierra de nadie cuanto todo haya terminado. Dice que la naturaleza recuperará lo que era suyo, que los árboles crecerán con más fuerza que nunca y que, cuando la hierba vuelva a cubrirlo todo, las trincheras parecerán cicatrices desde el cielo, tan verdes que costará creer que algún día estuvieron inundadas de muerte.

Van a brotar flores de todas las heridas, Alabaster. Como pasó con las nuestras.

Algunas veces, cuando la preocupación era más fuerte que Ada, enviaba a Edith para asegurarse de que Alabaster estaba bien. Gracias a ella, supo de pequeñas lesiones de las que tampoco le hablaba: un esguince en un dedo, el roce de una bala…

—El maldito ha empezado a notar cuándo aparezco —rezongó Edith—. Estaban desinfectándole una pierna y, en cuanto la enfermera se marcha, suelta: «Cuando quiera le damos una

bayoneta, Evans».

Por mucho que protestase, Ada albergaba la sospecha de que Edith pasaba más tiempo en el frente del que estaba dispuesta a reconocer. De que, aunque Alabaster no se diera cuenta, había balas que se desviaban misteriosamente, rifles que se congelaban antes de un disparo, ametralladoras que se encasquillaban.

—Tienes demasiada imaginación, querida —aseguró su amiga—. Cualquier día me acusarás de considerarlo un ser humano decente.

—Lo que tú digas —contestó Ada, divertida—, pero le estás cogiendo cariño.

Querida Ada:

Esta mañana, mientras limpiábamos el barro de los rifles, una libélula atravesó revoloteando la trinchera de reserva. Se posó unos segundos sobre el cañón de mi arma, se desvió hacia un montón de granadas de mano, rodeó unos cajones de municiones y, un instante después, había desaparecido.

Ver a esa criatura burlona en medio de todo esto, trayendo sus colores como si no hubiese un acto de rebeldía mayor, me hizo acordarme más que nunca de ti.

Me equivoqué llamándote arañita: siempre has sido una libélula.

Cada vez que encontraba en el *Light* o *The Spiritualist* un artículo que sabía que le interesaría, Ada le enviaba el recorte y se pasaban semanas comentándolo. Al cabo de un año, las cartas de Alabaster apenas cabían en el cajón de su mesilla; seis meses después, había empezado a guardarlas en un baúl y, cuando la asaltaba la añoranza, las releía una y otra vez en la cama en la que se había prometido tenerlo algún día.

Una madrugada, para provocarlo, le escribió solo un par de líneas:

Estoy deliciosamente receptiva esta noche.
¿Qué puedes hacer al respecto?

La respuesta de Alabaster ocupaba tanto que apenas cabía en el

sobre, catorce páginas por las que, según explicaba en la posdata, había tenido que pagar una fortuna al oficial encargado de la censura para que hiciera la vista gorda.

Entre este soborno y el del bote, me sales muy cara, Chapman.

Algunos fines de semana, Ada cogía un tren con Florence, Jia y Aurora para visitar al mayor Silverstone en su propiedad de Oxfordshire, donde continuaba recuperándose. Mientras las chicas jugaban con su hija y la del capitán Lennox, que era tan sinvergüenza como cabía esperar, Ada y el mayor paseaban por los jardines hablando del Somme, de los conocidos que seguían en el frente, de las decisiones de los políticos.

—Wells, el escritor, la llama «la guerra que acabará con la guerra».

El médico de Silverstone había asegurado que, cuando se curase del todo, solo le quedaría una pequeña cojera, pero aún necesitaba una silla de ruedas.

—¿Cree que se equivoca? —preguntó Ada—. ¿Que habrá otra guerra?

—Creo que el ser humano nunca aprenderá de sus errores —dijo Silverstone, resignado— y que, cuando volvamos la vista atrás, solo se hablará de imperios caídos y fronteras que se movieron, no del precio que pagamos a cambio.

Ada no pudo echarle en cara su pesimismo; esa mañana había leído que, entre soldados y civiles, se barajaban ya unos quince millones de muertos.

—He estado pensando… —dijo el mayor—. ¿Sabe si el señor Thorne seguirá interesado en el estudio de lo paranormal cuando regrese?

—Más que nunca. —Ada sonrió—. Ha visto demasiadas cosas.

—Bien. —Silverstone impulsó la silla por el sendero—. Porque se me ha ocurrido una iniciativa empresarial que me gustaría mucho tratar con él…

Querido Alabaster:

¿Te acuerdas de lo que estuvimos hablando en el búnker acerca del ≤Dreaming Spires≥? Según el mayor, la guerra está haciendo que mucha gente vuelva a interesarse por fenómenos sobrenaturales como los ángeles de Mons. Llevaban un tiempo planteándose darle una segunda vida al periódico, pero sus circunstancias no se lo habían permitido; al parecer, necesitan contar con un nuevo director cualificado para el puesto. Sé que te mueres por volver a trabajar con Jack Morland, pero, yo que tú, me lo pensaría…

En realidad, Jack Morland no duró mucho tiempo al frente de la Orden. Poco después del fallecimiento de su madre, Scotland Yard efectuó un registro en la sede que acabó con la mitad del personal entre rejas, los documentos del Registro incautados y Wilhelmina, la secretaria, destapando una ristra interminable de escándalos. Por si fuera poco, con la denuncia de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, la noticia de que Caroline Morland había actuado como colaboracionista (filtrada, según sospechaba Ada, por Nathan) supuso una sentencia de muerte para la organización.

No fue una debacle que lamentara demasiada gente. Louise, cuando lo supo, bajó a por una botella de coñac a la bodega de lord Rosenfield y brindó con Heather y Ada por el precioso día que hacía pese a que llevaba una semana diluviando.

Querida Ada:

Anoche, mientras me desplumaba jugando a las cartas, el capitán Lennox estuvo hablándome

acerca del periódico. Dijo que existen dos maneras de llevar las riendas del «Dreaming Spires», la del mayor Silverstone y la suya, que es la correcta; que me prepare para una vida de emocionantes aventuras, viajes a lugares exóticos y un buen puñado de ilegalidades, «y no sé cómo lo verás tú, chaval, pero necesitarás una chica de armas tomar dispuesta a salvarte el cuello».

Creo que vamos a tener mucho trabajo.

Hasta que una mañana, dos años después de la batalla de Courcelette, llegó el día que Ada y el mundo entero esperaban. Era el 11 de noviembre de 1918 y estaba saliendo de comprar en Burlington Arcade con Louise y Edith cuando las sirenas, tras casi un mes de silencio, volvieron a sonar.

—¿Qué ocurre? —Louise aferró su brazo—. ¿Otro ataque aéreo?

—¡Alemania ha firmado! —vociferó alguien desde un balcón.

De inmediato, todos los ruidos, salvo los de las sirenas, se apagaron. La gente que paseaba por Piccadilly se detuvo. Un repartidor casi derrapó en su bicicleta.

—Ha firmado el armisticio. —El hombre asomado al balcón, uno de los libreros de Hatchards, tenía la voz entrecortada por la emoción—. Ha aceptado las condiciones del acuerdo. El alto el fuego entrará en vigor a las once en punto.

—¿La guerra ha terminado? —preguntó el repartidor.

—Oh, Dios —susurró Louise mientras el silencio, tras unos instantes en los que incluso el aire pareció detenerse, se convertía en un bramido ensordecedor.

Las campanas empezaron a tocar como para competir con las sirenas, las bocinas de los coches hicieron lo mismo y, en cuestión de segundos, las aceras se inundaron. Todas las puertas se abrieron y Londres, como una sola persona, se echó a la calle conforme la noticia se propagaba a lo largo y ancho de la ciudad.

La gente lanzaba hurras y se abrazaba. Mientras los cañones de Victoria Park se sumaban a la euforia, Ada, Louise y Edith se dejaron

arrastrar hasta Trafalgar Square, donde ya no cabía ni un alfiler: las escaleras de la Galería Nacional, la columna de Nelson, las fuentes, hasta las farolas estaban atiborradas de humanidad, sacudiendo banderas y entonando *Hay un largo camino hasta Tipperary*.

—¿Te das cuenta? —dijo Edith—. Esto lo has hecho tú.

Ada estaba tan abstraída observando a una anciana («Es el día más feliz de mi vida», le decía a otra) que tardó en caer en que le hablaba a ella.

—Mira a tu alrededor, Ada. —El espíritu señaló a la madre que estrechaba a sus dos hijos, a la mujer que besaba entre lágrimas una fotografía, a dos párrocos que se abrazaban en silencio—. Se ha acabado. Se ha acabado gracias a ti.

—Eso no es verdad —contestó con los ojos muy abiertos.

Junto a uno de los leones de Nelson, unas muchachas habían sacado a bailar a un policía y se reían a carcajadas de la seriedad con la que pasaba de una a otra.

—Ya oíste al general Rawlinson, solo estuve en el sitio correcto por casualidad. Courcelette no pudo ser lo que… —Pero la inconmensurabilidad de todo aquello, el hecho de que fuera real, volvió a abofetearla—. Se ha acabado.

Y durante las siguientes horas, mientras las marquesinas, los escaparates y las farolas volvían a encenderse, no dejó de pensar lo mismo: «La guerra por fin se ha acabado». Para cuando regresaron a la mansión en el Rolls-Royce una fina lluvia había comenzado a caer, aunque no parecía que a nadie le importase: empezaba a haber más hogueras de celebración que en cualquier noche de Guy Fawkes.

En el hospital también debían de haberse enterado, porque todas las ventanas estaban iluminadas y, al bajar del coche, Ada oyó cómo Heather le gritaba a Jia algo sobre un petardo. «Id entrando, voy

enseguida», les dijo a Louise y Edith.

En medio del alboroto, el cementerio era un oasis de paz barnizado por el agua que se colaba entre los árboles. Ada avanzó entre las sepulturas hasta dar con lo que buscaba, la pequeña fosa en la que Florence, Jia y Aurora, la noche en la que comenzó todo, habían enterrado a Mefistófeles a escondidas.

La hierba había crecido en ella, pero seguía allí.

—No sé si he hecho algo grande, señorita Lovelace.

Se estaba poniendo el sol y el cielo parecía de sangre, de fuego.

—Pero sé que he hecho lo que he podido —continuó Ada— y que, a veces, es suficiente. —Se arrodilló en el suelo—. Más que suficiente.

Cuando metió la mano en su fajín, las piezas sueltas del broche crujieron entre sus dedos. Había seguido llevándolo encima desde que lo recuperó.

—Ya puedo dejarla marchar —dijo, y lo colocó en la fosa.

Al contacto con el agua, el mechón de pelo se volvió más oscuro, casi castaño. Ada acarició la libélula por última vez, agarró un puñado de tierra y estaba a punto de dejarlo caer encima cuando captó el ruido de unos pasos.

No fue su cadencia lo que le hizo reconocerlo, fue lo que sintió al tenerlo cerca, aquella gravitación primigenia que identificaría en cualquier lugar.

—Has esperado a que te oyera acercarte.

Le temblaba la voz como si la lluvia fuera a disolverla.

—Temías que, si me hablabas antes, creyese que eras un espíritu.

—Por romántico que fuese, sé que me prefieres vivo.

Cuando Ada se giró, el tiempo, una vez más, dejó de tener sentido.

Se había detenido entre dos ángeles, enmarcado por el agonizante

atardecer, y el agua le corría por el pelo rubio, por el uniforme. Al verlo sonreír, el llanto que llevaba conteniendo todo el día, desde el «¡Alemania ha firmado!» gritado en un balcón, subió por su garganta haciéndole pensar que se ahogaría, que ningún pecho humano podía contener tantas lágrimas, tanto alivio, tanta… felicidad.

Su voz ya no era lo único que temblaba, era su cuerpo entero, su alma. Se agarró a una de las estatuas, incorporándose a toda prisa, para correr hacia él.

—Espera. —Alabaster levantó una mano—. Hay algo que quiero decirte.

—Creo que nos hemos dicho suficientes cosas durante estos dos años. —Ada pasó sobre una tumba—. En trescientos millones de cartas.

—Antes de regresar a Inglaterra, pasé una noche en Calais.

La última herida de la que Edith le había hablado, un pequeño corte de metralla en un pómulo, casi había cicatrizado. «Por fin, por fin, por fin…».

—Hice lo que me dijiste. Le conté a Ivory la verdad, que no estamos casados.

—Me parece genial. —Dio otro paso hacia él—. Ahora ven aquí.

—Resulta que ya lo sabía. —Alabaster retrocedió—. Lo dedujo nada más vernos, pero prefirió callarse. Quería que nos diésemos cuenta nosotros solos.

Parecía encontrar divertido que echara humo de la impaciencia.

—Aprovechó para llamarme de todo. «Eres un cretino, soy tu hermana…».

—Como no te calles, voy a tener que callarte yo.

—«Para una cosa buena que habías hecho resulta que es mentira, menos mal que me tienes a mí para aconsejarte, ya sabes lo que te

espera».

—¡En serio, Alabaster, no sé qué diantres quieres, pero…!

—Todo —la interrumpió él—. Lo quiero todo contigo.

Y, cuando Ada estaba a punto de alcanzarlo, se puso de rodillas.

El cielo se había oscurecido tanto como el pelo de la señorita Lovelace, pero el anillo que sujetaba (¿cómo no lo había visto antes?) era inconfundible.

—Quiero que sea real —dijo Alabaster—. Que, la próxima vez que te presente como mi esposa, lo seas de verdad. Quiero una vida entera a tu lado, con todo lo bueno que nos traiga, pero también con todo lo malo. Una existencia completa.

Le agarró la mano y Ada, aunque abrió la boca, no pudo decir palabra.

—Quiero amaneceres resacosos contigo y noches de hacer el amor sin parar y tardes de té caliente, chimenea y biblioteca —prosiguió él—. Quiero que discutamos por tonterías, que saquemos todos los trapos sucios y nos los tiremos a la cara, y quiero que después nos reconciliemos y nos lamentemos por todo el tiempo perdido, y nos prometamos que no volverá a pasar, aunque por supuesto que volverá a pasar, porque somos igual de cabezotas. Quiero que compremos cientos de libros en Hatchards y los diseccionemos con pasteles de Fortnum & Mason y escribir artículos en nuestros despachos, uno para cada uno, porque, si estamos cerca demasiadas horas, no haremos nada de provecho. Quiero verte crecer aún más como espiritista, quiero que recorras el mundo conmigo buscando misterios para el *Dreaming Spires* y que, si vuelve a haber una guerra, nos agarremos de la mano mientras dura, porque sé que no habrá nada, absolutamente nada, capaz de destruirnos si estamos juntos. —Alabaster apretó más sus dedos—. Y quiero que tengamos una hija y la llamemos Edith.

—En realidad —interrumpió Ada— ya he prometido que se llamará Victor.

—Dos hijos —aceptó él—. Y un perro precioso llamado Titán.

Entonces le puso el anillo en el dedo y, cuando algo húmedo cayó sobre él, Ada no supo decir si era la lluvia o sus propias lágrimas. Alabaster sonrió.

—¿Ha sido una declaración mejor que las de tus novelas?

—Sí —reconoció Ada, y se sorbió la nariz—. Bueno, en *El seductor de Grosvenor Square* dejaron el listón muy alto, pero… supongo que no ha estado mal.

—Para que veas que esta boca sabe hacer algo más que mentir.

Ada se rio entre lágrimas mientras tiraba de su mano. Cuando lo puso en pie, Alabaster se quedó observándola unos segundos, con el agua cayendo sin parar sobre ellos, antes de quitarse la gorra. «Soldado», murmuró mientras se la ponía a Ada en el pelo y, rodeándole la cintura, la atraía hacia sí para besarla.

En cuanto sus bocas se unieron, todos los relojes del mundo parecieron detenerse y la eternidad, tan imposible de atrapar como la niebla, se redujo a un único instante bañado por el atardecer.

—Bienvenido a casa, Alabaster Thorne —susurró Ada.

AGRADECIMIENTOS

We are all passengers on the Titanic.

JOHN WILSON FOSTER

Dicen que en la construcción del Buque de los Sueños se emplearon más de tres millones de remaches. La bibliografía a la que he recurrido para la documentación de *La luz en la niebla* no ha sido tan abundante, pero cada una de esas obras ha cumplido un papel fundamental, sin el cual esta novela habría resultado muy distinta.

Entre todas las fuentes consultadas acerca del Titanic, me gustaría destacar dos libros que, por su rigor histórico a la hora de plasmar las consecuencias psicológicas del naufragio en los supervivientes, considero de referencia obligada: *Shadow of the Titanic,* de Andrew Wilson (Simon & Schuster, 2011), y *A night to remember*, de Walter Lord (Penguin Random House, 2012). Para recrear el Londres de la Primera Guerra Mundial, sobre todo, en cuanto a los ataques aéreos, ha sido de gran utilidad *Zeppelin nights. London in the First World War*, de Jerry White (Bodley Head, 2014), mientras que, para lo referente al Somme, mis principales fuentes han sido *The trench: life and death on the Western Front 1914-1918*, de Trevor Yorke (Countryside Books, 2014), y dos de los volúmenes de la serie Battleground French Flanders: *Courcelette*, de Paul Reed, y *Pozières*, de Graham Keech (Pen & Sword Military, 1997). Asimismo, para la

investigación del panorama espiritista londinense recomiendo *Spirits, seers & séances: victorian spiritualism, magic & the supernatural*, de Steele Alexandra Douris (Llewellyn Publications, 2023), y *The darkened room: women, power, and spiritualism in late victorian England*, de Alex Owen (University of Chicago Press, 2004).

Los testimonios de los supervivientes del Titanic y la Primera Guerra Mundial también han resultado fundamentales durante el proceso de documentación. Entre las cartas, fragmentos de diarios, entrevistas y declaraciones recopiladas, me gustaría destacar el discurso pronunciado por Caroline Brown en la iglesia neoyorquina de Grace Church durante el homenaje a Edith Evans (recogido en *Titanic: the harrowing true story of the Titanic disaster*, de Mike Selby, Matt Hall, 2023), parte del cual he reproducido en la novela, así como el epitafio que le dedicaron.

No puedo hablar de Edith, por otra parte, sin mencionar a Gema Bonnín, amiga, compañera de letras y enciclopedia titánica en carne y hueso. De ella surgió la idea, nada más saber de este proyecto, de convertirla en el espíritu protector de Ada, algo por lo que siempre le estaré agradecida (casi tanto como Ada).

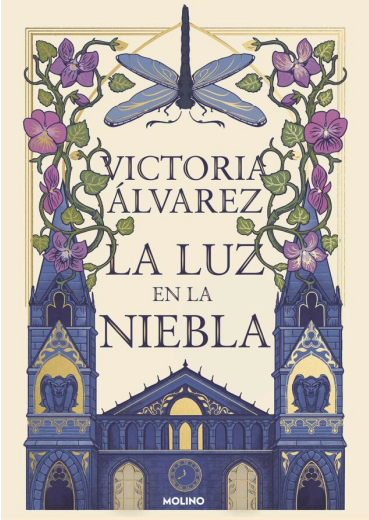
Por supuesto, gracias infinitas a mi editora, Míriam Valenzuela, y al equipo de Molino que ha hecho posible que la historia de Ada, ese «¿qué podría haberle pasado después?» imposible de ignorar, acabara siendo una novela de verdad.

Y, como siempre, gracias también a mi familia y amigos por su apoyo, paciencia y comprensión durante este proceso. Ha sido una travesía larga, con sus escollos y tempestades, pero siempre sabéis ayudarme a llegar a puerto.

Citando, de nuevo, el epitafio de Edith:

EL AMOR ES TAN FUERTE COMO LA MUERTE.

Ella ha consagrado su vida a ayudar a las almas en pena.
Él ha dedicado la suya a destruir a las espiritistas.
La muerte ha decidido unir sus caminos.



Después de sobrevivir al naufragio del Titanic, lo único que Ada Chapman desea es disfrutar de una vida tranquila al frente de la Academia Rosenfield para jóvenes espiritistas. Pero sus planes se tuercen cuando le encargan investigar el caso de otro superviviente: un niño con el don de resucitar a los muertos.

Al descubrir que los rumores sobre el misterioso niño son ciertos, la organización dedicada al estudio de lo paranormal a la que pertenece Alabaster Thorne decide enviarlo a la academia sin saber que, de todas las personas de la tierra, Ada es la última a la que querría espiar.

Perdidos en un laberinto pasional del que parece imposible huir, Ada y Alabaster se embarcarán en una persecución despiadada por el submundo espiritista, un Londres asediado por los bombardeos, las trincheras de la Gran Guerra… y sus propias cuentas pendientes.

Victoria Álvarez (Salamanca, 1985) es una escritora e historiadora del arte que trabaja como profesora en la Universidad de Salamanca y está especializada en literatura decimonónica. Después de publicar *Hojas de dedalera* (2011; Montena, 2024) y *Las Eternas* (2012), pasó a formar parte del catálogo de Lumen en 2014 con *Tu nombre después de la lluvia*, la primera entrega de *Dreaming Spires*, una saga que ha entusiasmado a sus lectores. La serie continuó con *Contra la fuerza del viento* (2015) y *El sabor de tus heridas* (2016). En 2017 publicó la trilogía *Helena Lennox*, y entre 2018 y 2019, tres novelas independientes: *Silverville, La Costa de Alabastro* y *La voz de Amunet*. En 2020 arrancó con *La Conjura de Aramat* su primera saga fantástica, y en 2021 inició una serie de sirenas ambientada en el siglo XIX. Ha recibido varios premios literarios, como el Torrente Ballester. Actualmente vive en Salamanca con su marido y su hija.



Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Victoria Álvarez
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Raquel West, por las ilustraciones del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Paola Timonet
Imágenes de portada: © Raquel West

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5144-1

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La luz en la niebla

Primera parte. El hielo y la muerte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte. Lux in tenebris

- Capítulo 15
- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Tercera parte. Tierra de nadie
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Victoria Álvarez
Créditos